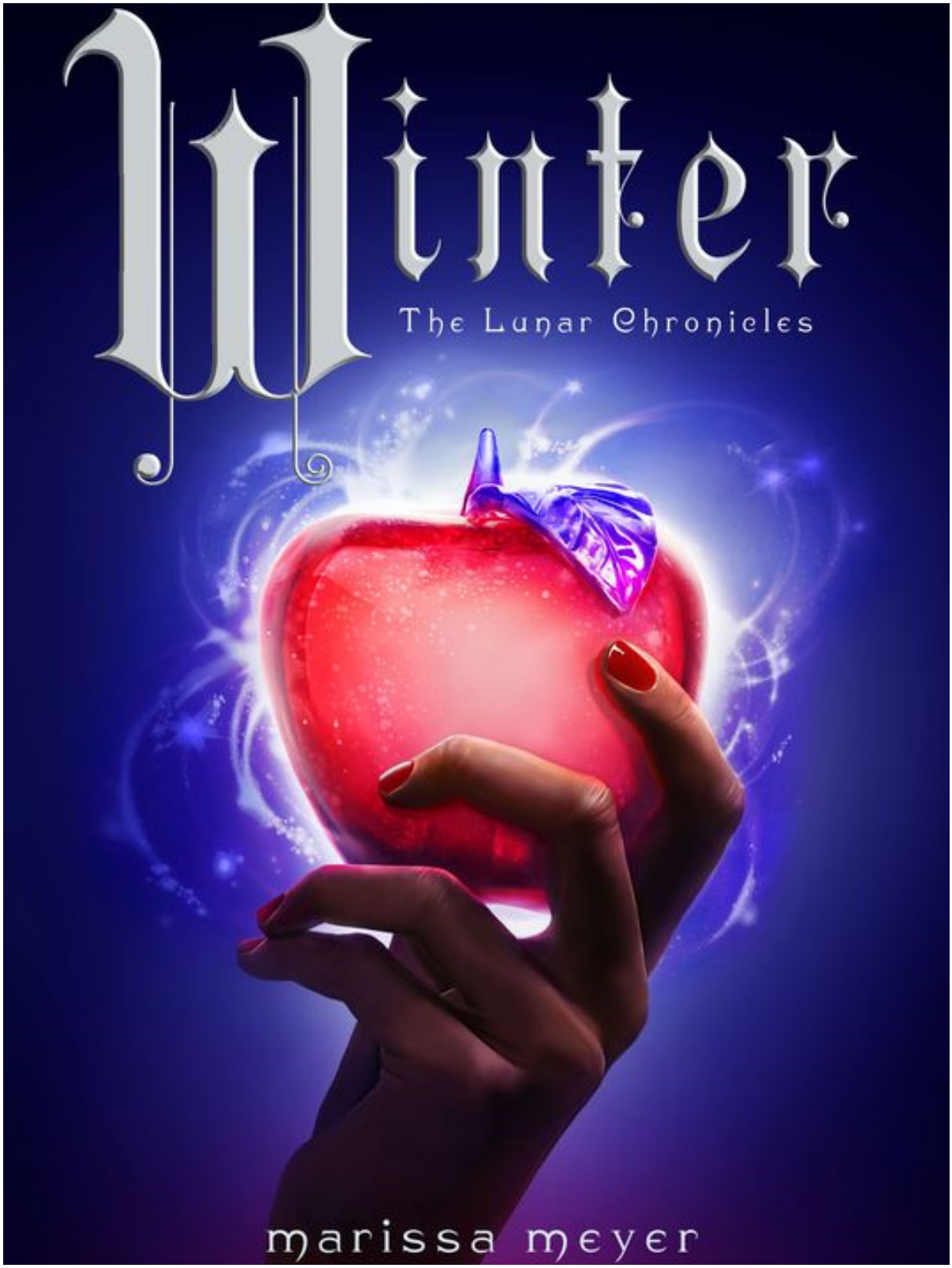
Winter
The Lunar Chronicles
marissa meyer

Para Jesse, que convierte cada día en un felices para siempre

PARTE

UNO

La joven princesa era tan hermosa como el amanecer. Era tan hermosa que superaba incluso hasta a la reina misma.

CAPÍTULO 1

Los dedos de los pies de Winter se habían convertido en cubitos de hielo. Estaban tan fríos como el espacio. Tan fríos como el lado oscuro de la Luna. Tan fríos como...

—…Las cámaras de seguridad lo vieron entrar a los niveles subterráneos del centro médico AR—Central a las 23:00 U.T.C…—.

El Taumaturgo Aimery Park sonreía mientras hablaba, su voz era serena y mesurada, como una balada. Era fácil perder el hilo de lo que estaba diciendo, era fácil dejar que todas sus palabras se desdibujaran y se unieran. Winter curvó los dedos de los pies dentro de sus zapatos de suela delgada, temerosa de que, si se enfriaban más antes de que el juicio terminara, terminarían por despedazarse.

—...Intentaba interceptar a uno de los caparazones que ya estaba bajo custodia... —

Despedazarse. Uno por uno.

—... Los registros indican que el niño caparazón era el hijo del acusado, adoptado el 29 de julio del año pasado. Ahora tiene catorce meses de edad—. Winter apretó sus manos en su regazo, escondiéndolas en los pliegues de su vestido. Estaban temblando de nuevo. Parecía como si estuviera temblando siempre en estos días. Estrujó los dedos para mantenerlos quietos. Presionó las plantas de los pies en el duro suelo. Luchó para concentrarse en la sala del trono antes de que se disolviera por completo.

La vista era impresionante desde la torre central del palacio. Desde aquí, Winter podía ver al Lago Artemisia reflejar al blanco palacio hacia el cielo y a la ciudad que se extendía hasta el borde de la enorme cúpula clara que la abrigaba de los recursos externos... o de la falta de estos. La sala del trono en sí fue construida para extenderse más allá de las paredes de la torre, de modo que si uno caminaba más allá del piso de mosaico, se encontraba con un balcón de vidrio transparente. Como flotar en el aire, a punto de caer en picado a las profundidades cráter del lago.

Al mirar a su izquierda, pudo distinguir los bordes de las uñas de su madrastra clavarse en el brazo de su trono, un impotente asiento tallado en piedra blanca. Normalmente, su madrastra mantenía la calma durante estos procedimientos, y escuchaba pacientemente los juicios sin una pizca de emoción. Winter estaba acostumbrada a ver los dedos de Levana acariciar pausadamente el brazo pulido de su trono, no estrangularlo. Pero habían tenido mucha tensión en el palacio desde que Levana y su séquito habían regresado de la Tierra, y su madrastra se había vuelto aún más iracunda que de costumbre estos últimos meses.

Desde que esa fugitiva Lunar, esa ciborg, se escapó de la prisión terrestre.

Desde que la guerra entre la Luna y la Tierra estalló.

Desde que el prometido de la reina fue secuestrado, y Levana había perdido la oportunidad de ser coronada como emperatriz.

Winter apartó los ojos de los dedos de la reina. El planeta azul colgaba por encima de ellos en un infinito cielo negro, parecía como si alguien hubiera tomado un cuchillo y lo hubiera cortado perfectamente a la mitad. Había pasado una semana de la larga noche, y la ciudad de Artemisia resplandecía con farolas de color azul pálido y brillantes

ventanas de cristal, las luces bailaban a través de la superficie del lago y se reflejaban en el techo de la cúpula.

Una semana. Sin embargo Winter sentía que habían pasado años desde la última vez que vio el sol.

— ¿Cómo sabía lo de los caparazones?— Preguntó la reina Levana, su voz resonaba en las lisas superficies de la sala del trono. — ¿Por qué no se creyó que su hijo fue ejecutado al nacer?—.

Sentados alrededor del resto de la habitación, en cuatro filas escalonadas, se encontraban las familias. La corte de la reina. Los nobles de Luna, que se habían ganado el favor de Su Majestad por su eterna lealtad, su extraordinario manejo del don Lunar, o la simple suerte de haber nacido en la gran ciudad de Artemisia.

Entonces, lastimosamente superado en número, estaba el hombre de rodillas al lado de taumaturgo Park. Él no había tenido tanta suerte.

Tenía las manos juntas, suplicando. Winter deseaba poder decirle que eso no cambiaría nada. Que todos sus ruegos serían en vano. Le pareció que sentiría consuelo en saber que no había nada que pudiera hacer para evitar la muerte. Los que se habían resignado a ese final incluso antes de que la reina lo dictaminara, parecían haberlo sufrido menos.

Apartando la mirada del hombre, fijó su atención en sus manos, aún con garras alrededor de su falda blanca de gasa. Al parecer, sus dedos también habían empezado a escarcharse. Era bonito, de alguna forma. Relucientes, brillantes y fríos, tan fríos...

—Tu Reina te ha hecho una pregunta— dijo Aimery.

Winter se estremeció, como si se lo hubiera dicho a ella.

Concentrarse. Debía tratar de concentrarse.

Levantó la cabeza y respiró profundo.

Aimery vestía de blanco ahora, después de haber reemplazado a Sybil Mira como Taumaturgo Mayor de la reina. El bordado de oro en su abrigo brillaba mientras se paseaba frente al prisionero.

—Lo siento, Su Majestad— dijo el hombre, refrenando su voz. Winter no podía decir si ocultaba odio por su soberana, o simplemente trataba de evitar romper en llanto. —Mi familia y yo le hemos sido leales durante generaciones. Soy un conserje del centro médico, y he oído rumores, ¿sabe? No eran de mi incumbencia, así que nunca me importaron, y nunca los escuché. Pero... cuando mi hijo nació caparazón—... Gimió. — Bueno, es mi hijo—.

— ¿No crees— dijo Levana, su voz sonaba fuerte y nítida —que podría haber una razón para que tu reina haya optado por mantener a tu hijo y a todos los demás caparazones separados de nuestros ciudadanos? ¿Que pudiéramos estar actuando a favor del bienestar de todos nuestros ciudadanos al retenerlos como hemos estado haciéndolo?—.

El hombre tragó saliva, con fuerza suficiente como para que Winter pudiera ver moverse su nuez de Adán. —Lo sé, mi reina. Sé que utilizan su sangre para algún tipo de... experimentación. En sus laboratorios. Pero... pero ustedes ya tienen muchos, y él es solamente un bebé, y…—

—No sólo su sangre es valiosa para el éxito de nuestros esfuerzos de guerra y nuestras alianzas políticas, temas que no espero que un conserje de los sectores exteriores entienda, pero también es un caparazón, y ellos han demostrado ser peligrosos y poco fiables, como seguramente recordará de los asesinatos perpetrados contra el rey y la reina Marrok Jannali hace dieciocho años. ¿Expondría aun así a nuestra sociedad a esta amenaza?—.

Los ojos del hombre estaban locos de miedo. — ¿Amenaza, mi reina? Es un bebé—. Hizo una pausa. No mostraba total rebeldía, pero su falta de remordimiento haría que Levana se enfureciera rápidamente. —Y los otros que vi en los tanques... muchos de ellos eran niños. Inocentes niños—.

La habitación parecía relajarse.

Claramente, sabía demasiado. El infanticidio de los caparazones había estado en vigor desde el reinado de la hermana de Levana, la Reina Channary, después de que un caparazón se coló en el palacio y asesinó a sus padres. Muchos ciudadanos, pero ciertamente no todos, se habían convencido de que la precaución era necesaria, y a nadie le agradaría saber que sus bebés no habían muerto, sino que en realidad fueron encerrados y usados como pequeñas fábricas de plaquetas sanguíneas.

Winter parpadeó, imaginando su propio cuerpo como una fábrica de plaquetas sanguíneas.

Volvió su mirada a sus dedos, y vio que el hielo ya se había extendido casi hasta sus muñecas.

Eso no sería bueno para las cintas transportadoras de plaquetas.

— ¿El acusado tiene una familia?— Preguntó la reina.

Aimery asintió con la cabeza. —Los registros indican que tiene una hija, de nueve años. No hemos sido capaces de localizarla, pero su búsqueda está en curso. También tiene dos hermanas, dos sobrinos y una sobrina. Todos viven en el Sector GM—12—.

— ¿No tiene esposa?—.

—Murió hace cinco meses de envenenamiento por regolito—.

El prisionero miró a la reina, con los ojos llenos de desesperación.

El tribunal comenzó a moverse, sus vívidas ropas se agitaron y revolotearon. Este juicio había durado demasiado. Empezaban a aburrirse.

Levana se apoyó en el respaldo de su trono. —Esta corte lo declara culpable de transgresión y tentativa de robo en contra de la corona. Este delito se castiga con la muerte inmediata—.

El hombre se estremeció, pero su rostro permaneció suplicante, esperanzado. Siempre parecía tomarles unos segundos comprender esa sentencia.

—Sus familiares recibirán una docena de azotes públicos, cada uno, para recordarle a todos en su sector que seguramente no comprenden el funcionamiento interno de nuestro gobierno y que no voy a tolerar que mis decisiones sean cuestionadas de nuevo—.

La cabeza del hombre comenzó a caer, quedando boquiabierto.

—Su hija, cuando sea encontrada, será regalada a una de las familias de la corte. Allí, se le enseñará la obediencia y la humildad que obviamente no ha aprendido bajo su tutela—.

—No, por favor. Permítale vivir con sus tías. ¡Ella no ha hecho nada malo!—.

—Aimery, proceda—.

— ¡POR FAVOR!—.

—Su reina ha hablado— dijo el taumaturgo Aimery. A pesar de no levantar la voz, retumbó por toda la sala del trono en los oídos de los taumaturgos de menor rango, los guardias, el tribunal, los sirvientes, y la reina, la única jueza y jurado. Su voz era sofocante. —Su palabra es definitiva—.

Aimery sacó un cuchillo de una de sus mangas acampanadas y le extendió el mango al prisionero, cuyos ojos se habían ensanchado por la histeria.
La sala se volvió más fría. Winter notó que su respiración se convertía en cristales de hielo. Se estremeció y apretó sus brazos contra su cuerpo.
El prisionero tomó el mango del cuchillo. Su mano era firme. El resto de su cuerpo estaba temblando.

—Por favor. Mi niña... Soy todo lo que tiene. Por Favor. Mi reina. ¡Su Majestad!—.

Levantó la hoja hasta la garganta.

Aquí fue cuando Winter miró hacia otro lado. Cuando siempre miraba hacia otro lado. Observó sus propios dedos hundirse en su vestido, sus uñas rasparon el tejido hasta que sintió molestia en sus muslos. Vio subir el hielo sobre sus muñecas, hacia los codos. Conforme el hielo avanzaba, su carne se entumeció.

Se imaginó que atacaba a la reina con sólidos puños de hielo. Imaginó sus manos rompiéndose en miles de carámbanos.

Ya estaba alcanzando sus hombros. Su cuello.

Incluso con el estallido y crujido del hielo, oyó la carne agrietarse. El borboteo de la sangre. Un sonido amordazado. La dura caída del cuerpo.
La bilis se retorció hasta la garganta de Winter. El frío se había apoderado de su pecho. Cerró los ojos, recordando que tenía calmarse y respirar. Podía oír la voz firme de Jacin en su cabeza, sus manos agarrando sus hombros. No es real, princesa. Sólo es una ilusión.

Por lo general, eso ayudaba, incluso si sólo recordaba ayudarla a persistir contra el pánico. Pero esta vez, parecía acelerar el paso del hielo. Abarcando su caja torácica. Royendo su estómago. Endureciendo su corazón. Congelándola desde adentro.

Escucha mi voz.

Jacin no estaba allí.

Quédate conmigo.

Jacin se había ido.

Todo está en tu mente.

Oyó el repique de las botas de los guardias cuando se acercaron al cuerpo. El cadáver siendo arrastrado hacia el balcón. El empujón. Momentos después, el chapoteo abajo.

La corte aplaudió con apacible cortesía.

Winter sintió que los dedos de sus pies se despedazaban. Uno. Por. Uno.

Estaba muy entumecida para notarlo.

—Muy bien— dijo la reina Levana. —Taumaturgo Tavaler, asegúrese de que el resto de la condena sea debidamente cumplida.

—Sí, mi reina—.

Winter se obligó a abrir los ojos. El hielo se había abierto paso hasta la garganta ahora, subiendo hasta su mandíbula. Las lágrimas se congelaron dentro de sus conductos lagrimales. La saliva se cristalizó dentro de su boca.

En el centro de la habitación, un siervo quitaba la sangre de los azulejos. Aimery limpiaba su cuchillo con un paño. Se encontró con la mirada de Winter y sonrió mordazmente. —Me temo que la princesa no tiene estómago para estos procedimientos—.

Los nobles de la audiencia rieron entre dientes, el disgusto de Winter por los juicios era una fuente de alegría para la mayor parte de la corte de Levana.

Oyó el crujido de la túnica de su madrastra cuando la reina se volvió para mirarla, pero Winter ya no podía levantar la mirada. Era una chica de hielo y vidrio. Sus dientes eran frágiles, sus pulmones eran fáciles de romper.

—Sí— dijo Levana. —Siempre me olvido de que está aquí. Eres tan inútil como una muñeca de trapo, ¿no es cierto, Winter?—.

El público se rio de nuevo, más fuerte esta vez, como si la reina hubiera dado permiso de burlarse de la joven princesa. Pero Winter no podía responder, no a la reina, no a la risa. Mantuvo la mirada fija en el taumaturgo, tratando de ocultar su pánico.

—Oh no, ella no es tan inútil— dijo Aimery, sin dejar de sonreír. Mientras Winter lo miraba, dibujó una delgada línea carmesí a lo largo de su garganta, la sangre burbujeaba de la herida. — ¿La chica más bella de toda la Luna? Algún día, se convertirá en una muy feliz novia de algún miembro de esta corte, diría yo—.

— ¿La chica más bella, Aimery?— El ligero tono de Levana casi ocultaba la molestia.

Aimery hizo una reverencia sin problemas. —Solamente la más bella, Mi Reina. Pero ningún mortal podía compararse con su perfección—.

El tribunal se apresuró a asentir, ofreciendo un centenar de elogios a la vez, a pesar de que Winter aún podría sentir las miradas lascivas de más de un noble sobre ella.

Aimery dio un paso hacia el trono y su decapitada cabeza cayó, golpeando contra el mármol y rodó, rodó y rodó, hasta que se detuvo a los congelados pies de Winter.

Aún sonreía.

Gimió, pero el sonido fue enterrado por la nieve en su garganta.

Todo está en tu mente.

—Silencio— dijo Levana, después de recibir suficientes alabanzas. — ¿Es todo por hoy?—.

Por último, el hielo alcanzó sus ojos y Winter no tuvo más remedio que cerrarlos frente a la aparición de Aimery decapitado, encerrándose en el frío y la oscuridad.

Iba a morir aquí sin quejarse. Quedaría enterrada debajo de toda esa falta de vida. Nunca tendría que presenciar otro homicidio más.

—Todavía hay un preso más para juzgar, mi reina—. La voz de Aimery resonó en el frío vacío de la cabeza de Winter. —Sir Jacin Clay, guardia real, piloto, y protector asignado de la taumaturgo Sybil Mira—.

Winter se quedó sin aliento y rompió el hielo, un millón de afilados trozos brillantes explotaron en la sala del trono y se deslizaron por el suelo. Nadie más los oyó. Nadie más lo notó.

Aimery, con su cabeza obviamente intacta, la miraba de nuevo, como si hubiera estado esperando ver su reacción. Su sonrisa era sutil cuando volvió su atención en la reina.

—Ah, sí— dijo Levana. —Tráiganlo—.

CAPÍTULO 2

Las puertas de la sala del trono se abrieron, y allí estaba él, resguardado por dos guardias, con sus muñecas atadas detrás de la espalda. Su cabello rubio estaba revuelto y enmarañado, algunos mechones colgaban hasta su mandíbula. Se veía como si no hubiera tomado una ducha en mucho tiempo, pero Winter no pudo detectar signos evidentes de maltrato.

Se le revolvió el estómago. Todo el calor que el hielo le había robado regresó rápidamente a la superficie de su piel.

Quédate conmigo, princesa. Escucha mi voz, princesa.

Fue llevado al centro de la habitación, totalmente estoico. Winter clavó las uñas en las palmas.

Jacin no la miró. Ni una sola vez.

—Jacin Clay— dijo Aimery —ha sido acusado de traición a la Corona por no proteger a la taumaturgo Mira y no detener a una conocida fugitiva Lunar a pesar de casi dos semanas en la compañía de dicha fugitiva. Ha traicionado a la Luna y a nuestra Reina. Estos delitos se castigan con la muerte. ¿Qué tiene que decir en su defensa?—.

El corazón de Winter tronó como un tambor contra sus costillas. Le dirigió una mirada suplicante a su madrastra, pero Levana no le prestaba atención.

—Me declaro culpable de todos los delitos señalados— dijo Jacin, recobrando la atención de Winter —excepto la acusación de que soy un traidor—.

Las uñas de Levana revoloteaban contra el brazo de su trono. —Explíquese—.

Jacin se veía tan alto y robusto como si usara el uniforme, como si estuviera de servicio, no en juicio. —Como he dicho antes, no apresé a la fugitiva mientras estuve en su compañía, porque trataba de ganarme se confianza, con el fin de reunir información para mi reina—.

—Ah, sí, espiaba a ella y sus compañeros— dijo Levana. —Recuerdo que me dio esa excusa cuando fue capturado. También recuerdo que no tenía información pertinente que darme, solo mentiras—.

—No fueron mentiras, mi reina, tengo que admitir que subestimé al ciborg y a sus habilidades. Me las ocultó bien—.

—Puedo ver qué bien se ganó su confianza—. Había burla en el tono de la reina.

—Conocer las habilidades del ciborg no era la única información que buscaba, mi reina—.

—Le sugiero que se deje de juegos de palabras. Mi paciencia con usted ya se está agotando—.

El corazón de Winter se perturbó. No Jacin. No podía sentarse allí y ver cómo mataban a Jacin.

Decidió que abogaría por él, aunque el plan tenía un gran defecto. ¿Qué tenía para intercambiar? Nada más que su propia vida, y Levana no aceptaría eso.

Podría fingir un ataque. Entrar en histeria. Sería difícil parecer convincente a estas alturas, y podría distraerlos durante un tiempo, pero sólo retrasaría lo inevitable.

Había sentido desespero muchas veces en su vida, pero nunca algo como esto.

Sólo podía hacer una cosa, entonces. Lanzaría su propio cuerpo delante de la cuchilla.

Oh, Jacin, odiaría eso.

Inconsciente de la más reciente resolución de Winter, Jacin inclinó respetuosamente la cabeza. —Durante mi tiempo con Linh Cinder, descubrí información sobre un dispositivo que puede anular los efectos del don Lunar cuando se conecta al sistema nervioso de una persona—.

Esto causó un curioso movimiento entre la multitud. Espaldas rígidas, hombros expectantes.

—Imposible— dijo Levana.

—Linh Cinder tenía evidencia de su potencial. Según se me describió, en un Terrestre, el dispositivo impedirá que su bioelectricidad sea manipulada. Pero en un Lunar, evitará que use su don por completo. Linh Cinder tenía el dispositivo instalado cuando llegó al baile de la Comunidad. Sólo fue capaz de usar su don cuando se destruyó, como pudo ver con sus propios ojos, mi reina—.

Sus palabras tenían un aire de impertinencia. Los nudillos de Levana pusieron blancos.

—¿Cuántos de esos hipotéticos dispositivos existen?—.

—Hasta donde sé, sólo el dispositivo roto instalado en el ciborg. Pero sospecho que aún existen modelos o planos. El inventor fue el padre adoptivo de Linh Cinder—.

Las manos de la reina empezaron a relajarse. —Esta es una información interesante, Sir Clay. Pero parece más un intento desesperado de salvarse a sí mismo, que verdadera inocencia—.

Jacin se encogió de hombros, indiferente. —Si mi lealtad no se puede ver en la forma en que traté al enemigo, en obtener esta información y en alertar a la Taumaturgo Mira del complot para secuestrar al emperador Kaito, no sé qué otra evidencia puedo proporcionarle, mi reina—.

—Sí, sí, la denuncia anónima recibida por Sybil que la alertaba de los planes de Linh Cinder—. Levana suspiró. —Creo que es demasiado conveniente que esa comunicación que afirma haber enviado fuera vista únicamente por Sybil, que ahora está muerta—.

Por primera vez, Jacin parecía inseguro bajo la dura mirada de la reina. Aún no había mirado a Winter.

La reina se volvió hacia Jerrico Solis, su capitán de guardia. Como muchos de los guardias de la reina, Jerrico la hacía sentir incómoda, y a menudo tenía fantasías de su anaranjado cabello en llamas y el resto de su cuerpo quemándose hasta convertirse en carbón ardiente. —Usted estaba con Sybil cuando emboscó la nave del enemigo ese

día, aunque dijo que Sybil no había mencionado tal comunicación. ¿Tiene algo que agregar?—.

Jerrico dio un paso adelante. Había regresado de su excursión Terrestre con una parte justa de moretones, pero habían comenzado a desvanecerse. —Mi Reina, la Taumaturgo Mira se veía confiada en que encontraríamos a Linh Cinder en esa azotea, pero no mencionó haber recibido cualquier información, anónima o no. Cuando la nave aterrizó, fue la Taumaturgo Mira quien ordenó que Jacin Clay fuera puesto en custodia—.

La ceja de Jacin se crispó. —Tal vez seguía molesta por haberle disparado—. Hizo una pausa, antes de añadir: —Aunque, en mi defensa, fue bajo el control de Linh Cinder—.

—Parece que tiene mucho que decir en su defensa— dijo Levana.

Jacin no respondió. Era el prisionero más tranquilo que Winter hubiera visto, a pesar de que sabía mejor que nadie las cosas horribles que sucedieron en este suelo, en el mismo lugar donde se encontraba. Levana debió haberse enfurecido por su audacia, pero parecía meramente pensativa.

—Solicito permiso para hablar, mi Reina—.

La multitud se agitó, y Winter tuvo que tomarse un momento para discernir quién había hablado. Era un guardia. Uno de los silenciosos adornos del palacio. Aunque lo reconoció, no sabía su nombre.

Levana lo fulminó con la mirada, y Winter la imaginó decidiendo si concederle el permiso o castigar al hombre por atreverse a hablar. Por último, dijo: — ¿Cuál es tu nombre, y por qué te atreves a interrumpir este juicio?—.

El guardia dio un paso adelante, mirando a la pared, como siempre. —Mi nombre es Liam Kinney, Mi Reina. Ayudé a recuperar el cuerpo de la taumaturgo Mira—.

Se volvió a Jerrico, quien asintió para confirmarlo. —Prosiga— dijo Levana.

—La Señora Mira tenía un portavisor cuando la encontramos, y aunque se rompió en la caída, se sigue presentado como evidencia en el caso de su asesinato. No estoy seguro si alguien ha tratado de recuperar el supuesto comm—.

Levana volvió su atención a Aimery, cuyo rostro mostró una fachada que Winter reconoció. Su expresión denotaba carisma, a pesar de estar molesto. —De hecho, nos las arreglamos para tener acceso a sus comunicaciones recientes. Estaba a punto de presentar la evidencia—.

Era una mentira, pero eso le dio esperanza a Winter. Aimery era un gran mentiroso, sobre todo cuando actuaba a favor de sus intereses. Y odiaba a Jacin. No iba a hacer nada que pudiera ayudarlo.

Esperanza. Frágil, endeble y patética esperanza.

Aimery un gesto hacia la puerta y un sirviente se acercó, llevando un portavisor destrozado y un nodo holográfico en una bandeja. —Este es el portavisor que Sir Kinney mencionó. Nuestra investigación ha confirmado que, en efecto, Sybil Mira recibió una comm anónima ese día—.

El criado encendió el nodo y un holograma brilló en el centro de la habitación, detrás de él, Jacin se desvaneció como un fantasma.

El holograma mostró un conciso comm.

Linh Cinder trata de secuestrar emperador de la CO. Escape planeado en la azotea de la torre norte, a la puesta del sol.

Mucha importancia en tan pocas palabras. Era el estilo de Jacin.

Levana leyó las palabras con los ojos entrecerrados. —Gracias, Sir Kinney, por presentarnos esta información—. Con eso insinuaba que no agradecía a Aimery.

El guardia, Kinney, se inclinó y regresó a su posición. Su mirada se dirigió furtivamente a Winter, carente de expresión, antes volver a ver la pared del fondo.

Levana continuó: —Supongo que me dirá, Sir Clay, que este es el comm que envió—.

—Así es—.

—¿Tiene algo más que añadir antes de emitir mi veredicto?—.

—Nada, mi Reina—.

Levana se reclinó en su trono y la sala entró en silencio, todo el mundo esperaba la decisión de la reina.

—Estoy segura de que a mi hijastra le encantaría que lo perdonara—.

Jacin no reaccionó, pero Winter se estremeció con la soberbia en el tono de su madrastra. —Por favor, madrastra— susurró, las palabras se aglutinaban en su lengua seca. —Es Jacin. Él no es nuestro enemigo—.

—Quizás no es tu enemigo— dijo Levana. —Pero tú eres una ingenua y estúpida niña—.

—Eso no es cierto. Soy una fábrica de sangre y plaquetas, y toda mi maquinaria se está empezando a congelar y…—.

El tribunal se echó a reír, y Winter retrocedió. Incluso los labios de Levana temblaron, aunque no se molestó en ocultar su diversión.

—He tomado mi decisión— dijo, su atronadora voz demandó silencio. —He decidido dejar al prisionero vivo—.

Winter lanzó un chillido de alivio. Se llevó una mano a la boca, pero ya era demasiado tarde para ahogar el ruido.

Hubo más risas de la audiencia.

—¿Tiene algo más que agregar, princesa?— dijo Levana entre dientes.

Winter calmó sus emociones, tan bien como pudo. —No, mi reina. Sus resoluciones son siempre sabias y definitivas, Mi Reina—.

—Aún no he terminado—. La voz de la reina se endureció cuando se dirigió a Jacin de nuevo. —Su fallo en matar o capturar Linh Cinder no quedará impune, ya que su incompetencia llevó al éxito del secuestro de mi prometido. Por este crimen, lo sentencio a treinta latigazos auto infligidos en la plaza central, seguido de cuarenta horas de penitencia. Su condena iniciará mañana al amanecer—.

Winter se estremeció, pero incluso ese castigo no pudo acabar con el alivio en su estómago. Él no iba a morir. Ella no era una chica de hielo y cristal, sino una chica de luz y alegría, porque Jacin no iba a morir.

—Y, Winter…—.

Regresó su atención a su madrastra, quien la miraba con desdén. —Si intentas llevarle comida, voy a tener que cortarle la lengua en castigo por tu amabilidad—.

Se recargó en su silla, un pequeño rayo de luz se extinguió. —Sí mi reina—.

CAPÍTULO 3

Winter despertó varias horas antes de que la luz brillara en el cielo artificial del domo, apenas había dormido. No fue a ver a Jacin recibiendo sus latigazos, sabía que si la veía, se habría obligado a no gritar de dolor. Ella no le haría eso. Dejen que grite. Aún era más fuerte que cualquiera de ellos.

Mordisqueó obedientemente los embutidos y los quesos traídos para su desayuno. Permitió que los sirvientes la bañaran y la vistieran con seda rosa pálido. Se sentó toda una sesión con el Maestro Gertman, un taumaturgo de tercer nivel y su tutor de larga data, pretendiendo tratar de usar su don y disculpándose cuando era demasiado difícil, cuando era demasiado débil. No parecía importarle. De todos modos, pasaba la mayor parte de sus sesiones mirándola con la boca abierta, y Winter no sabría decir si diría que alguna vez hizo un verdadero espejismo.

El día artificial vino y se fue; una de las criadas le trajo una taza de leche caliente con canela, preparó su cama, y finalmente, Winter se quedó sola.

Su corazón latía con expectación.

Se puso un par de pantalones de lino ligero y un top suelto, después se puso la bata de noche para aparentar que llevaba sus ropas de cama debajo. Había pensado en esto todo el día, el plan tomó forma en su mente, como pequeñas piezas de un rompecabezas encajando juntos. Su intencional determinación había sofocado las alucinaciones.

Se desarregló el cabello para que pareciera como si hubiera despertado de un profundo sueño, apagó las luces y se subió a la cama. La mampara de araña le pegó en la frente y ella se estremeció, dando un paso hacia atrás y recuperando el equilibrio en el grueso colchón.

Winter se preparó con una respiración llena de intenciones.

Contó hasta tres.

Y gritó.

Gritó como si un asesino estuviera enterándole un cuchillo en el estómago.

Gritó como si un millar de aves estuvieran picoteándole la piel.

Gritó como si el palacio estuviera quemándose a su alrededor.

El guardia que estaba afuera de su puerta irrumpió en la habitación, con el arma desenfundada. Winter continuó gritando. Trastabillando sobre las almohadas, presionó su espalda contra la cabecera y arañó su cabello.

— ¡Princesa! ¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema?—. Sus ojos se movían por la oscura habitación, buscando un intruso, una amenaza.

Agitando un brazo detrás de ella, Winter rasgó el papel tapiz, arrancando un pedazo. Cada vez era más fácil creer que estaba horrorizada. Había fantasmas y asesinos a su alrededor.

— ¡Princesa!—. Un segundo guardia entró en la habitación. Encendió la luz y Winter se alejó de ella. — ¿Que está pasando?—.

—No sé—. El primer guardia había cruzado la habitación y revisaba las cortinas de las ventanas.

— ¡Monstruo!— chilló Winter, soltando la palabra con un sollozo. —Me desperté, y estaba de pie junto a mi cama… uno de… ¡uno de los soldados de la reina!—.

Los guardias intercambiaron una mirada y el mensaje implícito era obvio, incluso para Winter.

No pasa nada. Está loca.

—Su Alteza…— comenzó a decir el segundo guardia, mientras un tercero apareció en el umbral.

Bien. Usualmente sólo había tres guardias vigilando el corredor entre su habitación y la escalera principal.

— ¡Se fue por ahí!— Cubierta por un brazo, Winter señaló su closet vestidor. —Por favor. No lo dejen escapar, por favor. ¡Por favor, encuéntrenlo!—.

— ¿Qué ha pasado?— preguntó el recién llegado.

—Ella cree que vio a uno de los soldados mutantes— se quejó el segundo guardia.

—Estaba aquí— gritó, las palabras desgarraban su garganta. — ¿Por qué no me protegen? ¿Por qué están ahí parados? ¡Vayan a buscarlo!—.

El primer guardia se veía molesto, como si esta farsa hubiera interrumpido algo más que estar de pie en el pasillo, mirando una pared. Enfundó su arma, pero dijo con autoridad: —Por supuesto, princesa. Vamos a encontrar al perpetrador y a asegurarnos de que esté a salvo—. Hizo una seña al segundo guardia y los dos de ellos caminaron hacia el armario.

Winter miró al tercer guardia y cayó en cuclillas. —Tienes que ir con ellos— le instó, con voz temblorosa y débil. —Es un monstruo enorme, con feroces dientes y garras que los harán trizas. ¡No pueden derrotarlo solos, y si fallan…!—. Sus palabras se volvieron un grito de terror. —Vendrá por mí, y no habrá nadie que lo detenga. ¡Nadie me salvará!—. Jaló su cabello, todo su cuerpo temblaba.

—Muy bien, muy bien. Por supuesto, Alteza. Espere aquí, y... trate de calmarse—. Pareciendo agradecido dejar a la princesa loca, entró junto con sus compañeros.

Tan pronto como desapareció, Winter saltó de la cama y se quitó su bata, dejándola sobre una silla.

— ¡El armario está despejado!— gritó uno de los guardias.

— ¡Sigan buscando!— respondió. —Sé que está ahí—.

Tomando un simple sombrero y los zapatos que había dejado junto a la puerta, huyó.

A diferencia de sus guardias personales, quienes la habrían llenado de preguntas y habrían insistido en escoltarla en la ciudad, los guardias que custodiaban las torres exteriores del palacio apenas se inmutaron cuando les ordenó que abrieran la puerta. Sin guardias ni vestidos finos, con su cabello recogido y su rostro escondido, podría hacerse pasar por una sirvienta en las sombras.

En cuanto pasó la puerta, empezó a correr.

Había aristócratas paseando por las azulejadas calles de la ciudad, riendo y coqueteando con sus ropas finas y sus espejismos. La luz se filtraba por las puertas abiertas, la música sonaba al pasar por los bordes de las ventanas, y en todas partes persistía el olor a comida y el tintineo de copas, además de sombras que se besaban y suspiraban en callejones oscuros.

Así era siempre la ciudad. La frivolidad, el placer. La blanca ciudad de Artemisia, el pequeño paraíso detrás del cristal.

En el centro había una plaza y una plataforma circular, donde se llevaban a cabo obras de teatro y subastas, donde espectáculos de ilusionismo y humor subido de tono a menudo atraía a las familias de mansiones a una noche de juerga.

Las humillaciones públicas y los castigos eran frecuentes en la agenda.

Winter jadeaba, exhausta y mareada por su éxito, la tarima apareció a la vista. La vio y el anhelo en su interior debilitó sus rodillas. Tuvo que tomarse un momento para recuperar el aliento.

Estaba sentado de espaldas al enorme reloj de sol en el centro de la tarima, un instrumento tan inútil que llamaba la atención durante estas largas noches. Sus brazos desnudos fueron atados con cuerdas, su barbilla desplomada contra su clavícula, su pálido cabello ocultaba su rostro. Conforme Winter se le acercaba, pudo ver las marcas de los latigazos en todo el pecho y el abdomen, salpicadas de sangre seca. Habría más en la espalda. Su mano debía estar ampollada de agarrar el látigo. Levana había proclamado un castigo auto—infligido, pero todo el mundo sabía que Jacin estaría bajo el control de un taumaturgo. No había nada ‘auto—infligido’ en eso.

Había escuchado que Aimery se había ofrecido voluntario para hacerlo. Seguramente disfrutó cada herida.

Jacin levantó la cabeza cuando ella llegó al borde de la tarima. Sus ojos se encontraron, Winter miraba a un hombre que había sido golpeado, atado, ridiculizado y atormentado todo el día, y por un momento estuvo segura de que ya se había roto. Otro de los juguetes rotos de la reina.

Pero entonces uno de los lados de su boca se elevó, y la sonrisa alcanzó sus ojos sorprendentemente azules, se veía tan radiante y acogedor como el sol naciente.

—Hola, revoltosa— dijo, apoyando su cabeza contra el dial.

Con eso, el terror de las últimas semanas se desvaneció. Estaba vivo. Estaba en casa. Todavía era Jacin.

Se aproximó a la tarima. — ¿Tienes alguna idea de lo preocupada que he estado?— dijo, acercándosele. —No sabía si habías muerto o si te habían tomado como rehén, o si habías sido devorado por uno de los soldados de la reina. La incertidumbre me estaba volviendo loca—.

Jacin arqueó una ceja.

Winter frunció el ceño. —No te atrevas a decirlo—.

—No iba a hacerlo—. Giró los hombros tanto como lo dejaron las ataduras. Sus heridas se abrieron y rozaron con el movimiento y su rostro se retorció de dolor, pero fue breve.

Fingiendo no darse cuenta, Winter se sentó con las piernas cruzadas frente a él, inspeccionando las heridas. Quería tocarlo, pero le aterraba tocarlo. Por lo menos eso no había cambiado. — ¿Te duele mucho?—.

—Es mejor que estar en el fondo del lago—. Su sonrisa se volvió burlona, sus labios se habían agrietado. —Me trasladarán a un tanque de suspensión mañana por la noche. Medio día más y estaré como nuevo—. Entrecerró los ojos. —Espero que no hayas venido a traerme comida. Quisiera mantener mi lengua en su lugar, gracias—.

—No. Solo te traje una cara simpática—.

—Simpática—. Su mirada se posó en ella, todavía mostrando su amable sonrisa. —Eso es un eufemismo—.

Winter bajó la cabeza, dándose la vuelta para ocultar las tres cicatrices en la mejilla derecha. Durante años, Winter se había hecho a la idea que cuando las personas la miraban, era porque las cicatrices las disgustaban. Una rara desfiguración en su mundo de la perfección. Pero entonces una sirvienta le dijo que no les disgustaban, que les maravillaban. Le dijo que las cicatrices la hacían ver interesante y que, de alguna manera, por extraño que fuera, la hacían ver hermosa. Hermosa. Una palabra que Winter siempre había oído en todas partes. Una hermosa niña, una hermosa chica, una hermosa señorita, tan hermosa, muy hermosa… y las miradas que acompañaban a la palabra siempre la hacían querer usar un velo como el de su madrastra para esconderse de los susurros.

Jacin era la única persona que podía hacerla sentir hermosa sin que pareciera como una cosa mala. No recordaba que hubiera usado la palabra, o que siquiera le hubiera dicho algún cumplido. Siempre se ocultaban tras las bromas descuidadas que hacían que su corazón se acelerara.

—No bromees— dijo, confundida por la forma en que la miraba, por la forma en que siempre la miraba.

—No estaba bromeando— dijo, totalmente despreocupado.

En respuesta, Winter extendió la mano y le dio un golpe en el hombro.

Jacin se estremeció, y ella se quedó sin aliento, recordando sus heridas. Pero la risa de Jacin era cálida. —Esta no es una lucha justa, princesa—.

Winter regresó la tácita disculpa. —Ya era mi turno de tener la ventaja—.

Miró atrás de ella, hacia las calles. — ¿Dónde están tus guardias?—.

La cálida sonrisa se llenó de exasperación. —Princesa, no puedes salir sola. Si algo te pasara—.

— ¿Quién va a hacerme daño aquí, en la ciudad? Todo el mundo sabe quién soy—.

—Sólo se necesita un idiota, demasiado acostumbrado a conseguir lo que quiere y demasiado borracho para controlarse—.

Winter se sonrojó y apretó la mandíbula.

Jacin frunció el ceño, inmediatamente arrepentido. —Princesa…—.

—Correré todo el camino de vuelta al palacio. Estaré bien—.

Él suspiró, y Winter inclinó la cabeza, deseando haber traído algún tipo de ungüento para sus heridas. Levana no dijo nada sobre medicina, y el imaginárselo atado, indefenso… y sin camisa, incluso si estaba ensangrentado y sin camisa, le hacía contraer los dedos de forma extraña.

—Quería estar a solas contigo— dijo, centrándose en su rostro. —Ya nunca estamos a solas—.

—No es adecuado que las princesas de diecisiete años de edad estén a solas con jóvenes que tienen intenciones cuestionables—.

Ella rio. — ¿Y qué tal con un joven que ha sido su mejor amigo desde antes de aprender a caminar?—.

Sacudió la cabeza. —Esos son los peores—.

Winter resopló, un auténtico resoplido de alegría que hizo que el rostro de Jacin se iluminara de nuevo.

Pero el humor era agridulce. La verdad era que Jacin sólo la tocaba cuando la ayudaba a superar una alucinación. Por lo demás, no la había tocado deliberadamente en años. No desde que tenía catorce años y él tenía dieciséis, y había tratado de enseñarle Vals Eclipse con resultados un tanto embarazosos.

En estos días, ella habría vendido la Vía Láctea con tal de que sus intenciones hubieran sido un poco menos honorables.

Su sonrisa comenzó a esfumarse. —Te he echado de menos— dijo.

Jacin apartó la mirada y se movió para tratar de estar más cómodo contra el dial. Por la forma en que apretaba la mandíbula, Winter podía decir lo mucho que le dolía cada movimiento. — ¿Cómo está tu cabeza?— preguntó Jacin.

—Las visiones vienen y se van— dijo, —pero no parecen estar empeorando—.

— ¿Has tenido una hoy?—.

Jugueteó con un pequeño defecto de la tela de sus pantalones, pensando en volver. — No, no desde el juicio de ayer. Me convertí en una chica de hielo y Aimery perdió la cabeza. Literalmente—.

—No me importaría si esa última se hiciera realidad—.

Winter lo acalló.

—Lo digo en serio. No me gusta la forma en que te mira—.

Winter miró por encima del hombro, pero los patios que rodeaban al estrado estaban vacíos. Sólo el bullicio lejano de la música y la risa le recordó que estaban en una metrópolis.

—Has vuelto a la Luna— dijo. —Debes tener cuidado con lo que dices—.

— ¿Me estás aconsejando cómo ser discreto?—.

—Jacin…—.

—Hay tres cámaras en esta plaza. Dos en las lámparas detrás de ti y una escondida en roble detrás del reloj de sol. Ninguna tiene audio. A menos que Levana haya contratado personas que sepan leer labios, ¿no?—.

Winter lo miró. — ¿Cómo se puede saber con seguridad?—.

—La vigilancia era una de las especialidades de Sybil—.

—Con todo, la reina pudo haberte matado ayer. Necesitas tener cuidado—.

—Lo sé, princesa. No tengo ningún interés en regresar a la sala del trono si no es como leal guardia—.

Un estruendoso ruido llamó la atención de Winter. Más allá de la cúpula, las luces de una docena de naves espaciales se desvanecían a medida que cruzaban el estrellado cielo. Se dirigían a la Tierra.

—Soldados—murmuró Jacin. Winter no supo decir si lo decía como una declaración o una pregunta. — ¿Cómo van los planes de guerra?—.

—Nadie me dice nada. Pero Su Majestad parece satisfecha con nuestras victorias... aunque todavía está furiosa por el emperador secuestrado, y la boda cancelada—.

—No se canceló. Sólo se retrasó—.

—Trata de decirle eso—.

Gruñó.

Winter se apoyó en los codos, ahuecando su barbilla. — ¿El ciborg realmente tiene un dispositivo como dijiste? ¿Uno que puede evitar que la gente sea manipulada?—.

Una luz chispeó en los ojos, como si le hubiera recordado algo importante, pero cuando trató de inclinarse hacia ella, sus ataduras lo detuvieron. Hizo una mueca y maldijo entre dientes.

Winter se le acercó más, acortando la distancia ella misma.

—Eso no es todo— dijo. —Supuestamente, ese dispositivo evita que los Lunares usen su don—.

—Sí, mencionaste eso en la sala del trono—.

Su mirada se dirigió a ella. —Y protege sus mentes. Ella me dijo que evita que se…—.

Vuelvan locos.

No tuvo que decirlo en voz alta, no cuando su rostro tenía tanta esperanza, como si hubiera resuelto el problema más grande del mundo. Ambos entendían la trascendencia del asunto.

Ese dispositivo podía curarla.

Los dedos de Winter se estremecieron y los puso bajo la barbilla. —Dijiste que no había más de esos—.

—No. Pero si pudiéramos encontrar los planos del invento... para siquiera saber que es posible—...

—La reina hará cualquier cosa para impedir que sea producido—.

Su expresión se ensombreció. —Lo sé, pero tenía que ofrecer algo. Si tan sólo Sybil no me hubiera arrestado en primer lugar, esa bruja ingrata—. Winter sonrió, y cuando Jacin captó la mirada, su irritación se desvaneció. —No importa. Ahora que sé que es posible, voy a encontrar una manera de hacerlo—.

—Las alucinaciones nunca son tan malas cuando estás cerca. Van a mejorar ahora que estás de vuelta—.

Su mandíbula se tensó. —Lamento haberme ido. Me arrepentí apenas me di cuenta de lo que había hecho. Todo sucedió muy rápido, y entonces no podía volver por ti. Yo sólo... te abandoné aquí. Con ella. Con ellos—.

—No me abandonaste. Fuiste tomado como rehén. No tenías opción—.

Jacin apartó la mirada.

Ella se enderezó. — ¿Qué no fuiste manipulado?—.

—No todo el tiempo— susurró, como una confesión. —Elegí ponerme de su lado, cuando Sybil yo estuvimos en su nave—. La culpa se apoderó de su rostro, y era una expresión tan extraña en él que Winter no estaba segura de haberla interpretado bien. —Entonces los traicioné—. Golpeó su cabeza contra el reloj de sol, más fuerte de lo necesario. —Soy tan idiota. De seguro me odias—.

—Puede que seas un idiota, pero déjame decirte algo: eres un idiota encantador—

Sacudió la cabeza. —Tú eres la única persona en la galaxia que alguna vez me llamaría adorable—.

—Soy la única persona en la galaxia lo suficientemente loca como para creerlo. Ahora dime lo que has hecho para que deba odiarte—.

Tragó saliva con fuerza. — ¿Recuerdas a esa ciborg que Su Majestad está buscando?—
.

—Linh Cinder—.

—Sí. Bueno, pensé que sólo era una chica loca en una misión suicida, ¿verdad? Pensé que iba a conseguir que nos mataran a todos con esas fantasías de secuestrar al emperador y derrocar a la reina... al escuchar sus planes, cualquiera hubiera pensado eso. Así que pensé, prefiero tener una oportunidad y regresar contigo, si podía. Dejen que ella lance su vida por la borda—.

—Pero Linh Cinder secuestró al emperador. Y se escapó—.

—Lo sé—. Regresó su atención a Winter. —Sybil tomó raptó a uno de sus amigos, una chica llamada Scarlet. ¿No se supone que la cono…?—.

Winter sonrió. —Oh sí. La reina me la dio como una mascota, y está encerrada en la casa de fieras. Me agrada mucho—. Su frente se arrugó. —Aunque no sabría decir si yo le agrado a ella o no—.

Jacin se estremeció ante un repentino dolor desconocido y se tomó un momento para recuperarse. — ¿Puedes hacerle llegar un mensaje de mi parte?—.

—Por supuesto—.

—Tienes que ser cuidadosa. No te lo diré si no puedes ser discreta… por tu propio bien—.

—Puedo ser discreta—.

Jacin parecía escéptico.

—Puedo. Seré tan sigilosa como un espía. Tan sigilosa como tú—.

Winter se acercó un poco más.

Él bajó la voz, como si ya no estuviera tan seguro de que esas cámaras no tienen audio. —Dile que van a venir por ella—.

Winter lo miró. —Venir por... ¿venir aquí?—.

Asintió, un sutil movimiento de cabeza. —Y creo que en serio podrían tener una posibilidad—.

Con el ceño fruncido, Winter se adelantó y metió los mechones sudoroso y sucio cabello de Jacin detrás de las orejas. Se tensó por el contacto, pero no se apartó. —Jacin Clay, no entiendo nada de lo que dices—.

—Linh Cinder—. Su voz se volvió apenas un suspiro y se inclinó aún más cerca para escucharlo. Un rizo de su cabello cayó sobre su hombro. Se lamió los labios. —Ella es Selene—.

Cada músculo de su cuerpo se tensó. Se echó hacia atrás. —Si Su Majestad escucha lo que dices…—.

—No voy a decírselo a nadie más. Pero tenías que saberlo—. Sus ojos se arrugaron en las esquinas, llenos de simpatía. —Sé que la querías—.

Su corazón palpitaba. — ¿Mi Selene?—.

—Sí. Pero... lo lamento, princesa. Creo que no se acuerda de ti—.

Invierno parpadeó, dejando que la fantasía la llenara por un momento nebuloso. Selene, viva. ¿Su prima, su amiga? Viva.

Winter frunció sus hombros contra el cuello, enterrando las esperanzas. —No. Ella está muerta. Yo estaba allí, Jacin. Vi lo que pasó en el incendio—.

—Tú no la viste—.

—Pero encontraron…—.

—Carne carbonizada. Lo sé—.

—Un montón de cenizas en forma de niña—.

—Sólo eran cenizas. Mira, yo tampoco lo creía, pero ahora estoy seguro—. Una esquina de su boca se elevó, algo así como orgullo. —Ella es nuestra princesa perdida. Y está por volver a casa—.

Winter oyó un carraspeo a sus espaldas y su esqueleto casi saltó de su piel. Giró su torso alrededor, cayendo sobre su codo.

Su guardia personal estaba parado al lado de la tarima, con el ceño fruncido.

— ¡Ah!—. Con el corazón revoloteando como un millar de pájaros asustados, Winter mostró una sonrisa de alivio. — ¿Atraparon al monstruo?—.

No le devolvió la sonrisa, ni siquiera hubo un rubor en sus mejillas, algo normal cuando ella dirigía esa mirada particular. En su lugar, su ceja derecha comenzó a temblar.

—Su Alteza, he venido para regresarla y escoltarla al palacio—.

Enderezándose, Winter juntó las manos delante de su pecho. —Claro. Que amable es al preocuparse por mí—. Miró a Jacin, quien estaba siendo observado por el guardia con desconfianza. Era de esperarse. Él miraba a todos con desconfianza. —Me temo que mañana será un día aún más difícil, Sir Clay. Trate de pensar en mí cuando pueda—.

— ¿Intentar, princesa?— Le sonrió. —Me temo que no puedo pensar en nada más—.

CAPÍTULO 4

Cinder yacía en el suelo, mirando al gran motor del Rampion, su red de conductos, y módulo de soporte vital giratorio. Los planos del sistema que había descargado hace semanas se sobrepusieron en su visión, un práctico truco ciborg que había usado innumerables veces cuando trabajó de mecánica en Nueva Pekín. Agrandó el plano, ampliando un cilindro del tamaño de su brazo. Estaba metido cerca de la pared de la sala de máquinas. Varios tubos brotaron hacia todos lados.

—Ese tiene que ser el problema— murmuró, quitando el plano. Se metió debajo del módulo giratorio, motas de polvo se acumularon alrededor de los hombros y volvió a sentarse. Había un espacio justo para escabullirse entre el laberinto de cables y bobinas, tubos y tuberías.

Conteniendo el aliento, presionó su oreja contra el cilindro. El metal se sentía frío en su piel.

Esperó. Escuchó. Ajustó el volumen de sus sensores de audio.

Oyó que la puerta de la sala de máquinas se abría.

Volteando hacia atrás, vio unos pantalones grises de un uniforme militar iluminados por la luz amarillenta del pasillo. Ese podría haber sido cualquiera en la nave, pero los brillantes y negros zapatos de vestir...

—¿Hola?— dijo Kai.

Su corazón latía con fuerza, cada vez que lo oía, su corazón repiqueteaba.

—Aquí atrás—.

Kai cerró la puerta y se agachó en el lado opuesto de la habitación, enmarcado entre el revoltijo de retumbantes pistones y ventiladores giratorios. —¿Que estás haciendo?—.

—Revisando los filtros de oxígeno. Dame un minuto—.

Puso su oreja contra el cilindro de nuevo. Allí, un ruido leve, como una piedra golpeando en el interior. —Ajá—.

Sacó una llave de su bolsillo y se puso a aflojar las tuercas de ambos lados del cilindro. Tan pronto como lo abrió, la nave se volvió repentinamente tranquila, como un zumbido que sólo se notaba una vez que te detuvieras a oírlo. Kai levantó las cejas, sorprendido.

Cinder miró dentro del cilindro, antes de meter sus dedos y sacar un filtro complicado. Estaba formado por pequeños canales y hendiduras, todos alineados en una delgada película de color gris.

—No me extraña que los despegues hayan sido inestables—.

—Supongo que no necesitas mi ayuda, ¿o sí?—.

—Nop. A menos que quieras buscar una escoba—.

— ¿Una escoba?—.

Levantando el filtro, Cinder golpeó el borde contra una de las tuberías que tenía encima. Una nube de polvo explotó a su alrededor, cubriéndole el cabello y los brazos. Tosiendo,

Cinder puso la nariz en el hueco de su codo y siguió golpeándolo hasta que cayeron los trozos más grandes.

—Ah. Una escoba. Claro. Debe haber una en la habitación, ¿no?... Quiero decir, en el camarote—.

Quitándose el polvo de las pestañas, Cinder le sonrió. Por lo general era tan seguro de sí mismo que en los raros momentos en que se ponía nervioso, hacía que todo su interior se diera un cambio de arriba a abajo. Y había estado muy nervioso últimamente. Desde el momento en que despertó a bordo del Rampion, era claro que Kai estaba doce mil kilómetros fuera de su hábitat, pero se adaptó bien en las últimas semanas. Aprendió la terminología, comió las comidas enlatadas y liofilizadas sin quejarse, cambió su lujoso traje de boda por el uniforme militar estándar que todos usaban. Insistió en ayudar donde pudiera, incluso cocinó algunas insípidas comidas, aunque Iko señaló que, como él era su invitado real, ellos debían servirle. Thorne se rio, y la sugerencia pareció hacer sentir a Kai más incómodo.

Aunque Cinder no podía imaginárselo renunciando a su trono y emprendiendo una vida de viajes espaciales y aventuras, era bastante adorable verlo tratar de encajar.

—Solo bromeaba— dijo. —Se supone que las salas de máquinas deben estar sucias— . Examinó el filtro de nuevo y, considerándolo satisfactorio, se retorció de nuevo en el cilindro y lo atornilló todo en su lugar. El zumbido se puso en marcha de nuevo, pero el ruido de guijarros se había ido.

Cinder se escabulló con los pies por delante fuera del módulo y los conductos. Aún en cuclillas, Kai la miró y sonrió. —Iko tiene razón. Realmente no puedes estar limpia por más de cinco minutos—.

—Es parte de la descripción del trabajo—. Se sentó, sacudiéndose la pelusa de los hombros.

Kai le quitó algunos de los trozos más grandes de su cabello. — ¿Dónde aprendiste a hacer todo esto, por cierto?—.

—¿Qué, esto? Cualquiera puede limpiar un filtro de oxígeno—.

—Créeme, no cualquiera puede—. Kai puso sus codos en las rodillas y pasó la mirada por la sala de máquinas. —¿Sabes que hace todo esto?—.

Siguió la mirada, cada cable, cada colector, cada bobina de presión, y se encogió de hombros. —Bastante. A excepción de esa cosa grande giratoria de la esquina. No tengo idea. Pero ¿qué tan importante puede ser?—.

Kai puso los ojos en blanco.

Apoyándose en una tubería, Cinder se obligó a ponerse de pie y metió la llave de vuelta en el bolsillo. —No lo aprendí en ningún lado. Tan solo veo las cosas y averiguo cómo funcionan. Una vez que sepas cómo funciona algo, puedes averiguar cómo repararlo— .

Trató de sacudir los últimos restos de polvo de su cabello, pero parecían ser interminables.

—Oh, tan solo ves algo y averiguas cómo funciona— Kai permanecía inexpresivo, de pie a su lado. —¿Es todo?—.

Cinder acomodó su cola de caballo y se encogió de hombros, repentinamente avergonzada. –Es sólo mecánica—.

Kai le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia él. —No, es impresionante— dijo, usando la yema del pulgar para quitar algo de la mejilla de Cinder. —Por no decir, extrañamente atractivo— dijo, antes de besar sus labios.

Cinder se tensó brevemente, antes de sumergirse en el beso. La sensación era siempre igual, una mezcla de sorpresa con una ola de vértigo. Era el décimo séptimo beso (su interfaz cerebral llevaba un cuenta, un tanto en contra de su voluntad), y se preguntó si alguna vez se acostumbraría a este sentimiento. Sentirse deseada, cuando se había pasado la vida creyendo nadie jamás la vería como algo más que un bizarro experimento científico.

Especialmente un chico.

Especialmente Kai, alguien inteligente, honorable, amable y quien podía tener cualquier chica que quisiera. Cualquier chica.

Suspiró contra él, apoyándose en el abrazo. Kai alcanzó un tubo que tenía encima y empujó a Cinder contra la consola principal del ordenador. No ofreció resistencia. Aunque su cuerpo no le permitiría sonrojarse, sentía una extraña calidez que la inundaba cada centímetro cuando Kai estaba así de cerca. Cada terminación nerviosa crepitaba y vibraba, y ella sabía que podía besarla otras diecisiete mil veces y nunca se cansaría de eso.

Pasó sus brazos alrededor de su cuello, moldeando sus cuerpos juntos. La calidez de su pecho se filtró en su ropa. Se sentía completamente correcto. Completamente perfecto.

Pero luego tenía esa sensación, siempre al acecho, siempre dispuesta a nublar su satisfacción. El saber que esto no podía durar.

No mientras Kai estuviera comprometido con Levana.

Enojada por el pensamiento intrusivo, besó a Kai con más fuerza, pero sus pensamientos siguieron rebeldes. Incluso si tenían éxito y Cinder era capaz de recuperar su trono, se esperaría que permaneciera en la Luna como su nueva reina. No era ninguna experta, pero parecía difícil mantener una relación en dos planetas diferentes.

O un planeta y una luna.

O lo que sea.

El punto era que habría 384.000 kilómetros de espacio entre ella y Kai, era muchísima distancia, y...

Kai sonrió, rompiendo el beso. —¿Qué pasa?— murmuró contra su boca.

Cinder retrocedió para mirarlo. Su cabello era más largo, rozando en descuidado. Como un príncipe, siempre permanecía arreglado de manera casi perfecta. Pero luego se convirtió en un emperador. En las semanas después de su coronación, tuvo que tratar

de detener una guerra, cazar a un fugitivo, evitar casarse, y soportar su propio secuestro. Como resultado, los cortes de cabello se volvieron un lujo prescindible.

Cinder vaciló antes de preguntar: —¿Alguna vez piensas en el futuro?—.

Su expresión se volvió cautelosa. —Por supuesto que sí—.
—Y... ¿me incluye?—.

La mirada de Kai se suavizó. Soltando la tubería, colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. —Eso depende de si pienso en el futuro bueno o el malo—.

Cinder metió la cabeza debajo de la barbilla. —Siempre y cuando alguno de ellos se cumpla—.

—Esto va a funcionar— dijo Kai, hablando al oído. —Ganaremos—.

Ella asintió, feliz de que no pudiera ver su rostro.

Derrotar a Levana y convertirse en la reina de la Luna era sólo el comienzo de toda una galaxia de preocupaciones. Ella solamente quería quedarse así, arropada en esta nave espacial, juntos, seguros y en paz... pero eso definitivamente no iba a suceder. Una vez que derrocaran a Levana, Kai volvería a ser el emperador de la Comunidad del Este y, algún día, necesitaría una emperatriz.

Podría tener un derecho consanguíneo al trono Lunar y tenía la esperanza de que el pueblo Lunar elegiría a cualquier persona que no fuera Levana, incluso a una adolescente políticamente inepta que tiene un 36.28% de materiales cibernéticos y manufacturados. Pero había visto a los prejuicios de la gente de la Comunidad. Algo le decía que no sería aceptada como gobernante.

Ni siquiera sabía con certeza si quería ser emperatriz. Aún se estaba haciendo a la idea de ser una princesa.

—Cada cosa a su tiempo— susurró, tratando de aquietar sus arremolinados pensamientos.

Kai la besó en la sien (su cerebro lo contó como el #18), y luego se alejó. —¿Cómo va tu entrenamiento?—.

—Bien—. Se alejó de los brazos de Kai y miró al motor. —Oye, ya que estás aquí, ¿puedes ayudarme con esto?— Cinder se pasó a su lado y abrió un panel en la pared, dejando al descubierto un bulto de cables anudados.

—Eso fue un sutil cambio de tema—.

—No estoy cambiando el tema— dijo, a pesar de un obviamente forzado carraspeo contradijo su negación. —Estoy recableando los valores predeterminados orbitales para que los sistemas de la nave se ejecuten de manera más eficiente mientras estemos en cabotaje. Estas naves están diseñadas para aterrizajes y despegues frecuentes, no para un constante..—.

—Cinder—.

Frunció los labios y desenchufó unos conectores. —El entrenamiento va bien— repitió. —¿Podrías darme los alicates del suelo?—.

Kai buscó en el suelo, agarró dos herramientas y las levantó.

—La de la izquierda— dijo. Kai se la entregó. —Entrenar con Lobo se ha vuelto mucho más fácil. Aunque es difícil saber si es porque estoy mejorando, o porque él... ya sabes—.

No sabía que palabra usar para definirlo. Lobo se había vuelto una sombra de lo que era desde que Scarlet fue capturada. Lo único que lo mantenía fuerte era su determinación de llegar a la Luna y rescatarla tan pronto como fuera posible.

—De cualquier manera— añadió. —Creo que ya me enseñó todo lo que sabe sobre el uso del don lunar. De ahora en adelante, voy a tener que improvisar—. Examinó el lío de cables, alineándolos con un diagrama de la pantalla de su retina. —No es como si no hubiera sido mi táctica principal todo este tiempo—. Frunció el ceño e hizo unos cuantos cortes. —Ten, sostén estos cables y no dejes que se toquen—.

Acercándose a ella, Kai sostuvo los cables que le dijo. —¿Qué pasa si se tocan?—.

—Oh, probablemente nada, pero hay una pequeña posibilidad de que la nave se auto—destruya—. Desnudando dos de los cables recién cortados, comenzó a torcerlos juntos en un nuevo amarre.

Kai apenas respiró hasta que Cinder tomó uno de los peligrosos cables de su mano. —¿Por qué no practicas en mí?— dijo.

—¿Practicar qué?—.

—Ya sabes. Eso de la manipulación mental—.

Cinder se detuvo, con los alicates cernidos sobre un cable azul. —Por supuesto que no—.

—¿Por qué?—.

—Te dije que nunca te manipularía, y pienso cumplirlo—.

—No es manipulación si sé que lo estás haciendo—. Vaciló. —O yo creo que no. Podríamos usar una palabra de código, así sabré cuando me controles. Como... ¿cómo dijiste que se llamaban estos?—.

—¿Alicates?—.

—Como alicates—.

—No—.

—O algo más—.

—No voy a practicar en ti—. Deslizando los alicates en el bolsillo, terminó de empalmar el resto de los cables y relevó a Kai de su deber. —Bueno, veamos cómo le va a esto—.

—Cinder, no tengo nada mejor que hacer. Literalmente, nada mejor que hacer. El tiempo que he pasado en esta nave me ha enseñado que no tengo ninguna habilidad práctica.

No sé cocinar. No sé arreglar nada. No sé ayudar a Cress con la vigilancia. No sé nada de armas ni de lucha o... Más que nada, sólo soy un buen orador, y eso es útil sólo en la política—.

—Sin mencionar que puedes hacer que cualquier chica se desmaye con sólo una sonrisa—.

Kai se tomó un momento antes de procesar lo que dijo, pero luego su expresión se aclaró y sonrió.

—Sí— dijo, cerrando el panel. —Esa—.

—Lo digo en serio, Cinder. Quiero ser útil. Quiero ayudar—.

Ella se volvió hacia Kai. Frunció el ceño. Lo consideró.

—Alicates— dijo.

Kai se puso tenso, su expresión mostró un rastro de duda. Pero entonces levantó la barbilla. Confiaba.

Con una ligera presión en la voluntad de Kai, instó a su brazo para alcanzarla y tomar la llave de su bolsillo trasero. No era más difícil que controlar de sus extremidades ciborgs. Una solo pensamiento, y podía contar con él hace nada.

Kai miró obnubilado la herramienta. —Eso no era tan malo—.

—Oh, Kai—.

Kai la miró, luego volvió a ver la llave mientras su mano levantó la herramienta hasta el nivel de los ojos y sus dedos, que ya no estaban bajo su control, comenzaron a girar la llave, un dedo tras otro. Primero lento, luego más rápido, hasta que el reluciente metal parecía un truco de magia.

Kai se quedó boquiabierto, asombrado, pero no se sentía incómodo en absoluto. —Siempre me pregunté cómo lo haces—.

—Kai—.

Él le devolvió la mirada, la llave aún bailaba sobre sus nudillos.

Cinder se encogió de hombros. —Es demasiado fácil. Podría hacerlo mientras escalo una montaña, o... solucionando ecuaciones matemáticas complejas—.

Kai entrecerró los ojos. —Tú tienes una calculadora en la cabeza—.

Riendo, liberó su control sobre la mano de Kai. Kai retrocedió cuando la llave cayó al suelo. Al darse cuenta de que había recuperado el control sobre su extremidad, se agachó para recogerla.

—Ese no es el punto— dijo Cinder. —Con Lobo, hay algo de desafío, se requiere concentración, pero con Terrestres..—.

—Está bien, lo entiendo. ¿Pero qué puedo hacer? Me siento tan inútil, dando vueltas esta nave, mientras la guerra está en marcha, y todos ustedes hacen planes, y yo sólo espero—.

Cinder hizo una mueca ante la frustración en su voz. Kai era responsable de miles de millones de personas, y ella sabía que sentía que los había abandonado, aunque no había tenido otra opción. Porque Cinder no le había dado otra opción.

Kai era amable con ella. Desde esa primera discusión después de haber despertado a bordo de la Rampion, tenía cuidado de no culparla por sus frustraciones. Aunque sí era su culpa. Ambos lo sabían y a veces se sentía como si estuvieran atrapados en un baile sin saber los pasos. Cada uno evitaba esta evidente verdad para no interrumpir la conexión que habían descubierto. La insegura felicidad que había descubierto.

—La única oportunidad que tenemos de ganar— dijo —es si puedes persuadir a Levana de celebrar la boda en la Luna. Así que por ahora, puedes ir pensando cómo vas a lograr eso—. Inclinándose hacia adelante, Cinder le dio un suave beso en los labios. (Dieciocho). —Qué suerte que seas un gran orador—.

CAPÍTULO 5

Scarlet presionó su cuerpo contra las barras de acero, tratando de alcanzar la rama de un árbol que colgaba justo afuera de su jaula. Cerca, tan cerca. La barra le presionaba la mejilla. Agitó los dedos, rozando una hoja, tocando la corteza, ¡sí!

Sus dedos se cerraron alrededor de la rama. Se dejó caer de vuelta en su jaula, arrastrando más cerca la rama. Retorciendo su otro brazo entre los barrotes, quitó tres ramitas cubiertas de hojas, luego rompió la punta y la soltó. La rama se balanceó hacia arriba y un grupo de pequeñas y extrañas nueces cayeron sobre su cabeza.

Scarlet se estremeció y esperó hasta que el árbol dejara de agitarse antes de voltear hacia dentro la capucha de su sudadera roja y recolectar las nueces que la habían atacado. Parecían algún tipo de avellanas. Si pudiera encontrar una manera de romperlas, serían un buen bocadillo para después.

Unos ligeros arañazos llamaron su atención. Miró hacia el camino de la casa de fieras, al lobo blanco que estaba de pie sobre sus patas traseras y golpeteaba los barrotes de su propio recinto.

Scarlet había pasado mucho tiempo deseando que Ryu pudiera saltar por encima de las barras. El muro de su recinto le llegaba a la cintura y debería haber sido capaz de limpiar fácilmente. Entonces Scarlet podría acariciar su pelaje, rascarle las orejas. ¡Qué lujo sería tener un poco de contacto! Siempre había sido aficionada a los animales en la granja, por lo menos hasta tener que sacrificarlos y cocinar un buen ragoût, pero nunca se dio cuenta de lo mucho que apreciaba su sencillo afecto hasta que ella misma había sido reducida a un animal.

Desafortunadamente, Ryu no escaparía de su confinamiento antes que Scarlet. De acuerdo con la Princesa Winter, tenía un chip incrustado entre los omóplatos que le daría una dolorosa descarga si trataba de saltar la barandilla. La pobre criatura había aprendido a aceptar su hábitat hace mucho tiempo.

Scarlet dudaba si alguna vez aceptaría el suyo.

—Esto es todo— dijo, agarrando su valioso tesoro: tres pequeñas ramitas y una rama astillada. Las levantó para que el lobo las viera. Ryu ladró e hizo un entusiasta baile a lo largo del muro. —No puedo alcanzar más. Hay que llevarse esto con calma—.

Las orejas de Ryu se torcieron.

Poniéndose de rodillas, tan cerca cómo pudo dentro de su jaula, Scarlet agarró una de las barras de arriba, apuntó una de las ramas más pequeñas, y la lanzó.

Ryu la persiguió y atrapó la ramita en el aire. En cuestión de segundos, brincó de vuelta a su pila de ramas y dejó caer la vara en la parte superior. Satisfecho, se puso en cuclillas, con la lengua colgando.

—Buen trabajo, Ryu. Que buena muestra de control—. Suspirando, Scarlet tomó otro palo.

Ryu acababa de levantarse cuando oyó el sonido de pisadas por el camino. Scarlet se sentó sobre sus talones, inmediatamente tensa, pero aliviada cuando vio un elegante vestido de color crema entre los tallos de flores exóticas y vides caídas. La princesa apareció en la esquina del camino un momento después, con una cesta en la mano.

—Hola, amigos— dijo la Princesa Winter.

Ryu dejó caer su último palo en la pila, y luego se sentó, con el pecho tan alto como si estuviera mostrando respeto.

Scarlet frunció el ceño. —Adulador—.

Winter inclinó la cabeza hacia Scarlet. Un mechón de pelo negro cayó sobre su mejilla, ocultando sus cicatrices.

—¿Qué me has traído hoy?— Preguntó Scarlet. —¿Murmullos delirantes acompañados de locura? ¿O es este uno de tus días buenos?—.

La princesa sonrió y se sentó frente a la jaula de Scarlet, sin importarle que el camino cubierto de rocas y tierra negra le ensuciara el vestido. —Este es uno de mis mejores días— dijo, colocando la cesta en su regazo —porque te he traído un regalo, acompañado de noticias—.

—Oh, oh, no me digas. ¿Me moverán a una jaula más grande? Oh, por favor dime que esa tiene cañería de verdad. Y tal vez uno de esos lujosos comederos para aves, ¿no?—
.

Aunque las palabras de Scarlet estaban cargadas de sarcasmo, la verdad, una jaula más grande con una verdadera cañería habría sido una gran mejora. Al no poder ponerse de pie, sus músculos se debilitaban día a día, y sería grandioso si no tuviera que depender de los guardias para llevarla al otro recinto, dos veces al día, donde era amablemente escoltada a un hoyo para hacer sus necesidades.

Un comedero.

Winter, tan indiferente como siempre al mordaz tono de Scarlet, se inclinó hacia adelante con una sigilosa sonrisa. —Jacin ha regresado—.

La frente de Scarlet tembló, su reacción a esta noticia casi la hace enloquecer. Sabía que Winter tenía un amor de colegiala con ese tipo Jacin, pero la interacción de Scarlet con él había sido al mando de un taumaturgo, atacándola a ella y a sus amigos.

Se había convencido a sí misma de que había muerto, porque, de otro modo, tendría que haber matado a Cinder y a Lobo, y eso era imposible.

—¿Y...?—objetó.

Los ojos de Winter brillaban. Había veces en las que Scarlet sentía como si hubiera endurecido su corazón a la belleza impecable, el espeso pelo de la chica y su morena piel, con sus dorados ojos y sus labios rosados. Pero entonces la princesa le dirigía una mirada como esa, y el corazón de Scarlet se rendía y volvía a preguntarse cómo era posible que esto no fuera un espejismo.

La voz de Winter se volvió un susurro conspirador. —Tus amigos están vivos—.

Esas simples palabras hicieron que la habitación girara. Scarlet se tomó un momento, desconfiada, reacia a la esperanza. —¿Estás segura?—.

—Estoy segura. Dijo que incluso el capitán y la chica de satélite estaban bien—.

Como si fuera una marioneta sin hilos, se dejó caer sobre sus rodillas. —Oh, gracias a las estrellas—.

Estaban vivos. Después de casi un mes sobreviviendo de terquedad obstinada, Scarlet finalmente tenía una razón para tener esperanza. Fue tan repentino y tan inesperado que se sintió mareada y con euforia.

—También me pidió que te dijera— continuó Winter —que Lobo te extraña mucho. Bueno, las palabras de Jacin fueron que estaba enloqueciendo a todos con sus patéticos quejidos sobre ti. Eso es dulce, ¿no te parece?—.

Algo se quebró en el interior de Scarlet. No había llorado ni una vez desde que había llegado a la Luna, aparte de las lágrimas de dolor y delirio cuando fue torturada, mental y físicamente, claro. Pero ahora todo el miedo, el pánico y el horror brotó dentro de sí y no podía retenerlo, ni siquiera podía pensar en más que inminentes sollozos y confusas lágrimas.

Estaban vivos. Todos estaban vivos.

Sabía que Cinder aún rondaba por ahí, incluso en la casa de fieras, los rumores decían que se había infiltrado en el Palacio de Nueva Pekín y había secuestrado el emperador. Scarlet sintió orgullo cuando escuchó esos rumores, incluso si ella no participó en el rapto.

Pero nadie mencionaba cómplices. Nadie dijo nada sobre Lobo o Thorne o la chica del satélite que trataron de rescatar.

Se frotó la nariz y se apartó el pelo grasiento de la cara. Winter estaba viendo la muestra de emoción de Scarlet como si fuera una mariposa saliendo de su capullo.

—Gracias— dijo Scarlet, dejando salir otro sollozo. —Gracias por contármelo—.

—Claro. Eres mi amiga—.

Scarlet se secó los ojos con la mano y, por primera vez, no lo discutió.

—Y ahora tu tratamiento—.

—No tengo hambre—. Era una mentira, pero había llegado a despreciar lo mucho que dependía de la caridad de Winter.

—Pero es un petite de manzana. Un manjar Lunar que es..—.

—Uno de tus favoritos, sí, lo sé. Pero no tengo..—.

—Me parece que deberías comerlo—. La expresión de la princesa era inocente y significativa a la vez, de esa manera tan peculiar que tenía. —Creo que te hará sentir mejor— continuó, empujando una caja a través de las rejas. Esperó hasta que Scarlet la tomara, luego se levantó y se dirigió hacia el recinto de Ryu. Se agachó para acariciarlo cariñosamente detrás de las orejas, luego se inclinó sobre la barandilla y empezó a recoger su montón de palos.

Scarlet levantó la tapa de la caja, revelando el marmóreo caramelo rojo en su lecho de azúcar hilada. Winter le había traído muchas delicias desde su encarcelamiento, la mayoría de ellas mezcladas con analgésicos. Aunque el dolor del dedo de Scarlet, que

había sido cortado durante el interrogatorio con la reina, se había reducido a un recuerdo lejano, los dulces aún aliviaban el dolor y la molestia de vivir en un lugar tan estrecho.

Pero cuando levantó el dulce de la caja, vio algo inesperado escondido debajo. Un mensaje escrito a mano.

Paciencia, amiga. Ya vienen por ti.

Se apresuró a cerrar la caja antes de que la cámara de seguridad por encima del hombro pudiera verlo, y metió el caramelo en su boca, su corazón retumbaba. Cerró los ojos, apenas sentía el crujido de la cubierta de caramelo, apenas saboreaba el centro agridulce.

—Lo que dijiste en el juicio— dijo Winter, regresando con un manojo de ramas en sus brazos y colocándolas donde Scarlet pudiera alcanzarlos. —No lo había entendido entonces, pero ahora lo comprendo—.

Scarlet tragó demasiado rápido. El dulce bajó con fuerza, unos trozos de cáscara le rasparon la garganta. Tosió, deseando que la princesa hubiera traído un poco de agua también. —¿Cuál parte? Estaba bajo mucha presión, como quizás recuerdes—.

—La parte sobre Linh Cinder—.

Ah. La parte en la que Linh Cinder es realmente la perdida Princesa Selene. La verdadera reina de la Luna.

—¿A qué te refieres?— dijo, erizada por la sospecha. ¿Había dicho algo Jacin sobre los planes de Cinder para reclamar su trono? ¿Y de qué lado estaba él, si había pasado semanas con sus amigos, pero ahora había vuelto a Levana?

Winter consideró la pregunta durante mucho tiempo. —¿Cómo es ella?—.

Scarlet metió la lengua entre los dientes, pensando. ¿Cómo era Cinder? No la había conocido lo suficiente. Era una mecánica brillante. Parecía honorable, valiente y decidida a hacer lo que había que hacerse... pero Scarlet sospechaba que no siempre era tan segura de sí misma como trataba de aparentar.

Además, estaba enamorada del emperador Kai tanto como Winter de Jacin, aunque Cinder trataba de aparentar lo contrario.

Pero Scarlet no pensó en responder la pregunta de Winter. —Ella no es como Levana, si eso es lo que estás preguntando—.

Winter exhaló, como si un miedo hubiera sido liberado.

Ryu gimió y rodó sobre su espalda, tratando de llamar su atención.

Winter agarró un palo de la pila y la tiró. El lobo saltó y corrió tras él.

—Tu amigo lobo— dijo Winter. —¿Es uno de los soldados...?—.

—Ya no es así— escupió Scarlet. Lobo no pertenecería a la reina de nuevo. No si podía evitarlo.

—Pero lo era, y ahora le ha traicionado—. El tono de la princesa se había vuelto de ensueño, con los ojos fijos en el espacio, incluso después de que Ryu regresó y dejó caer el palo al lado de las barras, comenzando un nuevo montón. —Por lo que sé de sus soldados, eso no debería ser posible. Al menos, no mientras se encuentran bajo el control de su taumaturgo—.

Sintiendo una calidez repentina, Scarlet abrió la cremallera de su sudadera. Estaba sebosa, llena de suciedad, sudor y sangre, pero usarla aún la hacía sentirse conectada a la Tierra, a la granja y a su abuela. Le recordaba que era un ser humano, a pesar de estar encerrada en una jaula.

—El Taumaturgo de Lobo está muerto— dijo, —pero Lobo luchó contra él, incluso cuando estaba vivo—.

—Tal vez se equivocaron con él, cuando alteraron su sistema nervioso—.

—No fue un error— Scarlet sonrió. —Lo sé, ellos piensan que son tan inteligentes al darles a los soldados instintos de lobos salvajes. Los instintos para cazar y matar. Pero mira a Ryu—. El lobo se había acostado y roía el palo. —Sus instintos también los hacen jugar y amar. Si tuviera una pareja y cachorros, entonces sus instintos serían protegerlos a toda costa—. Scarlet jugueteó con el cordón de su chaqueta. —Eso es lo que hizo Lobo. Él me protegió—.

Tomó otro palo de la pila fuera de su jaula. Eso despertó la atención de Ryu, pero Scarlet solamente pasó los dedos por la corteza de la rama. —Tengo miedo de no volverlo a ver—.

Winter metió la mano por los barrotes y acarició el cabello de Scarlet con los nudillos. Scarlet se tensó, pero no se apartó. El contacto, cualquier contacto, era un regalo.

—No te preocupes— dijo Winter. —La reina no asesinará siempre y cuando seas mi mascota. Tendrás la oportunidad de decirle a tu Lobo que lo amas—.

Scarlet la fulminó con la mirada. —No soy tu mascota, y Lobo tampoco será la de Levana—. Esta vez, retrocedió, y Winter dejó caer su mano en el regazo. —Y no es que lo amo. Es sólo..—.

Vaciló, y, nuevamente, Winter ladeó la cabeza y miró a Scarlet con una curiosidad penetrante. Era inquietante saber que estaba siendo psicoanalizada por alguien que con frecuencia se quejaba de que los muros del castillo habían sangrado de nuevo.

—Lobo es todo lo que me queda— aclaró Scarlet. Arrojó el palo con poco entusiasmo hacia el camino. Aterrizó al alcance de la pata de Ryu y él simplemente lo miró fijamente, como si no valiera la pena el esfuerzo. Los hombros de Scarlet se desplomaron. —Lo necesito tanto como él me necesita. Pero eso no significa que sea amor—.

Winter bajó las pestañas. —En realidad, querida amiga, creo que eso es precisamente de lo que se trata el amor—.

CAPÍTULO 6

—Estas dos noticias tienen declaraciones de esa mesera, Émilie Monfort— dijo Cress, arrastrando su dedo por la pantalla en el compartimiento de carga, poniendo la foto de una chica rubia hablando a una multitud de reporteros. —Ella asegura estar supervisando las granjas y jardines Benoit durante la ausencia de Scarlet. En ésta hace un comentario acerca de que el trabajo está siendo muy pesado para ella y bromeó acerca de que si las Benoit no regresan pronto, tendría que empezar a subastar las gallinas—. Cress titubeó. —O tal vez iba en serio. No estoy segura. Oh, y en esta habla acerca del momento en que Thorne y Cinder llegaron a la granja y como la asustaron tontamente—.

Miró sobre su hombro para comprobar si Lobo aún la escuchaba. La mirada de él estaba pegada a la pantalla, callado, ensimismado y con las cejas fruncidas, como siempre. Al ver que no decía nada, Cress aclaró su garganta y pasó a la siguiente noticia. —En lo que respecta a las finanzas, Michelle Benoit es total propietaria de la tierra, y en estos estados de cuenta el banco señala que los impuestos de la propiedad y el negocio siguen descontándose automáticamente. Yo aseguraré los pagos para que no haya ningún problema con la renta de los empleados androides. Se atrasó con el pago del mes pasado, pero lo arreglaré; además, como al parecer ella ha sido un cliente leal durante mucho tiempo, ese pago faltante no afectó en lo absoluto en la labor de los androides—. Agrandó una foto granulosa. —Esta imagen satelital es de hace treinta y seis horas y muestra al equipo entero de androides y dos capataces humanos trabajando en este cultivo—. Se encogió de hombros y dio media vuelta hacia Lobo. —Las cuentas se están pagando y los cultivos siguen bajo supervisión. Tal vez haya algunos clientes molestos por la ausencia de Scarlet ya que ellos están acostumbrados a las entregas regulares, pero eso es lo único malo del asunto. Calculo que esto puede mantenerse a flote por si solo por… ahm, unos dos o tres meses más—.

Lobo no alejó su mirada desesperada de la imagen satelital. —Ella ama esa granja—.

—Y va a estar ahí esperándola cuando la traigamos de vuelta—. Cress sonó lo más optimista que pudo. Quería añadir que Scarlet iba a estar bien, que cada día estaban más cerca de rescatarla, pero se mordió la lengua. Esas palabras se habían dicho tantas veces últimamente que habían comenzado a perder todo significado, incluso para ella.

La verdad era que ninguno de ellos tenía la certeza de que Scarlet siguiera viva o en qué estado la encontrarían. Lobo debía saberlo mejor que nadie.

— ¿Alguien más a quien quieras que busque?—
Iba a empezar a negar con la cabeza, pero se detuvo. Ella vio sus ojos encenderse por un momento, brillantes de curiosidad.

Cress pasó saliva. A pesar de que se había vuelto cercana con Lobo durante su estancia en la nave, él aún la aterrorizaba un poco a veces.

— ¿Puedes encontrar información sobre personas en la Luna?—

Los hombros de Cress se encogieron a modo de disculpa. —Si pudiera ser capaz de encontrar algo sobre ella, yo..—.

—No de Scarlet— dijo, endureciendo su voz al mencionarla. —Estaba pensando en mis padres—.

Parpadeó sorprendida. ¿Padres? Nunca pensó que Lobo tuviera padres. No podía procesar la idea de que este gigantesco sujeto fue una vez un pequeño niño

dependiente e indefenso. De hecho, no podía imaginar que ninguno de los soldados de Levana los tuviera, que hubieran sido niños, que hubieran sido amados. Pero por supuesto que lo fueron, al menos alguna vez.

—Oh, claro—. Balbuceó, alisando la falda del vestido de algodón que había tomado del satélite. Parecía que habían pasado años desde que salió de ahí. A pesar de que pasó un día entero usando uno de los uniformes militares que encontró en los cuarteles de su equipo, una vida descalza y con vestidos ligeros hacían que cualquier prenda fuera pesada e incómoda. Además, todos los pantalones le quedaban demasiado largos. —¿Crees poder volver a verlos cuando lleguemos a la Luna?—.

—No es una prioridad—. Dijo con un tono casi militar, pero en su expresión se delataban las emociones que sus palabras ocultaban. —Aunque no me molestaría saber si siguen con vida. Y, tal vez, visitarlos algún día—. Torció su quijada. —Tenía doce cuando me arrebataron de su lado. Probablemente piensen que estoy muerto. O que soy un monstruo—.

Esas palabras retumbaron por todo el cuerpo de Cress, haciendo vibrar su pecho. Su propio padre pensó por dieciséis años que ella estaba muerta, mientras que a ella le dijeron que sus padres la sacrificaron voluntariamente al sangriento infanticidio de Levana. Apenas y había podido reunirse con su padre antes de que él muriera de letumosis en los laboratorios del palacio de Nueva Beijing. Cress trató de llorar su muerte, pero más que nada lloró la idea de saber que si tenía un padre después de todo y lloró por el tiempo perdido que pudieron haber aprovechado para conocerse el uno al otro.

También fue el hombre que había ayudado a Cinder a escapar de prisión.

Tantas cosas que hizo: unas buenas, otras terribles. Y todas ellas, según le contó Cinder, las había hecho con el fin de llevar la dictadura de Levana a su fin.

Para vengar a su hija. Para vengarla a ella.

— ¿Cress?—.

Ella se sobresaltó. —Lo siento, no puedo… me es imposible acceder a las bases de datos lunares desde aquí. Pero una vez que estemos en la Luna…—.

—No te preocupes. No importa—. Lobo se recargó en una pared de la cabina y pasó sus garras por su desaliñado cabello. Parecía como si estuviera al borde del colapso, pero esa apariencia era común en él estos días. —Scarlet es la prioridad. La única prioridad—.

Cress consideró mencionar que el derrocar a Levana y coronar a Cinder también podrían entrar decentemente en la categoría de prioridad, pero no se atrevió a hacerlo.

— ¿Le contaste a Cinder lo de tus padres?—.

Ladeó su cabeza, expectante. — ¿Por qué lo dices?—

—No sé. Ella nos dijo que no tenía aliados en la Luna… el cómo nos serviría el tener más conexiones. Podría sernos útil, ¿No?—

Su mirada se oscureció en una mezcla entre enojada y pensativa. —Eso los pondría en peligro—.

—Creo que Cinder tal vez pretenda poner a muchas personas en peligro—. Dijo Crees, mordiendo con preocupación su labio inferior, después suspiró. — ¿Hay algo más que necesites?—

—Que el tiempo avance más rápido—.

Cress vaciló. —En realidad… me refería más a comida o algo así. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?—

Lobo encogió sus hombros casi a la altura de sus orejas, y la mirada culpable en su rostro era toda la respuesta que ella necesitaba. Había escuchado rumores de su insaciable apetito y su poderoso metabolismo que lo mantenía siempre en movimiento, impaciente. Cress apenas y había visto algo de ese comportamiento desde que llegó a la nave y podría asegurar que Cinder en particular estaba preocupada por él. Los únicos momentos en los que lo había visto rejuvenecer era cuando discutían las estrategias de la revolución de Cinder: estirando y apretando sus puños, como el luchador que se supone debía ser.

—De acuerdo, te prepararé un sándwich—. De pie, Cress reunió todo su coraje junto con su voz más imponente, poniendo una mano en su cintura. —Y tú vas a comerlo todo sin quejarte. Necesitas mantenerte fuerte si quieres ser de alguna utilidad a nosotros y a Scarlet—.

Lobo levantó una ceja ante su recién adquirido coraje.

Cress se sonrojó. —O... por lo menos come algo de fruta enlatada o algo así—.

Su expresión se suavizó. —Un sándwich suena bien. Con... tomates, si nos queda alguno. Por favor—.

—Por supuesto—. Tomando una respiración profunda, tomó su portavisor y se dirigió hacia la cocina.

— ¿Cress?—

Se detuvo y se dio la vuelta, pero Lobo estaba mirando el suelo, con los brazos cruzados. Se veía tan incómodo como ella usualmente se sentía.

—Gracias—.

Su corazón se expandió, hinchándose de simpatía por él. Palabras de consuelo brotaron de su lengua—Ella estará bien. Scarlet va a estar bien—pero Cress se las guardó.

—De nada— dijo, antes de volverse al corredor.

Casi había llegado a la cocina cuando oyó a Thorne llamándola. Hizo una pausa y dio marcha atrás a la última puerta, dejada entreabierta, y la abrió. El camarote del capitán era el más grande de las cabinas de la tripulación y la única habitación que no tenía literas. Aunque Cress había estado ahí un montón de veces para ayudarlo con la solución de gotas para los ojos que el
Dr. Erland hizo con el fin de reparar el nervio óptico dañado de Thorne, nunca se quedaba mucho tiempo. Incluso con la puerta abierta, la habitación se sentía demasiado íntima, demasiado personal. Había un enorme mapa de la Tierra en una pared, lleno de notas con la escritura de Thorne y marcadores indicando los lugares a los que él había

ido y a los que quería ir, junto con una docena de modelos a escala de diferentes naves espaciales esparcidas por la mesa del capitán, incluyendo una prominente Rampion 214. La cama nunca estaba hecha.

La primera vez que estuvo en su habitación le preguntó a Thorne sobre el mapa y había escuchado, cautivada, mientras él hablaba sobre las cosas que había visto, desde ruinas antiguas hasta metrópolis prosperas, bosques tropicales hasta playas de arena blanca. Sus descripciones habían llenado a Cress con anhelo. Ella era feliz aquí en la nave espacial—era más espaciosa de lo que su satélite había sido, y los vínculos que ella estaba formando con el resto del equipo se sentían como una amistad. Pero todavía había visto muy poco de la Tierra, y el pensar en ver esas cosas, estando al lado de Thorne, sus dedos enlazados juntos… la fantasía aceleraba su pulso cada vez.

Thorne estaba sentado en la mitad del piso, sosteniendo un portavisor con el brazo extendido.

— ¿Me llamaste?— preguntó.

Una sonrisa apareció en su cara, encantadoramente pícara. — ¡Cress! Pensé que había oído tus pasos. Ven aquí—. Giró todo el brazo, como si pudiera atraerla hacia adelante con el aire que creaba.

Cuando llegó a su lado, Thorne agitó su mano alrededor hasta que encontró su muñeca y la atrajo a su lado.

—Finalmente funciona— dijo, sosteniendo el portavisor de nuevo con su mano libre.

Cress parpadeó a la pequeña pantalla. Estaba reproduciendo un drama, aunque estaba silenciado. — ¿Estaba roto?—.

—No, la solución. Está funcionando. Puedo ver——dejando ir su muñeca, el ondeo un dedo en la dirección de la pantalla——como una luz azulada. Y las luces en el techo— Inclinó su cabeza hacía atrás, con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas mientras intentaba tomar tanta información como pudiera—.Son más amarillas que la pantalla. Eso es todo, creo. Luz y oscuridad. Algunas sombras borrosas—.

— ¡Eso es asombroso!— Aunque el Dr. Erland creía que la vista de Thorne comenzaría a mejorar después de una semana más o menos, esa semana había venido e ido sin ningún cambio. Ahora habían pasado casi dos semanas desde que la solución se había agotado, y sabía que la espera había tentado incluso al implacable optimismo de Thorne.

—Lo sé—. Cerrando sus ojos, Thorne bajó su cabeza de nuevo.
—Aunque, me está dando un dolor de cabeza—.

—No deberías abusar. Podrías forzarlos—.

Él asintió y presionó una mano sobre sus ojos. —Tal vez debería usar la venda de nuevo. Hasta que las cosas empiecen a enfocarse—

—Está por aquí— Cress se levantó y encontró la venda de los ojos y el vial vacío de gotas para los ojos situados entre los modelos de naves. Cuando se dio la vuelta, Thorne la estaba mirando a ella, o a través de ella, con la frente tensa. Ella se congeló.

Había pasado un largo tiempo desde la última vez que la miró, y en ese entonces ellos habían estado luchando por sus vidas. Eso había sido antes de que él cortara su pelo también. A veces se preguntaba cuanto recordaba sobre cómo se veía ella, y en lo que pensaría si la viera de nuevo… prácticamente por primera vez.

—Puedo ver tu sombra, más o menos— dijo él, ladeando la cabeza. —Como una brumosa silueta—.

Tragando saliva, Cress dobló la venda en su palma. —Dale tiempo— dijo, ignorando el pensamiento de él inspeccionándola, viendo cada tácita confesión escrita en su cara, que no sentía miedo. —Las notas del doctor decían que tu nervio óptico continuaría sanando por semanas, por su cuenta—.

—Esperemos que comience a curarse más rápido después de esto. No me gusta ver desenfoques y sombras. —Giró la venda entre los puños. —Uno de estos días, sólo quiero abrir los ojos y verte—.

El calor se precipitó en sus mejillas, pero la profundidad de sus palabras duró antes de Thorne riera y se rascara la oreja. —Quiero decir, a ti y a todos los demás también, por supuesto—.

Ahogó el inicio de una sonrisa vertiginosa, maldiciéndose por tener sus esperanzas altas de nuevo, por enésima vez, cuando Thorne había dejado muy claro que la veía como nada más que una buena amiga y un miembro leal de su tripulación. No había tratado de besarla de nuevo, ni una sola vez desde la batalla en lo alto de la azotea del palacio. Y a veces pensaba que podría estar coqueteando con ella, pero entonces empezaba a coquetear con Cinder o Iko y recordaba que un toque aquí o una sonrisa allá no eran tan especiales para él como lo era para ella.

—Por supuesto— dijo, moviéndose hacia la puerta. —Por supuesto que quieres ver a los demás—.

Ahogó un suspiro, dándose cuenta de que iba a tener que acostumbrarse a no mirarlo tan a menudo como estaba acostumbrada, de lo contrario no habría ninguna posibilidad de ocultar el hecho de que, a pesar de todos sus intentos de convencerse de lo contrario, todavía estaba perdidamente enamorada de él.

CAPÍTULO 7

Jacin despertó con un sobresalto. Estaba sudado y pegajoso, y olía como a azufre. Su garganta y sus pulmones ardían, no sentía dolor, pero los sentía muy irritados y pareciera como si quisieran que lo supiera. Su instinto le dijo que no se encontraba en un peligro inmediato, pero la confusión de sus pensamientos lo llevaba al borde. Cuando abrió los ojos, una fuerte luz lo cegó, lastimando sus retinas. Hizo una mueca, cerrándolos de nuevo.

Los recuerdos volvieron todos a la vez. El juicio. Los azotes. Las abrumadoras cuarenta horas atado a ese reloj de sol. La traviesa sonrisa de Winter que compartía sólo con él. El traslado a la clínica médica y el doctor preparándolo su cuerpo para la inmersión.

Todavía estaba en la clínica, en el tanque de animación suspendida.

—No te muevas— dijo una voz. —Todavía estamos desconectando los cables umbilicales—.

Cable umbilical. Eso sonaba demasiado sangriento y orgánico como para ese artilugio que le habían conectado

Sintió un pellizco en el brazo y una molestia en la piel mientras una serie de agujas salían de sus venas, después, un chispazo mientras desconectaban los sensores de su pecho y su cabeza, los cables se enredaban en su cabello. Trató de abrir de nuevo los ojos, parpadeando ante brillo. La sombra de un médico se cernía sobre él.

— ¿Puedes sentarte?—.

Jacin probó sus dedos, pasándolos por la sustancia espesa y gelatinosa en la que se encontraba. Agarró los lados del tanque y se levantó. Nunca había estado en uno de estos antes —nunca había estado lo suficientemente herido como para necesitarlo— y a pesar de la confusión por despertar en un lugar así, se sentía sorprendentemente lúcido.

Miró su cuerpo, todavía tenía rastros de la sustancia gelatinosa azul del tanque en su ombligo, en el vello de las piernas y en la toalla cubría su regazo.

Tocó una de las cicatrices irregulares que tenía en el abdomen, parecía como si hubiera sanado hace años. Nada mal.

El doctor le dio una pequeña taza lleno de un líquido anaranjado. Jacin miró la bata de laboratorio del médico, la etiqueta de identificación en su pecho, las suaves manos que no hacían más que sostener portavisores y jeringas, no pistolas o cuchillos. Sintió una punzada de envidia, un recordatorio de que así sería su vida de haber podido escogerla, si le hubieran dado una elección. Si Levana no hubiera tomado la decisión por él cuando lo escogió para la guardia real. Aunque nunca se lo habían advertido, Jacin supo desde el principio que Winter sería castigada si alguna vez se atrevía a romper la formación.

Su sueño de ser médico había dejado de importar hace mucho tiempo.

Bebió rápidamente la bebida, tragando sus pensamientos junto con ella. Soñar era para las personas que no tienen nada mejor que hacer.

La medicina sabía amarga, pero el ardor en su garganta comenzó a desaparecer.

Cuando le regresó la taza al médico, notó una figura cerca de la puerta, ignorada por los atareados médicos y enfermeras que deambulaban alrededor de los otros

incontables tanques, verificando diagnósticos y haciendo anotaciones en sus portavisores.

El Taumaturgo Aimery Park. Se veía tan orgulloso como siempre aun cuando usaba su elegante y brillante bata. Era la nueva mascota preferida de la Reina.

—Sir Jacin Clay. Se ve descansado—.

Jacin no sabía si su voz funcionaría después de ser sumergido en el tanque, y no quería que sus primeras palabras que dijera al taumaturgo fueran un patético graznido. Aun así se aclaró la garganta y se sentía casi normal.

—Estoy aquí para llevarlo una audiencia con Su Majestad. Puede que haya perdido su posición de honor en el servicio a la comitiva real, pero todavía pretendemos encontrarle un buen uso. Confío en que está en condiciones de volver al servicio activo, ¿no?—.

Jacin intentó no mostrar su alivio. Lo último que quería era volver a ser el guardia personal al taumaturgo principal, sobre todo ahora que Aimery ocupaba esa posición. Abrigaba una particular animosidad hacia ese hombre, del cual se rumoreaba que había abusado de más de un sirviente del palacio con sus manipulaciones, y quien dirigía constantes insinuaciones lascivas a Winter.

—Confío en que lo estoy— dijo. Su voz sonó un tanto áspera, pero no horrible. Tragó saliva de nuevo. — ¿Puedo pedir un nuevo uniforme? Una toalla parece inadecuada para el puesto—.

Aimery sonrió. —Una enfermera le acompañará a las duchas, donde un encontrará un nuevo uniforme. Lo estaré esperando afuera de la armería cuando esté listo—.

Las bóvedas bajo el palacio lunar fueron talladas por los años, a partir de tubos de lava vacíos, sus paredes eran de áspera piedra negra y eran iluminadas por dispersas esferas brillantes. Estos lugares subterráneos nunca fueron vistos por la reina o su corte, por lo tanto, nadie se preocupa por embellecerlas para que combinaran con el resto del palacio, con sus lustrosas paredes blancas y cristalinas y sus ventanas anti—reflejantes.

De alguna manera, a Jacin le gustaban esas bóvedas. Aquí abajo, era fácil olvidar por completo que se encontraban debajo de la capital. La blanca ciudad de Artemisia, con su enorme lago de cráter y sus torres imponentes, habían sido construidas usando lavados de cerebro y manipulaciones. En comparación, los tubos de lava eran tan fríos, ásperos y naturales como el paisaje fuera de los domos. Eran sencillos. No tenían decoraciones lujosas y ostentosas, en un intento de ocultar las horribles cosas que sucedían dentro de sus paredes.

Aun así, Jacin se movió rápidamente hacia la armería. No sentía dolor alguno, sólo el recuerdo de cada azote y su traicionero brazo que empuñaba el arma. Sin embargo, estaba acostumbrado a esa traición. Su cuerpo no se sentía del todo suyo desde que se volvió un miembro de la guardia de la reina.

Para bien o para mal, al menos había vuelto a casa. Podría volver a cuidar a su princesa a cambio de ponerse a las órdenes de Levana.

Parecía justo.

Sacó a Winter de sus pensamientos mientras entraba en la armería. Ella era un peligro para su duramente ganada neutralidad. Pensar en ella le hacía sentir un tirón en los pulmones.

No había señales de Aimery, pero dos guardias custodiaban la puerta de barrotes y un tercero estaba sentado en la mesa del interior, todos usaban el uniforme gris y rojo de guardias reales, idénticos al de Jacin a excepción de las runas metálicas sobre el pecho. Jacin tenía un puesto más alto que cualquiera de ellos. Se había preocupado por perder su posición como guardia real tras su estadía con Linh Cinder, pero, por lo visto, su traición sirvió de algo después de todo.

—Jacin Clay— dijo, acercándose a la mesa —reportándome de vuelta a mi puesto bajo las órdenes de Su Majestad—.

El guardia escaneó un holograma y asintió. Una segunda puerta de barrotes apareció detrás de él, ocultando estantes de armamento en sus sombras. El hombre sacó una bandeja con un arma de fuego y munición extra, y la empujó encima de la mesa, a través de la abertura de las barras.

—También tenía un cuchillo—.

El hombre frunció el ceño, como si un cuchillo perdido fuera el más grande problema de su día, y se agachó para mirar en el armario.

Jacin abrió la recámara del arma, recargándola mientras el hombre inspeccionaba el gabinete. Mientras Jacin metía la pistola en su funda, el hombre arrojó el cuchillo sobre la mesa. Se deslizó por la superficie de la mesa. Jacin lo atrapó en el aire justo antes de que la hoja se enterrara en su muslo.

—Gracias— murmuró, dándose la vuelta.

—Traidor— dijo entre dientes uno de los guardias de la puerta.

Jacin giró el cuchillo justo debajo de la nariz del guardia y lo guardó en la funda del cinturón sin molestarse en hacer contacto visual. Su rápida subida de rangos le había ganado un montón de enemigos, imbéciles que parecían pensar que Jacin se valió de engaños para ganar esa deseable posición tan joven. En realidad, la reina sólo quería tenerlo completamente controlado y, a través de él, controlar a Winter.

El repique de sus botas hizo eco a través del túnel, mientras los dejaba atrás. Dobló una esquina y no molestó en sorprenderse o detenerse cuando vio a Aimery esperándolo en el ascensor.

Cuando quedaban seis pasos de distancia, Jacin se detuvo y puso un puño contra su pecho.

Haciéndose a un lado, Aimery extendió el brazo hacia las puertas del ascensor. La manga larga blanca de la chaqueta se abrió con él. —No hagamos esperar a Su Majestad—.

Jacin entró sin discutir, ocupando su lugar habitual junto a la puerta del ascensor, con los brazos firmes a los costados.

—Su Majestad y yo hemos estado discutiendo su puesto desde su juicio— dijo Aimery vez las puertas se cerraron.

—Estoy ansioso por volver al servicio—. Se necesitaban años de práctica para disimular el aborrecimiento que Jacin sintió al decir esas palabras.

—Nosotros también deseamos volver a tener fe en su lealtad—.

—Serviré en cualquier puesto que Su Majestad considere conveniente—.

—Bien—. Volvió a mostrar esa sonrisa de nuevo, y Jacin sintió un escalofrío por la sospecha esta vez. —Su Alteza Real, la princesa en persona, ha hecho una petición sobre usted—.

Jacin sintió un nudo en el estómago. No había manera de permanecer indiferente cuando sus pensamientos comenzaban a acelerarse.

Por favor, por favor, por todas las estrellas— no dejes que Winter haya hecho algo estúpido.

—Si su servicio cumple con las expectativas de Su Majestad— continuó Aimery, —será devuelto a su posición anterior en el palacio—.

Jacin inclinó la cabeza. —Estoy muy agradecido por esta oportunidad de probarme mi valía—.

—No tengo ninguna duda de ello, Sir Clay—.

CAPÍTULO 8

Las puertas del elevador se abrieron al llegar al solar de la reina: una habitación con forma de octágono hecha completamente de vidrio. Incluso el mismo elevador estaba encapsulado en cristal, colocado en el centro de la habitación para que de ese modo la vista del salón no se viera obstruida por ningún lado. La decoración era simple: delgados pilares blancos y un domo de cristal encima, simulando al domo que está sobre la ciudad. Esta torre, esta habitación en particular, se encontraba en el punto más alto de Artemisia, por lo que la vista de todos esos edificios blancos y resplandecientes frente a ellos, en conjunto con un entero estuche de joyas espaciales, las estrellas, resplandeciendo en el cielo, era toda la decoración que el lugar necesitaba.

Jacin había estado ahí docenas de veces, pero siempre con Sybil, nunca para una audiencia a solas con la reina. Se forzó a no preocuparse por el asunto. Si se ponía nervioso, la reina podría detectarlo, y lo menos que quería era que alguien le cuestionara su lealtad a la corona.

A pesar de que una elegante silla estaba colocada en una plataforma elevada, la reina estaba de pie junto al cristal. El vidrio era cristalino y no hacia ningún tipo de reflejo. Jacin no podía imaginar cómo se las habían arreglado para hacer un vidrio de ese tipo, pero el palacio estaba repleto de ellos

En el lugar también se encontraba Sir Jerrico Solis, el capitán de la guardia y, técnicamente, el superior de Jacin, pero éste último ni siquiera se molestó en mirarlo.

—Mi reina— dijo Aimery —Sir Jacin Clay está aquí, como solicitó—.

Jacin se inclinó en una rodilla al mismo tiempo que la reina se daba la vuelta. —Puede levantarse, Jacin. Me alegra que haya venido—.

Vaya, que dulce de su parte.

Se puso de pie, atreviéndose a encontrar su mirada.

La reina Levana era horrorosamente hermosa, con sus labios rojo coral y su piel tan inmaculada como el mármol blanco. Todo era producto de su encantamiento, por supuesto; todos lo sabían, más no importaba en absoluto: el mirarla podía robar el aliento de cualquier hombre mortal.

Sin embargo, Jacin sabía que la princesa podía robar su aliento y su corazón al mismo tiempo. Era un pensamiento que mantuvo muy, muy firme en su mente.

—Sir Clay— dijo la reina, con una voz que parecía una canción de cuna, en comparación con la dureza con la que habló durante el juicio. —Aimery y yo hemos estado hablando de su sorpresivo pero agradable regreso. Quisiera que se reinstalara en su antigua posición pronto, nuestra guardia es débil sin usted.

—Cumpliré lo que me pida—.

—He tomado en consideración la comm que mandó a la taumaturga Mira antes de su muerte, además de sus dos años de leal servicio. También puse a un equipo a revisar sus afirmaciones acerca de este…artefacto que Lihn Garan inventó, y al parecer estaba en lo correcto. Él desarrolló un prototipo que llamaba 'artefacto de seguridad bioeléctrica' en una convención terrestre hace muchos años. De hecho, este descubrimiento resolvió el misterio que mi jauría de operativos especiales encontró en París hace un tiempo, este mismo año. Todos sabemos que Lihn Cinder no era la única

que tenía uno de estos dispositivos, sino que Michelle Benoit, quien fuera su protectora por muchos años, también tenía uno. No podemos hacer más que imaginar cuantos más puedan existir aún en la Tierra.

Jacin no dijo nada, aunque su corazón estaba acelerándose con la noticia. Cinder había parecido segura de que no existía ningún otro aparato, pero tal vez estaba equivocada. Y si ella estaba en lo incorrecto… si existían más de esos artefactos…podría obtener uno para Winter. Él podía salvarla.

—No importa— dijo Levana, agitando una mano en el aire. ——Ya estamos buscando formas de que ese tipo de invento nunca llegue a los mercados terrestres. La razón por la que te llamé aquí es para discutir lo que tú te convertirás ahora. Y tengo un rol en especial, Sir Clay. Uno que creo que no encontrará desagradable—.

—No importa lo que yo opine—

—Es cierto, pero las opiniones de mi hijastra si tienen aún algo de peso. Puede que la Princesa Winter no sea mi sangre, pero creo que la gente sabe que ella es parte de mi familia, una verdadera hija para la corte. Y vaya que amé a su padre— dijo esto último con un pequeño suspiro, aunque Jacin no fue capaz de distinguir si era fingido o no. Levana se dio la vuelta

—Usted sabe que presencié cuando Evret fue asesinado— continuó Levana, mirando la Tierra entera desde la ventana. —Él murió en mis brazos. Su última voluntad fue que me hiciera cargo de Winter, nuestra linda niña. ¿Cuántos años tenías cuando él murió, Jacin?—

Jacin obligó a sus hombros a relajarse. —Once, su majestad—.

— ¿Lo recuerda bien?—

Él apretó los dientes, sabiendo cual era la respuesta que esperaba de él. El padre de Winter y el suyo habían sido guardias reales y los más cercanos amigos. Jacin había crecido teniendo una gran admiración por Evret Hayle, quien se mantuvo en su puesto incluso después de casarse con la entonces princesa Levana. Él decidió mantenerse en su puesto incluso después de que la reina Channary muriera, que Selene desapareciera y Levana fuera coronada reina; decía con frecuencia que no tenía ningún deseo de sentarse a su lado en el trono, ni mucho menos sentarse a tomar vino y engordar en medio de las pretenciosas familias de Artemisia.

—Lo recuerdo bastante bien—. Dijo finalmente

—Él era un buen hombre—.

—Sí, su Majestad—.

Su mirada se deslizó a los dedos de su mano izquierda. No tenía ningún anillo en su mano, o al menos ninguno que dejara que los demás vieran.

—Lo amaba muchísimo— repitió, y Jacin no lo habría dudado si él realmente creyera que Levana fuera capaz de sentir algo así. —Su muerte casi me mata—.

—Por supuesto, Mi Reina—.

Evret Hayle fue asesinado en medio de la noche por un taumaturgo hambriento de poder, y Jacin aún recordaba lo devastada que Winter estuvo. Lo insuficientes que fueron sus esfuerzos para distraerla o consolarla. Recordaba haber escuchado el triste

cotilleo: cómo había muerto Evret protegiendo a Levana y cómo lo vengó ella, clavándole un cuchillo en el corazón al taumaturgo.

Dijeron que Levana sollozó histéricamente por horas.

—Sí, bueno—. Lanzó otro suspiro. —Mientras lo sostenía agonizante, le prometí que protegería a Winter… no es como si tuviera que habérmelo pedido. Ella es mi hija, después de todo—.

Jacin no dijo nada. Sus reservas de respuestas automáticas se estaban agotando.

— ¿Y qué mejor manera de protegerla que poniéndole por guardia a alguien cuya preocupación por Winter se iguala a la mía?— Levana sonrió, pero esa sonrisa parecía tener un rastro de burla en ella. —De hecho, la misma Winter solicitó que usted formara parte de su guardia personal. Por lo general, todas sus peticiones están basadas en incoherencias, pero esta vez incluso yo misma reconozco que la idea tiene mérito—.

El corazón de Jacin latía con fuerza, sin importar lo mucho que se esforzara por permanecer desconectado de la situación. ¿Él? ¿En la guardia personal de Winter?

Era como un sueño y una pesadilla al mismo tiempo. La reina estaba en lo cierto: no había nadie más confiable que él para garantizar su seguridad. De muchas formas, Jacin ya se consideraba el guardia personal de Winter, con o sin el título.

Pero ser su guardia no era lo mismo que ser su amigo, y ya era bastante difícil delimitar la línea entre ambos.

—Su cambio de guardia será a las 19:00— dijo la Reina, moviéndose hacia las ventanas —En ese momento se presentará ante ella—.

Él aclaró su garganta, —Si, mi Reina— y se dio la vuelta para irse.

—Oh, y Jacin—

Un escalofrió recorrió su espalda. Apretando los dientes, se enfrentó a la reina una vez más.

—Tal vez no haya notado que hemos tenido…ciertas dificultades con la guardia de Winter en el pasado. Ella puede ser difícil de manejar, debido a su tendencia a juegos infantiles y fantasías. Parece no tener el suficiente respeto por su posición como princesa y miembro de esta corte—.

Jacin ocultó su disgusto hacia abajo, muy abajo, más allá de la boca de su estómago, donde apenas podía sentirlo. — ¿Qué es lo que quiere que haga, su majestad?—

—Quiero que la mantenga bajo control. Tengo la esperanza de que el afecto que ella siente por usted sirva para moderar su inapropiado comportamiento. Estoy segura de que está usted consciente de que ella está a punto de llegar a la edad en que debiese contraer matrimonio. Aun guardo esperanzas respecto a ella, y no voy a tolerar que siga significando una humillación para este palacio—.

Edad para casarse. Humillación. Moderar. Su enojo se convirtió en una piedra pesada en su interior, pero su rostro seguía reflejando calma cuando se inclinó —Así será, Mi Reina—.

***

Winter se quedó con la oreja pegada a la puerta de sus aposentos privados, tratando de contener la respiración hasta que se sintió mareada. La anticipación se arrastraba por su piel como un millar de pequeñas hormigas.

Silencio en el pasillo. Un silencio angustioso, doloroso.

Soplando un rizo fuera de su cara, se dio la vuelta para mirar el holograma de Luna que estaba cerca del techo de su habitación, que mostraba la progresión de la luz solar y que tenía un reloj digital incorporado.

18:59

Seco las húmedas palmas de sus manos en su vestido. Intentando escuchar mejor. Contando los segundos en su cabeza.

Ahí estaba. Pasos. El duro y constante golpeteo de las botas.

Se mordió el labio. Levana no había dado señal alguna de si la petición de Winter había sido aprobada –ella ni siquiera estaba segura de sí su petición había sido considerada en primer lugar— pero podía ser posible. Había sido posible.

El guardia que había estado por cuatro horas de pie, como una verdadera estatua, fue relevado de su deber y se fue. Sus pasos eran un perfecto metrónomo para aquellos que acababan de llegar.

Escuchó por un momento cuando el nuevo guardia se acomodaba contra la pared del corredor, la última línea de defensa que un espía o un asesino debía atravesar si es que quería llegar hasta la princesa, y también la primera persona que sería responsable de llevarla a un lugar seguro en caso de que la seguridad del Palacio de Artemisia se viese comprometida.

Cerró los ojos y rozo con sus dedos la pared, como si así le fuese posible sentir los latidos de su corazón a través de la piedra.

En vez de eso sintió algo pegajoso y caliente.

Jadeando, se alejó de la pared, su mano estaba empapada de sangre.

Exasperada, uso su mano ensangrentada para acomodar su pelo hacia atrás, aunque inmediatamente volvió a caerle en la cara. —Ahora no— siseo enojada con quien quiera que fuera el demonio que jugaba con su mente y le provocaba visiones.

Cerró los ojos una vez más y comenzó a contar hasta diez. Cuando abrió los ojos, la sangre se había ido y sus manos estaban limpias.

Con un suspiro, Winter ajustó su vestido y abrió la puerta hasta que quedo espacio suficiente para poder asomarse al corredor. Se volvió hacia el inmóvil guardia que estaba fuera de su puerta, y su corazón se hinchó en su pecho.

—Oh… ¡ella accedió!— Gritó, abriendo la puerta por completo. Y salió corriendo para ver a Jacin.

Si él la escuchó, no respondió nada.

Si él la vio, no mostró señal alguna de haberlo hecho.

Su expresión era de piedra, sus azules ojos fijos en algún punto por sobre su cabeza.

Todo el entusiasmo de Winter desapareció, el enojo y la decepción la inundaron a la par —Oh, por favor— dijo, intentando permanecer a la misma altura, pie con pie y pecho con pecho. La perfecta postura de Jacin la hacía sentir como si estuviese inclinada hacia atrás, como si en cualquier momento fuese a perder el equilibrio y caer —Esto no es necesario, ¿o sí?—.

Pasaron cinco tortuosos segundos, Winter prácticamente veía a un perfecto maniquí, antes de que Jacin tomara una lenta respiración que luego soltó de golpe. Su mirada se encontró con la de ella.

Y eso fue todo. Solo su aliento. Solo su mirada.

Pero eso bastó para hacerlo humano nuevamente, y ella sonrió —He estado esperando todo el día para mostrarte algo. Ven conmigo—.

Winter pasó frente a él otra vez, regresando a sus aposentos. Saltó hacia el escritorio en el otro lado de la habitación, donde había cubierto su creación con una sábana. Agarrando las esquinas, volteó hacia la puerta.

Y esperó…

— ¿Jacin?—.

Espero un poco más.

Resoplando, dejó la sabana y volvió al pasillo. Jacin no se había movido. Winter cruzó sus brazos encima de su pecho y se apoyó contra el marco de su puerta, inspeccionándolo. Ver a Jacin en su uniforme de guardia siempre era agridulce. Por un lado, era imposible no notar cuan guapo y autoritativo se veía. Pero por otro lado, el uniforme lo marcaba como propiedad de la reina. Aun así se veía particularmente llamativo hoy, recién curado de su castigo y oliendo a jabón.

Ella sabía que él sabía que ella estaba parada allí, observándolo. Era exasperante ver qué tan bueno era ignorándola.

Golpeando un dedo ligeramente contra su codo, dijo inexpresiva, —Sir Jacin Clay, hay un asesino bajo de mi cama—.

Sus hombros se endurecieron. Su mandíbula se tensó. Tres segundos pasaron antes de que se separara del pasillo y marchara a su habitación sin mirarla. Paso la sorpresa cubierta en el escritorio y camino a través de su dormitorio, Winter lo siguió, cerrando la puerta.

Tan pronto como llegó a la cama, Jacin se arrodillo y levantó la falda de la cama.

—Parece que el asesino se fue, Su alteza—. Levantándose, se dio la vuelta para mirarla. —Hágame saber si regresa—

Se dirigió hacia la puerta, pero Winter se paró frente a él y dirigió una sonrisa coqueta. —Lo hare— dijo, dando un ligero salto. —Pero ya que estás aquí—.

—Princesa—.

Su tono era de advertencia, pero ella lo ignoró. Regresando a la habitación, descubrió la sábana, revelando una maqueta del tamaño de una mesa del sistema solar, los planetas colgaban con cuerdas de seda. — ¡Ta da!—.

Jacin no se acercó cuando empezó a jugar con los planetas, pero tampoco se fue.

Winter empujo las esferas pintadas en su pequeña orbita, cada una se movía separada de las otras. —Tuve la idea cuando el compromiso se anunció por primera vez— dijo, viendo a la Tierra completar un círculo completo alrededor del Sol antes de detenerla. —Iba a ser un regalo de bodas para el Emperador Kaito, antes de... bueno. Sea como sea, ha sido una distracción mientras tú no estabas—. Revoloteando sus pestañas, le dirigió una mirada nerviosa a Jacin. Él miraba la maqueta. —Ayuda, ya sabes, a concentrarse en algo. A pensar en los detalles—.

La ayudaba a mantener sus pensamientos en orden, a mantener su cordura. Empezó a tener alucinaciones cuando tenía trece, un poco más de un año después decidió no usar su glamour, de no manipular las emociones o pensamientos, de no engañarse creyendo que el uso de un sobrenatural poder podría ser inofensivo. Jacin, quien aún no era un guardia, paso muchas horas con ella, distrayéndola con juegos, proyectos y rompecabezas. La ociosidad había sido su enemigo por años. Esos momentos en los que su mente estaba concentrada en alguna tarea, por muy insignificante que fuera, era en los que se sentía segura.

Hacer la maqueta sin él no había sido muy divertido, pero Winter disfruto la sensación de tener el control de esta pequeña galaxia, cuando tenía tan poco control de su vida.

— ¿Qué opinas?—.

Con un suspiro de resignación, Jacin se acercó para examinar el artefacto que le daba a cada planeta su propia trayectoria orbital. — ¿Cómo lo hiciste?—.

—Comisione al Señor Sanford en AR—5 para diseñar y construir el armazón. Pero pinte todo yo misma—. Estaba feliz de ver la sorpresa de Jacin. —Esperaba que pudieras ayudarme con Saturno. Es el único que falta por pintar, y pensé... Yo me encargaré de los anillos, si tú quieres trabajar en el planeta—. Su voz se fue apagando. La expresión de Jacin se volvió dura otra vez. Siguiendo sus dedos, lo vio empujar a la Luna alrededor de la Tierra, la manera en que el Señor Sandford le dio a Luna su propia orbita alrededor del planeta azul era nada menos que brillante, en la opinión de Winter.

—Lo siento, Alteza— dijo Jacin, poniéndose de pie de nuevo. —Estoy de servicio. Ni siquiera debería estar aquí, y tú lo sabes—.

—Estoy segura de que no sé eso. Creo que puedes cuidarme mejor aquí que afuera. ¿Qué tal si alguien entra por las ventanas?—.

Sus labios se levantaron formando una sonrisa torcida. Nadie iba a entrar desde las ventanas, ambos lo sabían, pero no lo discutió. En lugar de eso, se acercó y puso sus manos sobre los hombros de Winter. Era un raro e inesperado toque. No era como el Vals Eclipse, pero su piel se estremeció igual.

—Estoy contento de ser tu guardia ahora— dijo. —Haría lo que fuera por ti. Si hubiera un asesino bajo tu cama, recibiría esa bala si pensarlo, sin que nadie me manipulara—.

Winter trato de interrumpirlo, pero Jacin siguió hablando.

—Pero cuando estoy de servicio, eso es todo lo que puedo ser. Tu guardia. No tu amigo. Levana ya sabe que soy cercano a ti, que te cuido más de lo que debería—.

Winter frunció el ceño, y otra vez trato de intervenir, pensando en cuanto merecía explicarse esa declaración, pero Jacin siguió hablando.

—...y no voy a darle ninguna razón para controlarme. O a ti. No voy a ser otro peón en su juego. ¿Lo entiendes?—.

Finalmente, una pausa, y su cabeza era un mar, tratando concentrarse su declaración (¿A qué te refieres con que me cuidas más de lo que deberías?) Sin contradecir sus preocupaciones.

—Ya somos peones en su juego— dijo. —He sido un peón en su juego desde el día en que se casó con mi padre, y tú desde el día en que fuiste enlistado en su guardia—.

Jacin tensó los labios y dejó caer las manos, su extendido contacto sobrepasó miles de sus límites profesionales, pero Winter lo alcanzó y tomo sus manos alrededor de las suyas. Las sostuvo fuertemente, agrupando ambas manos entre ellas.

—Solamente pensé…—. Vaciló, desviando su atención en cuán grandes eran sus manos comparadas con la última vez que las tomo. Era un asombroso hecho. —Pensé que sería bueno bajarse del tablero de vez en cuando—.

Jacin frotó sus dedos con su pulgar... solo una vez, como un tic que debía ser suprimido.

—Eso estaría bien— dijo, —pero no puede ser mientras estoy de servicio, y definitivamente no puede ser a puertas cerradas—.

Winter miró más allá de él, a la puerta que cerro cuando entró a comprobar un asesino ficticio. — ¿Estás diciendo que te veré todos los días, pero tengo que pretender como si no te viera nunca?—.

Jacin alejó sus manos. —Algo así. Lo siento, Princesa—. Dando un paso atrás, se transformó a la perfección en un guardia estoico. —Estaré en el pasillo si me necesitas. Si me necesitas, de verdad—.

Después de que se fue, Winter se quedó de pie mordiendo su labio inferior, incapaz de ignorar los momentáneos episodios de euforia que se habían deslizado en las grietas de un encuentro decepcionante.

Te cuido más de lo que debería.

—Bien— se dijo a sí misma. —Puedo lidiar con esto—.

Recogió el pequeño estuche de pinturas, unos pinceles, y el modelo de un puño de Saturno a la espera de su caleidoscopio de anillos.

Esta vez, Jacin se sobresaltó un poco cuando Winter salió en el pasillo. La había esperado la primera vez, pero esto debió haber sido una sorpresa. Ella reprimió una sonrisa, caminó al otro lado, se deslizó contra la pared, y se sentó en el suelo junto a él con las piernas entrecruzadas. Tarareando para sí misma, abrió las pinturas ante ella.

— ¿Qué estás haciendo?— murmuró entre dientes, a pesar de que el pasillo estaba vacío.

Winter fingió sorprenderse. —Oh, en serio lo siento— dijo, mirándolo. —Me temo que no te había visto—.

Jacin frunció el ceño.

Parpadeando, regresó la atención a su trabajo, sumergiendo un pincel en un brillante azul cerúleo.

Jacin no dijo nada. Winter tampoco dijo nada. Una vez que el primer anillo estuvo completo, apoyó la cabeza en el muslo de Jacin, sintiéndose más cómoda mientras una escogía un naranja sol. En lo alto, Jacin suspiró, y Winter sintió un leve roce de sus dedos contra su pelo. Una indirecta, una sugerencia de unión, antes de convertirse en una estatua, una vez más.

CAPÍTULO 9

—Leche evaporada... frijoles... atún... más atún... ¡oh!—. Cress casi cayó de cabeza dentro de la caja mientras buscaba en el fondo. Agarró un frasco y emergió victoriosa. — ¡Espárragos en vinagre!—.

Iko dejó de cavar a través de la caja a su lado el tiempo suficiente para dispararle una mirada. —Tú y tus papilas gustativas pueden dejar de alardear en cualquier momento ahora—.

—Oh, lo siento—. Presionando sus labios, Cress colocó la jarra en el suelo. —Lo bueno es que abrimos esta. La cocina estaba empezando a verse bastante escasa—.

—Más armas por aquí— dijo Lobo, sus hombros anudados mientras se inclinaba sobre otra de las cajas. —Para un planeta que ha vivido un siglo de paz mundial, fabrican una gran cantidad de armas—.

—Siempre habrán criminales y violencia— dijo Kai. —Todavía necesitamos hacer cumplir la ley—.

Lobo hizo un sonido ahogado, llevando la atención de todos hacia él mientras levantaba una pistola de la caja. —Es igual a la que tenía Scarlet—. Le dio un vistazo al arma en sus palmas, pasando los pulgares a lo largo del cañón. —Ella me disparó en el brazo una vez—.

Esta confesión fue dicha con tanta ternura como si Scarlet le hubiese regalado un ramo de flores silvestres en lugar de una herida de bala.

Cress y los demás intercambiaron tristes miradas.

Kai, quien estaba más cerca de Lobo, dejó caer una mano sobre su hombro. —Si ella está en Artemisia— dijo —Voy a encontrarla. Lo prometo—. Una ligera inclinación de cabeza fue la única indicación de que Lobo lo había escuchado. Dándose la vuelta, él entregó el arma, con el mango al frente, a Cinder, que estaba sentada con las piernas cruzadas en el centro de la bahía de carga, organizando el armamento que habían encontrado. Era un impresionante botín. Y era una pena que cuando se trataba de combatir Lunares, las armas en las manos de sus aliados podrían ser tan peligrosas como las armas en las manos de sus enemigos.

—Éstos son todos los suministros médicos y demás medicamentos— dijo Iko. —Si pudiéramos encontrar unas vertebras de reemplazo para escolta-droide y paneles de tejido sintético, estaríamos llegando a alguna parte—.

Cress sonrió con simpatía. Iko llevaba la parte superior del abrigo de seda que se había puesto para hacerse pasar por un miembro del personal de palacio durante el secuestro del emperador, y su cuello alto casi cubría el daño, en su cuello biónica y la clavícula, que había sido hecho durante la pelea en la azotea, pero no en su totalidad. Ella se había puesto creativa con retazos de varias telas para ocultar el resto de su lesión, que era todo lo que podían hacer hasta que Cinder tuviera las piezas para terminar las reparaciones.

— ¿Es esto lo que creo que es?— Después de regresar su atención a su propia caja, Kai levantó una muñeca tallada de madera adornada con plumas desaliñadas y cuatro ojos de más.

Cinder terminó de descargar el arma y la puso al lado de los otros. —No me digas que realmente has hecho visto una de esas cosas horribles antes—.

— ¿Muñecas de sueño venezolanas? Tenemos algunas en exhibición en el palacio. Son increíblemente raras—. Él la examinó. — ¿Qué es lo que hace aquí?—.

—Estoy bastante segura de que Thorne la robó—.

La expresión de Kai se llenó con claridad. —Ah. Por supuesto—. Colocó la muñeca de vuelta en su embalaje.

—Será mejor que planee regresar todo esto—.

—Claro que lo voy a regresar, Su Majestuosidad. Por una recompensa apropiada—.

Cress se giró para ver Thorne apoyado en la pared de la bodega de carga.

Parpadeó. Algo era diferente en él. La venda que había estado usando desde que su vista comenzó a regresar hace unas semanas atrás, estaba ahora alrededor de su cuello, y él tenía un corte excepcionalmente limpio, como si hubiera logrado un afeitado más acertado de lo habitual, y él estaba...

Electricidad sacudió por su espina dorsal.

Thorne la estaba mirando.

No. No sólo mirando. Había una intensa inspección detrás de esa mirada, junto con un curioso desconcierto. Él estaba sorprendido. Casi... cautivado.

El calor se precipitó por su cuello. Cress tragó saliva, segura de que estaba imaginando cosas.

El mundano y confiado Capitán Thorne nunca podría ser cautivado por su sencillez y torpeza, se había decepcionado por tales ilusiones antes.

Una de las esquinas de la boca de Thorne se levantó. —Cabello corto— dijo, con la mitad de un asentamiento. —Funciona—.

Cress alcanzó su cabello, aferrándose a los extremos tenues que Iko había recortado en algo parecido a un peinado.

— ¡Oh!— dijo Iko, levantándose. — ¡Capitán! ¡Puede ver!—.

La atención de Thorne saltó hacia la androide segundos antes de que brincara sobre Cress y hacia los brazos de él. Thorne tropezó contra la pared y se echó a reír.

— ¿Iko?— Thorne dijo, sujetándola a la distancia de un brazo y admirándola. La oscura e impecable piel, piernas largas, las trenzas teñidas en distintos tonos de azul. Aceptando el escrutinio, Iko dio un giro. Thorne chasqueó la lengua. —Demonios. Realmente sé cómo elegirlas, ¿no es así?—.

—Y sin verla— dijo Iko, sacudiendo las trenzas de su hombro.

Desilusionada, Cress empezó a llenar sus brazos con productos enlatados. Definitivamente un pensamiento ilusorio.

—Excelente— dijo Cinder, poniéndose de pie y sacudiéndose las manos. —Estaba empezando a preocuparme que no tendría un piloto para cuando llegara el momento de

llevar a Kai de regreso a la Tierra. Ahora sólo tengo que preocuparse por no tener uno competente—.

Thorne se apoyó sobre la caja que Cress estaba organizando. Ella se congeló, pero cuando se atrevió a mirar hacia arriba a través de sus pestañas, la atención de él estaba en el otro lado de la bahía de carga. —Oh, Cinder, extrañaba ver tu cara cuando haces comentarios sarcásticos en un intento de ocultar tus verdaderos sentimientos por mí—.

—Por favor—. Rodando los ojos, Cinder comenzó a organizar las armas sobre la pared.

— ¿Vieron ese movimiento de ojos? Significa´ ¿Cómo será posible que aleje mis manos de ti, Capitán?—.

—Sí, evitando que te estrangulen—.

Kai cruzó los brazos, sonriendo. — ¿Cómo es que nadie me dijo que tenía tan dura competencia?—.

Cinder lo miró. —No lo animes—.

Con las mejillas encendidas, dientes apretados, y tres pilas de latas acunadas en los brazos, Cress se dirigió hacia el corredor principal – y la lata de melocotones en la cima se precipitó fuera de una pila.

Thorne la atrapó en el aire antes de que Cress pudiera reaccionar.

Ella se quedó inmóvil, y por un momento estaba ahí de nuevo —la forma en que la miraba, causando que el mundo se difuminara y su estómago cayera en picada. Fue una buena atrapada, sin duda, y no podía dejar de preguntarse si él había estado prestándole más atención de la que ella pensaba.

Thorne sonrió a los melocotones. —Rápidos reflejos de relámpago. Todavía los tengo— . Tomó unas cuantas latas de maíz de la pila. — ¿Quieres ayuda?—

Ella se fijó en las latas. —No—gracias—lo—tengo—controlado—. Sus palabras fueron apresuradas y estaban llenas de nervios mientras otro rubor flameaba en su cara. Se le ocurrió que había estado ruborizada desde el momento en que él entró caminando, con su sonrisa arrogante y sus ojos que veían a través de ella.

Quería meterse a una de esas cajas y cerrar la tapa. Él no había recuperado la vista ni por cinco minutos y ella ya se había convertido de nuevo en la ansiosa, nerviosa y aturdida chica que había sido cuando se conocieron.

—Muy bien— Thorne dijo lentamente, enclavado las latas de nuevo en sus brazos. — Si insistes—.

Cress lo eludió rodeándolo y se dirigió a la galería. Fue un alivio para dejar la comida en el mostrador y tomar un momento para estabilizarse a sí misma.

Así que podía ver de nuevo. Eso no cambiaba nada. Él no pensó que ella era irresistible cuando primero la vio por primera vez a través del enlace D—COMM en lo que parecía hace años, y él no iba a pensar que era irresistible ahora.

Especialmente no cuando Iko estaba allí. Androide o no, ella era la que tenía dientes perlados y ojos cobrizos y... Cress suspiró, deteniendo la envidia antes de que pudiera ir más lejos. No era culpa de Iko que Thorne no estuviera interesado en una pequeña y

asustadiza chica. De hecho, estaba feliz por Iko, quien lucía más deleitada en su nuevo cuerpo de lo que la mayoría de los humanos alguna vez lo han estado.

Cress solo deseaba poder tener la mitad de su confianza. Si tuviera las agallas para lanzarse a los brazos de Thorne, guiñarle y hacer comentarios insinuantes y fingir que nada de eso importaba...

Excepto que si importaba, o importaría, si se atreviera a intentarlo.

Solo amigos, se recordó. Ellos eran sólo amigos, y sólo serían amigos de aquí en adelante. Era una amistad que debía ser apreciada, tanto como Cress apreciaba todas las amistades que había hecho a bordo de esta nave. Ella no lo arruinaría deseando que las cosas fueran más. Estaría agradecido por lo el afecto que ella tenía. Cress dejó escapar un lento suspiro y se enderezó. No sería tan difícil, podría fingir que era todo lo que ella quería. Imaginando que estaba satisfecha con su compañía y cariño platónico. Ahora que él podía ver de nuevo, ella tendría que estar extra alerta en asegurarse de no mostrar ninguno de sus sentimientos más profundos.

Thorne era su amigo y su capitán, y nada más.

Cuando regresó a la bodega de carga, el mareo se había disipado. Al escucharla, Thorne miró por encima del hombro, pero ella fijó sus ojos con decisión sobre Kai.

—Entiendo que esto es mucho antes de lo que esperábamos— Kai estaba diciendo, —pero ahora que Thorne finalmente puede ver de nuevo, ¿qué estamos esperando? Podemos salir mañana. Podríamos salir ahora—.

Cinder negó con la cabeza. —Hay mucho por hacer. Todavía tenemos que editar el video, y no hemos confirmado cual ruta vamos a tomar para llegar a los sectores exteriores, y——

—Para todas esas cosas que no necesitan mi ayuda— interrumpió Kai. —Todas las pueden trabajar mientras estoy haciendo mi parte. La gente está muriendo todos los días. Mi pueblo está siendo atacado en este preciso momento, y no puedo hacer nada por ellos aquí—.

—Lo sé. Sé que es duro——

—No, es tortura—. Kai bajó la voz. —Pero una vez que me lleven de vuelta, puedo hablar con Levana. Negociar un nuevo alto el fuego y comenzar a poner nuestro plan en movimiento——

—Y llegar a Scarlet más pronto— dijo Lobo.

Cinder gimió. —Mira, lo entiendo. Ha sido un mes realmente largo y todos estamos ansiosos por empezar a movernos, es sólo que... nuestra estrategia——

— ¿Estrategia? Míranos… estamos gastando nuestro tiempo desempacando espárragos en vinagre—. Kai pasó una mano por su cabello. — ¿Cómo es esto un buen uso de nuestro tiempo?—.

—Cada día que esperamos, nuestras posibilidades de éxito aumentan. Cada día, más de su ejército se dirige a Tierra, dejando Levana en la capital sin protección. Cuanto más débil es ella, mayor oportunidad tenemos de que esta revolución sea un éxito—. Señaló la telered, a pesar de que estaba apagado. —Además, la Unión ha estado devolviéndole la lucha. Ya ha perdido una gran cantidad de soldados y quizá esté empezando a sentirse un poco ¿preocupada?—

—Ella no está preocupada— dijo Lobo.

Cinder frunció el ceño. —Bueno, al menos debe haberse dado cuenta de que esta guerra no será tan fácil de ganar como ella esperaba, lo que significa que estará más que feliz de escuchar que Kai ha regresado y la boda está de nuevo en marcha. Estará ansiosa por reprogramarla de inmediato—. Ella pasó los dedos alrededor de su muñeca izquierda, donde la piel se reunía con el metal.

Cress se mordió el labio. Mirando el miedo y los nervios relampaguear en el rostro de Cinder. A pesar de que ella siempre daba lo mejor de sí para ocultarlos, Cress sabía que Cinder no siempre era tan valiente como pretendía. Era algo reconfortante pensar que podrían tener eso en común.

Los hombros de Kai cayeron y su voz perdió desesperación cuando él dio un paso más cerca de ella. —Entiendo que quieras sentirte como si estuvieras lista— como si todos estuviéramos listos. Pero, Cinder... nunca vamos sentirnos de esa manera. En algún momento, tenemos que dejar de planear y empezar a actuar. Creo que ese momento es ahora—.

Le tomó un momento, pero finalmente ella encontró su mirada, y luego miró a cada uno de ellos.

Aunque Thorne era su capitán, todos sabían que Cinder era quien los mantenía unidos.

—Todos estamos arriesgando nuestras vidas— dijo ella. —Sólo que no quiero que la arriesguen innecesariamente. Quiero asegurarme de que estamos preparados para… —Se congeló, sus ojos se veían desenfocados. Cress reconoció la mirada de Cinder cuando estaba viendo algo en la pantalla de su retina.

Parpadeó rápidamente, Cinder se volvió hacia Kai, aturdido. —Nave, enciende la telered de la bahía de carga bahía, las noticias de la Comunidad—.

Kai frunció el ceño. — ¿Qué está pasando?—.

La telered parpadeó al encenderse. Mostró al consejero principal de Kai, Konn Torin— de pie en un podio. No obstante, antes de que la señal de audio se pudiera conectar, Cinder dijo: —Lo siento mucho, Kai. Tu palacio está bajo ataque—.

CAPÍTULO 10

Todos miraron el reporte de noticias en silencio, las cámaras temblaron cuando los androides rodearon el palacio. Muchos de los jardines humeaban por los incendios provocados por los soldados de la reina, estatuas derribadas y la enorme puerta hecha trizas, pero el propio palacio permaneció intacto. Hasta ahora, la única escuadra del ejército de la Comunidad estacionada en el palacio había mantenido a raya al enemigo mientras esperaban la llegada de refuerzos.

El asedio en el palacio de Nueva Beijín iba en contra de las estrategias que los soldados lobo habían estado usando durante toda la guerra. Se habían ganado fama por sus ataques de guerra y tácticas de miedo, tan preocupados con aterrorizar a la gente de la tierra como lo fueron de ganar las batallas actuales. Hasta la fecha, no había habido batallas reales en absoluto, solo disputas y ataques sorpresas, resultando en demasiada sangre y demasiadas pesadillas.

Lo soldados lobo se movían en manadas, sigilosos y rápidos. Provocaban estragos y destrucción dondequiera que fueran, luego desaparecían antes que el ejército de la tierra pudiera atraparlos. Había especulaciones de que se movían a través de las alcantarillas o desaparecían en el desierto, dejando un rastro de sangre y miembros amputados en su estela. Les gustaba dejar al menos un testigo con vida en la escena para reportar sobre su brutalidad.

Una y otra vez, su mensaje era claro, nadie está seguro.

La Tierra había matado su parte de los soldados lunares, así como algunos de los taumaturgos que lideraban cada manada. No eran invencibles, como los líderes de la tierra señalaron una y otra vez. Pero después de 126 años de paz, La Unión Terrestre no estaba preparada para librar una guerra, especialmente una tan impredecible. Durante generaciones, sus ejércitos se habían convertido en trabajadores de servicios sociales más decorados que cualquier otra cosa, proporcionando mano de obra en las comunidades empobrecidas y reuniendo suministros cuando azotaban desastres naturales. Ahora, cada país luchaba para reclutar más soldados en sus fuerzas, para capacitarlos, para la fabricar armamento.

Al mismo tiempo, los soldados lunares diezmaban barrios enteros, dejando sólo el eco de sus aullidos sanguinarios atrás.

Hasta ahora.

Este ataque en el palacio de Nueva Beijing fue la primera vez, por lo que cualquiera podría decir, que varias manadas se habían reunido en un ataque orquestado, y en plena luz del día también. Cinder se preguntó si se estaban haciendo los engreídos, o si estaban tratando de hacer una declaración. Ella intento de tomar consuelo en el hecho de que había más cuerpos de lobos mutante tendidos en los jardines del palacio de los que había visto en su vida en un solo lugar, sin duda esta batalla afectaría su número, por lo menos en Nueva Beijing. Pero fue poco consuelo, cuando su sangre se mezcló con la de los soldados de la tierra y una de las torres del palacio ardía.

—El palacio ha sido evacuado— dijo una periodista, hablando sobre la catástrofe en el video, —Y todos los funcionarios humanos y sirvientes han sido trasladados a un lugar seguro. El secretario de Defensa comentó en un discurso hace sólo veinte minutos que, por el momento, no especulan cuánto tiempo puede durar este asedio, o la cantidad de destrucción que podría incurrir. Hasta ahora, los expertos militares estiman que

trescientos soldados de la Comunidad se han perdido en este ataque, y cerca de cincuenta lunares—.

—Me siento tan inútil— dijo Iko, su tono profundo con una miseria que solamente un androide podía entender. Iko de ninguna manera era una androide típica, pero ella se las arregló para albergar un rasgo distinguible con el que todos los androides habían sido programados: la necesidad de ser útil.

Al otro lado de Cinder estaba Kai, desolado. No hay duda de que estaba experimentando su propio sentido de inutilidad. No había duda de que lo estaba destrozando.

—Los militares se encargarán de ellos— dijo Cinder.

Él asintió con la cabeza, pero su frente mostraba preocupación.

Suspirando, dejó que su mirada divagaba de Kai a Lobo, a Thorne a Cress y a Iko. Todos veían la pantalla, determinados, enojados y horrorizados. Su atención se volvió de nuevo a Kai. El ocultaba bien sus emociones, pero sabía que lo estaba matando. Mirando su casa quemarse. Como nunca había tenido un hogar que le importara, al menos no hasta que había llegado a bordo del Rampion, Cinder no podía imaginar el dolor que sentía.

Apretó los dientes, pensando en todas sus cálculos, todos sus planes.

Kai estaba en lo cierto. Puede que nunca se sintiera lista, pero no podía sentarse sin hacer nada para siempre.

Thorne tenía la vista atrás.

Lobo le había hablado de sus padres, obreros que habían trabajado en fábricas y minas de regolito toda su vida. Si estuvieran vivos, él pensó que podrían estar dispuesto a ofrecerles refugio en Luna. Que podrían ser que sean aliados.

La reina estaba haciendo el movimiento más audaz que había hecho desde que empezó la guerra, lo que tampoco significaba que se estuviera confiando, o estuviera desesperada. De cualquier manera, Cinder no quería que la Luna ganara esta batalla. No quería que tuvieran el control del Palacio de Nueva Beijing, aunque fuera meramente simbólico. Era el hogar de la familia real de la Comunidad. Pertenecía a Kai, no a Levana. Nunca a Levana.

—Hemos tenido informes— dijo la periodista, —que el grupo político radical que se hacen llamar la Asociación para la Seguridad de la Comunidad ha emitido otra declaración pidiendo la abdicación forzada del emperador Kaito, una vez más, insistiendo en que no puede ser el gobernante que necesitamos en estos tiempos difíciles, y que mientras permanezca en manos de los terroristas, es imposible que tenga el bienestar del país como su principal preocupación. Aunque la ideología de la ACS se ha ignorado en gran medida en la política convencional, una reciente encuesta de la red ha indicado que sus opiniones están cobrando popularidad entre el público en general—.

—¿Terroristas?— dijo Iko, mirando alrededor del grupo. —¿Se refiere a nosotros?—.

Cinder se pasó una mano frustrada por su rostro. Kai sería un gran líder, era un gran líder, pero todavía no le habían dado la oportunidad de probarse a sí mismo. La hacía

revolver el estómago al pensar que su reinado podría ser interrumpido, y todo por culpa de ella.

Quería abrazar a Kai y decirle que eran idiotas. No tenían ni idea de lo mucho que se preocupaba por el bienestar de su país.

Pero eso no es lo que necesitaba oír.

Su pantalla de retina cambiaba entre sus noticias más vistas. Conteo de cuerpos; número de muertos; metraje de las cuarentenas de peste; adolescentes de pie en la línea de fuera de los centros de reclutamiento, muchos de ellos se veían casi ansiosos por unirse a la lucha y defender su planeta de esta invasión. Levana en su velo blanco puro.

Cerró los noticieros.

Kai la miraba. —Es el momento, Cinder—.

Momento de decir adiós. Momento de seguir adelante. Momento de dejar ir de la pequeña utopía en la que se habían envuelto ellos mismos.

—Lo sé— dijo ella, con voz triste y pesada. —Thorne, vamos a prepararnos para llevar a casa a Kai—.

CAPÍTULO 11

—Creí que te encontraría aquí—.

Cinder dio un vistazo hacia un lado de la cápsula de la nave. Kai estaba merodeando en entrada, con las manos en sus bolsillos, vestido nuevamente con su atuendo de boda.

Se apartó algunos mechones de cabello de la frente. —Sólo estaba haciendo un poco de mantenimiento básico— dijo, desconectando el medidor de la celda de poder de la cápsula y cerrando la escotilla. —Asegurándome que esté listo para tu gran regreso. Me imaginé que ya es suficientemente riesgoso dejar a Thorne ser tu piloto; lo menos que puedo hacer es asegurarme de que el transporte está en buenas condiciones—.

—Desearía que vinieras con nosotros—.

—Sí, yo también, pero no podemos correr el riesgo—.

—Lo sé. Es agradable tener un mecánico de a bordo. En caso de que algo, ya sabes... se rompa—. Él se rascó la oreja.

—Oh, es por eso que me quieres allí. Que halagador—. Cinder envolvió el cable alrededor del medidor y lo regresó a un gabinete atornillado a la pared.

—Eso, y que te voy a echar de menos—. La voz de él se había suavizado, y eso calentó la base de su estómago.

—Con un poco de suerte, vamos a vernos de nuevo muy pronto—.

—Lo sé—.

Cinder se quitó los guantes de trabajo y los metió en su bolsillo trasero. Todavía había un tinte el pánico en la acción— su cerebro le recordó, por costumbre, que no se suponía que ella se quitara los guantes delante de cualquier persona, especialmente Kai— pero ella lo ignoró. Kai no pestañeó ante la presentación de su mano ciborg, como si ni siquiera lo notara más.

Sabía que ella estaba pensando en eso cada vez menos. A veces incluso se sorprendía al ver un destello metálico por el rabillo de su ojo cuando iba a recoger algo. Era extraño. Siempre ha sido consciente de ello antes, mortificada de que alguien pudiera verlo.

— ¿Tienes miedo?— preguntó, introduciendo una llave en su cinturón de herramientas. —Aterrorizado— dijo él, pero con una indiferencia que la hacía sentirse mejor acerca de sus propias entrañas siendo heridas y apretadas en pequeños nudos. —Pero estoy listo para volver. Estoy seguro de que Torin está a punto de tener un ataque al corazón. Y..— . Se encogió de hombros. —Tengo poco de nostalgia—.

—Estarán felices de tenerte de vuelta—. Cinder se arrodilló junto a la nave, comprobando los tornillos del tren de aterrizaje. Le encajó la llave a uno, dos, tres tornillos— ninguno estaban suelto. —Sabes lo que le vas a decir a Levana?—

Kai se agachó a su lado, con los codos apoyados en las rodillas. —Voy a decirle que me he enamorado de uno de mis captores y la boda se cancela—.

El brazo Cinder se congeló.

Él sonrió. —Al menos, eso es lo que me gustaría poder decirle—.

Ella sopló un mechón de pelo fuera de su cara y terminó de chequear los tronillos, antes de moverse al otro lado de la nave para repetir el proceso.

—Voy a decirle que no tengo nada que ver con el secuestro— dijo Kai, expresándose como lo que Cinder había llegado a pensar como su voz de emperador. —De ninguna estoy manera afiliado contigo o la tripulación e hice lo mejor que puede para negociar una pronta liberación. Yo fui una víctima, un rehén, incapaz de escapar. Probablemente voy a idear algo sobre trato inhumano—.

—Suena bien—.

—Entonces voy a rogarle que se case conmigo. De nuevo—. Su labio se curvó con disgusto.

Cinder no podía culparlo. Cuanto más pensaba en ello, más que quería robar esta cápsula y dirigirse a Marte.

—Cuando te vuelva a ver— dijo Kai, —tendré ropa para todos y un nuevo enchapado para Iko. Si crees necesitar algo más, Cress piensa que puede conseguirme una comm cifrada—. Inhaló profundamente. —Pase lo que pase, estoy de tu lado—.

El sentimiento tanto la animó, así como envió un choque de ansiedad a través de sus nervios. —Siento tanto ponerte en tal peligro—.

—No lo haces— dijo. —Ella ya iba a matarme—.

—Podría tratar de sonar un poco más preocupado cuando dices eso—.

— ¿De qué hay que preocuparse?— Sus ojos brillaban. —Vas a rescatarme mucho antes de que eso pase—.

Acabando con los tornillos, ella se levantó y metió la llave de nuevo en su cinturón.

—Cinder…—

Ella se quedó inmóvil, desconcertada por el tono serio en su voz.

—Hay algo que tengo que decirte antes de marcharme. En caso——

—No. No lo hagas. Ni se te ocurra pensar que esta será la última vez que nos vemos—
.

Una sonrisa nostálgica se brotó en la boca de él, pero rápidamente huyó de nuevo. —Quiero pedirte disculpas—.

— ¿Por sugerir que esta podría ser la última vez que nos vemos? Porque eso es cruel, cuando aquí estoy, tratando de trabajar un poco, y——

—Cinder, escúchame—.

Ella apretó la mandíbula y permitió que Kai tomara sus hombros, los pulgares tiernamente posados sobre su clavícula. —Lo siento por lo que pasó en el baile. Siento no haber confiado en ti. Siento haber... dicho esas cosas—.

Cinder miró hacia otro lado. A pesar de que tanto había cambiado entre ellos desde esa noche, todavía se sentía un picahielos en su corazón al recordar la forma en que la había mirado, y sus palabras horrorizadas: Me duele más mirarte a ti que a ella

—Ya no importa. Estabas en estado de shock—.

—Fui un idiota. Me avergüenzo por la forma en la que te traté. Debí haber tenido más fe en ti—.

—Por favor. Apenas me conocías. Luego te enteraste de todo a la vez, que soy ciborg y Lunar... yo no habría confiado en mí tampoco. Además, estabas bajo mucho estrés y— —

Él inclinó hacia delante y la besó en la frente. La suavidad la calmó.

—Todavía eras la chica que reparó a Nainsi— dijo. —Todavía eras la chica que me advirtió acerca de los planes de Levana. Todavía eras la chica que quería salvar a su hermana pequeña—.

Ella se estremeció ante la mención de Peony, su hermanastra más joven. Su muerte fue una herida que no había sanado completamente.

Las manos de Kai se deslizaron por sus brazos, entrelazando los dedos con ella, carne y metal por igual. —Estabas tratando de protegerte, y debí haberme esforzado más duro en defenderte—.

Cinder tragó. —Cuando dijiste que dolía más mirarme a mí que a Levana..—.

Kai inhaló profundamente, como si el recuerdo de las palabras le doliera tanto como le dolía a ella.

—... ¿Yo... me parecía a ella? ¿Mi glamour lucia como el de ella? —

Un pliegue se formó entre las cejas de Kai, y él la miró fijamente, dentro de ella, antes de sacudir la cabeza. —No exactamente. Todavía lucias como tú, sólo que..—. Él luchó por encontrar una palabra. —Perfecta. Una versión impecable de ti—.

Estaba claro que no significaba un cumplido.

—Quieres decir, una versión artificial de mí—.

Después de una vacilación, él dijo: —Supongo que sí—.

—Creo que fue instintivo— dijo Cinder. —No me di cuenta que estaba usando un glamour. Sólo sabía que no quería que supieras que era un ciborg—. Una risa irónica. —Parece tan tonto ahora—.

—Bien—. Él la acercó de nuevo. —Hemos hecho progresos—.

Sus labios apenas habían rozado los suyos cuando la puerta se abrió.

— ¿Tenemos todo lo que necesitamos?— dijo Thorne, animado como siempre. Iko, Cress, y Lobo se presentaron tras él.

Kai dejó caer las manos de Cinder y ella dio un paso hacia atrás, ajustándose el cinturón de herramientas. —La cápsula está lista. Tres veces chequeada. No debería haber ninguna sorpresa—.

— ¿Y el invitado de honor?—

—Tengo todo con lo que llegué— dijo Kai, señalando su arrugado traje de boda.

Iko se adelantó y entregó a Kai una caja etiquetada como PROTEÍNA DE AVENA. —Tenemos un regalo para ti también—.

Él la giró hasta llegar a ver al juego infantil impreso en la parte posterior. — ¿Mmm?—

—Ábrela— dijo Iko, balanceándose sobre sus pies.

Curioseando abrió la tapa, Kai le dio la vuelta y una fina cadena de plata junto con un medallón cayeron en su palma. Él los llevó hasta el nivel de los ojos, inspeccionando la insignia empañada. —'República Americana 86th Regimiento Espacial'— leyó. —Puedo ver por qué los hizo pensar en mí—.

—Los encontramos en uno de los viejos uniformes militares— dijo Iko. —Es para recordarte que eres uno de nosotros ahora, no importa lo que pase—.

Kai sonrió. —Es perfecto—. Aseguró la cadena alrededor de su cuello y metió el medallón bajo su camisa. Le dio un abrazo de despedida rápido a Cress, después jaló a Iko dentro de un abrazo. Iko chilló, paralizada.

Cuando Kai la apartó, Iko lo miró a él, luego a Cinder, y de vuelta. Sus ojos de repente rodaron en su cabeza y se desplomó en el suelo.

Kai saltó hacia atrás. — ¿Qué pasó? ¿Presioné su botón de encendido o algo así?—

Con el ceño fruncido Cinder dio un paso más cerca. — ¿Iko, qué estás haciendo?—

—Kai me abrazó— dijo Iko, con los ojos todavía cerrados. —Así que me desmayé—.

Con una risa incómoda, Kai se volvió hacia Cinder. — ¿Tú no te vas a desmayar también, verdad?—

—Dudosamente—.

Kai envolvió sus brazos alrededor de Cinder y la besó, y aunque ella no estaba acostumbrada a tener una audiencia, Cinder no dudó en devolverle el beso. Una parte poco práctica, incalculable de su cerebro le dijo que no se soltara. Para no decir adiós.

El estado de ánimo ligero se fue cuando se separaron. Él colocó su frente contra la de ella, las puntas de su cabello cepillado en sus mejillas. —Estoy de tu lado— le dijo. —No importa que—.

—Lo sé—.

Kai se volvió hacia Lobo de último. Levantó la barbilla y ajustó su fina camisa. —Muy bien, estoy listo cuando tú——

El puño golpeó a Kai directamente en la mejilla, haciéndolo retroceder de nuevo hasta Cinder. Todos se quedaron sin aliento. Iko se levantó con un grito sorprendido mientras Kai presionaba una mano contra su rostro.

—Lo siento— dijo Lobo, encogiéndose de culpa. —Es mejor cuando no lo ves venir—.

—De alguna manera lo dudo— dijo Kai, arrastrando las palabras.

Cinder retiró su mano para examinar la herida, que estaba flameando en rojo y ya comenzaba a hincharse. —No rompiste la piel. Él está bien. Se verá el moretón muy bien para el momento en que esté de regreso en la Tierra—.

—Lo siento— dijo Lobo de nuevamente.

Kai le dio una sacudida a su cabeza y no se quejó cuando Cinder le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes— susurró. —Es extrañamente atractivo—.

Su risa era irónica, pero agradecida. La besó por última vez antes de apresurarse a la cápsula, como si fuera a cambiar de opinión si se quedaba otro momento.

— ¿No hay beso de despedida para mí también?— dijo Thorne, dando un paso delante de Cinder.

Frunciendo el ceño Cinder lo empujó lejos. —Lobo no es el único que puede lanzar un gancho derecho por aquí—.

Thorne se rio y levantó una ceja sugerente a Iko.

El androide, todavía en el suelo, se encogió de hombros disculpándose. —Me encantaría darle un beso de despedida, Capitán, pero ese prolongado abrazo de Su Majestad puede haber frito unos cuantos alambres, y me temo que un beso suyo derretiría mi procesador central—.

—Oh, confía en mí— dijo Thorne, guiñándole un ojo. —Lo haría—.

Por un instante, mientras que la broma seguía escrito en su rostro, la mirada de Thorne parpadeó con esperanza hacia Cress, pero Cress estaba cautivado por sus propias uñas.

A continuación, la mirada se desvaneció y estaba Thorne marchando en dirección al asiento del piloto en la cápsula.

—Buena suerte— dijo Cinder, observando cómo ajustaban sus arneses.

Thorne le dio un saludo rápido, pero era Kai por quien estaba preocupada. Él trató de sonreír, aun frotándose la mejilla, mientras las puertas se hundía a su alrededor. —Tú también—.

CAPÍTULO 12

Kai miraba las manos de Thorne, aparentemente competentes, mientras activaban unos interruptores en panel de control de la cápsula. Salieron del muelle de la Rampion y se zambulleron hacia el planeta Tierra. Thorne tecleó algunas coordenadas en la computadora y Kai se sorprendió por la sacudida de la añoranza que sintió al ver las imágenes satelitales de la Comunidad que aparecieron en la pantalla.

El plan era que Thorne dejara a Kai en una de las casas protegidas de la corte —lo suficientemente lejos la civilización para que la cápsula pudiera pasar desapercibida, si ellos eran rápidos al respecto, pero lo suficientemente cerca de la ciudad para que Kai fuera recuperado en una hora tras alertar al personal de seguridad sobre su regreso.

—Esto debe ser extraño para ti— Thorne dijo, arrastrando sus dedos a través de la pantalla del radar. —Tu novia ciborg siendo una criminal buscada y la sobrina de tu novia y todo eso—.

Kai hizo una mueca, lo cual provocó que su mejilla comenzara a escocer de nuevo. —Honestamente, de pensar en los detalles—. Él desvió la mirada hacia la Rampion ya que se alejaba rápidamente de la vista por la ventana. — ¿Ella realmente se llama a si misma mi novia?—

—Oh, no lo sabría. No hemos tenido una noche chismes y de pintarnos entre sí las uñas de los pies desde el secuestro—.

Kai se apoyó contra el reposacabezas, evidente. —Ya me siento incómodo contigo piloteando esta nave y estando en control de mi vida. Trata de no empeorar la situación—.

— ¿Por qué todo el mundo piensa que soy tan mal piloto?—

—Cinder me dijo que lo eras—.

—Bueno, dile a Cinder que soy perfectamente capaz de volar una condenada cápsula sin matar a nadie. Mi instructor de vuelo en Andrómeda —que es una academia militar de gran prestigio en la República, supongo que lo sabes——

—Sé lo que la Academia Andrómeda es—.

—Sí, bueno, mi instructor de vuelo, dijo que yo era natural—.

—Claro— dijo Kai arrastrando las palabras. —Fue el mismo instructor de vuelo que escribió un informe oficial sobre tu falta de atención, la negativa a tomar las medidas de seguridad en serio, y un exceso de confianza que a menudo rayaba en... ¿cuál fue la palabra que usó? ¿'Temerario,' creo?—

—Oh sí. La Comandante Reid. Ella tenía una cosa por mí—. El radar parpadeó, recociendo un crucero a la distancia, y Thorne hábilmente cambió la dirección para mantenerlos fuera de su curso. —No me di cuenta que tenía un acosador real. Me halaga, Su Majestad—.

—Incluso mejor –tenías todo un equipo de gobierno asignado a la excavación de información sobre ti. Estuvieron informaron dos veces al día durante más de una semana. Escapaste con la criminal más buscada en el mundo, después de todo—.

—Y tu novia—.

Kai sofocó tanto una sonrisa como una mirada. —Y mi novia— admitió.

—Les tomó una semana, eh? Cress podría haber presentado toda mi biografía en cuestión de horas. —

Kai reflexionó sobre esto. —Tal vez le ofrezca un trabajo cuando todo esto termine—.

Él lo esperaba, y no estaba decepcionado —una contracción irritada por debajo de los ojos de Thorne. La cual él escondió fácilmente, sin embargo, su expresión se transformó en indiferencia. —Quizás deberías hacerlo—.

Kai sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. La Tierra llenó la ventana, un caleidoscopio de océano y la tierra. Agarró su arnés, sabiendo que cruzaban por el espacio a una velocidad aterradora, pero sintiendo como si estuviera suspendido en el tiempo por un quieto momento de tranquilidad.

Dejó que sus hombros se asentaran, impresionado por la vista. La próxima vez que estuviera aquí —si todo iba de acuerdo al plan— estaría en camino hacia Luna.

— ¿Sabes lo que es realmente extraño de pensar?— Kai dijo, tanto para sí mismo como para Thorne. —Si Levana no hubiese intentado matar a Cinder cuando era una niña, yo podría estar comprometido con ella en este momento. Ella ya sería reina. Podríamos estar trazando una alianza junta—.

—Sí, pero habría sido criada en Luna. Y por lo que puedo decir, ser criado en Luna realmente daña a la gente. No sería la encantadora ciborg que todos hemos llegado a adorar—.

—Lo sé. Podría haberla despreciado tanto como desprecio a Levana, aunque es difícil de imaginar—.

Thorne asintió, y Kai estaba tan aliviado que no dijo algo desagradable sobre como la cápsula se deslizó en un banco de nubes. La luz alrededor de ellos comenzó a doblar y brillar al entrar en la primera capa de la atmósfera terrestre. La fricción hacía temblar la nave y las gotas de agua peinaban hacia atrás la vista de la ventana, pero no pasó mucho tiempo antes de que la atravesaran. El Océano Pacífico centelleó debajo de ellos.

—Supongo que todo esto es muy extraño para ti también— dijo Kai. —Un criminal buscado, llevando a un dirigente político secuestrado de regreso al país del que escapó en primer lugar—.

Thorne resopló. —La parte extraña es que no recibo ningún dinero del rescate por ello. Aunque, si te sientes generoso..—.

—No—.

Thorne frunció el ceño.

—Bueno, tal vez un poco. ¿Estás listo para pasar el tiempo en tres países, no? ¿La Comunidad, América y Australia? —

—No me lo recuerdes. Uno podrá pensar que toda la sindicalización significaría que podríamos tener un poco de consistencia en nuestros sistemas judiciales, pero, no, cometes crímenes en tres países diferentes y todo el mundo quiere ayudar a repartir el castigo—.

Kai se mordió los labios, dándose una última oportunidad para reconsiderarlo. Sólo había tenido la idea hace unos pocos días, y su palabra sería de oro una vez que lo dijera en voz alta. No quería sentar un precedente injusto como el líder de su país, pero al mismo tiempo— esto se sentía correcto. ¿Y cuál fue era el punto de ser emperador si no podía a veces hacer algo sólo porque se sentía correcto?

—Podría llegar a lamentar esto— dijo, dando una respiración profunda, —pero, Carswell Thorne, perdono todos sus crímenes contra la Comunidad del Este—.

La atención de Thorne giró hacia Kai. La cápsula se lanzó hacia delante y Kai se quedó sin aliento, manteniendo el agarre de su arnés.

—Whoops, lo siento—. Thorne niveló la nariz de la nave y reanudó el vuelo estacionario. —Esa fue una, uh... bache…de aire... o algo. ¿Decías? —

Kai suspiró. —Estoy diciendo que puede considerar tu tiempo servido, para la Comunidad, por lo menos. Si ambos sobrevivimos a esto, cuando todo haya terminado, voy a hacerlo oficial. No puedo hacer nada al respecto a los demás países, sin embargo, podría dar una buena palabra sobre ti. Y para ser honesto, probablemente pensarán que estoy loco. O que sufro del síndrome de Estocolmo—.

—Oh, definitivamente estás sufriendo del síndrome de Estocolmo, pero no voy a usarlo en tu contra. Así que— bien. Genial. ¿Puedo tener esto por escrito?—

—No— dijo Kai, viendo los controles de la cápsula mientras c Thorne tenía su atención puesta en él de nuevo.

—Y el acuerdo sólo es válido si ambos sobrevivimos—.

—Supervivencia mutua. No hay problema—. Sonriendo, Thorne verificó el curso e hizo unos cuantos ajustes en los instrumentos de vuelo mientras Japón aparecía en el horizonte.

—Además, tengo una condición. Tiene que devolver todo lo que robaste—.

La sonrisa de Thorne empezó a esfumarse, pero cerró sus manos alrededor de la consola y se iluminó de nuevo.

— ¿Las muñecas del sueño y algunos uniformes sobrantes? Hecho—.

— ¿Y?—

—Y... y eso es prácticamente todo. Demonios, haces parecer como si yo fuera un cleptómano o algo así—.

Kai se aclaró la garganta. —Y la nave. Tienes que regresar la nave—.

Los nudillos de Thorne se tornaron blancos. —Pero... ella es mi nave—.

—No, ella le pertenece a la República Americana. Si quieres una nave propia, entonces vas a tienen que trabajar para ello y comprarla como todos los demás—.

—Hey, el Sr. Nací—en—la—realeza, ¿qué sabes tú de eso?— Pero la actitud defensiva de Thorne se desvaneció tan rápido como llegó, terminando con un humor enfadado. —Además, yo trabajé para conseguirla. Robar no es fácil, ¿sabes?—.

— ¿No estás realmente discutiendo conmigo sobre esto, verdad?—

Thorne apretó los ojos con fuerza, y cada músculo en el cuerpo de Kai se tensó, pero entonces Thorne suspiró y los abrió de nuevo. —No lo entiendes. La Rampion y yo hemos pasado por muchas cosas juntos. Puede que haya sido robada al principio, pero ahora se siente como si ella me perteneciera—.

—Pero ella no te pertenece. Y no puedes esperar que el resto de la tripulación quiera permanecer en una nave robada—.

Thorne soltó una carcajada. — ¿Mi tripulación? Déjame que te cuente lo que va a ser de mi tripulación cuando esto termine—. Él enumeró con los dedos. —Cinder será la monarca reinante de una gran roca en el cielo. Iko irá a donde quiera que Cinder vaya, así que vamos a suponer que ella se convierte en peluquería de la reina o algo así. ¿Tú eres parte de la tripulación ahora? No importa, los dos sabemos dónde vas a terminar. Y una vez que tengamos Scarlet de vuelta, ella y Lobo van a retirarse a alguna granja en Francia y a tener una camada de cachorros de lobo. Eso es lo que va a ser de mi tripulación cuando esto acabe—.

—Suena como que has pensado seriamente en esto—.

—Quizás— dijo Thorne, con un encogimiento de hombros de un solo hombro. —Son la primera tripulación que he tenido, y la mayoría de ellos incluso me llaman Capitán. Voy a extrañarlos—.

Kai entrecerró la mirada. —Me doy cuenta de que dejaste fuera a Cress. ¿Qué está pasando entre ustedes dos, de todos modos?—

Thorne se rio. — ¿Qué? Nada está pasando. Somos... Digo, ¿a qué te refieres?—

—No lo sé. Ella parece más cómoda a tu alrededor que con cualquier otro en la nave. Yo solo pensé…—

—Oh, no, no hay nada como... estuvimos en el desierto juntos durante mucho tiempo, pero eso es todo—. Él pasó los dedos distraídamente sobre los controles de la cápsula pero no tocó nada. —Ella solía tener un flechazo por mí. En realidad— —se rio de nuevo, pero fue una risa más tensa esta vez— —ella pensaba que estaba en enamorado de mí cuando nos conocimos. Gracioso, ¿no?—

Kai lo miró por el rabillo del ojo. —Divertidísimo—.

Los nudillos de Thorne estaban blancos sobre los controles, y después miró a Kai y comenzó a sacudir la cabeza.

— ¿Qué es esto, una sesión de terapia? No importa—.

—De hecho sí importa. Me agrada Cress—. Kai se movió en el arnés. —Me agradas también, contra a mi mejor juicio—.

—Te sorprenderías de cuántas veces he oído eso—.

—Algo me dice que todavía podrías gustarle a Cress también— contra a su mejor juicio—.

Thorne suspiró. —Sí, eso resume bastante bien todo—.

Kai ladeó la cabeza. — ¿Cómo es eso?—

—Es complicado—.

—Oh, es complicado. Porque no tengo ni idea de lo que es eso—. Kai resopló.

Thorne lo miró. —Como que sea, Doctor. Es sólo que, cuando Cress creía que estaba enamorada de mí, en realidad estaba enamorada de este otro sujeto que había idealizado en su cabeza, que era toda valentía, desinterés y esas cosas. Quiero decir, él era un verdadero partido, así que, ¿quién podría culparla? Incluso a mí me gustaba ese tipo. Casi desearía ser ese tipo—. Él se encogió de hombros.

— ¿Estás seguro de que no lo eres?—

Thorne se rio.

Kai no lo hizo.

— ¿Estás bromeando, verdad?—

—Realmente no—.

—Um, hola, soy Carswell Thorne, un convicto criminal en tu país. ¿Nos conocemos?—

Kai rodó los ojos. —Estoy diciendo que tal vez deberías dejar de poner tanta energía en lamentar el hecho de que Cress estaba equivocada acerca de ti, y en lugar, comenzar a poner tu energía en probar que está en lo cierto—.

—Agradezco la confianza, Su Imperial Psicólogo, pero estamos mucho más allá de eso. Cress ha pasado de mi... es lo mejor—.

—Pero, ¿ella te gusta?—

Cuando Thorne no respondió, Kai miró por encima para descubrir cómo la atención de Thorne estaba fija en la ventana de la cabina. Finalmente, Thorne respondió: —Como dije, no importa—.

Kai desvió la mirada. De alguna manera, la incapacidad de Thorne para hablar sobre su atracción por Cress decía mucho más que una confesión dicha en voz alta y abiertamente. Después de todo, él no tenía problemas para hacer comentarios sugestivos acerca de Cinder.

—Bien— dijo. —Entonces, ¿qué va a hacer Cress una vez que todo esto termine?—

—No lo sé— dijo Thorne. —Tal vez irá a trabajar para ti en tu equipo real de acoso—.

A continuación, la visión borrosa de tierra se convirtió en playas, rascacielos y el Monte Fuji y, más allá de ella, toda un continente, exuberante, verde y acogedor.

—Sin embargo, no creo que eso sea lo que ella quiera— Thorne musitó. —Ella quiere ver el mundo después de haber estado atrapado en ese satélite toda su vida. Quiere viajar—.

—Entonces supongo que ella se quedará contigo después de todo. ¿Qué mejor manera de viajar que en una nave espacial?—

Pero Thorne negó con la cabeza, inflexible. —No, créeme. Ella se merece una vida mejor que esto—.

Kai se inclinó hacia adelante para obtener una mejor vista a su hogar extendiéndose en frente de ellos. —Ese es mi punto exactamente—.

CAPÍTULO 13

— ¿Cuándo aprendiste a bordar?— Dijo Jacin, curioseando en la canasta que colgaba del codo de Winter.

Ella se pavoneó. —Hace un par de semanas—.

Jacin levanto una toalla de mano de la colección y observo las precisas puntadas que representaban un cúmulo de estrellas y planetas alrededor del borde de la toalla. — ¿Estas durmiendo bien?—

—No mucho, no—. Ella hojeó la canasta y le alcanzó una manta de bebe bordada con un banco de peces nadando alrededor del borde. —Esta es mi favorita. Tomo cuatro días completos—.

Él gruñó. —Supongo que las alucinaciones fueron malas esa semana—.

—Horribles—. Dijo ella ligeramente. —Pero ahora tengo todos estos regalos—. Le quito la manta y la metió entre el resto de las coloridas telas. —Sabes que mantenerse ocupada ayuda. Es cuando estoy inactiva que los monstruos vienen—.

Jacin la observó por el rabillo de su ojo. Había sido su guardia por semanas, pero raramente hablaban tan casualmente o caminaban lado a lado como ahora—se esperaba que los guardias mantuvieran una respetable distancia de sus protegidos. Pero hoy Winter lo había arrastrado a lo largo de AR—2, uno de los domos adyacentes al sector central. Principalmente eran tiendas de alta gama situadas entre barrios residenciales, pero tan temprano en el día todas las tiendas aún estaban cerradas y las calles estaban vacías y tranquilas. No había nadie para preocuparse por el decoro.

— ¿Y todos esos regalos son para los tenderos?—

—Tenderos, empleados, sirvientes de casas—. Sus ojos brillaron. —El equipo ignorado de Artemisia—.

Las clases bajas, entonces. Las personas que se encargan de la basura, cocinaban la comida y aseguraban que todas las necesidades de la aristocracia de Luna se satisficieran. Ellos eran recompensados con vidas mucho más envidiables que las de los obreros en los sectores exteriores. Estómagos llenos, al menos. El único inconveniente era que tenían que vivir en Artemisia, rodeados por las políticas y los juegos mentales de la ciudad. Un buen sirviente era tratado como a una preciada mascota, mimada y adulada cuando eran necesitados, golpeados y desechados cuando sobrepasaban su utilidad.

Jacin siempre había pensado que, dada una elección, preferiría probar su suerte en las minas y fábricas.

— ¿Los has estado visitando mucho?— preguntó.

—No tanto como me gustaría. Pero uno de los asistentes del sombrerero tuvo un bebé y he tenido la intención de hacerle algo. ¿Crees que le gustará?—.

—Será la cosa más bonita que el niño tenga—.

Winter dio un salto de alegría mientas caminaba. —Mi madre era una gran modista, sabes. Se estaba volviendo bastante popular entre las tiendas de vestidos cuando… bueno. Como sea, ella bordó mi manta de bebe. Levana trato de deshacerse de ella, pero Papá fue capaz de esconderla. Es una de mis posesiones más preciadas—. Ella

agito sus pestañas y Jacin sintió que sus labios se contraían hacia ella, en contra de su voluntad.

—Yo sabía que ella era una modista— dijo él, —pero ¿cómo es que nunca he visto esta manta especial tuya?—.

—Me daba vergüenza hablarte sobre ella—.

Él se echó a reír, pero cuando Winter no se le unió, el sonido se apagó. — ¿De verdad?—.

Winter se encogió de hombros, mostrando su sonrisa traviesa. —Es tonto, ¿no es cierto? Aferrarse a una manta de bebe, ¿de todas las cosas?— Tomó una profunda respiración. —Pero también es mi tocaya. Ella bordo una escena del invierno de la Tierra, con nieve, arboles sin hojas y un par de pequeños mitones rojos. Esos eran como guantes, pero con todos los dedos unidos juntos—.

Jacin sacudió su cabeza. —Avergonzada de enseñarme. Esa es la cosa más estúpida que he escuchado—.

—Bien. Te la mostraré, si quieres verla—.

—Por supuesto que quiero verla—. Estaba sorprendido de lo mucho que su confesión picaba. Él y Winter habían compartido todo desde que eran niños. Nunca se le había ocurrido que ella pudiera albergar algo así, especialmente algo tan importante como un regalo de su madre, que había muerto en el parto. Pero su estado de ánimo se ilumino cuando recordó. — ¿Te dije que vi nieve cuando estaba en la Tierra?—

Winter paro de caminar, sus ojos se fueron agrandando. — ¿Nieve real?—

—Tuvimos que ocultar la nave espacial en Siberia, en esta enorme tundra—.

Winter lo veía como si fuera a atacarlo si no le ofrecía más detalles.

Sonriendo malignamente, Jacin engancho sus pulgares sobre su cinturón y se balanceo sobre sus talones. —Eso fue todo—.

Winter lo golpeó en el pecho. —Eso no es todo. ¿Cómo era?—

Él se encogió de hombros. —Blanca. Cegadora. Y realmente fría—.

— ¿Brillaba como diamantes?—

—A veces. Cuando el sol la golpeaba directamente—.

— ¿Cómo era su olor?—

Él se encogió, —No lo sé Win—Princesa. Un poco como a hielo, supongo. No pase mucho tiempo en el exterior. Mayormente nos quedamos dentro de la nave—.

Su mirada parpadeo con el casi desliz de su nombre, algo como la decepción, que le dio a Jacin un disparo de culpa.

Él golpeo su espalda ligeramente en el hombro. —Tus padres hicieron bien. Fuiste nombrada como algo hermoso. Es apropiado—.

—Winter— ella susurro. Su expresión se volvió especulativa, las luces de una tienda de vestidos resaltabas las motas grises de sus ojos.

Jacin trato de no sentirse incomodo cuando apartó la vista. Hubo momentos en que ella estaba tan cerca que se asombraba de su propia habilidad para mantener sus manos quietas.

Moviendo la canasta a su otro brazo, Winter comenzó a caminar otra vez. —No todos piensan que soy hermosa—.

Él se burló. —Quienquiera que te haya dicho eso, estaban mintiendo. O estaban celosos. Probablemente ambos—.

—Tú no crees que soy hermosa—.

Él resopló—un tanto incontrolable—y se rio más fuerte cuando ella lo observo.

— ¿Eso es gracioso?—.

Estudiando su expresión, él imito su mirada. —Continúa diciendo cosas como esa y la gente empezará a pensar que te has vuelto loca—.

Ella abrió su boca para refutar. Vaciló. Casi tropezó con una pared antes de que Jacin la pusiera de regreso en el centro del estrecho callejón.

—Tú nunca me has llamado hermosa— dijo ella después que sus manos cayeran a su costado.

—En caso de que no lo hayas notado, tienes a un país entero de personas cantando tus elogios. ¿Sabías que escriben poesía sobre ti en los sectores exteriores? Tuve que escuchar a este borracho cantar una balada entera hace unos cuantos meses, todo acerca de tu perfección de una diosa. Estoy bastante seguro que la galaxia no necesita mi aporte al asunto—.

Ella agacho la cabeza, escondiendo su rostro detrás de una cascada de cabello. Menos mal que lo hizo. Las mejillas de Jacin se pusieron calientes, lo cual lo volvió cohibido e irritado.

—Tu aporte es el único que importa— ella susurró.

Se puso rígido, dirigiéndole un vistazo que ella no devolvió. Se le ocurrió que él los había dirigido hacia un tema que no tenía intención de explorar más a fondo. Fantasías, seguro. Deseos, todo el tiempo. Pero ¿de verdad…? No—eso era un tabú. Esto no acabaría en nada bueno.

Ella era una princesa. Su madrastra era una tirana que casaría a Winter con alguien que fuera políticamente beneficioso para sus propios deseos.

Jacin era lo opuesto de políticamente beneficioso.

Pero aquí estaban, y allí estaba ella luciendo tan bonita y rechazada, y ¿por qué había abierto su grande y estúpida boca?

Jacin suspiro, exasperado. Con ella. Consigo mismo. Con toda esta situación. —Vamos, Princesa. Tú sabes lo que siento por ti. Todos saben lo que siento por ti—.

Winter se detuvo de nuevo, pero él siguió caminando, agitando su dedo por encima del hombro. —No estoy diciendo esas cosas y viéndote al mismo tiempo, sigue caminando—.

Ella corrió tras él. — ¿Qué sientes por mí?—.

—No. Solo eso. Eso es todo lo que diré. Yo soy tu guardia. Estoy aquí para protegerte y mantenerte fuera de problemas, y eso es todo. No vamos a intercambiar palabras que resultaran en un montón de noches incomodas estando fuera de la puerta de tu dormitorio, ¿entendido?—

Estaba sorprendido de cuan enojado sonó, no, de cuan enojado se sentía. Porque era imposible. Era imposible e injusto, y había pasado demasiados años en las trincheras de la injustica para sacarse de quicio por eso ahora.

Winter se acercó a su lado, sus dedos apretados alrededor del asa de la canasta. Al menos ella ya no estaba tratando de capturar su mirada, lo cual era una pequeña misericordia.

—Yo sé lo que sientes por mí— dijo ella finalmente, y sonó como una confesión. —Sé que eres mi guardia, y eres mi mejor amigo. Sé que morirías por mí. Y sé que si eso pasara, yo moriría inmediatamente después—.

—Si— dijo él. —Más o menos eso es—. El sonido de un molino de café cercano retumbo por el pasillo de piedra, y el aroma de pan horneado asalto sus sentidos. Cruzó los brazos. —También, creo que eres un poco bonita. Ya sabes. En un buen día—.

Ella se rio y le dio un codazo. Él le dio un codazo en la espalda y ella tropezó con una maceta de flores, riendo más fuerte ahora.

—Tú también eres un poco lindo— dijo ella. Jacin frunció el ceño hacia ella, pero era imposible mantenerlo cuando ella estaba riendo así.

— ¡Su Alteza!—.

Ambos se detuvieron. Jacin se puso rígido, su mano yendo hacia la funda de su pistola, pero era solo una chica joven observándolos desde la puerta de una pequeña tienda. Un cubo lleno de jabón se quedó sin tocar a sus pies y sus ojos eran tan grandes como la Tierra.

—Oh, hola— dijo Winter, ajustando su canasta. — ¿Astrid, verdad?—

La chica asintió, calor subiendo por sus mejillas mientras observaba a la princesa. — Yo—Ella observo hacia la tienda, luego de nuevo a Winter. — ¡Espere aquí!— chilló, después dejo caer un trapo dentro del cubo con un sonido mojado y se metió a toda prisa por la puerta.

Winter ladeó su cabeza, su cabello cayendo sobre su hombro.

— ¿Conoces a esa niña?—

—Su madre y su padre dirigen esta floristería—. Ella pasó sus dedos a lo largo de una vid que recorría la ventana.

Jacin gruño. — ¿Qué quería ella?—

— ¿Cómo voy a saberlo? Ojala les hubiera traído algo…—

La chica apareció nuevamente, ahora con dos chicos jóvenes. — ¿Lo ven? ¡Les dije que ella regresaría!— estaba diciendo. Los chicos se detuvieron para observar a Winter, sus mandíbulas colgando. El más joven sostenía un aro de ramitas y flores muertas en ambas manos.

—Hola— dijo Winter, haciendo una reverencia a cada uno. —No creo que tengamos el placer de conocernos. Soy Winter—.

Cuando los chicos no pudieron encontrar el coraje para hablar, Astrid respondió. —Estos son mis hermanos, Su Alteza, Dorsey y Dylan. Les dije que usted compro flores de nuestra tienda antes y ellos no me creyeron—.

—Bien, es verdad. Compre un ramillete de flores azules y las mantuve en mi mesa de noche por una semana—.

—Wow— Dorsey respiro.

Winter sonrió. —Lamento que no podamos quedarnos para echar un vistazo a su tienda esta mañana, pero vamos a visitar al asistente del sombrerero. ¿Han ido a ver al nuevo bebé?—.

Los tres sacudieron sus cabezas. Luego Astrid le dio un codazo al chico menor, Dylan. El saltó, pero aún no se atrevía a hablar.

—Hicimos algo para usted, —dijo Astrid. —Esperábamos que volviera. Es solo… solo es de los restos, pero…— le dio un codazo a su hermano de nuevo, esta vea más fuerte, y él finalmente levanto el aro de flores.

— ¿Qué es esto?— preguntó Winter, tomándolo en sus manos.

Jacin frunció el ceño, y se sacudió cuando se dio cuenta de que era.

El chico mayor respondió. —Es una corona, Su Alteza. Nos tomó casi una semana conseguir todas las piezas—. Sus mejillas estaban encendidas con rojo brillante.

—Sé que no es mucho— dijo la chica, —pero es para usted—.

El chico más joven, habiendo entregado su regalo, soltó de repente: —Usted es hermosa— antes de esconderse detrás de su hermano.

Winter se rio. —Todos son muy amables. Gracias—.

Una vaga luz llamo la atención de Jacin. Levantando la vista, vio un nódulo en el alero de la siguiente tienda, una pequeña cámara observando las tiendas y a los sirvientes. Había miles de cámaras idénticas en los sectores por toda Luna, y él sabía que la posibilidad de que nadie estuviera prestando atención a las imágenes de una mañana gris en AR—2 era pequeña, pero un frio mortal recorrió su espalda.

—La corona es adorable— dijo Winter, admirando las pequeñas ramitas blancas de flores. La coloco en la parte superior de sus rizos negros. —Tan espléndida como las joyas de la reina. La voy a cuidar siempre—.

Con un gruñido, Jacin arrebato la corona de su cabeza y la dejo caer en la canasta. —Ella la cuidara muy bien allí— espetó, su tono era de advertencia. —La princesa está ocupada. Regresen adentro, y no vayan a presumir de esto con todos sus amigos—.

Con chillidos asustados y ojos muy abiertos, lo niños no podrían haberse escurrido en la tienda más rápidamente. Agarrando el codo de Winter, Jacin la arrastro lejos, aunque pronto ella libero su brazo del agarre.

— ¿Por qué hiciste eso?— demando ella.

—Se veía mal—.

— ¿Aceptar un regalo de un par de niños? Honestamente, Jacin, no tienes que ser tan malo—.

—Tú podrías ser un poco menos agradable— dijo él, escaneando las paredes y ventanas pero no vio más cámaras. —Poniéndola en tu cabeza. ¿Estás loca?— ella frunció el ceño y él frunció el suyo sin pedir disculpas. —Tienes suerte de que nadie lo haya visto—. Hizo un gesto hacia la canasta. —Cúbrela antes de que la rompa y la entierre en una de esas macetas—.

—Estas exagerando— Winter dijo, aunque ella metió unas cuantas de sus toallas alrededor del lio de ramas.

—Tú no eres una reina, Princesa—.

Su mirada encontró la de él de nuevo, horrorizada. —Yo no deseo ser reina—.

—Entonces deja de estar aceptando coronas—.

Resoplando, Winter se dio la vuelta y marcho adelante, como marcharía una verdadera princesa por delante de su guardia.

CAPÍTULO 14

Kai espero hasta que la capsula de Thorne fuera un destello en la distancia para sacar el portavisor que Cinder le había dado. Sin un chip de identificación oficial que confirmara su identidad, su comunicación con el Asesor Real Konn Torin fue interceptada por la unidad central de comunicaciones del palacio. El rostro de una joven interna apareció.

—Palacio de Nueva Beijing. ¿A quién debo… dirigirme?…— Sus ojos se abrieron.

Kai sonrió. —Emperador Kaito, para el Asesor Real Konn Torin, por favor—.

—S—sí, Su Majestad. Por supuesto. Enseguida Sus mejillas se tornaron rojas mientras se apresuraba a redirigir el intercomunicador. De inmediato su imagen fue sustituida por la de Torin.

— ¡Su Majestad! Es...eres...un momento. Estoy saliendo de una reunión con el gabinete— ¿Está usted bien?—

—Estoy bien, Torin. Pero estoy listo para volver a casa—.

El escucho el clic de una puerta. — ¿Dónde está? ¿Está a salvo? ¿Necesita…?—.

—Te diré todo cuando regrese. Ahora mismo estoy en nuestro refugio en las terrazas Taihang, y estoy solo. Si pudieras alertar a la guardia del palacio—.

—Inmediatamente, Su Majestad. Estaremos allí enseguida—.

Torin sugirió que mantuvieran el enlace abierto, inseguro de que alguien fuera por Kai antes que su propio equipo. Aunque Cinder le había asegurado que el mismo portavisor era imposible de rastrear, el vínculo no había sido establecido para comunicaciones directas y era posible que los Lunares estuvieran escuchándolos. Pero Kai sabía que la Luna había perdido su mejor método de vigilancia cuando perdieron a Cress, por lo que insistió en que estaba bien, que él estaría bien, antes de finalizar la transmisión.

Necesitaba un momento para pensar antes de que toda la galaxia se saliera de control nuevamente.

Desabrochándole el puerto a su cinturón, Kai se subió a una de las grandes rocas con vistas al valle. Doblo sus piernas debajo de él sorprendido por lo tranquilo que se sentía mirando fijamente las terrazas, a las mesetas que se enroscaban alrededor de las montañas, y al brillo burlón de un rio sinuoso a sus pies. Podría haber entrado al refugio para esperar, pero el clima estaba cálido, con una suave brisa que olía a jazmín y había pasado demasiado tiempo sin admirar el hermoso país en el que había nacido.

Después de semanas abordo del Rampion, con su aire reciclado y agua reprocesada, estaba feliz de estar en casa.

Y aunque nunca había visto a la Luna o a sus biodomos llenos de bosques y lagos artificiales, empezaba a comprender por qué Levana podría querer clavar sus garras en la Tierra también.

Poco tiempo había pasado cuando Kai escucho el zumbido de los motores. Mantuvo la vista fija en el horizonte, esperando por las capsulas. Cuando ellas llegaron lo hicieron en masa—una docena de buques militares rodeando el refugio, muchos de ellos portaban armas, y algunos miembros del personal exploraban el paisaje en busca de signos de amenaza.

Entrecerrando los ojos por la luz solar, Kai hizo a un lado el cabello de su frente, mientras la nave más grande desembarcaba no lejos de la casa. Agentes uniformados salieron de allí, estableciendo un perímetro y explorando por formas de vida cercanas, todos parloteando a través de sus auriculares y sujetando ominosas armas.

—Su Majestad Imperial— ladro un hombre de cabello gris, liderando un equipo de cuatro hombres con él. —Estamos encantados de verle señor. ¿Permiso para llevar a cabo un escaneo de seguridad?—

Kai se retiró de la roca y le entrego el portavisor a uno de los oficiales, quien lo aseguro en una bolsa de evidencia criminal. Extendió sus brazos mientras otro oficial pasaba un escáner a través de sus extremidades.

—Todo despejado, Bienvenido a casa Su Majestad—.

—Gracias. ¿Dónde está Konn?——

Una explosión envió a una docena del personal de vuelta al refugio, gritando y nivelando sus armas hacia una puerta de la bodega que había estallado.

Konn Torin emergió, más preocupado de lo que Kai recordaba haberlo visto nunca. —Asesor Real Konn Torin— grito, levantando sus manos. Su mirada se dirigió una vez más a las armas de fuego, y luego aterrizo en Kai cerca del borde la platea. Sus hombros bajaron con alivio, y tan pronto como uno de los oficiales revisó su muñeca y confirmó su identidad, Torin hizo algo que nunca había hecho.

Corrió hacia Kai y lo abrazo.

El abrazo fue tan rápido como inesperado, antes de que Torin se apartara y sostuviera el brazo de Kai para examinarlo. Kai estaba sorprendido de descubrir que era un poco más alto que Torin. Eso no podía haber ocurrido en las últimas semanas. Tal vez él había sido alto durante meses y nunca haberse dado cuenta de ello. Conociendo a Torin desde niño, se le hacía difícil cambiar su percepción de él ahora.

Cinder le dijo que Torin le había informado del segundo chip de seguimiento de Kai. Tal vez él estaba más lleno de sorpresa de las que Kai le daba crédito.

— ¡¿Su cara?! Dijo Torin. — ¿Que le hicieron? Ella me prometió——

—Estoy bien— dijo Kai, apretando el brazo de Torin. —Solo es un moretón. No te preocupes por ello—.

— ¡Que no me preocupe—!—

—Su Majestad— interrumpió el hombre de cabello gris, —ayudaría a evitar la atención de los medios si regresa a través de los subniveles del refugio—.

Kai miro a su alrededor. Un número de guardias del palacio había surgido para unirse a los militares congregados. —Si hubiera sabido que esa era una opción, habría evitado toda esta farsa—.

El oficial no reacciono.

—Sí, está bien. Gracias por su meticulosidad. Vámonos—.

Torin dispuso caminar a su lado, junto con demasiados guardias, mientras se apresuraban a la puerta de la bodega.

—Nainsi le esperará con té, y los chefs han recibido órdenes de preparar aperitivos por su regreso— dijo Torin. —El secretario de prensa está elaborando una declaración para los medios de comunicación, pero usted querrá ser informado previamente sobre la posición oficial del palacio con respecto a la violación de la seguridad y el secuestro antes de revelar algo—.

Kai tuvo que agacharse para ingresar al sótano de la casa. Estaba ordenado, a excepción de algunas telarañas en las esquinas, y a medida que se dirigían a los pasadizos por debajo de las montañas todo se volvió más claro y luminoso.

— ¿Cuál es el estado del palacio?— preguntó Kai.

—Los soldados enemigos no han traspasado los muros del palacio. Nuestros analistas tácticos creen que si llegan a invadir el palacio y descubren que no hay personas para ser eliminadas, redirigirán su atención a otro lugar. Hasta el momento hemos descubierto que estos soldados no parecen interesados en la destrucción general o el robo. Solo están asesinando—.

—A menos que Levana esté utilizando el palacio para hacer uso de una declaración. Eso aseguraría que están ganando—.

—Es una posibilidad—.

Doblaron una esquina y en la distancia Kai alcanzo a distinguir actividad— conversaciones y pasos, y el zumbido de la maquinaria. Todo su personal estaba apretujado en este laberinto de habitaciones y pasillos. Casi deseó haberse quedado arriba en la terraza.

—Torin, ¿qué pasa con las familias de toda esta gente? ¿Están seguros?—.

—Sí señor. Las familias de todos los funcionarios del gobierno se trasladaron al Palacio durante las cuarenta y ocho horas después de los primeros ataques. Todos ellos están aquí—.

—Y ¿qué pasa con las personas que no son funcionarios del gobierno? ¿Los cocineros? ¿Las... las amas de casa? —

—Me temo que no tenemos espacio para todos. Habríamos traído a toda la ciudad si pudiéramos—.

El estómago de Kai se oprimió. Habría traído todo el país con él, si pudiera.

—Por supuesto— dijo, obligándose a no detenerse en las cosas que no podía cambiar. — ¿Tengo una oficina aquí abajo? Necesito a Nainsi para concretar una reunión. Esta tarde, si es posible. —

—Sí, su Majestad. También hay habitaciones privadas reservadas para la familia real. Puedo tenerlas preparadas ahora—.

—Bueno, solo estoy yo, y sólo necesitare una habitación. Podemos encontrar algo más útil que hacer con el resto de ellas—.

—Claro. ¿A quién debe contactar Nainsi para dicha reunión? —

Inhalo profundamente. —A mi prometida—. El paso de Torin desaceleró y Kai pensó que podría llegar a detenerse completamente, pero Kai echo los hombros atrás y siguió caminando por los pasillos. Uno de los guardias delante de ellos estaba gritando de

nuevo: — ¡Despejen el camino! ¡Despejen el camino! —— mientras los curiosos del personal y funcionarios salieron de las puertas. Los rumores se extendían rápido y cuando Kai encontró los ojos de aquellos que pasó, vio alegría y alivio cruzar sus rostros.

Tragó saliva. Era extraño pensar cuántas personas se preocupaban por él, no sólo la gente que veía todos los días, sino los ciudadanos de toda la Comunidad Oriental, esperando saber si los secuestradores regresarían seguro a su emperador, sin tener idea de que Linh Cinder sería la última persona en el mundo que le haría daño. Le hacía sentirse un poco culpable por haber disfrutado de su tiempo a bordo del Rampion tanto como lo había hecho.

—Su Majestad— dijo Torin, bajando la voz cuando lo alcanzo de nuevo, —Debo aconsejarle que reconsidere su arreglo con la Reina Levana. Al menos deberíamos discutir el mejor curso de acción antes de tomar cualquier decisión apresurada—.

Kai le lanzo una mirada a su consejero. —Nuestro gobierno está siendo dirigido desde un enorme refugio antibombas y hay mutantes Lunares golpeando las puertas de mi palacio. No estoy tomando decisiones apresuradas. Estoy haciendo lo que se tiene que hacer—. — ¿Qué pensaran las personas cuando escuchen que tengo la intención de seguir adelante con un matrimonio con la mujer que es responsable de cientos de miles de muertes?—

—Millones. Ella es responsable de millones de muertes. Pero eso no cambia nada, todavía necesitamos su antídoto contra la letumosis, y espero que ella acepte los términos de un nuevo alto el fuego mientras le confirmamos los detalles de la Alianza—
.

Uno de los guardias hizo un gesto hacia una puerta abierta. —Su oficina, Su Majestad—
.

—Gracias. Necesito un momento de privacidad con Konn—Daren, pero si un androide viene con un poco de té, déjelo entrar—.

—Sí señor—.

Entró a la oficina. Era menos ostentosa que su despacho en el palacio, pero no incómoda. Sin ventanas, la sala se llenó de luz artificial, pero la estera de bambú en las paredes le dio al lugar un poco de calidez y ayudó a amortiguar el sonido de los pasos de Kai en el piso de concreto. Un amplio escritorio con un portavisor y media docena de sillas ocupaba el resto del espacio.

Kai se congeló cuando sus ojos se posaron en la mesa y empezó a reír. En la esquina de la mesa había un pequeño, y sucio pie de ciborg. —Dime que estás bromeando— dijo, recogiéndolo.

—Pensé que se estaba convirtiendo en un amuleto de la buena suerte— dijo Torin. — Aunque, en retrospectiva, no puedo imaginar lo que me llevó a pensar eso—.

Sonriendo con diversión, Kai devolvió el abandonado pie de Cinder al escritorio. —Su Majestad— continuó Torin — ¿A qué se refería cuando dijo que Levana ya es responsable de millones de muertes?—.

Kai se apoyó en el escritorio. —Pensábamos que esta guerra comenzó cuando sus agentes especiales atacaron esas primeras quince ciudades, pero nos equivocamos. Esta guerra comenzó cuando la letumosis fue fabricada en un laboratorio Lunar y traída

a la Tierra por primera vez. Todos estos años, ella ha estado librando una guerra biológica con nosotros, y no teníamos idea. —

Aunque Torin era hábil en ocultar sus emociones, no podía ocultar su creciente horror. — ¿Estás seguro de eso?—

—Sí. Quería debilitarnos, en población y recursos, antes de golpearnos. También sospecho que su artimaña para ofrecer un antídoto como moneda de cambio fue diseñada para crear una dependencia inmediata con la Luna… una vez convertida en emperatriz.

— ¿Y usted no cree que esto cambia algo? Sabiendo que todo fue una estrategia para obligarlo a esta alianza, ¿aún planea seguir con esto? Su Majestad, debe haber otra manera. Algo que no hemos considerado todavía—. La expresión de Torin se tensó. — Debo informarle que en su ausencia, hemos tenido un equipo centrado en el diseño de una nueva clase de armamento de grado militar que será capaz de penetrar hasta los biodomos de la Luna—.

Kai le sostuvo la mirada. —Estamos construyendo bombas—.

—Sí. Ha sido un proceso lento. Ningún ejército terrícola ha construido o albergado este tipo de armas desde el fin de la Cuarta Guerra Mundial, y hay modificaciones únicas requeridas para debilitar la Luna. Pero creemos que con los limitados recursos de la Luna y la dependencia de las cúpulas para protegerlos, el éxito de unas cuantas bombas podría significar un rápido fin a la guerra—.

Kai miró a su escritorio. Todos los pobladores de la Luna vivían debajo de biodomos especialmente diseñados que les proporcionaban atmósfera respirable, gravedad artificial y la capacidad de hacer crecer árboles y cultivos. La destrucción de una de esas barreras protectoras mataría a todos dentro.

— ¿Cuánto tiempo falta hasta que estas armas están listas?— Preguntó.

—Hemos terminado el primer prototipo, y esperamos tener el primer lote completo de cuatro a seis semanas. La flota de naves espaciales necesarias para el transporte de las armas está lista ahora—.

Kai hizo una mueca. No quería decirlo, pero despreciaba la idea de reducir las ciudades de la Luna a escombros. Ya había empezado a pensar que la Luna le pertenecía a Cinder, y no quería destruir el reino que algún día podría ser de ella. Pero si se pudiera poner fin a la guerra, y proteger la Tierra...

—Manténgame informado del progreso— dijo, —Y tenga a la flota espacial lista en cualquier momento. Es el último recurso. Primero, vamos a tratar de llegar a una solución pacífica. Por desgracia, eso comienza con apaciguar a Levana—.

—Su Majestad, le ruego que reconsidere. No estamos perdiendo esta guerra. Aún no— .

—Pero no estamos ganando, tampoco—. Kai hizo una mueca. —Y una cosa ha cambiado. Hasta ahora, Levana ha estado dando el primer tiro, pero por primera vez, yo podría estar un paso por delante de ella—.

Estrechando sus ojos, Torin dio un paso más cerca. —No se trata de una alianza en absoluto, ¿verdad?—

—Oh, tengo la intención de formar una alianza con la Luna—. Kai miró al pie ciborg de nuevo. —Sólo pretendo poner una reina diferente en el trono primero—.

CAPÍTULO 15

El enlace de comunicación tomó años en conectarse, mientras Kai estaba delante de la pantalla con las manos cruzadas a la espalda y su corazón latía más fuerte que el motor de la Rampion. No se había molestado en cambiarse la camisa de seda blanca de boda que había estado usando cuando había sido secuestrado, aunque estaba arrugada y tenía un pequeño agujero donde el dardo tranquilizante de Cinder había atravesado. Aun así, pensó que Levana podría apreciar que contactar con ella era su primera prioridad, por encima de un cambio de ropa, por encima incluso de alertar a los medios de comunicación de la Tierra a su regreso.

Iba a usar todas las tácticas que se le ocurrieran para llegarle a su lado bueno. Cualquier cosa para hacer esto creíble.

Finalmente, finalmente, el pequeño globo en la esquina dejó de girar y la pantalla se aclaró, revelando a Levana en su velo blanco puro.

— ¿Podría ser mi querido y joven emperador? —le susurró—. Yo casi te había dado por perdido. ¿Qué ha sido, más de un mes, creo? Estaba segura de que sus captores lo habían asesinado y desmembrado ya.

Kai sonrió, pretendiendo que ella había hecho una divertida broma.

—Unos golpes y arañazos aquí y allá, pero nada tan terrible como parece.

—Ya veo —reflexionó Levana, inclinando la cabeza—. Ese moretón en la mejilla parece reciente.

—Más reciente que algunos de los otros, sí —dijo Kai. Fingiendo que su tiempo a bordo del Rampion había sido una prueba, apenas soportada, era el primer paso en su estrategia—. Linh Cinder dejó claro desde el principio que yo era un prisionero a bordo de su barco, no un invitado. Entre tú y yo, creo que ella seguía resentida de que la hubiese arrestado en el baile.

—Cuán salvaje.

—Me considero a mí mismo afortunado por ahora. Finalmente pude negociar mi libertad. Apenas he regresado a Nueva Beijing. Informarte de mí retorno fue mi más alta prioridad.

— ¿Y a qué le debemos está feliz ocasión? Sospecho que esas negociaciones deben haber sido engorrosas.

Mis secuestradores tenían muchas demandas. Un desembolso monetario, por supuesto, y también que suspenda la búsqueda de los fugitivos, tanto de Linh Cinder y Carswell Thorne.

El velo revoloteó mientras Levana ajustaba las manos en su regazo.

—Deben haber creído que su captura era inminente —dijo ella, su tono sin emoción—. Aunque no puedo ver como lo sería, dado que no pudiste detenerlos mientras estaban en tu propio palacio.

La sonrisa de Kai permaneció serena—. Sin embargo, estuve de acuerdo con ella. Pero, no di ninguna garantía por el resto de la Unión, ni la Luna. Espero que estos criminales sean encontrados y llevados ante la justicia por sus crímenes, incluido mi propio asalto y secuestro.

—Espero que lo hagan —dijo Levana, y sabía que ella se estaba burlando de él, pero por primera vez el conocimiento no le estremeció.

—Tenían una demanda adicional —A sus espaldas, Kai apretó las manos, canalizando su nerviosa energía en ellas—. Insistieron en que me negara a seguir adelante con los términos de la alianza que tú y yo habíamos acordado. Pidieron que la boda no se pueda permitir que continúe.

—Ah —dijo la reina, con una risa malévola— ahora llegamos a la razón por la que ponerse en contacto conmigo era una alta prioridad. Estoy segura de que te mató estar de acuerdo con esos atroces términos.

—En realidad no —dijo sin expresión

Levana se echó hacia atrás, y pudo ver sus hombros temblando.

— ¿Y por qué estos criminales se ocupan de la política intergaláctica? ¿No son conscientes de que ya son responsables de iniciar una guerra entre nuestras naciones? ¿No creen que voy a encontrar una manera de sentarme en el trono de la Mancomunidad, independientemente de tu negociación egoísta?

Kai tragó dolorosamente—. Tal vez su interés tiene que ver con el alegato de Linh Cinder de que ella es la princesa perdida Selene.

Un silencio crujió entre él y la pantalla, tan quieta como hielo en un estanque.

—Ella parece pensar —Kai continuó— que al continuar con su boda y la coronación, debilitará la reclamación que podría tener en el trono Lunar.

—Ya veo. —Levana había recuperado la compostura y su impertinente tono caprichoso—. Me preguntaba si iba a llenar tu cabeza con falsedades. Me imagino que eras un público cautivo.

Se encogió de hombros—. Es una muy pequeña nave espacial.

— ¿Crees que esas alegaciones suyas sean verdad?

— ¿Honestamente? —Él se armó de valor—. No me importa si es lo uno o lo otro. Tengo más de cinco mil millones de personas que viven bajo mi protección, y desde el mes pasado, cada uno de ellos ha ido a la cama preguntándose si esta sería la noche en que su casa iba a ser atacada. Si esa era la noche en que sus ventanas se iban a romper, sus hijos sacados de sus camas, sus vecinos mutilados en las calles, todos por tus... por estos monstruos que has creado. No puedo… —hizo una mueca. Este dolor, al menos, no tenía que ser falso—. No puedo dejar que esto continúe, y Linh Cinder, si ella es la princesa perdida o no, no es la que está a cargo de los militares Lunares ahora. No me importan las políticas lunares y la dinámica familiar y teorías de conspiración. Quiero que esto termine. Y tú eres el que tiene el poder para acabarlo.

—Un discurso desgarrador, emperador joven. Pero nuestra alianza ha terminado.

— ¿Lo ha hecho? Pareces convencida de que iba a ceder a los caprichos de los criminales y secuestradores.

No dijo nada.

—Tú tenías mi palabra antes de que se la diera a Linh Cinder. Por lo tanto, siento que estoy de acuerdo con que tú tienes prioridad. ¿No te parece?

El velo se removió dónde estaban sus manos, como si estuviera jugando con algo—. Veo que su tiempo fuera no ha disminuido tus impresionantes habilidades en la diplomacia.

—Espero que no.

— ¿Estás diciéndome que deseas seguir con nuestro previo acuerdo?

—Sí, bajo los mismos términos. Los dos acordamos un cese al fuego en toda el área terrícola y espacios territoriales, efectivo de inmediato. Al recibir tu coronación como emperatriz de la Mancomunidad del Este, todos los soldados lunares serán removidos del suelo Terrestre, y nos permitirán fabricar y distribuir su antídoto para la letumosis.

— ¿Y qué garantías puede darme que nuestra boda no será sometido al mismo espectáculo humillante como la última? Seguramente su ciborg y sus amigos no estarán satisfechos cuando se enteren de que ha ignorado sus demandas.

—Me temo que no he tenido tiempo para desarrollar un plan. Vamos a aumentar la seguridad, por supuesto. Traer refuerzos militares, sé lo mucho que los admira.

Levana se bofó.

—Pero Linh Cinder misma ha demostrado ser ingeniosa. Una opción sería celebrar la ceremonia en secreto, y no soltar la prueba de la boda hasta después de la coro…

— No. No dejaré ninguna duda en la mente de la gente de la Tierra de que soy tu esposa, y su emperatriz.

Kai apretó los dientes para no ser arcadas a las palabras. Tú esposa. Su emperatriz—. Entiendo. Podemos considerar otras ubicaciones para acoger la ceremonia, algo más alejado y seguro. ¿Una nave espacial, tal vez? O incluso…

Él vaciló, tratando de lucir horrorizado por su propio pensamiento tácito.

—O incluso, ¿qué?

—Sólo estaba... dudo que esto sería de interés para ti. Se requeriría mucho trabajo, y no sé si es siquiera verosímil... pero, ¿por qué no acoger la boda en Luna? Sería imposible que Linh Cinder interfiriera.

Así, se detuvo y trató de no parecer que estaba conteniendo la respiración.

El silencio se hizo grueso entre ellos. El corazón de Kai comenzó a latir con fuerza.

Era demasiado. La había hecho sospechar.

Kai comenzó a reír sacudiendo la cabeza—. No importa, era una idea estúpida. —Su mente trabajó en otra opción que podía tomar—. Estoy seguro de que vamos a encontrar un lugar adecuado en la Tierra. Sólo necesito un poco de tiempo para…

—Eres astuto, ¿no es así?

Su corazón saltó—. ¿Disculpa?

La reina hablaba en voz baja—. En algún lugar remoto, en algún lugar seguro. Mi querido emperador, por supuesto que debemos oficiar la boda en Luna.

Kai se detuvo, esperó, y luego exhaló lentamente, manteniendo su expresión neutra. Otro momento, y recordó incluso ser escéptico.

— ¿Estás segura? Ya tenemos todo listo en la Tierra. Todo el transporte y el alojamiento, el catering, los anuncios…

—No seas ridículo. —Ella agitó sus dedos detrás del velo—. No sé por qué no se me ocurrió antes. Tendremos la ceremonia aquí en Artemisia. Tenemos un montón de espacio para alojamiento, y no tengo ninguna duda de que estarás satisfecho con la hospitalidad que podemos ofrecer.

Kai frunció los labios, preocupado de disuadirla de la idea, e igualmente preocupado de parecer demasiado entusiasta.

— ¿Es esto un problema, Su Majestad Imperial?

—No dudo de que Artemisia es... preciosa. Pero ahora estoy teniendo en cuenta que, me preocupa que esto podría perturbar a los huéspedes que han tenido el privilegio de asistir a la boda aquí en la Tierra. En particular, los líderes de la Unión Terrestre.

—Pero, por supuesto, la invitación se hará extensiva a todos los diplomáticos Terrestres. Estaría decepcionada si no asisten. Después de todo, nuestra unión será un símbolo de la paz, no sólo entre Luna y la Comunidad, sino entre Luna y todas las naciones Terrestres. Puedo extender la invitación a cada uno de nuestros huéspedes Terrestres personalmente, si piensas que sería apropiado.

Se rascó detrás de la oreja.

—Con el debido respeto, puede haber algo de... vacilaciones de los líderes de la Unión. Si puedo ser franco, ¿cómo se puede garantizar que nosotros… ellos no estarán caminando a una trampa? No has hecho ningún intento de disfrazar tus amenazas contra la Tierra y hay sospechas de que es posible que aún utilices tu estatus como emperatriz como una plataforma de lanzamiento para, bueno…

— ¿Dominio mundial?

—Precisamente.

Levana murmuraba—. Y ¿qué es lo que temes, exactamente? ¿Qué podría asesinar a los jefes de la Unión Terrestre mientras están aquí, como una forma de allanar un camino más fácil para tomar el control de sus pequeños países tontos?

—Precisamente.

Otra risa atolondrada—. Mi querido emperador, se trata de una oferta de paz. Quiero ganar la confianza de la Unión, no enajenarlos. Le doy mi palabra de que todos los huéspedes terrestres serán tratados con la mayor cortesía y respeto.

Kai lentamente, poco a poco dejó que sus hombros se relajaran. No es que él le creyera por un momento, pero no importaba. Ella había actuado como había esperado que lo hiciera.

—De hecho —continuó Levana— como muestra de mi buena voluntad, voy a aceptar su solicitud de un alto al fuego inmediato en toda la Unión, y que el alto al fuego se mantendrá en todos los territorios Terrestres cuyos líderes acepten nuestra invitación a asistir a la boda aquí en Artemisia.

Kai se estremeció.

Esa era una manera de aumentar la asistencia.

Frotó las palmas hacia abajo a la tela arrugada de su camisa.

—No puedo discutir con el punto de que Artemisia es más seguro que cualquier otro lugar que podíamos elegir en la Tierra. Voy a discutir esto con los dirigentes de la Unión Terrestre inmediatamente.

—Por favor hágalo, Su Majestad. Como estoy segura de que el cambio de ubicación no será un problema, voy a empezar a hacer los preparativos para nuestra visita, y nuestras ceremonias matrimoniales y de coronación.

—Cierto, y... en ese sentido. . Cuando te gustaría…

—Sugiero el ocho de noviembre para nuestra boda y fiesta de celebración, seguida de las dos coronaciones el día después de la luna nueva. Podemos programarlo para que coincida con nuestra salida del sol: es una hermosa época aquí en la Luna.

Kai parpadeó—. Eso es... mis días están un poco confundidos, con toda la cosa del secuestro, pero... ¿no es eso a sólo una semana?

—Diez días, Su Majestad. Esta alianza ha sido disuadida por mucho tiempo. Yo no creo que nadie quiera ver mi paciencia ir más allá. Deseo mucho recibirlos a usted y sus invitados.

Ella bajó la cabeza en una despedida cortés.

—Mis puertos estarán listos para recibirte.

CAPÍTULO 16

El canal de audio se desconectó con un suave clic, dejando a la bodega de carga en silencio. Sentada sobre una de las cajas de almacenamiento ahora vacíos, Cress miró a su alrededor, viendo los hombros tensos de Cinder mientras miraba a la telerred en blanco, la forma en la que Lobo daba golpecitos con los dedos sobre sus codos, y Iko, quién seguía centrada en el portavisor en su regazo, tratando de averiguar su próximo movimiento en el juego que ella y Cress habían estado jugando durante la última hora.

—Lo hizo. —Murmuró Cinder.

—Por supuesto que lo hizo—dijo Iko, sin alzar la mirada. —Sabíamos que lo haría.

Dándole la espalda a la pantalla, Cinder ociosamente rascó su muñeca. —El ocho es mucho más pronto de lo que esperaba. Apuesto que los líderes de Tierra comenzarán a salir en las próximas cuarenta y ocho horas.

—Bien—dijo Lobo. —La espera me está volviendo loco.

No, la separación de Scarlet lo estaba volviendo loco, Cress sabía, pero nadie dijo nada. Tal vez la espera los ponía un poco locos a todos.

—Jester a A1. —Iko anunció finalmente. Radiante, le entregó la tableta a Cress.

—Rey a C4, y reclamo todos los rubíes— dijo Cress, sin dudarlo.

Iko hizo una pausa, miró la pantalla, y se desinflo. — ¿Cómo estás tan buena en esto?— .

Cress sintió una oleada de orgullo detrás de su esternón, aunque no estaba segura de sí el talento era impresionante o embarazoso.

—Jugaba mucho esto cuando me aburría en el satélite. Y me aburría mucho.

—Pero se supone que mi cerebro es superior.

—Sólo he jugado contra un computador si eso te hace sentir mejor.

—No lo hace—Iko arrugó la nariz. —Quiero ese diamante.

Acomodando el puerto de nuevo en su regazo, ella empuñó su mano alrededor de una cola de caballo de trenzas, una vez más en profunda concentración.

Cinder se aclaró la garganta, atrayendo la atención de Cress, pero no la de Iko.

—Kai tendrá una flota con él. Es imperativo que sepamos en cual nave está él.

Cress asintió. —Puedo averiguarlo—.

—Este plan va a funcionar— dijo Lobo con fuerza, como si estuviera amenazando el propio plan. Empezó a pasearse entre la cabina y la enfermería. Su ansiedad y la de Cinder ponían a Cress más nerviosa que cualquier cosa.

Esto era todo, su única oportunidad. O bien funcionaba, o fallaba.

—Corona a A12—.

Le tomó un momento a Cress cambiar sus pensamientos de nuevo al juego. Iko había hecho el movimiento que ella esperaba que hiciera, el mismo movimiento que su computador abordo en el satélite habría hecho.

Cress sacrificó su Bufón, y luego procedió a deslizar su Ladrón por todo el tablero, cogiendo cada esmeralda suelta, que incluso ni el diamante codiciado de Iko le ganaría en el juego.

— ¡Ah! ¿Por qué no vi eso?—Gruñendo, Iko empujó la portavisor. —De todos modos nunca me gustó este juego—.

—Cápsula detectada— dijo la voz monótona del Rampion. Cress saltó, cada músculo de su cuerpo se tensó —Capitán Thorne solicita permiso para atracar. Enviando código: El Capitán es el Rey—.

Ella exhaló, aliviada, no sólo no habían sido vistos por una nave enemiga, también porque Thorne había vuelto. Toda la preocupación que había estado albergando desde que él y Kai se habían ido subió a la superficie de su piel y se evaporó con un solo aliento.

—Permiso concedido—dijo Cinder, una buena cantidad de alivio en su voz también. Ella cruzó los brazos sobre su pecho. —Paso uno completo. Kai está de vuelta en la Tierra, la boda se reprograma a tener lugar en la Luna, y Thorne ha regresado sano y salvo— Se balanceó sobre sus talones, una arruga entre sus cejas —No puedo creer que nada salió mal—.

—Me gustaría esperar hasta que estés sentada en un trono antes de hacer declaraciones como esa— dijo Lobo

Cinder torció los labios. —Buen punto. Muy bien, todo el mundo. —Ella presionó sus manos juntas. —Vamos a empezar a trabajar en los preparativos de último minuto. Cress y Iko, ustedes son las encargadas de realizar las modificaciones finales al vídeo. Lobo, necesito que…—.

La puerta de la escotilla de subnivel se abrió, estrellándose contra la pared. Thorne se lanzó a sí mismo por la escalera y de inmediato se volvió hacia Cinder, que dio un paso hacia atrás asustada.

— ¿Tú pintaste mi nave?—.Gritó— ¿Por qué¬—qué—por qué harías eso?—.

Cinder abrió la boca, pero vaciló. Había esperado claramente un tipo diferente de saludo.

—Oh. Eso. —Miró a su alrededor a Cress, Lobo, y Iko, como pidiendo que la respaldaran. —Pensé— wow, eso fue hace mucho tiempo. Supongo que debería haberlo mencionado.

— ¿Mencionarlo? ¡No deberías haber…! ¡No puedes ir por ahí pintando la nave de alguien más! ¿Sabes cuánto tiempo me llevó pintar a esa chica en el primer lugar?—.

Cinder entrecerró un ojo —Juzgando por la forma precisa y detallada como estaba, voy a adivinar... ¿diez minutos? ¿Quince?—.

Thorne frunció el ceño.

—Está bien, lo siento. Pero la silueta era demasiado reconocible. Era una desventaja.

— ¡Una desventaja! ¡Tú eres una desventaja! —Señaló a Lobo—Él es una desventaja. Cress es una desventaja. ¡Todos somos desventajas! —

— ¿Soy una también? —Preguntó Iko. —No quiero quedar fuera—.

Thorne rodó los ojos y levantó las manos en el aire.

—Lo que sea. Está bien. No es como si fuera mi nave de todos modos, ¿no?— Gruñendo, se pasó una mano por el pelo. —Pero si me hubiera gustado que hubieras dicho algo antes de tener un ataque al corazón al pensar que acababa de llamar a la nave equivocado.

—Tienes razón. No volverá a suceder—.Cinder intentó con una sonrisa nerviosa. —¿Entonces, cómo te fue?—.

—Bien, bien. —Thorne dejó ir la pregunta—A pesar de mi desconfianza inherente a las figuras de autoridad, me está empezando a agradar ese emperador tuyo.

Cinder levantó una ceja. —No sé si debo estar aliviada o preocupada.

Cress se mordió la mejilla, enterrando una sonrisa divertida. Ella había sentido cierta incomodidad de Thorne cuando Kai había subido a bordo, después de todo, —Emperador— superaba a —Capitán— por todas las normas, pero ella también había notado cómo Thorne se paraba un poco más erguido en la presencia de Kai, como si quisiera impresionar al emperador por él y su nave y su tripulación... sólo un poco.

Encogiéndose se quitó la chaqueta, Thorne la puso sobre la caja más cercana.

— ¿Pasó algo emocionante mientras estuve fuera? —Por primera vez, su mirada se precipitó pasando a Cinder e Iko para aterrizar en Cress, y la mirada fue tan repentina y centrada que ella se puso nerviosa al instante. Apartando su mirada, se puso a inspeccionar el revestimiento de pared de metal.

—La boda esta puesta en marcha— dijo Cinder. —Va a tener lugar en Artemisia el ocho, con la coronación a seguir dos días después del amanecer Lunar.

Las cejas de Thorne saltaron hacia arriba. —Sin perder tiempo. ¿Algo más?

—Levana acordó un alto el fuego—dijo Lobo— pero estamos esperando saber si ha sido implementado.

—Además, Cress me destruyó en un juego de Mineros de Montaña—dijo Iko.

Thorne asintió, como si estos dos anuncios llevaran el mismo peso.

—Ella es un genio.

El sonrojo de Cress de profundizó, frustradamente. Había sido más fácil fingir que no estaba enamorada de él cuando él no podía decir con qué frecuencia su mirada de dirigía a él, como se sonrojaba por cada elogio.

—Sí, pero yo soy un androide.

Thorne se rio, toda la ira por la nave pintada se había ido. — ¿Por qué no juegas Asalto Androide entonces? Tal vez eso te vaya a dar una ventaja—.

—O Resistencia Robot. —Sugirió Cinder.

Thorne chasqueó los dedos. —Sí. La Calidad de la Vendimia. —Sus ojos brillaban, todo tranquilo y confiado de esa manera que siempre hacía que Cress se sintiera más tranquila y confiada también, sólo por estar cerca de él y sabiendo que era valiente y capaz y…—.

Y él la estaba mirando. De nuevo.

Ella miró hacia otro lado. De nuevo.

Estúpida, estúpida, estúpida.

Mortificada, se encontró fantaseando acerca de arrastrarse hasta el muelle de cápsulas y quedar atrapados en el espacio.

—Deberíamos empezar— dijo Cinder —.Empacar los suministros que pensamos que necesitaremos, preparar la nave para órbita neutral extendida.

—Te refieres a abandonamiento— dijo Thorne, la ligereza desvaneciéndose de su tono.

—Ya he ajustado el cableado para los ajustes más eficientes. Estará bien.

—Sabes que no es cierto. Sin Cress interrumpiendo las señales, no pasará mucho tiempo antes de que encuentren la nave y la confisquen.

Cinder suspiró. —Es un riesgo que tenemos que tomar. ¿Qué tal, una vez que sea reina, usaré mis arcas reales o lo que sea para comprarte un nuevo barco?

Thorne la fulminó. —No quiero un nuevo barco.

Cress sintió una punzada de simpatía. Todos estaban tristes de dejar la Rampion. Había sido un buen hogar para el poco tiempo que les albergaba.

—Sabes, Thorne—dijo Cinder, hablando suavemente, como si ella no quería decir lo que iba a decir, ——no tienes que venir con nosotros. Nos podría llevar a Kai, y luego volver a la Rampion y… sabes que nunca te entregaríamos. —Ella tomó una respiración profunda—.Lo digo en serio. Para todos ustedes. No tienen que ir conmigo. Sé el peligro en el que los estoy poniendo, y que no sabían por lo que estaban firmando cuando se unieron a mí. Podrían seguir con sus vidas, y yo no los detendría. Lobo, Cress, volver a Luna debe sentirse como una sentencia de muerte para los dos. Y, Iko—

Iko levantó una mano. —Necesitas un sistema de depuración si estás sugiriendo que te abandonaré ahora.

Thorne sonrió. Su seguro de sí mismo, sonrisa de un solo lado. —Ella tiene razón. Es dulce que te preocupes, pero no hay manera que puedas salir de esto adelante sin nosotros.

Presionando los labios, Cinder no discutió.

Cress se quedó en silencio, preguntándose si ella era la única que estaba tentada brevemente por la oferta de Cinder. Volver a Luna era como sentenciarse ellos mismos a muerte, especialmente un caparazón como ella, que deberían haber sido asesinado hace años. Socavar a Levana desde la seguridad del espacio era una cosa. Pero caminar derecho a Artemisia... era casi como pedir ser matado.

Pero Thorne tenía razón. Cinder los necesitaba. A todos ellos.

Ella cerró los ojos y se recordó ser valiente.

—Además— añadió Iko, rompiendo la tensión. —Nuestro capitán todavía está buscando por ese dinero de la recompensa.

Los demás se rieron y una sonrisa revoloteó sobre los labios de Cress, pero cuando abrió los ojos, Thorne no se reía con el resto de ellos.

De hecho, él parecía repentinamente incómodo, con los hombros tensos. —Bueno, ya sabes, algunas personas podrían decir que hacer lo correcto es una recompensa en sí mismo—.

La bodega de carga quedó en silencio. Cress parpadeó.

La incertidumbre se extendió entre ellos.

Con una risa nerviosa, Thorne agregó: —Pero esas personas mueren pobres e indigentes, así ¿qué importa lo que piensen?— Él apartó sus propias palabras— .Vamos, vividores. Pongámonos a trabajar.

CAPÍTULO 17

Kai estaba parado en la ventana, observando las nubes que se arremolinaban sobre el continente. Luego busco la Gran Muralla que serpenteaba a través de la Comunidad y sonrió al pensar que sus antepasados habían construido algo que aun la cuarta Guerra Mundial no había podido destruir.

Esperaba que esta no fuera la última vez que viera su hermoso país.

Conocía el peligro al que se exponía junto con innumerables representantes del resto de la Unión. Esperaba que Levana hubiera dicho la verdad cuando dijo que no les iba a hacer ningún daño. Esperaba que esto no se convirtiera en un baño de sangre donde los ingenuos Terrestres se convertirían en presa fácil.

Eso esperaba, pero esa esperanza no podía consolarlo. No confiaba en Levana. Ni por un momento.

Pero esto era la única manera de darle a Cinder la oportunidad que necesitaba para hacerle frente a Levana y empezar su rebelión. El triunfo de Cinder sería que todos ellos se podrían deshacer de la tiranía de Levana. No más plaga. No más guerra.

Rayos, esperaba que esto funcionara.

Contuvo un suspiro, poso su mirada inquieta por la sala de estar de su Nave Real. Si no fuera por la impresionante vista de la Tierra, Kai no habría tenido ni idea de que estaba a bordo de una espacial. La decoración celebraba la decadencia del viejo mundo del Palacio: linternas ornamentales y dorados tapices y un tema de murciélagos volando tallados dentro de las molduras de corona. Hace mucho tiempo los murciélagos eran símbolo de buena suerte, pero con los años llegaron a simbolizar viajes seguros a través de la oscuridad del espacio.

Torin lo llamo desde una silla tapizada al otro lado de la habitación, donde se encontraba ocupado leyendo su portavisor. Él había insistido en ir a la Luna, afirmando que el Director de Seguridad Nacional Deshal Huy, sería capaz de actuar como Dirigente de la Comunidad in su ausencia. El lugar de Torin era a lado de Kai para que diera resultado.

— ¿Sucede algo malo su Majestad?—.

—No por el momento—. Se froto las palmas de las manos sobre sus muslos. — ¿Les dijo a los pilotos que quiero ser informado si alguna nave nos contacta?—.

—Por supuesto, me gustaría poder decirle que les pareció una petición razonable, pero parecían encontrarlo comprensiblemente sospechoso—.

—Siempre y cuando ellos lo hagan—.

— ¿Está seguro de que esto es una buena idea?—.

—Ni en lo más mínimo—. La nave giro y la Tierra ya no era visible a través de la ventana. Kai se dio la vuelta. —Pero confío en ella—.

Torin dejo su lugar. —Entonces no tengo más opción que confiar en ella también—.

—Oye, tú fuiste el que le dijo de mi segundo chip de rastreo—.

—Sí, y me preguntado si ese era el error más grande que he cometido—.

—No lo fue—. Kai giro sus hombros tratando de relajarse. —Cinder puede hacer esto—

—Quiere, decir Selene puede hacer esto—.

—Selene, Cinder, son la misma persona, Torin—.

—Tengo que discrepar, para el mundo, Linh Cinder es una delincuente que secuestró a un líder mundial e instigó una guerra; mientras que la Princesa Selene podría ser la solución para todos nuestros problemas con la Luna. Al ayudar a Cinder todo el mundo va a pensar que usted es solo es un adolescente enamorado, al ayudar a Selene muestra una postura de valentía contra los enemigos de nuestro país, haciendo lo que cree que es mejor para el futuro de la Comunidad—.

El inicio de una sonrisa se asomó en los labios de Kai. —No importa lo que el mundo piense, son la misma persona. Quiero lo mejor para Cinder, y quiero lo mejor para mi país. Convenientemente creo que son la misma cosa—.

Sentía alivio de haberle dicho todo a Torin, la única persona en la que confiaba para guardar sus secretos, la identidad de Cinder, la verdadera razón por la que iban a la Luna, la revolución que ella estaba pensando iniciar allá y el papel de Kai en todo eso. Aun cuando Torin expresó su preocupación de que Kai estuviera arriesgando demasiado, no intentó convencerlo de no hacerlo. De hecho Kai se preguntaba si Torin estaba desarrollando un poco de fe en Cinder también, aunque trataba de ocultarlo bajo de un frío cinismo.

Torin regreso su atención a su portavisor, y Kai se sentó a observar por la ventana, con el corazón saltando cada vez que veía una nave aparecer en el fondo del espacio.

Las horas pasaron como si fueran días. Kai trato de tomar una siesta, sin ningún resultado. Releyó sus votos matrimoniales sin comprender una palabra. Iba y venía, bebió la mitad de la taza de té qué alguien le había llevado, pero no era tan bueno como el que hacía Nainsi, lo que le hizo extrañar a su androide asistente de confianza. Había llegado a depender de su práctica, de sus conversaciones sin sentido pero Levana fue firme en no permitir androides en la Luna, por lo que se vio obligado a dejar a Nainsi.

Dejo su té a un lado, su estómago se retorcía por los nervios. Ya debería haber escuchado algo sobre Cinder en este momento. Algo debió haber salido mal y aquí estaba él con una flota entera de las personas más poderosas de la Tierra volando directamente a las garras de Levana y todo lo que habían hecho habría sido para nada.

— ¿Su majestad?—.

Su cabeza se levantó. El primer oficial de la nave estaba parado en la puerta.

— ¿Sí?—.

—Hemos sido contactados por la Secretaria de Defensa de la Republica Americana, parece ser que están teniendo problemas técnicos con la computadora central de su nave y han solicitado permiso para abordarnos y completar el viaje a Artemisa con nosotros—.

Kai suspiró.

—El capitán sugiere que enviemos una de las escoltas militares para ayudarlos. Yo sería feliz de contactar con ellos—.

—Eso no será necesario— dijo Kai. —Tenemos habitaciones, déjenlos subir a bordo—. A pesar de que docenas de Representantes Provinciales y algunos Periodistas de los medios de comunicación de la Comunidad ya estaban a bordo, la nave estaba muy lejos de tener completa su capacidad.

El oficial frunció el ceño. —Yo creo que es una cuestión de seguridad, no si de hay lugar, debido a sus dificultades técnicas no hemos sido capaces de obtener una adecuada identificación de la nave o sus funcionarios. Su Vid—comm también está fallando. La vista de la nave nos confirma que se trata de una nave militar de la Republica de clase Rampion, pero más allá de eso nos vemos obligados en confiarnos de su palabra y estoy seguro de que no necesito recordarle a su Majestad que… la nave de sus secuestradores era también una Rampion—.

Kai fingió considerar su punto. —La Rampion en la que estuve a bordo secuestrado tenía pintada a babor la silueta de una mujer. ¿La nave de la secretaría tiene alguna marca?—.

El oficial transmitió la pregunta a través de un chip de comunicación en su cuello, y un momento después confirmo que no ninguna mujer era visible. Solo un panel de color negro en la rampa de acceso.

—Ahí lo tiene— dijo Kai tratando de parecer despreocupado. —Vamos a aceptar a bordo a nuestros aliados americanos, asumiendo que sus cápsulas estén en buenas condiciones. De hecho, ¿por qué no voy con ustedes hasta el muelle para darles la bienvenida, como una muestra de buena voluntad política?—.

—Yo también iré— dijo Torin dejando a un lado su portavisor.

El Primer Oficial los miró como queriendo objetar pero, después de un momento de incertidumbre, puso sus talones juntos y se inclinó. —Por supuesto, su Majestad—.

Incluso la sala de espera afuera del muelle de la cápsula de la nave era lujosa y Kai se encontró así mismo dando golpecitos con el pie en la gruesa alfombra mientras que la maquinaria zumbaba en las paredes a su alrededor. El capitán de la nave se había unido a ellos, esperando para saludar a sus invitados antes de regresar al puente, y él y el primer oficial se pararon con una impecable postura en sus uniformes sin arrugas.

La pantalla al lado de las puertas selladas anunció que el muelle era seguro para entrar.

El capitán fue primero, Kai justo detrás de él. Había seis de sus propias cápsulas esperando y espacios vacíos para tres más. La cápsula de la Rampion había tomado el lugar más alejado y aterrizó, con sus motores apagándose.

Las dos puertas se levantaron simultáneamente y cinco personas emergieron: la secretaria de defensa de América, una asistente, una interna, y dos agentes de seguridad.

El capitán estrechó la mano de la secretaria, dándole la bienvenida a los recién llegados a bordo, seguido por una serie de inclinaciones diplomáticas.

—Gracias por su hospitalidad. Pedimos disculpas por cualquier inconveniente que esto pueda haber causado —dijo la secretaria, mientras Kai trataba de averiguar quién estaba debajo de la ilusión. Supuso que Thorne y Lobo eran los agentes de seguridad, pero el glamour arrojado por la secretaria de la República era perfecto, hasta el lunar en el lado derecho de su barbilla. La asistente y la interna eran igual de convincentes. Era imposible distinguirlas de Cinder, Iko y Cress.

—Evidentemente —añadió la asistente, la mirada parpadeó en dirección a Kai—, todo esto se podría haber evitado si el mecánico de la nave hubiera recordado traer un par de alicates.

La boca de Kai se crispó. Esa era, pues, Cinder. Trató de imaginarla bajo el glamour, presumida por el uso de su nueva —palabra clave—. Se abstuvo de rodarle los ojos a ella.

—No es ningún inconveniente en absoluto —dijo Kai, concentrándose en la secretaria—. Estamos contentos de haber podido ser de ayuda. ¿Necesita que enviemos a alguien para recuperar su nave?

—No, gracias. La República ya ha enviado a un equipo de mantenimiento, pero no queremos retrasarlos más de lo necesario. Tenemos una fiesta a la que llegar, como bien sabe.

La secretaria le guiñó un ojo, muy—poco—diplomático. Iko, entonces.

Recordando la advertencia de Cinder—que sería agotador para ella no sólo colocarse el glamour sobre sí misma, sino también manipular la percepción de sus cuatro compañeros, y ella no sabía cuánto tiempo sería capaz de mantenerlo—Kai hizo un gesto hacia la salida. —Vengan conmigo. Tenemos una sala de estar en donde todos estaremos cómodos. ¿Puedo ofrecerle un poco de té?—.

—Yo quiero un whisky con hielo —dijo uno de los agentes de seguridad.

Cinder—la—asistente le lanzó una mirada fría al hombre. Thorne.

—Estamos bien —dijo Cinder—. Gracias.

—Por aquí —Kai y Torin condujeron a sus huéspedes lejos de la bahía de acoplamiento, despidiendo al capitán y al primer oficial. Nadie habló hasta que hicieron su camino de regreso a sus habitaciones privadas.

Cuando Kai miró a sus invitados de nuevo, los disfraces se habían ido y la realidad de ver a cinco célebres criminales en su sala de estar le recordó a él que acababa de poner a todos a bordo de esta nave en una gran cantidad de peligro.

—¿Es segura esta habitación? —Preguntó Thorne.

—Debería serlo —dijo Kai—. La usamos para conferencias internacionales y…—.

—¿Cress?—.

—Estoy en eso, Capitán —Cress sacó un portavisor de su bolsillo trasero y se dirigió al panel de control incorporado a la pared, ejecutando cualquier sistema de comprobación que había diseñado.

—Este es Konn Torin, mi principal asesor. Torin, te acuerdas de Cin…—.

—Espera —dijo Cinder, levantando una mano.

Kai se detuvo.

Nueve largos segundos de silencio pasaron entre ellos, antes de que finalmente Cress desenchufara su portavisor. —Todo despejado—.

—Gracias, Cress —dijo Thorne.

Cinder bajó la mano. —Ahora podemos hablar—.

Kai levantó una ceja. —Correcto. Torin, recuerdas a Cinder y a Iko—.

Torin asintió hacia ellas, con los brazos cruzados, y Cinder le devolvió el gesto, mezclada con una cantidad igual de tensión. —Te dije que lo devolvería a salvo —dijo.

Un destello de ironía pasó por el rostro de Torin. —Prometiste que no recibiría ningún daño. En mi opinión, eso incluye lesiones físicas.

—Fue sólo un golpe, Torin —Kai se encogió de hombros a Cinder—. Traté de explicarle que todo era parte de la farsa.

—Lo entiendo perfectamente, pero perdóname por estar a la defensiva —Torin escrutó a sus nuevos huéspedes—. Aunque estoy agradecido con que Kai haya sido devuelto, parece que esta odisea esta difícilmente terminada. Espero que sepas lo que estás haciendo, Linh Cinder—.

Kai esperaba que ella hiciera alguna observación autocrítica sobre cómo Torin no era el único, pero en cambio, después de un largo silencio, Cinder preguntó: — ¿Cuánto sabe él?—.

—Todo —dijo Kai.

Se volvió de nuevo a Torin. —En ese caso, gracias por su ayuda. Puedo presentarle al resto de nuestro equipo: Iko que ya has conocido, y este es el capitán de nuestra nave, Carswell Thorne, nuestra ingeniero de software, Cress Darnel, y mi agente de seguridad... Lobo—.

Mientras Torin saludaba a sus invitados con más respeto del que se requería, dadas las circunstancias, la atención de Kai se detuvo en Cinder. Ella se paró a diez pasos completos de distancia lejos de él, y por mucho que Kai quisiera cruzar la habitación y besarla, no podía. Quizás fuera por la presencia de Torin. Quizás era el saber que estaba de camino a la Luna, donde se casaría. Quizás tenía miedo de que su tiempo pasado en la Rampion hubiese sido un sueño, demasiado frágil para sobrevivir en la realidad.

A pesar de que la había visto hace tres días, se sentía como toda una vida. Una pared se había erigido entre ellos durante esa ausencia, aunque no estaba seguro de lo que había cambiado. Su relación era precaria. Kai se sentía como que si respiraba de la manera equivocada, podría destruirlo todo, y podía ver la misma incertidumbre reflejada en el rostro de Cinder.

—Oh, mira —dijo Iko, cruzando a la fila de ventanas. La Luna aparecía en el horizonte, de color blanco brillante y con un rastro de mil cráteres y acantilados. Estaban lo suficientemente cerca como para ver los biodomos, la luz del sol reflejándose en sus superficies.

Kai nunca en su vida había soñado que él pondría un pie en Luna. Viéndolo ahora, la inevitabilidad de su destino hizo que su estómago se agarrotara.

Cinder se volvió hacia Kai. Ella estaba haciendo un buen trabajo en ocultar su ansiedad, pero él estaba aprendiendo a reconocerla debajo de sus hombros cuadrados y miradas determinadas. — Espero que tengas algo para nosotros—.

Kai hizo un gesto hacia un armario contra la pared.

Iko fue la primera allí, tirando abiertas las puertas con entusiasmo efervescente, pero se marchitó rápidamente cuando vio las ropas que Nainsi había reunido. La pila era una mezcla de marrones y grises y blancos opacos, linos y algodones. Ropa sencilla, utilitaria.

—Eso se ve bien —dijo Lobo, que había sido el más útil en la descripción de lo que la gente de los sectores exteriores de Luna podría llevar.

Mientras miraban la ropa y comenzaban a decidir qué piezas obtenía cada quien, Kai se acercó a otro armario y sacó una hoja de fibra de vidrio chapado androide y un cubo de fibras de piel sintética. —Y esto es para Iko. Además de todo lo Cinder debería necesitar para instalarlo.

Iko chilló y se lanzó a través del cuarto. Kai se preparó para otro abrazo, pero en lugar de eso se lanzó sobre el nuevo recubrimiento, maravillándose de los suministros. Cinder no se quedó atrás.

—Estos son perfectos —dijo Cinder, examinando las fibras. Sus ojos brillaban burlonamente. —Sabes, si esto de ser emperador no funciona, es posible que tengas una futura carrera en el espionaje.

Él le dirigió una mirada irónica. —Vamos a asegurarnos de que esto de ser emperador salga bien, ¿de acuerdo?—.

El rostro de Cinder se suavizó y sonrió por primera vez desde que habían abordado. Dejando caer las fibras de nuevo en el cubo, dudó por un momento, antes de tomar los últimos pasos hacia Kai y envolver sus brazos alrededor de él.

Él cerró los ojos. Así como así, la pared se había ido. Sus brazos estaban ansiosos por empujarla contra él.

—Gracias —susurró Cinder, y él sabía que no era por la ropa o las partes de androide. Las palabras estaban cargadas con fe y confianza y sacrificios en los que Kai no estaba listo para pensar aun. La apretó con más fuerza, presionando su sien contra su cabello.

Cinder seguía sonriendo cuando ella se desprendió del abrazo, aunque estaba atada con determinación. —El tiempo se está acabando —dijo—. Sugiero que repasemos el plan, una vez más—.

CAPÍTULO 18

Winter dejó que la doncella peinara su cabello, tirando de la mitad superior en una trenza gruesa enhebrada con hilos de oro y plata, y dejando el resto caer en cascada sobre sus hombros. Permitió que escogiera un vestido azul pálido que rozaba su piel como el agua, y un colgante de pedrería para acentuar su cuello. Dejó que la sirvienta frotara aceites perfumados en su piel.

Winter se negó a que la maquillaran… ni siquiera para cubrir las cicatrices. La criada no opuso resistencia. —Supongo que no lo necesita, Alteza— dijo, haciendo una reverencia.

Winter sabía que tenía una especie de belleza excepcional, pero nunca antes había tenido una razón para realzarlo. Sin importar que hiciera, las miradas la seguirían por los corredores. Sin importar que hiciera, su madrastra gruñiría y trataría de ocultar su envidia.

Pero desde que Jacin confesó que no era inmune a su apariencia, ella había estado esperando la oportunidad de vestir en la nueva gala. No es que esperara mucho de esto, más que una satisfacción embriagadora. Sabía que era ingenuo pensar que Jacin pudiera hacer algo tan loco como profesar su amor por ella. Si realmente la amaba. Estaba segura de que él lo hizo o tenía que haberlo hecho, luego de todos estos años... Sin embargo, su trato hacia ella había sido distante desde que él se unió a la guardia real. Con demasiada frecuencia, el respeto profesional que mantenía le daba ganas de agarrar sus solapas y besarlo, sólo para ver cuánto tiempo le tomaría descongelarse.

No, no esperaba una confesión o un beso, y ella sabía muy bien que un noviazgo estaba fuera de la cuestión. Todo lo que quería era una sonrisa de admiración, una mirada sin aliento que la animara.

Tan pronto como la doncella se fue, Winter se asomó al pasillo donde Jacin se situaba en su puesto.

—Sir Clay, ¿puedo solicitar su opinión antes de ir a saludar a nuestros huéspedes Terrestres?—.

Esperó dos respiraciones completas antes de responder. —A su servicio, Su Alteza—.

Sin embargo, Jacin no quito su atención de la pared del corredor.

Alisando su falda, Winter misma se situó en frente de él. —Quería saber si creías que hoy lucía de algún modo bonita—.

Otro suspiro, esta vez un poco más fuerte. —No es divertido, princesa—.

—¿Divertido? Es una pregunta honesta—. Ella frunció sus labios hacia un lado. —No estoy segura de que el azul sea mi color—.

Con el ceño fruncido, finalmente la miró. —¿Estás tratando de volverme loco?—.

Winter rio. —Los locos aman la compañía, Sir Clay. He notado que no ha contestado a mi pregunta—.

Su mandíbula se tensó cuando regresó su atención a algún lugar por encima de su cabeza. —Vaya a buscar cumplidos a otro lugar, princesa. Estoy ocupado protegiéndola de amenazas desconocidas—.

—Y que buen trabajo está haciendo—. Trató de ocultar su decepción mientras se dirigía de vuelta a sus aposentos, acariciando a Jacin en el pecho al pasar. Pero con ese toque, la mano de él recogió un puñado de su falda, anclándola a su lado. Su corazón dio un vuelco, y pese a toda su bravuconería, la mirada penetrante de Jacin la hizo sentirse pequeña e infantil.

—Por favor, deja de hacer esto— susurró, más suplicante que enojado. —Sólo... déjalo—.

Ella tragó saliva, y pensó el fingir inocencia. Pero… No. Inocencia era lo que ella fingía para todos los demás. No a Jacin. Nunca a Jacin. —No me gusta esto— susurró. —Odio tener que fingir que ni siquiera te veo—.

Su expresión se suavizó. —Sé que me ves. Eso es todo lo que importa. ¿Sí?—.

Winter dio una leve inclinación de cabeza, aunque no estaba segura de que estuviera de acuerdo. Lo bonito que hubiera sido vivir en un mundo donde no tenía que fingir.

Jacin la soltó y ella se metió en sus aposentos, cerrando la puerta detrás de ella. Winter se sorprendió al encontrarse mareada. Ella debió haber estado conteniendo el aliento cuando él la había dejado y entonces…

Se congelo unos pasos en la sala de estar. Sus intestinos se apretaron, sus fosas nasales se llenaron con el aroma a hierro y sangre.

Estaba en todo su alrededor. En las paredes. Goteando del candelabro. Sumergiéndose en los cojines tapizados del sofá.

Dejó escapar un gemido.

Habían pasado semanas desde que tenía una alucinación. Nada la había perseguido desde el regreso de Jacin. Había olvidado el temor abrumador, el ataque de terror en el estómago.

Ella cerró los ojos.

— ¿J—Jacin?—. Algo caliente salpicó en su hombro, sin duda, manchando la hermosa seda azul.

Dio un paso atrás y sintió la alfombra húmedamente aplastada bajo sus pies. —¡Jacin!—.

Él entró por la puerta, y aunque mantenía los ojos cerrados, podía imaginarlo detrás de ella, con el arma desenfundada.

—Princesa, ¿qué pasa?— La agarró del codo. —¿Princesa?—.

—Las paredes— susurró.

Oyó un latido, seguido de una maldición baja. Oyó su arma siendo nuevamente enfundada, entonces se puso frente a ella y puso sus manos sobre sus hombros. Bajó la voz, volviéndose tierna. —Dime—.

Winter trató de tragar, pero su saliva era gruesa y metálica. —Las paredes están sangrando. El candelabro también, y cayó en mi hombro, y creo que está manchando mis zapatos, y puedo olerla y probarla, y por qué…— Su voz se deshizo del todo a la vez. —¿Por qué el palacio daña tanto, Jacin? ¿Por qué esta siempre muriendo?—.

Jacin la atrajo hacia sí, abrazando su cuerpo. Sus brazos eran estables y protectores. Él no estaba sangriento, no estaba roto. Winter se dejó caer en el abrazo, demasiado aturdida para devolverlo, pero dispuesta a aceptar la comodidad. Se dejó caer en su la seguridad.

—Respira— ordenó.

Ella lo hizo, aunque el aire estaba viciado con muerte.

Ella se alegró de dejarlo salir de nuevo.

—Todo está en tu cabeza, princesa. Tú lo sabes. Dilo ahora—.

—Todo está en mi cabeza— murmuró.

—¿Las paredes están sangrando?—.

Winter sacudió la cabeza, sintiendo la insignia de clasificación de Jacin haciendo presión contra su sien. —No. Ellas no sangran. Todo está en mi cabeza—.

Su agarre se apretó. —Estás bien. Pasará. Solo sigue respirando—.

Así lo hizo. Una y otra y otra vez, su voz la persuadía en cada respiración hasta que el olor de la sangre disminuyó gradualmente.

Se sentía mareada, exhausta y mal del estómago, pero alegre de que su desayuno no hubiera subido hasta su garganta. —Está mejor ahora. Se ha ido—. Jacin exhaló, como si hubiera estado olvidando respirar. Luego, en un momento extraño de vulnerabilidad, estiró la cabeza y la besó en el hombro, justo donde había caído antes la inexistente sangre. —Eso no fue tan malo— dijo Jacin, con una nueva ligereza. —Al menos no hay ventanas—.

Winter se encogió al recordar la primera vez que vio los muros del castillo sangrando.

Había estado tan angustiada y desesperada que, para escapar, trató de arrojarse desde el balcón del segundo piso. Jacin llegó justo a tiempo para jalarla hacia atrás.

—O utensilios afilados— dijo ella, a modo de broma. Como cuando había apuñalado una docena de agujeros en sus cortinas tratando de matar a las arañas que estaban subiendo por encima de ellas; lastimando su propia mano en el proceso. No había sido una herida profunda, pero Jacin se encargó de mantener objetos afilados lejos de ella desde entonces.

Jacin se alejó un poco de ella y la inspecciono. Winter forzó una sonrisa pero luego se dio cuenta de que no era para nada forzada. —Se acabó. Estoy bien—.

Sus ojos se entibiaron y por el más breve de los momentos ella pensó: ‘por fin, aquí es cuando me besa’.

Hubo una tos desde la puerta.

Winter se dio la vuelta, con el corazón aturdido.

Aimery estaba situado en la puerta abierta, su con expresión oscura. —Su Alteza—.

Recuperando el aliento, Winter metió uno de sus rizos detrás de la oreja, que probablemente se había salido de la trenza. Sintió calidez por todo su alrededor. Confusa, nerviosa y consciente de que debía estar avergonzada; aunque estaba más molesta por la interrupción que cualquier otra cosa.

—Taumaturgo Park— dijo con un gesto cordial. —Yo estaba teniendo una de mis pesadillas. Sir Clay me estaba ayudando—.

—Ya veo— dijo Aimery. —Si la pesadilla se ha desvanecido, le sugiero que vuelva a su puesto—.

Jacin dio un taconazo y se fue sin decir nada, aunque era imposible saber si fue por voluntad propia o si Aimery lo estaba controlando.

Aun tratando de recobrar la compostura, Winter ondulaba una sonrisa hacia el taumaturgo. —¿Ya es hora de irse a los muelles?—.

—Casi— dijo, y, para su sorpresa, se dio la vuelta y cerró la puerta del pasillo. Sus dedos se crisparon defensivamente, pero no por preocupación de sí misma. El pobre Jacin odiaría quedar varado en el otro lado, incapaz de protegerla si algo sucediera.

Lo que era una idea estúpida. Incluso si Jacin estaba presente, no podría hacer nada contra un taumaturgo. Winter a menudo pensaba que esto era una debilidad en su seguridad. Nunca confió en los taumaturgos, debido a que se les daba demasiado poder dentro del palacio.

Después de todo, un taumaturgo mató a su padre, y ella nunca lo superó este hecho. Hasta la fecha, cada vez que veía de reojo una manga larga, solía sentir un sobresalto.

—¿Necesitaba algo?— preguntó, tratando de parecer despreocupada. Todavía se estaba recuperando de la alucinación. Su estómago estaba hecho un nudo y un sudor caliente recorría la parte posterior de su cuello. Quería acostarse un minuto, pero no quería parecer más débil de lo que había sido. De lo que ya era.

—Vine a plantearle una propuesta bastante interesante, Su Alteza— dijo Aimery. —Una que he estado pensando durante algún tiempo, y que espero que concuerde en que es beneficioso para los dos. Ya he sugerido la idea de Su Majestad, y ella ha expresado su aprobación, con la condición de su consentimiento—.

Su voz era suave y amable. Siempre que estaba en la presencia de Aimery, Winter deseaba tanto encogerse de miedo y acurrucarse adormilada bajo su constante timbre.

—Perdóneme, Aimery, mi cerebro está agitado por la alucinación y estoy teniendo dificultades para entenderte—.

Su mirada se deslizó sobre ella, deteniéndose en sus cicatrices y en sus curvas, y Winter se alegró de no estremecerse involuntariamente.

—Princesa Winter Blackburn—. Se escabulló más cerca. Ella no pudo resistirse a dar un paso atrás antes de arreglárselas para detenerse. El miedo era una debilidad en la corte. Era mucho mejor actuar imperturbable. Era mucho más seguro actuar loca, en caso de duda.

Deseó no haberle dicho que la pesadilla había terminado. Deseó que las paredes siguieran sangrando.

—Usted es querida por la gente. Amada. Hermosa—. Sus dedos acariciaron su barbilla, con la delicadeza de una pluma. Esta vez, no se estremeció. —Todo el mundo sabe que nunca serás reina, pero eso no significa que no pueda manejar tu propio tipo de poder. La capacidad de apaciguar a la gente, de traerles alegría. Te admiro mucho. Es importante que mostremos al pueblo tu apoyo a la familia real y tu utilidad a la corte. ¿No te parece?—.

Su piel se volvió completamente un lío de piel de gallina. —Siempre he mostrado su apoyo a la reina—.

—Sin duda lo has hecho, mi princesa—. Su sonrisa era encantadora cuando él quería que fuera, y su encanto le hizo sentir un nudo en el estómago. Una vez más, miró a sus cicatrices. —Sin embargo, su madrastra y yo estamos de acuerdo que es hora de hacer una gran declaración a las personas. Un gesto simbólico que muestre donde encajas en esta jerarquía. Ha llegado el momento, princesa, de que usted acepte un marido—.

Los músculos de Winter se tensaron. Había pensado que quería llegar a esto, pero las palabras de su boca eran repulsivas.

Ella apretó los labios en una sonrisa. —Por supuesto— dijo. —Estaré encantado de dar consideración a mi futura felicidad. Me han dicho que hay muchos pretendientes que han mostrado interés. Tan pronto como acaben las bodas y ceremonias de coronación de mi madrastra, me encantará mirar los posibles pretendientes y la realización de cortejos—.

—Eso no será necesario—.

Su sonrisa se esfumó. — ¿A qué se refiere?—.

—He venido a pedir su mano, Su Alteza—.

Sus extremidades temblaron.

—Somos el uno para el otro. Eres hermosa y adorada. Soy poderoso y respetado. Necesita un compañero que pueda protegerla con su don para compensar sus propias incapacidades. Piénselo. La Princesa y el Taumaturgo Mayor de la reina… será la mayor envidia de la corte—.

Sus ojos brillaban y era evidente que había estado imaginando esto durante mucho tiempo. Winter había pensado a menudo que a Aimery podría atraerle ella, y el saberlo había sido el inicio de un sinnúmero de pesadillas. Sabía cómo trataba a las mujeres a las que se sentía atraído.

Pero nunca se imaginó que buscaría un matrimonio, por encima de las familias, por encima incluso de un potencia acuerdo Terrestre…

No. Ahora que Levana sería una emperatriz Terrestre, no importaría si Winter pudiera encontrar un pretendiente en el planeta azul también. En cambio, casar a su débil y patética hijastra con un hombre de una impresionante capacidad para controlar a la gente...

Era una pareja inteligente, de hecho.

Aimery hizo una mueca. —Veo que te he dejado sin palabras, mi princesa. ¿Puedo considerar su estupor como un consentimiento?—.

Se obligó a respirar y mirar hacia otro lado, con recato, no con disgusto. —Estoy... halagada por su oferta, Taumaturgo Park. No merezco la atención que me ha dirigido en esta ocasión—.

—No sea tímida—. Ahuecó su mejilla y Winter se estremeció. —Di que sí, princesa, y podemos anunciar nuestra compromiso en la fiesta de esta noche—.

Winter se apartó de su alcance. —Me siento honrada, pero... esto es tan repentino. Necesito tiempo para pensar. Yo... debo hablar con mi madrastra y... y creo que..—.

—Winter—. Su tono tenía una nueva aspereza, aunque su rostro seguía siendo suave, incluso impasible. —No hay nada que considerar. Su Majestad ha aprobado la unión. Ahora sólo se necesita su aceptación para confirmar nuestro compromiso. Acepte mi oferta, princesa. Es lo mejor que recibirá—.

Miró hacia la puerta, buscando consuelo donde no lo había. Estaba atrapada.

Los ojos de Aimery se oscurecieron. —Espero que no tengas la ilusión de que ese guardia pida tu mano. Espero que no estés albergando alguna fantasía infantil en la que me rechazas a mí para aceptarlo a él—.

Apretó los dientes, sonriendo a pesar de la tensión. —No seas tonto, Aimery. Jacin es un amigo muy querido, pero no tengo intenciones hacia él—.

Se burló. —La reina nunca permitiría tal matrimonio—.

—Solo decía que…—.

— ¿Cuál es su respuesta? No juegue con palabras y excusas, Princesa—.

Su cabeza le daba vueltas. No diría que sí, no podía hacerlo ¿A Aimery? ¿Al cruel y engañoso Aimery, que sonreía cuando había derramaban sangre en la sala del trono?

Pero tampoco diría que no. No le importaba lo que podría hacer con ella, pero si ponía en peligro a Jacin con su negativa, si Aimery creía que Jacin era la razón de su negativa...

Un golpeteo prolongó su indecisión.

Aimery gruñó. —¿Qué?—.

Jacin entró, y aunque estaba tan inexpresivo como siempre, Winter detectó un resentido tono rojizo en sus mejillas.

—Su Alteza ha sido convocada para unirse a la comitiva de la Reina en el encuentro con nuestros invitados Terrestres—.

Winter se relajó, aliviada. —Gracias, Sir Clay— dijo, bordeando a Aimery.

Aimery agarró de la muñeca antes de que saliera de su alcance. Jacin puso la mano en su arma, pero no la desenfundó.

—Quiero una respuesta— dijo Aimery en voz baja.

Winter puso su mano sobre la de Aimery, imaginándose a sí misma indiferente. —Si la quiere ahora, entonces me temo que la respuesta debe ser que no— dijo, con una impertinencia que negaba sus verdaderos sentimientos. —Pero deme tiempo para considerar su oferta, Taumaturgo Park, y tal vez la respuesta será diferente la próxima vez que hablemos de ello—.

Ella dio sus nudillos un suave toque y se alegró cuando él la soltó.

La mirada que le dirigió a Jacin cuando pasaron no era en absoluto celosa, sino homicida.

CAPÍTULO 19

Le tomó una cantidad heroica de esfuerzo a Kai fingir que no estaba enfermo de los nervios. La nave aterrizó con un golpe que lo hizo saltar. La presencia de Torin a su lado, por lo menos, lo estabilizaba, y podía oír los susurros ansiosos de los embajadores de la Mancomunidad mientras esperaban para desembarcar en la sala común de la nave. Podía sentir cinco polizones ocultos a bordo, aunque de que no sabía dónde estaban, así que no había posibilidad de que pudiera dar su ubicación con una mirada fugaz.

Si alguien iba a verse sospechoso, sería él. Sólo él y Torin sabían de Cinder y sus aliados, y la expresión de Torin era tan imperturbable como siempre. La tripulación de la nave estaba demasiado ocupada con sus procedimientos de llegada para preguntar por la desaparición de la Secretaria de Defensa de Estados Unidos, y ninguno de los otros pasajeros sabía que habían llevado a bordo a estos huéspedes en el primer lugar.

Mientras tanto Kai no podía dejar de pensar en estas personas, sus amigos, y lo que les estaba ayudando a hacer. Invadir la Luna. Iniciar una rebelión. Finalizar una guerra.

Tampoco podía dejar de repasar las miles de cosas que podrían salir mal.

Necesitaba concentrarse. Esto sólo funcionaría si Levana creía que Kai estaba decidido a consumar su alianza matrimonial, de una vez por todas. Tenía que hacerle creer que había ganado.

La rampa comenzó a descender. Kai tomó una respiración profunda y la sostuvo, tratando de aclarar su mente. Trató de convencerse a sí mismo que quería que este matrimonio y esta alianza tuvieran éxito.

El hangar real de Artemisia brillaba de una manera que de inmediato le hizo perder la concentración. Las paredes eran en sí rocosas y de color negro, pero iluminadas con miles de pequeñas luces como un cielo nocturno estrellado. El muelle contenía docenas de transbordadores de varios tamaños, naves en su mayoría lunares que brillaban con un blanco uniforme, pintados con runas desconocidas y mostrando el sello real. Kai también reconoció emblemas de la Tierra entre las naves, los invitados de la Tierra ya habían comenzado a llegar. El verlos reunidos ahí le llenaba de pavor.

Un movimiento atrajo su mirada y Kai vio a la mismísima Levana deslizándose a lo largo de la amplia plataforma que rodeaba los muelles. Estaba rodeada de su séquito: el siempre presumido Jefe de los taumaturgos Aimery Park de pie a su derecha y una niña en un vestido azul pálido detrás de la reina, con la cabeza baja y la cara obstruida por un abundante pelo negro rizado. Había cinco taumaturgos adicionales y al menos una docena más de guardias. Se le hizo una cantidad impresionante de seguridad, una exageración en opinión de Kai.

¿Esperaba Levana que algo saliera mal? ¿O era este un espectáculo de intimidación?

Preparándose, Kai descendió la rampa para encontrarse con la reina. Su séquito, incluyendo diez de sus propios guardias, lo siguió.

—Su Majestad— dijo Kai, aceptando la mano que le ofrecía Levana. Se inclinó para besarla.

—Siempre tan formal— dijo Levana con esa voz empalagosa que le puso la piel de gallina. —No podemos llamarnos el uno al otro con términos tan raros siempre. Quizá desde ahora te llamaré Mi Amado, y tú me deberás llamar Mi Dulzura—.

Kai se mantenía inmóvil sobre su mano, sentía un odio abrasador en su piel donde tocaba la de ella. Después de un momento interminable, la soltó y se enderezó. —Su Majestad— comenzó de nuevo, —es un honor ser bienvenidos en la Luna. Mis antepasados se habrían llenado de orgullo al presenciar tal ocasión—.

—El placer es mío— La mirada de Levana se escabulló mientras los embajadores se reunieron en la rampa de la nave. —Espero que usted encuentre nuestra hospitalidad agradable. Si necesita cualquier cosa, por favor, hágaselo saber a uno de los criados y verá que será bien atendido—.

—Gracias— dijo Kai. —Todos tenemos curiosidad sobre los famosos lujos de la ciudad blanca—.

—No tengo ninguna duda de ello. Voy a traer algunos sirvientes para que descarguen sus pertenencias y las lleven a sus habitaciones—.

—Eso no será necesario. Nuestro equipo ya está descargando la nave—. Hizo un gesto por encima del hombro. Una segunda rampa de carga había sido bajada desde la bodega. Se había asegurado de decirle al Capitán que quería a la tripulación considerara eso una prioridad absoluta. Quería estar seguro de que la nave fuera vaciado tanto de personas como de carga tan pronto fuera posible, para que Cinder y los otros no quedarían atrapados en los muelles durante demasiado tiempo.

—Qué eficiente— dijo Levana. —En ese caso, sus embajadores pueden seguir al Taumaturgo Lindwurm a nuestras suites de invitados— Señaló a un hombre de abrigo negro. —Estoy segura de que les gustaría descansar de un viaje tan largo—.

En cuestión de segundos, Kai seguido de sus nerviosos compañeros fueron llevados a un conjunto de enormes y brillantes puertas arqueadas que representaban una luna creciente sobre la Tierra. A pesar de la presencia de sus compañeros de la Tierra no le daba ninguna seguridad en lo absoluto, Kai aún se sintió abandonado cuando él, Torin, y sus guardias se quedaron atrás.

—Espero que no piense que soy grosera por no hacer una presentación completa a sus invitados— dijo Levana. —Mi hijastra se estresa fácilmente, y demasiadas caras nuevas podrían ponerla nerviosa—.. Ella dirigió una mano a su lado, como si se estuviera dirigiendo una sinfonía. —Pero permítame presentarle a usted, al menos, a mi hijastra, la Princesa Winter Hayle—Blackburn de la Luna—.

—Claro. He oído hablar mucho... sobre... usted—.

Kai se sorprendió cuando la princesa levantó la cabeza y lo miró con sus gruesas pestañas. Fue una mirada breve, apenas un vistazo, pero eso fue todo lo que necesitó para que una oleada de calor subiera por el cuello de Kai hasta sus oídos. Había oído hablar de la legendaria belleza de la princesa. Belleza que no era creada por un glamour, decían, a diferencia de Levana. Los rumores no eran exagerados.

Kai se aclaró la garganta, forzó una sonrisa serena. —Es un honor conocerla, Su Alteza—.

Había gracia en los ojos de la princesa cuando dio un paso junto a la reina y bajó en una reverencia con la gracia de un bailarín. Cuando se levantó de nuevo, Kai se dio cuenta de sus cicatrices por primera vez. Tres cicatrices uniformes cortaban su mejilla derecha. Estas también, eran legendarias, junto con la historia de que Levana había obligado a la princesa a mutilar su propio rostro por envidia.

La vista le retorció el estómago.

La Princesa Winter le ofreció una sonrisa dócil, con los labios cerrados. —El honor es mío, Su Majestad Imperial—. Acercándose hacia él, ella le dio un beso en la mejilla amoratada de Kai. Su interior se revolvió. Se le ocurrió que debía agradecer que Cinder no hubiera atestiguado este intercambio, porque algo le decía que nunca llegaría a oír el final del mismo.

La princesa dio un paso atrás y pudo respirar de nuevo. —Con nuestra presentación completa, creo que es prudente para nosotros no caer en ninguna formalidad futura. Después de todo, con sus próximas nupcias, eres prácticamente mi padre—.

Kai se tambaleó hacia atrás, su mandíbula cayó.

Una risa silenciosa brillaba en la mirada de la princesa cuando tomó nuevamente su lugar detrás de su madrastra. No parecía ni angustiada ni nerviosa.

La reina le dio a su hijastra una mirada molesta, antes de hacer un gesto hacia el hombre a su otro lado. —Usted, por supuesto recordará a mi Taumaturgo Mayor, Aimery Park—

Chasqueando con la boca cerrada, Kai inclinó la cabeza, aunque el taumaturgo ofreció sólo una mirada de suficiencia a cambio. —Bienvenidos a la Luna— dijo arrastrando las palabras.

Escaneó al resto de la comitiva, Kai reconoció a dos de los guardias también. Ver al capitán de la guardia de la reina no fue una sorpresa, pero sus dientes se apretaron cuando vio el guardia rubio que había seguido a Sybil Mira como una sombra cuando fue invitada en Nueva Pekín.

La desconfianza se retorció sus entrañas. Cinder había pensado que este guardia era un aliado, pero ahora sospechaba que los había delatado a Sybil cuando trataban de escapar del palacio. Su presencia aquí, con su uniforme nuevo, confirmó sus sospechas.

No importa, pensó. Cinder había tenido éxito, a pesar de su traición.

Levana sonrió, como si detectara la rebeldía de los pensamientos de Kai, a pesar de todos sus intentos de parecer complaciente. —Creo que sólo queda una cuestión de negocios que atender antes de que les mostremos sus habitaciones—. Ella chasqueó los dedos, y dos de sus taumaturgos y seis guardias se cuadraron. —Registren la nave—.

A pesar de todos sus intentos de normalidad, Kai no podía mantener alejado el pánico que estalló en su pecho. — ¿Perdón?— dijo, girando la cabeza mientras la comitiva marchaba por delante de él. — ¿Que está haciendo?—.

—Mi querido amado, no pensaste que confiaría ciegamente en tus palabras después de haber demostrado tanta simpatía a mis enemigos, ¿verdad?— Ella entrelazó los dedos. Levana hablaba como si estuvieran comentando sobre el clima. —En el control de su flota, hemos observado que tomó a bordo algunos pasajeros procedentes de la República Americana, pero parece que son demasiado tímidos para mostrarse a sí mismos—.

El estómago de Kai se hundió cuando uno de sus guardias y Torin los tiraron detrás de la reina, y vio con impotencia como los hombres de Levana abordaron su nave. Si sus propios guardias pensaron ofrecer algún tipo de protección, ya estaban bajo control Lunar.

Kai apretó los puños. —Esto es absurdo. Los estadounidenses estaban con ese grupo que acaba de despedir. No hay nada en esa nave, además de equipaje y regalos de boda—.

El rostro de la reina se endureció. —Por su bien, emperador Kaito, espero que eso sea cierto. Porque si usted vino aquí para traicionarme, me temo que esto va a ser una visita muy desagradable—.

CAPÍTULO 20

Cinder se encontraba presionada en la esquina de un armario de limpieza, su corazón latiendo en la oscuridad. Varios haces de luz se derramaron a través de la puerta, dejándola ver las sombras y los perfiles de sus acompañantes, podía oír claramente los golpes y órdenes de las personas descargando el equipaje justo debajo de sus pies.

Trató de pensar en esto como un regreso a casa. Ella había nacido allí —En la Luna, en esa ciudad, ahí había celebrado su cumpleaños. Ahí, ella habría sido criada para convertirse en reina.

Pero no importaba cuantas veces pensara en ello, esto no se sentía como un regreso a casa. Se estaba escondiendo en un armario con la sofocante verdad de que la matarían al momento en que alguien la reconociese.

Miró a sus compañeros. Lobo estaba a su lado, con la mandíbula tensa y el ceño fruncido en concentración, recostada a la pared estaba Iko de cuclillas con sus dos manos sobre su boca, como si la acción de estar callada fuese una tortura. En el silencio abrumador, Cinder podía detectar el leve sonido del ventilador que procedía del androide, revelando toda su maquinaria debajo de la piel sintética. Su cuello estaba reparado —Kai había traído exactamente lo que Cinder necesitaba.

Parado al lado de Iko estaba Thorne con un brazo envuelto alrededor de los hombros de Cress, su mano libre rascando su barbilla, Cress se veía más pálida de lo usual, su ansiedad evidente a pesar de la obscuridad.

Eran un grupo bastante variado considerando las ropas que Kai les había traído para pasar desapercibidos, incluyendo un gorro negro para cubrir la espesa cabellera azul de Iko y un par de gruesos guantes para la mano robótica de Cinder. Ponérselos le había traído un montón de recuerdos. Hubo un tiempo en el que ella llevaba guantes para todos lados, cuando estaba tan avergonzada de ser un Ciborg que se negaba a descubrir sus prótesis. No podía decir cuando era que había cambiado todo eso, pero ahora los guantes se sentían como una mentira.

Un resplandor azul atrajo su atención hacia Cress de nuevo, quien había sacado su portavisor y puesto un holograma del puerto Real de Artemisia.

—Estamos en un buen lugar— Susurró Cress, tocando la pantalla para mostrarles.

Había tres salidas en el puerto: una que daba al palacio por encima de ellos, una conectada al puerto público de naves espaciales, en la ciudad, y una que daba directamente a los túneles de levitadores , la cual era su destino. Los túneles de levitadores hacían un sistema bastante complejo bajo tierra que interconectaba todos los sectores de Luna juntos. Cinder había estudiado el sistema tantas veces que lo había memorizado sin la necesidad de tener el mapa descargado en la interfaz de su cerebro. Para ella el sistema se asemejaba a una telaraña y la capital, es decir Artemisia, era la araña.

Cress tenía razón. Los pilotos habían aparcado la nave cerca de la salida que los llevaría a los túneles de levitadores. Era lo mejor que podían esperar.

Aun así no podía negarse lo tentador que era abandonar el plan, olvidarse de la paciencia, intentar terminarlo todo ahí, ahora. Estaba a un paso de Levana, estaba tan cerca. Su cuerpo estaba rígido y preparado para destruir el palacio entero— un ejército de una sola persona.

Miró a Lobo, sus puños flexionados, arriba y abajo, arriba y abajo. Había una mirada asesina en sus ojos. Él podría destruir el palacio con ella, estaba segura, con la esperanza de que Scarlet se encontrase allí. Pero la cosa era que ni siquiera sabían si estaba viva.

Pero era desesperación y no confianza lo que la impulsaba. Aunque pasase por la seguridad de Levana y de alguna manera consiguiese matarla, ella también terminaría muerta. Entonces algún otro lunar tomaría el trono y Luna no sería mejor de lo que era antes.

Así que enterró la tentación muy debajo de su estómago. No se trataba de asesinar a Levana. Era acerca de darles a los habitantes de Luna una voz y asegurarse de que fuera oída.

Trató de distraerse repitiendo una y otra vez el plan en su cabeza. Esta era la parte más peligrosa, pero esperaba que Levana y su equipo de seguridad estuviesen demasiado ocupados con la llegada de sus invitados de la tierra que no notasen un puñado de trabajadores del puerto escabulléndose por la salida. Su meta era llegar hasta el sector MR—9 donde esperaban conseguir a los padres de Lobo y que les ofrecieran un escondite temporal desde donde comenzarían la siguiente fase— Informar a los habitantes de Luna que su verdadera reina había regresado.

Si pasaban desapercibidos, Cinder sabía que tenían una oportunidad.

El sonido de las pisadas la avispó. Era demasiado fuerte— Como si alguien estuviese en el mismo piso que ellos, no debajo en el puerto de descarga. Miró a sus compañeros con el ceño fruncido. Alguien cerró una puerta en la distancia. Se oyó a alguien gritando órdenes. Más ruido venía lejos.

—Solo soy yo— Murmuró Thorne— ¿O suena como si alguien estuviera revisando la nave? —

Sus palabras reflejaron los pensamientos de Cinder. Comprensión se tornó rápidamente en horror.

—Sabe que estamos aquí, nos están buscando—

Miró a sus compañeros, sus expresiones cambiando de miedo a determinación, todos la miraron. Esperando instrucciones.

Fuera de su clóset, las voces se hicieron más fuertes. Algo cayó al suelo.

Cinder se ajustó sus guantes.

—Lobo, Thorne, en el segundo que un taumaturgo vea a alguno de ustedes intentará controlarlos— Se lamió los labios— ¿Tengo permiso de controlarlos primero? Solo sus cuerpos, no sus mentes.

—Estaba esperando que admitieras que quieres mi cuerpo— Dijo Thorne. Puso una mano en la pistola de su cinturón— Todo tuyo.

Lobo lucía menos entusiasmado, pero asintió rápidamente.

Cinder se introdujo en su bioelectricidad tan fácilmente como cortar un bloque de tofu. La energía de Lobo era más caótica, pero todo el tiempo que había pasado entrenando con él a bordo de la Rampion había hecho que su energía ofreciera poca resistencia. Cinder sintió sus extremidades como si fueran las suyas. A pesar de que lo estaba

haciendo para protegerlos a todos, evitar que se convirtieran en armas del enemigo, no podía evitar sentir que manipularlos era una traición a su confianza. Había un balance irregular de poder— Su seguridad era ahora su responsabilidad.

Pensó en Levana, forzando a un guardia a tomar una bala por ella en el baile de la Realeza, y pensó si ella tomaría las mismas acciones con uno de sus amigos.

Esperaba nunca tener que hacerlo.

Una voz hizo eco por el corredor:

—Nada en el cuarto de controles, sepárense. Tú revisa esos corredores y reporta.

Estaban cerca, y si había algún taumaturgo con ellos, sabía que no pasaría mucho tiempo para que él o ella estuviera lo suficientemente cerca para detectar su bioelectricidad viniendo del pequeño armario. Recordó los planos de la nave e intentó formular un plan, pero las probabilidades de salirse con la suya eran ahora mínimas sin anunciar su presencia.

Tendrían que pelear para llevar acabo la primera fase del plan. Tendrían que pelear todo el camino a los túneles de levitadores.

—Cinder — Susurró Thorne. Su cuerpo como una estatua, esperando por las instrucciones de Cinder— Envíame ahí afuera.

La cabeza de Crees giró bruscamente, pero él no volteó a verla.

Cinder frunció el ceño — ¿Qué?

—Envíame como un señuelo, por la rampa principal y lejos de los túneles de levitación magnética. Puedo llevarlos lo suficiente lejos de ustedes, para que salgan por la bahía de carga.

—Thorne…

—Hazlo— Sus ojos brillaron. Siguió sin mirar a Cress— Llegamos a Luna. No necesitas un piloto aquí, o un capitán.

Su pulso tronaba – Tú no tienes que…

Afuera alguien anunció —¡La sala de prensa está despejada!

—Deja de desperdiciar tiempo— Thorne dijo entre dientes— Los guiaré lejos y daré la vuelta de regreso a ti.

Ella sabía que él estaba siendo demasiado seguro, pero Cinder se encontró a si misma asintiendo al mismo tiempo que Crees empezaba a sacudir su cabeza.

—Mi control sobre ti puede ser intermitente dentro de la nave, pero si puedo encontrarte, te reclamaré tan pronto como estemos afuera— Si ellos no te reclaman primero, pensó negándose a decirlo en voz alta. Controlar a un terrestre como Thorne era fácil, pero arrebatarle el control a un Taumaturgo era significativamente más difícil.

—Lo tengo— La mandíbula de Thorne se tensó.

—Ten cuidado— dijo Crees, más como un chillido que un susurro y Thorne posó su atención por un brevísimo momento…

Antes de que Cinder abriera la puerta de una patada y enviara a Thorne al corredor. Él chocó contra el muro, pero se empujó a sí mismo y se encamino hacia la izquierda. Sus brazos y sus piernas se impulsaban mientras corría hacia la cubierta principal. No pasó mucho hasta que estuvo fuera del alcance de ella. Había demasiado acero separándolos. Cinder perdió el control y Thorne siguió por su propia cuenta.

Segundos después de que su control sobre él se hubiera roto, escucharon algo quebrándose. Thorne debió haber roto algo.

Cinder esperaba que no fuera algún artefacto increíblemente caro de la Comunidad.

En la siguiente cámara, una estampida de pasos corrieron detrás de él.

Cuando Cinder salió fuera de sus pensamientos, no pudo sentir ninguna otra bioelectricidad además de la de Lobo. Esta parte de la nave había sido vaciada.

Asomó su cabeza en el corredor. No había señal de nadie a bordo. En la otra parte de la nave, escuchó gritos.

Cinder corrió en la dirección contraria a la que había mandado a Thorne. Los demás se apresuraron después de ella. Bajaron dos niveles en una estrecha escalera de espiral, a través de una galera industrial que hizo que a la cocina de la Rampion se sintiera como un juguete para niños, y a través de un útil corredor que dividía la cubierta de la nave con el muelle. Se detuvieron encima de la escotilla que podía llevarlos dentro de la bodega de carga. Cinder seguía escuchando el arrastrar y sonidos de la movimientos de abajo, pero no tenía forma de saber si eran los trabajadores terrestres descargando la carga, o lunares inspeccionándola.

Sin importar quiénes fueran, ellos no tenían tiempo para esperar a que se fueran.

Cinder cargó una bala dentro del proyectil de su dedo. Habían encontrado un montón de municiones a bordo de la Rampion, pero no pudo evitar desear que Kai hubiera sido capaz de obtener más dardos tranquilizadores para ella en la Tierra.

Muy tarde. No había tiempo para pensar.

Lobo abrió la escotilla y saltó dentro primero. Cinder tomó de nuevo el control sobre su cuerpo, en caso de que hubiera Lunares allá abajo, pero no pudo hacer nada con el gruñido y el chasquido de sus dientes.

Cinder se balanceó hacia abajo, a lado de él. El suelo cambió, e Iko cayó después, seguida de los tenues golpes de los pies de Crees por las escaleras.

Tres figuras que habían estado inspeccionando los cajones de embalaje dieron la vuelta para enfrentarse a ellos. Cinder registró los uniformes como un Taumaturgo con chaqueta negra y dos guardias lunares en el mismo momento que un arma fue disparada.

Su pierna izquierda fue expulsada de debajo de ella, el shock de la ola de vibración atravesó su cadera y se depositó en su espina. La bala le había dado en su muslo metálico.

Cress chilló y se congeló en la escalera, dejando los peldaños únicamente cuando Iko la agarró tirando de ella hacia afuera.

Cinder urgió a las piernas de Lobo para que se movieran. Se escurrieron dentro de una caja de embalaje cargado de mercancía de la Comunidad justo cuando otra bala impactó

en el muro sobre sus cabezas. Un tercer tiró quebró la caja, astillando la madera del otro lado.

Los disparos pararon.

Cinder presionó su espalda contra la caja, intentando reorientarse. Extendió sus pensamientos, encontrado la bioelectricidad de los Lunares calentando la habitación, pero por supuesto los guardias estaban bajo el control del taumaturgo.

La rampa que podría dejarlos escapar de la nave estaba en el lado opuesto del compartimiento de carga.

Se hizo un misterioso silencio, dejando a Cinder muy nerviosa mientras se esforzaba por escuchar pasos viniendo hacia ellos. Ella esperaba que los Lunares intentaran rodearlos. Sus armas no permanecerían en silencio por mucho tiempo.

Las extremidades de Lobo estaban quietas, y se le ocurrió a Cinder que aún seguían sosteniéndolo. Sólo su expresión estaba viva. Feroz, salvaje. Él era su mejor arma, pero bajo su control era duro y torpe – ni la mitad de lo brutal que él podía ser por su cuenta. Su entrenamiento a bordo de la Rampion se había enfocado en detener al enemigo. Desarmarlo. Deshacerse de una amenaza.

Deseó ahora haber pasado más tiempo practicando como volver a las personas en armas. Esa era una habilidad en la que Levana y sus secuaces sobresalían.

Lobo la miró y se le ocurrió una idea. Cinder estaba controlando su cuerpo, pero no su mente ni sus emociones. ¿Y si cambiaba de táctica? Ella podría seguir protegiéndolo del poder del Taumaturgo mientras le permitía hacer, lo que él mejor sabía hacer.

—Ve por el Taumaturgo— susurró mientras liberaba el cuerpo de Lobo y en su lugar le arrebataba sus pensamientos. Lo alimentó de una visión de la primera cosa terrible que se le ocurrió: La pelea a bordo de la Rampion entre él y Sybil Mira. El día en que se habían llevado a Scarlet.

Lobo saltó encima de la caja. Los disparos sonaron, las balas rebotaron, los muros recibieron impactos.

Iko rugió y se lanzó a sí misma pasando en frente de Cinder, atacando a un guardia que apareció en la esquina de la visión de Cinder. Su arma se disparó, la bala se atoró en el techo. Iko lo golpeó y su cabeza se estrelló contra el suelo de metal. Su cuerpo dejó de agitarse, inconsciente.

Cinder se puso de pie, sosteniendo su mano ciborg como un arma, y detuvo a un guardia que se arrastraba hacia el otro lado. Su rostro estaba en blanco —sin miedo. Luego mientras lo observaba, se despejó. Sus ojos se centraron en Cinder, desconcertado.

El taumaturgo había perdido el control sobre él.

Fue por un fugaz momento. El guardia gruñó y dirigió su arma a Cinder, pero era demasiado tarde. Cinder ya tenía agarrada su bioelectricidad. Con un pensamiento, lo envió en espiral hacia la inconsciencia. Cayó sobre sus rodillas y su cara colapsó contra el suelo haciendo un crujido. La sangre brotó de su nariz. Cinder retrocedió.

El eco de un gritó atravesó el muelle.

Cinder no pudo ver a Lobo, y el terror se atascó en ella. Mientras tomaba el control del guardia, se había olvidado de proteger la mente de Lobo.

El gritó paró, seguido de un fuerte golpe.

Los gritos se detuvieron, seguidos por un ruido sordo.

Un segundo después, Lobo apareció desde atrás de un estante en el que se apilaban maletas, gruñendo y sacudiendo su puño derecho.

Con el pulso latiendo, Cinder se volteó para ver a Iko que envolvía con su brazo a una extra pálida Cress.

Corrieron por la rampa, y Cinder estaba agradecida de que la entrada del palacio estaba baja para desaparecer.

A medida que se arrastraban hacia abajo, ella escaneo sus alrededores con ambos ojos y con su regalo Lunar. En el espacio abierto de par en par, ella podía sentir en la distancia a un grupo de personas y podía decir que en la mezcla había Terrestres y Lunares.

Al menos en su ruta a las puertas de levitación magnética estaban desbloqueadas. Si eran cuidadosos, podían permanecer escondidos detrás de la fila de las naves.

Al menos, hasta que uno de los Lunares tomó la energía chisporroteante de Lobo y se preguntó qué es lo que estaba haciendo aquí uno de los soldados modificados.

Ella agitó su brazo y se deslizaron al lado de la rampa. Una respiración pasó mientras Cinder esperaba por una señal para saber si habían sido descubiertos. Como nada llego, se precipitaron al siguiente barco, y al siguiente. Cada golpe de sus pies resonaba en sus oídos. Cada respiro sonaba como un huracán.

Un grito la sobresaltó y juntos se agacharon detrás del tren de aterrizaje de una nave pintada elaboradamente de la Unión Africana. Cinder asió preparada su mano, la bala todavía estaba cargada en su dedo.

—¡Allá! —alguien gritó.

Cinder se asomó por las patas telescópicas de la nave espacial y avistó a una figura fugarse entre las naves. Thorne, huyendo de ellos a toda velocidad.

Todavía no estaba controlado por un Lunar.

Con el corazón saltando, Cinder se extendió hasta su mente, con la esperanza de llegar a él antes que alguno de los Lunares en el otro lado del muelle…

Éxito.

Al igual que con Lobo, empujó una idea en su cabeza.

Regresa aquí.

Sobresaltado, Thorne tropezó y cayó, rodó un par de veces, y se incorporó de nuevo a sus pies. Cinder se estremeció con la culpa pero se sintió aliviada cuando Thorne cambió de dirección. Evadió un par de cápsulas, esquivando una andanada de balas de un grupo de guardias que habían surgido de la rampa principal de la nave de Kai.

—Lo tengo —dijo Cinder—. Vamos.

Manteniendo la mitad de su enfoque en Thorne, el resto lo tenía en cuidar sus movimientos, Cinder se quedó cerca de Lobo tanto que eludieron dentro y fuera la seguridad de la nave espacial, tejiendo su camino a la amplia plataforma que se

posicionaba a la altura de los hombros y alrededor del perímetro de los muelles. Su salida se alzaba ante ellos. Enormes puertas dobles talladas en misteriosas runas Lunares. Una señal por encima de ellos indicaba el camino a la plataforma de levitación magnética.

Llegaron a la última nave. Se habían quedado sin refugio. Una vez que estuvieron en la plataforma, estarían elevándose a un terreno abierto de par en par.

Cinder miró hacia atrás. Thorne estaba sobre su estómago debajo de la cola de una cápsula para un solo piloto. Hizo un gesto hacia ellos para que continúen, para apurarse.

—Iko, tú y Cress irán primero —dijo Cinder. Si eran vistas, al menos no podrían ser manipuladas—. Las cubriremos.

Iko se puso entre Cress y las puertas del palacio y corrieron por el corto tramo de escaleras. Cinder balanceó su arma incrustada de lado a lado, en busca de amenazas, pero los guardias estaban demasiado concentrados en encontrar a Thorne para notarlas.

Un silbido atrajo de nuevo su atención a la plataforma. Iko y Cress estaban en las puertas, pero todavía estaban cerradas.

A Cinder le dio un vuelco el estómago.

Se suponía que se abrían automáticamente.

Pero… no. Levana había estado esperándolos. Por supuesto que ella había tomado precauciones para asegurarse que no serían capaces de escapar.

Su rostro se contorsionó, la desesperación estalló dentro de ella. Se forzó para encontrar otra salida. ¿Sería Lobo lo suficiente fuerte para forzar la apertura de las puertas? ¿Podrían lanzarse por ese camino?

Como ella estaba devanándose su cerebro, una nueva expresión invadió a Cress, remplazando su mirada de terror por una de decisión. Cinder siguió con fijeza su mirada a una cabina circular de control que se interponía entre las entradas de levitación magnética y del palacio. Antes de que Cinder pudiera adivinar su plan, Cress había caído sobre sus manos y rodillas y empezó a arrastrarse a lo largo del muro.

Una pistola disparó. Cress se estremeció pero siguió.

Fue seguido por otro disparo, y otro, cada uno hacia que a Cinder se agachase un poco más. Con el tercer disparo se hizo añicos el vidrio.

Cinder se dio la vuelta, con su corazón en la garganta, y buscó a Thorne. Él no se había movido, pero ahora estaba sosteniendo una pistola y estaba apuntando detrás de él. Él había disparado a una ventana de la nave de Kai.

Thorne estaba causando otra distracción, tratando de llamar más la atención para mantenerla alejada de Cress.

Con la garganta seca como la arena del desierto, Cinder miró hacia atrás para ver que Cress había llegado a la cabina. Ella estaba agarrando su portavisor mientras que los dedos de la otra mano bailaban sobre una pantalla. Iko aún estaba en las puertas, se puso en cuclillas, lista para saltar y correr a la menor provocación.

Al lado de Cinder, Lobo estaba concentrado en Thorne, listo para precipitarse en la lucha en el momento que estalló.

Unos pasos venían avanzando por la rampa de la nave de Kai y unos guardias Lunares pululaban por los pasillos. Sin embargo, los guardias no estaban preocupados por Cinder. No serían lo suficientemente expertos para detectar a Thorne en medio de ellos. Eran los taumaturgos por los que ella se preocupaba, pero no podía encontrarlos.

Puertas rechinaron. Lobo agarró el codo de Cinder antes de que pudiera darse vuelta y la arrastró hasta la plataforma.

Cress había conseguido abrir las puertas.

Iko ya estaba en el otro lado, con su espalda contra una pared del corredor, agitando sus manos. Ella había desenfundado su arma por primera vez y estaba en busca de un objetivo.

—¡Ahí!—

Lobo y Cinder subieron las escaleras. Una bala zumbó contra la pared, ella se agachó y tropezó por las puertas. Se estrellaron contra la pared al lado de Iko.

Cinder miró hacia atrás, jadeante. Sus perseguidores habían renunciado con tratar de atraparlos desprevenidos y ahora estaban corriendo hacia ellos a toda velocidad. Pero Thorne tenía una ventaja, y él también había renunciado a su secreto por la prisa. Cinder alimentaba con imágenes dentro de su mente, sus piernas corrían tan rápido como una gacela y sus pies apenas tocaban el suelo. Ella estaba demasiado asustada para volverlo un títere que podría atrasarlo, pero el estímulo mental parecía funcionar. La velocidad de él se incrementó. Subió las escaleras en dos pasos.

Sobre su hombro, Cinder vio finalmente al taumaturgo, una mujer con pelo negro corto y un abrigo rojo.

Rechinando sus dientes, levantó su brazo y disparó. Ella no sabía dónde la había golpeado, pero la mujer gritó y cayó.

Thorne se lanzó a través del umbral mientras los guardias llegaban al pie de la plataforma. Las puertas se cerraron de golpe detrás de él.

Thorne colapsó contra la pared sosteniendo su pecho. Sus mejillas estaban enrojecidas, pero sus ojos brillaban por la adrenalina mientras echaba una mirada al grupo. A Cinder, a Iko, a Lobo.

La enorme sonrisa se desvaneció. —¿Cress?

Cinder, aun luchando por su respiración, negó con la cabeza.

Su mandíbula cayó floja con horror. Él se apartó de la pared y se abalanzó hacia las puertas, pero Lobo saltó en frente de él, sujetando los brazos de Thorne a sus costados.

—Déjame ir —gruñó Thorne.

—No podemos volver —dijo Lobo—. Es un suicidio.

Para recalcar sus palabras, una andanada de balas golpeó las puertas, sus estruendosos sonidos resonaron bajo el corredor donde ellos estaban atrapados ahora.

—No vamos a dejarla.

—Thorne… —empezó Cinder.

—¡No! —agitando uno de sus brazos libres, Thorne dirigió un golpe pero Lobo se agachó. En medio de un latido del corazón, Lobo había girado alrededor y sujetó a Thorne contra el muro. Una enorme mano cubría la garganta de Thorne.

—Ella nos dio esta oportunidad —dijo Lobo—. No la desperdicies.

La mandíbula de Thorne estaba flexionada. Su cuerpo estaba tenso como un cable, listo para pelear, a pesar de no ser rival para Lobo. El pánico se fue grabando en cada línea de su rostro, y con lentitud, su respiración se volvió errática.

—Tenemos que irnos —dijo Cinder, casi con temor por sugerirlo.

La concentración de Thorne se desplazó hacia las puertas cerradas.

—¿Podría quedarme? —Sugirió Iko con tono incierto— ¿Podría volver por ella?

—No —dijo Cinder—. Nos quedaremos juntos.

Thorne se estremeció y Cinder se dio cuenta tarde de la crueldad de sus palabras.

Ella avanzó hasta depositar una mano en el brazo de Thorne, pero se lo pensó mejor.

—Aún estaríamos allí si no fuera por ella. Estaríamos todos capturados, pero gracias a Cress, no lo estamos. Ella nos salvó. Ahora, nos tenemos que ir.

Thorne apretó los ojos. Sus hombros estaban caídos.

Todo su cuerpo estaba temblando, pero asintió con la cabeza.

Lobo lo soltó y corrieron.

PARTE

DOS

El cazador se apiadó de ella y le dijo: 'Huye al bosque, niña, y nunca vuelvas'

CAPÍTULO 21

En algún momento durante la emocionante la llegada del Emperador Kaito, Jacin se había colocado a sí mismo delante de Winter -siempre su protector- y ella agarró la parte posterior de su camisa en un puño.

Su presencia era en parte confortable, y en parte molestia. Él seguía bloqueando su vista.

Su visión era clara como el amanecer, mientras observaba a cuatro figuras corriendo a través de la salida que conducía hasta las lanzaderas de levitación magnética. Las puertas se cerraron de golpe, seguidas de una descarga de disparos. Aunque estaban demasiado lejos para ver con claridad, Winter estaba segura de que uno de ellos era Linh Cinder.

Su querida prima desaparecida, la princesa Selene.

—¡Síganlos!— Levana gritó. Los guardias que habían sido enviados para revisar la nave del emperador estuvieron en la salida en cuestión de segundos, tratando de forzar las puertas a abrirse, pero no se movieron.

Levana dio la vuelta para hacer frente a Sir Jerrico Solís. —Envía a un equipo por el palacio hacia las entradas junto al lago, y otro a través de la ciudad. Traten de cortarles el paso a la plataforma—.

Jerrico hizo una reverencia estrechado la mano en un puño sobre su pecho y se fue, convocando a otros ocho guardias a seguirlo.

—Aimery— Levana ladró, —vigila que todos los transbordadores que salen de Artemisia sean detenidos. Regístralos, junto con todos los túneles y plataformas de conexión. No van a lograr salir de la ciudad. ¡Y averigua cómo fueron capaces de atravesar esas puertas!—.

Aimery se inclinó. —Ya he llamado al técnico. Tendremos todo el sistema de bloqueado—.

Las fosas nasales de Levana se dilataron cuando enderezó la espalda y se volvió hacia el emperador. Él estaba de pie cerca de la espalda de su pequeño grupo- solo, excepto por un puñado de guardias terrestres y su consejero. Sin embargo, no parecía asustado. Winter pensó que debería lucir asustado, pero sus labios estaban presionados juntos en un esfuerzo tenso para no sonreír.

Winter ladeó la cabeza, inspeccionándolo. Parecía orgulloso. En la línea de petulante. Ella comenzó a sentirse culpable por haberse burlado de él antes.

—Polizones— él dijo, una vez que tenía la atención de Levana. Sus hombros se movieron en un despreocupado encogimiento de hombros. —Qué inesperada sorpresa—.

El rostro de Levana era ferozmente hermoso. Impresionante en su maldad. —Has traído un conocido enemigo justo al corazón de mi país. En un tiempo de mutuo alto al fuego, has cometido un acto de traición—.

Kai no se inmutó. —Mi lealtad yace con la Comunidad del Este y con la Tierra. No con Luna, y ciertamente no con usted—.

Los ojos de Levana se estrecharon. —Parece seguro de que no voy a matarlo por esto—.

—No lo hará— dijo él con, como su madrastra adivinó, un exceso de confianza. Winter se retorció, de repente sintiendo miedo por él. —Al menos— Kai enmendó —no todavía—

Levantó una ceja perfecta —Tiene razón— dijo Levana. —Tal vez voy a matar a su asesor en su lugar. Seguramente él estaba al tanto de esta traición flagrante de mi confianza—.

—Haga conmigo como mejor le parezca— dijo el consejero, tan inconmovible como Kaito. —Mis lealtades yacen solamente con mi emperador—.

La mejilla de Kai se crispó. —Si daña a cualquiera de los invitados terrestres, ya sea como un castigo o una amenaza para mí, me negaré a continuar con esta boda—.

—Entonces ya no tendré ninguna razón para mantenerlo con vida—.

—Lo sé— dijo Kai, —pero tampoco llegará a ser emperatriz—.

Sus miradas se pelearon entre sí mientras Winter, Jacin, y los otros guardias observaban. Los latidos de Winter eran erráticos mientras esperaba que la reina ordenara asesinar al emperador Kaito -por su insolencia tanto como su papel en traer a Linh Cinder hasta Artemisia.

Las puertas del palacio se abrieron y un guardia entró, escoltando a uno de sus técnicos.

—Mi reina, ¿me convocó?—.

Aimery dio un paso adelante. —Habían órdenes estrictas de que las salidas fuera de este puerto debían de encontrarse bloqueadas, pero parece que ha habido un fallo en el funcionamiento. Su Majestad demanda saber lo que salió mal, y asegurarse de que no volverá a ocurrir—.

El técnico hizo una reverencia y se escurrió alrededor de la plataforma hacia el panel de control que monitoreaba las salidas y la cámara masiva de retención de las naves espaciales, localizada más allá de las puertas del puerto.

Winter estaba observándolo cuando su ojo atrapó en un leve movimiento. Ella frunció el ceño, segura de que vio alguien agachándose en medio de la carga de los Terrestres.

Con tanta seguridad que de que pudo haber visto cualquier cosa, no estaba muy segura de ello en absoluto.

Su madrastra rodeó al emperador de nuevo y echó el brazo hacia él, irritada con su presencia. —Lleva a los Terrestres a sus cuartos— dijo —y mantenlos allí—.

El emperador y su séquito no opusieron resistencia cuando los guardias los llevaron lejos con más fuerza de la necesaria. Kai no miró en la dirección de Winter, pero al pasar ella pudo ver que ya no estaba escondiendo su sonrisa. Él podría haberse convertido en prisionero de la reina, pero era evidente que veía esto como una victoria.

Los tintineantes pasos de los guardias se desvanecían cuando el técnico gritó: —¡Mi Reina!— Sus dedos bailaban sobre las pantallas, su rostro fijo por el pánico. Levana se deslizó hacia él. El resto de su comitiva se trasladó tras ella, y aunque Jacin se movía

para mantenerse en frente de Winter, ella esquivó alrededor de él y saltó hacia adelante, ignorando su gruñido. Recorrió las pilas de cajas y equipaje con su mirada otra vez, pero no había rastro de la misteriosa figura que había imaginado antes.

—¿Qué?— Levana espetó.

El técnico no se apartó de los controles. En la pantalla más cercana, Winter podía ver un mapa del sistema de transporte y un mensaje de error parpadeante en la esquina. Jacin apareció de nuevo a su lado y le lanzó una fría mirada por salir del círculo de su protección. Ella lo ignoró.

—Es..—. el técnico comenzó. Giró a otra pantalla.

—Sugiero que arregle su lengua antes de que la incapacite permanentemente— dijo Levana.

El técnico se estremeció y se volvió hacia ellos, aunque sus manos se demoraron inútilmente sobre las pantallas. —El sistema es..—.

Levana esperó.

Winter estaba muy preocupada por la vida de este hombre.

—...Inaccesible, Mi Reina. No puedo... no puedo acceder a los horarios de transporte, los mandos manuales... incluso las entradas a la plataforma principal se han bloqueado. Con... con la excepción del corredor conectado a esos muelles, que es lo único que queda sin obstáculos—.

Levana, permaneció con labios apretados en una línea firme, no dijo nada.

—¿El sistema ha sido hackeado?— dijo Aimery.

—S-sí, creo que sí. Podría tomar horas volver a configurar los códigos de acceso... Ni siquiera sé lo que hicieron—.

—¿Está diciéndome…?— dijo Levana —¿que incluso no puede detener a los transbordadores que salen de la ciudad?—.

El técnico se había puesto pálido. —Voy a seguir intentando, Su Majestad. Voy a tener un acceso mucho mejor al sistema desde la sala de control del palacio, así que sólo voy a…—.

—¿Tiene un aprendiz?— dijo la reina. —¿O a un compañero de trabajo?—.

El vello en la nuca de Winter se erizó.

El técnico tartamudeó —H-hay tres de nosotros... aquí en el palacio... pero tengo la mayor experiencia, con más de veinte años de servicio leal y—.

—Mátenlo—.

Un guardia removió el arma de su funda. Winter volteó la cabeza, y aunque era un insignificante pensamiento, se alegraba de que no era Jacin quien está obligado a cometer tal asesinato. Si todavía hubiese sido el guardia del taumaturgo principal, muy bien podría haber sido él.

—Por favor, mi Rei..—.

Winter saltó cuando el disparo resonó en su cabeza, seguido de un sonido que le era demasiado familiar. Un gemido.

Viniendo desde la parte trasera de una pila de contenedores de carga. Detrás de ella, el crepitar del cableado y el estallido del plástico sugirieron que la bala había golpeado una de las pantallas también. El guardia enfundó su pistola.

Aimery se volvió hacia la reina. —Voy a contactar con Jerrico y veré si sus equipos han logrado recuperar el acceso a la plataforma, y le alertaré que su camino podría verse impedido—.

—Gracias, Aimery. También alerta a los otros dos técnicos del problema con el sistema de transporte—.

Aimery sacó su portavisor y se alejó del grupo, dirigiéndose hacia el borde de la plataforma. Él estaba mirando las cajas apiladas en la zona de carga, y mientras su atención estaba en el puerto, Winter estaba buscando otra señal de vida más abajo.

Ahí. Un pie, pensó, encrespado en contra de un gran baúl.

Winter jadeó con deleite y entrelazó los dedos debajo de su barbilla. Todo el mundo volteó a verla, sorprendidos por su presencia, lo cual no era una reacción poco común. —¿Crees que los Terrestres nos trajeron regalos, madrastra?—.

Sin esperar una respuesta, levantó su falda y corrió hacia la zona de carga, escalando sobre las desiguales pilas de cajas y contenedores hasta que alcanzó el nivel más bajo.

—Winter— Levana espetó. —¿Que estás haciendo?—.

—¡Buscando los presentes!— Ella respondió, riendo. La sombra de Jacin se dejó caer por encima de ella. Podía imaginar su expresión incluso el tic molesto en su frente, y sabía que desde donde él estada de pie junto al resto de la comitiva de la reina, no podía ver lo que estaba ella estaba viendo.

Una chica con el cabello corto y rubio, y aterrorizados ojos azules estaba encogida hecha un ovillo. Su espalda se apretaba contra una caja, todo su cuerpo temblaba.

Winter levantó la cabeza y sonrió, primero a Jacin, a continuación, a su madrastra, haciendo su mejor esfuerzo para no mirar a el chorro de sangre en la pared del fondo. —¡Éste dice que tiene vino de Argentina! Debe ser de los americanos. Podemos brindar por una tarde tan llena de acontecimientos—.

Se inclinó sobre la temblorosa chica y abrió la caja con un sonoro chirrido. Ella forzó la tapa.

—Oh, maldición, la caja mintió. Es sólo esponja de empaque—. Sosteniendo la tapa con una mano, empezó a sacar el papel triturado lo más rápido que pudo, esparciéndolo sobre el suelo a sus pies. La chica se quedó boquiabierta ante ella.

La voz de su madrastra se había convertido en hielo. —Sir Clay, por favor escolte a su protegida hacía sus aposentos. Se está avergonzando a sí misma—.

Sus palabras cargaban demasiado peso, pero Winter no trató de descifrarlas. Estaba ocupada dando codazos a la chica con la punta del pie, haciéndole gestos para que se metiera dentro de la caja.

Las botas de Jacin golpearon contra el carguero mientras descendía hacia ella. Winter agarró a la chica del codo y tiró, estimulando a la chica a entrar en acción. Ella se movió sobre sus rodillas, agarró el borde de la caja y se arrastró a sí misma en el interior -el ruido amortiguado por el papel que esparció Winter.

Sin esperar a ver si la chica estaba cómoda, Winter dejó caer la tapa cuando Jacin cayó a su lado. Su sonrisa se iluminó hacia él. —Oh, ¡qué bueno que estás aquí! Puedes ayudarme a llevar este papel a mi habitación. Qué regalo tan considerado de parte de los americanos, ¿no te parece? —.

—Princesa—.

—Estoy de acuerdo, Jacin. Una caja llena de papel es un poco desordenado para un regalo de boda, pero no debemos ser ingratos—.

Ella recogió una brazada de papel y se pavoneó hacia la entrada del palacio, sin atreverse a mirar atrás ni una sola vez.

CAPÍTULO 22

Cinder estaba acostumbrada a sentir la energía de Lobo ─incansable, agitada y humeando de él como olas de calor sobre el pavimento. Pero era algo nuevo cuando venía de Thorne, quién normalmente era imperturbable. Mientras bajaban corriendo las interminables escaleras, dentro y más dentro de lo subterráneo de Luna, la energía de Thorne era tan palpable como la de Lobo. Enojada, aterrada, agobiada con la culpa. Cinder deseó poder apagar su don Lunar para no tener que lidiar con la diatriba de emociones de sus compañeros en adición a las suyas.

Perdieron a Cress. Levana sabía de la traición de Kai. Su grupo ya se encontraba dividido y su plan estaba cayéndose a pedazos.

Los escalones se nivelaban con un pasillo largo y estrecho donde se alineaban estatuas con túnicas, cada una sosteniendo un orbe brillante que emitía olas de luz hacia el techo arqueado. El piso estaba cubierto por miles de pequeñas baldosas blancas y doradas, creando un patrón que se arremolinaba y disminuía como la Vía Láctea. Habría sido una maravilla para contemplar si hubieran tenido el tiempo de apreciarla, pero los pensamientos de Cinder eran demasiado tumultuosos. Escuchando los sonidos de la persecución, imaginando la cara de Cress, determinada a pesar de su miedo. Tratando de planear su siguiente movimiento, y lo que harían si los sistemas de levitación magnética fallaban —pues Levana debía saber hacia dónde se dirigían.

Al final del pasillo llegaron a otra escalera espiral tallada de madera oscura y brillante. Las barandillas y los escalones eran ondulados y desiguales, y le tomó a Cinder dos saltos ─sujetándose de las barandillas para evitar caer de cabeza en su apuro—para darse cuenta de que las escaleras estaban talladas para lucir como un enorme pulso que les estaba permitiendo el paso en sus tentáculos giratorios.

Tan hermoso. Tan extraño. Todo hecho con tan impresionante mano de obra y detalle. Y todo esto sólo en unos túneles a cientos de pies bajo la superficie de la luna. Ella no podía imaginar lo espectacular que el palacio en si debía ser.

Alcanzaron otra serie de puertas dobles con un recuadro artísticamente hecho del mapa que mostraba la totalidad del sistema de levitación magnética.

—Esta es la plataforma —Dijo Iko, la única de ellos que no jadeaba.

—Iré primero —Dijo Cinder —Si alguien está ahí, usaré mi glamour para hacerle vernos como miembros de la corte de Levana. Matamos a cualquier taumaturgo a la vista. A los demás los ignoramos.

—¿Qué hay de los guardias? —Dijo Iko.

—Los guardias son fáciles de controlar. Déjame lidiar con ellos. —Ella ajustó los guantes rasposos que Kai le había dado, luego abrió sus pensamientos, preparada para detectar la bioelectricidad de cualquiera que pudiera haber estado en la plataforma. Presiono la palma de su mano contra las puertas. Con su toque, se dividieron en cuatro secciones que giraban hacia las paredes. Cinder escaló hacia la plataforma

Vacía.

Ella no podía imaginar que permanecería de esa manera por mucho.

Tres brillantes transbordadores blancos esperaban en los carriles. Corrieron hacia el primero. Cinder dejo que los demás se montasen primero, lista para usar su glamour a

la primera señal de alguien acercándose, pero la plataforma permaneció silenciosa. Lobo tomó a Cinder y la arrastro con ellos.

—¿Cómo hacemos que funcione esta cosa? —exclamó Iko, golpeando la pantalla de control. El transbordador permaneció abierto e inmóvil. —¡Cerrar puerta! ¡Muévete! ¡Sácanos de aquí!

—No funcionará para ti—Dijo Lobo, inclinándose delante de Iko para presionar las cinco puntas de sus dedos contra la pantalla. La cual se encendió y las puertas se cerraron.

Era un falso sentido de protección, pero Cinder no pudo evitar suspirar aliviada.

Una voz tranquila llenó el transbordador. —Bienvenido Alfa Ze'ev Kesley, Operativo Lunar Especial Número 962. ¿A dónde debo llevarle?

Lobo miró a Cinder.

Ella miró la pantalla, discerniendo las posibilidades. Dar la dirección hacia RM-9 era una manera segura de llevar a Levana directo a ellos. Colocó el mapa de Luna en el monitor de su retina, tratando de crear una estrategia para la mejor ruta, una que dirigiera a Levana lejos de su camino.

—WS-1 —Dijo Thorne. Él se encontraba recostado en el piso entre dos de los bancos tapizados, sus manos alrededor de sus rodillas, su cabeza contra la pared. Entre su expresión desanimada y postura derrumbada, él estaba casi irreconocible. Pero a su voz, el transbordador se levantó con la fuerza magnética bajo los rieles y comenzó a alejarse de Artemisia a toda velocidad.

Thorne levantó la mirada. Su voz neutral mientras explicaba—Es un viaje corto desde Artemisia, así que no le estaremos dando demasiado tiempo a Levana para reagrupar y mandar gente a buscarnos antes de que salgamos del transbordador. Y es uno de los sectores con más conexiones en Luna, dado que todo el mundo tiene desechos. Hay quince túneles de levitadores magnéticos saliendo de esa plataforma. Podemos ir caminando por alguno de los caminos, confundiéndolos respecto a nuestro curso, luego comenzaremos a dob…—

—No lo digas —Dijo Cinder. —No sabemos si estamos siendo grabados aquí.

Thorne cerró su boca y asintió.

Cinder sabía que él estaba a punto de decir que comenzarían a doblar hacia RM-9. Ella se concentró en el sector WS-1 en el mapa en su cabeza, Thorne estaba en lo correcto. Era un plan sensato. No podía creer que no lo hubiera pensado ella misma. —Bien hecho, Thorne.

Él se encogió de hombros de nuevo, sin entusiasmo. —Mente maestra criminal, ¿recuerdas?

Cinder se hundió en la banca que estaba junto a Lobo, permitiéndole a su cuerpo un breve respiro del bombardeo de la adrenalina. —El sistema te reconoció.

—Cada ciudadano Lunar está en la base de datos. Yo solo he estado ausente por un par de meses, me figuré que ellos no habían removido mi identidad aún.

—¿No crees que notarán que un operativo especial que se supone debe estar en la Tierra de repente apareció de nuevo?

—No lo sé. Pero mientras estemos viajando por transbordador, usar mi identidad atraerá menos atención que usar la tuya. Y sin Cress aquí para hackear el sistema…

Thorne se estremeció y afincó su cabeza contra la pared del transbordador. Se quedaron en silencio por un largo momento, la falta de la presencia de Cress llenaba los espacios vacíos entre ellos.

Sólo en su ausencia Cinder se dio cuenta de lo mucho que dependían de Cress. Ella podría haberlos colado en el sistema sin tener que poner ninguna identidad. Y Cress habría estado segura de que, una vez que llegasen a RM-9, ella desactivaría cualquier equipo de vigilancia que pudiera detectarlos. Además estaba el muy importante asunto de infiltrarse en el sistema de transmisión de Luna para compartir en el mensaje de Cinder con los ciudadanos.

Pero el saber lo mucho que la pérdida de Cress afectaba sus objetivos era nada comparado con el horror que Cinder sentía. Cress sería torturada por información acerca de su paradero y luego seguramente sería asesinada.

—Ella es un caparazón—Dijo Cinder —No pueden detectar su bioelectricidad. Mientras se mantenga escondida, ella estará—

—No—dijo Thorne.

Cinder miró a sus pálidos nudillos y luchó para encontrar algo significativo que decir. Su gran plan de revolución y cambio acababa de comenzar y ella ya se sentía fracasada. Sin embargo, esto parecía peor que fallarle a la gente de Luna. Le falló a la gente que más le importaba en el universo.

Finalmente, suspiró—Lo siento tanto, Thorne.

—Sí—dijo él. —Yo también.

CAPÍTULO 23

Jacin estaba extra pensativo mientras Winter lo llevaba hacia el ascensor.

—¿Por qué tengo un mal presentimiento sobre esto?— se quejó, mirando sospechosamente a Winter.

—Tú tienes un mal presentimiento sobre todo— dijo ella, empujándolo con el hombro. Era un gesto juguetón, uno que siempre le daba vértigo recibir de vuelta. Esta vez, no se lo devolvió. Frunció el ceño —Olvide algo en los puertos. Solo tomará un momento—.

Agitó sus pestañas hacia él.

Él frunció el ceño y miró hacia otro lado. Estaba en modo guardia. Uniforme. Postura. Incapaz de mantener contacto visual por más de medio segundo.

Jacin el guardia no era su Jacin favorito, pero ella sabía que era solo un disfraz, y uno que estaba forzado a llevar.

Ella se moría de ganas por decirle la verdad desde el instante que dejaron los puertos. Estaba muerta de ansiedad por el destino de la chica que había metido en esa caja. ¿Aún estaba escondida? ¿Trato de correr y reunirse con sus amigos? ¿Había sido encontrada? ¿Capturada? ¿Asesinada?

Esta chica era una aliada de Linh Cinder, y quizá una amiga de su Scarlet también. El temor por su vida convirtió a Winter en un inquieto lío durante las dos horas que se forzó a esperar en sus aposentos, para no atraer la atención a su regreso a los muelles. Su conocimiento del sistema de vigilancia del palacio le impedía contarle el secreto incluso a Jacin. Había sido un secreto difícil de retener.

Pero si ella había estando actuando extraño, ni siquiera Jacin no le preguntó al respecto. Sin duda la emoción del día era motivo suficiente para su agitación.

—¿Qué fue?— preguntó Jacin.

Winter quito su atención del indicador descendente sobre la puerta del ascensor. —¿Perdón?—

—¿Qué fue lo que olvidaste en los puertos?—

—Oh. Ya verás—.

—Princesa——

Las puertas se abrieron. Ella tomo su brazo y tiro de él a través de la lujosa galería donde Artemisia podría esperar su transporte. Este nivel estaba abandonado, justo como esperaba. Aunque había sido fácil para Winter obtener de los guardias arriba en el palacio el acceso a los puertos, había tomado un poco más que un mohín e ignorar desafiantemente los gruñidos de Jacin, se suponía que los puertos estaban prohibidos por la duración de la visita de los Terrestres. Por la seguridad de sus naves y pertenencias, había dicho Levana, pero Winter sabía que realmente era para prevenir que alguien saliera.

Los puertos estaban en silencio cuando entraron en la plataforma principal. El brillante suelo hacia que las sombras de las naves parecieran monstruos en los altos techos, y

las paredes cavernosas hacían eco de cada paso, de cada respiración. Winter imaginó que podía escuchar su propio corazón atronador rebotando de nuevo a ella.

Se movió alrededor de la plataforma con Jacin siguiéndola con un ritmo rápido. No podía dejar de mirar hacia la cabina de control, y aunque allí aún quedaban una pantalla rota y un par de manchas oscuras en la pared, el cuerpo del técnico ya no estaba. Según su conocimiento, sus reemplazos aún estaban en el centro de control principal del palacio tratando de recuperar el acceso al sistema dañado.

Su atención se extendió a los niveles inferiores y alivio infinito la llenó al ver la bahía de cargo intacta. Aunque el equipaje personal de los embajadores había sido llevado a sus suites, sus regalos y bienes de comercio habían quedado atrás para recuperarlos en una fecha posterior.

Winter vio la caja del vino Argentino. Sus pasos se aceleraron.

—Por las estrellas— se quejó Jacin. —Si me arrastraste aquí abajo por más papel de embalaje…—

—El papel— dijo Winter, trepando, de manera impropia de una dama, las cajas de carga, —es un recurso muy difícil de obtener. Los sectores de madera tienen suficiente demanda de suplementos de construcción. Una vez tuve que cambiar un par de zapatillas de seda por media docena de tarjetas de felicitación, ya sabes—.

Era solamente parte de la verdad. La mayor parte de los artículos de papel disponibles en las tiendas de Artemisia eran hechos de pulpa de bambú, el cual era uno de los pocos recursos que crecía con abundancia en los sectores de agricultura. Pero el bambú también contribuía a la fabricación de textiles y muebles, e incluso ese papel era en cantidades limitadas.

A Winter le gustaba el papel. Le gustaba la crujiente y táctil manera en que se arrugaba entre sus dedos.

Jacin se sentó en un recipiente de plástico. Con las piernas colgando sobre el borde. En la serena soledad de los muelles Jacin el Guardia se retiró. —¿Quieres convertir el papel de envolver en tarjetas de felicitación?—

—Oh, no— dijo ella. —No tengo ningún interés en el papel—.

Una ceja café se elevó. —¿El vino entonces?—

Winter abrió la caja de embalaje. —No, el vino tampoco—.

Contuvo la respiración y abrió completamente la tapa. Traqueteo contra el recipiente contiguo y Winter se encontró a si misa viendo una caja de embalaje grande con una capa de botellas empacas muy juntas, pedazos sueltos de papel y ningún signo de la chica.

Su corazón se desplomó.

—¿Qué?— Jacin se inclinó hacia adelante para ver en la caja. Su rostro adquirió una capa de preocupación. —¿Princesa?—

Sus labios se separaron, luego se cerraron de nuevo. Ella se giró en un lento circulo, examinando las cajas apiladas a su alrededor. La chica podría haberse colado en cualquiera de ellas.

O podría haber corrido.

O podría ya haber sido encontrada por alguien más.

Jacin bajo de su posición y agarro su codo —¿Qué pasa?—

—Ella se ha ido— murmuró Winter.

—¿Ella?—

—Había—— ella vaciló. Su mirada se lanzó a una de las muchas discretas cámaras a lo largo del perímetro del muelle. Aunque la reina había demandado que estuvieran desactivadas mientras ella estaba allí, Winter no tenía idea si o cuando iban a ser restablecidas.

Jacin se erizó, con impaciencia pero también preocupación. Inspeccionar las cámaras era el primer signo de que alguien estaba yendo contra los deseos de la reina. Después de un rápido barrido del techo, él sacudió su cabeza. —No hay luces indicadoras. Aún están apagadas—. Frunció el ceño mientras lo decía, sin embargo. —Dime que está pasando—.

Winter tragó, —Había una chica. Creo que vino con Linh Cinder y sus compañeros. La vi escondiéndose alrededor de estas cajas mientras la reina estaba discutiendo con el técnico, entonces la escondí aquí. Pero… ahora se ha ido—.

Jacin se balanceo en sus talones. Winter esperaba que la castigara por hacer algo tan peligroso y justo en frente de la reina, nada menos. Pero en lugar de eso, después de una larga pausa, el pregunto, —¿Cómo era ella?—

—Pequeña. Cabello rubio cortó. Asustada—. Recordar la expresión aterrorizada de la chica hizo que Winter temblara. —Tal vez trato de reunirse con sus compañeros. O… ¿o tal vez regreso a la nave del emperador?—

La mirada de Jacin se desenfoco. —Cress— murmuro, dándose la vuelta. Soltó el codo de Winter y regresó saltando las cajas llegando a la plataforma elevada.

—¿Qué? ¿Jacin?— Levanto su falda sobre las rodillas y se apresuró tras él. En el momento en que se las arregló para subirse a la plataforma, Jacin estaba en la cabina de control, abriendo armarios llenos con cables, alambres y partes de computadora que Winter no comprendía.

Encontró a la chica detrás de la tercera puerta que abrió, su cuerpo enroscado en una bola can apretada que Winter no podía creer que no se hubiera asfixiado. Sus enormes ojos se fijaron en Jacin y se abrieron, imposiblemente, más.

Winter se tambaleo hasta detenerse mientras Jacin sacaba a la chica del armario. La chica grito, tratando de recuperar el equilibrio mientras Jacin empujaba y cerraba la puerta detrás de ella. Libero su brazo de su agarre y se apoyó en la pared, temblando como un animal enjaulado.

En lugar de alcanzarla de nuevo, Jacin dio un paso hacia atrás y pellizcó el puente de su nariz. Maldijo. —Princesa, tienes que parar de coleccionar estos rebeldes—.

Ignorándolo, Winter camino hacia la chica, sus manos apaciguándola. —No vamos a hacerte daño— susurró. —Todo está bien—.

La chica le dirigió una rápida mirada antes de volverse hacia Jacin. Aterrorizada, pero también enojada.

—Mi nombre es Winter— dijo ella. —¿Estas herida?—

—No podemos quedarnos aquí— dijo Jacin. —Las cámaras se encenderán en cualquier momento. Es un milagro que no lo hayan hecho ya—.

La chica continúo mirándolo con tímida ferocidad.

—Espera—. Jacin se rio. —Tú las desactivaste, ¿verdad?—

La chica no dijo nada.

Winter giro su atención de ella a Jacin. —¿Ella las desactivo?—

—La chica solía ser el secreto mejor guardado de la reina. Puede encontrar su camino a través de cualquier sistema de computadora—. Él cruzo sus brazos, su expresión severa suavizándose en una casi sonrisa. —Tú eres quien se ha estado metiendo con los transbordadores también—.

Los labios de la chica se apretaron en una línea.

—¿Cuál es tu nombre?— preguntó Winter.

Cuando la chica no respondió, Jacin lo hizo. —Su nombre es Cress. Ella es una caparazón y uno de los aliados de Linh Cinder—. Se rasco la sien. —Supongo que no tienes un plan sobre lo que se supone que vamos a hacer con ella—.

—¿Podríamos colarla hasta la sala de invitados? Estoy segura que el Emperador Terrestre se encargaría de ella. Él la ayudo a llegar aquí, después de todo—.

Jacin sacudió su cabeza. —Él está bajo mucha seguridad. Nunca lograríamos acercarla. Además, mientras menos personas sepan que la ayudaste, menor será la oportunidad de que Levana lo descubra—.

La chica—Cress—pareció relajarse mientras se volvió aparente que Winter y Jacin no iban a ejecutarla. Winter le sonrió. —Nunca he conocido a un caparazón antes. Que regalo tan maravilloso. No puedo sentirte en absoluto, como si no estuvieras aquí, incluso cuando estas parada frente a mí—. Su sonrisa se amplió. —Eso volvería loca a mi madrastra—.

—Fue un caparazón quien mato al último rey y reina— dijo Jacin. —Quizá la podamos convertir en una asesina—.

Winter se giró hacia él, horrorizada. —¿Luce ella como una asesina?—

Se encogió de hombros. —¿Parece ella capaz de desactivar todo nuestro sistema de levitación magnética?—

—No lo desactivé—. La voz de Cress era dócil, pero Winter estaba tan impresionada por escucharla hablar, ella bien podía haber gritado. —Cambié los parámetros de acceso así la reina no podría apagarlo—.

Jacin la observó. —Pero podrías desactivarlos, si quisieras—.

Después de un latido, la chica bajo su mirada hacia el piso.

—Tenemos que encontrar un lugar para mantenerla— dijo Winter tirando de un rizo de cabello. —Algún lugar seguro—.

—¿Por qué?— dijo Cress. —¿Por qué están ayudándome?—

Winter no sabía si le estaba preguntando a ella o a Jacin, pero Jacin respondió primero con un murmuro. —Buena pregunta—.

Winter lo empujo duro en el hombro. Apenas se movió.

—Porque es lo correcto que hay que hacer. Vamos a protegerte. ¿Verdad, Jacin?—

Cuando Jacin no dijo nada, Winter lo empujo de nuevo. —¿Verdad?—

Jacin suspiró, —Creo que podemos colarla en los cuarteles de los guardias. No está lejos y no tenemos que ir por la parte principal del castillo—.

Con obvia incredulidad, Cress dijo, —¿Tú vas a protegerme?—

—En contra de mi voluntad— dijo Jacin, —pero parece que sí—.

—Tanto como podamos— dijo Winter. —Y si la oportunidad surge, haremos lo mejor que podamos para reunirte con tus amigos—.

Por primera vez, Las defensas de Cress comenzaron a resbalar. —¿Ellos escaparon?—

—Parece que sí. Aún no han sido encontrados, por lo que puedo decir—.

—Pero la reina no parará de buscar— agregó Jacin, como si alguno de ellos no fueran conscientes.

Cress había dejado de temblar. Su expresión se volvió pensativa mientras miraba a Jacin. Finalmente, preguntó, —Supongo que los cuarteles de los guardias tienen acceso a la red de transmisiones real, ¿no?—.

CAPÍTULO 24

Su progreso a través de los sectores exteriores de la Luna fue lento y tedioso. Algunas veces tomaron el transporte de levitación magnética, otras veces caminaron a través de los túneles, en algunas ocasiones usaron la identidad de Lobo para enviar un servicio de transporte sin ellos dentro antes de saltar a una plataforma diferente e ir en dirección opuesta. A veces se separaban y se volvían a reunir en otro par de sectores más arriba, para confundir a todo el personal de seguridad que buscaba un grupo de dos hombres y dos mujeres que viajaban juntos.

Mantenían sus cabezas abajo. Iko mantuvo su pelo escondido debajo de su gorra. Cinder arreglo sus guantes para asegurarse que el metal de su mano no sería visto en cualquiera de las cámaras. Aunque evitaron las cámaras de vigilancia lo más que pudieron, ella sabía que no podían evitarlos a todas. Esperaba que hubiera tanta video vigilancia sobre la Luna que no pudiera ser monitoreada toda al mismo tiempo.

Aunque ocasionalmente se aventuraban a salir a la superficie para cambiar de línea de transportes, evitaban hacerlo en cuanto fuera posible. Lobo les advirtió que la mayoría de los sectores exteriores eran patrullados por guardias armados. A pesar que ellos estaban destinados a estar allí para la seguridad de las personas, parecía que ellos pasaban más tiempo en castigar a cualquiera que hablara en contra de la corona. Las pocas veces que se acercaron sigilosamente a las cúpulas de la superficie, se las arreglaron para ir cambiando en sus disfraces y posturas encogidas, pero Cinder sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que se incrementara la seguridad en toda la Luna.

Apenas hablaron. Cinder pasó las horas reflexionado sobre las batallas en los muelles, doblando a cada paso en falso otra vez en su cabeza, una y otra vez, tratando de determinar una manera en que podría haber conseguido mantenerlos a todos a salvo, tratando de rescatar a Cress, tratando de mantener alejado a Kai de las garras de Levana.

Ella nunca encontró una buena solución.

La agitación contaste de sus pensamientos amenazaba con volverla loca.

Cuando más lejos viajaron de Artemisia, más cambiaba su entorno. Comenzó a sentir que habían entrado a un mundo totalmente diferente. A juzgar por la opulenta forma que los muelles reales eran, Cinder había construido una imagen en su cabeza de cuan bella la Luna podía ser. Pero pronto se hizo evidente que los sectores exteriores no recibían los lujos de la capital. Cada plataforma que pasaron encontraba nuevos signos de descuidado-desmoronamiento de las murallas de piedra y luces parpadeantes. Grabados de grafiti en las paredes del túnel hablaban de disturbios.

ELLA ESTA MIRANDOTE…, leía un mensaje, pintado en blanco dentro de las negras paredes de la cueva. Otro preguntaba: ¿HAS VISTO A MI HIJO?

—¿Cómo podríamos saber si lo hicimos?— preguntó Iko. —No dejaron ninguna descripción—.

—Creo que pretende ser un pensamiento provocador— dijo Cinder.

Iko frunció el ceño, mirando sin aprobación.

Se detenían cuando escuchaban un servicio de transporte que se aproximaba o cuando tenían que esperar para que una plataforma se despejara, saboreando sus breves

respiros antes de continuar. Habían traído un par de paquetes de ración de comida, no sabían cuándo tendrían la oportunidad de encontrar más, y Cinder repartía pequeñas raciones, aun cuando pensó que ninguno tendría hambre.

Aunque Cinder sabía que no podía ser la única con la espalda y piernas doloridas, nadie se quejó. Iko era la única que mantenía un grácil andar, después de todo, había sido completamente cargada antes de salir de la nave de Kai.

Usando transporte, este viaje debería haber durado sólo un par de horas. En el momento en que finalmente llegaron a su destino, el reloj interno de Cinder le decía que había dejado Artemisia hacia diecinueve horas atrás.

Cuando salieron del oscuro túnel hacia la plataforma de transporte de la RM-9: MINA DE REGOLITO, la elaborada belleza de Artemisia se sentía como un sueño distante. Habían pasado los azulejos brillantes e intrincadas estatuas, se habían ido la madera pulida y las esferas brillantes. Esta plataforma era oscura y fría, y tenía un aire quieto y estéril. Toda la superficie estaba cubierta de una capa de polvo, con años de huellas marcados sobre él. Cinder pasó la mano por la pared y sus dedos se cubrieron por completo de gris.

—Polvo de regolito— dijo Lobo. —Está totalmente cubierto aquí—.

Iko presionó las dos palmas de sus manos contra el muro. Cuando ella se apartó, dos huellas de manos quedaron marcadas perfectamente, aunque sin los pliegues normales de una palma humana.

—No parece saludable— murmuró Thorne.

—No lo es— Lobo se rascó la nariz, como si el polvo le hiciera cosquillas. —Se aloja en tus pulmones. Las enfermedades por regolito son comunes—.

Cinder apretó sus dientes y añadió ‘condiciones de vida y de trabajo insalubres’ a su larga lista de problemas que iban a ser abordados cuando fuera reina.

Iko se limpió las manos cubiertas de polvo. —Se siente abandonado—.

—Todos trabajan, ya sea en las minas o en las fábricas—.

Cinder revisó su reloj interno, el cual había sincronizado con el tiempo Lunar antes de irse del Rampion. —Tenemos alrededor de ocho minutos antes de que termine la jornada de trabajo— Se volvió hacia Lobo. —Podemos esperar aquí, o podemos tratar de encontrar la casa de tus padres. ¿Qué quieres hacer?—.

Se veía en conflicto mientras miraba hacia un conjunto estrecho de pasos irregulares. —Deberíamos esperar aquí. No hay muchas razones para las gente esté en la calle durante las horas de trabajo. Seriamos demasiado obvio—. El tragó saliva. —Además, ellos podrían no estar aquí. Mis padres podrían estar muertos—.

Trato de decirlo con indiferencia, pero falló.

—Muy bien— dijo Cinder, quedándose atrás dentro de las sombras del túnel. —¿Qué tan lejos estamos de las fábricas?—.

La frente de Lobo fue dibujada, y ella pudo ver el esfuerzo tratando de acordarse de los detalles de su hogar de infancia. —No muy lejos. Recuerdo a todos ellos agrupándose cerca del centro de la cúpula. Deberíamos ser capaces de mezclarnos con los obreros tan pronto como termine el día—.

—¿Y las minas?—.

—Están más lejos del camino. Hay dos entradas a la mina en el otro lado de la cúpula. El regolito es uno de los pocos recursos naturales que la Luna tiene, así que es una gran industria—.

—Así que…— empezó Thorne, rascándose su oreja, —¿Su mejor recurso son… rocas?—.

Lobo se encogió de hombros —Hay un montón de ellas—.

—No solamente rocas— dijo Cinder, ya que en su base de datos de red se alimentaba en abundancia de información no solicitada. —El regolito está lleno de metal y también compuestos. Hierro y magnesio en el tierras altas, aluminio y sílice en tierras bajas—. Mordió el interior de su mejilla. —Yo figuro que todo el metal debería haber venido desde la Tierra—.

—Mucho de esto pasó, hace mucho tiempo atrás— dijo Lobo. —Nos hemos convertido en expertos en el reciclaje de materiales que trajeron desde la Tierra durante la colonización. Pero también hemos aprendido a conformarnos. En la mayoría de las nuevas construcciones usamos materiales extraídas de las minas de regolito: piedra, metal, tierra…. Casi toda la ciudad dentro de Artemisia fue construida a partir de regolito—. Hizo una pausa. —Bueno, y de madera. Nosotros hicimos crecer árboles en los sectores madereros—.

Cinder dejó de escuchar. Ella ya se había educado tanto como pudo sobre los recursos y las industrias de Luna. Aunque, para sus propósitos, ella gastó la mayor parte de su tiempo investigando sobre los medios de comunicación y de transporte de Luna.

Todo estaba controlado por el gobierno, por supuesto. Levana no quería que los sectores exteriores se comunicaran fácilmente con los otros sectores. La poca interacción que los ciudadanos tenían entre sí, haría más difícil para ellos el formar una rebelión.

Una serie de campanillas repiquetearon a través del túnel, haciéndola saltar. Una corta melodía le siguió.

—El Himno Lunar— dijo Lobo, su expresión se volvió oscura, como si hubiera albergado durante mucho tiempo un profundo odio por la canción.

El himno fue seguido por una agradable voz femenina: Este día de trabajo ha terminado. Registren sus salidas y regresen a sus hogares. Esperamos que hayan disfrutado su jornada de trabajo y esperamos que regresen mañana.

Thorne gruño: —Qué considerado—

Pronto ellos pudieron escuchar los pasos tamborileantes de agotados trabajadores vertiéndose en las calles.

Lobo ladeó la cabeza, lanzando su mirada sobre los edificios, las calles cubiertas de polvo, el cielo artificial. Cinder se preguntó si él estaba avergonzado de que ellos estuvieran viendo esa mirada a su pasado, y ella trató de imaginar a Lobo como un niño normal, con padres que lo amaban y un hogar para crecer. Antes de que se lo hubiesen llevado y convertido en un predador.

Era imposible pensar que cada miembro del ejército de Levana, cada uno de esos mutantes, había comenzado de esa forma también. ¿Cuántos de ellos hubieran estado

agradecidos de tener una oportunidad de salir de esos sectores, con el polvo que cubría sus hogares y llenaba sus pulmones?

¿Cuántos de ellos hubieran estado devastados por dejar su familia atrás?

El grafiti hizo eco de vuelta hacia ella: ¿HAS VISTO A MI HIJO?

Lobo señaló una de las calles estrechas. —Por ahí. Las calles residenciales están en su mayoría en los anillos exteriores del sector—.

Ellos lo siguieron, tratando de imitar los pasos arrastrados y las cabezas agachadas de los trabajadores. Era difícil, cuando la propia adrenalina de Cinder estaba cantando, sus latidos comenzando a acelerarse.

La primera parte de su plan había resultado terriblemente mal. Ella no sabía que haría si esto también fallaba. Necesitaba que los padres de Lobo estuvieran vivos, que fuesen aliados. Necesitaba la seguridad que ellos podrían ofrecer, un lugar seguro donde esconderse mientras descubrían que iban a hacer sin Cress.

Eso era lo más lejos que ella podía pensar.

Encontrar un santuario.

Entonces, ella podría comenzar a preocuparse sobre revoluciones.

No habían ido muy lejos en el túnel de levitadores cuando Cinder vio los primeros guardias, con el uniforme completo, cada uno agarrando ominosas armas en sus brazos. A diferencia de los civiles, sus narices y bocas estaban cubiertas para protegerlos del polvo.

Cinder se estremeció ante la visión de ellos y centró su atención alrededor, buscando la firma del aura de un taumaturgo. Nunca había conocido a un guardia que estuviera lejos de uno, pero no sintió ninguna.

¿Cómo era posible que algunos guardias de mente débil pudieran ocupar tal poder sobre cientos de ciudadanos con el don? Aunque ella adivinó que los Lunares de los sectores exteriores no serían tan fuertes como Levana o su corte, seguramente podrían manipular a un par de guardias.

Tan pronto como lo cuestionó la respuesta vino a ella.

Esos guardias podrían no tener a un taumaturgo con ellos, pero la amenaza seguía ahí, implícita en su misma presencia. Los habitantes de este sector podrían rebelarse. Podrían asesinar esos guardias o esclavizarlos fácilmente. Pero tal acto de desafío traería la ira de la reina sobre ellos. Los próximos guardias que vinieran no estarían sin la protección de un taumaturgo, y la retribución no sería misericordiosa.

Cuando pasaron los guardias, Cinder se aseguró de mantener su rostro girado.

Arrastraron los pies a través del centro de la cúpula, donde una fuente de agua se situaba en medio de un patio cubierto de polvo, lo que obligaba a la multitud a fluir a su alrededor. La fuente fue tallada en la figura de una mujer, con la cabeza velada y coronada, el agua clara brotaba de sus manos extendidas, como si estuviera ofreciendo la vida misma a las personas que se cruzaban en su camino.

Esa visión congeló la sangre de Cinder en sus venas. Levana había sido reina por poco más de una década, sin embargo ya había puesto su marca en esos sectores alejados.

Como una hermosa y serena fuente, pero se sentía como una amenaza.

Siguieron a la multitud dispersa a través de bloques de fábricas y almacenes que olían a productos químicos, antes de que los edificios industriales dieran paso a las casas.

Aunque casas era un término relativo. Eran más como chozas, mal planeadas y conectadas juntas, como las sobrepobladas Torres de Apartamentos Fénix en Nueva Pekín. Ahora Cinder entendía qué quiso decir Lobo sobre cómo se volvieron expertos reciclando materiales. Cada pared y piso se veía como si hubiera sido cortado, remendado, re-soldado, re-atornillado, retorcido y reconfigurado de nuevo. Como el clima no oxidaba o corroía los materiales, dejaron que se deteriorara en las manos de la gente. Casas apartadas y reconstruidas conforme las familias se mudaban, cambiaban y crecían. Todo el barrio era un destartalado surtido de hojas de metal y tableros de madera y materiales sueltos que quedan abandonados en los entre los espacios, esperando a que les dieran un nuevo uso.

Lobo se congeló.

Con los nervios zumbando, Cinder escaneó las ventanas cercanas y abrió la punta de su dedo índice preparándose para un ataque. —¿Qué pasa?—.

Lobo no habló. No se movió. Él se centró en una casa en la calle, sin pestañear.

—¿Lobo?—.

Su aliento tembló. —Puede que no sea nada, pero creo que... Creí oler a mi madre. Un jabón que me resulta familiar... aunque yo no tenía estos sentidos última vez que la vi. No podría... —

Parecía agobiado y asustado.

También parecía esperanzado.

Algunas de las casuchas tenían jardineras colgadas en sus ventanas, y algunas de ellas incluso tenían flores vivas. La casa que Lobo miraba era uno de ellas, un grupo desordenado de margaritas azules se derramaba sobre la madera tosca. Era un lugar de belleza, simple y elegante y completamente en desacuerdo con su triste entorno.

Se detuvieron frente a la casa. No había patio, solamente una mancha de concreto frente a una puerta lisa. Había una ventana pero no tenía cristal. En su lugar, una tela desteñida había sido clavada alrededor del marco.

Lobo estaba clavado al suelo, por lo que fue Thorne quien pasó junto a él empujándolo con el hombro, y le dio un golpe rápido a la puerta.

Con solo la tela actuando como barrera de sonido, ellos podían escuchar cada crujido de los pisos como si alguien se acercara a las puertas y las abriera con un tímido crack. Una pequeña mujer se asomó, alarmada cuando vio a Thome. Ella era naturalmente pequeña pero demacrada de una forma poco natural, como si no hubiera tenido una comida completa en años. Cabello castaño corto, y a pesar de que su tono de piel era oliva como el de Lobo, sus ojos eran negro carbón, nada que ver con sus ojos verdes brillantes.

Thome saco a relucir su sonrisa más desarmadora.

No tuvo efecto obvio.

—¿Sra. Kesley?

—Sí, señor, —ella dijo dócilmente, su mirada barriendo a los otros. Ella paso a Lobo primero, después Cinder e Iko, antes de que sus ojos dieran un giro de sorpresa, casi cómico. Ella jadeo y miro de nuevo a Lobo, pero entonces sus labios hicieron una mueca de rechazo con desconfianza.

—Mi nombre —Dijo Thome, con una respetuosa inclinación de cabeza, —es capitán Carswell Thome. Creo que usted debe conocerme como…—

Un sonido estrangulado escapo de la mujer. Su asombro y sospecha se multiplico en un segundo, rebelándose contra si misma mientras miraba a su hijo. Ella empujo abriendo la puerta el resto del camino y tomo un vacilante paso hacia el frente.

Lobo se había convertido en una estatua. Cinder podía sentir su ansiedad rodando de el en oleadas.

—¿Ze´ev?—La mujer susurro.

—¿Mamá?—Susurro él de regreso.

La incertidumbre se borró de sus ojos, remplazada con lágrimas. Ella unió sus manos sobre su boca y dio otro paso hacia adelante. Pausándose de nuevo. Entonces ella camino el resto del camino y envolvió con sus brazos alrededor de Lobo. A pesar de que él la empequeñecía en cualquier manera, él se observaba repentinamente pequeño y frágil, encorvándose para encajar mejor en su abrazo.

La madre de Lobo se apartó lo suficiente para ahuecar la cara de él en sus manos. Fijándose en lo guapo y maduro que se había vuelto, o talvez pensando en todas las cicatrices.

Cinder vio un tatuaje en su antebrazo, en el mismo lugar que Lobo tenia uno marcándolo como un operativo especial. El de su madre, sin embargo, solo decía RM-9. Le recordó a Cinder el cómo alguien marca a su mascota, para que sea regresado a casa en caso de que se pierda.

—Mamá —Lobo dijo de nuevo, asfixiado por sus emociones. —¿Podemos entrar?

La mujer presto atención a los demás, deteniéndose en Iko. Cinder se preguntó si ella estaba confundida por la falta de bioelectricidad de Iko, pero no preguntó. —Claro—.

Con esas simples palabras, ella se despegó de Lobo y los hizo pasar adentro.

Se encontraron en una pequeña habitación con una sola mecedora y un sofá, con una costura desgarrada que revelaba un relleno amarillo por dentro. Un nodo holográfico del tamaño de un puño se encontraba atascado en el cetro de una pared y una mesa pequeña fue empujada debajo del nodo. Había un vaso lleno de margaritas azules.

Una entrada llevaba a un pasillo corto donde Cinder asumía se encontraban los dormitorios y el baño. Una segunda puerta ofrecía la vista de una cocina igualmente pequeña, los estantes y mostradores rebosantes de platos.

Parecía que no se había quitado el polvo en un año. Pero entonces, la mujer lo hizo.

Lobo se encorvo en la habitación como si ya no encajara físicamente en la habitación, mientras que su madre agarro la parte posterior de la silla.

—Todos —Dijo Lobo —ella es mi madre, Maha Kesley. Mamá, ellos son Iko y Thome y… Cinder—Medito en las palabras como si él quisiera decir más, y Cinder sabía que se estaba debatiendo sí debería o no decirle a su mamá su verdadera identidad.

Cinder hizo todo lo posible para lucir amigable. —Gracias por darnos la bienvenida. Me temo que la hemos puesto en mucho peligro al venir aquí—.

Maha se puso un poco más erguida, aun desconfiando.

Thome tenía las manos en los bolsillos, como si tuviera miedo de tocar algo. —¿Su esposo llegara pronto?—.

Maha lo miro fijamente.

—No queremos sorpresas —Cinder añadió.

Maha frunció los labios. Ella miro a Lobo, y Cinder entendió. Lobo se tensó.

—Lo siento tanto, Ze´ev, —dijo Maha. —Él murió 4 años atrás. Hubo un accidente. En la fábrica—.

La expresión de Lobo no decía nada. Lentamente, su cabeza se balanceo con aceptación. Se veía más sorprendido de ver a su madre con vida que enterarse de la muerte de su padre.

—¿Estas hambriento?—dijo Maha, enterrando su conmoción. —Tú siempre te encontrabas hambriento… antes. Pero supongo que eras un niño en crecimiento entonces....—

Las palabras quedaron flotando entre ellos, llenos de una infancia perdida, tantos años.

Lobo sonrió, pero no lo suficiente como para mostrar sus colmillos afilados. —Eso no ha cambiado mucho—.

Maha pareció aliviada. Ella coloco un pelo suelto detrás de su oreja y se apresuró hacia la cocina. —Pónganse cómodos. Creo que podría tener algunas galletas—.

CAPÍTULO 25

Jacin se sentía pesado y con temor de entrar en la sala del trono. Los asientos reservados para los miembros de la corte estaban vacíos. Sólo se encontraba la reina en su trono, con Aimery a su lado. Ni siquiera sus guardias personales estaban con ellos, lo que significaba que fuera de lo que fuera que se tratara esta reunión, Levana no confiaba en nadie se enterara de esto.

Cress, pensó. Ella sabía de Cress. Él había estado escondiéndola en sus aposentos privados, manteniéndola a salvo como le había prometido a Winter que lo haría, pero sabía que no podría hacerlo por siempre.

¿Cómo se había enterado Levana?

Una pantalla había sido llevada a la habitación, una gran telered como las que utilizaban los medios de Terrestres, en dos dimensiones, sólo que ésta era más elaborada que cualquiera que Jacin hubiera visto en la Tierra. Fue creada en un caballete y enmarcada en plata pulida, bandas de rosas y espinas rodeaban la pantalla como si se tratara de una obra de arte. La reina no escatimó en gastos, como de costumbre.

La reina Levana y el taumaturgo Park, ambos tenían expresiones sombrías mientras Jacin se detuvo y juntó sus talones, tratando de no pensar en la última vez que había estado en este lugar. Cuando estaba seguro de que sería asesinado, y Winter tendría que verlo morir.

—¿Me convoco, mi reina?—

—Así es— Levana arrastrando las palabras, pasando los dedos sobre el brazo de su trono.

Contuvo el aliento, atormentando su cerebro por alguna forma de que pudiera explicar que la presencia de Cress no incriminara a Winter.

—He estado pensando mucho acerca de nuestro pequeño dilema— dijo la reina. —Deseo poner mi confianza en usted, como lo hice cuando estaba bajo el cuidado de Sybil, pero no he sido capaz de convencerme de que me sirve. A tu reina. Y no a... —Ella elevo y movió sus dedos por el aire, y su hermoso rostro adquirió algo parecido a una mueca. —Tu princesa—.

La mandíbula de Jacin se tensó. Esperó. Esperó a que lo acusaran de albergar un traidor conocido. Espero la declaración de su castigo.

Pero la reina parecía estar esperando demasiado.

Finalmente bajó la cabeza. —Con todo respeto, Su Majestad, el convertirme en la guardia de la princesa de Winter fue su decisión. No mía—.

Ella le lanzó una mirada sensual. —Y puedo ver lo molesto que está al respecto—. Suspirando, Levana se puso de pie y caminó detrás de la silla habitual de Winter. Estiro sus dedos a lo largo de la parte superior de la tapicería. —Después de mucho pensar, he ideado una prueba. Una tipo de misión para probar tu lealtad de una vez por todas. Creo que, con esta misión completada, no habrá ningún reparo en ponerte de vuelta al servicio de mi Taumaturgo Mayor. Aimery está ansioso por tener tus habilidades bajo su mando—.

Los ojos de Aimery brillaron. —Bastante—.

Las cejas de Jacin bajaron y cayó en la cuenta lentamente de que no se trataba de Cress en absoluto.

Se habría sentido alivio, excepto, si no se trataba de Cress...

—Te conté antes de mi promesa a mi marido, el padre de Winter— continuó Levana. —Yo le dije que protegería a la niña dentro de mis capacidades. Después de todos estos años, he mantenido esa promesa. Me he encargado de ella y la he criado como una hija propia—.

A pesar de que lo intentó, Jacin no pudo reprimir una oleada de rebelión ante estas palabras. ¿Había criado a Winter como una hija propia? No. Había torturado a Winter haciéndola asistir a toda prueba y ejecución, aunque todo el mundo sabía que ella las odiaba. Había entregado a Winter el cuchillo que desfiguró su rostro hermoso. Se había burlado de Winter sin descanso por lo que vio como una —debilidad mental— sin tener idea de que fuerte tenía que ser Winter para evitar la tentación de usar su glamour, y la cantidad de fuerza de voluntad que la había llevado a suprimirla en los últimos años.

Una sonrisa irónica se apoderó de los labios rojo sangre de Levana. —¿No te gusta cuando hablo de tu querida princesa?—.

—Mi reina puede hablar de quien le plazca—. La respuesta fue automática y monótona. No tendría ninguna diferencia tratar de negar que le importaba Winter, no cuando cada persona en este palacio había sido testigo de sus travesuras de la infancia y sus juegos.

Había crecido al lado de Winter debido a que sus padres eran tan cercanos, a pesar de lo inadecuado que era para una princesa trepar a los árboles y jugar en combates con espada, con el hijo de un guardia humilde. Recordó querer protegerla aun así, incluso antes de saber lo mucho que necesitaba protección. También recordó que intento robarle un beso, sólo una vez cuando tenía diez años y ella tenía ocho años. Ella se rio y se alejó, lo regaño. *No seas tonto. No podemos hacer eso hasta que estemos casados.*

No, su única defensa era fingir que no le importaba que todo el mundo lo supiera. Que sus burlas no le molestaban. Que cada vez que Levana mencionaba a la princesa, su sangre se convertía en hielo. Que él no estaba aterrorizado de que Levana usara a Winter contra él.

Levana bajó de la plataforma elevada. —Ella se ha tenido a los mejores tutores, las mejores ropas, los más exóticos de animales de compañía. Cuando ha pedido algo de mí, he intentado todo lo posible para cumplirlo—.

A pesar de que hizo una pausa, Jacin no creía que estuviera esperando una respuesta.

—A pesar de todo esto, ella no pertenece aquí. Su mente es demasiado débil para que ella sea útil, y su negativa a ocultar esas horribles cicatrices le ha hecho un hazmerreír entre la corte. Ella se burla de la Corona y de la familia real. —Ella apretó la mandíbula. —No me di cuenta de la magnitud de su desgracia hasta hace poco. Aimery ofreció su propia mano en matrimonio a la niña. No podría haber esperado un mejor partido para una niña que no tiene sangre real. —Su tono se volvió gruñendo y Jacin sintió como estaba siendo estudiado de nuevo, pero él ya había recuperado el control de sí mismo. Ella tendría ningún poder sobre él, ni siquiera en este tema.

—Pero, no— dijo la reina al fin. —La niña se niega incluso a esta generosa oferta. No puedo entender la razón para rechazar a mi más digno consejero, trayendo más

humillaciones a esta corte —Ella levantó la barbilla. —Luego estaba el incidente en el AR-2. Supongo que lo recuerdas, ¿no?—.

Su boca se volvió agria. Si no hubiera sido tan cuidadoso de ocultar su temor, habría maldecido.

—¿No?— ronroneó Levana cuando él no dijo nada. —Permítanme refrescar su memoria—.

Sus dedos se deslizaron a través de la telered. Se encendió lentamente en un pintoresco panorama, mostrando imágenes de una pequeña fila pintoresca de tiendas. Se vio, sonriendo a Winter. Ella empujándolo con el hombro, y dejando que le diera un codazo hacia atrás. Sus ojos tomando atisbos de uno al otro cuando el otro no estaba mirando.

Su pecho se sentía ahuecado. Cualquiera podía ver qué sentía el uno por el otro.

Jacin miró, pero no tenía que hacerlo. Recordó a los niños y su corona hecha a mano de ramitas. Recordó lo hermoso que Winter le había mirado cuando se la puso en su cabeza, despreocupada. Recordó que la había arrebatado y lanzado en la canasta.

Tenía la esperanza de todo el incidente pasaría desapercibido.

Su atención se desplazó de nuevo a la reina, pero ella estaba frunciendo el ceño a la pantalla, había odio en sus ojos. Su intestino se revolvió. Ella había mencionado una misión especial para que él probara su lealtad, sin embargo, todo lo que había hablado era Winter y en la vergüenza en que se había convertido.

—Estoy decepcionada de usted, Sir Clay—. Levana se volvió hacia él. —Pensé que podía confiarle mantenerla bajo control, asegurarse de que no hiciera nada para avergonzarme a mí y a mi corte. Pero usted no pudo. ¿Pensó que era adecuado para ella ir por ahí de toda la ciudad, jugando a ser una reina ante sus leales súbditos?—.

Jacin se mantuvo firme, ya se había resignado a su muerte. Ella le había traído aquí después de todo para ejecutarlo. Estaba agradecido que había decidido prescindido que Winter viera esto.

—¿Y bien? ¿No tiene nada que decir en tu defensa?—.

—No, mi reina— dijo —pero espero que me permita hablar en su defensa. Los niños le dieron un regalo como agradecimiento por comprar algunas flores de la floristería. Ellos estaban confundidos, no entendían lo que podría sugerir. La princesa no pretendía nada con esto—.

—¿Confundidos?— La mirada de Levana volvió susceptible. —¿Los niños estaban confundidos?— Ella rio. —¿Y cuánta confusión voy a tolerar? ¿Tengo que ignorar la forma enfermiza en que le idolatran? ¡Hablan de su belleza y sus cicatrices como si fueran una insignia de honor, cuando no tienen idea de lo débil que es! Su enfermedad, sus delirios. Ella sería aplastada si alguna vez se sentara en un trono, pero ella no ve eso. No… sólo piensan en sí mismos y su princesa, sin pensar en todo lo que he hecho para traerles seguridad, compostura y… —Ella se apartó, sus hombros temblaban. —¿Tengo que esperar hasta que le pongan una corona real sobre su cabeza?—.

El horror llenó el pecho de Jacin y esta vez no podía disimularlo.

Ella estaba psicótica.

Esto lo sabía, por supuesto. Pero nunca había visto que su vanidad, su codicia y la envidia elevarse tanto en ella. Se había vuelto irracional, y su ira estaba dirigida a Winter.

No…Winter y Selene. Ahí es donde esta venía. Había una chica que dice ser su sobrina perdida y Levana se sentía amenazada. Estaba preocupada de que su control sobre el trono empezara a tambalear, y la paranoia y el endurecimiento del control eran la consecuencia de esto.

Jacin coloco un puño contra su pecho. —Mi reina, le aseguro que la princesa no es una amenaza para su corona—.

—¿No te inclinaras ante ella?— Dijo Levana, girando de nuevo a él cara con veneno en sus ojos. —¿Tú, que la amas tan diligentemente? ¿Quiénes son tan leales a la familia real?—.

Se obligó a dar un trago. —Ella no es de sangre real. Ella nunca podrá ser la reina —.

—No. Ella nunca será reina. —Ella se tambaleó hacia él, y él se sentía como que estaba siendo rodeado por una serpiente pitón, sofocado y se atragantó. —Porque tú eres mi leal servidor, como has proclamado con tanta vehemencia. Y tú vas a matarla—.

La lengua de Jacin se volvió seca como una roca lunar. —No— susurró.

Levana levantó una ceja.

—Quiero decir, mi reina—. Se aclaró la garganta. —No puedo....— Él miró a Aimery, quien mostraba una media sonrisa, satisfecho con esta decisión. —Por favor. Pídale que se case con usted de nuevo. Voy a hablar con ella. Me aseguraré de que esté de acuerdo. Ella todavía puede ser útil, es un buen partido. Solo tiene nerviosismo—.

—¿Te atreves a cuestionarme?— dijo Levana.

Su pulso tronó. —Por favor—.

—Le ofrecí mi mano a la princesa como un acto de bondad— dijo Aimery, —para protegerla de las ofertas de pretendientes mucho menos simpáticos. Su negativa ha demostrado lo ingrata que es. Yo ya no la tomare aun si ella me rogara—.

Jacin apretó la mandíbula. Ahora su corazón latía y no podía detenerlo.

La atención de la reina se suavizó, se llenó de miel y azúcar. Ella estaba cerca de él. Si solo pudiera agarrar el cuchillo y cortarle la garganta.

¿Sería su brazo será más rápido que sus pensamientos? ¿Sería más rápido que el de Aimery?

—Querido Sir Clay— pensó, y se preguntó si se había detectado su desesperación. —No crea que no soy consciente de lo que estoy pidiendo que haga y lo difícil que será para usted. Pero estoy siendo misericordiosa. Sé que va a ser rápido. Ella no va a sufrir en sus manos. De esta manera, yo también cumpliré mi promesa a su padre, ¿no lo ve?—.

Era una locura. Absolutamente una locura.

Lo peor de todo era que él pensaba que en realidad podría creer lo que estaba diciendo.

Sus dedos se crisparon. Una gota de sudor se deslizó por su cuello.

—No puedo— dijo. —No lo haré. Por favor... Por favor llévesela lejos. Quítele su título. Conviértala en una sirvienta. O destiérrela a los sectores externos, y nunca volverá a escuchar de ella otra vez, se lo prometo....—

Con una mirada fulminante, Levana se dio la vuelta y suspiró. —¿Cuántas vidas sacrificarías por ella?— Caminó hacia la pantalla. El video se había pausado ahora, mostrando a tres niños en la puerta. —¿Preferirías que matara a estos niños en su lugar?—.

Su corazón salto, tratando de liberarse de su caja torácica.

—¿O que tal...?—. Se volvió hacia él, golpeando con un dedo en contra de la comisura de la boca. —¿Tus padres? Si no recuerdo mal, Sir Garrison Clay fue transferido a un puesto de guardia en uno de los sectores exteriores. Dígame, ¿cuándo fue la última vez que habló con ellos?—.

Él apretó los labios, con miedo de que cualquier admisión pudiera volverse contra él. No había visto ni hablado con sus padres en años. Al igual que con Winter, había sabido sin duda que la mejor manera de proteger a sus seres queridos era fingir que no los amaba en absoluto, por lo que nunca podría ser usado en su contra. Del mismo modo que Levana estaba usándolos ahora.

¿Cómo había cometido un fallo como este? No podía proteger a nadie. No podía salvar a nadie…

Sabía que su cara estaba desencajada por el pánico, pero no pudo sofocarlo. Quería caer de rodillas y suplicar para que ella cambiara de opinión. Haría cualquier cosa, cualquier cosa menos esto.

—Si te niegas otra vez— dijo Levana —quedará claro que tu lealtad es falsa. Vas a ser ejecutado por traición y tus padres serán los siguientes. Entonces enviaré a Jerrico para hacerse cargo de la princesa, y no creo que él sea tan amable con ella como lo habrías sido tú. —

Jacin ahogó su miseria. No le haría ningún bien.

La idea de que Jerrico, el brutal capitán de la guardia, acatara esa misma orden le heló la sangre.

—¿Va a completar esta tarea para mí, señor Clay?—

El inclinó la cabeza para ocultar su desesperación, aunque esa muestra de respeto casi lo mata.

—Lo haré. Mi reina—.

CAPÍTULO 26

Por primera vez desde que lo había abandonado, Cress se encontró extrañando su satélite. La habitación privada de Jacin era más pequeña de lo que su satélite había sido. Las paredes eran tan finas que no se atrevía ni siquiera cantar para pasar el tiempo. Y cuando tenía que usar las instalaciones, tenía que esperar a que Jacin saliera de su turno para que pudiera colarla dentro y fuera del baño que compartían entre los guardias y sus familias, los cuales todos vivían en esta ala subterránea del palacio. Una vez cruzó camino con otra persona, y aunque era sólo la esposa de un guardia, que le sonrió amablemente sin ningún signo de sospecha, el encuentro dejó a Cress temblando.

Sentía a la reina y a su corte rodeándola. Estaba consciente en todo momento de que una persona la reconocería como una caparazón y eso significaría la muerte. Tal vez la tortura e interrogatorio serian primero. Estaba enferma con la ansiedad de su propia seguridad y aterrorizada por el destino de sus amigos. Estaba frustrada porque Jacin nunca tenía noticia alguna acerca de ellos.

Se dijo a sí misma que eso era una buena señal. Jacin sabría si ellos habían sido encontrados. ¿No es así?

Cress se distraía haciendo lo que pudiera para ayudar a la causa de Cinder con los limitados recursos que Jacin tenía a su disposición en los cuartos. Todavía tenía su portavisor, y aunque no se atrevía a enviar comm alguna, sabiendo cuán fácil podían ser rastreadas, era capaz de conectarse al sistema de difusión de la reina a través del nodo holograma incrustado en la pared de Jacin. Los nodos estaban por todas partes en Luna -como los portavisores en la Tierra, y las fuentes tan fáciles de hackear. Todavía tenía el video pregrabado de Cinder almacenado en su portavisor, pero tenía miedo de hacer cualquier cosa sin antes saber si Cinder y los otros estaban listos. En lugar de eso, pasó su tiempo interrumpiendo los mensajes de propaganda de la reina y tratando de llegar a alguna manera de indicarles a sus amigos que ella estaba viva y relativamente a salvo. Sin embargo nunca se le ocurrió algo que no fuera demasiado obvio o demasiado confuso, y ella era demasiado tímida como para hacer cualquier cosa que pudiera alertar a la reina a su presencia.

Deseó una y otra vez tener acceso a la misma tecnología que había tenido en el satélite.

Se sentía más aislada del mundo de lo que nunca estuvo, sin medios para observar excepto lo aprobado por la corona. Sin ninguna manera de enviar una comunicación directa. Sin acceso a la red de vigilancia de Luna o a los sistemas de seguridad y, por lo tanto, sin manera de cumplir con los deberes que Cinder le había dado. Mientras las horas se convertían en días, ella se sentía más ansiosa y confundida, con ganas de salir de este espacio cerrado y hacer algo.

Estaba alterando la banda sonora de un mensaje real acerca de sus ‘valientes victorias contra los Terrestres de mente débil’ cuando unos pasos de suela dura en el pasillo la hicieron detenerse.

Pararon frente a la puerta de Jacin. Cress desconectó su portavisor, se arrojó fuera de la cama de Jacin, y se escurrió por debajo de ella, apretándose tan cerca de la pared como le fue posible. En el exterior, escuchó el código de verificación y la confirmación de la huella digital en la cerradura. La puerta se abrió y se cerró.

Contuvo el aliento.

—Sólo yo— llegó la voz de Jacin, sonando tan desilusionado como siempre.

Exhalando, Cress se arrastró fuera de su escondite. Se quedó en el suelo, con la espalda apoyada contra un costado de la cama. La cama era el único lugar para sentarse en esta pequeña habitación y se sentía culpable de arrebatársela a Jacin - aunque ella no podía recordarlo sentado en su presencia alguna vez. Él incluso había dormido en el piso desde su llegada, sin ninguna discusión.

—¿Alguna noticia?— ella preguntó.

Jacin se apoyó contra la puerta, sus ojos ensombrecidos atrapados en el techo. Parecía extrañamente desarreglado. —No—.

Cress tiró de las rodillas a su pecho. —¿Hay algo mal?—.

Todavía en trance por el techo, él murmuró. —Tú desactivaste las cámaras en el muelle—.

Ella parpadeó.

—¿Podrías hacerlo de nuevo? ¿En cualquier cámara del palacio?—.

Ella buscó su cabello. La costumbre de juguetear con él era difícil de romper, a pesar de que había sido corto desde hace semanas. —Si tuviera acceso al sistema. Lo cual no tengo—.

Él abrió la boca, se detuvo, volvió a cerrarla.

Cress frunció el ceño. Jacin rara vez era hablador, pero esto era inusual incluso para él.

Finalmente, dijo —Te conseguiré acceso al sistema—.

—¿Por qué vamos a deshabilitar las cámaras?—.

Su pecho creció y su enfoque viajó por las paredes de piedra y aterrizó en Cress. —Te marchas. Tú, Winter y esa chica pelirroja van a abandonar el palacio. Esta noche—.

Cress se arrastró empujada por sus pies. —¿Qué?—.

—Winter no se puede quedar aquí, y no se irá sin esa amiga suya. Me ayudaras a sacarlas de aquí y ese tu boleto de salida también—. Comenzó a masajearse la sien. —Sabes dónde Cinder está escondida, ¿verdad? Puedes encontrarla. Ella mantendrá a Winter a salvo. Ella tiene que mantenerla a salvo—.

La sospecha se arrastró por su espalda ante la mención de Cinder. ¿Era esto un truco? ¿Estaba tratando de conseguir información de ella para venderla a la reina por sus propias ganancias? Lo había hecho antes.

—Va a parecer sospechoso si un montón de cámara caen a la misma vez— dijo ella.

Él asintió con la cabeza. —Lo sé, pero con suerte te habrás ido antes de que alguien se dé cuenta—.

Ella se mordió el labio. Podría ponerlos en un temporizador, tratar de hacer que los cortes parezcan fallas de energía al azar o un fallo del sistema, pero incluso eso tenía el potencial para ser descubierto.

Jacin había comenzado a caminar. Ella podía ver sus pensamientos agitándose. Un plan se estaba formando en su cabeza, aunque ella no podía empezar a adivinar cómo planeaba escabullirlas fuera del palacio sin que nadie las viera, sobre todo cuando la princesa Winter era tan reconocible.

—¿Qué pasó? — dijo Cress —¿Acaso Levana sabe sobre mí? —.

—No. Es otra cosa—. Él estaba pellizcando el puente de su nariz ahora. —Va a hacer que maten a Winter. Tengo que sacarla de aquí. Creo que conozco una manera. Puedo armarlo, pero…—. Sus ojos se volvieron una plegaria. —¿Me ayudarías? —.

A Cress se le encogió el corazón. En el poco tiempo que había conocido Jacin, le ha parecido frío, sin corazón, incluso cruel a veces. Pero ahora estaba al borde de un colapso, listo para derrumbarse.

—¿A deshabilitar las cámaras? — Preguntó.

Él asintió.

Miró a su portavisor. Aunque se había desprendido del nodo holograma, cuando ella se hundió por debajo de la cama, el cable conector seguía colgando a su lado. Esta era su oportunidad. Ella podría alejarse del palacio, alejarse de esta ciudad y de todos sus peligros. Ella podía estar con sus amigos de nuevo. Ella podía estar a salvo, esta noche.

La tentación la envolvió. Tenía que salir de ahí.

Pero cuando volvió la cara hacia Jacin otra vez, ella estaba sacudiendo la cabeza.

Desconcierto cruzó el rostro de él.

—Será más seguro para la princesa y Scarlet si— ella tragó, pero la saliva quedó atascada en su garganta —Si me quedo atrás—.

—¿Qué?—.

—Nuestra oportunidad para que la interferencia pase desapercibida mejorará si opero el fallo del sistema manualmente. Puedo apagar las cámaras por estallidos cortos, que se vean como apagones aleatorios. Un completo apagón atraería demasiado la atención, y apagar solo una porción de ellas le daría a la reina la pista de por cual camino se fueron Winter y Scarlet. Pero si desactivo y reinicio secciones al azar del sistema de vigilancia, al mismo tiempo... Puedo hacerlo lucir como una coincidencia—. Ella golpeó un dedo contra su labio inferior. —Podría configurar una distracción también. Tal vez una alarma en otra parte del palacio, para llevar a la gente lejos de ellas. Y todas las cerraduras de las puertas en las principales vías pueden ser alteradas a distancia también—.

Estaba segura de su decisión. Se quedaría atrás para dar a Winter y Scarlet la mejor oportunidad para escapar.

—Estás loca— dijo Jacin. —¿Quieres morir en este palacio? —.

Ella se enderezó. —Levana no sabe que estoy aquí. En cuanto me tengas oculta....—

—Tan pronto como Levana se entere de que dejé ir a Winter, va a matarme—.

Ella apretó los puños, molestaba que él estuviera haciendo agujeros en su recién descubierto valor. —Scarlet fue capturada durante un intento por rescatarme. Y Winter

me protegió, a pesar de que no tenía por qué, y sé que la puse en mucho peligro. Así es cómo puedo pagarle a los dos—.

Jacin la miró y ella pudo ver el momento en que aceptó su decisión. Era su mejor oportunidad y él tenía que saberlo. Se dio la vuelta, con los hombros empezando a caer. —Fui el piloto de Sybil durante más de un año— dijo —yo supe acerca de ti durante más de un año, y no hice nada para ayudarte—.

Su confesión la apuñaló en el pecho. Siempre había pensado que Sybil iba sola, nunca dándose cuenta de que tenía un piloto con ella hasta que fue demasiado tarde. Quizás Jacin podría haberla ayudado, incluso la rescatarla.

Ellos nunca lo sabrían.

Él no se disculpó. En cambio, apretó los dientes y se encontró con sus ojos de nuevo. —Protegeré a Winter con mí la vida. En segundo lugar solamente de ella, prometo protegerte a ti también—.

CAPÍTULO 27

Scarlet estaba trabajando en esta nueva cosa a la que le gustaba llamar no reaccionar.

Era una habilidad que de ninguna manera llegó a ella naturalmente. Pero cuando estaba encerrada dentro de una jaula y sus enemigos eran aquellos en el exterior, parloteando y riendo y generalmente solo siendo bufones, no reaccionar parecía un mejor hábito que gritar obscenidades y tratar de golpearlos a través de las barras. Por lo menos, conlleva un poco más de dignidad.

—¿No puedes hacer que haga un truco?— preguntó la mujer Lunar, sosteniendo una sombrilla de plumas de búho sobre un hombro, aunque Scarlet no podía adivinar de que estaba protegiendo. De acuerdo con Winter, faltaban otros seis días antes de que vieran la verdadera luz del sol de nuevo, y no llovía sobre Luna en absoluto.

El compañero de la mujer se inclinó, apoyando las manos en sus rodillas, y miró a Scarlet a través de los barrotes. Él llevaba lentes de sol color naranja. Una vez más, Scarlet no sabía por qué. Scarlet, con las piernas cruzadas en el suelo, las manos juntas y su capucha puesta más allá de los oídos, le devolvió la mirada.

Soy una visión de tranquilidad e indiferencia.

—Haz algo— él ordenó.

Scarlet parpadeó.

Él la miró directamente. —Todo el mundo dicen que los Terrestres se supone que son lindos y divertidos. ¿Por qué no bailas para nosotros? —.

Sus entrañas se retorcieron, deseando más que nada mostrarle a este hombre lo linda y divertida que podía ser. Por fuera, sin embargo, ella era estatua.

—¿Eres muda, o simplemente estúpida? ¿Es que no te enseñaron en esa roca cómo dirigirte a tus superiores?—

Soy la esencia de la paz y la calma.

—¿Qué pasa con su mano?— dijo la mujer.

El hombre miró hacia abajo. —¿Qué pasa con tu mano? —.

Sus dedos no hicieron ni una contracción. Ni siquiera el que le faltaba la mitad.

La mujer bostezó. —Estoy aburrida y los Terrestres huelen mal. Vamos a mirar a los leones—.

El hombre se enderezó, los brazos en jarras. Scarlet podía verlo calcular algo en su diminuta cabeza.

No creía que iba fuera a tratar de utilizar su don en ella —nadie la había manipulado desde que había sido traída a la casa de fieras y estaba empezando a sospechar que su estatus como una de las mascotas de la princesa estaba protegiéndola de esa tortura, al menos.

Él dio un paso hacia adelante. Detrás, Ryu gruñó.

Era una prueba de fuerza de voluntad para Scarlet sofocar una sonrisa.

Ese lobo realmente había crecido en ella últimamente.

Aunque la mujer miró al encierro del lobo, el hombre mantuvo su atención puesta en Scarlet. —Estás aquí para entretenernos— dijo —así que haz algo. Canta una canción. Cuenta una broma. Algo—.

Para mi siguiente truco, voy a ganar un concurso de miradas con el imbécil de los lentes de sol color naranja.

Gruñendo, el hombre cogió la sombrilla de su novia y la cerró. Aferrándose en el mango curvo, empujó el extremo puntiagudo través de los barrotes y pinchó a Scarlet en el hombro.

Ryu ladró.

La mano de Scarlet azotó de vuelta, su puño se envolvió alrededor de la tela de plumas. Tiró de la tela y el hombre tropezó contra la jaula. Ella empujó el mango de la sombrilla hacia su cara. Él gritó y se tambaleó hacia atrás, sus gafas se estrepitaron hacia al suelo. La sangre brotaba de su nariz. Scarlet sonrió el tiempo suficiente antes de arrojar la sombrilla en el pasillo —no había sentido en conservarla, cuando los guardias acabarían por quitársela. Ella ahogó su expresión petulante y volvió a su expresión neutral.

Esta cosa de no-reaccionar estaba funcionando mejor de lo que había esperado.

Después de maldecir, gritar y conseguir llenar de sangre toda su camisa, el hombre agarró a su novia y el paraguas y se alejó, hacia la entrada de la casa de fieras. Probablemente iban a delatarla con los guardias. Probablemente perdería una comida o dos por su mal comportamiento.

Pero completamente valía la pena.

En el camino se encontró con la mirada amarilla de Ryu y le hizo un guiño. En respuesta, el lobo levantó la nariz y aulló, un corto, y alegre sonido.

—Haz hecho un amigo—.

Ella siguió el sonido de la voz. Un guardia estaba apoyado contra un árbol de grandes hojas, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. Él no era uno de sus guardias normales, aunque había un aire de familiaridad en él. Se preguntó cómo tiempo llevaba allí de pie.

—Nosotros los animales tenemos que mantenernos unidos— dijo, pero luego decidió que eso era todo lo que él conseguiría de ella. No estaba aquí para entretener a los malcriados aristócratas Lunares, y desde luego no iba a entretener a uno de los secuaces sin cerebro de la reina.

—Supongo que tiene sentido que te gustara ese. Está relacionado con su novio—.

Su corazón se agitó. Un sentimiento de aprehensión revoloteó en su pecho.

Empujándose a sí mismo fuera del árbol, el guardia se paseó delante del encierro de Ryu. Una mano descansaba en su cinturón, en la empuñadura de un gran cuchillo. El lobo se quedó inmóvil, de pie en cuatro patas, como si no hubiera decidido si se debía confiar en este extraño o no.

—El padre de este fue el primer lobo del que se recolectó ADN cuando comenzaron a experimentar con los soldados. El preciado lobo ártico de la reina. Una vez un macho

alfa—. Se volvió hacía a Scarlet. —Pero se necesita una manada para ser un alfa, ¿no es así?—.

—No lo sabría— dijo inexpresivamente.

—Toma mi palabra sobre ello— Pareció analizar en su cabeza, inspeccionándola. —No sabes quién soy—.

Lo dijo en el mismo momento en que su memoria hizo clic. El cabello rubio, el uniforme, su espeluznante conocimiento sobre Lobo.

Su reconocimiento sólo la hizo ser más cautelosa.

—Claro que sí. No puedo conseguir que la princesa deje de hablar acerca de ti—.

Ella lo observó cuidadosamente, curiosa por saber si los sentimientos de Winter eran siquiera la mitad de mutuos, pero él dio nada.

Era guapo, de eso seguro. Hombros anchos y una barbilla cincelada. Pero él no era como lo había esperado. Su postura hablaba de condescendencia, su expresión de desinterés. Él era todo zarzas y carámbanos mientras caminaba hacia su jaula.

Él era lo opuesto a cálido, tan lejos del parloteo de Winter como lo podía imaginar.

Jacin no se agachó o inclinó, y era un esfuerzo para el cuello de Scarlet mirarlo. Su aversión aumentó.

—Confío en que ella te contó sobre tus amigos—.

Winter le había dicho que estaban vivos. Que venían por ella. Que Lobo la echaba mucho de menos.

Ahora, conociendo al infame Jacin, ella no podía imaginar que él fuese el encargado de hacer llegar ese informe.

—Recibí el mensaje—.

Scarlet se preguntó si él esperaba un agradecimiento —el cual no iba a obtener, dado que él estaba aquí en Luna, usando ese uniforme. ¿Del lado de quien estaba él?

Scarlet resopló y se apoyó en sus codos. Tal vez no fuese algo tan digno, pero no iba a permitir que este tipo la intimidara con un dolor de cuello permanente. —¿Necesitas algo?—.

—Winter cree que eres una amiga—.

—Eso te hace que uno de nosotros—.

Después de un latido, él reveló una grieta en su armadura. La más pequeña de las sonrisas.

—¿Qué?— preguntó ella.

Balanceándose sobre sus talones, Jacin apoyó la mano en el cuchillo de nuevo. —No estaba seguro de qué tipo de chica podría hacer una misión especial de balística por encima de ella. Me alegra ver que no una del tipo estúpida—.

Ella apretó las manos en puños. —También, no del tipo que se vende ante una adulación vacía—.

Envolviendo una mano alrededor de una de las barras, Jacin finalmente se agachó, así que estaban a la misma altura. —¿Sabes por qué sigues con vida? —.

Apretó los dientes y respondió, ligeramente de mala gana, —Debido a Winter—.

—Eso es correcto, fuegos artificiales. Trata de no olvidarlo—.

—Es difícil de olvidar cuando estoy encerrada en su jaula, sol naciente—.

La esquina de su boca se arrugó con una diversión contenida, pero desapareció con la misma rapidez. Enervante. Él señaló con la barbilla hacia su mano. —¿Cuándo fue la última vez que alguien revisó esa infección? —.

—Sé cómo luce una infección— Ella resistió la urgencia de ocultar su dedo herido, pero no había manera de que fuera a mostrarle este chico el muñón de su dedo. —Está bien—.

Él hizo un sonido evasivo. —Dicen que eres una piloto decente—.

Frunció el ceño. —¿Qué es esto, una entrevista de trabajo? —.

—¿Has volado alguna vez una nave Lunar con anterioridad?—.

Por primera vez, él tenía toda su atención, pero su curiosidad estaba llena de sospechas.

—¿Por qué?—.

—No son muy diferentes de las naves Terrestres. Una pequeña diferencia en el diseño de los controles de vuelo, un despegue más suave en general. Creo que podrás descifrarlo—.

—¿Y por qué importa si puedo volar una nave Lunar?—.

Su mirada cortó a través de ella, diciendo más que sus palabras. Se levantó. —Sólo estate lista—.

—¿Lista para qué? ¿Y por qué te preocupas por mí, de todos modos?—.

—No lo hago— dijo, tan casual que Scarlet tuvo que creerle. —Pero si me importa la princesa, y ella podría necesitar un aliado—. Él miró hacia otro lado. —Un mejor aliado que yo—.

CAPÍTULO 28

El corazón de Winter titubeo mientras abría la enorme puerta de cristal de la casa de las fieras. Los sonidos de la vida silvestre se derramaba de las aves que graznaban por el corredor en sus jaulas palaciegas, los monos charlaban desde las enredaderas, sementales blancos relinchaban en los establos distantes.

Cerró la puerta antes de que el calor pudiera escapar y miro hacia los diferentes caminos, pero no había ni rastro de Jacin. La colección de animales salvajes tenía varios acres de esta ala del palacio, un laberinto de jaulas con barrotes y puertas de vidrio. Siempre estaba húmedo y perfumado con flores exóticas, un aroma que apenas cubría el olor de los animales.

Era su lugar favorito, lo había sido incluso antes de que Scarlet hubiese vivido allí. Siempre se sintió como en casa con los animales, que no sabían nada de control mental y manipulación. No les importaba si era hermosa o si era la hijastra de la reina, o si se estaba volviendo loca. No recordaba haber tenido un episodio de locura dentro de estas paredes, rodeada de sus amigos. Aquí, se sentía tranquila. Aquí, podía fingir que estaba en control de sus propios sentidos.

Se metió un rizo rebelde detrás de la oreja y se alejó de la puerta. Pasó por el hogar frío del zorro ártico, que estaba acurrucado encima de un tronco de abedul, ocultando su rostro detrás de su esponjada cola. En la siguiente jaula se encontraba una madre leopardo de las nieves con su camada de tres cachorros jugando a su alrededor. En el lado opuesto del camino sobre una cubierta de musgo estaba un búho blanco que dormía. Abrió sus ojos al pasar Winter.

Vio el recinto de Ryu adelante, pero debe estar durmiendo en su guarida, ya que el lobo no se encontraba por ningún lado. Luego estaba Scarlet, la única criatura en la casa de las fieras que no era totalmente blanca ya fuera con pelaje o plumas, llevaba la distinción con desafío en su pelo rojo y la sudadera con capucha que nunca baja a pesar de la humedad. Estaba sentada con las rodillas en su pecho, mirando el musgo floreciendo fuera de su jaula.

Se sorprendió al ver a Winter acercarse.

—Hola, amiga. —Winter se arrodilló delante de la jaula de Scarlet.

—Hola, desquiciada— dijo Scarlet. Sonó suave. — ¿Cómo están las murallas del castillo hoy?

Winter tarareó pensativa. Había estado tan distraída que apenas había estado prestando atención a las murallas.

—No están tan ensangrentadas como de costumbre, —Determino.

—Eso es algo.

Scarlet movió sus rizos hacia un lado. Su cabello se había oscurecido por la grasa y la suciedad, extinguiendo la rojez ardiente que una vez había hecho recodar a Winter la cola de un cometa. También había perdido mucho peso desde su cautiverio. Winter sintió una punzada de culpabilidad. Debería haberle traído un bocadillo.

La mirada de Scarlet se posó en Winter con un dejo de sospecha, tenía un vestido de velo que brillaba un poco más de lo habitual.

—Te ves... —Hizo una pausa. —Olvídalo. ¿Cuál es la ocasión?

Winter entrelazo sus manos.

—Jacin me pidió reunirme con él aquí.

Scarlet asintió, sorprendida.

—Sí, vino hace un rato. —Inclino su barbilla hacia el camino. —Se fue en esa dirección.

Winter sintió de nuevo, sus rodillas temblar. ¿Por qué estaba nerviosa? Solo era Jacin, la había visto cubierta de barro y rasguños cuando eran niños, le había vendado sus heridas cuando se raspaba, la había sostenido cuando las visiones se acercaban, le susurraba trayéndola de nuevo a la realidad.

Pero algo había cambiado cuando le preguntó si se podían encontrar aquí. Por una vez, se veía ansioso.

Pasó la mitad de la noche preguntándose qué podría significar eso, y su imaginación siempre la llevo una y otra vez a la misma posibilidad, una esperanza que brillaba en su interior. Iba a decirle que la amaba. Él no quería fingir más, a pesar de la política, a pesar de su madrastra. No podía pasar otro día sin besarla.

Se estremeció.

—Gracias— murmuró a Scarlet. Ajusto su vestido, y se dirigió por el camino.

— ¿Winter? —Hizo una pausa. Scarlet acerco su rostro a las rejas. —Ten cuidado.

Winter ladeó su cabeza.

— ¿Qué quieres decir?

—Sé que a ti te gusta él. Sé que confías en él. Pero sólo...ten cuidado.

Winter sonrió. Pobre, Scarlet siempre tan desconfiada.

—Si insistes, —Dijo, dándole la espalda.

Lo vio tan pronto como había girado en la esquina de la jaula de Ryu. Jacin estaba de pie sobre un puente que daba al estanque central de la casa de las fieras y el agua se movía. Una familia de seis cisnes se agrupaba bajo el puente mientras él les tiraba migas de pan de sus bolsillos.

Vestía su uniforme, ya listo para comenzar su turno como su guardia personal. Su cabello era tan pálido a la luz brumosa de la casa de las fieras que por un momento Winter pensó que era uno de los animales de invierno: una de las mascotas de Levana.

Apartó el pensamiento de su mente cuando Jacin miro hacia arriba. Su expresión era oscura y su nerviosismo se desvaneció. Así que esto no era una reunión romántica después de todo. Por supuesto que no lo era. Nunca lo fue.

No está decepcionada, sin embargo, debía ahuyentar la ilusión que tenía que la presionara contra las jaulas y la besara hasta que no pudiera pensar en otra cosa.

Se aclaró la garganta y se acercó a él.

—Esto es bastante clandestino, —Dijo ella, dándole un codazo mientras terminaba de sacar las migajas de sus bolsillos.

Jacin vaciló, antes de mirarla.

—La colección de animales salvajes está abierta al público, Alteza.

—Sí, y las puertas se abrirán dentro de cinco minutos. Nadie está aquí.

Echó un vistazo por encima del hombro.

—Estás bien. Supongo que sí es bastante clandestino.

Un nuevo susurro de esperanza se agitó entre sus oídos. Quizás. Quizás…

—Camina conmigo— dijo Jacin, agachándose al lado del puente.

Lo siguió hacia la laguna. Su mirada estaba pegada a la tierra, con una mano rozando contra el mango de su cuchillo. La pose habitual de un guardia.

— ¿Pasa algo...?

—Sí— susurró, como si se hubiera ido a lo más profundo de sus pensamientos, —hay un par de cosas.

— ¿Jacin?

Se frotó la frente. Winter no podía recordar la última vez que lo había visto tan inseguro de sí mismo.

—De hecho, hay un montón de cosas que me gustaría decirte.

El corazón de Winter revoloteo. Lucho a través de pensamientos muy turbulentos en su cabeza, lo único que atinó a decir fue un desconcertado

— ¿oh?

Los ojos de Jacin giraron hacia ella, pero no persistió, rápidamente cambio su mirada hacia el camino. Cruzaron nuevamente el puente de marfil tallado. La mayoría de los cisnes se habían ido por caminos separados, pero uno de ellos aún flotaba tras ellos, sumergiendo su cabeza en el agua. Al otro lado del camino estaban las liebres albinas que los miraron pasar con sus ojos rojos y su nariz moviéndose.

—Desde que éramos niños, todo lo que quería era protegerte.

Sus labios se estremecieron. Deseaba que dejara de caminar para poder ver su rostro. Pero no se detuvo, dirigió sus pasos hacia unas rocas que sobresalían más adelante, abundantes flores las recubrían.

—Sabía que estabas allí en el juicio, y en lo único que podía pensar era, que tenía que sobrevivir a eso. No podía verte sentada allí y verme morir.

—Jacin…

—Pero fui un estúpido al pensar que podía protegerte para siempre. No de ella.

Su tono se volvió áspero. Las emociones de Winter titubeaban constantemente con cada parte de esta conversación.

—Jacin, ¿qué es esto?

Tomó una respiración temblorosa. Habían llegado al punto de partida y pudo ver que Ryu estaba despierto, merodeando detrás de sus barrotes.

Jacin dejó de caminar, y Winter apartó la mirada del lobo. Quedó atrapada en la mirada azul hielo de Jacin. Tragó saliva.

—Ella te quiere matar, princesa.

Winter se estremeció, primero con la intensidad de sus palabras, y luego con su significado. Supuso que tal declaración debería haberla sorprendido, pero desde que Levana le había dejado estas cicatrices, había estado esperando esto.

La decepción que Jacin no la hubiese traído aquí a confesarle su amor era más fuerte que el conocimiento de que su madrastra quería matarla.

— ¿Qué he hecho?

Sacudió la cabeza, la profunda tristeza se reflejó en su rostro.

—Nada. Las personas te quieren mucho. Es solo que Levana se dio cuenta de cuánto. Piensa que podrías ser una amenaza para su corona.

—Pero nunca podría ser reina— dijo. —No soy parte del linaje. La gente nunca…

—Lo sé. —Su expresión era comprensiva. —Pero eso no le importa.

Se echó hacia atrás, al oír sus palabras de nuevo. Hablaba con tanta seguridad. Te quiere matar, princesa.

— ¿Ella te dijo eso?

Apenas asintió.

Puntos brillantes parpadearon en su visión. Dio un paso hacia atrás, agarrando una de las barras del recinto de Ryu. Detrás de ella, oyó un gruñido, seguido de la nariz de Ryu contra sus dedos. No se había dado cuenta que estaba allí.

—Te pidió que lo hicieras.

Apretó su mandíbula. Sintiéndose culpable, miró al lobo.

—Lo siento mucho, princesa.

Cuando el mundo dejó de girar, se atrevió a mirar a la cámara por encima del hombro. Rara vez les prestaba atención a las cámaras, pero ahora se preguntaba si su madrastra estaba observando, esperando a ver a su hijastra asesinada para así proteger su trono de una amenaza imaginaria.

— ¿Por qué te hace esto?

Él se echó a reír, sintió como si alguien le hubiera apuñalado en el pecho y no tenía idea de porque lo encontraba divertido.

— ¿A mí? ¿De Verdad?

Se obligó a mantenerse erguida. Recordando su nerviosismo de antes de esta reunión, pensó en lo tonta e ingenua que había sido.

— Sí— dijo, con firmeza. — ¿Cómo podía ser tan cruel, de pedirte esto a ti, de todas las personas?

Su rostro se suavizó.

— Estás verdad. Es una tortura.

Las lágrimas comenzaron a humedecer sus ojos.

— Ella amenazó a alguien, ¿no? Va a asesinar a alguien si no lo haces.

No respondió.

Sorbió, parpadeando para alejar las lágrimas. No tenía que decirle. En realidad no importaba de quién se trataba.

— Es egoísta de mi parte, pero me alegra que fueras tú, Jacin. — Su voz temblaba. — Sé que los vas a hacer rápido.

Trató de imaginar. ¿Utilizara el cuchillo? ¿O Un arma? No tenía idea de cuál era la forma más rápida de morir. No quería saber.

Jacin se habría hecho estas mismas preguntas. Toda la noche anterior. Todo el día. Debe de haber estado planeando cómo hacerlo, temiendo esta reunión tanto como ella la había estado anhelando.

Su corazón se rompió por él. Detrás de ella, Ryu empezó a gruñir.

— Winter…

Había pasado tanto tiempo desde que la había llamado por su nombre. Siempre princesa. Siempre Alteza.

Su labio tembló, pero se negó a llorar. No le haría eso a él.

Los dedos de Jacin se cerraron alrededor de su cuchillo.

Era una tortura. Jacin se veía más asustado que cuando él había estado de pie en el juicio. Más dolido que cuando su espalda había sido azotada.

Esta sería la última vez que lo vería.

Este era mi último momento. Mi último aliento.

De repente, toda la política y todos los juegos dejaron de importar. De repente, me sentí atrevida.

—Jacin, —Dijo, con una sonrisa temblorosa. —Debes saber. No puedo recordar un momento en el que no te haya amado. No creo tal momento alguna vez existió.

Sus ojos se llenaron de un millar de emociones. Pero antes de que pudiera decir lo que iba a decir, antes de que pudiera matarla, Winter agarró la parte delantera de su camisa con ambas manos y lo besó.

Se descongeló mucho más rápido de lo que había esperado. Casi al instante, como si hubiera estado esperando este momento, él la agarró por las caderas y la atrajo hacia él con una posesividad que la abrumaba. Sus labios estaban desesperados y hambrientos mientras se apretaba contra ella besándola, apretándola contra la jaula. Ella abrió la boca, y él profundizó el beso, enredo una mano en su pelo en la nuca de su cuello.

Su cabeza le daba vueltas, confundida con el calor y una vida de deseo.

La otra mano de Jacin abandonó su cadera. Oyó que el cuchillo fue sacado de su funda. Winter se estremeció y lo besó con más fuerza, haciendo realidad todas las fantasías que había tenido.

La mano de Jacin se deslizó fuera de su pelo. Su brazo la rodeó. La abrazó contra él como si no pudiera acercarla lo suficiente. Como si tuviera la intención de absorber su cuerpo en el suyo.

Dejo ir su camisa, Winter llego a su cuello, su mandíbula. Sintió su cabello en sus manos. Él hizo un ruido y no podía decir si era deseo o dolor o arrepentimiento o una mezcla de todo. Su brazo se tensó contra su espalda. Su peso se movió mientras levantaba el cuchillo.

Winter cerró los ojos con fuerza.

Después de haber visto tantas muertes en su vida, tenía la lejana idea de que esto no era una manera tan horrible de morir.

Su brazo se movió hacia abajo y Winter se quedó sin aliento, una ráfaga de aire los separo. Sus ojos se abrieron. Detrás de ella, Ryu gritó, pero el sonido se volvió hacia un gemido traicionado.

Los ojos de Jacin estaban abiertos también, azules y tristes.

Winter trató de alejarse, pero él la sostuvo firme. No tenía adónde ir de todos modos, estaba atrapada entre él y la jaula. Por encima de su hombro, la luz de una cámara brillaba contra el techo. Su respiración era entrecortada. Su cabeza daba vueltas. No podía descifrar si los latidos que sentía eran suyos o de Jacin.

Jacin. Quién tenía las mejillas encendidas y el cabello hecho un desastre. Jacin, al que por fin se había atrevido a besar. Jacin, que había regresado su beso.

Pero si lo que esperaba era ver deseo en su rostro, se decepcionaría. Se había congelado de nuevo.

—Hazme un favor, princesa— susurró, su aliento caliente contra su boca. —La próxima vez que alguien diga que va a matarte, simplemente no lo dejes.

Lo miró fijamente, aturdida. ¿Qué había hecho?

Las rodillas de Winter cedieron. Jacin la atrapó, se deslizo por los barrotes de la jaula. Su mano aterrizó en algo cálido y húmedo que se filtraba hacia fuera de la jaula.

—Estás bien, princesa, —Jacin murmuró. —Estás bien.

— ¿Ryu? —Su voz se quebró.

—Van a pensar que la sangre es tuya.

Él le explicaba algo, pero ella no entendía.

—Espera aquí. No te muevas hasta que apague las luces. ¿Lo entendiste? ¿Princesa?

—No debo moverme— susurró.

Jacin se apartó y escucho el cuchillo siendo arrancado de la carne del lobo. El cuerpo cayó sobre los barrotes. Jacin ahuecó su mano en su mejilla con cicatrices, estudiándola para estar seguro que estaba bien, para asegurarse que entendió lo que le había pedido, pero lo único que podía comprender era la pegajosidad caliente empapando su vestido.

La sangre inundaba el piso. Mucha, mucha sangre repentinamente goteaba desde el techo de cristal, salpicando sus brazos, llenando el estanque.

—Winter.

Miró boquiabierta a Jacin, incapaz de hablar. El recuerdo del beso se nubló con algo horrible e injusto. Ryu. El dulce, e inocente Ryu.

—Hasta que las luces se apaguen— repitió. —Entonces quiero que vayas por tu amiga pelirroja y salgamos de este maldito juegos.

Los pulgares de Jacin acariciaron su piel, sacándola de su estado de shock.

—Ahora el juego es que estas muerta, princesa.

Se dejó caer, encontrando alivio en esa orden. Estaban jugando un juego. Un juego. Al igual que cuando eran niños. Es un juego y la sangre no es real y Ryu…

Arrugó la cara tratando de no llorar. Un sollozo se quedó encerrado en su garganta. Jacin la tenía apoyada contra los barrotes de la jaula y luego su calor se había ido. Sus botas hacían un ruido sordo, dejando un sendero de huellas pegajosas en su estela.

CAPÍTULO 29

El ceño fruncido de Scarlet quedó marcado en su rostro mientras contemplaba el corredor de las fieras vacío. Winter había tomado esa dirección hace algunas horas y Scarlet sabía que no debía haber visitantes tan tarde. Probablemente esas reglas no aplicaban a las princesas, pensó. Quizás Winter había conseguido esa cita romántica que quería después de todo.

Pero algo no se sentía bien al respecto. Scarlet podía jurar haber escuchado a Ryu salir de su guarida, pero aún no había ido a verla como de ordinaria rutina. Y ella había escuchado un ruido, el mismo sonido que hacía una cabra al ser sacrificada.

Algo que la hizo sentir escalofríos por sus extremidades, a pesar de lo cálido que se encontraba el lugar y que llevara hasta arriba el cierre de la sudadera.

Finalmente, pasos. Scarlet envolvió sus manos alrededor de los barrotes.

Supo que sus sospechas estaban en lo correcto tan pronto como el guardia entró a mirar con un cuchillo en la mano. Su corazón palpitó. Incluso a esa distancia podía ver la navaja en la oscuridad. Incluso sin conocer a Jacin, pudo leer la culpa en su rostro. Sus nudillos se pusieron blancos.

—¿Qué hiciste?— dijo ella. Ahogando la furia que quería explotar fuera de ella pero no hubiera tenido a donde ir. —Dónde está Winter?

Su mirada no cambió cuando se colocó fuera de su jaula, y Scarlet no retrocedió ante él, a pesar del cuchillo y la sangre.

—Extiende tu mano— dijo él, agachándose.

Ella se rio con burla. —¿Sabes lo que le pasa a la gente de por aquí cuando… extiende la mano-?

Él hundió la punta de la navaja en el suave musgo y antes de que Scarlet pudiera moverse alcanzó su muñeca y la torció tan duro que un grito de dolor la obligó a arquear la espalda. Scarlet jadeó y su mano la traicionó, abriendo la palma. No era manipulación mental, sólo un truco sucio.

Scarlet trató de hacer retroceder su brazo por entre las barras, pero el agarre era de acero. Cambiando de táctica presionó su cuerpo contra la jaula y le arañó el rostro, pero se encontraba fuera de su alcance.

Esquivando un segundo golpe de las uñas de Scarlet, el guardia removió la vaina de su cinturón y lo sacudió. Un pequeño cilindro rodó hasta su palma.

La liberó. Los dedos de Scarlet se cerraron instintivamente en el cilindro. Su cuerpo se sacudió fuera del alcance del guardia.

—Enchufa esto al puerto de seguridad de una nave lunar y te concederá acceso real. Puedes imaginarte el resto. Incluso contiene un mensaje de un amigo tuyo decodificado en él, pero sugiero que esperes hasta que te encuentres muy lejos para que te preocupes acerca de eso—.

—¿Qué sucede? ¿Qué hiciste?—

Él deslizó el cuchillo en la vaina y, para su sorpresa, la lanzó hacia ella.

Scarlet se estremeció, sin causarle daño aterrizó en su regazo.

—Necesitas encontrar Artemisia, puerto E, bahía 22. Repítelo—.

Su pulso martilleaba. Miró el camino de nuevo, esperando que el rizado pelo negro de Winter y su brillante vestido y la misteriosa gracia de su caminar apareciera en cualquier segundo. Cualquier momento…

—Repítelo—.

—Puerto E, bahía 22—. Rodeó sus dedos alrededor de la vaina del cuchillo.

—Sugiero que te vayas por la primera sala de los guardabosques. Winter conocerá el camino desde ahí. Nosotros haremos lo que podamos con la seguridad, pero trata de no hacer nada estúpido. Y si te sientes tentada a tratar de abandonar Luna, resístete. Sólo llamarás la atención, y la pequeña cápsula no está equipada para grandes distancias de todas maneras. Actúa como si fueras a recoger una entrega en RM-9. Ahí es donde se encuentra tu novio. ¿Entendido?—

—No—.

—Sólo lárgate de Artemisia. Puerto E, bahía 22, RM-9— se levantó. —Y cuando veas a tu princesa, dile que se dé prisa—.

Scarlet arrastró su atención de nuevo hacia él, pensando Winter? ¿Winter debía apresurarse? Entonces se dio cuenta de que estaba hablando de la otra princesa. Selene. Cinder.

Jacin rodeó la jaula hasta el lado con la puerta de barrotes y presionó el pulgar en la pantalla identificándose. Introdujo el código. Scarlet escuchó el sonido de la cerradura. Sus nervios zumbaban.

—Cuenta hasta diez— sin mirarla, Jacin dio la vuelta y se fue.

Todo en ella gritaba por empujar esa puerta, atravesar el camino y encontrar a Winter, pero se abstuvo. Sus dedos se crisparon. Le había dado un arma y la oportunidad de escapar. No sabía lo que iba a ocurrir, pero algo le dijo que no reaccionar por diez mezquinos segundos no iba a matarla.

A la cuenta de cuatro empujó el pequeño cilindro en el bolsillo de su capucha. En cinco tomó el cuchillo en la parte de atrás de sus asquerosos pantalones rasgados.

En seis se acercó a las barras de nuevo y presionó el rostro contra ellas. En siete gritó: —Winter, ¿estás…?—

En ocho las luces se apagaron, sumiéndola en las cenizas.

Scarlet se paralizó. Ese imbécil. ¿Esto debía hacerlo más sencillo? ¿Se supone que debía ayudarla?

Oh, las cámaras…

Jadeando, Scarlet revisó que el cuchillo fuera seguro y abrió la puerta de la jaula. Se revolvió tras ella y usó las barras para ponerse en pie. Sus piernas se tambalearon por la falta de uso.

Se estabilizó y salió al musgo.

Primero, comprobar si la princesa estaba muerta.

Segundo, encontrar dónde diablos estaba Puerto E.

—¿Winter?— siseó, arrastrando los pies por el camino. La pared de la jaula parecía más lejana de lo que ella recordaba, sus propios sentidos jugando con ella. Finalmente su mano encontró el barrote y lo usó como guía en su camino por el sendero. —¿Ryu?—

El lobo no contestó. Otra rareza.

Por encima del pabellón de jungla artificial y la pared de cristal, las estrellas se podían ver centellando en abundancia, y los ojos de Scarlet se ajustaron a la tenue luz que proporcionaban. Mientras doblaba una esquina, pudo diferenciar sólo las sombras de tres ramas de árboles sobre su cabeza y la de su mano enfrente de su rostro.

Entrecerró sus ojos. Había algo blanco en el camino, lo que podría haber sido cualquier cantidad de animales albinos que escaparon de su lugar, pero el instinto de Scarlet le dijo exactamente lo que era. Quien era.

—Winter!— Trotó el resto del camino, su mano rozando el barrote. La silueta de la princesa tomó forma, desplomada a través de las barras. Algo oscuro se derramaba debajo de ella. —Oh, no— oh no—¡Princesa!— Se desplomó sobre sus rodillas inclinando a Winter hacia ella y tanteando alrededor de su cuello.

—Las paredes están sangrando—.

Las débiles, casi delirantes palabras enviaron una ola de alivio a través de Scarlet. Las pulsaciones de Winter eran fuertes cuando las encontró. —¿Dónde estás herida?—

—La sangre... por todos lados... hay mucha sangre—.

—Winter. Necesito que me contestes. ¿Dónde te hirió?— Frotó sus manos por los brazos de la princesa, sus hombros, su garganta, pero la sangre estaba por debajo de ella. ¿Su espalda, entonces?

—El mató a Ryu—.

Scarlet se congeló.

La princesa sollozó y se desplomó hacia adelante, presionando su frente en el hueco del cuello de Scarlet. —Estaba tratando de protegerme—

Scarlet no supo si se refería al lobo o al guardia. —Ahora estás bien— dijo, más que nada para ella. Miró alrededor. La Casa de las Fieras desapareció en la oscuridad, pero podía escuchar el gorgoteo de la cascada, el sonido de las pequeñas pisadas, las hojas de los árboles sacudiéndose mientras alguna criatura se escurría por entre medio. Echó un vistazo al conjunto de pelaje blanco detrás de Winter y su corazón se retorció, pero rápidamente sofocó la sensación.

Como con su abuela, habría tiempo de llorar luego. Justo ahora, ella estaba sacando a Winter y a ella misma fuera de allí.

Su cerebro se puso en marcha.

Los guardias siempre estaban postrados en las puertas de la Casa de las Fieras, y ellos no dudarían en ponerse a sospechar si la Princesa Winter no regresaba. A menos que Jacin tenga algo bajo su manga para ellos, pero de todas formas, Scarlet no quería caminar penosamente hacia el centro del palacio de la Reina.

Miró hacia donde yacía Ryu. En la pared más lejana ella podía ver la vaga silueta de la puerta que conducía al pasillo del guardabosques, corredores usados para alimentar a

los animales y mantener sus jaulas. Jacin había sugerido esa ruta, y por mucho que el la molestaba, no tenía razón para cuestionarlo.

—Vamos—. Arrastró a Winter hasta ponerla de pie.

La princesa miró hacia abajo y sus manos comenzaron a temblar. —La sangre....—

—Sí. Sí. Las paredes sangran. Lo tengo. Mira. Hacia allí. Enfócate—. Scarlet agarró el codo de Winter y la giró. —¿Ves esa puerta? Allí es donde vamos. Aquí, te voy a ayudar—. Ella entrelazó sus dedos, pero Winter no se movió. —Winter, te estoy dando cinco segundos para reunir tus pensamientos y decidir ayudarme, de lo contrario te estoy dejando atrás con tu lobo muerto y tus paredes sangrantes. ¿De acuerdo?—

Los labios de Winter estaban abiertos y su expresión aturdida, pero después de tres segundos ella asintió. O, su cabeza se hundió y Scarlet pensó ver sus pestañas moverse ligeramente, lo cual contaba. —Bien. Ahora camina hacia mis manos y sal de los barrotes—.

La princesa hizo lo que le dijo. El acto fue torpe, lo cual estaba en desacuerdo con cada cosa que Scarlet la había visto hacer. Mientras Winter colapsaba dentro del recinto del lobo, la realidad de la situación chocó contra Scarlet.

El guardia les había dado una oportunidad de escapar, ellas estaban haciendo una carrera para ello.

La adrenalina corrió por sus venas. Scarlet comprobó su cuchillo una vez más, y luego agarró el barrote y tiró de él otra vez.

Aterrizó con un gruñido y saltó hacia atrás, corriendo hacia la puerta. La puerta se abrió, y para su alivió, ninguna alarma sonó. Miró hacía atrás para ver a la princesa inclinarse sobre el cuerpo de Ryu, pero entes de que Scarlet pudiera gritarle, levantó la barbilla, se pasó las palmas ensangrentadas por la falda y la siguió.

CAPÍTULO 30

El corredor para alimentar animales era negro como el carbón. Scarlet paró para oír el sonido de las pisadas o voces, pero no había nada más que los desperdicios que las aves habían dejado. El olor le recodaba a la granja, una embriagadora combinación de comida y heno y estiércol. Ella se orientó. Si iban hacia la derecha, eso las llevaría directo a la Casa de las Fieras, pero ir hacia la izquierda tal vez las dejaría de nuevo en el palacio – con suerte en uno de los cuartos de servicio. Con una mano en la pared, agarró la muñeca de Winter y continuó. Sus dedos rozaron sobre las puertas cerradas y usó lo que sabía de la Casa de las Fieras para contarlas. — Esta debería ser la del ciervo. Ésta podría ser la del leopardo de nieve. ¿Es ésta la del Lobo ártico? —

Doblaron una esquina y una luz parpadeante le llamó la atención–borrosa y distante. Se dirigió hacia esta y encontró un panel de control incrustado en la pared, donde uno podría controlar la luz, temperatura y alimentar automáticamente la Casa de las Fieras.

Al costado del panel, casi sin verse con tan poca luz, había una puerta.

Apretó el mecanismo de desbloqueo, esperando y deseando que esta puerta no las lleve a la jaula del león. Nada pasó.

Maldiciendo, Scarlet presionó el mecanismo de desbloqueo otra vez. Nada.

El panel de control sonó, iluminándola, y un mensaje apareció en la parte superior.

—TEN CUIDADO, SCARLET—.

Su mandíbula cayó. —¿Qué de–?—

Antes de que pudiera terminar, escuchó como la puerta se desbloqueaba. Temblando, buscó la manija. La puerta se deslizó abriéndose.

Se estremeció ante el aumento repentino de luz y empujó a Winter contra la pared, pero una ojeada le dijo que este pasillo iluminado estaba desolado. Estrecho y llano. Si Scarlet tuviera que adivinar cómo sería el pasillo de los sirvientes, esto se parecería mucho. Escuchó y oyó nada. Miró hacía arriba y su corazón saltó.

Una cámara estaba rotando en el techo, escaneando el pasillo, de ida y vuelta. Pero apenas había captado a Scarlet que se congeló. Su luz de encendido se atenuó y luego se apagó. Sobresaltada, Scarlet caminó rápido por el pasillo y vio una segunda cámara, a unos cincuenta pasos lejos que también se apagó.

¿Qué es lo que había dicho Jacin? ¿Algo sobre manipular la seguridad?

Pero... ¿cómo?

Buscando el codo de Winter, Scarlet la arrastró por el pasillo. —¿Sabes dónde estamos?—

—Cerca de la sala de invitados—.

Bueno, eso era algo. Al menos no tenía que preocuparse por ellas empezando esto irremediablemente perdidas.

—Estamos tratando de llegar al Puerto E de Artemisia. ¿Sabes dónde queda eso, verdad?—

—‘E’...—. Murmuró Winter. —‘E’ de ejecución, emparedado, emperador—. Ella meditó por un largo momento. —‘E’ de escape—.

Scarlet gimió —‘E’ de Poco útil—.

—No, esa no funciona—.

Scarlet giró alrededor de ella y la princesa paró precipitadamente. La parte de atrás de su remera estaba oscura por la sangre y manchas de esta cubrían sus brazos, sus piernas y hasta su rostro. De hecho...

Mirando hacia abajo, Scarlet vio que ella misma tenía una gran cantidad de sangre, también. Esto no las ayudaría a escaparse con discreción.

—Los muelles, Winter— dijo, frunciéndole el ceño a la princesa. —¿Sabes dónde están o no?—

La princesa arrugó su rostro y presionó sus sangrientas palmas contra sus mejillas, y por un momento Scarlet pensó que se pondría a llorar.

—No. Sí. No lo sé— sus respiraciones se acortaron, sus hombros comenzaron a temblar.

—Princesa— le advirtió Scarlet.

—Creo que... Los muelles... sí, los muelles. Junto a las setas—.

—¿Setas?—

—Y las sombras que bailan. Puerto E. ‘E’ de escape—.

—Sí, ‘E’ de escape—. Scarlet pudo sentir su esperanza escapándose por sus dedos. No había manera de que esto funcionara. —¿Cómo llegamos allí?—.

—Tomamos el levitador. Hasta las afueras de la ciudad—.

—El levitador. Bueno. ¿Cómo llegamos a él?—

—Abajo, abajo, vamos abajo—.

Scarlet pudo sentir su paciencia desintegrándose. —¿Y cómo llegamos abajo?—

Winter sacudió la cabeza, disculpa nadando en sus ojos color ámbar. Scarlet la abrazaría si no tuviera simultáneamente ganas de estrangularla.

—Bien. Lo descubriremos. Vamos—. Empezó a caminar por el pasillo, esperando que se tropezaran a través de un tramo de escaleras o un elevador. Los sirvientes tendrían que pasar por ahí lo más pronto posible, ¿no es cierto? Seguramente las encontrarían—.

***

Dobló una esquina y chilló, casi chocando a una chica, una criada que no tendría más de catorce años. Winter chocó contra Scarlet y ella agarró el brazo de la princesa, la adrenalina atronando en sus oídos. La criada se quedó mirando a Scarlet por un latido, luego a la princesa, cubierta en sangre, luego se dejó caer en una reverencia nerviosa, apretando las sabanas en sus brazos.

—S–su Alteza— balbuceó.

Rechinando sus dientes, Scarlet sacó el cuchillo de su vaina y arremetió contra la chica, fijándola contra la pared y con el filo sobre su garganta.

La chica chilló. Las sabanas se desparramaron alrededor de sus pies.

—Necesitamos llegar al levitador que nos llevará a los muelles. El camino más rápido. Ahora—.

La criada empezó a sacudirse, sus ojos giraron.

—No te asustes— dijo Winter, su voz melódica y delicada. —Ella no te lastimará—.

—Como el infierno que no lo haré. ¿Cómo llegamos a los muelles?—

La chica levantó su dedo. —Ba–bajando por este pasillo, hacia la derecha. Las escaleras bajan hacia plataforma de transporte—.

Empujándose lejos, Scarlet agarró un mantel blanco de la pila caída y empujó a Winter hacia el final del pasillo sin mirar atrás.

El corredor terminaba en una T. Scarlet giró hacia la derecha y encontró un hueco donde comenzaba una escalera iluminada. Una vez que la puerta se cerró detrás de ellas, Scarlet sacudió el mantel y envolvió a Winter en él, haciendo su mejor intento para que pareciera una capa, escondiendo la sangre y la belleza reconocible de la princesa. Considerando su trabajo pasable, alcanzó la mano de Winter y comenzó a bajar las escaleras. Mientras alcanzaban el segundo nivel, las paredes cambiaron a ser ásperas de un marrón grisáceo. Estaban bajo tierra, en los subniveles del palacio.

Tres niveles abajo ellas emergieron hacia una plataforma iluminada por candelabros. Detrás de ellas había silenciosos levitadores magnéticos. Scarlet se acercó al borde, mirando con atención los dos lados del túnel.

Detectó una segunda entrada, arqueada y adornada con azulejos fosforescentes. La entrada a los corredores del palacio, todo lo contrario a la gris entrada de servicio.

Algo hizo clic. Los imanes empezaron a zumbar. Con el corazón en la garganta, Scarlet extendió su brazo y apoyó a Winter contra la pared. Un levitador en forma de bala emergió del túnel y se deslizo hasta pararse en las vías. Scarlet se mantuvo inmóvil, esperando que quienquiera que sea no las viera, que ni siquiera mirara hacia donde estaban.

La puerta de transporte se levantó con un siseo de la hidráulica y una mujer noble caminó hacia afuera largando risitas, vestía un extravagante vestido verde esmeralda que brillaba con plumas enjoyadas. Un hombre la siguió usando una túnica con runas similar a las que usaban los taumaturgos. Él se estiró y miró a la espalda de la mujer. Ella chilló y lo envió lejos.

Scarlet no respiró hasta que ellos trastabillaron hacia la puerta y sus risas se fueron apagando en la escalera.

—Ese no era su marido— susurró Winter.

—Realmente no me importa— Scarlet arremetió contra la puerta del levitador. —¡Ábrete!—

El levitador no se movió. La puerta no se abrió.

—Ábrete, tu pedazo de chatarra—. Metiendo sus dedos en la abertura de la puerta, Scarlet trató de hacer palanca para abrirla. Su dedo lesionado palpitaba por primera vez en días. —Vamos. ¿Qué pasa con en esta cosa? Cómo hacemos…—

La puerta se abrió, casi tirando a Scarlet. Una voz robótica dijo: —Transporte a Puerto E de Artemisia—.

La piel de gallina subió por su piel, pero apresuró a Winter al interior, agradeciendo silenciosamente a cualquier aliado que las estuviera ayudando. Subiendo detrás de Winter, Scarlet colapso en un asiento. Las puertas se deslizaron cerrándose, encerrándolas dentro. Mientras el transporte empezó a deslizarse por el carril, Winter agregó: —De escape—.

Scarlet barrió su frente húmeda con una manga sucia. Cuando sintió que su pánico se calmó lo suficiente como para hablar, preguntó, —¿Qué ha pasado allí? En la Casa de las Fieras—.

La fuerza que había entrado en los ojos de Winter se extinguió rápidamente. —La Reina lo envió a matarme— dijo, —pero el mató a Ryu en su lugar—.

Scarlet se quitó su capucha, tratando de enfriar su piel ardiente. —¿Por qué querría matarte la Reina?—

—Ella cree que soy una amenaza para su corona—.

Scarlet resopló, un sonido exhausto que no tenía ni la mitad de la burla que debería. —¿De verdad? ¿Alguna vez te escuchó hablar?—.

Winter dirigió sus curiosos ojos hacia ella.

—Porque estás loca— Explicó Scarlet. —No tienes exactamente madera para ser reina. Sin ofender—.

—No puedo ser reina porque no tengo descendencia noble. Su Majestad es sólo mi madrastra. No tengo su sangre—.

—Claro, porque eso es importante en un líder—.

Pensando en que había dos monarquías en la Unión de la Tierra— La de Gran Bretaña y la de la Comunidad Oriental— Scarlet creció en Europa, una democracia hecha de control y balances, boletas de votantes y representantes provinciales. Se figuraba, cada uno lo suyo, que claramente los países de la unión llevaban haciendo algo bien para mantener 126 años de paz mundial.

Pero ese no era el caso con Luna. Algo estaba roto en su sistema.

El transporte empezó a desacelerar. Scarlet miró hacia la ventana cuando la cueva de piedra oscura se abrió para revelar un enorme puerto de nave espacial bullicioso en actividad. El suelo de baldosas brillaba, proyectando la sombra de incontables naves sobre las paredes oscuras. Pero este muelle estaba atestado de gente y era enorme, con muchos más carriles que traían más transportes cada segundo. Cargas siendo descargadas de otros sets de levitadores, comida y bienes que venían de otros sectores, por hombres que se gritaban los unos a los otros en abreviadas ordenes que parecían en otro idioma.

—Bahía 22— Scarlet se recordó a sí misma dónde se había abierto su puerta. —Trata de encajar—.

Winter miró hacia ella, un momento de perfecta claridad e incluso humor en su mirada.

Tenía razón. Estaban asquerosas. Sangrientas. Winter era la bien amada princesa que era más hermosa que un ramo de rosas y estaba más loca que un pollo sin cabeza.

Encajar sería un milagro.

—Podrías usar tu glamour— sugirió Scarlet.

La conexión se cortó y Winter miró a la lejanía. —No. No podría—. Ella caminó fuera de la plataforma.

Scarlet la siguió, aliviada de no ver a nadie usando ropa fina con ridículos accesorios. Este era un lugar de viaje y cargas, no de aristocracia, pero eso no significaba que estuvieran seguras. Ya podía sentir a los trabajadores pausando, mirando de nuevo, curiosos.

—Te refieres a que no lo harás— dijo Scarlet.

—Me refiero a que no lo haré— concordó la princesa.

—Entonces, al menos mantén la cabeza baja—. Scarlet ajustó el mantel sobre el cabello de Winter mientras se volvían lejos de los rieles.

El puerto era enorme, su extensión se alargaba a la distancia. Cientos de huecos oscuros se alineaban a cada lado, con números tallados sobre ellos. Scarlet escaneó la carga mientras la pasaban, sus ojos se detuvieron en palabras de guerra.

MUNICIONES DE ARMAS PEQUEÑAS

ENTREGAR: REGIMIENTO LUNAR 51, MANADA 437

TAUMATURGA LAIGT, ALFA GANUS

DESTINO: ROMA, ITALIA, FE, TIERRA

Municiones. Esas eran armas destinadas para la tierra para ayudar en los esfuerzos de la guerra Lunar.

—No reacciones— se dijo a sí misma, apretando los puños. Cada fibra de su cuerpo anhelaba encontrar un arma y prender fuego a cada caja de este puerto.

—No reacciones. No te atrevas a reaccionar—.

Estabilizando su respiración, ella siguió adelante, Winter arrastrándose al lado suyo. Captó E7 grabado en la pared a su derecha, E8 a su izquierda. Casi allí.

Le tomó cada onza de fuerza de voluntad no correr hacía la Bahía 22.

—¿Puedo ayudarte?—

Ellas pararon. Un trabajador frente a ellas usando sucios overoles. —¿Qué están...?— se contuvo, su vista llegando hasta Winter, o lo que él podía ver de su cabeza gacha. —Yo... discúlpeme. ¿Su Alteza?—

Winter miró hacia arriba. El rubor inundaba las mejillas del hombre.

—Es usted— respiró. —Yo no... ¿Puedo ayudarla, Su Alteza?

Scarlet se erizó. Nadie más las había notado hasta ahora. Agarró el brazo del hombre antes de que retrocediera. —Su Alteza no desea ser molestada. Si quieres ayudar, podrías escoltarnos hacía la bahía 22—.

—S–si, por supuesto. Por aquí—.

Scarlet lo soltó y envió a Winter una mirada fría, haciendo gestos para que escondiera su rostro de nuevo. Los pasos del hombre eran rígidos mientras las dirigía pasando plataformas de carga y complicados rieles. Rascándose el cuello con su mano libre, miró dos veces sobre su hombro.

—¿Hay algún problema?— preguntó Scarlet, su tono calmado.

—N–no. Lo siento—.

—Entonces deja de mirarla—.

El abrió su boca y Scarlet pensó que mencionaría la sangre o la mugre o la simple existencia de Winter, pero luego la cerró y mantuvo su cabeza gacha.

Algunos de los huecos que pasaban tenían puertas de metal pesado sobre ellos, pero la mayoría estaban abiertas, mostrando muelles con naves dentro.

—¿Ves?— murmuró Winter. —Setas y sombras que bailan—.

Scarlet siguió su gesto. Las sombras de las naves espaciales se veían como setas danzantes. O algo así. Si ella inclinaba su cabeza y entrecerraba los ojos justo así.

—Bahía 22, Su Majestad—.

Scarlet miró hacia el número en la puerta del hueco y a la nave encerrada dentro. Era para dos personas, con la insignia de oro incrustada de la Corte Real.

—Gracias— dijo. —Eso sería todo—.

Las cejas del hombre se juntaron. —Van... ¿van a necesitar que las escolte de vuelta?—

Scarlet negó con la cabeza y unió su codo con el de Winter de nuevo, pero sólo habían tomado dos pasos cuando se detuvo. —No le digas a nadie que nos viste— le dijo al hombre. —Pero si alguien pregunta, diles que usamos glamour en ti para que nos ayudaras. ¿Entendiste?—.

Sus redondos ojos cayeron en Winter, quien sonrió cálidamente. Su sonrojo se profundizó.

—No estoy muy seguro de que lo hice— murmuró.

Rodando sus ojos, Scarlet jaló a la princesa hacia la nave. Comprobó que el hombre se hubiera ido antes de abrir la puerta del lado del piloto y empujar a Winter dentro. —Ve hasta el fondo, a menos que planees volar esta cosa—.

Winter lo hizo sin cuestionar. Scarlet removió el cuchillo de su vaina y lo colocó entre ellas. Cerró la puerta y el sonido de los muelles se silenció en el sellado de la nave.

Exhaló, obligó a sus manos que pararan de temblar. Ordenándose a concentrarse en el lío de controles en frente de ella. Examinó la cabina, notando lo que era similar a la del servicio de entrega que ella manejaba desde que tenía quince años y lo que era diferente.

—Puedo hacerlo— susurró, presionando sus dedos contra la pantalla principal. Esta se encendió. Los controles se iluminaron.

AUTORIZACIÓN DE SEGURIDAD SIN DETERMINAR

Se quedó mirando el mensaje. Tuvo que leerlo cuatro veces antes de que captara el sentido de las palabras. Medio esperó que su ayudante fantasma anulara la seguridad y arrancara los motores por ella también. Cuando nada sucedió, recordó el cilindro que Jacin le había dado. Lo pescó de su bolsillo y lo desprendió de su casquillo. Contuvo el aliento mientras lo apretaba dentro del compartimiento de seguridad correspondiente.

Un ícono giró sobre el mensaje.

Y giró.

Y giró.

Su estómago se apretó. Una gota de sudor rodó por la parte de atrás de su cuello.

AUTORIZACIÓN OTORGADA. BIENVENIDO GUARDIA DE LA CORONA JACIN CLAY.

Scarlet gritó, mareada de alivio. Movió algunos interruptores. El motor zumbó y la nave se elevó sobre el campo magnético debajo del puerto, constante y seguro. Fuera de su hueco, una serie de levitadores de carga estaban haciendo su camino hacia la cámara sellada que separaba el puerto de Artemisia del espacio exterior. Ellas podrían deslizarse detrás de ellos y nadie detendría una nave de la Corte, nadie les preguntaría…

—Espera— dijo Winter mientras Scarlet empujaba a la nave hacia delante.

El corazón de Scarlet cayó. —¿Qué?— preguntó, buscando taumaturgos, algún guardia, una amenaza.

Winter se acercó y colocó el arnés del piloto sobre Scarlet. —La seguridad va primero, mi amiga Scarlet. Somos carga frágil—.

CAPÍTULO 31

Winter estaba hipnotizada por las confiadas manos de Scarlet a medida que rozaban los controles de la nave. Detrás de la nave, enormes puertas de hierro se cerraron de golpe, encerrándolas en una cámara sellada al vacío con una docena de otras naves esperando para ser liberadas del puerto subterráneo del Artemisia. Alejando su atención de Scarlet y los instrumentos parpadeantes, Winter miró por encima de su hombro la unión de las puertas—tan antiguas que lucían casi como si hubieran existido en la luna incluso antes de la colonización.

Ahora la dividen de los puertos, la ciudad, el palacio.

Y Jacin.

Scarlet era toda nervios, dando golpecitos con los dedos a través de los instrumentos. —¿Cuánto tiempo va a tomar esto?—.

—No lo sé. Sólo he dejado Artemisia en los rieles del tren de levitación magnética—.

—Ellos sólo tienen que sellar un par de puertas, ¿no? —Scarlet alcanzó sobre su cabeza y alternó unos interruptores. Las luces en el interior de la nave se apagaron—. Este sería un mal momento para que alguien te viera y te reconociera. Probablemente pensarían que te estaba secuestrando—.

—Tú lo estás haciendo, de cierta manera—.

—No. Te estoy salvando de tu madrastra psicótica. Hay una diferencia—.

Winter sacó su atención lejos de las puertas y examinó las naves cercanas. La mayoría parecía ser naves de carga. Se preguntó cuántos estaban llevando suministros a los esfuerzos de la guerra en la Tierra cargando a más de los soldados de la reina. Aun así, la mayoría se dirigiría a los sectores exteriores para las entregas o para cargarse en bienes que serían traídos de vuelta a la capital. Era mucho más rápido volar que tomar los transbordadores del tren de levitación magnética a mitad de camino alrededor de la luna.

— ¿Vamos a la Tierra?—.

El ceño fruncido de Scarlet se profundizó. —Jacin dijo que esta nave no llegaría tan lejos. Dijo para dirigirnos al Sector RM-9—.

Jacin. El valiente Jacin. Siempre protegiéndola.

Ella lo había abandonado.

Scarlet tiró de uno de los cordones de su capucha, el extremo deshilachado y sucio. —Jacin dijo que este sector al que vamos es donde Lobo creció. Su familia todavía podría estar allí—.

Winter arrastraba sus dedos a lo largo de su arnés y cantaba para sí misma: —La Tierra está llena esta noche, esta noche, y todos los lobos aúllan: aa-uuuuuuuuuh…—.

—Necesitamos a un aliado. Alguien en quien podamos confiar. Tal vez pueda convencer a los padres de Lobo de darnos refugio. Escondernos, hasta que se nos ocurra un mejor plan, y en nombre de todas las estrellas, ¿qué está tomando tanto tiempo?—.

Winter le parpadeó. —¿Aa-uuuuuh?—.

Scarlet resopló. — ¿Quieres concentrarte? Tenemos que encontrar un lugar en el que podamos escondernos de la reina—.

—Ella nos encontrará en cualquier lugar. No vamos a estar a salvo—.

—No digas eso. Le agradas a la gente, ¿no? Ellos te protegerán. A nosotras—.

—No quiero ponerlos en peligro—.

—Tienes que superar ese modo de pensar en este momento. Esto es nosotros contra ella, Winter. De ahora en adelante, necesito que pienses como una superviviente—.

Winter inhaló una respiración temblorosa, celosa de las brasas que ardían dentro de Scarlet. Se sentía vacía y fría en el interior. Fácilmente destrozada.

Scarlet metió uno de los cordones de su sudadera en su boca y mordió el extremo de plástico. —RM-9 —murmuró para sí misma—. ¿Qué significa RM-9?—.

—Sector de Minas de Regolito 9. Ese es un sector peligroso—.

— ¿Peligroso? ¿Qué tan peligroso?—.

—Enfermedad de Regolito. Muchas muertes—.

La boca de Scarlet se arqueó. —Suena como el tipo de lugar en el que Levana no te buscaría —Scarlet hizo clic en una pantalla y se abrió un mapa—. Perfecto—.

El segundo conjunto de puertas masivas comenzó a deslizarse, desapareciendo en las negras paredes de la caverna. Débil luz se derramó adentro—.

—¿Scarlet?—.

—¿Qué? —Scarlet levantó la vista y jadeó—. Por fin—.

A medida que la brecha entre las puertas creció, Winter vio que estaban en una cueva construida en la ladera de un cráter. Más allá de su borde se tendían los páramos rocosos de Luna, sus rocas dentadas y la superficie picada de viruelas tan poco acogedoras como un agujero negro.

—Jacin nos salvó a ambas —susurró ella, su pecho doliendo.

Scarlet carraspeó y guio la nave hacia adelante, cayendo en línea con los otros. Más delante, los impulsores en las naves más cercanas a la salida flamearon y las arrojaron al espacio. —Podría haber sido un poco más comunicativo con la información. Pero, sí. Recuérdame agradecerle algún día.

—Levana lo matará —Ella miró hacia abajo. Había sangre seca bajo sus uñas, manchando su vestido, empapando sus zapatillas. Parpadeó, y las manchas de sangre comenzaron a filtrarse a través de la tela, esparciéndose.

Winter dejó escapar un suspiro débil. No es real, princesa.

—Estoy segura de que él se quedó atrás por una razón —dijo Scarlet—. Debe tener un plan—.

Su nave alcanzó la parte delantera de la línea y toda la galaxia se abrió ante ellas. Una sonrisa atrevida se curvó en los labios de Scarlet —Aquí vamos—.

Mientras los dedos de Scarlet volaban sobre los controles y la cápsula zumbaba alrededor de ellas, Winter miró de vuelta una última vez. Hubo una sacudida. Su

estómago se volcó y entonces estaban planeando fuera de la bahía de retención y Scarlet se reía y la cúpula de cristal que albergaba a Artemisia estaba por debajo de ellas y volviéndose más y más pequeña y...

Winter sollozó y se llevó una mano a la boca.

—Oye, oye, nada de eso —dijo Scarlet, sin molestarse en ocultar su propia alegría efusiva—. Lo logramos, Winter, y estoy segura de que Jacin va a estar bien. Él parece rudo—.

El cuello de Winter comenzó a dolerle estar retorcido en su asiento, pero ella no quería apartar la mirada de Artemisia, ni siquiera mientras el palacio y los edificios se desdibujaban juntos y las luces parpadeaban y se apagaban, invisibles debajo de la superficie del domo.

—Ella lo matará—.

—Sé que estás preocupada, pero, mira. Estamos fuera de esa ciudad de las estrellas abandonada. Estamos vivas y somos libres, así que deja de estar abatida—.

Winter descansó la mejilla contra la espalda de la silla. Más lágrimas amenazaban con escapar, pero las contuvo, centrándose en cambio en sus respiraciones irregulares.

Después de un largo silencio, ella sintió a una mano posarse sobre la suya.

—Lo siento —dijo Scarlet—. Eso no fue justo. Sé que él te gusta—.

Winter tragó —Lo amo tanto como a mi propia planta de fabricación de plaquetas—.

—Tu propia, ¿qué?—.

—No lo sé. Mi corazón, creo. Mi cuerpo. Lo amo, cada parte de él—.

—De acuerdo, tú lo amas. Pero, Winter, él parecía saber lo que estaba haciendo—.

—Protegerme —susurró Winter—. Él siempre me protege —Ella fue sorprendida por el inesperado olor de la sangre que invadió sus pulmones. Miró hacia abajo y se quedó sin aliento

— ¿Qué? ¿Qué pasa?—.

Winter sostuvo la tela de su vestido lejos de su estómago. La sangre había empapado el material blanco brillante, convirtiéndolo en rojo oscuro. Incluso el paño que habían tomado de la criada estaba cubierto. El hedor era tan denso que podía saborearlo.

— ¿Winter?—.

—N-no es nada —tartamudeó, tratando de imaginar que se iba. La sangre goteaba por sus piernas.

—Estás alucinando, ¿verdad?—.

Winter se recostó contra el asiento. Envolvió sus dedos alrededor de los tirantes de su arnés. Todo está en tu cabeza, princesa. No es real. —Estoy bien. Desaparecerá pronto.

—Sinceramente —espetó Scarlet—, ¿por qué no solo usas tu glamour? ¿Por qué dejas que te vuelva loca?—.

—No lo haré —Winter ahogó otra respiración difícil.

—Entiendo eso, pero ¿por qué?—.

—Es un regalo cruel. Desearía no haber nacido con él—.

—Bueno, tu naciste con eso. Mírate, Winter. Eres un lío. ¿Por qué no simplemente, no sé, me haces pensar que tu pelo es naranja o algo así? ¿Algo inofensivo? —.

—Nunca es inofensivo —El arnés la constreñía. Sus uñas arañaron las correas.

—Si yo tuviera el don —continuó Scarlet, ignorante del asfixiante arnés, la sangre brotando —les hubiera mostrado a esos imbéciles mocosos una cosa o dos. Ver cómo les gusta que les pidan hacer trucos—.

Las manos de Winter estaban húmedas y resbaladizas y pegajosas.

—Mi abuelo era Lunar —dijo Scarlet—. Nunca lo conocí, pero sí sé que murió en un manicomio. Tengo que asumir que fue porque él hizo la misma elección que estás haciendo ahora. Él estaba abajo en la Tierra y tratando de ocultar lo que era, así que quizás tenía una razón. ¿Pero tú? ¿Por qué hacerte esto a ti misma? ¿Cómo mejora esto las cosas?—.

—Pues no las empeora—.

—Pero te empeora a ti. ¿Por qué no puedes solo... hacer cosas buenas con él?—.

Winter rio contra la tensión de la ilusión. —Todos ellos creen que están haciendo bien —Su cabeza cayó hacia un lado y vio a Scarlet con los ojos nublados—. Mi madrastra no sólo es poderosa porque la gente le teme, ella es poderosa porque puede hacer que la amen cuando necesita que lo hagan. Nosotros pensamos que si optamos por hacer sólo el bien, entonces sólo somos buenos. Podemos hacer feliz a la gente. Podemos ofrecer la tranquilidad o la alegría o el amor, y eso debe ser bueno. No vemos la falsedad convirtiéndose en su propia marca de crueldad.

La nave se estremeció y su velocidad aumentó. Luna se volvió borrosa por debajo de ellos.

—Una vez —Winter continuó, empujando las palabras de sus pulmones—. Una vez creí con todo mi corazón que yo estaba haciendo bien. Pero estaba equivocada—.

La mirada de Scarlet se lanzó hacia ella, luego de vuelta al paisaje. — ¿Qué pasó?—.

—Hubo una sirviente que intentó suicidarse. La detuve. La forcé a cambiar de opinión. La hice feliz. Estaba tan segura de que la estaba ayudando— Su respiración vino en jadeos entrecortados, pero ella siguió hablando, con la esperanza de impulsar lejos la alucinación si ella la ignoraba lo suficiente—. Pero todo lo que hice fue darle más tiempo para ser torturada por Aimery. Estaba muy enamorado de ella, ¿sabes?—.

Scarlet se quedó en silencio, pero Winter no se atrevió a mirarla.

—La próxima vez que trató de tomar su vida, ella lo consiguió. Sólo entonces me di cuenta de que yo no le había ayudado en lo absoluto —Tragó con fuerza—. Ese día me juré que nunca manipularía a nadie de nuevo. Incluso si yo creía que estaba haciendo el bien, porque ¿quién soy yo para decir lo que está bien para los demás?—.

El arnés se apretó de nuevo, presionando contra el esternón de Winter, cortando contra sus costillas. La sangre se derramaba sobre ella ahora. Pronto estaría chapoteando

alrededor de sus tobillos. El arnés cortaría a través de ella, cortándola en pedazos con forma de niña. Un alambre de corte deslizándose a través de su carne.

Winter cerró sus ojos.

Quédate conmigo, princesa.

Después de un silencio sofocante, Scarlet murmuró: —Simplemente parece que debería haber una manera de manejarlo, sin... esto—.

El arnés se apretó, forzando el aire fuera de sus pulmones. Con un gemido, ella inclinó la cabeza hacia atrás para evitar que se presionara contra su tráquea.

— ¿Qué… Winter?—.

Estrellas bailaron por detrás de sus párpados. Sus pulmones quemaban. La sangre goteaba fuera de los rizos de su cabello y empapaba las correas del arnés. Ella dejó de luchar y dejó que su cuerpo cayera hacia adelante. Las correas aplastaron su esternón, rompieron sus costillas.

Scarlet maldijo, pero el sonido era distante y amortiguado.

Manos golpearon contra ella como dedos enfundados en una manopla, apoyando la espalda contra el asiento y sintiendo su garganta. Ella oyó su nombre, pero estaba muy lejos, tratando de llegar a ella a través de todo un mar de estrellas y todo se estaba desvaneciendo rápidamente...

Hubo una serie de fuertes clics y el zumbido del arnés retrocediendo al techo de la nave.

Winter se derrumbó en los brazos de Scarlet, ambas estropeadas sobre la consola central. Scarlet luchó para levantar la cabeza de Winter y abrirle paso al aire, mientras evitaba que la nave chocara con un terreno irregular de Luna.

El aire apresuró a regresar a los pulmones de Winter. Ella respiró con dificultad, tragando ansiosamente. Su garganta aún escocía, pero los dolores en el pecho fueron desapareciendo en las profundidades perdidas de la alucinación. Ella tosió y se obligó a abrir los ojos. La sangre había disminuido, y ahora sólo los restos de la muerte de Ryu se quedaron, secos y manchados en su falda.

—¿Estás bien? —Exclamó Scarlet, medio histérica.

Winter se encontró con su rostro desconcertado, todavía mareada por la pérdida de aire, y susurró: —El arnés trató de matarme—.

Arrastrando una mano por su cabello, Scarlet cayó hacia atrás en el asiento del piloto. A través de la ventana, la distancia de media docena de domos estaba creciendo, un lento crecimiento, dando paso a la sutil impresión de edificios debajo.

—El arnés no hizo nada —gruñó Scarlet—. Es tu cerebro el que es el problema—.

Winter comenzó a reír, pero fue interrumpida por los sollozos. —T-tienes razón —tartamudeó, oyendo la voz de Jacin en su cabeza.

Quédate conmigo, princesa. Quédate conmigo-

Pero ella ya estaba tan lejos.

* * *

—Mi reina, hemos estado experimentando problemas técnicos menores en el sistema de vigilancia. Apagones aleatorios que han estado ocurriendo por todo el palacio—.

Levana se paró delante de las grandes ventanas de su solar, escuchando al taumaturgo de tercera división presentar su informe diario, a pesar de que le faltaba su enfoque habitual. Sus pensamientos eran un laberinto de distracciones. A pesar de utilizar todos los recursos a su disposición y demandar que todos sus equipos de seguridad revisaran horas y horas de grabación de los sectores exteriores, Linh Cinder y sus compañeros aún debían ser encontrados. Los preparativos de la boda estaban en marcha, pero ella había estado demasiado furiosa como para siquiera mirar a su futuro esposo desde que había llegado.

Ahora ella tenía a Winter para preocuparse. La desagradecida princesa había sido más que una vergüenza para ella desde el día en el que Levana se había casado con su padre. Si Jacin tenía éxito, ella nunca volvería a tener que escuchar sus murmullos sin sentido. Ella nunca más tendrá que defenderla de la risa burlona de la corte. Ella nunca más tendría que ver las miradas de deseo que seguían a la estúpida chica por los pasillos del palacio.

Levana quería que la princesa se fuera. Quería dejar ir el resentimiento que la había atormentado durante tanto tiempo. Su vida estaba empezando de nuevo, por fin, y ella se merecía este nuevo comienzo sin arrastrar a la engorrosa chica, recordándole un pasado demasiado doloroso.

Pero si Jacin fallaba...

Levana no podía soportar otro fracaso.

—¿Mi reina?—.

Se volvió hacia el taumaturgo. —¿Sí?—.

—Los técnicos necesitan saber cómo le gustaría que procedan. Estiman que se requerirá de una hora o dos para localizar el origen de estos problemas técnicos del sistema y restaurar las fallas. Puede que tengan que desactivar partes del sistema mientras que están trabajando en ello—.

— ¿Esto los retrasaría de la búsqueda de la ciborg?—.

—Lo haría, Su Majestad.

—Entonces puede esperar. La ciborg es nuestra mayor prioridad.

Hizo una reverencia. —La mantendremos informada sobre nuevos avances—.

Aimery hizo un gesto hacia la puerta. —Eso sería todo. Gracias por el informe—.

El taumaturgo salió, pero otra figura estaba de pie en el interior del ascensor cuando las puertas se abrieron.

Levana se enderezó a la vista de Jacin Clay. Había una sombra sobre su rostro, un odio que normalmente trabajaba duro para disimular. La mirada de Levana se deslizó hacia sus manos. Estaban cubiertas de sangre. También había una mancha en la rodilla de sus pantalones, negro seco.

Salió del ascensor, pero Jerrico lo detuvo en seco, una palma en el pecho de Jacin.

—¿Sir Clay? —dijo.

—Ya está hecho— Su tono llevaba todo el horror que las simples palabras excusaban.

Una sonrisa hizo cosquillas en la boca de Levana. Se dio la vuelta para ocultarla… un acto de generosidad. —Sé que no podría haber sido fácil para ti —dijo, esperando que la simpatía cargara su voz—. Sé cómo te preocupabas por ella, pero has hecho lo correcto para tu corona y tu país.

Jacin no dijo nada.

Cuando pudo dominar su cara de nuevo, Levana se dio la vuelta. Aimery y Jerrico estaban impasibles, mientras que Jacin lucia como si fuera a arrancar el corazón de Levana mientras aun latía si tuviera la oportunidad.

Ella se apiadó de él, escogiendo perdonar estos instintos rebeldes. Había amado a la chica, después de todo, duro como era de imaginar.

— ¿Qué hiciste con el cuerpo?

—Lo llevé a un incinerador de la casa de fieras, donde toman a los animales fallecidos— Su ira apenas se desvaneció mientras contaba su tarea, aunque no hizo ningún movimiento hacia Levana. Aun así, Jerrico no se relajó. —Maté al lobo blanco, también, para cubrir la sangre, y dejé el cuerpo del lobo atrás. Los guardabosques pensarán que fue un ataque al azar—.

Levana frunció el ceño, su estado de ánimo desinflándose. —No le ordené que se deshiciera del cuerpo, sir Clay. El pueblo tiene que ver pruebas de su muerte si ella ya no va a ser una amenaza para mi trono—.

Su mandíbula se tensó. —Ella nunca fue una amenaza para su trono— gruñó —y yo no estaba dispuesto a dejarla allí para fuera picoteada en pedazos por cualquier carroñero albino que tenga allá abajo. Usted puede encontrar alguna otra manera de darle la noticia a la gente—.

Ella apretó los labios contra un sabor amargo en la boca. —Así lo haré—.

Jacin tragó, con fuerza, recuperando la compostura. —Espero que no le importe que también me haya deshecho de un testigo, Mi Reina. Pensé que sería contrario a sus objetivos si se corría la voz de que un guardia real había asesinado a la princesa. La gente puede cuestionar si era bajo su orden, después de todo—.

Ella se erizó. — ¿Qué testigo?—.

—La chica Terrestre. No creo que nadie la eche de menos—.

—Ah, ella —Con una burla, Levana pasó la mano por el aire—. Debería de haber muerto hace semanas. Me has hecho un servicio al librarte de ella por mí —Inclinó la cabeza, examinándolo. Era divertido ver tanta emoción revelada cuando normalmente era tan imposible agravarlo—. Ha superado mis expectativas, Sir Clay— Le puso una mano en la mejilla. Un músculo tembló bajo su palma y ella trató de ignorar el ceño abrasador hacia ella. Su ira era esperada, pero pronto se daría cuenta de que era para lo mejor.

Si no lo hacía, ella siempre podría forzarlo.

Levana ya se sentía más ligera, sabiendo que nunca tendría que ver la cara de su hijastra de nuevo.

Dejó caer su mano y flotó de nuevo a las ventanas. Más allá del curvado domo podía ver el paisaje estéril de Luna, cráteres blancos y acantilados contra el cielo negro. —¿Hay algo más?—.

—Sí— dijo Jacin.

Ella levantó una ceja.

—Deseo dimitir de la guardia real. Pido ser reasignado al sector donde mi padre fue enviado hace años. Este palacio tiene demasiados recuerdos para mí—.

El rostro de Levana se suavizó. —Estoy segura de que los tiene, Jacin. Lamento que haya tenido que pedirle esto. Pero su petición es denegada—.

Sus fosas nasales se ensancharon.

—Ha demostrado ser leal y de confianza, rasgos que sería descuidado perder. Puede tomar libre el resto del día, con mi gratitud, pero mañana se reportará para su nueva misión— Ella sonrió. —Bien hecho, Jacin. Puedes retirarte—.

CAPÍTULO 32

Cinder estaba perdiendo la cabeza. Ellos se habían estado escondiendo en la pequeña choza de Maha Kelsey por días. Lobo, su madre, Thorne, Iko y ella misma, todos amontonados en pequeñas habitaciones, tropezándose unos con otros cada vez que trataban de moverse, a pesar de que no se movían mucho. No había ningún lugar a donde ir. Tenían miedo de ser escuchados a través de las pequeñas ventanas sin cristales, por lo que se comunicaban en su mayoría con señales de mano y mensajes tecleados en su único y restante portavisor. El silencio era horrendo. La quietud era sofocante. La espera, agonizante.

A menudo pensaba en Cress y Scarlet, preguntándose si alguna de ellas estaba viva.

Se preocupaba por Kai mientras que la boda se aproximaba cada vez más.

También sentía un poco de culpa. No sólo habían puesto Maha en peligro por estar allí, sino que también estaban comiendo demasiada comida, habiendo ya quemado a través de los miserables paquetes que habían traído con ellos. Maha no dijo nada al respecto, pero Cinder podía notarlo. La comida era estrictamente racionada en los sectores exteriores, y Maha apenas era capaz de alimentarse a sí misma.

Pasaban sus días tratando de rehacer su plan, pero después de toda la trama que ellos habían hecho a bordo de la Rampion, Cinder estaba descorazonada al estar de vuelta en el punto de partida.

El vídeo que habían grabado permaneció sin uso—descargaron copias no sólo en el portavisor, sino también en los portavisores internos de Cinder e Iko. No importaba cuántas copias de la misma tenían. Sin Cress estando allí para aprovechar el sistema de radiodifusión, el video era inútil.

Hablaron de iniciar un movimiento de base. Maha Kelsey podría correr la voz de la vuelta de Selene a los obreros de la mina y dejar que la noticia se extendiese desde allí. O podrían enviar mensajeros a través de los túneles, garabateando mensajes en las paredes del túnel. Pero éstas eran estrategias lentas, con demasiado riesgo por falta de comunicación y poca posibilidad de que la noticia se esparciera lejos.

Había una razón por la cual Levana mantenía a sus personas aisladas unas de otras. Había una razón de que todavía nadie hubiera intentado una rebelión cohesionada, sin embargo, no era porque ellos no quisiesen. Estaba claro desde la propaganda sancionada por el gobierno, que Levana y sus antepasados habían tratado de lavarle el cerebro a los lunares en la creencia de que su gobierno era justo y predestinado. Fue igual de claro con el grafiti del túnel y los ojos bajos de la gente que ya no creía, si es que alguna vez lo hicieron.

Cualquier chispa de desafío que podían haber tenido, murió hambrienta y amenazada en ellos, pero mientras más Lunares Cinder veía, más creía que podría reavivarlos.

Todo lo que necesitaba era una forma de hablar con ellos.

Maha se había ido a la plataforma de levitación magnética para esperar en la fila por sus raciones semanales, dejando al resto de ellos mirando un mapa holográfico de Luna. Había pasado más de una hora, pero pocas sugerencias se habían planteado.

Cinder empezaba a sentirse sin esperanza, y en todo momento, el reloj seguía corriendo. Para la boda. Para la coronación. Para su inevitable descubrimiento.

Un coro inesperado de campanas hizo que Cinder saltara. El mapa se desvaneció, reemplazado por un mensaje obligatorio que se transmitía desde la capital. Cinder sabía que el mismo mensaje estaría en una docena de pantallas incrustadas en la cúpula exterior, asegurándose de que todos los ciudadanos lo vieran.

El Taumaturgo Aimery Park apareció ante ellos, guapo y arrogante. Cinder retrocedió. El holograma hacia que pareciese como si estuviera en la habitación con ellos.

—Gente buena de Luna— él dijo —Por favor, dejen lo que están haciendo y escuchen este anuncio. Me temo que tenemos trágicas noticias para comunicarles. El día de hoy, Su Alteza Real la Princesa Winter Hayle-Blackburn, la hijastra de Su Majestad la Reina, fue encontrada muerta en la casa de fieras real—.

La frente de Cinder se frunció e intercambio aquella seña con sus compañeros. Ella sabía poco acerca de la princesa, sólo que se decía que era preciosa y que la gente la quería, lo cual debía significar que Levana la odiara. Había oído hablar de las cicatrices en la cara de la princesa, un castigo infligido por la propia reina, o eso era lo que los rumores decían.

—Estamos revisando las imágenes de seguridad en un intento de llevar al asesino ante la justicia, y no vamos a descansar hasta que se vengue a nuestra amada princesa. Aunque nuestra reina devota está devastada ante esta pérdida, ella desea la continuación de la ceremonia de su boda como estaba previsto, por lo que podríamos tener algo de alegría en estos momentos de tristeza. Un funeral para Su Alteza será programado para las próximas semanas. La Princesa Winter Hayle-Blackburn será extrañada por todos nosotros, pero nunca olvidada—.

La cara de Aimery desapareció.

—¿Creen que Levana la mató?— Preguntó Iko.

—Por supuesto que sí— dijo Cinder. —Me pregunto que hizo la princesa para molestarla—.

Thorne se cruzó de brazos. —No estoy seguro de que tengas que hacer algo para ganarte la ira de Levana—.

Se veía irregular, sin afeitar y cansado, incluso más que el día que Cinder lo había conocido en la prisión de Nueva Pekín. Aunque nadie se había atrevido a hablar sobre el abandono de Cress, Cinder sabía que estaba tomando su pérdida más duro que cualquiera de ellos. Ella había notado desde el momento en que se reunieron en Farafrah que Thorne se sentía responsable de Cress, pero por primera vez estaba empezando a preguntarse si sus sentimientos no iban más allá de eso.

La cabeza de Lobo de repente fue arrebatada, con los ojos bloqueados en la ventana cubierta de tela.

Cinder se puso rígida, lista para cargar una bala en su dedo o utilizar su don Lunar para defenderse a ella y a sus amigos… de lo que sea que esta amenaza invisible fuere. Ella sintió que la tensión aumentaba a su alrededor. Todos mantenían silencio, mirando a Lobo.

Su nariz se torció. Su frente se acercaba, dudosa. Suspicaz.

—¿Lobo?— Cinder se acercó.

El olió nuevamente y sus ojos se iluminaron.

Luego se marchó, lanzándose más allá del grupo y rasgando al abrir la puerta principal.

Cinder se puso de pie. —¡Lobo! ¿Que estas…?—

Demasiado tarde. La puerta se cerró detrás de él. Ella maldijo. Este no era el momento para que su aliado lobo mutante empezara a correr alrededor y llamar la atención sobre sí mismo.

Ella tiró de sus botas para ir tras él.

* * *

Scarlet aterrizó la nave en un pequeño puerto subterráneo que tenía sólo dos naves antiguas de entrega en el interior. Una vez que la cámara había sido sellada, dos bombillas de luz cegadora iluminaron el techo, una de ellas con un parpadeo esporádico. Scarlet salió en primer lugar, escaneando todos los rincones, inspeccionando debajo de cada nave. Vacío.

Había dos elevadores de carga enormes y tres escaleras que conducían a la superficie, etiquetados como RM-8, RM-9, RM-11.

Cada superficie estaba cubierta de polvo.

—¿Vienes?— Ella llamó a Winter, que solo había logrado abrir de la puerta de rodamiento. El cabello de la princesa era una maraña y su falda tenía costras de sangre. El mantel que habían robado se había deslizado hacia abajo alrededor de sus hombros.

Mientras que el escape había llenado a Scarlet de adrenalina, había drenado a Winter. Su cabeza se balanceaba mientras se ponía a sí misma fuera de la nave.

Scarlet plantó las manos en las caderas, su paciencia se estrechaba hasta cerca de quebrar. —¿Tengo que cargarte?—

Winter sacudió la cabeza. —¿No crees que nos siguieron?—

—Estoy esperando que nadie se haya dado cuenta todavía de que faltamos—. Scarlet leyó los signos de nuevo, las letras casi indetectables bajo el polvo. —No es que tenemos una gran cantidad de opciones en este punto, incluso si nos siguieron—.

Scarlet se volvió y ató el mantel alrededor de la cintura de Winter por lo que parecía una falda que no ajustaba bien, cubriendo la sangre. Luego se bajó la cremallera de su sudadera y ayudó a Winter con las mangas. Metió el pelo voluminoso de la princesa atrás y sacó la capucha sobre su rostro, así como pudo. —No es genial, pero mejor que nada—.

—¿Crees que esté muerto ya?—

Scarlet se detuvo cuando cerraba la cremallera. Winter miró hacia ella, viéndose pequeña y vulnerable.

Ella suspiró. —Es inteligente y fuerte. Él va a estar bien—. Ella tiró de la cremallera hasta la garganta de Winter. —Vamos—.

Cuando salieron a la superficie, protegida bajo la enorme cúpula, Scarlet se detuvo para orientarse. Ella había buscado la dirección de Kelsey en la base de datos de la nave, a pesar de que la serie de números y letras no tenía sentido para ella.

El puerto espacial estaba destinado para la mercancía y esta entrada se encontraba entre dos almacenes, una pared llena de carros se amontonaban hasta rebosar de astillas de roca negra. No lejos de allí había una enorme caverna que parecía ir hacia una mina o cantera. Minería de Regolito, decía el mapa del sector.

¿Fueron mineros los padres de Lobo? ¿Podría Lobo haberse convertido en un minero también, si no hubiera sido reclutado en el ejército? Era imposible imaginar una vida en la que el viviera aquí, en esta luna, por debajo de esta cúpula, y nunca llegara a la Tierra. Nunca la conociera.

—Esto no parece ser residencial— murmuró.

—Las residencias están por lo general en los anillos exteriores de cada sector— dijo Winter.

—Anillo exterior. Cierto—. Scarlet escaneó los almacenes en cuclillas. —¿Por dónde es eso?—

Winter apuntó hacia arriba en la cúpula que las encapsulaba. Incluso con los edificios circundantes, estaba claro dónde estaba el punto más alto de la cúpula y donde se redondea hacia los bordes.

Scarlet se alejó del centro de la cúpula.

Mientras caminaban, trató de improvisar un plan. En primer lugar, encontrar dónde vivía la gente. En segundo lugar, averiguar cómo se ocuparon sus casas y encontrar la casa de los padres de Lobo. En tercer lugar, tropezar a través de una conversación incómoda en la que trata de explicarles quién era y por qué tenían que refugiarla a ella y Winter.

Cuando los edificios industriales dieron paso a casas destartaladas, Scarlet estaba aliviada al ver los números de dirección pintadas en el asfalto delante de cada edificio, desvanecidos por años de tráfico de pies. —A-49, A-50— murmuró para sí, acelerando el ritmo. El siguiente círculo de casas fue etiquetado con Bs. —Suficientemente fácil. La casa era Kelsey D-313, ¿verdad? Así que nos dirigimos a la fila D y... —

Miró hacia atrás.

Winter se había ido.

Maldiciendo, Scarlet se giró en un círculo completo, pero no había ninguna señal de la princesa. —No puede ser cierto— gruñó ella, dando marcha atrás sobre sus pasos. Había estado tan inmersa en la búsqueda de la casa, que no recordaba haber escuchado a Winter a su lado desde que dejaron los almacenes. Probablemente ella se alejó, encadenada a lo largo de una alucinación...

Scarlet se detuvo, al ver a la princesa por un callejón. Ella estaba metida entre dos fábricas, hipnotizada por un eje metálico que sobresalía de uno de los edificios. Un pedazo de roca blanca cayó en un carrito minero a continuación.

La capucha roja se mantenía sobre el rostro de la princesa y una gran nube de polvo se ondeaba alrededor de ella, pero no pareció darse cuenta.

Resoplando, Scarlet cuadró los hombros y comenzó a caminar hacia ella, dispuesta a arrastrar a la chica loca por el pelo si tenía que hacerlo. Ella no había cruzado la mitad de la distancia, sin embargo, cuando la cabeza del Winter se giró bruscamente, lejos de Scarlet.

El paso de Scarlet se enlenteció, temor pulsando a través de ella mientras que también oía pasos. Fuertes pasos, como si alguien estuviera corriendo a toda velocidad hacia ellas.

Cogió el cuchillo que Jacin le había dado.

—Winter— dijo entre dientes, pero estaba demasiado lejos o el ruido del traqueteo de la roca y la maquinaria era demasiado ruidoso. —¡Winter!—

Un hombre corrió alrededor de una esquina, dirigiéndose directamente a la princesa. Winter se tensó medio segundo antes de que la alcanzara. Agarrándola por el codo, el tiró hacia atrás la capucha roja.

Scarlet se quedó sin aliento. Sus rodillas se debilitaron. El hombre se quedó mirando a Winter con una mezcla de confusión y decepción y tal vez incluso de ira, todo encerrado en los ojos tan vívidamente verde que Scarlet podría verlos brillando desde allí.

Ella era la única alucinando ahora.

Tomó un tropiezo, a paso incierto hacia adelante. Queriendo correr hacia él, pero aterrada que fuese un truco. Su mano se apretó alrededor del mango del cuchillo mientras que Lobo, haciendo caso omiso a la forma en la que Winter estaba tratando de apartarse, la agarró del brazo y olio la sucia manga de la sudadera de Scarlet, manchada de tierra y sangre.

Gruñó, listo para atacar a la princesa. —¿De dónde has sacado esto?—

Tan desesperado, tan determinado, tan él. El cuchillo se deslizó de la mano de Scarlet.

La atención de Lobo se hizo con ella.

—¿Lobo?— Susurró.

Sus ojos se iluminaron, salvajes y llenos de esperanza.

Liberando a Winter, se adelantó. Sus ojos agitados sobre ella. Devorándola.

Cuando estaba al alcance de su mano, Scarlet casi colapsa en él, pero en el último momento tuvo el aplomo de dar un paso atrás. Ella plantó una mano en su pecho.

Lobo se congeló, un parpadeo herido atravesó su rostro.

—Lo siento— dijo Scarlet, su voz se tambalea por el agotamiento. —Es sólo que... huelo tan mal, casi no puedo soportar estar en torno a mí misma en este momento, así que ni siquiera puedo imaginar lo que es para ti y tu sentido de olf…—

Bateando su mano, Lobo clavó los dedos en el cabello de escarlata y aplastó su boca contra la de ella. Sus protestas murieron con un jadeo ahogado.

Esta vez, ella se derrumbó, sus piernas incapaces de sostenerla un segundo más. Lobo cayó con ella, cayendo de rodillas para romper la caída de Scarlet y sosteniendo su cuerpo contra el suyo.

Él estaba aquí. Él estaba aquí.

Ella estaba llorando cuando se separó, parte de ella se odiaba eso y parte de ella se sentía así hacía ya mucho tiempo. —¿Cómo?—

—Te olí—. Lobo estaba sonriendo tan amplio que podía ver los dientes afilados que normalmente trataba de ocultar. Había sido un largo tiempo desde que lo había visto tan feliz.

En realidad... no estaba segura de si alguna vez había visto tan feliz.

Ella se echó a reír, a pesar de que nació del delirio. —Por supuesto que sí— dijo. —Realmente necesito un baño—.

Él apartó un mechón de pelo sucio de Scarlet lejos de su mejilla, siguiendo el gesto con los ojos, todavía sonriendo. Le pasó el pulgar por encima del hombro, por su brazo, y luego levantó su mano, la del dedo vendado. Un momento de furia entorpeció su sonrisa, pero fue breve, y luego estaba examinando su cara de nuevo. —Scarlet— susurró. —Scarlet—.

Con un sollozo, ella acomodó su cabeza en el hueco de su cuello. —Si esto es un truco Lunar, voy a estar furiosa—.

El pulgar rozó su oreja. —Los llamaste cerdos—.

Su ceño se frunció. —¿Qué?—

Lobo se retiró y tomó la cara entre sus manos gigantescas, todavía sonriendo. —En la taberna de Rieux, cuando todos los hombres estaban haciendo chistes acerca de Cinder en el baile. Los llamaste cerdos y te levantaste en la barra y la defendiste a pesar de que era lunar, y ese fue el momento en que empecé a enamorarme de ti—.

El calor se precipitó en sus mejillas. —¿Por qué eres…?—

—Ningún Lunar podría saberlo—. Su sonrisa se volvió traviesa. —Así que no puedo ser un truco lunar—.

Sus labios se separaron al entenderlo, y otra aspiración se convirtió en una risa. —Tienes razón—. Ella pensó, en un tiempo en el que ella no sabía sobre soldados mutantes y princesas lunares desaparecidas. —Cuando viniste a la granja y yo creí que iba a tener que dispararte. Tú me dijiste que apuntara para el torso porque es un objetivo más grande, luego te reíste cuando le dije que tu cabeza parecía lo suficientemente grande para mí—. Ella clavó los dedos en su camisa. —Fue entonces cuando me....—

La besó de nuevo, moldeando sus cuerpos juntos.

Un silbido agudo sonó sobre las ruidosas rocas, sorprendiéndola. Apartándose, vio la Cinder y Thorne -el origen del silbido-, junto a una chica de piel morena con el pelo azul que tenía las manos apretadas soñadoramente contra sus mejillas.

Era como un espectáculo de bienvenida, Scarlet comenzó a llorar de nuevo. Desenredándose de los brazos de Lobo, cojeó para ponerse en pie. Él fue rápido para unirse a ella, con un brazo rodeando sus hombros. —No puedo creerlo. Estás aquí. En la Luna—.

—Estamos aquí— añadió Thorne. —Y si te hubieras molestado en confirmar tu asistencia, habríamos traído un bocadillo—. Sus ojos observando su cuerpo. —¿Cuándo fue la última vez que comiste?—.

Scarlet miró hacia abajo. Sus ropas colgaban de sus huesos, sus músculos se marchitaron a casi nada en la pequeña jaula. Aun así, no tenía necesidad de señalarlo.

—Estás preciosa— dijo la chica de pelo azul. —Un poco tosca, pero le agrega carácter—
.

—Um, gracias— dijo Scarlet, deslizando las lágrimas de sus mejillas. —¿Y tú eres…?—

La niña reboto de puntillas. —¡Soy yo, Iko! ¡El capitán me encontró un cuerpo real!—.

Las cejas de color escarlata apuntadas hacia arriba. ¿Esta era Iko? ¿Su nave espacial?

Antes de que pudiera responder, una voz dulce flotó cantando por el callejón.

—Los periquitos cantan ta-weet-a-weet-a-weet, y las estrellas brillan toda la noche....—

Cuatro pares de ojos se giraron hacia el carro que estaba ahora lleno de roca blanca brillante, aunque el eje del edificio había quedado en silencio. En algún momento, Winter se había arrastrado detrás de este, manteniéndose a ella misma entre el carro y la pared. Scarlet podía ver la parte superior de la capucha de color rojo sobre el pelo de Winter.

—Y los monos se divierten a-eet-eet-eet, mientras que los cohetes vuelan por....—

Cinder se acercó al carro con el ceño fruncido y lo hizo rodar lejos. Winter estaba acurrucada a su lado, mirando a la pared y dibujando pequeños diseños en el polvo. El mantel se había abierto, revelando su falda cubierta de sangre.

—Y la tierra está llena esta noche, esta noche, y todos los lobos aúllan: aa-uuuuuuuuuh....—

El delicado aullido se desvaneció.

Scarlet podía sentir las miradas curiosas de todo el mundo cambio entre ella y la princesa. Se aclaró la garganta. —Es inofensiva— dijo. —Estoy bastante segura—.

Winter rodó sobre su espalda por lo que ella estaba mirando a Cinder al revés.

Los ojos de Cinder se abrieron. Los otros se arrastraron hacia adelante.

Después de tres parpadeos lentos, Winter se puso boca abajo y se empujó hasta las rodillas. Ella rechazó la capucha, dejando que su pelo grueso cayera por los hombros. —Hola—.

Scarlet comenzó a reír de nuevo. Se acordó de lo que era ver a la princesa por primera vez. Sus labios carnosos, los hombros delicados, enormes ojos moteados con virutas de gris, todo emparejado con las cicatrices inesperadas en la mejilla derecha que deberían haberla hecho menos impresionante, aunque no lo hacían.

Se le ocurrió a Scarlet que Lobo no parecía notarlo. Ella sintió una pequeña punzada de orgullo.

—Por las estrellas— susurró Iko. —Eres hermosa.

—Un fuerte chasquido resonó por el callejón. —Deja tu glamour— exigió Thorne, apuntando con un arma a la princesa.

El pulso de Scarlet hipo. —Espera…— ella comenzó, pero Cinder ya había puesto una mano en su muñeca y presionaba la pistola hacia abajo.

—No es un espejismo— dijo.

—¿En serio?— Thorne se inclinó hacia Cinder y susurró: —¿Segura?—

—Estoy segura—.

Esta declaración fue seguida por otro largo y embriagador silencio, durante el cual Winter pasó su sonrisa más dulce entre cada uno de ellos.

Thorne hizo clic en el seguro y metió la pistola en la funda. —Por todas las estrellas, los Lunares tienen buenos genes—. Una pausa incómoda, antes de añadir —¿Quién es ella?—.

—Se trata de Winter— dijo Scarlet. —La Princesa Winter—.

Thorne soltó una carcajada y se pasó una mano por el pelo. —¿Estamos creando una casa de huéspedes para la realeza extraviada por aquí, o qué?—.

—¿La Princesa Winter?— Dijo Cinder. —Se acaba de anunciar que tú fuiste asesinada—.

—Jacin simuló el asesinato— dijo Scarlet —y nos ayudó a escapar—.

Los ojos de Cinder brillaron hacia ella, sorprendidos. —¿Jacin?—

Scarlet asintió. —El guardia que nos atacó a bordo de la Rampion—.

Una sombra cayó sobre la expresión de Cinder. Ella apartó la mirada.

—Es tan bonita—. Iko suspiró, sintiendo su propia cara para compararla.

Scarlet la miró. —Ella puede oírte—.

Ladeando la cabeza, Winter tendió una mano hacia Thorne. Sus ojos se abrieron y parecía una respuesta automática ayudarla a ponerse de pie.

Se sonrojó cuando Winter retiró la mano y se ajustó la falda. —Todos ustedes son muy amables— dijo, pero fue Cinder quien capto su atención. Estudió a la ciborg, curiosa. Cinder arrugó sus hombros junto a su cuerpo. —Y tú— dijo Winter, —eres mi prima perdida desde hace mucho tiempo y mi querida amiga. No podía creerlo hasta ahora, pero es verdad—. Winter tomó las manos de Cinder en las de ella. —¿Me recuerdas?—

Cinder sacudió lentamente la cabeza.

—Está bien— dijo Winter, y su expresión dijo que todo estaba bien. —Mis recuerdos son confusos también, y yo soy un año mayor. Aun así, espero que podamos ser buenas amigas de nuevo—. Ella entrelazó sus dedos. —Esta mano es inusual— dijo ella, levantando el titanio plateado. —¿Está hecha de cenizas?—

—Está hecha... Lo siento, ¿qué?—

—No— dijo Scarlet, agitando una mano. —Me parece que es mejor no preguntar—.

La princesa sonrió de nuevo. —Perdóname. Tú ya no eres solamente mi amiga o mi prima, y esta no es manera de darte la bienvenida—. Se dejó caer en reverencia de un bailarín y colocó un beso en los nudillos de metal de Cinder. —Mi Reina, es un honor servirle—.

—Er… ¿gracias?— Cinder miro su mano y la escondió detrás de su espalda. —Eso es amable, pero no tienes que hacerlo. De nuevo. Nunca—.

Thorne se aclaró la garganta. —Tenemos que volver a la casa. Ya hemos arriesgado suficiente con llamar la atención, y ella....— Miró a Winter. Había un filo en su expresión,

como si él no confiara en nadie que fuera más atractivo de lo que él era. —...Sin duda llama la atención—.

CAPÍTULO 33

Lobo ayudó a Scarlet a limpiar y vendar su dedo herido sin preguntarle o decirle qué, exactamente, le había sucedido. Aunque su expresión le había dicho que estaba listo para saltarle a la yugular a la reina Levana, sus manos habían sido suaves. Después, Scarlet insistió en que le diera tiempo para bañarse, y aunque Lobo la había mirado triste, el tiempo lejos había valido la pena. La pequeña bañera en su hogar de la infancia no era de ninguna manera lujosa, pero estaba muy lejos de la cubeta que había tenido en la colección de animales salvajes, y se sentía totalmente nueva cuando salió. A ella y a Winter se les dio ropa del escaso guardarropa de Maha Kelsey mientras las ropas de ellas se lavaban, aunque Scarlet estaba ansiosa por volver a ponerse su sudadera con capucha. Se había convertido en su propia armadura personal.

—No puedo creer que secuestraron al príncipe Kai, —Dijo ella, apartando solo un poco la cortina de la ventana delantera para mirar afuera. Margaritas azules en una caja frente a la ventana eran un solitario punto de color en el lugar.

—Emperador Kai, —Lobo le corrigió. Estaba apoyado contra la pared, sosteniendo el dobladillo de su camisa entre sus dedos. Winter estaba tomando su turno en el baño, mientras que los otros se habían reunido en la cocina, tratando de improvisar suficiente comida para todos. Scarlet había oído a alguien mencionar las raciones, y se le ocurrió que esta pequeña casa no estaba destinada recibir invitados, especialmente a tantos. La mamá de Lobo estaría de regreso pronto estaba recogiendo los suministros de la semana, pero por supuesto, que estaban destinados a una sola mujer.

Scarlet trató de imaginar lo que esto debía ser para Lobo. Volver a casa más de una década después de haber sido alejado, siendo un hombre adulto con cicatrices, colmillos y la sangre de innumerables víctimas en sus manos. Y ahora...con una chica.

Scarlet trataba de no pensar en la reunión con su madre, todo se sentía demasiado extraño.

—Emperador, está bien. —Dejo la cortina en su lugar. —Es raro decirlo, después de dieciocho años de escuchar chismes una y otra vez sobre el ‘príncipe favorito de la Tierra’

Tomo uno de los cojines del sofá y doblo las piernas debajo de él.

—Tenía una foto de él pegada en mi pared cuando tenía quince años. La recorte de una caja de cereales.

Lobo frunció el ceño.

—Por supuesto, la mitad de las chicas en el mundo probablemente tenían la misma imagen de la misma caja de cereal.

Lobo levanto sus hombros contra su cuello, y Scarlet sonrió abiertamente, burlándose.

—Oh, no. Vas a tener que luchar por el dominio de la manada ahora, ¿verdad?, Ven aquí.

Le hizo un gesto con su mano y él estaba a su lado en medio segundo, el ceño fruncido se difumino mientras la empujaba contra su pecho. Su descaro era nuevo, tan diferente de la timidez a la que se había acostumbrado. En Rampion, lobo siempre iba con cuidado con respecto a sus sentimientos, como si no quisiera arriesgar la confianza que habían comenzado a construir desde París.

Ahora, cuando la besaba o ponía sus brazos alrededor suyo, Scarlet sentía que la estaba reclamando. Lo que normalmente la habría enviado a una diatriba sobre la independencia en las relaciones, excepto que sentía como si ella lo hubiera reclamado primero hace mucho tiempo. En el momento en que había esperado que la eligiera por encima de su manada, en el momento en que lo había arrastrado a bordo de ese barco y lo llevo lejos de todo lo que había conocido, había tomado la decisión por los dos. Él era de ella ahora, al igual que ella era suya.

Salvo que se preguntó si todo había cambiado entre ellos, una vez más. Había imaginado que iba a volver a la granja con ella cuando todo esto hubiera terminado, pero ahora que había estado reunido con su madre, la única familia que le quedaba. Scarlet ya no podía asumir que ella era lo más importante para él, y sabía que no sería justo para él, pedirle que eligiera entre ella y la familia de la cual había sido robado. Ahora no, y tal vez nunca.

En la cocina, un armario se cerró de golpe, salvándola de pensamientos para los que no estaba lista. No cuando acababa de encontrado de nuevo. Oyó a Thorne decir algo sobre cartón liofilizado y a Iko acusarlo de ser insensible con los que no tienen papilas gustativas en absoluto.

Scarlet recostó su cabeza en el hombro de Lobo.

—Estaba muy preocupada por ti.

— ¿Estabas preocupada? —Lobo la alejo para mirarla. —Scarlet…te llevaron, y no pude hacer nada al respecto. No sabía si estabas muerta, o si ellos... —Él se estremeció.

—Habría matado a cada uno de ellos para llegar a ti. Habría hecho cualquier cosa por recuperarte. Saber que veníamos aquí fue lo único que me mantuvo cuerdo.

Su frente se arrugo.

—Aunque hubo un par de veces en las que me volví un poco loco de todos modos.

Scarlet lo golpeo con su codo.

—Eso no debería sonar tan romántico como lo hace.

—La cena está servida— dijo Thorne, saliendo de la cocina con un plato en cada mano. —Y por la cena, me refiero a arroz y carne empapada en sal sobre galletas rancias. Ustedes los Lunares seguro que saben cómo vivir con eso.

—Nosotros simplemente tomamos las cosas de la despensa— dijo Cinder, mientras ella e Iko entraban a la habitación, aunque casi no había suficiente espacio para todos.

—No hay forma de conseguir alimentos frescos y Maha ya nos ha ayudado lo suficiente.

Scarlet miró a Lobo.

—Asumí que nunca habían tenido antes tomates o zanahorias porque esas cosas no podían ser cultivadas aquí en la Luna, pero ese no es el caso, ¿verdad? Ellos simplemente no los envían a los sectores exteriores.

Se encogió de hombros, sin una pizca de autocompasión.

—No sé lo que puede o no puede crecer en los sectores agrícolas. Sea lo que sea, estoy seguro que no pueden competir con las granjas y jardines de Benoit.

Sus ojos brillaron, y Scarlet, para su propia sorpresa, comenzó a ruborizarse de nuevo.

—Ustedes dos me están dando dolor de estómago— se quejó Thorne.

—Estoy bastante segura que es la carne, —Dijo Cinder, arrancando un pedazo de carne misteriosa con sus dientes.

La comida no era apetitosa, pero no era peor de lo que había recibido en la colección de animales salvajes, Scarlet comió su pequeña ración con gusto. Winter salió del baño, con sus rizos oscuros todavía goteando, pantalones demasiado cortos y una blusa mal confeccionada no hicieron nada para disimular su belleza. Un silencio cayó sobre el grupo mientras ella se unía a ellos, arrodillándose en el suelo alrededor de la pequeña mesa y escaneando la comida con ojos tristes y lejanos.

Scarlet habló primero, empujando un par de galletas a través de la mesa.

—Sé que no es a lo que estás acostumbrada— dijo —Pero tienes que comer algo.

Winter le devolvió la mirada ofendida.

—No estoy siendo exigente.

Su expresión se suavizó mientras miraba las galletas.

—Simplemente no me había dado cuenta de lo mucho que tenía. Sabía que las condiciones eran malas en los sectores exteriores, pero no tan malas como esto. Muchos han pasado hambre mientras mi estómago estuvo lleno cada noche.

Suspirando, se sentó sobre sus talones y cruzó las manos sobre el regazo.

—No tengo hambre, de todos modos. Otra persona podría querer mi ración.

—Winter…

—No tengo hambre. —Su voz era más dura de lo que Scarlet alguna vez había oído. —No podría comer aunque quisiera.

Scarlet frunció el ceño, pero lo dejó ir. Lobo finalmente se comió las galletas, viéndose culpable por ello.

— ¿Has dicho que Jacin te dijo dónde encontrarnos? — Dijo Cinder. Sus hombros estaban tensos, y había sido claro desde el momento que Scarlet les había explicado lo que pudo sobre su escape que Jacin no era popular entre sus amigos. — ¿Cómo lo sabía?

—Imagino— dijo Winter, —Que su pequeña amiga le dijo.

— ¿Nuestra pequeña amiga? — Preguntó Cinder.

Winter asintió.

—Cress, ¿es su amiga?

El silencio se extendió sobre ellos, sacando todo el oxígeno de la habitación. Thorne fue el primero en reaccionar.

— ¿Cress? ¿Has visto a Cress?

—No la he visto en días, pero Jacin la mantenía a salvo.

— ¡Oh! Eso me recuerda. —Dijo Scarlet buscando el pequeño cilindro. —Jacin me dio esto y dijo que tenía un mensaje de un amigo adentro. Tal vez es de…Cress.

Thorne se lo arrebató antes de que hubiera terminado de hablar y se volcó sobre el cilindro en su palma.

— ¿Qué es? ¿Cómo lo abrimos?

Cinder lo agarró y lo insertó en el hológrafo en la pared. Un holograma parpadeó a la vida en el centro de la habitación.

Scarlet no habría reconocido al hacker de la reina, después de todo solo la había visto una vez a través de un enlace de comunicaciones. El largo cabello rebelde de la joven, había sido cortado y su piel, aunque todavía pálida, había estado al sol recientemente.

Thorne se lanzó desde su asiento, rodeando la habitación para ponerse en frente de la holografía mientras comenzaba a hablar.

—Hola a todos. Si están viendo esto, nuestros buenos amigos del palacio deben haberlos encontrado. Me gustaría poder haberme unido a ellos. Mi actual guardián me dio la opción de salir, pero tenía que quedarme para ayudarlo con sus planes. Sé que vas a entenderlo. Quería que supieras que estoy bien, sin embargo. Estoy a salvo e ilesa, y sé que vendrás por mí. Cuando lo hagas, voy a estar lista. Hasta entonces, te prometo que tendré cuidado y permaneceré oculta.

Hizo una pausa. Una sonrisa fugaz cruzó por sus labios, como prueba de su valor, aunque sus ojos permanecieron ansiosos. Después de una respiración profunda, continuó,

—Mi ausencia probablemente ha cambiado algunas cosas para ustedes, y sé que confiaban en mí para que los ayudara con algunos de sus planes. He creado un programa que esta en este archivo. Inserten este cilindro en el puerto universal en el receptor de la cúpula de radiodifusión y sigan las instrucciones que he preparado para ustedes. En la remota posibilidad de que pudiera caer en las manos equivocadas, he bloqueado el programa con el mismo código de acceso que se utilizó en el barco.

Sus pestañas bajaron, y había una débil sonrisa de nuevo.

—Espero que este mensaje llegue a ti con seguridad. Yo...te extraño.

Abrió la boca para decir algo más, pero dudó y la cerró de nuevo. Un segundo después, el mensaje terminó.

Miraron el espacio vacío donde había estado Cress. Scarlet jugaba con la cremallera de su sudadera, ahora estaba segura que la chica había sido la que cuido de ella y de Winter durante su escape. Ella las había salvado, y sacrificado su propia seguridad para hacerlo.

—Valiente chica, estúpida, —murmuró Thorne.

Se dejó caer al suelo, su expresión oscilaba entre el alivio y la angustia.

—Ella sigue con Jacin, entonces, —Dijo Cinder.

—Creo que sí...Estoy agradecido por lo que ha hecho, pero...No me gusta que él sepa dónde estamos, o que sea responsable de Cress. No confío en él.

Winter lo miró, horrorizada.

—Jacin es una buena persona. Él nunca te traicionaría, o a Cress.

—Muy tarde— dijo Thorne. —Ya lo hizo una vez.

Invierno entrelazó los dedos.

—Él lamenta haberte traicionado. Nunca fue su intención. Sólo...que tenía que volver a la Luna. Por mí.

Iko hizo un ruido que probablemente estaba destinado a ser un resoplido. Scarlet ladeó la cabeza para inspeccionar al androide. Lo que había sido extraños tics cuando había estado en el sistema de control de Rampion, ahora eran un poco desconcertante en su cuerpo humanoide.

—Es verdad— insistió en Winter, sus ojos arrugándose en las esquinas. —Entiendo por qué no confías en él, pero él está tratando de hacer las paces. Él quiere verte de nuevo en el trono tanto como cualquiera de los que están aquí.

—Él salvó mi vida— agregó Scarlet. Entonces, después de una pausa, ella se encogió de hombros. —Probablemente sólo porque él me necesitaba para que salvara tu vida, pero aun así, tiene que contar para algo.

Thorne se cruzó de brazos y dijo de mala gana,

—Me gustaría que hubiera intentado algo un poco más difícil como enviar a Cress con ustedes.

—Al menos sabemos que está viva— dijo Cinder.

Thorne gruñó.

—Todo lo que sabemos es que todavía está en Artemisia y bajo la protección de un tipo que nos ha traicionado una vez. ¿La princesa se cree que está de nuestro lado? Bien. Pero eso no cambia el hecho de que nos vendió en Nueva Pekín, y no me cabe duda de que lo hará de nuevo si eso significa salvar su propio pellejo.

—Por el contrario, se preocupa muy poco por su propio pellejo.

La voz de Winter son aguda, sus hombros temblaban.

—Es por mi seguridad por lo que se preocupa, y nunca estará a salvo de nuevo, siempre y cuando mi madrastra sea la reina. —Se volvió hacia Cinder. —Creo que va a hacer todo lo que pueda para ayudar a que su revolución tenga éxito. Los dos lo haremos.

Un largo silencio, seguido por las quejas de Thorne,

—Todavía pienso en darle un puñetazo si alguna vez lo vuelvo a ver.

Scarlet puso los ojos en blanco. Cinder dio unos golpecitos con los dedos sobre la mesa.

—No entiendo por qué Levana intento matarte ahora. Ella tiene a Kai. Ella está haciendo lo que quiere.

—Creo que tiene miedo de perder su control sobre Luna, —dijo Winter, — especialmente con los rumores de que nuestra verdadera reina todavía está viva. Se ha vuelto paranoica, le tiene miedo a cualquier potencial amenaza.

Cinder sacudió la cabeza.

—Pero no eres su verdadera hija. ¿Hay alguna superstición acerca de las líneas de sangre?

—Sí. Sólo una persona de sangre real puede sentarse en el trono de Luna. Se cree que si una persona que no tiene sangre real asciende al trono, el don concedido a nuestra gente dejará de existir. Ha habido numerosos estudios que demuestran esto.

Scarlet se rio.

—Déjame adivinar, los estudios fueron pagados por la familia real.

— ¿Importa? — Dijo Winter. —Si las personas creen o no esto, mi madrastra está asustada. Está desesperada por mantener su poder. Es por eso que trató de matarme.

—Bueno, —Dijo Cinder. —La gente comete errores cuando está desesperada, y tratar de matarte podría ser uno grande. —Se echó hacia atrás sobre sus manos. —Por lo que puedo decir, las personas que te adoran. Si supieran que Levana intentó asesinarte, podría ser justo lo que necesitamos para persuadirlos a elegirme sobre ella. Escucharlo, de su Alteza, tenemos el video. Si el programa de Cress funciona, vamos a ser capaces de reproducirlo en todos los sectores exteriores. Se le dirá a la gente que soy yo y pedirles que se unan a mí para terminar el reinado de Levana.

Ella inhaló.

—Me gustaría incluir un mensaje tuyo, para mostrarle a la gente que estás viva y que les digas que Levana fue la que trató de matarte. Tener tu apoyo significaría mucho. Para ellos, y para mí.

Winter le sostuvo la mirada un largo rato, considerándolo, suspiró.

—Lo siento, pero no puedo. Levana lo averiguaría, y no puede saber que estoy viva.

— ¿Por qué no? — Dijo Scarlet. —Las personas se preocupan por ti. Ellos tienen derecho a saber la verdad.

—Jacin recibió la orden de matarme— dijo Winter, su voz cada vez más débil —Y él pasó por un montón de problemas para hacer parecer tuvo éxito. No lo voy a poner en peligro anunciando la verdad. Cuanto más tiempo crea que Jacin le es leal a ella, más seguro que va a estar. —Miró hacia arriba de nuevo. —Y más segura estará su Cress también.

Thorne miró hacia otro lado.

—Siento no poder ayudarte con esto. Por si sirve de algo, tienes mi apoyo, incluso si tiene que ser un secreto.

Winter se desplomo. Scarlet podía verla encerrarse en sí misma y sus preocupaciones sobre la seguridad de Jacin. Deseó poder ofrecerle cierto consuelo, pero había pasado suficiente tiempo bajo el pulgar de Levana saber que no había nada que pudiera decir que haría que Winter se sintiera mejor.

—Está bien— reconoció Cinder. —Entiendo. Tendremos que esperar que el video tenga éxito sin ti.

La puerta principal se abrió y todos voltearon a mirar. Scarlet giro mientras una mujer cerraba la puerta detrás de ella. Llevaba un mono de trabajo lleno de polvo con partículas de regolito y llevaba una caja de madera desgastada llena de comida. Tenía

que ser la madre de Lobo tenía el cabello y la piel oliva en tonos oscuros igual que él, pero también tenía la estructura ósea de un pájaro. Lobo podría haberla aplastado con la punta de sus dedos.

Scarlet sentía rara por tener un pensamiento así.

Todo el mundo se relajó. Todos, a excepción de Scarlet y Lobo, cuyos brazos se volvieron a aferrar a su alrededor.

Apoyada en la puerta, Maha examinó la habitación con una sonrisa oscilante.

—Ellos estaban dando azúcar, —Dijo ella, —Por la celebración de la reina la próxima...

Se interrumpió, notando a Scarlet con el brazo de Lobo sobre sus hombros. Winter se puso de pie, la sorpresa se dibujó en el rostro de Maha. Scarlet se puso de pie, pero la atención de Maha fue capturada por la princesa ahora. Su mandíbula se abrió de par en par.

Winter la saludo.

—Debes ser la Madre Kesley. Soy la princesa Winter Hayle Blackburn, y me siento terriblemente por las galletas.

Maha se quedó sin habla.

—Espero que no le importe nuestra intrusión en su hogar. Su cachorro de lobo nos dio la bienvenida. Es sorprendentemente tierno, dado los dientes que tiene. Y los músculos.

Winter alzó los ojos hacia el yeso agrietado alrededor de la puerta.

—Más bien me recuerda a otro lobo que una vez conocí.

Scarlet hizo una mueca.

—Su...Su Alteza, —tartamudeó Maha, parecía que no estaba segura de si debía tener miedo o sentirse honrada.

—Mamá— dijo Lobo —Esta es Scarlet. Es la chica de la que te he hablado, la que fue raptada de nuestra nave por el taumaturgo. Había estado presa en el palacio, pero ella...se escapó. Esta es ella. Es Scarlet.

Maha aún no había logrado cerrar su boca.

—Es Terrestre.

Scarlet asintió.

—Principalmente. Mi abuelo era lunar, pero nunca lo conocí. Y no tengo...um, don.

Con esa declaración, se le ocurrió a Scarlet que Maha probablemente tenía el don. Todos ellos lo tenían en distintos grados, ¿no? Incluso Lobo lo había tenido, antes de que los científicos se lo llevaran.

Pero era imposible imaginar que esta mujer menuda abusara de ello como hacían en la capital. ¿Era ingenua? Cuán difícil era ser parte de esta sociedad, sin saber quién estaba controlando y quien estaba siendo controlado.

—Hola, Scarlet— dijo Maha, componiéndose a sí misma lo suficiente para sonreír. —Ze'ev no mencionó que estaba enamorado de ti.

Scarlet podía sentir sus mejillas volviéndose tan rojas como su cabello.

Thorne murmuró,

— ¿Cómo no te lo dijo?

Cinder le dio una patada.

Lobo agarró la mano de Scarlet.

—No sabíamos si estaba viva. No quería decirte sobre ella sí...si nunca la ibas a conocer...

Scarlet le apretó la mano. Él le devolvió el apretón. En la parte posterior de su cabeza, escucho la voz de su abuela, que le recordó sus modales.

—Estoy muy feliz de conocerla. Yo...um. Agradezco mucho su hospitalidad.

Maha dejó la caja de raciones en la puerta y cruzó la pequeña habitación, envolviendo Scarlet en un abrazo.

—Espero con impaciencia llegar a conocerte.

Libero a Scarlet, se volvió hacia Lobo poniendo sus manos sobre sus hombros.

—Cuando te llevaron, temía que nunca pudieras amar en absoluto. —Ella lo abrazó, y su sonrisa era tan brillante como un ramo de margaritas azules. —Todo está muy bien. Muy bien.

— ¿Ya casi terminamos con el sentimentalismo y el llanto? — Dijo Thorne, masajeando su sien. — ¿Cuando empezamos con la planificación de una revolución de nuevo?

Esta vez, fue Iko quien le dio una patada.

—Sabía que estabas enamorada de él. —Winter le dio unos golpecitos con los dedos sobre su codo. —No puedo entender por qué nadie me escucha.

Scarlet la fulmino con la mirada, pero no había ira en sus ojos.

—Tienes razón, Winter. Es un completo misterio.

CAPÍTULO 34

Linh Pearl salió del ascensor, acomodando las tiras de su bolso en su hombro. Estaba temblando de rabia. Desde que Cinder había hecho ese espectáculo en el baile y había revelado que no sólo era un ciborg loca sino una lunar aún más loca, el mundo de Pearl se había derrumbado a su alrededor.

Al principio habían sido inconvenientes menores algo molestos, pero tolerables. Sin el sirviente ciborg y sin dinero para contratar ayuda, Pearl ahora tenía que ayudar en todo en el apartamento. De repente, tenía "tareas". De pronto, su madre quería que ayudara con las compras, que cocinara su propia comida e incluso que lavara los platos cuando terminara, a pesar de que había sido su estúpida decisión el vender el único androide que funcionaba.

Pero ella podría haber vivido con esto, si su vida social no se hubiera fragmentado simultáneamente junto con su dignidad. Durante la noche, se había convertido en una paria.

Sus amigos la habían tratado tan bien en un primer momento. Llenos de asombro y simpatía, se reunieron alrededor de Pearl como si fuera una celebridad, queriendo saber todo. Queriendo ofrecerle sus condolencias, a sabiendas que su hermanastra adoptada había sido tan atroz. Querían escuchar cada historia horrible de su infancia. Como una chica que apenas había escapado de la muerte, había sido el centro de todas sus conversaciones, de toda su curiosidad.

Eso había disminuido, sin embargo, cuando Cinder escapó de la cárcel y se mantuvo escondida durante demasiado tiempo. Su nombre se convirtió en sinónimo de traidores y arrastro a Pearl con ello.

Entonces su ignorante madre, había ayudado sin saberlo, a Cinder a secuestrar al emperador Kai dándole sus invitaciones de la boda. Las había cambiado por servilletas. Servilletas.

Y esto la había confundido. Horas antes de que fueran a la boda real, ya vestidas con sus mejores galas, su madre habían puesto el apartamento patas arriba, desesperadamente buscando a través de todos los cajones, arrastrándose sobre sus manos y rodillas para mirar bajo cada mueble, buscando en cada bolsillo en su armario. Maldiciendo y jurando una y otra vez que las tenía, que las había visto a esa misma mañana, cuando esa tosca mujer del palacio las había llevado, explicado lo que había ocurrido y preguntado ¿dónde podrían haber ido?

Naturalmente, ellas se perdieron la boda.

Perla había gritado, llorado y escondido en su habitación a ver las noticias, donde repasaban en vivo lo que había pasado dejando de lado la boda y las decoraciones del palacio para mostrar el devastador asalto al palacio y la desaparición del emperador Kai.

Linh Cinder estaba detrás de todo. Su monstruosa hermanastra, una vez más, había arruinado todo.

Les había tomado dos días al equipo de seguridad del palacio rastrear las invitaciones de un tal Bristol-Daren (que había estado en casa en Canadá, disfrutando de una botella de vino fino) y de nuevo a las invitaciones reales que le habían sido dadas a Linh Adri y su hija, Linh Pearl. Sólo entonces su madre comprendió. Que Cinder la había tomado por idiota.

Esa había sido la gota que derramo el vaso para los amigos de las Pearl.

'Traidoras', Mei-Xing las había llamado, acusando a la madre de Pearl de ayudar a la ciborg y de poner en peligro a Kai.

Furiosa, Pearl había salido, gritando que ellos podían creer lo que quisieran para lo que le importaba. Era la víctima en todo esto, y no necesitaba que sus llamados amigos lanzaran estas acusaciones contra ella. Tenía suficiente a lo que hacerle frente. Había esperado que fueran tras ella, y se disculparan.

Nadie lo hizo.

Anduvo todo el camino a casa con los puños apretados a los costados. Cinder. Todo era culpa de Cinder. Desde Peony…no, desde que su padre había contraído la peste y había sido alejado de ella. Todo era culpa de Cinder.

Karim-Jie, su vecina del 1816, no se hizo a un lado cuando Pearl pasó como cañón. Su hombro golpeó a la mujer tirándola contra la pared, Pearl se detuvo el tiempo suficiente para fulminarla con la mirada, era una cerda vieja que tras que se estaba quedando ciega, era una perezosa. Sin embargo recibió de ella un resoplido altivo.

Esta reacción, también, era una que Pearl había recibido con demasiada frecuencia en el baile. ¿Quién era esta mujer para mirar hacia abajo a Pearl y su madre? Ella no era más que una viuda cuyo marido había muerto a causa del amor por la bebida, y que ahora estaba sentada en su apartamento que olía a basura con una triste colección de monos de cerámica.

¿Y pensaba que era mejor que Pearl? El mundo entero se había vuelto contra ella.

—Lo siento —dijo Pearl entre dientes, pisando fuerte pasando hacia su propio apartamento.

La puerta estaba ligeramente abierta, pero Pearl no pensó nada sobre esto hasta que la abrió y esta golpeó contra la pared.

Quedo congelada.

El salón había sido desordenado. Incluso peor que cuando su madre había buscado las estúpidas invitaciones.

Los cuadros y los portarretratos habían sido tirados de la repisa de la chimenea, el proyector nuevo estaba tumbado boca abajo en el suelo, y la urna con las cenizas de Peony estaba...

El estómago de Pearl se desplomó. La puerta golpeo su hombro.

—¿Mamá?— dijo, cruzando el pasillo.

Se congeló. Un grito se arrastró hasta su garganta, pero murió en un chillido petrificado.

Estaba apoyado contra la pared del fondo de la sala de estar. A pesar de que tenía forma de un hombre, se puso de pie con los hombros encorvados y enormes manos con garras. Su rostro estaba desfigurado en un hocico con dientes que le sobresalían de entre los labios, ojos oscuros y vidriosos hundidos en su rostro.

Pearl se gimió. El instinto la hizo dar un paso atrás, aunque también el instinto le dijo que era inútil. Un centenar de historias terribles, desde las noticias a los chismes en voz baja, llenaron su cabeza.

Las muertes fueron al azar, decía la gente.

Los monstruos lunares podrían estar en cualquier lugar en cualquier momento. Nadie podía discernir algún patrón o lógica para sus ataques. Podían invadir una oficina atestada siendo de día y matar a cada alma en un noveno piso, pero dejar el resto de los pisos en paz. Podría matar a un niño dormido en su cama, pero no a su hermano que estaba al otro lado del cuarto. Podían desmembrar a un hombre mientras caminaba hacia su puerta de entrada, luego, tocar el timbre para que su amada lo encontrara aun sangrando.

El terror en ello estaba en la aleatoriedad. La brutalidad sin sentido y la forma en que elegían a sus víctimas, dejando tantos testigos para difundir miedo.

Nadie estaba a salvo. No había nadie a salvo.

Pero Pearl nunca pensó que iban a venir aquí, a su pobre apartamento, en una ciudad tan llena de gente...Y…y la guerra estaba en un alto al fuego. No había habido ningún ataque en días. ¿Por qué ahora? ¿Por qué ella?

Un gemido salió a través de su garganta. La criatura sonrió y se dio cuenta de que su mandíbula había masticando cuando ella había entrado. Como si hubiera estado ocupado masticando un aperitivo.

Mamá.

Sollozando, dio la vuelta para correr. Pero la puerta se cerró de golpe. Un segundo animal, le cerró el paso.

Pearl se desplomó sobre sus rodillas, sollozando y temblando.

—Por favor. Por favor.

—¿Estás seguro de que no podemos comérnosla? — dijo el de la puerta, sus palabras apenas discernibles, en un bajo tono brusco, rasposo. Agarró el brazo de Pearl y la puso de nuevo en pie. Gritó y trató de alejarse, pero su agarre era implacable. Aparto el brazo de su cuerpo, extendiéndolo para poder obtener una buena vista de su antebrazo.

— ¿Sólo una saboreada? Se ve tan dulce.

—Sin embargo, huele tan amarga —dijo el otro.

Pearl, a través de su histeria, lo olía también. Una cálida humedad se deslizo entre sus piernas. Gimió y sus piernas cedieron de nuevo, dejándola pendiendo del asimiento del monstruo.

—Nuestra ama nos ordenó que la lleváramos ilesa. Quieres un mordisco, adelante. Se enojara, es tu cabeza…

El que sostenía a Pearl presionó su humedad nariz contra su codo y olfateó con añoranza. Luego dejó caer su brazo y cogió a Pearl sobre un hombro.

—No vale la pena— dijo con un gruñido.

—Estoy de acuerdo.

La segunda bestia se acercó y pellizcó la cara de Pearl con su enorme mano, peluda.

—Pero tal vez podremos llegar a saborearla cuando hayan terminado con ella.

CAPÍTULO 35

—La cárcel militar está aquí— dijo Thorne, agazapado en el callejón entre Iko y Lobo. Por la centésima vez desde que habían dejado la casa de Maha, comprobó su bolsillo por el cilindro que contenía el mensaje de Cress.

—Tengo altas expectativas— dijo Iko.

Justo como todo en este sector, la cárcel era gris y cubierta de polvo. Estaba hecha de piedra y carente de ventanas, lo que la hacía uno de los edificios más impenetrables que Thorne hubiera visto. Un guardia uniformado destacaba mirando hacia la puerta, con un rifle descansando a través de sus brazos y un casco contra la máscara de polvo que oscurece su rostro.

Adentro estaría lleno de armas, con equipos de mantenimiento de la cúpula, con celdas para mantener a los que rompen las leyes antes de mandarlos a los juicios de Artemisia. Y un pequeño centro de control para acceder a la red de la cúpula y al sistema de seguridad. Lo más importante, aquí era donde el receptor-transmisor fue alojado, lo que conectaba a este sector con la red de difusión por el gobierno.

—¿Cuánto tiempo tenemos?— preguntó.

—Aproximadamente dos minutos catorce segundos hasta que el próximo guardia patrulle por aquí— contestó Iko.

—Lobo, tu turno—

Hubo un destello de dientes afilados antes de que Lobo se irguiera y saliera del callejón. Iko y Thorne se escondieron fuera de la vista.

Una voz severa ordenó, —Alto e identifíquese—

—Operativo Especial Alfa Kelsey. Estoy aquí por órdenes del taumaturgo Jael para comprobar tu lista de armas—

—¿Eres de un Operativo Especial? ¿Qué haces aquí…?—Un jadeo, seguido de una pequeña pelea y un golpe. Thorne se tensó esperando un disparo, pero este nunca vino. Cuando el silencio reinó, él e Iko se asomaron por la esquina.

Lobo estaba arrastrando al guardia desde la puerta y sostenía sus dedos sobre la pantalla. Thorne e Iko se levantaron para unírsele justo cuando la puerta se abrió. Ellos llevaron al guardia adentro.

El interior de la cárcel militar no era mucho mejor que el exterior. Ligeramente menos sucia, pero seguía oscura e incómoda. En esta habitación principal un gran escritorio se llevaba casi todo el espacio, separándolos de dos puertas con barrotes que había en la pared de atrás.

Thorne no perdió tiempo en sacarse la camiseta de lino que llevaba puesta para encajar con los mineros. Yendo a lado del guardia, empezó a desbotonar la camisa de su uniforme. Pensó que como el guardia era un poco más rechoncho de lo que él era, le iba a encajar.

—Supongo que no necesitas ayuda con eso— Dijo Iko, sonando tan esperanzada mientras miraba a Thorne trabajar los brazos del guardia fuera de las mangas.

Thorne paró y la miró, recordando el cilindro, lo sacó y lo presionó dentro de su puño. —Tú ve a trabajar—

Iko le dio un saludo rápido y se metió a ella misma atravesando el escritorio. Pronto, él pudo oír su alegría zumbar cuando encontró el puerto universal e introdujo el cilindro. La pantalla hizo ruido e Iko proclamó orgullosa: —Código: Capitán es Rey—

Los labios de Thorne se retorcieron mientras se colocaba la camisa del guardia por su cabeza.

—¡Funcionó! ¡Estoy dentro!— dijo Iko, —Cargando el programa ahora—

Lobo ayudó a ajustar a Thorne en la incómoda armadura del guardia.

—Casi listo... y eso es todo, seleccionando los sectores en donde quiero que se transmita la programación alterada, y cargando el video de Cinder dentro de la programación... wow, Cress no pudo haberlo hecho más fácil—

Thorne gruñó, no queriendo escuchar que tan bien hizo Cress el trabajo de ayudarlos tanto. El deseaba que ella lo pudiera haber mandado sola.

Se colocó la máscara de polvo en sí mismo para esconder su mueca y calzó sus pies dentro de las botas del guardia. Elevó sus cejas hacia Lobo.

Lobo asintió, —Pasable—

—Dame al menos cuatro minutos— dijo Iko.

—Los tienes. Dos golpes significan problemas, tres golpes significan despejado— Thorne agarró el rifle del guardia. Escucho a Lobo crujiendo sus nudillos mientras él se deslizaba por la puerta para tomar la posición del guardia. La postura del rostro sombrío, hombros rectos vino fácil y estaba tan contento que, por una vez, su entrenamiento militar fuera práctico.

Contó hasta seis antes de que el guardia que patrullaba esa parte de la cúpula apareciera. Se paseó pasando a Thorne con su propia arma acostada sobre sus hombros, buscando por civiles errantes o por guardias que deberán estar trabajando.

Si el guardia lo miró, él no lo sabía. El mantuvo su mirada en algún punto en el horizonte, estoico y serio.

El guardia lo pasó de largo.

Bajo su máscara de polvo, Thorne sonrió.

-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Cinder deseo tener más espacio para caminar. Sus nervios eran una ruina mientras esperaba noticias de Iko.

—¿Estás bien?— Preguntó Scarlet, sentada con las piernas cruzadas en la mecedora. Ella también estaba nerviosa, jugado con el cordón de su capucha recién lavada.

—Estoy bien— mintió Cinder. La verdad es que estaba tan tensa como un resorte. Pero no quería hablar sobre ello. Ellos apenas hablaban sobre su estrategia de muerte. Todo lo que podría ir bien. Todo lo que podría ir mal.

Las personas responderían a su llamada, o no lo harían. De cualquier manera, estaba a punto de mostrarle a Levana su mano.

En la cocina, la Princesa Winter estaba tarareando una canción que desconocía. Ella apenas había parado de moverse desde que habían arribado la tarde anterior. Había sacudido el polvo, barrido, batió las alfombras, reorganizó gabinetes y dobló la ropa limpia y lo hizo todo con la gracia de una mariposa. Todo su trabajo estaba haciendo que Cinder se sintiera como una mala anfitriona.

Cinder no estaba segura qué hacer con la princesa. Ellas dos admiraban y no cuestionaban su decisión de no usar su glamour. La vida había sido más simple desde que ella hizo uso de su propio don, y estaba aterrorizada de que se estaba convirtiendo más y más como Levana. Pero al mismo tiempo, ahora que ella tenía su don, no podía imaginarse dejándolo, especialmente viendo el precio que tenía que pagar la princesa con su cordura.

Pero decir que la princesa era simplemente una loca no se sentía bien, tampoco. Ella era peculiar y extraña y ridículamente carismática. También se veía tan honestamente preocupada por toda la gente que la rodeaba y también mostraba atisbos de inteligencia que serían difíciles de pasar por alto. Mientras ella exudaba humildad, Cinder no pensaba que era ignorante de sus encantos como hacía ver.

Deseaba poder recordarla cuando eran niñas, pero todos sus recuerdos consistían en llamas y brasas y carne chamuscada. No había nada como una amiga, una prima. No se le había ocurrido nunca que podría tener una conexión con su breve vida en Luna– asumió que cualquiera en el palacio sería su enemigo.

Una comm apareció en el dispositivo de su retina.

Cinder se congeló, la leyó y dejó escapar un largo suspiro, —Están en posición. El video está listo para empezar un minuto después del anuncio del fin del día laboral en todos los sectores exteriores. Thorne está de vigilancia. Ninguna alarma se activó, todavía—

Cinder presionó una palma sobre su anudado estómago. Este era el momento por el que tuvo toda esa preparación.

Cientos de horrores nublaron su mente. No le creerían. No la seguirían. No querrían su revolución.

Según lo que sabía, esta sería la primera vez que los sectores exteriores de la Luna serían expuestos a un mensaje que no fuera de la Corona o para infundir temor. Cada pequeño pedazo de media que venía de la corona, desde ejecuciones públicas de cualquiera que se atreviera a criticar a la reina, hasta documentales sobre la generosidad y compasión de la familia Real. En los sectores podrían pasar una sola transmisión individual o todos recibir el mensaje de una, pese a que Cinder sospechaba que la reina raramente tenía comunicaciones masivas. Más bien, las comunidades ricas de Artemisia veían coberturas de las fiestas de las élites mientras que los trabajadores de los otros sectores veían reportajes de escaseces de alimentos y raciones reducidas.

Cinder estaba a punto de piratear la herramienta más valiosa para lavar cerebros de Levana– más poderosa incluso que su glamour. Por primera vez la gente en los sectores exteriores estaba a punto de escuchar un mensaje de verdad y empoderamiento.

Eso esperaba.

Un timbre muy familiar sonaba afuera, seguido por el himno de la Luna y la cortés voz de una mujer enviando a los trabajadores a casa.

Cinder envolvió sus brazos a su alrededor, apretando fuerte en un intento de detener la disolución. —Eso es todo— dijo, mirando a Scarlet. Ellas habían discutido mucho si Cinder debería arriesgarse estando fuera cuando su mensaje se pusiera en marcha. Sus compañeros la habían alentado a que esperara y dejara que el video haga su trabajo, pero ella supo en ese momento que esperar no era una opción. Tenía que estar ahí para ver su reacción, en este sector al menos, si ella no podía ver la reacción de todos los sectores.

Los labios de Scarlet se hundieron. —Vas a ir allí afuera, ¿cierto?—

—Tengo que hacerlo—

Scarlet rodó sus ojos, no viéndose sorprendida en lo absoluto. Se puso de pie y miró hacia la cocina, donde el tarareo de Winter se había vuelto dramático y sobrexcitado. —Winter?—

La princesa apareció un momento después, sus manos cubiertas de masilla.

Scarlet colocó sus manos en sus caderas. —¿Qué estás haciendo?—

—Remendar la casa— dijo Winter, como si fuera obvio. —Así no se cae—

—Correcto. Bueno, buen trabajo. Cinder y yo iremos a mirar el video. Si alguien viene a la casa, escóndete. No te vayas, y trata de no hacer nada loco—

Winter guiñó, —Seré el vestíbulo de la cordura sin obstáculos—

Con una exasperada sacudida de su cabeza, Scarlet se giró hacia Cinder, —Ella estará bien. Vámonos—

El reloj en la cabeza de Cinder contaba los minutos y Scarlet y ella apenas salieron de la casa cuando la cúpula se oscureció sobre sus cabezas. En la distancia podía ver a los obreros encaminándose a sus casas desde las fábricas. Todos se detuvieron y miraron hacia arriba, esperando escuchar cualquier mala noticia que la Reina les tenía para ellos ahora.

Una serie de cuadrados de tamaño de edificios parpadearon a través de la cúpula y se juntaron en una imagen, duplicadas una docena de veces en cada dirección-- el rostro de Cinder plasmado una docena de veces sobre el cielo.

Cinder hizo una mueca ante la vista. Cuando filmaron el video en la Rampion, se sintió valiente y decidida. No se había molestado en qué vestir, prefiriendo que la gente la viera como era. En el video usaba la misma camiseta militar y pantalones de carga que encontró a bordo de la Rampion años atrás. Su cabello en la misma cola de caballo en que siempre lo usaba. Sus brazos cruzados sobre su pecho, con su mano ciborg a la vista de todos.

No se parecía en nada a su regia, glamurosa, poderosa tía.

—Cinder— siseo Scarlet. —¿No deberías usar el glamour?—

Empezó a llamar al glamour de adolescente que usó durante el viaje desde Artemisia. Mantendría a cualquiera en el sector de reconocerla al menos, pensó que no iba a protegerla del vídeo de la cámara.

Esperaba que Levana tuviera un montón de vídeos que revisar después de esto.

Su retrato en el cielo comenzó a hablar.

—Habitantes de la Luna, les pido que se detengan de hacer lo que están haciendo y escuchen este mensaje. Mi nombre es Selene Blackburn. Soy la hija de la fallecida Reina Channary, sobrina de la Princesa Levana, y la legítima heredera del trono de la Luna— Ella practicó las palabras un centenar de veces y Cinder se sentía aliviada de que no sonara como una completa idiota diciéndolas. —Les contaron que fallecí hace trece años en un incendio, pero la verdad es que mi tía, Levana, trató de matarme, pero fui rescatada y llevada a la Tierra. Allí, fui curada y protegida en preparación para cuando volviera a Luna y reclamara mi derecho de nacimiento.

—En mi ausencia, Levana los ha esclavizado. Toma a sus hijos y los transforma en monstruos. Toma a sus niños que son caparazones y los sacrifica. Los deja que tengan hambre, mientras que la gente en Artemisia se regodea en comidas ricas y delicadas— Su expresión se torna feroz. —Pero el mandato de Levana está llegando a su fin. Regresé y estoy aquí para tomar lo que es mío—.

Un escalofrío se deslizo por Cinder mientras escuchaba su voz sonando capaz, tan confiada, tan digna.

—Pronto— el video continuó —Levana va a casarse con el Emperador Kaito de la Tierra y será coronada emperatriz de la Comunidad Oriental, un honor que no podría ser entregado a alguien que lo merezca menos. Me refuto a permitir que Levana extienda su tiranía. No me quedaré a un lado mientras mi tía encierra y abusa de mi gente aquí en Luna, y libra una guerra con la Tierra. Lo cual es el por qué, antes de que la corona de la Comunidad pueda colocarse sobre la cabeza de Levana, llevaré mi ejército hacia las puertas de Artemisia—

Arriba, su sonrisa se tornó astuta e inquebrantable.

—Les estoy pidiendo, habitantes de Luna, que sean mi ejército. Tienen el poder de pelear contra Levana y la gente que los oprime. Empiecen esta noche, los impulso a que se unan a mí contra este régimen. No obedeceremos más sus toques de queda u olvidaremos nuestros derechos de encontrarnos, y hablar y ser escuchados. No daremos más nuestros hijos para que se conviertan en un dispensable guardia y soldado. No nos esclavizaran más lejos para hacer crecer la comida y los animales, sólo para ver cómo una nave se las lleva hacia Artemisia mientras nuestros hijos se mueren de hambre alrededor nuestro. No construiremos más armas para la guerra de Levana, las tomaremos para nosotros, para nuestra guerra.

—Sean mi ejército. Pónganse de pie y reclamen sus casas contra los guardias que los aterrorizan. Envíen un mensaje hacia Levana que diga que ya no serán controlados por el miedo y la manipulación. Y sobre el inicio de la coronación, les pido que todos los ciudadanos disponibles se unan a mí en una marcha contra el palacio de la reina de Artemisia. Juntos garantizaremos un mejor futuro para Luna. Un fututo sin opresión. Un futuro en el cual cualquier Lunar, no importa en el sector en el que haya nacido, pueda alcanzar sus ambiciones y vivir sin miedo o injustas persecuciones o un tiempo en la esclavitud.

—Entiendo que les estoy pidiendo que arriesguen sus vidas. Los taumaturgos de Levana son poderosos, sus guardias son expertos, sus soldados son brutales. Pero si todos juntos nos unimos, podemos ser invencibles. No nos pueden controlar a todos. Con la gente unida en mi ejército, rodearemos la capital y derrocaremos a la impostora

que se sienta en mi trono. Ayúdenme. Peleen por mí. Y yo seré la primera mandataria en la historia de Luna que también peleará por ustedes—

El vídeo se enfocó en la indomable expresión del rostro de Cinder por un latido y luego se cortó.

CAPÍTULO 36

—Wow—susurró Scarlet. —Buen discurso—.

El corazón de Cinder tronaba. —Gracias. Kai escribió la mayor parte—.

Ella miró hacia abajo la fila vacía de casas. Las pocas personas que había visto antes aún se arremolinaban alrededor, mirando hacia la cúpula. Más mineros y trabajadores de las fábricas deberían haber vuelto por ahora, pero las calles se habían quedado vacías. La cúpula era un vacío de silencio.

Eso debió haber asustado a Cinder, sabiendo que ella había hecho su primer movimiento. Había estado huyendo demasiado tiempo. Levana la había mantenido a la defensiva desde el momento en que la había visto en el baile de la Comunidad.

No más. Se sentía llena de energía. Lista. Lejos de parecer una tonta en el video, había sonado como una reina. Sonaba como una revolucionaria. Sonaba como si realmente podría sacar esto adelante.

—Vamos— dijo Scarlet, marchando por delante. —Vamos a ver lo que está pasando—

Cinder corrió tras ella. Oyeron gritos procedentes de la plaza central y los ciudadanos distantes se dirigían hacia las calles residenciales, a pesar de que con frecuencia se detenían para mirar hacia atrás. A medida de que Cinder y Scarlet se acercaban, los gritos se convirtieron en órdenes.

Los guardias del sector se habían abierto camino entre la multitud vagante, todos con largas y delgadas porras en sus puños.

—Muévanse— gritó un guardia. Todo su rostro, excepto sus ojos estaba oculto debajo de su casco y mascarilla. —¡Faltan cuatro minutos para el toque de queda! La vagancia está estrictamente prohibida, y ningún video va a cambiar eso—.

Cinder y Scarlet se escondieron detrás de un carro de entrega.

Los ciudadanos se agruparon en grupos pequeños, el pelo y los uniformes estaban cubiertos de polvo de regolito. Algunos tenían las mangas enrolladas, revelando los tatuajes RM-9 en sus antebrazos. La mayoría bajaron sus ojos cuando los guardias se acercaron a ellos, retrocediendo ante la perspectiva de que esas porras se volvieran hacia ellos. Sin embargo, pocos parecían irse.

Un guardia agarró a un hombre por el codo y lo empujó lejos de la fuente de propagación en el centro de la cúpula. —Obedezcan, todos ustedes. No nos hagan presentar un Informe de mala conducta—.

Las miradas se desplazaron entre los trabajadores cansados. La multitud se dispersaba. Sus cansados hombros caían al mismo tiempo que se iban. Grupos disueltos que no respondieron absolutamente nada a los guardias.

El corazón de Cinder se encogió.

No estaban luchando.

No estaban defendiéndose.

Estaban siendo intimidados por sus opresores tanto como antes.

La decepción se abalanzó sobre ella y se desplomó, encorvada contra el carro. ¿No había sido lo suficientemente convincente? ¿Había fallado en transmitir la importancia de levantarse en armas, todos unidos y resueltos? ¿Qué había fallado?

Scarlet puso una mano sobre su hombro. —Es un solo sector— dijo. —No te desanimes. No sabemos qué más está pasando ahí fuera—.

Aunque sus palabras eran amables, Cinder podía ver su frustración reflejada en Scarlet. Podría ser cierto, no sabían lo que estaba ocurriendo en el resto de los sectores y no tenían forma de saberlo. Sin embargo, lo que vio aquí no le dio mucha confianza.

—¡No me toques!— Gritó un hombre.

Cinder echó un vistazo por el carrito. Un guardia estaba mirando a un hombre delgado con la piel pálida enfermiza. A pesar su cuerpo entero se veía demacrado, el hombre se puso delante de la guardia con los puños apretados.

—No voy a volver a mi casa para obedecer el toque de queda— dijo. —Amenacen con reportarme todo lo que quieran… después de un video como ese, la reina y sus secuaces van a tener las manos llenas de personas culpables de crímenes mucho más grandes que permanecer fuera unos minutos extra—.

Otros dos guardias pararon de dirigir a la gente y se movieron hacia el hombre. Sus manos enguantadas apretaron sus porras.

Los trabajadores restantes se detuvieron a mirar. Curiosos. Cautelosos. Pero también, pensó Cinder, enojados.

El primer guardia se inclinó sobre el hombre. Su voz fue ahogada detrás de la máscara, pero su arrogancia era clara. —Nuestras leyes son para la protección de todas las personas, y nadie estará exento de ellas. Le sugiero que vaya a casa antes de que me obligue a efectuar un castigo público—.

—Soy perfectamente capaz de hacer un ejemplo de mí mismo— El hombre gruñó a los guardias que fueron convergiendo en torno a él, y luego a las personas que habían vacilado en los bordes de la plaza. —¿No lo entiendes? Si los otros sectores vieron ese video también…—.

El guardia envolvió su mano libre alrededor de la parte posterior del cuello del hombre y lo empujó hacia abajo, obligando al hombre a arrodillarse. Sus palabras fueron cortadas con un gruñido estrangulado.

El guardia levantó su porra.

Cinder se llevó una mano a la boca. Trató de alcanzarlo con su don, pero estaba demasiado lejos como para detenerlo, demasiado para poder controlarlo.

Los otros dos guardias se unieron, sus porras cayeron sobre la cabeza del hombre, sobre su espalda, sobre sus hombros. Se cayó hacia un lado y se cubrió la cara, gritando por la fuerza de los golpes, pero serían implacables

Cinder apretó los dientes y dio un paso en el camino, pero otra voz, entró por el llanto del hombre antes de que pudiera hablar.

—¡Alto!— Gritó una mujer. Se abrió paso entre la multitud.

Uno de los guardias se detuvo. No, se congeló.

Los otros dos dudaron al ver a su compañero con su porra detenida a la mitad del arco. La cara de la mujer se retorcía de la concentración.

—Uso ilegal de manipulación— bramó otro guardia. Agarró a la mujer y puso sus brazos detrás de su espalda. Pero antes de que pudiera esposarlos, otro minero había dado un paso hacia adelante: un anciano con la espalda doblada después de años de trabajo. Su mirada era aguda, sin embargo, al levantar una mano.

El cuerpo del guardia se convirtió en piedra.

Otro civil dio un paso adelante. Luego otro, sus expresiones llenas de determinación. Uno por uno, los guardias dejaron caer sus porras. Uno por uno, sus cuerpos fueron reclamados por el pueblo.

Un muchacho joven se precipitó hacia el hombre que había sido golpeado. Se quedó inerte en el suelo, gimiendo de dolor.

La mujer que había dado un paso adelante gruñó por primera vez en las guardias. —No sé si esa chica era la princesa Selene o no, pero sí sé que tiene razón. Esta podría ser nuestra única oportunidad de estar juntos, y yo, por mi parte, ¡me rehúso a seguir teniendo miedo!—. Su cara estaba tensa, llena de resentimiento.

Ante la mirada de Cinder, el guardia que controlaba tomó el cuchillo de su cinturón y lo levantó, presionando la hoja contra su propia garganta.

El horror se precipitó sobre ella como una cascada de agua helada.

—¡No!— Gritó Cinder. Corrió hacia delante, dejando el espejismo de chica cualquiera. —¡No! ¡No los maten!— Precipitándose hacia el centro de la multitud, Cinder levantó sus manos hacia los civiles reunidos. Su pulso estaba acelerado.

Se enfrentó primeramente con su ira, los remanentes de años de tiranía y deseos de venganza expresaron un disgusto con su interrupción.

Pero luego, lentamente, hubo reconocimiento, emparejado con la confusión.

—Entiendo que estos hombres han sido las armas de la reina. Han abusado y degradado a ustedes y a sus familias. Pero no son sus enemigos. Muchos guardias fueron separados de sus seres queridos y obligados a servir a la reina en contra de su voluntad. Ahora, no sé sobre estos guardias, en concreto, pero matarlos sin ofrecer un juicio justo o mostrar ninguna piedad solo alimentaría el ciclo de desconfianza—. Ella se encontró con los ojos de la mujer que manipuló al guardia y a su amenazante cuchillo. —No sean como la reina y su corte. No los maten. Vamos a hacerlos prisioneros hasta nuevo aviso. Todavía podríamos encontrar un uso para ellos—.

El brazo del guardia empezó a bajar, la inminente amenaza del cuchillo. Estaba viendo a Cinder, sin embargo, no la mujer. Tal vez estaba aliviado de que hubiera intervenido. Tal vez estaba avergonzado por su falta de poder. Tal vez estaba conspirando para matar a todos estos ciudadanos rebeldes el momento en que tuviera la oportunidad.

Se le ocurrió que este mismo escenario podría estar repitiéndose en un sinnúmero de otros sectores, sin que pudiera detenerlo. Quería que la gente se defendiera del régimen de Levana pero no había considerado que también podría haber condenado a miles de guardias a la muerte.

Trató de aplacar esa lastimera culpa, diciéndose a sí misma que esto era la guerra, y en las guerras había bajas. Pero eso no la hizo sentir mucho mejor.

Se acercó a la fuente y se subió a la orilla. El agua salpicaba sus pantorrillas.

La multitud a su alrededor había crecido y seguía creciendo. La gente se había alejado de sus residencias volviendo con vigor, atraídos por la conmoción y los susurros de la rebelión. Con los guardias sometidos, levantaron la cabeza.

Se imaginó a cientos de miles, incluso millones de Lunares agrupando juntos de esta manera, atreviéndose a imaginar un nuevo régimen.

Entonces, una voz de hombre gritó: —¡Es un truco! ¡Levana nos probando! Nos va a ejecutar por esto—.

La multitud se agitó, nerviosa por la acusación. Sus ojos recorrieron el rostro de Cinder, su ropa, su mano metálica que no ocultaba. Sentía como si estuviera en el baile de nuevo, el centro de atención no deseado, avanzando con determinación de una sola mente y el conocimiento de que no podía dar marcha atrás ahora, incluso si quisiera.

—Esto no es un truco— dijo, lo suficientemente alto que sus palabras resonaban en las paredes de la fábrica más cercanas. —Y no es una prueba. Soy princesa Selene, y el video que acaba de ver fue transmitido a casi todos los sectores en la Luna. Estoy organizando una rebelión que abarcará toda la superficie de la Luna-comenzando aquí. ¿Se unirán a mí?—.

Esperaba recibir aplausos, pero en lugar de eso, hubo un silencio incómodo.

El anciano que había visto antes ladeó la cabeza. —Pero sólo eres una chica—.

Ella lo miró, indignada, pero antes de que pudiera hablar una cara familiar surgió en la multitud. Maha llegó a estar delante de ella. A pesar de su pequeña estatura, llevaba hasta la última gota de la intrepidez de Lobo en su postura.

—¿No han oído el video? ¡Nuestra verdadera reina ha vuelto! ¿Nos encogeremos de miedo e ignoraremos esta única oportunidad que tenemos de conseguir una mejor vida para nosotros?—.

El anciano hizo un gesto hacia el cielo. —Un bonito discurso no va a hacer para una rebelión organizada. No tenemos ninguna formación ni armas. No tenemos tiempo para prepararnos. ¿Qué esperan que hagamos? ¿Marchar hacia Artemisia con palas y picos? ¡Vamos a ser ejecutados!—.

A juzgar por la cantidad de ceños fruncidos y cabezas asintiendo, obviamente no era el único que pensaba así.

—Nuestra falta de entrenamiento y tiempo— dijo Maha, —vamos a ser compensada en número y determinación, tal y como dijo Selene—.

—¿'Número y determinación'? Apenas demos dos pasos en Artemisia, sus taumaturgos los obligarán a cortar y abrir sus propias gargantas antes de siquiera ver el palacio—.

—¡No pueden lavarnos el cerebro a todos nosotros!— gritó alguien de la multitud.

—Exactamente— concordó Maha. —Es por eso que tenemos que hacer esto ahora, cuando todos en la Luna podemos avanzar juntos—.

—¿Cómo sabemos siquiera si los demás sectores van a luchar?— dijo el hombre. —¿Se supone que arriesguemos nuestras vidas por una fantasía?—.

—¡Sí!— gritó Maha. —Sí, voy a arriesgar mi vida por esta fantasía. Levana me arrebató mis hijos y no pude hacer nada para protegerlos. No podía enfrentarme a ella, a pesar de que sentí una muerte en vida al dejarlos ir. ¡No voy a perder esta oportunidad ahora!—.

Cinder podía decir que sus palabras significaban algo para los civiles reunidos. Ojos cayeron al suelo. Un puñado de niños, cubierto en el mismo polvo como todos los demás, se detuvieron en el refugio de los brazos de sus padres.

El rostro del hombre se tensó. —He deseado el cambio toda mi vida, y precisamente por eso sé que no va a ser así de simple. Puede que Levana no sea capaz de enviar refuerzos a todos los sectores si todos nos rebelamos a la vez, pero, ¿qué tal si detiene los trenes de suministro? Ella puede doblegarnos con el hambre. Nuestras raciones ya son demasiado escasas—.

—Tienes razón— dijo Cinder. —Ella podría reducir sus raciones y detener los trenes de suministro. Pero no lo hará si controlamos el sistema de levitación magnética. ¿No lo ves? La única manera de que esto funcione es si todos nos unimos. Si nos negamos a aceptar las reglas que Levana nos ha impuesto—.

Vio a Scarlet en la multitud, luego a Iko también, con Lobo y Thorne. Thorne llevaba un uniforme de guardia, pero se había quitado el casco y la máscara. Esperaba que su sonrisa abierta fuera suficiente para detener el odio de cualquier persona,

La presencia de sus amigos le dio confianza.

Trató de ver a los ojos a tantos ciudadanos como pudo. —No tengo dudas de los otros sectores están lidiando con los mismos temores que ustedes. Sugiero que seleccionemos voluntarios para actuar como corredores a sus sectores vecinos. Les diremos que estoy aquí y que todo lo que dije en ese video es cierto. Marcharé hacia Artemisia, y reclamaré mi derecho de nacimiento—.

—Y yo estaré contigo— dijo Maha Kesley. —Yo creo en que eres nuestra verdadera reina, y te debemos nuestra lealtad por ese simple hecho. Pero como una madre reunida con su hijo, te debo mucho más—.

Cinder le sonrió, agradecido.

Maha le devolvió la sonrisa. Luego se dejó caer sobre una rodilla e inclinó la cabeza.

Cinder se tensó. —Oh, Maha, que no tienes que..—. Se interrumpió ya que, a su alrededor, la multitud comenzó a hacer lo mismo. El cambio fue gradual al principio, pero se extendió como ondas en un estanque. Sus amigos fueron los únicos que se quedaron de pie, y Cinder agradeció su falta de respeto.

Sus temores empezaron a desaparecer. No sabía si su video había convencido a todos los civiles a unirse a su causa, o siquiera a la mayoría de ellos.

Pero el panorama que tenía delante era una prueba de que su revolución había comenzado.

CAPÍTULO 37

Kai se puso de pie con sus brazos cruzados, mirando a la ventana desde su lujosa habitación de invitados, pero sin ver nada del hermoso lago de la ciudad a sus pies. Él no había logrado considerar cualquiera de los lujos de su prisión, a pesar de que la habitación era más grande que la mayoría de las casas de la Comunidad. Levana simulaba respeto, dándole alojamiento completo en una enorme habitación con closet, dos salas de estar, una oficina, y un cuarto de baño, que a simple vista, parecía que tenía en realidad una piscina en él, antes de que Kai se diera cuenta de que era la bañera.

Asombroso, eso estaba seguro. Era incluso más lujoso que las habitaciones de invitados en el Palacio de Nueva Beijing, pensó Kai, y sus ancestros estarían orgullosos de ellos mismos de cómo habían sido bienvenidos y tratados como invitados diplomáticos.

El efecto se arruinaba de igual manera por el hecho de que las dobles puertas que daban a la terraza al aire libre permanecían cerradas, y guardias Lunares se encontraran atrás de sus cámaras día y noche. Había fantaseado con romper una de las ventanas e intentar bajar escalando por los muros del palacio— que es probablemente lo que Cinder hubiera hecho— pero ¿cuál era el punto? Incluso si evitaba romperse el cuello, no tenía a donde ir. A pesar de que le dolía pensarlo, su lugar estaba ahí, a lado de Levana, haciendo su mejor esfuerzo para mantenerla ocupada con la boda y la basura de la coronación.

Lo que no iba bien, considerando que no había visto a Levana o a cualquiera de los de su corte desde que lo encerraron aquí después de la emboscada en los muelles. Los únicos visitantes que había tenido eran sirvientes mudos trayéndole desbordantes platos de extravagante comida que en su mayoría había sido apenas tocada.

Con un gruñido de exasperación, empezó a pasearse de nuevo, seguro de que podría hacerle un agujero al suelo de piedra antes de que esta experiencia penosa llegara a su fin.

Él había tenido éxito en traer a Cinder y a los otros a Luna, lo que era su papel principal en el plan, pero no había sido sigiloso, y se estaba volviendo loco de no saber qué estaba pasado. ¿Habían conseguido irse lejos? ¿Estaría alguien herido?

Incluso sin un enlace D—COMM , él había estado tentado de mandarle a Iko o a Cinder una comm sólo para saber qué estaba sucediendo, pero Levana había confiscado su portavisor. Había sido enloquecedor, pero dado el riesgo de que la comm hubiera sido rastreada, posiblemente era lo mejor.

Su ansiedad pudo haber sido sofocada si él podía seguir adelante con los otros objetivos. Sumándole a distraer a Levana, también se le había encargado conseguir información sobre Scarlet Benoit, pero él no había podido saber nada, nada, mientras estaba atrapado ahí.

Era como estar atrapado en la Rampion de nuevo, pero cientos de veces peor.

El eco de un timbre atravesó su habitación.

Salió disparado a través de la sala principal y abrió la puerta. Un sirviente con uniforme, se situó al otro lado de la habitación, un chico apenas unos años más joven que Kai. Estaba rodeado de cuatro guardias Lunares.

—No soy un prisionero— Kai empezó, manteniendo un pie en la puerta en caso de que fuera azotada cómo había sucedido incontables veces antes. El sirviente se endureció. —Soy el emperador de la Comunidad Oriental, no algún criminal común, y seré tratado con diplomático respeto. Tengo el derecho de asesorarme con mi consejero y mi gabinete oficial, y demando escuchar las razones de la Reina Levana para detenernos de esta manera—.

La boca del sirviente se quedó un momento petrificada, antes de empezar a balbucear —Fu… fui co…convocado para escoltarlo con Su Majestad—.

Kai parpadeó, momentáneamente desconcertado, pero inmediatamente recupero la compostura —Ya era hora, llévame con ella inmediatamente—.

El sirviente se encorvó y dio un paso atrás hacia el corredor.

Kai fue conducido a través del palacio sintiéndose aún más como un prisionero con los guardias desplegándose a su espalda, aunque ninguno lo tocaba. Hizo su mejor intento de observar el diseño del palacio, escogiendo partes memorables cuando podía; una interesante escultura, un papel tapiz muy detallado. Sobre un puente aéreo, y bajando a lo largo, un estrecho corredor donde había retratos holográficos alineados como una intimidante multitud.

Tropezó una vez cuando vio el último holograma. Tuvo que mirar dos veces para estar seguro que no estaba perdiendo la cabeza.

El holograma final era una mujer que lucía, a primera vista, como Cinder.

Su corazón martilló, pero cuando el holograma se volteó hacia él, se dio cuenta de su error. Era una versión madura de Cinder, con ojos coquetos y una sonrisa de zorra. Los huesos de sus pómulos eran más pronunciados, su nariz un poco más delgada. De hecho, el verdadero parecido no era entre esta mujer y la Cinder que él conocía, eran entre ella y la Cinder que había visto al final de los escalones del salón del baile.

Checó la placa, confirmando sus sospechas. REINA CHANNARY BLACKBURN

El glamour involuntario de Cinder, tan dolorosamente hermoso como había sido, lucía demasiado como su madre.

—¿Su majestad?—.

Se sobresaltó, y llevó su atención lejos. No le dijo nada al sirviente y dejó el balanceo del holograma detrás.

Esperaba ser llevado a la habitación del trono, pero al pasar a través de una reja de hierro y dentro de un mucho menos lujoso pasillo, sus sospechas crecieron. A su izquierda pasaron por la elaborada puerta de una bóveda.

—¿Qué hay ahí?—.

Esperando ser ignorado, se sorprendió cuando el sirviente contestó —Las joyas de la corona e insignias reales—.

Las joyas de la corona. En Nueva Beijing tenían almacenados artefactos reales y las herencias en una de las bóvedas bajo tierra más seguras. Ahí ellos mantenían piedras preciosas del tamaño de huevos, espadas milenarias muy antiguas chapadas en oro, incluso las coronas de los emperadores y emperatrices que ya no se usaban.

Estaba claro que esta ala no estaba abierta a recorridos del palacio. ¿A dónde lo estaban llevando?

Doblaron a otra esquina e hicieron pasar a Kai a través de una puerta hacia algún tipo de centro de control computarizado, lleno de pantallas invisibles y partes holográficas. Mapas y videos de vigilancia parpadeaban en todas partes y había por lo menos 30 mujeres y hombres analizando la abundancia de material y recopilando los archivos en curso.

Antes de que lo que estaban haciendo adquiriera sentido, fue empujado a través de una puerta hacía una habitación continua. La puerta se cerró dejándolo detrás de un cristal a prueba de sonido.

Recorrió su mirada a través del nuevo espacio. Un telón en el fondo mostraba la ciudad de Artemisa, y a la Tierra fuera del horizonte. Dos elaborados tronos se encontraban delante.

El resto del cuarto se encontraba lleno de reflectores y equipo de grabaciones. Le recordó a el Salón multimedia en el palacio de Nueva Beijing, pero sin los asientos para los reporteros.

Levana estaba detrás de uno de los tronos, sus manos descansaban en su espalda. Llevaba puesto un brillante vestido negro con caída y una banda plateada. El broche en la banda tenía un delicado grabado y diamantes de fantasía que decían “Princesa Winter, aunque ida, jamás olvidada”

Los labios de Kai se curvaron con disgusto. Esa noticia, al menos, se había colado en su cautiverio. La Princesa Winter había sido asesinada. Algunos decían que lo había hecho un guardia, otros decían que un amante celoso. Pero después de ver la forma en la que Levana le gruñía a su hijastra, Kai no pudo evitar tener sus propias teorías.

El taumaturgo Aimery se encontraba en la puerta, acompañado del pelirrojo capitán de la Guardia. Un hombre poco familiar estaba manipulando nerviosamente una de las luces.

Aunque la boca de Levana se encontraba sonriendo, sus ojos eran perversos.

Algo había pasado.

Kai plantó sus pies e introdujo sus manos dentro de los bolsillos de sus pantalones, esperando cruzar sereno pero imponente —Hola, mi amor— dijo arrastrando las palabras, recordando la aduladora ternura que ella había mencionado en los puertos.

Levana le dedicó una mirada marchita, que decía mucho. Si ella no estaba dispuesta a fingir regocijo, entonces algo había salido terriblemente mal.

Lo que esperaba que significara que algo estaba saliendo terriblemente bien.

—Me prometiste que sería tratado como un invitado diplomático— él dijo. —Me gustaría recibir consejo de Konn Torin y el resto de los delegados terrestres y que se me permita ir libre por el palacio y la ciudad. No somos tus prisioneros—.

—Desafortunadamente, no estoy tomando demandas hoy— las uñas de Levana se hundieron en la parte trasera de su falso trono. —Tú vas, como sea, a ayudarme con un pequeño proyecto. ¿Estamos listos?—.

Un hombre estaba sosteniendo papeles con diferentes tonos de blanco —Un momento más, mi Reina—.

Kai arqueó una ceja –No voy a ayudarte en nada hasta que no concedas mis peticiones y respondas mis preguntas—.

—Mi querido próximo novio, renunciaste a tus derechos como invitado diplomático cuando trajiste a esos criminales a mi hogar. Siéntate—.

Kai experimento un latido de valor para desafiarla, antes de que sus piernas se movieran por sí mismas y colapsaran en uno de los tronos, Miró a la Reina.

—Me dijeron— él presionó— que tomaste a un prisionero terrestre durante el alto al fuego. Una ciudadana de la Federación Europea de nombre Scarlet Benoit. Demando saber si hay alguna verdad en esos rumores y dónde está la chica ahora—.

Levana empezó a reír —Te aseguro que no hay un prisionero terrestre con ese nombre aquí—.

Su risa se fijó en el borde de los dientes de Kai, y su declaración no hizo nada para convencerlo. ¿Estaba Levana sugiriendo que Scarlet estaba muerta? ¿O que ya no se encontraba en el palacio? ¿O no se encontraba siquiera en Artemisa?

Levana agarró un velo de la cabeza de un maniquí y se cubrió con él. Aimery dio un paso hacia ella y colocó la corona de la Reina en su cabeza. Cuando Levana se volteó, su glamour ya no era visible. Se había acostumbrado a su hermoso rostro, Kai había olvidado como este blanco velo lo había llenado de horror tanto tiempo.

—¿Qué estamos haciendo aquí?— preguntó Kai.

—Grabando un pequeño vídeo— la voz de Levana llegó. —Ha habido un poco de confusión en los sectores exteriores, y creo que es pertinente recordarles a las personas su verdadera lealtad, y todas las cosas maravillosas que tú y yo vamos a realizar una vez que seamos marido y mujer—.

Él la estudió, pero pudo ver muy poco debajo del velo.

Le estaba diciendo muy poco, pero le estaba diciendo lo suficiente. El vídeo de Cinder había sido reproducido. Levana estaba a la defensiva. Eso tenía que ser.

—¿Qué es lo que esperas que diga?—.

Levana chasqueó los dientes y tomó el trono a lado de él.

—Nada en realidad, cariño. Yo hablaré por ti—.

La consternación lo golpeó por detrás de su esternón. Intentó sacudirla a sus pies pero sus piernas se habían convertido en piedra. Envolvió sus manos alrededor de los brazos de la silla, enterrando sus uñas dentro del esmalte de la madera –No creo que…—.

Su lengua se detuvo.

El técnico contó regresivamente con sus dedos y una luz brillo en las cámaras delante de él.

El cuerpo de Kai se relajó. Sus manos dejaron los brazos de la silla y se posaron en su regazo. Su postura era serena pero natural, su mirada suave. Estaba sonriendo y mirando dentro del lente de la cámara.

En el interior, de alguna manera, estaba furioso. Estaba gritando y amenazando a Levana con cada ley intergaláctica respecto a las políticas que se le ocurrían. Nada de eso importaba. Su despotricamiento aparentemente era solamente para él.

—Mis buenas personas— dijo Levana —Me ha llamado la atención que han sido abordados por una impostora que clama ser nuestra amada Princesa Selene, a quien perdimos trágicamente hace 13 años. Me ha afligido demasiado que esta chica, cuyo nombre real es Linh Cinder y que es una buscada criminal tanto en la Tierra como en Luna, se ha atrevido a aprovecharse de ese episodio tan trágico en nuestra historia, particularmente cuando estamos de luto por la muerte de mi hijastra. Me rompe el corazón informarles que lo que esta chica clama, no son más que mentiras creadas para manipularnos y confundirlos para que se unan a ella, incluso cuando su buen juicio rechace participar—.

Hizo un ademán hacia Kai. —Me gustaría presentarles a todos ustedes a mi futuro esposo, su Majestad Imperial, el emperador Kaito de la terrestre Comunidad Oriental. Él tiene una reputación de ser el más justo y compasivo gobernante, y no tengo dudas de que él será un magnifico Rey para nosotros. Juntos, uniremos nuestros países con una unión construida en admiración y respeto mutuo—.

Por dentro, Kai se atragantó.

Por fuera, el volteó a ver a su novia con ojos de enamorado.

—Tal vez ustedes no saben— Levana continuo —que su Majestad ha tenido algunos asuntos personales con Linh Cinder, esta criminal que se ha estado haciendo pasar por nuestra Alteza, la Princesa Selene. Quiero que escuchen su opinión sobre la chica, así ustedes podrán tomar decisiones basándose en actos y no en emociones. Por favor hónrenlo con su completa atención—.

Kai volteo hacia la cámara de nuevo, y las palabras que salieron de su boca, más tarde tendría que frotarlas de su propia lengua.

—Ciudadanos de la Luna, es mi honor unirme a ustedes como su futuro rey, y con mi infinita tristeza que mi presentación se haya visto envuelta en agitados motivos. Como su reina mencionó, he tenido algunas interacciones con Linh Cinder y sé de manera segura que ella no es quien dice ser. La verdad es que es una violenta criminal, responsable de incontables robos y muertes en el planeta Tierra. Después de que desarrolló una obsesión conmigo, intentó asesinar a mi futura esposa, su Reina, durante nuestro pacifico festival anual en Nueva Beijing. Cuando el intento falló, se atrevió a ir tan lejos como para secuestrarme en el día que había sido destinado como nuestra boda, procediendo a mantenerme de manera hostil contra mi voluntad, en condiciones inhumanas hasta que le prometí renunciar a la alianza entre la Tierra y Luna, y estar de acuerdo en casarme con ella en vez de eso. Sólo puedo agradecerle a la valentía de los soldados de Luna, y al indomable espíritu de Su Majestad, que fui soltado de forma segura. Desafortunadamente, Linh Cinder no se ha rendido. Ella continúa viviendo una fantasía donde es la Princesa Selene, que regresa de la muerte, con esperanza de ganar mi afecto. Su inestabilidad y su inconsideración la vuelven una peligrosa delincuente y una amenaza, no sólo para mi seguridad, sino también para los desafortunados que entren en contacto con ella. Por eso los incito a que si ven a Linh Cinder, la reporten con los oficiales inmediatamente. No hablen con ella, no se acerquen a ella. Como su futuro Rey, estoy ahora más preocupado por su seguridad., y espero que Linh Cinder sea encontrada, y traída a Artemisa, dónde ella podrá enfrentarse con la justicia por los crímenes que ha cometido—.

Para el momento que terminó de hablar, Kai sintió como si pudiera arrancarse su propia lengua si le daban la oportunidad.

Levana comenzó de nuevo —Por supuesto, si hubiera un poco de verdad en esos rumores de que mi querida sobrina, Selene, sobrevivió todos estos años, yo alegremente la recibiría en mi corazón y mi palacio, y mi lugar y la corona de Luna, la pondría sobre su cabeza. Tristemente, no es así. Selene descansa con las estrellas, y sólo yo debo mantener la seguridad y la forma de vida de nuestra gente. Sé que son tiempos difíciles. Veo con gran tristeza como nuestra producción de comida disminuye año con año, y nuestros recursos limitados fallan en cumplir con las necesidades de nuestra creciente población. Es por eso que he tenido como la más alta prioridad de mi régimen asegurar esta alianza con la Tierra, para que nuestro futuro pueda ser brillante, y nuestra gente pueda cuidar de las generaciones que vienen. Esto, mi gente, es el futuro que sólo yo puedo ofrecerles. No esta ciborg, esta impostora, este fraude—. Su tono empezó a llenarse de resentimiento, Levana hizo una pausa y se recompuso. Su voz regreso a una sonrisa mientras terminaba. —Soy su Reina, y ustedes son mi pueblo. Es un enorme privilegio guiarnos hacía un gran y brillante futuro—.

El técnico paró la grabación y el cuerpo de Kai se estremeció cuando el control regresó a él. Se puso de pie y rodeo a Levana— No soy un instrumento sin cerebro usado para tu propaganda—.

Levana se quitó la corona y el velo y se los entregó a Aimery— Mantén la calma, mi amado. Hablaste de forma muy elocuente. Sin duda de que las personas quedaron impresionadas—.

—Cinder sabrá que es falso. Ella sabrá que estabas controlándome—.

Los ojos de Levana parpadearon —¿Por qué me importaría lo que Cinder pensara? Su opinión, como la tuya, no significa nada—. Le encajó sus uñas al guardia —He terminado con él. Pueden llevarlo de regreso—.

CAPÍTULO 38

Tan pronto como el emperador había sido llevado lejos por el contingente de guardias, Levana salió fuera del estudio en la sala de control.

—Tengan ese video editado y listo para reproducirse en todos los sectores en los que el mensaje de la ciborg salió. Supervisen los canales cuidadosamente. Quiero informes de cada hora sobre cómo se está recibiendo cada emisión. ¿Cuál es el estado actual de los sectores exteriores?—.

—Estamos viendo trastornos menores en treinta y un sectores—, dijo una mujer. —En su mayoría civiles que se niegan a respetar las leyes de toque de queda, y ha habido algunos ataques a los guardias del sector—.

Un hombre añadió: —También estamos viendo un aumento de robos en dos sectores agrícolas. Los obreros volvieron a los campos y han estado cosechando las raciones de alimentos para su propio uso. Los guardias han sido incapacitados en ambos sectores—.

Levana resopló. —Envíen mayor seguridad a todos los sectores que muestran signos de insurgencia. Tenemos que acabar con esto de inmediato. ¡Y encuentren a la ciborg!—.

Se quedó mirando el parpadeo de videos de vigilancia por un momento, pero sus pensamientos estaban muy lejos. Mientras le hervía la sangre, se encontró de vuelta en Nueva Pekín, viendo las prisas de la chica delante de ella con ese plateado vestido de noche de mal gusto. Vio su viaje en los pasos de baile y el sonido de tambores hacia abajo, hacia los jardines. Su pie metálico horrible se acabó en el tobillo y la fuerza de su glamour subió sobre ella, crepitando como la electricidad, que salía de su cuerpo como las olas de calor en el desierto.

En su estado sin práctica, la chica no había hecho nada más que mostrar a una versión exageradamente hermosa de sí misma, y al hacerlo, se había convertido a sí misma en Channary. Su madre. La torturadora de Levana.

Levana todavía podía verla como una fotografía impresa para siempre en su memoria. El odio que no había sentido en años surgió a través de sus venas. La furia se desató en su visión, blanca y cegadora.

Selene. Ella estaba destinada a morir hace trece años, y sin embargo allí estaba, desastrosamente viva. Y así como Levana había temido en aquel entonces, le arrebataría todo. Todo por lo que Levana había trabajado tan duro.

Eso la hizo enfermar. ¿Por qué no pudo haber muerto Selene, fácil y misericordiosamente, de la forma en que había planeado? Cuando ella había manipulado a la joven niñera a provocar aquel incendio de casa de juegos de la princesa, que debería haber terminado todo. No sobrina. No princesa. No futura reina.

Pero ella había sido engañada. Selene estaba viva y tratando de tomar su trono.

Su atención volvió a centrarse en las pantallas. —Esta es mi gente—, susurró. —Mi sangre y mi alma. Yo soy su reina—.

Aimery apareció a su lado. —Por supuesto que sí, Su Majestad. La ciborg no tiene idea de lo que es ser reina. De las decisiones con las que tiene que vivir. De los sacrificios

que se debe hacer. Cuando ella se haya ido, la gente va a reconocer que siempre has sido tú la única reina de Luna.

—'Cuando ella se haya ido'— repitió Levana, aferrándose a las palabras. —Pero ¿cómo voy a saber que ella se ha ido si no puedo encontrarla?—

Era exasperante. Había reconocido que la ciborg era una amenaza desde el momento en que la reconoció en la Tierra. Pero para ella, tratar de convertir a los ciudadanos de Levana en su contra fue un golpe que no podía comprender. La idea de convertir su amor al odio robó el aire de sus pulmones y la hizo sentir un vacío hasta la médula.

Ese fue el plan de la ciborg también. Volver la mayor cantidad de personas en contra de Levana como pudiera, a sabiendas de que un gran número sería su mayor ventaja. Levana podía controlar cientos, quizás miles de sus ciudadanos cuando tenía necesidad de hacerlo. Con sus taumaturgos detrás de ella, podían controlar sectores enteros, ciudades enteras.

Pero incluso ella tenía límites.

Sacudió su cabeza. No importaba. Las personas no se rebelarían contra ella. Las personas la amaban.

Se frotó dos dedos sobre la frente. —¿Qué haré?—.

—Mi Reina—, dijo Aimery, —tal vez me puede ofrecer un poco de buenas noticias—.

Liberando el aliento, se volvió hacia el taumaturgo. —Una buena noticia sería muy bienvenida por cierto—.

—Recibí un interesante informe de sus laboratorios esta mañana, pero no había tenido la oportunidad de compartir sus descubrimientos a raíz de la emisión de la ciborg. Sin embargo, se ha confirmado que somos capaces de duplicar los microbios letumosis mutados que fueron recuperados del cuerpo del Dr. Sage Darnel en la Tierra, y que nuestra inmunidad a la enfermedad original de hecho se ha visto comprometida por esta mutación —.

Tomó Levana un momento para cambiar la dirección de sus pensamientos. —¿Y el antídoto?—

—Aún efectivo, aunque hay una ventana mucho más pequeña en el que se puede utilizar—.

Levana tocó sus dedos contra su labio inferior. —Eso es interesante—.

Hace años, Levana había desatado esta plaga en la Tierra, y ella no tardaría en abrazar los resultados. La Tierra estaría débil y desesperada. Desesperada por curar la peste. Desesperada por poner fin a la guerra.

Cuando les diera el antídoto, ellos estarían indescriptiblemente agradecidos hacia su nueva emperatriz.

Nunca había esperado que su enfermedad creada en laboratorios mutaría en la naturaleza, sin embargo, ahora, nadie es inmune, ni siquiera su propia gente. Qué extraña cosa milagrosa.

—Gracias, Aimery. Esta podría ser la respuesta que he estado buscando. Si las personas no ven sus errores y vienen arrastrándose de nuevo a mis buenas gracias,

voy a tener que emplear nuevos medios de persuasión. Me rompería el corazón ver a mi pueblo sufrir, pero es una de esas decisiones difíciles una reina debe hacer de vez en cuando—.

Su corazón se agitó mientras se imaginaba la gente llenando el patio más allá de los muros del palacio y de rodillas ante ella, con lágrimas en sus rostros. Ellos la adorarían por haberlos salvado. Ella salvaría a todos con su bondad y caridad.

¡Oh, cómo iban a adorarla, su salvadora, su reina que le corresponde!

—¡Su Majestad!—.

Ella giró hacia la voz. Una mujer se había levantado y estaba ajustando una pantalla.

—Creo que he encontrado algo—.

Levana empujó a Aimery para tener una mejor vista. La pantalla mostraba la plaza central de un sector exterior, de mina de regolito, tal vez, a juzgar por el polvo que cubría todas las superficies, y las manchas que incluso el lente de la cámara tenia. La fuente que representaba su imagen se podía ver en las imágenes, una cosa bella en su mundo gris.

La plaza estaba llena de gente, una rareza en sí misma. Su toque de queda ordenado aseguró que la gente se centrara en su trabajo y su descanso sin ser tentado a converger con sus vecinos durante las horas fuera de trabajo.

—¿Esto es en vivo?—, Preguntó.

—No, mi reina. Esto fue filmado poco después del final de la jornada laboral. —Ella se apresuró a través del metraje y Levana entrecerró los ojos para tratar de darle sentido. Guardias, civiles, un justo castigo, y luego...

—Pausa el video—.

La mujer lo hizo, y Levana encontró mirando el rostro que la había perseguido durante meses. Si hubiera habido alguna duda, de la mano de metal monstruosa la disipó.

—¿Dónde es esto?—

—Mina de Regolito Número 9—.

Los labios de Levana se curvaron hacia arriba.

La ciborg era suya.

—Aimery, arma un equipo para su despliegue inmediato a este sector. Linh Cinder debe ser arrestada y llevada a mí para un juicio público y su ejecución. Use cualquier método que mejor le parezca para detenerla. —Su visión se desangró con odio mientras miraba la pantalla. La chica altiva con sus palabras ignorantes y sus pantallas orgullosas. —No vamos a tolerar cualquier simpatizante con ella o sus aliados. Este levantamiento se debe llegar a su fin—.

PARTE

TRES

'Tu madrastra pronto sabrá que estás aquí', le advirtieron amablemente los enanos. 'No dejes entrar a nadie'

CAPÍTULO 39

El vídeo de refutación de Levana estaba siendo mostrado por tercera vez esa hora. Cinder estaba haciendo todo lo posible para ignorarlo, pero cada vez que Kai comenzaba a hablar el sonido de su voz la hacía saltar, sólo para recordarse de nuevo que no estaba aquí. Él estaba bajo control de Levana, como Levana había ilustrado tan hábilmente.

Desde su lugar en torno a una mesa de trabajo en el tercer piso de una fábrica de regolito, Cinder pudo ver la mayor parte de una de las pantallas incrustadas en la cúpula. Mostrando a una Levana pacífica y un Kai contento. Tan felices juntos. Hubo un momento en que Kai se volvió a Levana y sonrió de manera soñadora poniendo la piel de gallina a Cinder. Por billonésima vez, deseó que Cress estuviera con ellos. Ella habría sabido cómo apagarlo.

Cinder se apartó del vídeo para concentrarse. No tenía forma de saber cómo se recibía un mensaje de Levana en la Luna, al igual que no tenía ninguna manera de saber cómo se estaba recibiendo su video. Lo mejor que podía hacer era seguir adelante.

Ella se reunió entre sus aliados: Iko, Thorne, Lobo, y Scarlet. La madre de Lobo estaba allí, también, junto con un puñado de residentes del sector que habían sido designados para representar a los otros. Habían trabajado toda la noche, planeando y organizando, demasiado emocionados como para dormir.

Dos corredores habían regresado esa mañana de los sectores de minería vecinos, con buenas noticias. Los guardias habían sido neutralizados, su armamento confiscado, y la gente se unirían a Cinder en su marcha a Artemisia. Mensajeros adicionales habían tenido la peligrosa misión de viajar a través de las minas, túneles de lava, y túneles de levitación magnética para confirmar la verdad de vídeo de Cinder y reunir a tantos sectores como pudieron a la causa.

Fue un comienzo prometedor.

El resto de los residentes del sector habían sido enviados a casa después de que Cinder les animó a descansar un poco. En realidad, necesitaba descansar de su curiosidad y los susurros atónitos. Descanso para pensar.

Cuando estaban reunificados, dividió a la gente en grupos y asignó a cada equipo una tarea. Aunque algunos voluntarios ya habían sido puestos a vigilar las plataformas de levitación magnética, tendría que establecer un rol pronto para asegurarse de que estuviesen alerta. Algunos grupos se encargarían de reunir todos los alimentos y suministros médicos que pudieran encontrar, otra vigilarían los cuarteles de los guardias, y otros serían enviados a saquear las minas en busca de armas y herramientas potenciales. Lobo se comprometió a dedicar tiempo a entrenar los ciudadanos aptos y saludables en técnicas básicas de combate, al comenzar la tarde.

Ella se quedó mirando el mapa holográfico de la Luna, frunciendo el ceño, mientras Lobo señalaba las rutas que creían tomar para la capital. Todos estuvieron de acuerdo que debían venir a la ciudad desde todas las direcciones posibles para forzar a Levana a dividir sus propias defensas contra ellos.

—Debemos evitar Investigación y Desarrollo, así como Servicios Técnicos— dijo Lobo, señalando dos sectores en un radio de cerca de Artemisia. —La mayoría de las personas serán partidarios de Levana—.

—ID-1 parece bastante fácil de recorrer—. Cinder hizo girar el holograma para una mejor visión. —Pero ST-1 y 2 están justo en nuestro camino si vamos a usar estos sectores agrícolas en el camino—.

—Tal vez no los evitemos— dijo Thorne. —¿Hay alguna manera de que podamos bloquear las plataformas bajo esos sectores, atrapando a todos en el interior? Esto nos permitiría un paso seguro, y también evitaría que alguien nos siguiera furtivamente y luego nos emboscara en esos túneles—.

Cinder unos golpecitos con el dedo en el labio inferior. —Eso podría funcionar, pero ¿con que bloquearlo?—

—¿No tiene este sector materiales de construcción?— preguntó Scarlet, señalando a un sector marcado CG-6: Construcción General. —A lo mejor tienen algo que podemos usar—.

Cinder se dirigió a uno de los mineros. —¿Cree que pueda encargarse de eso?—

Se llevó una mano al corazón en señal de saludo orgulloso. —Por supuesto, Su Majestad. Podemos tomar algunos de los carros de la minería para el transporte de los materiales también—.

—Perfecto—. Tratando de no sentirse incómoda acerca de la parte de 'Su Majestad', Cinder se volvió hacia el grupo.

Lobo se puso rígido, un pequeño cambio que envió una alarma a Cinder.

—¿Qué pasa?—

Empezó a mover la cabeza, pero se detuvo, su ceño se frunció. Sus penetrantes ojos se volvieron hacia la ventana. Las pantallas de la cúpula habían caído de nuevo en silencio.

—Creí... haber olido algo—.

El pelo se erizó en la nuca de Cinder. Si hubiera cualquiera que no fuera Lobo, se habría reído. Sin embargo, sus sentidos estaban extraños, y sus instintos no los habían llevado por mal camino todavía.

—¿Qué clase de algo?— preguntó.

—No puedo saberlo. Hay una gran cantidad de cuerpos aquí, una gran cantidad de olores. Pero había algo..—. Apretó los puños. —Alguien está cerca. Alguien que también estaba en la azotea en Nueva Pekín —.

El corazón de Cinder gritó: *¡Kai!*

Pero, no, Lobo seguro habría reconocido a Kai

Tenía que ser uno de los guardias reales, que los habían atacado.

Iko agarró el portavisor, un dispositivo que había sorprendido y asombrado a los civiles, y apagó el holograma.

Un grito agudo resonó en las calles afuera.

Cinder corrió hacia la ventana, presionando su cuerpo contra la pared, listo para estar fuera de la vista. Thorne se pegó a la pared junto a ella. —Deberías ocultarte— susurró.

—Tú también deberías—.

Ninguno de los dos se movió.

Observó la escena de abajo, tratando de encontrarle sentido mientras el terror se incorporaba en su interior. Innumerables guardias marchaban por las calles, junto con al menos media docena de taumaturgos, hasta donde alcanzó a ver.

Un traje blanco le llamó la atención y su estómago se hundió. El Taumaturgo Aimery de pie en el borde de la fuente en el centro, justo donde había estado Cinder. Se movía como un príncipe con su hermoso rostro y una altanera postura

Más refuerzos estaban llegando de las calles estrechas que se extendían hacia fuera de la plaza como los radios de una rueda. Demasiados refuerzos para sofocar un simple levantamiento en un inofensivo sector de la minería.

Las tripas de Cinder se estremecieron.

Sabían que estaba aquí.

Los guardias estaban arrastrando a la gente de sus casas, acorralando a ellos en líneas uniformes alrededor de la fuente. Ella reconoció al hombre que había sido golpeado por los guardias, todavía tenía moretones y cojera. Estaba la anciana que había estado almacenando lo que pudo de sus escasas raciones durante años y que ya se había ofrecido a dárselos a los que estarían luchando en Artemisia. Y allí estaba el niño de doce años de edad, que había seguido a Iko toda la mañana con una enfermiza expresión en su rostro.

—Están deteniendo a todo el mundo en el sector— susurró Maha, mirando por la ventana siguiente. —No hay duda de que van a buscar en estos edificios también—. Su expresión era feroz cuando dio un paso atrás. —Todos se deben ocultar. El resto de nosotros nos entregaremos. Puede que no busquen en estos pisos superiores si creen que tienen a todo el mundo en control—.

Cinder tragó saliva. —No van a dejar de buscar—.

Maha le apretó la mano. —Entonces ocúltense bien—.

Envolvió a Lobo en un fuerte abrazo. Se inclinó para aceptarla, sus nudillos se volvieron blancos mientras la sostenía.

Oyeron la explosión en la puerta de la fábrica abierta en el primer piso. Cinder saltó. Ella quería agarrar Maha y obligarla a quedarse, pero Maha se desprendió de los brazos de su hijo y se alejó con la cabeza hacia arriba. Los ciudadanos restantes la siguieron, sin que Cinder dijese una palabra, parecía que acordaron unánimemente en que mantenerla a salvo era la prioridad.

Un escalofrío le recorrió la espalda mientras los observaba ir.

No pasó mucho tiempo antes de oír las órdenes gritadas por los guardias, y la voz tranquila de Maha afirmando que estaban desarmados y que bajaría voluntariamente. Un momento después se vio que los sacaron a empujones hacia la multitud en la plaza con armas apuntando a sus espaldas.

Scarlet se quedó sin aliento. —¿Qué hay de Winter?—

Cinder se volvió los ojos muy abiertos en ella. Habían dejado a la princesa en la casa de Maha, pensando que era el lugar más seguro para ella, pero ahora...

—Puedo ir— dijo Iko. —No van a ser capaz de detectarme como lo harían con cualquier de ustedes—.

Cinder apretó los labios en una línea firme, debatiendo. Ella quería a Iko aquí con ella, ya que era su único aliado que no podía ser manipulado. Pero eso también la convertía en la mejor opción para asegurar a la princesa.

Ella asintió. —Ten cuidado. Debes colarte a través de la zona de carga —.

Iko dio una leve inclinación de cabeza y luego también ella se había ido.

Cinder se sacudía mientras miraba alrededor de Thorne, Lobo, y Scarlet. Desde este punto no era capaz de sentir la bioelectricidad de los taumaturgos en la multitud, por lo que confiaba en que no podrían sentirla a ella y a sus amigos hasta aquí, pero eso hizo poco para consolarla.

Ellos habían venido por ella, ella lo sabía. Ella no tenía adónde ir. Ningún lugar para esconderse.

Lo que es más, ella no estaba segura de querer ocultarse. Estas personas habían puesto su confianza en ella. ¿Cómo podía abandonarlos?

La voz de Aimery llegó a sus oídos. Aunque no gritó, el sonido llegó hasta arriba, haciendo eco en las superficies duras de los muros de la fábrica. Cinder ajustó la interfaz de audio para asegurarse de captar cada palabra.

—Residentes del Sector Minero de Regolito 9— dijo, —ustedes han sido reunidos aquí para hacer frente a las consecuencias de su conducta ilícita. Por albergar y ayudar a criminales conocidos, son todos culpables de alta traición contra la Corona. —Se detuvo, permitiendo que todas sus palabras causaran impacto—La pena por este delito es la muerte—.

El cuerpo de Cinder se apretó mientras se asomaba por la ventana de nuevo. Las personas que habían sido reunidos en grupos ordenados se vieron forzados a arrodillarse. Había más de dos mil residentes, menos los que habían sido enviados como mensajeros en los sectores vecinos. Sus cuerpos arrodillados llenaron las calles a la distancia.

Él no mataría a todos ellos. No se atrevería a reducir la mano de obra de Luna tan severamente.

¿Verdad?

Aimery estudió los reunidos delante de él, mientras que la estatua de Levana cuidaba de ellos como una madre orgullosa. Dos guardias de pie a cada lado de la fuente. Cinder reconoció al guardia pelirrojo y se preguntó si este era el que Lobo había olido antes. El resto de los guardias se extendió por ellos con sus cascos y armaduras, encajonando a los civiles, con las armas listas. Los otros taumaturgos permanecieron intercalan entre la multitud, con los brazos metidos en sus mangas.

Cinder estiró sus pensamientos en la medida de lo que podía. Llegando, llegando a la energía de Aimery. Si era capaz de tomar el control de solo él, podría obligarlo a ofrecer misericordia. Podría ordenar a estas personas a que se fueran.

Pero no. Él estaba demasiado lejos.

Eso la frustraba, sabiendo que Levana habría sido capaz de estirar su don tan lejos. Levana podría fácilmente haber controlado Aimery desde aquí arriba, probablemente podría haberlos controlado a todos ellos desde aquí. A Cinder no le importaba que su tía tuviera una vida de práctica. Debería haber sido tan fuerte. Debería haber sido capaz de proteger a las personas que la protegerían.

Jadeante, volvió su atención a los guardias más cercanos, aquellos de pie debajo de la ventana. Podía detectarlos a ellos, al menos, pero ya estaban bajo el control de uno de los taumaturgos.

El pánico subía a fuego lento a través de ella. Tenía que pensar.

Todavía tenía cinco balas en la mano. Thorne y Scarlet se arman tanto también. Estaba segura de que pudría golpear a uno de los guardias más cercanos y tal vez incluso a un taumaturgo, pero el intento sería regalar su ubicación.

Además, tan pronto como Aimery se diera cuenta que estaban siendo atacados, empezaría a usar a los residentes del sector como escudos.

No sabía si podía correr el riesgo.

Ella no sabía si tenía una opción.

—Sin embargo— dijo Aimery, su oscura mirada fija en la multitud, —Su Majestad está preparada para ofrecerle toda la amnistía. Cada uno de ustedes será absuelto. —Sus labios se volvieron hacia arriba en una sonrisa amable. —Todo lo que tienen que hacer es decirnos dónde están ocultando a la ciborg—.

CAPÍTULO 40

Cinder empujó un nudillo en su boca, y lo mordió con fuerza para no gritar. Podía sentir los ojos de sus compañeros en ella, pero no se atrevía a mirarlos.

—No puedes ir para allá—. El susurro de Scarlet era duro, sin duda al ver la indecisión garabateada en el rostro de Cinder.

—No puedo dejarlos morir por mí— ella susurró de vuelta.

Una mano la agarró y la apartó de la ventana. Lobo miró hacia ella. Dulce y cruel, Lobo, cuya madre estaba allí, con ellos.

Ella medio esperaba que mantuviera la distancia, pero él agarró los hombros de Cinder, apretando con fuerza. —Nadie se muere por ti. Si alguien muere hoy será porque finalmente tienen algo en qué creer. Ni siquiera se te ocurra pensar en alejarte de ellos ahora—.

—Pero yo no puedo…—

—Cinder, quédate con nosotros—, dijo Thorne. —Tú eres el corazón de esta revolución. Si te entregas, se acabó. ¿Y sabes qué? Probablemente va a matar a toda esa gente allí de todos modos sólo para asegurarse de que esto no vuelva a ocurrir. —

Una bala la hizo gritar. Lobo apretó la mano sobre la boca de Cinder, pero ella la arrancó y se alejó hacia atrás a la ventana.

Manchas blancas se congregaron en su visión. Luego manchas rojas como furia la cegaron.

En la plaza de abajo, el cuerpo de un hombre estaba tumbado a los pies de Aimery, la sangre salpicada en el suelo. Cinder no sabía quién era, pero eso no importaba. Alguien había muerto. Alguien había muerto a causa de ella.

Aimery escaneaba los rostros afligidos de aquellos cercanos a él, sonriendo amablemente. —Voy a preguntarlo de nuevo. ¿Dónde está Linh Cinder? —

Todos ellos mantuvieron sus ojos clavados en el suelo. Nadie miró a Aimery. Nadie miró el creciente charco de sangre. Nadie habló.

Dentro de su cabeza, Cinder estaba gritando. La bala aún resonaba en su cráneo, su interfaz de audio repitiéndolo una y otra vez y otra vez. Ella se llevó las manos a los oídos, temblorosa, furiosa.

Ella mataría a Aimery. Ella lo destruiría.

Un cuerpo se apretó contra su espalda. Scarlet envolvió con sus brazos a Cinder, metiendo su cara en el hueco de su cuello. Tanto para contenerla, pensó, como para consolarla.

Ella no se apartó, pero eso no la consoló.

A continuación, Aimery señaló a una mujer siete filas más atrás, una elección estratégica aleatoria que garantizaba que nadie se sintiera seguro. Otro tiro fue disparado por uno de los guardias. La mujer convulsionó y cayó contra la persona a su lado.

Un estremecimiento pulsaba a través de la multitud.

Cinder sollozó. Scarlet la abrazó con más fuerza.

¿Cuánto tiempo más seguiría? ¿A cuántos más mataría él? ¿Cuánto tiempo podría soportar allí y no hacer nada?

—Sólo necesito una persona que me diga su ubicación—, dijo Aimery, —y todo esto habrá terminado. Nosotros los dejaremos con sus pacíficas vidas—.

Algo húmedo cayó sobre el cuello de Cinder. Scarlet estaba llorando, temblando casi tan duro como ella. Pero sus brazos no se aflojaron.

Quería apartar la mirada, pero se obligó a no hacerlo. Su valentía la dejó sin habla y un tanto horrorizada. Ella se encontró deseando que alguien la traicionara, tan solo para que todo terminara. Tan solo para que la elección ya no fuera suya.

Thorne tomó su mano y la apretó. Lobo formó una barrera a su otro lado, los tres actuando tanto como sus carceleros como su tabla de salvación. Ella sabía que compartían su horror, pero ninguno de ellos podía entender la responsabilidad que sentía arañándola desde el interior. Estas personas confiaron en ella para luchar con ellos, para que les diera el futuro mejor que ella había prometido.

¿Importaba que estuvieran dispuestos a morir por su causa? ¿Importaba que fueran a sacrificar su propia vida para que ella pudiera tener éxito?

Ella no lo sabía.

Ella no lo sabía.

Lo único que veía eran chispas que la cegaban. Todo lo que ella escuchaba eran disparos pulsando a través de la cabeza.

Aimery señaló a otra de sus víctimas y las rodillas de Cinder se debilitaron. Era el chico joven que había estado tan enamorado de Iko.

Cinder contuvo el aliento, preparada para gritar, para detenerlo, un grito-

—¡No!—

Aimery levantó la mano. —¿Quién fue ese?—

Una niña de unas filas detrás del muchacho había comenzado a llorar histéricamente. —No por favor. Por favor, déjenlo solo. —Ella era de la edad de Cinder. Su hermana, supuso.

Nueva tensión rodó a través de la multitud. Unas pocas personas cercanas le echaron miradas de traición, pero Cinder sabía que no era justo. Esta chica no sabía quién era Cinder. ¿Por qué debería protegerla por sobre alguien que amaba?

Aimery levantó una ceja. —¿Estás dispuesta a denunciar la ubicación de la ciborg?—

—Maha Kesley— la chica tartamudeó. —La ciborg está alojada con Maha Kesley—.

Con un movimiento de los dedos de Aimery, el guardia que apuntaba al el chico bajó el arma. —¿Dónde está esta Maha Kesley?—

Maha se puso de pie antes de que alguien se viera obligado a traicionarla, un pilar en la multitud arrodillada. —Estoy aquí—.

Lobo aspiró tembloroso.

—Ven al frente—, dijo Aimery.

Los delgados hombros de Maha estaban atrás, mientras caminaba entre sus amigos y vecinos. Un cambio se había producido en el poco tiempo que Cinder la había conocido. En ese primer día le había parecido derrotada, con un peso sobre los hombros, con miedo. La mujer que estaba de pie, desafiante ante el líder de los taumaturgos de la reina era alguien nuevo.

Eso hizo que Cinder se sintiera aún más aterrorizada por ella.

—¿Cuál es el número de su residencia?—, Preguntó Aimery.

Maha se lo dio con una voz firme.

Aimery señaló al capitán de la guardia y un taumaturgo mujer. Ellos se apartaron, señalando un guardia adicional para unirse a ellos mientras se dirigían hacia la casa de Maha.

La atención de Aimery había regresado a Maha. —¿Ha usted ocultado a la ciborg Linh Cinder?—

—Yo no conozco ese nombre—, dijo Maha. —La ciborg que conozco es llamada Princesa Selene Blackburn y ella es la verdadera reina de Luna—.

La multitud se agitaba. Barbillas levantadas. Hombros cuadrados. Si alguien se había olvidado por qué estaban arriesgando sus vidas por un extraño, la declaración de Maha se los recordó.

Aimery sonrió. La sangre de Cinder terminó de congelarse.

Mientras miraba, Maha levantó ambas manos sobre su cabeza para que todos pudieran ver. Luego agarró su pulgar derecho y tiró hacia atrás, con fuerza.

Cinder oyó el estallido incluso desde allí, seguido por el grito de Maha. Ella no sabía si Aimery la había obligado a romper su pulgar o simplemente a dislocarlo, y no le importaba. Tomó una decisión. En otro momento, se habría adentrado en la mente de sus amigos y los obligaría a alejarse de ella. Ella se dio la vuelta. Scarlet, Thorne y Lobo la miraron boquiabiertos, consternados. Lobo se recuperó primero. —Cinder, no-—

—Es la revolución del pueblo ahora, no la mía. Lobo, vas a venir conmigo. Voy a mantener tu mente bajo control, pero no tu cuerpo, al igual que lo hicimos en Artemisia. Thorne, Scarlet, quédense aquí y apunten a Aimery y los otros taumaturgos, pero no disparen a menos que tenga un tiro claro, de lo contrario estarán revelando su ubicación—. —Cinder, no— siseó Scarlet, pero Cinder ya los había dejado a ella y a Thorne atrás, obligando a Lobo a seguir sus huellas. Él gruñó.

—Tengo que, Lobo— ella dijo mientras corrían por las escaleras hasta el segundo piso. En el exterior, amortiguado por las espesas paredes de la fábrica, oyó otro grito de dolor de Maha. —Yo no puedo hacer nada—. —Él te va a matar—.

—No, si lo matamos primero. — Ella corrió por la última escalera y se preparó. Comprobó que tenía el control de la bioelectricidad del lobo por lo que no podía reclamarlo el taumaturgo, luego se abrió paso entre las puertas de la fábrica. Un tercer grito de Maha se sentía como un cuchillo en el pecho de Cinder. Una mirada le dijo que los tres primeros dedos de Maha fueron doblados en ángulos paralizantes. Las lágrimas

estaban en su rostro cerrado por el dolor. — Aquí estoy, — Cinder bramó. —Me encontraste. Ahora déjala ir—.

En un movimiento uniforme, todos los guardias giraron, volviendo sus armas hacia Cinder. Ella contuvo el aliento, preparada para ser acribillada a balazos, pero nadie disparó. Al otro lado del mar de trabajadores postrados, Aimery sonrió. —Así que la impostora finalmente nos ha honrado con su presencia—. Ella apretó los puños y se dirigió hacia él. Los cañones la siguieron. Lo mismo hizo Lobo, su energía crepitando. —Ustedes saben muy bien que mis afirmaciones son ciertas—, dijo. —Es la única razón por la que Levana está tan decidida a matarme—. Ella estiró sus pensamientos hacia las personas que la rodeaban, pero ninguna de sus mentes estaba disponible para ella. Había esperado tanto. Ella tenía un asesino entrenado a su lado y dos tiradores expertos a su espalda. Tendría que ser suficiente. Llegó a la primera fila de los civiles reunidos. —Tú viniste aquí por mí, y aquí estoy. Deja que estas personas en paz—. Aimery ladeó la cabeza. Su mirada se abalanzó sobre Cinder, contemplándola de pies a cabeza y de regreso, haciéndola sentir como una presa fácil. Ella sabía cómo se veía con su ropa gris, con su mano de metal y botas, su coleta desordenada, y muy probablemente, una cantidad abundante de polvo manchando su cara. Sabía que no se veía como una reina.

—Imagina lo diferente que podría haber sido —, dijo él, dando un paso hacia abajo desde la cornisa de la fuente, — si hubieras optado por reclamar las mentes de estas personas antes de nuestra llegada. En cambio, los dejaste a la deriva en un océano de sus propias debilidades. Tú los convertiste en los objetivos y luego no hiciste nada para protegerlos. No eres adecuada para ser la gobernante de Luna —. — ¿Porque yo prefiero a mi pueblo libre que manipulado constantemente? — — Porque no eres capaz de tomar las decisiones que una reina debe tomar por el bien de toda su gente. — Ella apretó los dientes. —Las únicas personas que se han beneficiado del régimen de Levana son los aristócratas codiciosos de Artemisia. Levana no es una reina. Ella es una tirana—. Aimery inclinó la cabeza, casi como si él estuviera de acuerdo con ella. — Y tú, — susurró, — no eres nadie en absoluto. —

—Yo soy la verdadera gobernante de Luna—. A pesar de que puso tanta convicción como pudo detrás de las palabras, cayeron planas. En esos momentos, la llegada del líder de los taumaturgos de la reina había deshecho todo el progreso que había hecho en ese sector. Con un movimiento de dedos Aimery le había quitado toda potencia y postrado al pueblo ante él. —Eres solo una niña que juega a la guerra—, dijo Aimery, —y eres demasiado ingenua para ver que ya has perdido—.

—Me estoy entregando a ti— dijo ella. —Y si eso significa que tengo que perder para que estas personas puedan salir en libertad, que así sea. Lo que no pareces darte cuenta es que esto no se trata de mí. Se trata de las personas que han vivido en la opresión durante demasiado tiempo. El reinado de Levana está llegando a su fin —. La sonrisa de Aimery creció. Detrás de él, la fuente se derramó y escupió. La energía del lobo subió detrás de ella, erizándole el cabello. Aimery abrió los brazos a la multitud.

—Que se sepa que en este día, la princesa impostora se entregó a Su Majestad la Reina. Sus crímenes se tratarán de manera rápida y justa —. Sus ojos brillaban. —Sin embargo, me prometí que sus vidas se salvarían si alguno de ustedes denunciara la ubicación de la ciborg—. Él chasqueó la lengua. —Es una gran vergüenza que nadie lo hubiera hecho antes. No me gusta que me hagan esperar—.

Un tiro fue disparado. Una onda de choque pulsó a través del cuerpo de Cinder.

No sabía de dónde venía. Ella vio la sangre, pero no sabía a quién había golpeado.

Luego las piernas de Maha se derrumbaron y cayó de bruces en el suelo duro. Sus tres dedos deformes permanecían estirados sobre la cabeza.

Aun recuperándose de la conmoción del disparo, Cinder se quedó mirando el cuerpo de Maha, incapaz de respirar. Incapaz de moverse.

Oyó a Lobo tomar aliento. Su energía se cristalizó en algo duro y frágil.

El mundo se quedó quieto, balanceándose sobre la punta de una aguja. Silencio. Incomprensible.

Otra arma fue disparada, este tiro venía de mucho más lejos, y el ruido lanzó su mundo fuera de su eje. Aimery gritó y se tambaleó hacia atrás con una mancha en el muslo empapada de sangre. Sus ojos brillaban hacia la fábrica. Otro disparo golpeó la fuente detrás de él.

Lobo rugió y saltó hacia delante. El guardia más cercano le bloqueó el paso, pero era demasiado lento para disparar. Lobo lo lanzó lejos como un mosquito molesto y corrió por Aimery, mostrando los dientes.

Una cacofonía de ruidos y cuerpos estalló. Todo ciudadano que debería haber estado del lado de Cinder una vez, se pusieron de pie y la agarraron a ella y a Lobo. El cuerpo de Cinder se estrelló contra el suelo. Ella perdió de vista a Lobo. Más disparos.

Lanzó un puñetazo en la mandíbula de alguien, rodó una vez y trepó de nuevo sobre sus pies. Vio un abrigo rojo, levantó la mano y disparó. Ella esperó el tiempo suficiente para ver al taumaturgo caer antes de buscar otro objetivo, pero no tuvo otra oportunidad de disparar cuando docenas de manos la agarraron, tiraron de ella luchando hasta el suelo.

Cinder golpeó contra su agarre, soplando un mechón de pelo de la cara. Vio a Lobo. También él fue clavado al suelo, a pesar de que habían necesitado una docena de hombres para hacerlo. Cada extremidad se mantenía en su lugar, su mejilla presionada en el polvo. Los cuerpos de los dos guardias y el minero no se encontraban lejos.

Aimery se cernía sobre él, jadeando, su sonrisa constante no se veía por ningún lado. Estaba presionando la herida de su pierna con una mano. —Los disparos vienen de esa fábrica. Enviaré a un equipo a buscarlos, y se unirán a estos dos antes de que intenten cualquier otra cosa —.

Cinder estaba tensa contra los brazos que la sujetaban. Si ella pudiera levantar el brazo, tendría un tiro limpio

Tiraron sus brazos detrás de ella, con las muñecas atadas. Ella gritó cuando su hombro fue jalado apenas por debajo de la dislocación. Ella fue puesta nuevamente de pie, tosió polvo, todo su cuerpo palpitaba.

Miró a su alrededor, en busca de un aliado, pero sólo rostros en blanco la saludaron.

Ella se burló, desafiante, mientras ella y Lobo se vieron obligados a arrodillarse delante de la cara lívida de Aimery. Estaba loca en su propio odio, pero a medida que sus pensamientos se calmaron, fue golpeada con toda la fuerza de la agonía de Lobo a su lado.

Él estaba angustiado, sus emociones astillaban, y Cinder recordó que junto al cuerpo del minero estaba su madre.

Cinder se estremeció y tuvo que apartar la mirada. Ella vio el taumaturgo vestido de rojo al que había disparado, no se movía, y otro con un uniforme negro también estaba tendido no muy lejos.

Eso fue todo. Dos taumaturgos y dos guardias muertos, Aimery herido. Eso era todo lo que había recibido del sacrificio de Maha, y las valientes muertes de otros dos civiles inocentes.

Cinder estaba más enojada que asustada, alimentándose de la desolación de Lobo y el horror de todos los rostros en blanco a su alrededor, todas estas personas utilizadas como marionetas.

Ella creía lo que había dicho antes. Levana podría matarla, pero Cinder tenía que creer su muerte no sería el fin. Esta revolución ya no le pertenecía.

CAPÍTULO 41

—Están viniendo— dijo Scarlet, gruñendo mientras se alejaba de la ventana. Su primer disparo había sido bajo, golpeando el muslo de Aimery cuando había apuntado a su cabeza. Su segundo disparo había dado en la fuente, inútil, antes de que la multitud fuese más grande como para seguir disparando. Había oído al menos tres disparos procedentes de Thorne, pero no sabía si había tenido más éxito que ella.

Cinder y Lobo eran como cerdos en un matadero allí abajo, mientras ella y Thorne lo serían muy pronto si no salían, ahora.

Thorne agarró el casco que había robado del guardia y se lo pasó por la cabeza, pasando de su amigo a su enemigo. Esperaba que la transformación fuera convincente para los Lunares. —Dame tu arma—dijo. Ella vaciló sólo brevemente antes de entregarla. Thorne la metió en el bolsillo y la agarró del codo, arrastrándola hacia la escalera.

Estaban en el primer rellano, cuando los pasos se precipitaron a través del nivel inferior.

—¡Encontré una!— gritó Thorne, haciéndola saltar. Contuvo la pistola en la cabeza de Scarlet mientras la arrastraba a la parte inferior de la escalera. Cuatro guardias los rodearon. —Habían dos hombres armados. El otro podría haber huido, pero comprueba los pisos superiores para estar seguro. Tengo a ésta—. Scarlet pretendió mover las piernas contra su agarre, mientras Thorne la arrastraba a los guardias, demostrando autoridad. Los guardias marcharon por las escaleras. En cuanto se fueron, Thorne giró y la soltó. Corrieron hacia la puerta de atrás, corriendo por el callejón detrás de la fábrica.

Ya la pelea había terminado, a juzgar por el terrible silencio que llenó la cúpula.

Thorne se apartó de la fábrica, pero Scarlet lo agarró del brazo. —Espera—.

Miró hacia atrás, su mirada era dura, pero tal vez eso fue el efecto del personaje

—Tenemos que tratar de ayudarlos— dijo.

Su frente se arrugó. —Tú viste la facilidad con que derribaron a Cinder y Lobo, ¿y crees que nosotros podemos hacer algo para ayudarlos a ellos?—

No lo creía. Honestamente no lo creía.

Pero si ni siquiera lo intentaba...

—Dame mi arma— dijo, tendiéndole la mano.

Thorne la quedó mirando.

—Dame el arma—.

Con un resoplido, sacó la pistola de su cintura y la metió en su palma. Scarlet se apartó, sin estar segura de si iba a seguirla. Él lo hizo.

Cuando doblaron la primera curva podía ver la plaza. Los ciudadanos que se habían levantado para atacar a Cinder y Lobo estaban todos de rodillas de nuevo, apacibles, como si la lucha no hubiera ocurrido aún.

Scarlet se preguntó cuánto tiempo les tomaría a los guardias inspeccionar la fábrica. Se preguntó si era una locura no girar y correr.

La pistola estaba caliente en la mano, el mango dejaba huellas en su piel. Hubo un momento en que sostener un arma había ofrecido un sentido de protección, pero esa comodidad se ha comprometido sabiendo la facilidad con que los Lunares podrían girar el arma contra ella.

Aun así, si podía acercarse lo suficiente tal vez podría descargar un tiro o dos, y esta vez no fallaría.

¿Qué tanto podía acercarse antes de que la detectaran? Acaso el tamaño de la multitud los ayudaría a ocultarse o iban a ser atrapados por el mismo truco de lavado de cerebro. Ella no sabía cómo funcionaba o que tan vulnerable sería. Deseaba haber pedido a Cinder más información cuando tuvo la oportunidad.

Se movían sigilosamente, Thorne detrás de ella. Se detuvo cuando ella pudo distinguir a Lobo y Cinder de entre sus enemigos. Ambos tenían sus manos atadas detrás de ellos ahora. Los hombros de Lobo estaban encorvados. Estaba mirando hacia el suelo. No, se dio cuenta con un estremecimiento. Estaba mirando a Maha.

La furia se encendió en sus entrañas. Le habían arrebatado todo a Lobo. Su libertad, su infancia, su familia entera, y no había hecho nada, nada, para merecerlo.

Ella quería vengarlo. Quería alejarlo de este lugar de este horrible y polvoso lugar. Quería ofrecerle una vida de cielos azules, tomates y paz. Scarlet apretó en el arma, sintiendo la prensa familiar del gatillo.

Pero estaba demasiado lejos. Era más probable que acertara a un aliado que un enemigo desde aquí.

El corazón palpitante de Scarlet escudriñó el estrecho callejón, estimando la cantidad de pasos que podría tomar y aún permanecer ocultos. Había una puerta en el muro de la fábrica en la que podía escabullirse, pero ser vista no era su mayor preocupación, no cuando los Lunares podían sentirla.

Dejando escapar una respiración lenta, levantó el arma y alineó la vista, la orientación, el corazón de Aimery. Contuvo el objetivo durante tres respiraciones luego sopló y bajó el arma de nuevo. Estaba donde mismo. Demasiado lejos. Una vez más, consideró acercarse. Una vez más, vaciló.

Entonces se dio cuenta de un cambio en la postura de Lobo. Volvió la cabeza en su dirección.

Fue un cambio sutil, casi sin complicaciones. No la veía. No hizo ningún movimiento para sugerir que había escogido su olor entre todas estas personas, pero sabía que era Scarlet. Había una tensión de sus hombros que no había estado allí momentos antes.

El corazón le dio un salto mortal. Se imaginó a Scarlet siendo capturada. Lobo, observando mientras tenía una pistola en la cabeza. Lobo, impotente, mientras le daban otra hacha. Lobo, cuya madre acababa de ser asesinada delante de él mientras que él no podía hacer nada para detenerlo.

El cuerpo de Scarlet se sacudió con el recuerdo de la muerte de su abuela, le golpeó como un martillo en el cráneo. La desesperación que la había envuelto. Toda la furia y el odio y la certeza latían dentro de ella una y otra vez que debería haber sido capaz de detenerlo.

Pero no pudo haberlo detenido.

Al igual que Lobo no pudo haber protegido a Maha. Al igual que él no sería capaz de protegerla. No podía hacerle eso a él.

Scarlet arrugó la cara, ahogando un grito violento.

No reacciones, Scarlet, se dijo. *No reacciones.*

Ella bajó el arma y dio un paso atrás. Miró a Thorne, y aunque no había dolor grabado en su frente, también, él hizo un gesto de comprensión.

La voz tranquila de Aimery se desvió hacia ellos. —Linh Cinder será juzgada y ejecutada por sus crímenes contra la Corona. Es por la misericordia de la reina que voy a absolver al resto de ustedes. Pero tomen en cuenta que nadie hable de la ciborg y sus tramas traicioneras o la realización de cualquier tipo de actividad rebelde recibirá un castigo rápido—.

Scarlet miró hacia atrás en el tiempo para ver a un guardia empujar duro entre los omoplatos de Lobo, él y Cinder fueron llevados.

* * *

—¡Princesa!— Dijo Iko, manteniendo su volumen tan fuerte como se atrevió, que en realidad no era muy alto. —Princesa, ¿dónde estás?— Volvió a recorrer la casa, pasando por cada habitación tres veces. Winter no estaba en ningún armario o vestidor. Ella no estaba bajo la cama de Maha. Ella no estaba en la pequeña ducha o...

Bueno, eso era todo. Esos eran los únicos lugares para esconderse.

Era realmente una pequeña casa y Winter no estaba allí.

Iko regresó a la sala de estar, sintiendo el ruido de su ventilador en su pecho, el aire que escapaba a través de las fibras porosas de su espalda. Todavía estaba sobrecalentada por la carrera a través del sector, esquivando dentro y fuera de las casas abandonadas en un intento de ser discreta.

¿Ya había sido encontrada Winter? ¿Era demasiado tarde?

Ella no tiene las respuestas. Se obligó a hacer una pausa y organizar la información que ella tenía.

Los subordinados de Levana estaban en RM-9. Habían detenido a todos los ciudadanos y ella estaba relativamente segura de que no era para tirar una fiesta.

Cinder y los otros estaban todavía en esa fábrica, por lo que ella sabía, y ella no tendría ninguna manera de saber si estaban a salvo hasta que se los volvió a ver.

No sabía dónde estaba la princesa Winter.

Ella consideró sus opciones. Esconderse de nuevo a la fábrica para reunirse con Cinder parecía un paso lógico, pero se estaría poniendo en peligro a sí misma por hacerlo. Esto no le molestaba tanto como su miedo a caer en manos del enemigo. No parecía que los lunares supiesen mucho acerca de los sistemas de datos de androides, pero si se las arreglaban para diseccionar su programación, encontrarían una gran cantidad de información confidencial sobre Cinder y sus estrategias.

Podía esperar a sus amigos para regresar, segura y sin daño alguno, pero esta opción iba en contra de su programación más básica. Despreciaba ser inútil.

Todavía estaba debatiendo cuando oyó pasos pesados fuera de la puerta principal. Iko se sobresaltó y corrió a la cocina, metiéndose por debajo de un mostrador.

La puerta se abrió de golpe. Alguien entró e Iko escogió las ligeras diferencias auditivas en los pasos. Tres intrusos estaban dentro de la casa.

Se detuvieron en la habitación principal.

Una voz masculina dijo: —La base de datos confirma que es la residencia de Maha Kesley—.

Un breve silencio fue seguido por una voz femenina. —Tengo la sensación de que hay alguien, pero su energía es débil. Tal vez amortiguada detrás de una barrera de algún tipo—.

Iko frunció el ceño. ¿En verdad no podían sentirla? Cinder siempre había insistido en que Iko no podía ser detectada por el don Lunar, dado que ella no produce bioelectricidad.

—En mi experiencia con la ciborg— dijo una tercera voz, también masculina, —ella no siempre reacciona como es de esperar a la mente el control y la manipulación. ¿Será también capaz de disfrazar su energía así?—.

—Tal vez— dijo la mujer, a pesar de que sonaba dudosa. —Kinney, busque en los perímetros de los hogares vecinos. Jerrico, comprueba las habitaciones —.

—Sí, señora Pereira—. Los pasos se dispersaron. La puerta principal se cerró de nuevo.

Era una casa pequeña. Sólo habían pasado momentos antes de que la mujer entrara en la cocina pequeña e Iko vio las mangas de una capa roja taumaturgo. Ella se paró en el centro del armario grande de la cocina, tan cerca, Iko podría haberla tocado. Pero ella no miró hacia abajo o se molestó en abrir cualquiera de los armarios.

Desde su posición agachada, Iko miraba hacia el perfil de la mujer. Su pelo gris era corto, y aunque era una de las taumaturgas más viejas que Iko había visto, ella seguía siendo hermosa, con pómulos afilados y labios gruesos. Tenía las manos metidas en las mangas.

Ella se quedó inmóvil durante un largo momento, su frente se arrugó. Iko sospechaba que estaba buscando más restos de bioelectricidad, y quedó claro que no iba a notar a Iko a su lado.

Iko se mantuvo inmóvil, contenta de no tener que aguantar la respiración, porque cuando anteriormente habían sido atrapados en el armario de la nave espacial con Cinder y el resto el sonido de sus respiraciones combinadas había sido ensordecedor.

Pero entonces su ventilador encendió de nuevo.

La mujer bajó la vista y se inclinó.

Iko levantó una mano en señal de saludo. —Hola—.

La taumaturga la estudió durante un largo momento, antes de que ella tartamudeara: —¿Una caparazón?—

—Casi—. Iko cogió un paño de cocina del mostrador y se abalanzó sobre la mujer. Un grito escapó antes de Iko puso la toalla contra su cara, ahogando el grito. El taumaturgo golpeó, pero la Iko sostuvo fuerte contra la pared, reprimiendo su disculpa instintiva

mientras observaba el rostro de la mujer pálida, sus ojos se abrieron en estado de pánico.

—Sólo tienes que desvanecerte— dijo Iko, tratando de sonar reconfortante, —y te dejaré ir—.

—¡Oye!—

Ella chasqueo la cabeza alrededor, un guardia real los vio a través de la ventana de la cocina. Corrió a la puerta trasera y la abrió y...

Santas estrellas Todopoderosas.

Siempre había pensado que Kai era el espécimen humano más atractivos que jamás había visto, pero este hombre era devastadoramente hermoso, con la piel bronceada y el pícaro cabello ondulado, y él era...

Él estaba…

Apuntándole con un arma.

Iko tiró del taumaturgo delante de ella en el mismo momento que apretaba el gatillo. La bala le dio a la mujer en alguna parte de su torso y se desplomó, ya débil por la asfixia de Iko.

Dejó caer a la mujer y se arrojó sobre el cuerpo, luchando por el arma del guardia. Él le dio la vuelta, golpeando su espalda en el mostrador. El impacto resonó en las extremidades de Iko. El guardia tiró el arma y dirigió un puñetazo con su mano libre hacia la cara de Iko. Su cabeza se echó hacia atrás y tropezó dos, tres pasos, antes de chocar con la estufa. El guardia maldijo, agitando la mano.

Iko estaba pensando que debería haber instalado algunas artes marciales de programación cuando un segundo disparo sacudió a través de sus receptores de audio. Ella se encogió y apretó las manos a los oídos, bajando el volumen del receptor a pesar de que ya era demasiado tarde.

Cuando sus pensamientos se borraron, vio que el guardia miraba con la boca abierta y los ojos de plato con las manos sin soltar la pistola. —¿Qué... qué es usted?—

Miró hacia abajo. Había un agujero en el pecho, dejando al descubierto los cables de encendido o tejido de piel sintética deshilachado. Ella gimió. —¡Sólo tengo que sustituirlo!—

—Eres..—.. El guardia dio un paso atrás. —Yo había oído de las máquinas terrestres que podría... que eras... pero..—. Con el rostro desencajado, Iko había pasado suficiente tiempo a analizar los músculos faciales para reconocer esta expresión tan completo disgusto, sin freno.

La indignación se encendió en su interior, probablemente se filtraba a través del nuevo agujero en su pecho. —¡No es educado mirar, ¿sabes?!—

Una forma apareció en la puerta que conducía a la sala principal. Otro guardia, y éste Iko lo reconoció como uno del séquito personal de Levana. Se había formado parte del equipo que había abordado ellos en la azotea en Nueva Pekín. —¿Qué pasó?— Ladró, teniendo en el taumaturgo caído y el arma bajada de la guardia y bastante Iko.

El reconocimiento revoloteó a través de sus ojos y sonrió. —Buen descubrimiento, Kinney. Creo que este viaje no era tan inútil como yo pensaba—. Pasó por encima del cuerpo del taumaturgo.

Iko levantó sus puños, tratando de recordar todos los trucos de lucha que Lobo le había dado a Cinder.

—¿Dónde está el ciborg?— Preguntó el guardia.

Iko le gruñó. —Muérdeme—.

Él levantó una ceja. —Pruébame—.

—Señor Solis, — dijo el otro guardia, Kinney, —ella no es... no es humano—.

—Claramente— dijo arrastrando las palabras, mirando el agujero de bala en la cavidad torácica. —Yo supongo que tendremos que ser creativo con la forma en que extraemos información de ella. Es decir, de eso—.

Se volvió hacia ella. Iko se agachó y volvió de nuevo, pero él la atrapó con facilidad. Antes de su procesador pudiera trabajarlo, había bloqueado sus manos detrás de su espalda. Iko forcejeó, tratando de pisar fuerte su pie, pero eludió todos los intentos. Se reía mientras le ataba las manos y la hizo girar de nuevo para mirarlo.

—Toda esa tecnología de la Tierra— dijo, apartando la tela de su camisa para recoger las fibras de la piel destruidas — sin embargo, de alguna manera todavía eres completamente inútil—.

La ardiente cólera hizo que sus ojos se volvieran rojos. —¡Yo te mostraré mi inutilidad!—

Antes de que pudiera demostrar algo, el grito de un alma en pena llenó la cocina y un cuchillo de cocina recortó hacia el hombro de Jerrico. Se quedó sin aliento y esquivó. La cuchilla cortó la manga, dejando un corte profundo color rojo brillante. Iko se tambaleó hacia atrás.

Jerrico se dio la vuelta y cerró a su atacante contra la pared, sosteniendo su garganta con una mano mientras la otra disputaba su muñeca, asegurando su mano cuchillo.

Winter no soltó del cuchillo o su repugnante de mirada salvaje. Lo golpeó con la rodilla, justo entre sus piernas. Jerrico gruñó y la separó de la pared, sólo para golpear la espalda de nuevo. Esta vez, Winter resolló, expulsando el aire de los pulmones.

—Kinney, vigila al androide— dijo Jerrico través de sus dientes.

Iko giró su atención de la princesa Winter al guardia demasiado-guapo-para-ser-como-un-tarado, pero Kinney ya no se preocupaba por ella. Su cara estaba horrorizada al ver como Jerrico llevaba su mano a la garganta.

—¡Esa es la princesa Winter! ¡Quítale las manos de encima!—.

Una risa sin humor surgió de Jerrico. —Yo sé quién es, idiota. Al igual que sé que se supone que está muerta—.

—He oído que también estaba muerta, pero está claro que no lo está. Libérala—.

Poniendo los ojos en blanco, se volvió y arrastró a Winter a la pared. —No, se supone que tiene que estar muerta. La reina ordenó que la mataran, pero parece que alguien no tuvo el estómago para eso—. Winter se dejó caer hacia adelante pero él la arrastró

de nuevo hacia arriba, sosteniéndola contra su pecho. —Que afortunada captura. Había esperado a tenerla sola durante años, pero el molesto Sir Clay siempre estaba dando vueltas como un buitre sobre la carne muerta. —Jerrico arrastró su pulgar a lo largo de la mandíbula Winter. —Pero parece que no está aquí hoy, ¿verdad, princesa?—

Las pestañas de Winter se agitaron. Sus ojos estaban aturdidos mientras miraba a Kinney. —Tú…—

—Oye—. Jerrico forzó la barbilla hacia él. —Tú eres mi premio, princesa. Entonces, ¿qué recompensa crees que voy a conseguir por llevar tu cadáver a la reina? No creo que le importe en qué estado se encuentra, y como un bono adicional, puedo demostrar que su novio es un traidor, después de todo —.

Iko tiró de sus manos, tratando de desconectar los pulgares de las órbitas y soltar las cuerdas, pero no podía conseguir suficiente apalancamiento con los brazos tan estrechamente ligados.

Ella estaba a punto de lanzarse hacia adelante y caer en la columna vertebral de Jerrico con toda la fuerza de su cráneo de metal pudo reunir cuando Winter se derrumbó, como si fuese una muñeca de trapo.

Jerrico sorprendido, apenas capaz de recuperar su control sobre ella. En el mismo momento, Winter hundió el cuchillo olvidado en su costado.

Jerrico gritó y la soltó. Winter tropezó de su agarre, pero él la agarró por la muñeca y tiró de ella hacia atrás, y luego le dio un revés en la cara. Winter cayó. Su cabeza chocó contra el borde de la encimera.

Iko gritó cuando el cuerpo de la princesa cayó al suelo.

Con una corriente de maldiciones, Jerrico envolvió su mano alrededor del mango del cuchillo, pero no sacó de la herida. Su cara estaba roja como su pelo cuando le gruñó a la princesa: —¡Estúpida, loca…!—

Arrastró hacia atrás su pie para patearla, cuando Kinney levantó su arma y disparó. La bala golpeó a Jerrico contra la pared.

Iko retrocedió. Sin importar cuantas peleas hubiese visto, siempre se sorprendía de que cada vez fuera más horrible. Incluso la muerte de un guardia tan despreciable, con el rostro desencajado con incredulidad como la vida drena fuera de él, hizo su mueca.

El silencio que siguió parecía que se había hecho cargo de todo el sector e Iko cuestionando si esa última bala había dañado permanentemente su audio.

El guardia estaba mirando el arma en la mano como si nunca lo hubiese hecho antes. —Es la primera vez que apretó el gatillo yo mismo—. Inhalando profundamente, puso su arma en el mostrador y se inclinó sobre la princesa Winter. Llegó a inspeccionar su cabeza. Sus dedos se desprendieron ensangrentados.

—Está respirando— dijo —pero ella podría tener una conmoción cerebral—.

El procesador de Iko se congeló. —¿De qué lado estás?—

Miró hacia arriba. Su nariz se torció cuando tomó en el agujero de bala de nuevo, pero su mirada no se quedó en él.

—Nos dijeron que la princesa había muerto. Pensé otro guardia la mató—.

Iko arregló los pliegues de su camisa para cubrir la herida. —Un guardia llamado Jacin recibió la orden de la reina de matarla, pero él la ayudó a escapar en su lugar—.

—Jacin Clay—.

Ella entrecerró los ojos. —¿Por qué nos ayudas?—

Con una ceja tensa, Kinney dejó a la princesa de nuevo en el suelo. Había sangre por todas partes.

Del taumaturgo. De Jerrico. De Winter.

—La ayudé— dijo Kinney, como si la distinción era importante. Encontró el paño de cocina con el que Iko había comenzado a sofocar la señora Pereira y lo ato alrededor de la cabeza del Winter, vendó la herida lo mejor que pudo. Cuando terminó, se levantó y cogió el cuchillo ensangrentado.

Iko dio un paso atrás.

Él pauso. —¿Quieres que te corte los cables o no?—

Ella buscó su cara, deseando que no se sintiera tan obligado a seguir mirando en ella. —Sí, por favor—

Ella se dio la vuelta e hizo un trabajo rápido de liberarla. Casi esperaba encontrar fragmentos de piel se separaron cuando ella levantó las manos, pero la hoja tenido no tanto como su mellado.

—Esto es lo que va a pasar— dijo Kinney, haciendo un gesto hacia el arma todavía en el mostrador. Iko podía decir que no le gustaba mirarla. Dejó de buscar razones para mirar hacia otro lado. —Voy a hacer un informe diciendo que me arrebataste el arma y mataste a la señora Pereira y a Sir Solis, luego te las arreglaste para escapar. No voy a decirles nada acerca de ver a la princesa. Ni siquiera tienen que saber que todavía está viva. —Señaló a la nariz, se atrevió a sostener su mirada durante más de medio segundo. —Y vas a llevarla lejos de aquí. Mantenla oculta—.

Ella plantó las manos en las caderas. —Y nosotros que estábamos manteniéndola escondida en una pequeña casita en un sector de la minería completamente al azar. ¿Por qué no se nos había ocurrido tratar de mantenernos ocultos?—.

La cara de Kinney era ilegible por un largo momento antes de preguntar: —¿Entiendes el sarcasmo?—

—Por supuesto que entiendo el sarcasmo— escupió. —No es como si fuera la física teórica, ¿verdad?—.

La mandíbula del guardia cayó por un momento, antes de que negara con la cabeza y se alejara. —Sólo cuida de ella—. Miró a la princesa una vez más y luego se fue.

CAPÍTULO 42

Cinder y Lobo fueron llevados a un puerto de carga subterránea llena de naves de entrega abolladas y tres cápsulas reales, lo que explicaba por qué la llegada de los enemigos de Luna no había activado ninguna alarma. Cinder sólo había tenido cuidado en la plataforma de levitación magnética.

Ella se reprendió, esperando que algún día tener la oportunidad de aprender de este error.

Con grilletes en sus muñecas, Cinder sintió como si sus brazos pudieran salirse de las órbitas. Aunque Lobo caminaba detrás de ella, podía sentir su energía desigual y letal. Temblando de miedo por Scarlet. Hueco y devastado por lo que ellos le habían hecho a Maha.

Un guardia real estaba esperando. Su cabello estaba despeinado pero su expresión estaba vacía.

—Informe— dijo Aimery. Él caminaba con una cojera y Cinder fantaseaba sobre patearlo justo donde había entrado la bala.

—La Taumaturgo Pereira y Sir Solis están muertos—.

Aimery levantó una ceja. Parecía más que curioso por esta declaración inesperada. —¿Cómo?—

—Fuimos emboscados dentro de la casa Kesley por un androide de la tierra— dijo el guardia.

El corazón de Cinder saltó.

—Una pelea se produjo. El androide era inmune a la manipulación mental, ni balas hicieron mucho para afectarla. Ella... Sofocó a la Taumaturgo Pereira, después de lo cual yo entre en combate cuerpo a cuerpo. Ella me desarmó y utilizó mi propia pistola para disparar tanto Sir Solis y nuestra taumaturga. Mientras que la androide estaba distraída, pude apuñalarla con mi cuchillo en su espalda, cortando su columna vertebral, quedó hecha pedazos y fue desactivada con éxito—.

Un dolor de cabeza pulsaba tras los ojos de Cinder, el signo de lágrimas que nunca llegarían. En primer lugar Maha, ahora Iko...

—Con la amenaza retirad, he realizado una búsqueda exhaustiva del resto de la casa y las propiedades circundantes— continuó el guardia. —No encontré otros cómplices—.

Fue un pequeño alivio. Winter, al menos, no había sido descubierta, y por lo que Cinder podría decir, ninguno de ellos tenía a Thorne o a Scarlet.

Aimery se quedó mucho tiempo observando al guardia, como si estuviera buscando una falla en la historia. —¿Qué fue de la androide?—

—La hallaron y destruyeron lo que creo era su fuente de energía— dijo el guardia. —Tiré lo que quedaba en el compactador de basura pública—.

—¡No!— Cinder se tambaleó, pero el guardia detrás de ella la levantó de nuevo a sus pies.

El guardia echó la más breve de las miradas, antes de añadir: —Tengo los cuerpos detrás. ¿Voy por ellos? —

Aimery agitó una mano descuidada. —Vamos a enviar a un equipo—.

Nuevos ruidos emanan de la escalera. Todavía estremeciéndose de la noticia de la pérdida de Iko, Cinder apenas logró levantar la cabeza. Ella vislumbró a Lobo, observándola. Aunque sus ojos eran simpáticos, su mandíbula estaba tensa por la ira.

Ahora los dos habían perdido a un ser querido.

Cinder sintió que se ahogaba, al igual que sus costillas se apretaban alrededor de sus pulmones, pero era la fuerza de la presencia del lobo. Su furia se comenzó a construir. Su dolor se convirtió en leña seca, rápida de encender.

Encontró su equilibrio de nuevo, y aunque no podía liberarse a sí misma del guardia que la sujetaba, se obligó a si misma a mantenerse en pie.

Los pasos se convirtieron en un taumaturgo recubierto con un abrigo negro y más guardias.

—No hemos encontrado ningún más cómplices, o discernido quien disparaba sobre nosotros desde las ventanas de la fábrica— dijo el nuevo taumaturgo. —Es posible que hayan retiraron a un sector diferente. Podrían volver a intentar la insurgencia en otro lugar—.

Aimery desestimó la preocupación del taumaturgo con una sonrisa. —Que lo intenten. No tenemos miedo de nuestra propia gente. —Sus ojos oscuros se posaron en Cinder. —Esta pequeña rebelión ha terminado—.

Cinder levantó la cabeza, pero un gruñido robó la atención de Aimery lejos de ella. Se volvió hacia Lobo, cuyos afilados caninos estaban al descubierto. Parecía salvaje y sanguinario, listo para rasgar la carne de sus captores.

En respuesta, Aimery rio. Dando un paso adelante, tomó la barbilla de Lobo en sus dedos y apretó hasta que las mejillas de Lobo se arrugaron. —Además, ¿cómo podemos perder cuando tenemos bestias como este a nuestro alcance?—. Liberando la barbilla de Lobo, Aimery le dio una palmada en la mejilla con ternura. —Alfa Kesley, ¿no es así? Yo estaba allí para el torneo de la reina, el día en que ganó su posición en su manada. Parece que has estado yendo por el camino equivocado con estos terrícolas. ¿Qué vamos a hacer al respecto? —

Lobo observó al taumaturgo con un odio que podría haberle quemado la piel hasta sus huesos.

Sin previo aviso, una de sus rodillas cedió y se arrodilló ante Aimery. Cinder se estremeció, sintiendo el choque como si estuviera rebotando a través de sus propias articulaciones. En otro momento, Lobo había inclinado la cabeza.

Era repugnante de ver. Toda su fuerza. Toda su furia, reducida a nada más que una marioneta. Fue aún más repugnante porque sabía cuánta fuerza mental y la concentración necesitaba para que la fuerza lobo se hiciera nada. Apenas había empezado a dominar esta habilidad, sin embargo, Aimery no mostraba signos de dificultad.

—Se un buen perro— dijo Aimery, acariciando la cabeza de lobo. —Le vamos a tomar antes que Su Majestad y decidiremos el castigo por su traición. ¿Eso le conviene, Alpha Kesley? —

La voz de lobo era gutural y robótica como él respondió: —Sí, Maestro—.

—Eso creí—. Aimery echó su atención sobre el resto de su entorno. —Si hay cualquier foco persistente de la rebelión, asegurarse de que sean controlados con rapidez. Tenemos una boda real de mañana, y no vamos a tolerar más perturbaciones—.

Después de que los otros taumaturgos se habían inclinado y dispersado, Aimery se metió las manos en las mangas y se volvió de nuevo hacia Cinder. —Lo que sólo deja la cuestión de lo que se hará con usted—.

Ella le sostuvo la mirada. —Se podría inclinarse ante mí como su verdadera reina—.

Los labios de Aimery se cerraron al alza. —Mátenla—.

Todo sucedió muy rápido. Uno de los guardias sacó la pistola de su funda, la sostuvo contra la frente de Cinder, quitó el seguro, apretó el gatillo.

Cinder contuvo el aliento final.

—Detente. He cambiado de opinión—.

Con la misma rapidez, el arma estaba escondida atrás en la cintura del guardia.

Cinder se hundió, su cabeza dando vueltas por el miedo.

—Mi reina ha solicitado el placer de decidir ella misma tu destino. Creo que voy a sugerir ofrecer tu cabeza al emperador Kaito como regalo de boda—.

—¿Taumaturgo Park?—

Se volvió hacia la mujer de casaca roja que había hablado. Ella tenía su palma en el revestimiento lateral de una pequeña tarjeta de identificación.

—Esta es una cápsula real— dijo ella, —y parece haber llegado recientemente—. Ella levantó la mano. —Con apenas algo de polvo. Extraño para que sea de aquí —.

Aimery hizo un sonido desinteresado. —No me sorprende, hay ladrones alrededor, pero podría ayudar a localizar a los rebeldes que faltan. Ejecuten una búsqueda en su número de seguimiento y vemos que encontramos—.

Hizo un gesto a algunos de los guardias. A Cinder y a Lobo los hicieron marchar hacia la nave y los obligaron a entrar por separado. Ninguna palabra fue pronunciada tan pronto los motores empezaron a hacer ruido.

En cuestión de segundos, que se dirigían de vuelta a Artemisia.

Aimery se mantuvo dando órdenes, algo acerca de la atención médica y heridas de bala, la designación de un nuevo jefe de la guardia e informar a la reina de las bajas y prisioneros. Los pensamientos de Cinder se volvieron confusos y se encontró mirando el perfil del guardia que había matado a Iko —. Desactivado, había dicho él. Tirado en un compactador de basura.

Las visiones rodaron por su cabeza una y otra vez. Un cuchillo que rasgaba a través de la columna vertebral de Iko, los dedos rotos de Maha. Los residentes del sector de rodillas a los pies de Aimery.

Su odio aumentaba. Cocido a fuego lento en un primer momento, bajaba hacia su intestino. Pero en el momento en Artemisia apareció a la vista, ella estaba hirviendo.

La nave aterrizo en el puerto a un metro de Artemisia. La rampa se bajó y un guardia la levantó con un apretón tan doloroso que tuvo que contener un grito de dolor, los pesados pasos de Lobo trabajaban detrás de ella.

Ella fue recibida con una gran cantidad de nuevas amenazas. Una docena de guardias, su bioelectricidad tan maleable como chips de nueva fábrica de personalidad, y tres taumaturgos más, cuya fuerza mental siempre tenía una cierta rigidez del hierro a la misma.

Su dedo se movió y se preguntó qué tan rápido ella podría tener una bala cargada en su dedo y el tiempo que se tardaría en acabar con todos ellos. Ella estaba de vuelta en Artemisia. Si ella se escapó, ella podría ir como un asesino solitario caza a la reina.

Era sólo una fantasía. Sus manos aún estaban atadas.

Ella apretó la mano he hizo un puño con su mano ciborg, inútiles en su lugar.

—¿Taumaturgo Park?—

Cinder se asomó al guardia que había matado a Iko.

—Sir Kinney—.

—¿Permiso para buscar atención médica inmediata?—

La atención de Aimery se lanzó a la sangre en su uniforme. Había una gran cantidad de ella, aunque Cinder no podía decir dónde, exactamente, que había sido herido. —Bien— dijo. —Informar de vuelta tan pronto como tenga el permiso para el servicio—.

El guardia puso un puño contra su pecho, y luego se paseó en la dirección opuesta.

Cinder y Lobo fueron empujados lejos de los muelles y en un laberinto de pasillos. Sin saber qué más hacer, Cinder intentó concentrarse en donde la llevaban. Ella contó sus pasos, la creación de un mapa rudimentario en la cabeza y juntar las piezas junto con lo que sabía del palacio de la reina.

Fueron conducidos a un ascensor, flanqueado por más guardias. Hubo una pausa en la que Aimery conversaba con otro taumaturgo, y aunque Cinder ajustó su interfaz de audio, sólo pudo recoger algunas palabras, alfa y soldado en un primer momento. A continuación, la insurgencia y Mina de Regolito 9 y ciborg.

Aimery hizo un gesto y comenzó a tirar de Lobo a la distancia, por un pasillo separado.

—Espera— dijo Cinder, el pánico inundando sus venas. —¿Dónde se lo llevan?—

Lobo gruñó y se tensó contra sus captores, pero ninguna pelea fue atenuada por debajo del control de la mente.

—¡Lobo! ¡No! —Cinder tambaleó hacia delante, pero unos brazos se lo impidieron. Los enlaces se encendieron contra sus muñecas. —¡Lobo!—

Fue por nada. Doblaron una esquina y Lobo se había ido, dejando a Cinder agitada y jadeando. Sentía la humedad en su muñeca derecha, donde las cuerdas le habían cortado en la piel. Ella no era tan ingenua como para pensar que ella y Lobo podrían haber hecho una pelea con éxito contra sus enemigos, pero no se había imaginado ser separada de él tan pronto. Ella nunca lo volvería a ver. Ella nunca podría ver a ninguno de ellos.

Como se vio obligada en el ascensor, se le ocurrió a Cinder que, por primera vez desde que todo esto había comenzado, estaba sola.

—Lo siento, no somos capaces de darle un tour privado— dijo Aimery, —pero estamos más preocupados con los preparativos de la boda. Estoy seguro de que entiende—.

Las puertas del ascensor se cerraron y empezaron a descender. Y descender. Cinder sintió como si estuviera siendo llevada a su tumba.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, ella se empujó hacia delante con un golpe en la espalda. Ella fue llevada a través de un oscuro pasillo, con paredes rugosas y el olor de la orina y el aire viciado. Arrugó la nariz con disgusto.

—Espero que encontrará su alojamiento aceptable de un huésped tan distinguido como usted misma— Aimery continuó, como si el olor no le molestaba. —Tengo entendido que ya estás acostumbrada a celdas de la prisión—.

—Yo no diría eso— dijo Cinder. —En la última duré un día—.

—Esta va a ser mucho más adecuado para usted, estoy seguro—.

Esta prisión de rocas y cuevas era nada como la estructura moderna en Nueva Pekín. Esto era aburrido y sofocante, y lo peor de todo, Cinder no tenía ningún plan para ello. Ella no tenía mapa exacto, ningún plan, ningún medio de juzgar su ubicación en relación con... bueno, cualquier cosa.

Se detuvieron y allí estaba el tintineo de las llaves y el crujido de las bisagras de metal antiguos. Un antiguo candado. Que pintoresco.

Si pudiera llegar a ella desde el interior de la celda, podría abrirla en menos de treinta segundos.

El pensamiento ofreció una contracción de la esperanza, al menos.

Al abrirse la puerta, el olor se intensificó. Sus pulmones intentaron expulsar el aire tan pronto como lo inhalaron.

—Usted permanecerá aquí hasta que Su Majestad la Reina tenga tiempo para ver lo de su juicio y ejecución— dijo Aimery.

—No puedo esperar— murmuró Cinder sarcásticamente.

—Por supuesto, tendrá que utilizar el tiempo para familiarizarse a fondo—.

¿Familiarizarme?

Un guardia cortó las ataduras en sus muñecas y la empujó hacia adelante. Su hombro golpeó el borde de la puerta de hierro que se tropezó en la celda con una pared rugosa.

Alguien gimió y se congeló. No estaba sola.

—Disfrute su estancia... princesa—.

La puerta se cerró de golpe, el ruido de ella vibrando a través de los huesos de Cinder. La celda era pequeña, con una ventana alta, barrotes en la puerta de hierro que permitía suficiente luz desde el pasillo que pudo distinguir un cubo en el suelo. La fuente del olor fétido.

Dos personas estaban amontonadas en un rincón.

Cinder se acercaba a ellas, deseando que sus ojos se ajustaran para ver mejor. Encendió la linterna incorporada en la mano. Las dos figuras se estremecieron y se encogieron detrás de sus brazos.

El reconocimiento la golpeó como un gancho derecho y cayó contra la pared.

Adri.

Perl.

¿Es en serio?

Su madrastra y hermanastra temblaban de miedo y miraban hacia ella con los ojos abiertos. Cinder no podía imaginar por qué estaban allí, lo que quería Levana con ellos.

Entonces cayó en la cuenta.

Ella se quedaría aquí, con ellas, hasta su ejecución.

Cinder se pasó una mano por la cara, odiando mucho, mucho más a Levana.

CAPÍTULO 43

En el sueño Winter estaba de pie en la cocina de una pequeña casa de campo en la Tierra, o lo que su imaginación tomó por cómo sería una casa de campo en la tierra. Sabía que era la casa de campo de Scarlet, a pesar de que ella nunca había estado allí. Se puse de pie y se hundió en platos sucios. Era vital que los lavara antes de que todos llegaran a la casa, pero cada vez que levantaba un plato de la espuma, este explotaba en sus manos. Sus dedos estaban sangrando por todos los fragmentos, tornando la espuma en roja.

Cuando el séptimo plato se quebró en sus manos, ella caminó hacia atrás de lavabo con un aplastante sentimiento de fracaso. ¿Por qué no podía hacer nada bien? Incluso esta simple tarea se tornaba desastrosa a su tacto.

Ella cayó en sus rodillas y comenzó a llorar. La sangre y el jabón chapotearon en su regazo.

Una sombra cayó sobre ella y miró hacia arriba. Su madrastra se inclinó sobre el marco de la puerta, acres de campo y azul de la tierra, cielo azul que se coló tras ella. Sostenía un peine enjoyado en su mano, y que a pesar de que era hermosa, su sonrisa era cruel.

—Ellos te aman— dijo Levana, como si estuvieran en la mitad de la conversación. Entró a la cocina. El dobladillo de su vestido real se arrastró sobre el agua enjabonada del piso. —Ellos te protegen. ¿Y qué has hecho para merecerlo?—

—Me aman—. Concordó Winter, a pesar de que no estaba segura de quién estaba hablando. ¿La gente de Luna? ¿Cinder y sus aliados? ¿Jacin?

—Y pagarán el precio por esa adoración—. Se dio vuelta yendo detrás de ella, Levana comenzó a cepillar con el peine los rizos de Winter. El toque era gentil, incluso maternal. Winter quería llorar tendidamente–cuanto ella había anhelado el toque de una madre– pero había miedo en ella también. Levana nunca fue tan amable. —Ellos conocerán todas tus debilidades. Aprenderán cuán defectuosa eres realmente. Luego verán cómo nunca has merecido nada de esto—.

Un dolor agudo se instaló en su cráneo cuando una de las púas del peine se incrustaba en el cuero cabelludo de Winter. Ella jadeó. Su cabeza empezó a palpitar.

Un gruñido atrajo su atención hacia la puerta. Ryu estaba parado allí con sus patas extendidas en defensa, con sus dientes desnudos.

Levana paró de peinarla. —¿Y a ti qué te importa? Ella te traicionó a ti también. Permitió que ese guardia sacrificara tu vida por la de ella. No puedes ignorar su egoísmo—.

Ryu merodeó cerca. Sus ojos amarillos relampagueando.

Levana arrojó el peine y dio un paso atrás. —Eres un animal. Un asesino. Un depredador. ¿Qué sabes de lealtad y amor?—

Ryu se silenció y bajó su cabeza como si estuviera castigado. El corazón de Winter se abrió hacia él. Podía decir que la había extrañado. Él quería jugar a la pelota, no ser regañado por las palabras crueles de la Reina.

Winter levantó su mano hacia la comezón de su cuero cabelludo, su cabello estaba húmedo. Miró hacia abajo, hacia el peine caído y vio que la piscina de agua sucia se había vuelto gruesa con sangre.

—Estás equivocada— dijo, volviendo su cabeza hacia la Reina. —Tú eres la asesina. Tú eres de predadora. Tú no sabes nada de lealtad y amor—. Ella asió su mano hacia Ryu, quien la olfateó, antes de asentar su tibia cabeza en su rodilla. —Tal vez seamos animales, pero no viviremos nunca más en tu jaula—.

.-.-.-

—No eres la única teniendo pesadillas—. murmuró Thorne. —Pero sigue habiendo una oportunidad de que montones de hambrientos civiles se mostrarán en Artemisia cuatro días desde ahora, demandando un régimen nuevo. ¿Hay alguna oportunidad de que Cinder siga viva para ese momento?—

Ellos trabaron sus miradas, pero no había mucho optimismo.

—Las ejecuciones oficiales toman lugar en el Palacio de Artemisia— dijo Winter. —Allí es dónde la llevaran—.

—¿Por qué no sólo matarle aquí?— preguntó Scarlet. —¿Por qué molestarse?—

Thorne sacudió su cabeza. —Levana quiere ejecutarla en una forma que mostrará la inutilidad de este levantamiento—.

—¿Crees que planea transmitirlo?— dijo Iko.

—Te garantizo que lo hace— dijo Winter. —La Reina es aficionada en ejecuciones públicas. Son una manera efectiva de romper la voluntad de cualquier ciudadano que se sienta rebelde—.

Thorne frotó su ceja. —La matará pronto, entonces. Esta noche, tal vez, o mañana. Nada como una ejecución el día de tu boda—.

Winter atrajo sus rodillas al pecho, apretándolas fuerte. El día había empezado tan bien para sus compañeros. La transmisión había ido como planearon, las personas respondieron a su llamada. Pero ahora ha terminado. Levana seguía siendo la reina, la querida Selene estaría muerta pronto, y Jacón también, si ya no lo estaba.

—Detente—.

Ella levantó su cabeza–no tanto por la demanda de Thorne, sino por el tono endurecido debajo de ésta. Scarlet e Iko miraron hacia arriba, también.

—Dejen de actuar tan desalentadas, todas ustedes. No tenemos tiempo para eso—.

—¿Tú no estás desalentado?—

—Eso no está en mi vocabulario—. Thorne se empujó fuera de la puerta. —Iko, ¿no nos metimos dentro de las cárceles y transmitimos el mensaje de Cinder por toda Luna?

—Sí, Capitán—.

—Y, Scarlet, ¿no los rescaté a ti y a Lobo cuando todo Paris estaba en calvario?—

Ella levantó una ceja hacia él, —En realidad, estoy bastante segura que Cinder–

—Sí, lo hice—. Apuntó hacia Iko, —No las rescaté a ti y a Cinder de esa prisión y volamos todos seguros en la Rampion?

—Bueno, en aquel entonces, no estoy exactamente–

—Aj, Iko, solo responde la pregunta—.

Scarlet tamborileó sus dedos. —¿Cuál es tu punto?—

—Mi punto es que arreglaré esto, como siempre lo hago. Primero, encontraremos una forma de entrar a Artemisia. Encontraremos a Cress y rescataremos a Cinder y a Lobo. Derrocaremos a Levana, y por las estrellas del cielo, haremos a Cinder una Reina así

puede pagarnos un montón de dinero de sus cofres reales y nos podremos retirar muy ricos y muy vivos, ¿lo entienden?—

Winter comenzó a aplaudir, —Buen discurso, tan valiente y corajudo—.

Y sin embargo, extrañamente carente de estrategia—. dijo Scarlet.

—Oh, bien, estoy feliz de que notaras eso también— dijo Iko. —Estaba preocupada de que mi procesador pudiera estar fallando—. Lo sentía por la parte posterior de su cabeza.

—Estoy trabajando en esa parte— Thorne resplandecía. —Por ahora, necesitamos salir de este sector. Lo pensaré mejor una vez que no esté preocupado sobre más taumaturgos rodeándonos. Por otro lado, si vamos a ir por los túneles, será un largo camino hacia Artemisia—.

—¿Una falla en este no–realmente–un–plan?— Dijo Scarlet, apuntando su pulgar hacia Winter. —No la llevaremos de vuelta hacia allí. Eso es lo contrario a mantenerla escondida—.

Winter desató la toalla de su cabeza. Había una mancha de sangre, pero no mucha. Se preguntó si su dolor de cabeza alguna vez cesaría. —Tienes razón. Iré por debajo de la tierra, como sugirió Iko—.

—No eres un topo— dijo Scarlet. —No puedes sólo ir por debajo de la tierra. ¿Hacia dónde irías? ¿Qué harías? ¡Hay gente allí abajo! ¿Necesitas suministros? Qué tal sí…—

—Ryu estaba en mi sueño también—. Winter plegó la toalla en su rodilla. —Trataba de protegerme de la Reina. Creo que me perdonó por lo que pasó—.

Scarlet soltó una carcajada. Un sonido delirante. —¿Estás siquiera escuchándote? ¿No lo entiendes? ¡Cinder y Lobo se han ido! Levana los tiene. Los torturará y los asesinará y..—. Sollozando, Scarlet hundió su cabeza en sus estremecidos hombros. —A nadie le importan tus estúpidos sueños e ilusiones. Se fueron—. Se enjugó la nariz con el reverso de la mano. No era bonita cuando lloraba, y a Winter le gustaba eso de ella.

Echándose hacia adelante, descansó una mano en el hombro de Scarlet. Esta no se sacudió lejos.

—Lo entiendo— dijo —No será seguro que regrese a Artemisia, pero eso no significa que no pueda ayudar a Selene y a mi gente. Yo, tampoco tengo un no–muy–real–plan—

Scarlet se asomó a ella con sus ojos inyectados en sangre. —Estoy asustada de preguntar—.

—Thorne e Iko irán a Artemisia e intentarán salvar a Selene y Lobo y Jacin y Cress, mientras que tú y yo desapareceremos debajo de la tierra, dentro de los tubos de lava y las sombras, y allí debemos levantar un ejército por nuestra cuenta—.

—Oh, nosotras iremos debajo de la tierra y levantaremos un ejército, ¿no es cierto?— Scarlet olfateó y arrojó sus manos al aire. —¿Por qué incluso nos molestamos en hablar contigo? No ayudas. Tú eres la letra mayúscula de Inútil—.

—Estoy hablando en serio. Allí hay asesinos, y animales y depredadores anhelando ser libres. Tú lo sabes, mi amiga Scarlet. Tú incluso has liberado a uno—. Winter caminó y plantó una mano en la pared por balance, luego costeó alrededor de la mesa.

Scarlet rodó sus ojos, pero fue Iko quien habló. —El cuartel— dijo. —El cuartel dónde Levana contiene a sus soldados está en los tubos de lava—.

La mirada de Thorne se volvió de Iko a Winter. —¿Su soldados? ¿Te refieres, sus soldados lobos mutantes? ¿Estás loca?—

Winter comenzó a reír. —Puede que lo esté— dijo ella, colocando una mano en la mejilla de Thorne. —Todo el mundo me lo dice—.

CAPÍTULO 44

—La Reina está al borde— dijo Jacin mientras ataba su arma en la funda de su uniforme. —Está guardando silencio sobre esto, tratando de pretender que nada pasa así las familias no entran en pánico. Pero puedo decir que algo cambió—.

Con las piernas cruzadas sobre el catre, Cress acunaba su pantalla contra su pecho. La tentación de mandar una comm a Thorne y a los otros crecía con las horas. Su curiosidad la estaba matando, y su separación de ellos la dejó ansiosa y solitaria. Pero no se arriesgaría a que la señal sea rastreada. No los pondría en más riesgo de lo que ya estaban–o a ella misma, para lo que importaba.

A pesar de todo. Estar tan desconectada era agónico.

—¿No sabes si el vídeo se vio?— preguntó.

Jacin se encogió de hombros, y comenzó un proceso de comprobar las municiones del arma y la seguridad con movimientos practicados. La volvió a esconder dentro de la funda.

—Sé que la Reina grabó una transmisión improvisada de ella. Supongo que también arrastró al emperador también. Pero no se transmitió en Artemisia, así que no sé lo que decía. Podría haber sido sólo basura de la boda—.

Cress remojó sus labios. —Si pudiera tener acceso al centro de seguridad de nuevo, podría encontrarlo...—.

—No—

Ella miró hacia él, y se encontró con un prominente dedo en frente a su nariz. —Ya nos arriesgamos lo suficiente. Te quedarás aquí—. Dándose vuelta, se ajustó el rifle del hombro, viéndose una vez más como el leal sirviente de la Reina. —Gran cambio esta noche– Estoy en servicio por la boda entera y la fiesta. Pero la mayoría de nosotros lo estamos, así que tendría que ser tranquilo por aquí por lo menos—.

Cress tomó un aliento. Ha habido tiempos donde la quietud y soledad fueron confortantes. Eso era cuando ella había estado acostumbrada a bordo del satélite, después de todo. Pero ahora la hacía sentir más como una prisionera.

—Adiós— murmuró, después añadió una bromilla: —Tráeme algún pastel—.

Jacin se detuvo con las manos en la puerta, su rostro se suavizó. —Haré lo que pueda—
.

Él abrió la puerta y se congeló.

El corazón de Cress saltó en su garganta.

Otro guardia se detuvo en el pasillo, su mano levantada para llamar. Su atención revoloteó de Jacin a Cress.

Recomponiéndose más rápido que Cress, Jacin cruzó sus brazos y se reclinó sobre el marco de la puerta, bloqueando la vista del guardia. —¿Qué quieres?—

—¿Quién es ella?— preguntó el guardia.

—Ese es mi problema—.

—Oh, por favor—. El guardia empujó a un lado el brazo de Jacin, forzándolo hacia la pequeña habitación. Cress empujó su espalda contra la pared, aplastando la pantalla tan fuerte que escuchó el plástico quejándose en protesta. —La mayoría de los guardias tienen amantes, pero no tú—.

La puerta se cerró detrás de él.

Cress estaba mirando al extraño cuando escuchó el sonido del seguro de una pistola ser removido.

El guardia se congeló, con su espalda contra Jacin. Su mirada se tornó sorprendida mientras levantaba las dos manos a los lados de su cabeza.

—¿Quién dijo algo sobre amantes?— Gruñó Jacin.

Cress tragó. Este guardia no le era familiar, con ojos oscuros y pelo ondulado sobre sus orejas. No lo recordaba de la emboscada en los muelles, pero no estaba segura.

—No era la bienvenida que estaba esperando— dijo el guardia.

Jacin mantuvo la pistola apuntando a su espalda. —No me gusta que la gente conozca mis asuntos—. Su cara era calmada. Tan calmada que aterrorizó a Cress mucho más que la presencia del extraño. —¿Kinney, no es así?—

—Es correcto—.

—Nunca logré agradecerte por votar por mí en el juicio—.

—Ni lo menciones—.

—Toma esta pistola—.

Fue después de un largo momento cuando Cress se dio cuenta de que Jacin estaba hablando con ella. Jadeó y se arrastró fuera del catre. El guardia, Kinney, no se movió mientras ella tomó la pistola y el cuchillo y se encogía lejos de nuevo, contenta de ver las pistolas abajo.

—Preferiría no matarte— dijo Jacin. —pero tendrías que darme una muy buena razón para no hacerlo—.

Las cejas de Kinney se torcieron. Estaba mirando hacia Cress de nuevo. Se veía curioso, pero no tan asustado como ella debería estarlo. —Salvé tu vida—.

—Eso está cubierto ya—.

—¿Qué sobre el hecho de que el sonido del disparo alertará a cada guardia?—

—La mayoría ya está en servicio. Tomaré el riesgo—.

Cress pensó que detectó una sonrisa, pero luego Kinney se giró para enfrentar a Jacin. —¿Entonces qué sobre qué salvé la vida de la Princesa Winter?—

Los ojos de Jacin se estrecharon.

—Hay rumores de rebelión en otros sectores. Justo volvía de una redada en RM-9, y mientras buscaba la casa de un conocido simpatizante de rebeldes, estuve muy conmocionado de encontrarme nada menos que con la Princesa en persona. Creía que estaba muerta justo como todos—. El movió su cabeza. —Debió matarte, tener a todos

pensando que la asesinaste por celos. Lo admito, lo creí. Estuve tentado de matarte yo mismo, para retribución, y sé que no soy el único—.

Un músculo se crispó en la mandíbula de Jacin.

—Lo siento por juzgarte—. Kinney bajó sus brazos y metió sus pulgares en su cinturón. Jacin no se movió. —Sé que te preocupas por ella más que cualquiera de nosotros—.

Cuando el silenció se estrechó dolorosamente entre ellos, Cress preguntó, —Así que... ¿ella está viva?—

Kinney miró de nuevo hacia ella y asintió. —Le dije que se escondiera. Tanto como puedo saber, todos los demás piensan que ella está muerta—.

Jacin sonó como si tuviera arena en su garganta cuando preguntó: —¿Se veía bien?—

Los labios de Kinney se curvaron con diversión. —Te diría que se veía mejor que sólo bien, pero tu probablemente me dispararías después de todo—.

Ceñudo, Jacin bajó su pistola, pero no la alejó. —Así que la viste. Eso no explica cómo le salvaste la vida—.

—Jerrico estaba allí también. Creo que él sabía sobre la orden de la Reina de matarla. Él quería asesinarla allí y luego arrastrar su cuerpo fuera de allí, así que le disparé—.

A pesar de que trató de que su tonó fuera despreocupado, Cress escuchó su tono vacilar sólo un poco.

—¿Lo mataste?— Preguntó Jacin.

—Sí—

Se encontraron cara a cara por un largo momento antes de que Jacin dijera. —Odiaba a ese hombre—.

—Yo también—.

Los músculos de Jacin lentamente empezaron a relajarse, a pesar de que su expresión seguía sospechosa. —Gracias por decirme. Estoy... Estuve preocupado por ella—.

—Eso no era de lo que venía a hablar. He venido a advertirte. Vimos una nave Real aquí afuera que no debería estar, y estoy apostando que ha estado localizándote. Si me lo imagino mejor, a ella también. La Reina debe pensar que Winter está muerta ahora, pero descubrirá ña verdad pronto—. Se detuvo. —¿A quién amenazó con matar si no lo hacías?—

Jacin tragó saliva. —Nadie—.

—Sí, claro—. Kinney miró hacia su pistola junto a Cress pero no se movió para recogerla. —Ella ordenó que asesinaran a mi hermana pequeña una vez, después de que liberara a una sirvienta que robó un par de pendientes de la Reina—.

Los ojos de Cress se abrieron. Jacin, como siempre, no se sorprendió.

—Bueno, quien quiera que sea— Kinney continuó, —Ustedes dos terminarán muertos si no paran de gastar tiempo y se van de aquí como si los persiguiera el diablo antes de que Levana encuentre que le mentiste—. Él se giró hacia Cress —¿Puedo tener mis pistolas de vuelta ahora? Tengo como, cinco minutos para reportarme a servicio—.

Después de pensárselo, Jacin asintió y alejó su propia pistola. El seguía ceñudo mientras Kinney reclamaba sus armas. —¿Por qué estás arriesgando tu cuello por mí, de nuevo?—

—Es lo que la princesa hubiera querido—. Kinney fue hasta la puerta, cuidadoso de no tropezar con Jacin mientras pasaba por su lado. —Su Majestad persuadió a la Reina de darle a mi hermana la posición de sirvienta en lugar de asesinarla, así que le debo mucho—. Apuntó su cabeza hacia Cress. —Quien quiera que seas, nunca te vi—.

Jacin no intentó detenerlo mientras se deslizaba por la puerta.

El corazón de Cress seguía martillando. —Estoy agradecida de que no lo mataras— susurró.

—Todavía no lo decido—. Su mirada se deslizo alrededor de la habitación, evaluando, Cress no podía decirlo. —Esperaremos hasta que el ala esté mayormente limpia, pero luego es momento de irse.

Ella se aferró a la pantalla, los dos emocionados y aterrorizados de dejar su prisión, y su santuario.

—Jacin, ¿Levana te amenazó con herir a alguien, si no matabas a Winter?—

—Por supuesto que lo hizo, así es cómo opera—.

Su corazón se rompió, por él, por Winter, por las víctimas de las que no tenía idea. —¿Quién?—

Él se giró lejos y empezó a hurgar en los cajones, pero ella podía decir que la acción era para ocuparse en algo. —A nadie— dijo—Nadie importante—.

CAPÍTULO 45

—¿No tienen un canal de noticias en esta piedra de estrella abandonada?— gruñó Kai, corriendo sus dedos a lo largo de la base del holograma, la versión de Luna de la siempre presente pantalla de red.

—Estamos en una dictadura, Su Majestad— dijo Torin, sus manos dobladas mientras miraba por la ventana, frente al brillante lago. —¿Cree que los canales de noticias serían confiable incluso si los hubiera?—

Ignorándolo, Kai golpeó sus dedos de nuevo.

Había mandado un mensaje a la Reina esa mañana cuando la boda tuvo, desafortunadamente, que ser pospuesta si no se le permitía reunirse con su asesor antes de la ceremonia, como su asesor era el que más sabía sobre los votos y las costumbres que mantenían a la boda como una unión política.

Un tanto para su sorpresa, ella consintió.

Era un alivio ver a Torin de nuevo y asegurarse de que su asesor no había sido dañado, pero ese alivio lo igualaba con su creciente frustración e inquietud. La emisión del canal de noticias de la Reina era su nuevo motivo de queja. Parecían contener un montón de tonterías sin sentido y nada útil en absoluto.

—Quiero que sepas qué está pasando allí afuera— dijo, tirando el hológrafo. —Sé que ha comenzado. Sé que Cinder ha hecho algo—.

Torin se encogió de hombros, de alguna manera disculpándose. —No tengo más respuestas de las que ya tienes—.

—Lo sé. No espero que lo hagas. Es sólo tan frustrante estar atrapado aquí cuando ella está… ¡cuando ellos están haciendo allí afuera! Haciendo... ¡cualquier cosa que estén haciendo!— Se reunió con Torin en la ventana y barrió una mano por su cabello. —¿Cómo puede la gente de aquí soportar estar aislado del resto del país? Sin ningún medio de comunicación, ellos no tienen manera de saber lo que está pasando en el resto de los sectores. ¿No los vuelve locos?—

—Pensaría que no— dijo Torin. —Mira el esplendor del que disfrutan, gracias a la labor de los otros sectores. ¿Crees que la gente de aquí quiere que su ilusión del paraíso se destruya por presenciar la miseria en el resto del país?—

Kai frunció el ceño. Él lo sabía, y se arrepentía cuan ingenua sonaba su pregunta. Pero no podía entenderlo. Todavía recordaba el día que Nainsi le dijo las estadísticas de pobreza y gente sin hogar que había en la Comunidad, cuando tenía diez años. Nainsi lo había impresionado sobre cuán buenos eran los números. Como, a pesar de los números que subían, por la extensión de la Letumosis, seguían siendo los más bajos de los que fueron en las décadas siguientes a la IV Guerra Mundial. Incluso entonces, Kai se había ido por una semana casi-sin-dormir, pensando en todas esas personas, todas sus personas, quienes no tenían dónde dormir ni qué comer, cuando él estaba tan cómodo y cuidado en su palacio. Incluso escribió una propuesta sobre cómo podrían arrendar partes del palacio para los habitantes con más necesidad, ofreciendo una mitad de sus cuartos privados si eso ofrecía ayuda, pero mientras su padre prometió leer la propuesta, Kai dudaba de que lo estuviera tomando en serio.

Reconocía, ahora, cuan infantil fue la propuesta, pero seguía sin imaginarse no poder ayudar en algo a los habitantes de la Comunidad, justo como el no pudo imaginar cómo

los miembros de la corte de Levana podían carecer de compasión para la gente que construyó este paraíso en el que disfrutaban.

—Tu rostro sanó bien— dijo Torin. —Estoy seguro que sería muy notable para las fotos de la boda—.

Le tomó un momento a Kai para comprender. —Oh–cierto—. Levantando la mano, sintió su mejilla, donde Lobo lo había golpeado. Sólo lo podía sentir por el tacto ahora, y con sin espejos para verse, se olvidó completamente de él.

—Supongo que esa estrategia no me hace mejor— murmuró, hundiendo sus manos en sus bolsillos.

—Fue un intento valiente, sin embargo— dijo Torin. —Hablando de tu tiempo lejos, ¿has visto el reporte de la militancia Americana que llegó esta mañana?—

Giró a su alrededor. —Por supuesto que no. Ella tomó mi porta visor—.

Torin sonrió simpáticamente. —Correcto. Te dejaré el mío—.

—Gracias, Torin. ¿Qué reporte?—

—Aparentemente encontraron la nave de tus amigos orbitando en el espacio, abandonada. La llevaron de vuelta hacia la Comunidad para obtener evidencia que se utilizará en contra de tus raptores. Una vez que los encuentren, por supuesto—.

Kit frotó la parte trasera de su cuello. —Sabían que esto pasaría, pero igualmente, Thorne no estará feliz cuando se entere—.

—Era una nave robada. Sin importar de qué lado está ahora, el hombre es un ladrón y un desertor. Encuentro difícil simpatizar con su pérdida—.

Kai no pudo ocultar una sonrisa torcida. —No es que no esté de acuerdo, pero cuando veamos a Thorne de nuevo, tal vez deba ser yo quien le dé la noticia—.

Dejó que su mirada vagara hacia la orilla del rio, donde el agua se chocaba con la cúpula redonda. Se veía como el fin del mundo allí afuera. La civilización dentro de una perfecta cápsula, todo resplandeciente y primaveral. Más allá de esto, nada más que tierra perdida. En el horizonte pudo ver el borde de otra cúpula y se preguntó cuál era esta.

Había elegido sus palabras muy bien. Cuando vean a Thorne de nuevo, no si lo verían. Porque así es como tenía pensar sobre todos sus aliados, sus amigos. Así es como tenía que pensar de Cinder si iba a pasar por todo esto. Se preguntó dónde estaba justo ahora, cuán lejos se había ido. ¿Estaba segura?

Un golpe en la puerta sobresaltó a Kai, pero la sorpresa se impregnó de miedo. —Así comienza— murmuró. —Pase—.

No era el estilista de la boda, sin embargo, uno de sus propios guardias estaba en su puerta, sosteniendo un pequeño paquete envuelto en tiras de terciopelo colorado. —Siento la interrupción. Esto fue entregado por un sirviente como un regalo de bodas de Su Alteza La Reina. Lo revisamos por materiales químicos o explosivos y lo hemos considerado seguro de abrir—. Sostuvo el paquete hacia Kai.

—¿Te refieres a que ella no tiene intención de volarme por los aires antes de la ceremonia?— dijo Kai, tomando el paquete. —Que desilusión—.

El guardia se veía como si quisiera reír, pero se resistió. Haciendo una reverencia, volvió al corredor.

Kai hizo un rápido trabajo con las envolturas, ansioso con terminar con cualquier nuevo tormento que Levana haya ideado para él. Se había imaginado una pequeña bola con una cadena mientras levantaba la tapa de la bolsa.

Se congeló. La sangre se drenó se su cabeza, filtrándose todo su camino hacia sus pies.

Un dedo ciborg había sido colocado en un colchón de terciopelo blanco. Grasa fue acumulada en las articulaciones de los dedos y cables desconectados sobresalían de un lado.

Su estómago se retorció.

—Tiene a Cinder— dijo, pasando la caja hacia Torin. Aturdido, paseó de nuevo hacia las ventanas, sus pensamientos distraídos con negación. Este regalo respondía tantas de sus preguntas, y se dio cuenta de que Torin estaba en lo correcto.

A veces, era mejor estar en la ignorancia.

..*.*.*.*.*.*.*.*

Hacía años que Levana no recordaba sentirse tan alegre.

Su molesta sobrina estaba una vez más encerrada, y pronto, no sería una molestia en absoluto.

Su fastidiosa hijastra estaba muerta y nunca más tendría que escuchar de nuevo sus murmullos o complacer sus insanos deseos.

En solo unas horas, estará casada con el emperador de la Comunidad Oriental, y en un par de cortos días le darían una corona con el título de Emperatriz. No tardaría mucho hasta que la tierra fuera suya. Recursos. Tierras. Un lugar donde su gente disfrutaría la belleza y lujos que los habitantes de la tierra dieron por sentado.

Se imaginaba los libros de historias dentro de centenas, contando la historia de la Reina de la Luna que conquistó el planeta azul y comenzó una nueva era. Una era dominada por aquellos que más importaban.

Apenas podía sentir el peso de las joyas que fueron quitadas de sus mangas y envueltas en su collar. Apenas notaba a los sirvientes que merodeaban alrededor de ella, ajustando la falda de su vestido de boda, frunciendo los volados, haciendo los últimos arreglos al corpiño del vestido.

Sin ningún espejo, Levana sabía que era hermosa. Era la Reina más hermosa que la Luna nunca conoció, y Kaito era muy afortunado de tener una novia como ella.

Sonreía a ella misma cuando finalmente despidió a los sirvientes.

—Maravillosa, Mi Reina—.

Se giró para encontrarse con Aimery en el marco de la puerta.

—Cuanta libertad se toma usted para entrar sin anunciarse— dijo Levana, aunque había un poco de veneno en su tono. —Estoy preparándome para mi ceremonia de bodas. ¿Qué es lo que quieres?—

—No deseo ser una distracción. Entiendo que esta es una ocasión trascendental, para todos nosotros. Pero quería que pusiera su mente en nuestra... invitada especial de esta noche. La ciborg será llevada a la Sala del Trono durante el banquete como fue requerido. Todo está arreglado—.

—Estoy feliz de escucharlo. Que sorpresa será su presencia para mi nuevo esposo—. Frotó su pulgar sobre la base del anillo mientras hablaba, sintiendo la cálida banda de piedra. Esta era un constante recuerdo de su primer marido, el padre de Winter. El siempre sería su único amor, y había jurado mucho tiempo atrás que ese anillo nunca sería removido de su dedo.

Ocultar esto era muy natural para ella ahoca con el glamour de sus labios rojos y voz serena.

—Hay otra noticia que debería atender— dijo Aimery, —aunque sigue en investigación, y no deseo alterarla tan cerca de la hora de la boda—.

—Mientras que la ciborg este en nuestra custodia— dijo Levana con una sonrisa, —nada más puede alterarme—.

—Estoy contento de oír eso, Mi Reina. Pero descubrimos algo sospechoso en nuestra visita al sector de las minerías. Allí había una nave de la Corona y bajo inspección adicional encontramos que la nave era comandada por nadie más que Sir Jacin Clay—.

Levana giró para darle a Aimery toda su atención. —Prosigue—.

—Tenemos documentación de que esta nave dejó Artemisia cuarenta y siete minutos después de la muerte de la princesa Winter. Por supuesto, Sir Clay todavía seguía aquí, en el palacio, en ese momento, y no sabemos quién más lo piloteó. También es sospechoso que, no importa quien abordó esa nave, fueron encontrados en el mismo sector que Cinder y sus compañeros—.

Aunque la expresión de Aimery era neutral, era muy fácil percibir su sospecha.

—¿Tenemos un vídeo de la muerte de Winter, no es así?—

—Lo tenemos, Mi Reina. Mientras tanto, tal vez recuerde, experimentamos dificultades técnicas ese día, con cortes de luz esporádicos afectando la seguridad del palacio. Permítame—.

Se acercó a la pantalla de red que Levana había mandado a instalar en el impresionante marco que una vez contuvo un espejo en la casa de su hermana, antes de que todos los espejos fueran destruidos. Un momento después, Levana se encontró mirando a Jacin y a Winter dentro de la Casa de las Fieras. El lobo merodeaba detrás de ellos. Winter besaba al guardia con tanta pasión que hizo a Levana gruñir. Luego Jacin levantó un cuchillo y lo hundió en su espalda. El cuerpo de Winter se desplomó y él la bajó hacia el suelo con toda la generosidad de un hombre enamorado. La sangre comenzó a manar bajo ella.

El video terminó.

Ella levantó una ceja. —Entonces, ella está muerta—.

—Tal vez. Pero tengo sospecha de que esta muerte haya sido actuada. Verá, aquí es donde el vídeo termina– no tenemos vídeos de Jacin removiendo el cuerpo o matando al Lobo para cubrir sus movimientos, que el afirmó haber hecho. Parece muy

conveniente para ese momento que esta cámara, en particular, haya dejado de funcionar—.

Levana inhaló bruscamente. —Lo veo. Detengan a Sir Clay en una celda por ahora. Lo cuestionaré después del banquete de esta noche—.

—Me he tomado la libertad de mandar a un guardia por él, Su Majestad, y me temo que él se encuentra ausente—.

Esto, más que nada, la pausó. —¿Ausente?—

—Se reportó al deber dos horas antes, pero no se lo ha visto. De todos los guardias a los que les hemos preguntado, ninguno clama haberlo visto desde que concluyó la guardia de la noche anterior—.

La mirada de Levana no se enfocaba mientras observaba hacia las ventanas, hacia su hermoso lago, su hermosa ciudad.

Jacin había escapado.

Solo un hombre culpable se escapa.

Esto tendría que significar que Winter estaba viva.

Sus dientes rechinaron con odio– no solo por la continua existencia de su hijastra, sino por la audacia de una mente débil como la del guardia la haya tomado por tonta. Pero se forzó a ella misma a respirar y dejar fluir el reflujo de odio de sus rígidos hombros.

—No importa— dijo. —La princesa está muerta mientras la gente crea que está muerta. Esto no cambia nada. Tengo cosas más importantes que atender—.

—Por supuesto—.

—Deben encontrar a Jacin, deberá ser ejecutado a la vista de todos. Ante cualquier palabra de la princesa, deseo ser informada de inmediato—.

Aimery se inclinó. —Sí, Mi Reina. La dejaré con sus preparaciones. Felicitaciones por su próxima felicidad—.

La sonrisa de Levana no era forzada. Su próxima felicidad. Le gustaba mucho como sonaba eso.

Aimery se giró para irse.

Levana jadeó. —Espera, una cosa más—.

Aimery se detuvo.

—Los padres de Jacin Clay serán ejecutados por traición– en público, como recordatorio de que tal traición no será tolerada. Dile a los guardias de ese sector que lo hagan ahora, así sus muertes no manchará la transmisión de la boda esta noche— Alisó la parte frontal de su corsé. —Jacin sabrá que la culpa de sus muertes yace con el—.

CAPÍTULO 46

Kai no estaba seguro de cómo terminó vestido de novio de nuevo. No dijo nada mientras el estilista se agitaba con su pelo y ropa. No pudo escoger ninguno de ellos una vez que se fueron.

Cinder estaba muerta. Eso, o Levana la retenía en alguna parte. No sabía cuál sería peor.

Cinder.

Su nombre susurrado una y otra vez en sus pensamientos, cada vez como una espina en su cuerpo.

La valiente, determinada Cinder. Lista, ingeniosa, sarcástica Cinder.

Se negaba a creer que estaba muerta. ¿Que indicaba un dedo, en realidad? Fue a través de cada pequeña posibilidad. Era un dedo falso elaborado por Levana para atormentarlo. O Cinder lo había perdido en una batalla pero el resto de ella ha salido ilesa. O... claramente tenía que haber otra explicación. No podía estar muerta.

No Cinder.

Su mente estaba confusa, como si el atardecer se hubiera consumado en un sueño nebuloso. Una pesadilla brumosa.

Sea o no el dedo significaba lo que temía que significara, pronto se casaría con Levana. Después de todo–todos sus planes, todas sus esperanzas. Todo terminaría de este modo, justo como Levana quería desde el principio.

—¿Qué estoy haciendo?— Preguntó cuándo Torin volvió de cambiarse su ropa.

A menos que sea un taumaturgo usando un glamour que lo haga parecerse a Torin.

Cerró sus ojos.

Odiaba estar aquí.

Torin suspiró y caminó para estar a su lado. La Tierra estaba suspendida frente a ellos–casi opacando el cielo lleno de estrellas.

—Estas deteniendo una guerra— dijo su asesor, —y obteniendo un antídoto—.

Kai había usado tantas veces esos argumentos tantas veces que comenzaron a perder el significado. —No se suponía que fuera de esta manera. Pensaba... de verdad pensaba que ella tenía una oportunidad—.

Una mano se posó en su hombro. Confortándolo mientras podía.

—No te has casado con ella todavía, Su Majestad. Todavía puedes decir que no—.

Una risa seca se escapó de él. —¿Con todos nosotros atrapados aquí? Nos ejecutaría—

Venir aquí ha sido un error. Al final, sus buenas intenciones no importaban. Había fallado.

Un taumaturgo entró, y a pesar de que iba escoltado por dos de los guardias personales de Kai, todos en la habitación sabían que los guardias eran mera ornamentación.

—Estoy aquí para escoltarlo al gran salón de baile— dijo el taumaturgo. —La ceremonia está a punto de comenzar—.

Kai azotó sus manos en su camisa de seda. Prefiriendo que esa húmeda suciedad, se secara. Hueso seco y frio congelante. —Muy bien— dijo. —Estoy listo—.

Torin se quedó a su lado mientras pudo, siguiendo su séquito a través de los vastos pasillos del palacio hasta que fue forzado a unirse al resto de los representantes e invitados de la Comunidad. Pasó en un vaho, y mientras que Kai sentía como si estuviera caminando con zapatos de hierro, alcanzaron el salón de baile muy rápido.

Él se atragantó con un respiro, su incredulidad interrumpida con una sacudida de pánico.

Cuando habían ensayado el día anterior, se sintió como una broma. Como si hubiese estado jugando un juego, y por primera vez, él tenía la mano ganadora. Pero ahora, mientras el taumaturgo gestionaba para que él tomara su lugar en el altar instalado en el frente del gran salón de baile, y el captó una vista de los cientos de exóticos vestidos Lunares colocados detrás de él, todo comenzó a derrumbarse.

Este no era un juego en absoluto.

El Primer Ministra Kamin se colocó en el estrado detrás de él, en un vistoso altar dorado y negro que fue coronado con cientos de pequeños brillantes globos. Atrapó la mirada de Kai cuando hacía su camino hacia la plataforma. Su expresión era simpática. Se preguntaba si ella se daba cuenta que Levana tenía intenciones de conquistar su país también, una vez que su agarre fuera firme en la Comunidad. Levana planeaba conquistarlos a todos ellos.

Inhalar. Exhalar. Se giró lejos sin siquiera devolver la casi sonrisa de Kamin.

El público era más amplio de lo que había imaginado– fácilmente cientos de personas reunidas en su noche más esplendorosa. El contraste entre los colores apagados de los de la Tierra y los luminosos y fluorescentes de la Luna eran tangibles. Un pasillo se estrechaba hacia el medio del salón de baile definido por candelabros encabezados por globos pálidos, su luz parpadeando como pequeñas llamas. El corredor del pasillo era negro y lleno de un conjunto de diamantes que imitaban el cielo de noche. O, el cielo de siempre, como era aquí en la Luna.

Un silencio cayó en la habitación, y Kai pudo deducir que no era un silencio normal. Era muy controlado, muy perfecto.

Su corazón latió, incontrolable en su jaula. Este era el momento que había estado temiendo, el destino contra el que había peleado por tanto tiempo. Nadie iba a interferir. Estaba solo y atado al suelo.

En la lejana parte trasera de la habitación, las macizas puertas se abrieron. Coreada con una fanfarria de cuernos. Al final del pasillo, dos sombras emergieron– un hombre y una mujer en uniformes militares llevando las banderas de Luna y de la Comunidad Oriental. Después de que se apartaran, colocando las banderas a los lados del altar, una serie de guardias de Luna marcharon en la habitación, completamente armados y sincronizados. Ellos, también, se dispersaron cuando llegaron al altar, como una pared protectora del estrado.

Luego abajo en el pasillo aparecieron seis taumaturgos vestidos de negro, caminando en pares, elegantes como cisnes negros. Eran seguidos por dos más en rojo, y finalmente el Taumaturgo principal Aimery Park, todo de blanco.

Una voz sonó abajo desde algunos parlantes escondidos. —Todos de pie para Su Majestad, Reina Levana Blackburn de Luna—.

La gente se levantó.

Kai apretó sus manos temblorosas detrás de su espalda.

Ella apareció como una silueta primero, bajo las luces de las puertas, un perfecto reloj de arena con una ondulante falda que flotaba detrás de ella. Caminó con su cabeza en alto, deslizándose hacia el altar. El vestido era rojo escarlata, como la sangre, con delicadas cadenas de oro que caían alrededor de sus hombros. Le recordaba a Kai a una amapola roja sangre, los pétalos llenos y desbordantes. Un totalmente dorado velo cubría su rostro y ondulaba como una vela mientras ella caminaba.

Cuando se acercó lo suficiente, Kai pudo ver destellos de su rostro a través del velo. Sus labios habían sido pintados para concordar con el vestido y sus ojos ardían con victoria. Ella se acercó al estrado y se detuvo al lado de Kai. El dobladillo de la falda se agrupó en sus pies.

—Pueden sentarse— dijo la voz incorpórea.

El público se arrastró a sus asientos. La Primera Ministra Kamin levantó su porta visor del altar. —Damas y caballeros, Lunares y de la Tierra— comenzó, un micrófono escondido llevando su voz hacia el público. —Nos reunimos hoy para ser testigos de una unión histórica de la Tierra y la Luna–una alianza formada por la confianza y mutuo respeto. Este es un momento significativo de nuestra historia que simbolizará por siempre la duradera relación de la gente de la Luna y la gente de la Tierra—.

Se detuvo un momento para dejar que sus palabras lleguen al público. Kai quería reír.

La primera ministra se enfocó en la novia y el novio. —Estamos aquí para ser testigos del matrimonio del Emperador Kaito de la Comunidad Oriental y la Reina Levana de la Luna—.

Kai se encontró con la mirada de Levana a través del velo. Su sonrisa burlona persiguió toda su negación.

Cinder fue capturada o asesinada. La boda iba como estaba planeada; la coronación tomará lugar dos días después.

Era solo él, ahora. La última línea de defensa entre Levana y la Tierra.

Que así sea.

El apretó su mandíbula y volvió su atención hacia su oficiante. Le dio una pequeña inclinación de cabeza. La boda comenzó.

CAPÍTULO 47

—El novio ahora tomará su cinta y la atará tres veces alrededor de la muñeca izquierda de su novia, simbolizando el amor, el honor y el respeto que siempre se unirá a su matrimonio— dijo la primera ministra Kamin, desenrollando una larga cinta de terciopelo de un carrete. Cogió las tijeras de plata pulida de la bandeja y cortó la cinta.

Kai trató de no hacer una mueca mientras Kamin colocaba la cinta a través de sus palmas. Era brillante y marfil, el color de la luna llena, a diferencia de la cinta azul sedosa ya envuelto alrededor de su muñeca, el color de la Tierra.

Sentía como si su conciencia flotara por encima de él, viendo cómo sus dedos se cerraban alrededor de la cinta de la delgadísima muñeca de Levana, una, dos, tres veces, para acabar en un simple nudo. No era grácil en absoluto y la cinta seguramente quedó demasiado floja, un efecto secundario de su renuencia a acariciar su piel con la punta de los dedos. Cuando ella había atado la suya, prácticamente le había dado un masaje de muñeca que le había hecho retorcerse en el interior.

—Ahora voy a anudar las dos cintas juntas— dijo la primera ministra Kamin, con su moderada y serena voz. No se había equivocado ni una sola vez durante la ceremonia— .Esto es para simbolizar la unidad de la novia y el novio y también de la Luna y de la Comunidad del Este, lo que representa el planeta Tierra en este, el ocho de noviembre en el año 126 de la Tercera Era—. Ella tomó los extremos de cada cinta entre sus dedos.

Kai observó con interés individual como sus oscuros y delgados dedos anudaban las dos cintas juntas. Tiró de los extremos, apretando el nudo. Kai lo miró, sintiendo la falta de conexión en su mente.

Él no estaba aquí.

Esto no estaba sucediendo.

Su mirada de odio lo delató, vacilante hacia la cara de Levana. Fue la más breve de las miradas, pero de alguna manera se dio cuenta. Ella sonrió, y un montón de carámbanos apuñalaron su columna vertebral.

Esto estaba sucediendo. Esta era su novia.

Los labios de Levana se movieron detrás de su velo. Podía oír su voz, aunque no abrió los labios, acusándolo de ser un simpático y tímido joven, castigando su juventud y la inocencia en un momento así. No podía decir si la voz era una broma de su propia imaginación o algo que estaba inyectando en sus pensamientos.

Y nunca lo sabría.

Se iba a casar con una mujer que mantendría un eterno poder sobre él.

Que diferente era de Cinder. Mejor dicho, Selene. Su sobrina, aunque no parecía posible que las dos tuvieran nada en común, sobre todo ascendencia.

Pensar en Cinder le trajo de vuelta el doloroso recuerdo del dedo ciborg en una cama de seda y Kai se estremeció.

El oficiante hizo una pausa, pero Kai ya estaba recuperando su expresión. Dejó escapar una respiración constante y le dio un sutil movimiento de cabeza para continuar.

Kamin alcanzó su portavisor, y Kai aprovechó la momentánea pausa, tratando de recobrar la compostura. Pensó en los mutantes asesinando a civiles inocentes. Pensó en su padre falleciendo en la cuarentena del palacio mientras Levana tenía en su poder un antídoto. Pensó en todas las vidas que se salvarían al detener esta guerra y obtener una cura.

—Ahora vamos a comenzar con el intercambio de votos, según lo establecido por el consejo de los líderes de la Unión Terrestre, comenzaremos con el novio. Por favor, repita después de mí—. Kamin levantó la vista para asegurarse de que Kai estuviera prestando atención—.Yo, el Emperador Kaito de la Comunidad del Este de la Tierra…—.

Repitió, tan servicial como un androide.

—... Acepto como mi esposa y la futura emperatriz de la Mancomunidad del Este, a Su Majestad, la reina Levana Blackburn de la Luna...—.

Estaba fuera de sí de nuevo. Mirando abajo. Escuchando las palabras, pero sin entenderlas. No tenían ningún significado.

—... Para gobernar a mi lado con gracia y la justicia, honrando las leyes de la Unión Terrestre según lo establecido por nuestros antepasados, para defender la paz y la equidad entre todos los pueblos—.

¿Alguien creía una palabra de esta bazofia?

—A partir de este día en adelante, ella será mi sol al amanecer y mi luna en la noche, y juro amar y cuidar de ella hasta que la muerte nos separe—.

¿Quién diantres escribió estos votos? Nunca había oído algo tan ridículo en su vida.

Pero él los dijo, sin emoción y con el menor interés. El primer ministro Kamin le dio una inclinación de cabeza, similar a un bien hecho, y se volvió a Levana—.Ahora, la novia se repetirá después de mí...—.

Kai se desconectó de la voz de Levana, examinando sus muñecas atadas en su lugar. ¿Se estaba apretando más el nudo en sus muñecas? Sus dedos comenzaban a experimentar un cosquilleo con adormecimiento. Estaba perdiendo la circulación. Pero la cinta rizada inocentemente contra su piel.

Por las estrellas, hace calor aquí.

—... Y juro amar y cuidar de él hasta que la muerte nos separe—.

Kai bufó. Ruidosamente.

Había planeado contenerlo, pero sencillamente se le escapó.

Levana se tensó y el oficiante lo atravesó con una mirada penetrante.

Kai tosió en un intento de suavizar el momento. —Lo siento. Había algo en mi…—Volvió a toser.

Kamin torció ligeramente la boca mientras se daba la vuelta a la reina—.Su Majestad, ¿acepta usted los términos de este matrimonio establecido antes en este día, a sabiendas de las reglas del matrimonio entre estas dos personas y también como el vínculo que en lo sucesivo se forjará entre la Luna y la Comunidad del Este, dando como resultado la alianza política de estas dos entidades? Si acepta, diga: 'sí'—.

—Sí— La voz de Levana era clara y dulce y Kai sintió un montón de piquetes en el pecho.

Su cabeza estaba latiendo. De agotamiento, de incredulidad, de miseria.

—Su Majestad Imperial, ¿acepta usted los términos de este matrimonio establecido antes en este día, a sabiendas de las reglas del matrimonio entre estas dos personas y también como el vínculo que en lo sucesivo se forjará entre la Luna y la Comunidad del Este, dando como resultado la alianza política de estas dos entidades? Si acepta, diga: 'sí'—.

Parpadeó a la primera ministra Kamin.

Su corazón palpitaba contra sus costillas, y sus palabras eran ecos huecos en la cabeza vacía, y sólo tenía que abrir la boca y decir 'sí', la boda terminaría y Levana sería su esposa.

Pero sus labios no se podían abrir.

No.

La primera ministra tensó la mandíbula. Su mirada se endureció, provocándolo.

No puedo.

Sentía el silencio de un millar de invitados dirigiéndose hacia él. Se imaginó a Torin, al presidente Vargas, a la reina Camilla y a todos los demás, observando, esperando. Se imaginó a todos los guardias y taumaturgos de Levana, a ese pretencioso Aimery Park y a mil vanidosos e ignorantes aristócratas guardando silencio

Sabía que Levana podía obligarlo a decir las palabras, pero no lo hizo. A pesar de que imaginó una ráfaga de aire helado saliendo de ella con cada segundo que pasaba, esperó con todos los demás.

Kai trató de abrir los labios, pero su lengua era pesada como el hierro.

El oficiante respiró paciente y echó una mirada de preocupación a la reina, antes de fijarse en Kai de nuevo. Su expresión se volvió nerviosa.

Kai bajó la mirada hacia las tijeras que había usado para cortar las cintas.

Se movió rápido, antes de que pudiera cuestionarse. Abalanzó su mano libre hacia delante, cogiendo las tijeras del altar. La sangre se precipitó en sus oídos mientras giraba hacia Levana, levantaba los brazos, y enterró las tijeras hacia su corazón.

Cinder gritó, levantando los brazos en defensa. La punta de las tijeras rebanó la tela de sus guantes antes de llegar a su fin rápido, presionando el corpiño de su vestido de baile plateado. El brazo de Kai temblaba tratando de mantener el control, pero su mano se había vuelto como de piedra. Con la respiración entrecortada, levantó la mirada para encontrarse con la cara de Cinder. Se veía como en el baile, con su vestido hecho jirones y los guantes manchados, y el pelo húmedo cayendo alrededor de su cara. La única diferencia era la cinta azul que los ataba juntos y, ahora, con un profundo corte en la tela de sus guantes.

Poco a poco, como melaza, la sangre empezó a filtrarse a través de ese corte, manchando la tela.

Cinder…no, Levana vio el sanguinolento corte y gruñó. Aflojó su control sobre Kai, y este se hizo hacia atrás. Las tijeras cayeron al suelo, haciendo un ruido final y terminante.

—¿Te atreves a amenazarme aquí?— dijo Levana entre dientes, y aunque trató de imitar la voz de Cinder, Kai podría notar la diferencia. —¿Delante de nuestros dos reinos?—.

La atención de Kai todavía estaba en la sangre que emanaba de su brazo herido.

Lo había hecho. Por un momento, había conseguido vencer su glamour, atravesar su manipulación. No era mucho, pero la había lastimado de verdad.

—No estaba destinada a ser una amenaza— dijo.

Sus ojos se estrecharon.

—Los dos sabemos que tienes la intención de matarme el momento en que ya no sea útil para ti. Me pareció que era justo hacerte saber que el sentimiento es mutuo—.

Levana lo miró, y era desconcertante ver tanto odio en la cara de Cinder.

Nervioso por la adrenalina, Kai volvió a mirar a la audiencia. La mayoría de los invitados se habían puesto de pie, sus expresiones denotaban una mezcla de sorpresa y confusión. Cerca de la parte delantera, Torin parecía que estaba listo para lanzarse atravesando las dos filas de asientos para estar al lado de Kai el instante en que lo necesitara.

Kai le sostuvo la mirada el tiempo suficiente, esperando dar a entender que se encontraba bien. Le había hecho daño, quería decirle Kai. Era posible dañarla. Lo que significaba que era posible para matarla.

Endureciendo la mandíbula, Kai se volvió hacia la primera ministra Kamin. También estaba temblando, ambas manos agarraban su portavisor.

—Sí— dijo, escuchando su propio eco proclamación alrededor del altar.

La mirada del oficiante se precipitó entre él y su novia, como si no estuviera segura de si debía continuar o no. Pero entonces Levana enderezó su vestido de boda, o el vestido de baile de Cinder, como sea. Cualquiera que fuera la reacción que esperaba obtener de él al mantener el glamour, no se la daría, no podía hacerlo.

Cuando el silencio se prolongó demasiado tiempo, Levana gruñó: —Continuemos con esto—.

Kamin pasó saliva—.Por el poder que me confiere la gente de la Tierra, yo los declaro… marido y mujer—.

Kai ni siquiera se inmutó.

—Pedimos que todos los canales de vídeo sean desactivados para que el novio pueda besar a su novia—.

Kai esperó a ser golpeado por un muro de miedo, pero incluso eso fue reemplazado con ardiente determinación. Se imaginó a todos los hologramas sobre la Luna desvaneciéndose, y todos los canales de noticias de la Tierra desconectándose. Se imaginó a toda esa gente observando, y el horror que debieron haber sentido cuando todos los canales fueron silenciados.

Se volvió a Levana.

Su novia.

Su esposa.

Todavía estaba haciendo pasar por Cinder, pero el vestido de baile fue reemplazado por el vestido de novia de color rojo vibrante y el velo puro. Ella sonrió maliciosamente.

Haciendo caso omiso de ella, tomó mecánicamente el velo entre los dedos y se la pasó por la cabeza.

—Creí que tal vez preferirías este aspecto—, dijo—.Considéralo un regalo de bodas—.

Kai no era capaz de reaccionar, sin importa lo mucho que quería hacerle saber su soberbia. —De hecho, lo prefiero—. Él estiró la cabeza hacia ella. —Selene es mucho más bonita de lo que tú nunca serás—.

Kai la beso. Un beso brusco, sin pasión que no se parecía en absoluto a lo que sentía al besar a Cinder.

Una respiración colectiva llenó la sala.

Kai se alejó, poniendo un cuerpo de distancia entre ellos. El público empezó a aplaudir, cortésmente al principio, luego cada vez más entusiasta como si tuvieran miedo de sus aplausos no fueran lo suficientemente educados. Kai tendió su codo para tomar a Levana, con sus manos aún atadas, y juntos se volvieron hacia el público. Por el rabillo del ojo, vio la imagen de Cinder derretirse, su cara reemplazada por la de Levana, y Kai se alegró de que ella parecía molesto. Era la más pequeña de las victorias, pero estaba contento por ello.

Se quedaron en medio de los aplausos atronadores, cada uno hirviendo por dentro.

Marido y mujer.

CAPÍTULO 48

Hacía tiempo que Cress había perdido el rastro de dónde estaban o en qué dirección iban. Jacin la había arrastrado a través de algún complicado laberinto de pasillos debajo del palacio, por escaleras y por túneles de levitación magnética. A pesar de que sentía como si hubieran estado caminando durante horas, ni siquiera podía estar segura si habían salido ya de los límites de Artemisia central, teniendo en cuenta lo tortuoso había sido su ruta.

Estaban escondidas a través de un túnel, permaneciendo cerca de los bordes para evitar cualquier vagón, debido a su tendencia a acercarse sigilosamente demasiado rápido en sus silenciosos imanes, cuando la energía se cortaba, sumergiéndolos en la oscuridad. Cress se quedó sin aliento y alcanzó a Jacin, pero congeló sus dedos a escasos centímetros de donde se supone que estuvieran. Apretando su puño, retiró la mano de nuevo a su lado.

Valiente. Ella era valiente.

A lo lejos, se oyó el ruido de un vagón al golpear los carriles y la carena hasta detenerse.

Un momento después, las luces de emergencia naranja iluminan las pistas a sus pies y una voz se hizo eco de los altavoces invisibles. "Esta ruta de transporte se ha interrumpido hasta nuevo aviso. Por favor proceda a la siguiente plataforma a pie y prepararse para una inspección de seguridad. La corona se disculpa por cualquier inconveniente—.

Miró a Jacin. —¿Qué significa eso?—.

—¿Mi conjetura? Que lo que sea que Cinder esté haciendo, está funcionando—. Comenzó a caminar de nuevo, abriéndose paso con más cuidado con la iluminación reducida. —Deben estar limitando el transporte en la ciudad—.

Sus nervios zumbaban. —¿Vamos a ser capaces de salir?—.

—Casi hemos llegado a la estación que recibe el ochenta por ciento de nuestros trenes de suministro. Todavía deben estar en funcionamiento, teniendo en cuenta la cantidad de invitados Levana tiene que alimentar esta semana—.

Cress trotó tras él, con la esperanza que tuviera razón. No había sido muy cuidadoso con su plan y ella todavía no tenía idea de a dónde iban. Se preguntó si Jacin tenía razón. ¿Lograron Winter y Scarlet darles su mensaje a los otros? ¿Habrían sido capaces de difundir el vídeo? Ella no tenía respuestas. Si Levana era consciente de un levantamiento potencial, se lo guardando muy bien.

El túnel se hizo más amplio, los carriles se unieron con otras dos pistas, y Cress tuvo golpe de un olor acre que le recordaba a la caravana en la que ella y Thorne habían cruzado el Sahara. Suciedad y animales.

En la siguiente curva en el túnel, pudo ver un brillo luminoso y escuchar los ecos de la rejilla de la maquinaria y los ruidos de ruedas. Jacin aminoró el paso.

Una plataforma masiva apareció a la vista. Un puerto holográfico mostraba la cobertura de la boda real.

Una docena de vías de levitación magnéticas se estiraban en múltiples direcciones, cargados con los trenes de carga. La mayoría de sus coches estaban ocultos a la vista

en los túneles oscuros, a la espera de ser descargados. El muelle estaba lleno de grúas y poleas, y Cress se imaginó que habría un sinnúmero de trabajadores operando toda esa maquinaria, pero el único personal era un contingente de guardias uniformados inspeccionando los coches que tenían delante.

Jacin jaló a Cress a las sombras de tren más cercano. Un segundo más tarde, una silueta pasó por delante y el haz de una linterna apuntó en su dirección. Jacin y Cress se agacharon entre los vagones más cercanos, observando mientras el haz de luz parpadeaba por el suelo y desaparecía.

—A6, despejado— alguien gritó, seguido de otro: —A7, despejado—.

Hubo una pausa, y luego el zumbido de los imanes. El tren empezó a moverse hacia delante.

Jacin saltó sobre el eje para evitar ser atrapado en las vías, jalando a Cress a su lado. Esta vez agarró su brazo mientras el tren salía disparado hacia delante, y luego llegó otro. Las puertas del vagón se abrieron de par en par.

Jacin saltó del eje, arrastrando con él a Cress. —Inspecciones— susurró. —Se aseguran de que nadie trate de entrar furtivamente en la ciudad—.

—¿Qué hay de salir furtivamente fuera de la ciudad?—.

Señaló hacia la parte delantera del tren. —Tenemos que entrar en uno de los vagones que ya hayan sido revisados. Este tren debe de regresar a los sectores de la agricultura a partir de aquí—.

Se escabulleron sobre el eje en el lado opuesto del vehículo. Aunque había plataformas a ambos lados de las vías, la segunda plataforma sólo tenía un solo guardia, patrullando el perímetro con un rifle de asalto en la mano.

—Muy bien, pastelito, cuando el guardia nos dé la espalda otra vez, vamos a correr lo más rápido que podamos. Una vez que empieza a darse la vuelta, arrástrate debajo del tren y quédate quieta—.

Cress lo fulminó con la mirada. —No me llames ‘pastelito’—.

Más adelante, alguien gritó: —¡A8, despejado! ¡B1, despejado!—.

El guardia se dio la vuelta.

Jacin y Cress se lanzaron hacia delante. Su corazón latía con fuerza mientras mantenía un ojo en la espalda del guardia y su arma mortal, y el otro en las pistas debajo de sus pies. El guardia comenzó a girar. Cress se dejó caer de rodillas y se escurrió bajo el vagón de tren. El sudor enmarañaba su cabello en la parte posterior de su cuello.

—¡Por aqu…!—.

Un grito fue interrumpido, seguido por dos golpes fuertes y el sonido metálico de metal contra metal. El guardia con el rifle se volvió y corrió hacia las vías, saltando sobre un eje. Un arma de fuego. Un gruñido.

—¡Alto!—.

Otra bala.

Con la plataforma inesperadamente despejada, Jacin se arrastró de debajo del tren y le hizo una señal a Cress para que lo siguiera. Ella se raspó los codos contra el duro suelo mientras salía afuera. Jacin la ayudó a incorporarse y se echaron a correr hacia la parte delantera del tren. Los sonidos de una lucha continuaban en la plataforma opuesta.

Llegaron al vagón A7 y se detuvieron un momento para recuperar el aliento. Ahora sólo tenían que esconderse en el otro lado y subir en el coche sin ser vistos, o atacados, pensó, cuando otra bala la hizo saltar.

Cress miró hacia atrás y su corazón saltó hasta su garganta.

Una chica estaba en el suelo, arrastrándose debajo de uno de los vagones del tren tal como había estado Cress segundos antes. Aunque Cress podía ver muy poco de ella, no podía confundir la abundancia de las trenzas de seda teñidos en diferentes tonos de azul.

—¡Iko!—

Iko levantó la cabeza. Sus ojos se abrieron. La mirada fue breve porque de inmediato volteó a ver algo al otro lado del tren. Ella comenzó a arrastrarse hacia adelante, su vientre raspaba contra el suelo.

Jacin maldijo, y entonces pasó junto a Cress. Ya tenía su arma en mano mientras corría hacia la refriega.

Cress lo siguió, aunque con más dudas, al no tener un arma propia. Se puso en cuclillas frente al vagón de tren e inclinó lentamente la cabeza hacia adelante.

Su garganta se secó.

Thorne.

Llevaba el uniforme de un guardia de Lunar, pero sin dudas era él.

Se llevó ambas manos a la boca para no gritar su nombre. Estaba luchando con el guardia de la plataforma. El rifle no se veía por ningún lado. Otros cuatro guardias y dos linternas, sus caóticos haces de luz, se dispersaban por la plataforma. Cress notó un rastro de sangre en uno de los coches al momento en que Iko salió de debajo del coche y se arrojó a un sexto guardia que trataba de conseguir un tiro claro hacia Thorne. Aunque fue una tacleada torpe. Algo parecía estar mal con el brazo derecho de Iko.

El guardia agarró Iko y la inmovilizó en el suelo, envolviendo sus manos alrededor de su garganta, sin saber que el consumo de oxígeno no era un problema.

Detectando una pistola abandonada a pocos pasos de distancia, Cress, saltó sobre ella. Pero el momento en que lo recogió y lo apuntó a la pelea, sus brazos se pusieron a temblar. Nunca había disparado un arma.

Todavía trataba de estabilizar su mano lo suficiente como para apuntar cuando dos disparos sucesivos hicieron eco a través de su cráneo. El primero le quitó de encima el guardia a Iko; el segundo le dio al guardia con el que peleaba Thorne.

El mundo parecía aquietarse, pero su respiración era pesada. El extraño silencio hacia que su jadeo sonara insoportablemente fuerte.

Tras asegurarse de que los dos guardias estaban muertos o incapacitados, Jacin dejó caer su arma en la funda.

Thorne parpadeó Jacin, sorprendido, mientras se levantaba y se acomodaba su camisa. Parecía a punto de decir algo cuando Iko gritó: —¡CRESS! —. Y salió disparó hacia adelante, envolviendo a Cress en un abrazo con un solo brazo.

Cress vaciló, dejándose envolver, incluso cuando su mirada buscaba a Thorne. Su mandíbula cayó mientras la miraba. Estaba despeinado y magullado y sin aliento. Se tambaleó hacia adelante y envolvió tanto a Cress como a Iko en un enorme abrazo. Cress cerró los ojos mientras las lágrimas calientes empezaron a nublar su visión. Su brazo alrededor de sus hombros. Su áspera barbilla en su frente. Una de las trenzas de Iko en su boca.

Ella nunca había sido tan feliz.

Jacin gruñó. —Tenemos que irnos—.

Iko dio un paso atrás, pero Thorne llenó el espacio que había dejado, tomando la cara de Cress en sus manos. Sus ojos se clavaron en ella, llena de incredulidad. Su pulgar secó la primera lágrima.

De repente, Cress se encontró riendo y sollozando y riendo un poco más. Agachó la cabeza y se limpió las lágrimas. —Sin llorar— dijo. —Causa deshidratación—.

Sus brazos se enrollaron alrededor de ella otra vez. Cress sintió el estruendo de su voz cuando dijo: —Eres tú. Gracias a las estrellas—.

—Cuando digo que tenemos que irnos— dijo Jacin, —quiero decir ahora—.

Los brazos de Thorne se tensaron y, con un último apretón, la soltó y se volvió hacia Jacin. Hizo una pequeña mueca. Fue la única advertencia antes de que el puño de Thorne golpeara la mandíbula de Jacin. Cress se quedó sin aliento.

Jacin tambaleó hacia atrás, su mano se apresuró a sentir la herida.

—Eso es por traicionarnos en la Tierra— dijo Thorne. —Y esto es por cuidar de Cress— . Abrazó a Jacin, hundiendo el rostro en el hombro de Jacin.

Jacin puso los ojos en blanco. —No me hagas lamentar esa decisión—. Alejó a Thorne. —Tu vista ha vuelto. Bien. Inspeccionemos esos hombres en buscar de armas y salgamos de aquí—.

Con un movimiento de cabeza, Thorne se inclinó sobre uno de los cuerpos y desató el cuchillo del cinturón del guardia. Para sorpresa de Cress, se la entregó a Jacin, que vaciló sólo brevemente antes de meterla en el cinturón. —¿Cómo sabías dónde encontrarnos? — preguntó Thorne.

—No lo sabíamos. Tratábamos de salir de aquí—.Jacin frunció el ceño. —¿Dónde está Winter? —.

—Ella y Scarlet se escondieron— dijo Iko. Estaba palpando su lastimado brazo derecho, a continuación, tiró de sus dedos amortiguados. —Bueno, algo así. Es complicado—.

Thorne miró al androide. —¿Qué pasó?—.

Sus labios se tensaron. —Uno de los guardias me apuñaló en el hombro. Creo que rompió algo importante—. Se dio la vuelta para mostrarles un corte irregular en su parte superior y suspiró. —Esto parece el día de ‘Pica a Iko’ o algo así—.

Cress apretó los labios en señal de simpatía, pero el recordar las partes cibernéticas de Iko hizo darse cuenta... —¿Dónde está Cinder?—.

El rostro de Thorne se volvió sombrío, pero antes de que pudiera responder, un timbre sonó a través del túnel. Cress se sobresaltó.

La pantalla holográfica en la pared se iluminó con la cara de Taumaturgo Aimery.

—Gente de Luna, me complace hacer el anuncio de que la ceremonia de la boda se ha completado. Nuestra honorable gobernante, la reina Levana, ha sellado la alianza matrimonial con el Emperador Kaito de la Tierra—.

Iko gruñó de una manera muy poco femenina, atrayendo la mirada de todo el mundo para ella. —Yo termino apuñalada y ella se casa con Kai. Esos son sólo datos—.

—La ceremonia de coronación— continuó Aimery —en la que daremos la bienvenida al emperador Kaito como nuestro honorable rey consorte, y Su Majestad la Reina Levana recibirá el título de emperatriz de la Comunidad del Este de la Tierra, se llevará a cabo dentro de dos días al amanecer—. Los ojos de Aimery adquirieron un brillo arrogante. —Nuestra ilustre reina pide que el pueblo de Luna participe en la celebración de esta noche. El banquete de la boda de esta noche será transmitido en todos los sectores, durante la cual tendremos un juicio especial previsto para las fiestas. Esta emisión será de visión obligatoria para todos los ciudadanos y se iniciará en veinte minutos desde el final de este anuncio—.

El vídeo finalizó.

—¿Juicio especial? — dijo Cress.

—Es Cinder— dijo Thorne, frunciendo el ceño en el holograma. —Ella tiene a Cinder, y a Lobo también. Creemos que ella los ejecutará públicamente como una manera de sofocar la insurrección—.

Un escalofrío recorrió la espalda de Cress. Veinte minutos. Es más de lo les tomaría volver al palacio.

—Vamos a rescatarla— dijo Iko, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Lo siento— dijo Jacin, mirando como si realmente fuera en serio. —Pero si sólo tenemos veinte minutos, ya es demasiado tarde—.

CAPÍTULO 49

Cinder clavó el destornillador de su dedo en la pared junto a la puerta de la celda. Con un esfuerzo diminuto la roca erosionó uniéndose a la pila a sus pies. La roca de lava era difícil, pero sus herramientas de titanio eran más fuertes, y su decisión fue lo más poderosa que había sido nunca.

Estaba enojada, frustrada y a la vez, asustada.

Estaba perturbada por la muerte de Maha, la cual seguía reproduciéndose en su memoria una y otra vez haciéndola querer pinchar con su destornillador en su sien para hacerlo parar. Había observado la redada en la RM-9 desde todos los ángulos posibles torturándose a sí misma con escenarios increíbles de 'Que hubiera pasado si…' tratando de encontrar una forma de traer a Maha de vuelta a la vida.

De liberarse a ella y a Lobo. De proteger a sus amigos. De derrotar a Levana.

Ella estaba consciente de que tan poco sentido tenía.

Tal vez Aimery estaba en lo correcto. Tal vez debió haber controlado a todos en ese sector desde el principio. La habría convertido en una tirana pero también eso la hubiese mantenido con vida.

Sentía nauseas a causa del olor fétido proveniente del cubo que estaba al lado de una pared. Estaba irritada de que los matones de Levana hubiesen tomado su mejor arma, su señalador de dedo cibernético con el arma adjuntada—y la hubiesen encerrado con su madrastra y su hermanastra la cual apenas había hablado desde que la habían traído.

Racionalmente ella sabía que no había forma de quitar las bisagras de la puerta antes de que viniesen por ella. Ella sabía que si plan era completamente delirante por ninguna razón lógica pero a la vez no podía dejarse vencer.

Como ellos estaban.

Otro pedazo de roca fue desmenuzado de la pared.

Cinder voló un pedazo de cabello con su aliento fuera de su cara pero volvió a posarse donde mismo.

De acuerdo al reloj que estaba en su cabeza había estado en esa celda por aproximadamente veinticuatro horas, no había dormido. La boda ya debía haber terminado para ahora.

El pensamiento le hizo nudos en el estómago.

Se le ocurrió que si hubiese dejado que Levana la hubiese tomado en Nueva Beijing ella hubiese terminado en ese mismo lugar de todas formas. Habría sido ejecutada de todas formas, iba a morir de todas formas.

Trató corre y pelear. Y todo lo que consiguió fue una nava llena de amigos los cuales hundiría con ella.

—¿Por qué te llamó princesa?

Cinder pausó lo que estaba haciendo dándole una mirada a los rasguños patéticos que había hecho. Era Pearl quien había hablado, su voz volviéndose cada vez más frágil conforme rompía el silencio por primera vez en horas.

Empujando su cabello hacia atrás con su humedecida muñeca por el sudor echó un vistazo a la escoria de Pearl y Adri, sin molestarse en ocultar su desprecio. Ella ya se había deshecho de cualquier clase de simpatía por ellas. Cada vez que lo intentaba una punzada la golpeaba regresándole el recuerdo de Adri obligándola a andar sin un pie por una semana entera como un recuerdo de que ella 'no era humana'. O la vez que Pearl había arrojado su caja de herramientas sobre los guantes de seda que Kai le había obsequiado.

Seguía recordándose que cualquier cosa que les pasara, se lo merecía.

No la hacía sentirse mejor, de hecho, pensar en ello la hacía sentir cruel y mezquina y a la vez le daba dolor de cabeza.

La alejó de si con una sacudida.

—Soy la Princesa Selene— contestó, dándole la espalda para volver a su trabajo

Pearl rio, un sonido corto e histérico llena de incredulidad.

Adri se mantuvo silencio.

La celda se llenó con el sonido persistente de Cinder al raspar, raspar y traquetear, raspar, raspar y traquetear. La pila creciendo poco a poco, guijarro a guijarro.

—Garan lo sabía—. La voz de Adri era frágil.

Cinder se congeló de nuevo. Garan había sido el esposo de Adri, el hombre que tomó la decisión de adoptar a Cinder. Ella apenas lo conocía.

Se encontraba irritada de que su propia curiosidad la hubiese obligado a voltearse. Cambiando el destornillador por una linterna alumbrando hacia su madrastra. —¿Disculpa?—

Adri vaciló con ambos brazos rodeando a su hija. No se habían movido de la esquina. —Garan lo sabía— dijo de nuevo. —Él nunca me lo dijo pero cuando fue llevado a las cuarentenas me dijo que te cuidara, dijo que como si fuese lo más importante del mundo—. Guardó silencio, como la presencia de su esposo fallecido estuviese ahí. Con ellas en la habitación.

—Wow— dijo Cinder. —Te esforzaste mucho por cumplir su último deseo de muerte, ¿No?—

La mirada de Adri se entrecerró llena de disgusto, algo con lo que Cinder estaba muy familiarizada. —No toleraré que me hables de esa forma cuando mi marido…—

—¿No lo tolerarás?— gritó Cinder. —¿Debería yo decirte todas las cosas que no toleraré más? Porque es una lista larga.

Adri se encogió hacia atrás y Cinder se preguntó si Adri estaba asustada por su culpa, ahora que sabía que era Lunar y una criminal buscada. Su reacción confirmó su pensamiento.

—¿Por qué Papá no dijo nada?— Dijo Pearl. —¿Por qué no nos contaría?—

—Tal vez él sabía que me venderían como rescate en la primera oportunidad que tuviesen—.

Pearl la ignoró. —Y si en verdad eres la princesa, ¿Por qué estás aquí?—

Cinder le echó un vistazo. Esperando. Observó mientras una sombra de entendimiento inundaba el rostro de Pearl. —Ella quiere matarte, para poder mantenerse como reina—.

—Alguien dele un premio a la chica— contestó Cinder.

—Pero, ¿Qué tiene que ver eso con nosotras?— Lágrimas comenzaron a llenar los ojos de Pearl. —¿Por qué estamos siendo nosotras castigadas? Nosotras no hicimos nada, no sabíamos—.

La adrenalina y enojo de Cinder estaban derramándose conforme el cansancio llenaba los espacios que quedaban vacíos. —Ustedes me dieron sus invitaciones a la boda real, lo cual me permitió secuestrar a Kai, lo cual volvió loca a Levana. Gracias por eso, por cierto—.

—¿Cómo puedes pensar solo en ti en momentos como estos?— dijo Adri, saliendo de su trance. —¿Cómo pudiste ser tan egoísta?—

Las manos de Cinder se cerraron en puños. —Si yo no cuido de mi misma, nadie más lo hará. Eso es algo que aprendí conforme crecía, gracias a ti—.

Adri acercó más a su hija hacia sí misma alisándole el cabello. Pearl fue hacia ella sin luchar. Cinder se preguntó si estaba en shock, tal vez ambas lo estuviesen.

Volvió a la pared y talló una C en la piedra. Las paredes estaban llenas con cientos de palabras, nombres, súplicas, promesas y amenazas. Consideró agregar un '+K' pero la idea de dicho capricho la hizo querer golpear su cabeza contra la puerta de hierro.

—Eres un monstruo— susurró Adri.

Cinder hizo una mueca sin humor. —Bien. Soy un monstruo—.

—Ni siquiera pudiste salvar a Peony—.

La mención de su pequeña hermanastra la llenó de una nueva ola de rabia como si se encendiesen mil cables en la cabeza de Cinder. Se giró hacia atrás. —¿Crees que no lo intenté?—

—¡Tenías un antídoto!— Adri estaba gritando también, sus ojos se llenaron de un tono salvaje aunque seguía abrazando a Pearl. —Sé que se lo diste a ese niño pequeño. Le salvó la vida. ¡Chang Sunto!— Dejó salir el nombre como si se tratase de veneno. —Elegiste salvarlo a él sobre Peony. ¿Cómo pudiste? ¿La tentaste con él? ¿Le diste falsas esperanzas para después verla morir?—

Cinder jadeó en respuesta a su madrastra. Su propia ira eclipsada con una sacudida de lastima. Esta mujer estaba tan llena de ignorancia que era casi como si quisiese quedarse de esa forma. Vio lo que quiso, creyendo cualquier cosa a apoyarla. Cinder aún podía recordar cómo se sintió al correr por las cuarentenas de la plaga. Como desesperadamente tomó el frasco del antídoto. Como había ayudado tanto que podía salvar la vida de Peony ahora, y como se sintió devastada cuando había fallado.

Había llegado muy tarde. Aún no se había perdonado por eso.

Adri nunca lo sabría, nunca lo entendería. Para ella Cinder no era más que una máquina, incapaz de todo e incluso crueldad.

Había vivido cinco años con esta mujer y nunca había visto a Cinder por quien era. Como Kai la veía y Thorne y Iko y todos aquellos quienes confiaban en ella. Todas aquellas personas que la conocían.

Sacudió su cabeza, encontrando más fácil de lo que esperaba alejar las palabras de su madrastra. —Estoy harta de tratar de explicarte las cosas. Estoy harta de buscar un atisbo de aprobación. Estoy harta de ti—.

Pateando una pila de pedazos de roca enterró el destornillador en la pared al mismo tiempo que escuchó pasos.

Su mandíbula se tensó. Se le había acabado el tiempo. Volviéndose llegó hasta Adri y Pearl en 3 zancadas. Ambas se alejaron de ella.

Cinder tomó por el frente la blusa de Adri y la jaló hacia arriba.

—Si siquiera piensas en decirles que mi pie puede ser fácilmente removido como ese dedo, te forzaré a sacarte tus propios ojos de las orbitas con tus propias uñas aunque así sea lo último que haga— ¿Me entendiste?—

Adri palideció dando un asentimiento tembloroso antes de que la voz del hombre se escuchara por detrás de la puerta.

—Ábrela—

Dejando caer a su madrastra de vuelta al piso Cinder se volvió.

La puerta se abrió conforme la celda se llenaba con la luz del corredor, un solo guardia, el taumaturgo Aimery, más sus cuatro adicionales taumaturgos estaban vestidos en una combinación de negro y rojo. Eran cinco. Que halagador.

—Su majestad ha solicitado el placer de su compañía—. Dijo Aimery.

Cinder levantó la barbilla. —No puedo prometerte que mi compañía será tan placentera como ella desea—

Se dirigió hacia ellos para demostrar que no tenía miedo pero de repente sintió ser arrojada contra la pared. El dolor la sacudió por la espalda, sacando el aire de sus pulmones. Le recordaba todas las peleas de boxeo que había tenido con Lobo a bordo de la Rampion, excepto que cien veces peor porque Lobo siempre se sentía culpable después.

El guardia que la había lanzado enrolló su mano alrededor del cuello de Cinder. Cinder le frunció el ceño aunque sabía que él estaba siendo controlado y que su verdadero atacante era uno de los taumaturgos. El guardia la vio de vuelta.

—Esa fue tu primera advertencia—. Dijo Aimery. —Si tratas escapar, si tratas luchar o si percibimos que tratas de usar tu poder, no nos molestaremos con una segunda—.

El guardia dejó en libertad a Cinder la cual se desplomó. Masajeó su cuello brevemente antes de que sus muñecas fuesen atrapadas de vuelta en la espalda.

La llevaron hacia la puerta. Había cuatro guardias más en el pasillo, armados. Desafortunadamente ya estaban controlados mentalmente por los taumaturgos. No había ninguna esperanza de volver a uno de ellos hacia su bando.

Aún.

Pero si cualquiera se les escapaba por un momento no se iba a molestar con una primera advertencia.

—Trae a los terrícolas también— Dijo Aimery.

Adri y Pearl gimoteaban conforme eran levantadas así que Cinder cerró la interface de audio para hacerlas callar. No sabía para que Levana necesitaba a su madrastra y hermanastra pero tal vez pensara que Cinder tenía cierto afecto por ellas, iba a estar muy decepcionada.

—¿A dónde vamos?— preguntó Cinder conforme la alejaban de su celda.

Hubo un largo silencio que la hizo pensar que estaba siendo ignorada pero eventualmente Aimery contestó: —Eres la invitada de honor del banquete de la boda de su majestad—

Ella apretó la mandíbula. Banquete de boda. —Pero olvidé mi vestido de baile en la Tierra—.

Esta vez fue una de las mujeres que respondió. —No te preocupes— Dijo. —No te hubiese gustado llenarlo de sangre de cualquier forma—.

CAPÍTULO 50

Cinder se encontró ante un par de ominosas puertas de color ébano. Eran dos veces su altura, y en un palacio hecho casi enteramente de vidrio y piedra blanca, estar de pie frente a ellas se sentía como estar en el borde de un agujero negro. Fueron mínimamente acentuadas con dos gruesas manijas de hierro negro que se arqueaban a medio camino del suelo. La insignia Lunar había sido tallada en la madera en un detalle prístino, presentando la capital de Artemisia y, en la distancia, la Tierra.

Dos guardias abrieron las puertas, y Cinder estuvo enfrente de un pasillo lleno de más taumaturgos y guardias, ahora también con soldados mutantes-lobo. Verlos hizo que Cinder se estremeciera. Estos no eran operativos especiales como Lobo. Estos hombres habían sido transformados en algo bestial y grotesco.

Los huesos de sus mandíbulas eran deformes y reforzados para calzar con sus enormes dientes caninos; sus brazos colgaban torpemente a los lados, como si sus espinas dorsales no lograran acostumbrarse al peso de los nuevos músculos y extremidades extendidas.

Se le ocurrió que no eran diferentes de los ciborgs. Ambos fueron hechos para ser mejores que de la manera como habían nacido. Los dos eran antinaturales. Sólo que en lugar de ser reconstruidos con los alambres y acero, estas criaturas eran un rompecabezas de tejido muscular y cartílago.

El guardia le dio un tirón con el codo a Cinder y ella se tambaleó hacia delante. Los soldados la miraban con agudos y hambrientos ojos.

Lobo le había dicho que estos soldados serían diferentes. Erráticos y salvajes, anhelando nada más que la violencia y la sangre. Un poderoso Lunar, como la reina, podría engañarlos con la percepción de un glamour, pero eso era todo. Incluso los taumaturgos no podían controlar sus mentes o sus cuerpos, pero en cambio tuvieron que entrenar a los soldados como perros. Un mal comportamiento, y eran castigados con dolor. Hacían bien, y eran recompensados. Solo que las recompensas sobre las que Lobo había hablado no le parecían nada apetecibles a Cinder.

Evidentemente, en la Tierra, cada una sangrienta masacre realizada era su propia recompensa. Estaban ansiosos por ir a la guerra.

Cinder abrió su mente a ellos, tratando de detectar sus impulsos bioeléctricos. Su energía quemaba al rojo vivo y era pura violencia. El hambre y la tentación se retorcían debajo de su piel. Estaba mareada con el solo pensamiento de tratar de controlar esa cruda energía.

Pero tenía que intentarlo.

Tomando un gran aliento, Cinder alcanzó la mente del último soldado. Su energía era hirviente y voraz. Ella se imaginó enfriándola, calmándola. Imaginó que el soldado la miraba y no veía a un enemigo, sino una chica que necesitaba rescate. Una chica que merecía su lealtad.

Se encontró con la mirada del soldado, y su boca se curvó en una sonrisa repugnante alrededor de sus afilados dientes. Desalentada, Cinder retiró su atención.

Cerca del final del pasillo, ella trató de observar el resto de su entorno. Charlas animadas, risas y el tintineo caótico las copas de vidrio. El aroma de la comida la golpeó

como una nube de vapor liberado de una cacerola tapada. Su boca se llenó de saliva. Cebollas y ajo, estofado de carne y algo picante que le picó ojos-

Su estómago aulló. El mareo se apoderó de su cerebro como una niebla. No había comido en más de un día, e incluso esa comida había sido insatisfactoria.

Ella tragó saliva duramente y trató de concentrarse, inspeccionando la habitación. A su derecha, enormes ventanas que daban a un lago, que bordeaba cada lado por las alas curvadas del palacio blanco, como un enorme cisne protector. Por lo que ella podía ver, el lago continuaba. El suelo de la habitación sobresalía como un balcón sobre el agua. A pesar de que eso interrumpía la vista, Cinder no podía negar el sentimiento de pavor cuajando en su estómago. No había barandal que evitara que alguien cayera por el borde.

El fuerte de la conversación empezó a morir, pero no fue hasta que Cinder había atravesado la línea de soldados que vio a la audiencia a su izquierda.

La luz naranja brilló en la visión de Cinder y no se apagó, sin importar donde mirara.

Había un montón de glamour aquí.

En el centro estaba Levana, sentada en un enorme trono blanco, la espalda del mismo estaba adornada con las fases de la luna. Ella estaba usando un elaborado vestido de novia de color rojo.

La pantalla en la retina de Cinder comenzó a recoger las características subyacentes de la reina. Era como estar otra vez en el baile, la primera vez que había puesto los ojos en la reina y se había dado cuenta de que podría ser posible para sus ojos optobionicos ver debajo del glamour. Pero no fue una tarea sencilla. Sus ojos ciborg estaban en conflicto con su propio cerebro y la manipulación de la reina, su mente no podía entender lo que estaba viendo.

El resultado fue un flujo de datos confusos, colores borrosos, líneas fragmentadas tratando de reconstruir lo que era real y lo que era una ilusión.

La distraía, y ya comenzaba a darle dolor de cabeza. Cinder parpadeó los datos para alejarlos.

Cinco filas de asientos se arqueaban alrededor del trono, una media luna de curiosos rodeaban a cada lado de Cinder, excepto por aquel que daba al lago. La corte Lunar. Las mujeres llevaban grandes sombreros con forma de pavos reales y un hombre tenía un leopardo de las nieves ronroneando sobre los hombros; los vestidos estaban hechos de cadenas de oro y rubíes, los zapatos de plataforma tenían peces beta nadando en sus talones, la piel había sido pintada de un plateado metálico, pestañas salpicadas de pedrería y escamas de pescado…

Cinder tuvo que entrecerrar los ojos ante el resplandor de todo. Glamour, glamour, glamour.

Una silla fue llevada hacia atrás. El corazón de Cinder saltó.

El novio se puso de pie junto al trono de Levana, vestía una camisa de seda blanca con una banda roja. Kai.

—¿Qué es esto?— dijo él, su tono en algún lugar entre horrorizado y aliviado.

—Esto—, dijo la reina Levana, con los ojos llenos de alegría, —es nuestro entretenimiento para la noche. Considéralo mi regalo de bodas para ti—. Radiante, trazó un nudillo por un lado de la cara de Kai. —Esposo—.

Kai retrocedió lejos de su toque, el rubor subía por sus mejillas. Sin embargo, Cinder sabía que no era por vergüenza o pudor. Eso era toda furia. Ella podía sentirlo en la manera en cómo crujía el aire alrededor de él.

Levana giró una uña a través del aire. —Las actuaciones de esta noche serán transmitidas en vivo, así mi pueblo puede presenciar y participar en las celebraciones de este glorioso día. Y también podrán conocer el destino de la impostora que se atreve a llamarse a sí misma reina—.

Haciendo caso omiso de ella, Cinder examinó el techo. No había cámaras por lo que podía ver, pero sabía que Levana tenía una manera de crear dispositivos de vigilancia que eran prácticamente invisibles.

Teniendo en cuenta que la reina no llevaba un velo, era seguro asumir que cualquier video estaría centrado en su "entretenimiento". Levana quería que la gente viera la ejecución de Cinder. Quería que perdieran la esperanza en la revolución.

Levana levantó los brazos. —Vamos a empezar con la fiesta—.

Una línea de sirvientes uniformados salió de la parte de atrás de una cortina y avanzaron juntos en el recorrido. El primero se arrodilló a los pies de la reina, retiro la tapa con forma de cúpula sobre la bandeja, sosteniéndola por encima de su cabeza. La sonrisa de la reina creció cuando seleccionó un enorme y rosado camarón, sacando la carne entre sus dientes.

Otro sirviente se arrodilló delante de Kai, mientras que los otros rodearon la habitación y se dejaron caer de rodillas ante el público, revelando bandejas con huevos de pescado color naranja y conchas de ostras al vapor, estofado de tiras de lomo y pimientos rellenos. Cinder se dio cuenta de que Kai no era el único Terrestre en la sala de después de todo. Reconoció a su consejero, Konn Torin, sentado en la segunda fila, y al Presidente Americano y al Primer Ministro Africano y al Gobernador General de Australia y... Dejó de mirar. Todos estaban allí, justo como Levana había querido.

Con el corazón desbocado, examinó a los sirvientes, guardias y soldados de nuevo, con la esperanza de que tal vez Lobo, también, había sido llevado ante la reina. Pero él no estaba aquí. Cinder, Adri, y Pearl eran los únicos prisioneros.

La preocupación roía dentro en ella. ¿A dónde lo habían llevado? ¿Estaba ya muerto?

Ella deslizó su mirada de nuevo hacia Kai. Si él había notado la comida, la ignoró. Podía ver su mandíbula de trabajando, esperando cuestionar su presencia, con ganas de conocer lo que la reina estaba planeando. Podría verlo tratando de razonar un escape a esto, llegar a algún ángulo diplomático que podría utilizar para evitar que lo inevitable sucediera.

—Siéntate, mi amor— dijo Levana, —o estarás interrumpiendo la vista de los otros invitados—.

Kai se sentó demasiado rápido como para que fuera por decisión propia. Volvió su ardiente mirada a la reina. —¿Por qué está ella aquí?—.

—Suenas enojado, mi mascota. ¿Está disgustado con nuestra hospitalidad?—.

Sin esperar una respuesta, Levana levantó la barbilla y precipitó su mirada de Cinder a Adri y Pearl. —Aimery, puedes proceder—.

Él avanzo hasta al frente de la sala, sonriendo a Cinder mientras pasaba junto a ella. Aunque a su abrigo le había sido lavada la sangre, seguía caminando con rigidez para ocultar su pierna lesionada.

Aimery ofreció su codo a Adri, que hizo un sonido medio aterrado medio estrangulado. Le llevó un largo tiempo aceptarlo. Parecía que se iba a enfermar mientras Aimery la conducía hasta el centro de la sala del trono.

A su alrededor, los sonidos de masticación y el lamido de dedos persistieron, como si las delicias fuesen casi tan interesantes como los prisioneros. Los sirvientes seguían en sus rodillas, sosteniendo las bandejas por encima de sus cabezas. Cinder hizo una mueca. ¿Cuán pesadas debían ser esas bandejas?

—Les presento a la corte a Linh Adri de la Comunidad del Este, de la Unión Terrestre— dijo Aimery, liberando el brazo de Adri por lo que se quedó sola de pie en sus propias piernas temblorosas. —Ella está acusada de conspiración contra la corona. El castigo por este delito es la muerte inmediata por su propia mano, y que su hija y dependiente, Linh Pearl, sea dada como un sirviente a una de las familias de Artemisia—.

Las cejas de Cinder dispararon hacia arriba. Hasta ahora había estado preocupada por su propio destino, y no se le ocurrió que Adri podría haber sido llevada allí por alguna razón que no fuera solo para molestarla.

Quería que no le importara. Quería sentir nada más que desinterés hacia el destino madrastra.

Pero sabía que, a pesar de sus muchos defectos, Adri no había hecho nada para merecer una ejecución Lunar. Este era un juego de poder por parte de Levana, nada más, y era imposible no sentir una pizca de lástima por la mujer.

Adri cayó de rodillas. —Juro que no he hecho nada. Yo…—

Levana levantó una mano y Adri se quedó en silencio. Un agonizante momento siguió en el que la expresión de Levana era ilegible. Finalmente, ella chasqueó la lengua, como castigando a un niño pequeño. —Aimery, continua—.

El taumaturgo asintió. —Una investigación ha demostrado que las dos invitaciones con que las que los cómplices de Linh Cinder fueron capaces de invadir el palacio de Nueva Pekín y secuestrar al emperador Kaito, fueron dadas a ellos por nadie más y nadie menos que esta mujer. Las invitaciones eran para ella y su hija adolescente—.

—¡No! ¡Ella las robó! ¡Las robó! Yo nunca se las habría dado. Nunca la ayudaría. La odio… ¡la odio!— Ella sollozó de nuevo, con los hombros tan encorvados que prácticamente estaba ahora hecha una bola en el del piso del salón. —¿Por qué me está pasando esto? ¿Qué he hecho? Yo no... Ella no es mía... —.

A Cinder ahora le resultaba más fácil no importarle.

—Debe calmarse, señora Linh— dijo Levana. —Vamos a ver la verdad de sus lealtades muy pronto—.

Adri gimió e hizo un intento de recobrar la compostura.

—Eso está mejor. Usted ha sido la tutora legal de Linh Cinder durante casi seis años ¿es eso correcto?—.

Todo el cuerpo de Adri estaba temblando. —Es- es verdad. Pero yo no sabía lo que era, lo juro. Mi esposo era el que la quería, no yo. ¡Ella es la traidora! Cinder es una criminal, y un peligro, una engañosa chica, pero pensé que sólo era un ciborg. No tenía idea de lo que estaba planeando, o la habría entregado yo misma—.

Levana pasó una uña sobre el brazo de su trono. —¿Estuvo usted con Linh Cinder cuando se sometió a las cirugías ciborg?—.

El labio de Adri curveó con disgusto. —¡Por las estrellas, no! Su operación se completó en Europa. No la conocí a hasta que fue llevada a Nueva Pekín—.

—¿Estuvo su marido presente en la operación?—.

Adri parpadeó, aturdida. —Yo... no lo creo. Nunca hablamos de ello. A pesar de que se marchó por un par de semanas, cuando fue a... a reclamarla. Sabía que él iba a ver a un niño que tuvo un accidente de levitador. Aunque por qué él tuvo que ir todo el camino hasta Europa para hacer una caridad nunca lo entendí, y su filantropía fue recompensada con nada más que dolor. Él contrajo letumosis en ese viaje, murió a las pocas semanas de regresar, dejándome sola para cuidar a mis dos niñas y esta cosa que dejó en mi custodia- —.

—¿Por qué nunca buscó sacar provecho de sus inventos después de su muerte?—.

Adri se quedó boquiabierta ante la pregunta de la reina. —¿Perdón, Su Majestad?—.

—Él era un inventor, ¿o no? Seguramente le habrá dejado algo de valor—.

Adri ponderó esto, tal vez preguntándose por qué la reina Lunar estaba interesada en su difunto esposo. Su mirada se precipitó alrededor de los guardias y Lunares. —N-no, Su Majestad. Si había algo del valor, nunca vi un solo micro-univ por ello—. Una sombra cayó sobre su rostro. —Él nos dejó con nada más que desgracia—.

La voz de Levana era helada. —Está mintiendo—.

Los ojos de Adri se agrandaron. —¡No! No lo hago. Garan nos dejó con nada—.

—Tengo evidencias de lo contrario, Terrestre. ¿Cree que soy un tonta?—.

—¿Qué evidencias?— Adri chilló. —Yo no he- Lo juro por su-— Pero lo que fuera que quería jurar fue ahogado por un torrente de sollozos.

Cinder apretó la mandíbula. Ella no sabía qué juego estaba jugando Levana, pero sabía que la histeria de Adri no haría ni un poco de diferencia. Consideró usar su don Lunar para detener el llanto incontrolado de Adri para que así pudiera morir con un poco de dignidad, pero endureció su corazón y no hizo nada. Podría necesitar su fuerza cuando llegara el momento de su propio juicio. Cuando llegara su turno, ella juró no disolverse en un lío tembloroso.

—¿Aimery?— Dijo Levana, sus palabras cortando sobre los sollozos de Adri.

—Uno de nuestros regimientos descubrió una caja con papeles en el espacio de almacenamiento arrendado a Linh Adri en su edificio de apartamentos—.

Levana sonrió. —¿Todavía desea mantener su defensa de que no había nada de valor dejado por su marido? ¿Ningún papel importante resguardado en el almacén?—.

Adri vaciló. Comenzó a negar con la cabeza, pero se detuvo. —No... no lo sé... —.

—El papeleo— dijo Aimery, —indica una patente de diseño pendiente de un arma con la finalidad prevista de neutralizar el don Lunar. Tenemos la sospecha de esta arma fue pensada para ser usada en su contra, Su Majestad, y sobre nuestro pueblo—.

Cinder estaba luchando para mantenerse al tanto con las acusaciones de Aimery. Un arma con la finalidad prevista de neutralizar el don Lunar. Apenas se abstuvo de frotar la parte posterior de su cuello, donde la invención de Linh Garan 'un dispositivo de seguridad bioeléctrica' había sido instalado en su cableado. ¿Era eso lo que estaban hablando?

—Espera— dijo Kai, su voz como un trueno. —¿Tiene este papeleo que presuntamente prueba su culpabilidad?—.

Aimery ladeó la cabeza. —Ya se ha destruido, como un asunto de seguridad real—.

Los nudillos de Kai se tornaron blancos mientras apretaba los brazos de la silla. —No se puede destruir evidencias y luego tratar de usarlas para condenar a alguien. No pueden esperar que creamos que han encontrado esta caja llena de papeles, durante un registro ilegal, eso sí, y sostener que eran las patentes de un arma orientada a los Lunar, y que Linh Adri tenía algún conocimiento sobre el trabajo de la misma. Eso es un montón de especulaciones. Y sobre todo, han violado numerosos artículos del Acuerdo Interplanetario cuando aprehendieron a un ciudadano de la Tierra sin justa causa e invadieron propiedad privada—.

Levana acopló su barbilla con una mano. —¿Por qué no discutimos sobre esto más adelante, querido?—.

—Oh, ¿quieres discutirlo más adelante? ¿Eso sería antes o después de haber asesinado a una inocente Terrestre?—.

Levana se encogió de hombros. —Eso aún está por verse—.

Kai se burló. —No puedes…— Él calló abruptamente, obligado a sostener su lengua.

—Pronto aprenderás, querido, que no me gusta que se me diga que no puedo—. Levana movió su atención hacia Adri de nuevo. —Linh Adri, ha escuchado los cargos en su contra. ¿Cómo se declara?—.

Adri tartamudeó: —Yo-yo soy inocente. Le juro que nunca... Yo no sabía... no... —.

Levana suspiró. —Quiero creerle—.

—Por favor— rogó Adri.

Levana comió otro camarón. Tragó. Lamió sus labios rojos como la sangre. —Estoy dispuesta a ofrecerle clemencia—.

Un susurro de curiosidad se extendió a través de la multitud.

—Esta decisión está sometida a que reniegue todo interés legal sobre la niña huérfana, Linh Cinder, y jure lealtad a mí persona, la reina legítima de Luna y la futura emperatriz de la Comunidad del Este—.

La cabeza de Adri ya se estaba balanceando. —Sí. Si, lo hago. Con mucho gusto, Su Gracias. Su Majestad—.

Cinder fulminó la parte posterior de la cabeza de Adri. No porque su decisión fuese una gran sorpresa, sino porque no podía imaginar que fuera a ser tan fácil. Levana estaba planeando algo y Adri estaba cayendo derechito en sus manos.

—Bien. Todos los cargos han sido absueltos. Puede mostrar sus respetos a su soberano—. Levana tendió una mano, y Adri, tras un momento de vacilación, se apresuró hacia delante sobre sus rodillas y dio un agradecido beso en los dedos de la reina. Ella comenzó a sollozar de nuevo.

—¿No muestra la niña alguna gratitud?— Dijo Levana.

Pearl chilló, pero lentamente arrastró los pies hacia el frente y besó a Levana en las manos.

Una mujer en la primera fila, con la boca llena, aplaudió educadamente.

Levana asintió y dos guardias se adelantaron para arrastrar a Adri y Pearl hacia un lado de la habitación.

Cinder ya había puesto los pensamientos de su madrastra hacia un lado, preparándose, cuando la atención de Levana aterrizó en ella. No hizo ningún intento de retener su deleite cuando dijo: —Vamos a continuar con nuestro segundo juicio—.

CAPÍTULO 51

Cinder avanzó pesadamente hasta el lugar donde Adri se había estado humillándose hace unos momentos. Plantó sus pies y se preparó con una exhalación que esperaba fuese estabilizadora, aunque era imposible ignorar el revoloteo de su pulso o la lista de las treinta diferentes hormonas que según la pantalla en su retina estaban inundando su sistema. Su cerebro estaba muy consciente de su miedo.

Dos guardias la flanquearon a ambos lados.

—Nuestra segunda prisionera, Linh Cinder,— dijo Aimery, caminando en frente de ella —ha sido acusada de los siguientes delitos: emigración ilegal a la Tierra, rebeldía, asistencia a un traidor a la corona, conspirar contra la corona, secuestro, intromisión en los asuntos intergalácticos, obstrucción de la justicia, robo, evasión del arresto, y traición real. El castigo por estos crímenes es la muerte inmediata por su propia…—.

—No, — dijo la reina Levana, sonriendo. Estaba claro que había pensado mucho sobre ese momento. —Ha demostrado que es demasiado difícil manipularla, por lo que debe de hacerse una excepción. Su pena será la muerte inmediata por... oh, ¿qué será? ¿Envenenamiento? ¿Ahogo? ¿Un incendio?—.

Sus ojos se estrecharon con la última palabra y Cinder tuvo un marcado recuerdo -una pesadilla que había soñado cientos de veces. Un lecho de brasas al rojo vivo carbonizando su piel, su mano y su pierna desmoronándose en cenizas.

—¡Desmembramiento!— un hombre gritó. —¡Empezando por esos apéndices horrendos!—.

Su sugerencia fue recibida con un rugido de aprobación por parte de la multitud. Levana permitió el bullicio por un momento antes de levantar la mano para pedir silencio. —Una sugerencia bastante vil, para una chica bastante vil. Lo permito—.

Los vítores explotaron a través de la habitación.

Kai se puso en pie. —¿Son ustedes salvajes?—.

Levana lo ignoró. —Otra idea viene a mi mente. Quizás el honor de promulgar este castigo no debería ser de nadie más que de mi reciente, y más leal súbdito. Creo que ella estará más que agradecida—. Levana enroscó sus dedos. —Linh Adri. ¿Podría dar un paso hacia adelante nuevamente?—.

Adri parecía a punto de desmayarse. Dio dos pasos inciertos hacia el frente.

—Esta es la oportunidad de demostrar que eres leal a mí, tu futura emperatriz, y que desprecias a tu una vez adoptada-hija tanto como se lo merece—.

Adri tragó saliva. Ella estaba sudando. —Usted... usted quiere que yo... —.

—La desmiembre, señora Linh. ¿Supongo que necesitara un arma? ¿Qué le gustaría? Haré que lo traigan. ¿Un hacha de guerra tal vez, o un hacha normal? Con un cuchillo parece que podría volverse un lio, pero con una buena y afilada hacha…—.

—Detén esto— dijo Kai. —Es repulsivo—.

Levana se reclinó en su silla. —Estoy empezando a pensar que no aprecias tu regalo de bodas, querido. Eres libre de retirarte si estos procedimientos te perturban—.

—No voy a dejar que hagas esto— susurró entre dientes, con el rostro enrojecido.

Levana se encogió de hombros ante Kai. —No me puedes detener. Y no detendrás la coronación. Hay demasiado en juego como para arriesgarlo todo por una chica... una ciborg. Sé que estarás de acuerdo—.

Los nudillos de Kai estaban blancos y Cinder podía imaginarlo golpeando a la reina, o intentar alguna cosa igualmente estúpida.

—Alicates— ella dijo, el tono de voz y la declaración aleatoria fueron suficiente para llevar la de atención de todos de nuevo hacia ella. La frente de Kai se frunció, pero sólo en ese momento entre la confusión y la manipulación de ella cuando lo golpeó. Cinder sintió su energía, crujiendo y ardiendo, e hizo todo lo posible para calmarlo. —Todo está bien— dijo, aliviada al ver que sus músculos se relajaban.

Probablemente estaría enojado por esto más tarde.

Gruñendo, Levana apartó la bandeja de aperitivos y se levantó, golpeando el sirviente a su lado. Este se apresuró a alejarse. —Deja de manipular mi esposo—.

Cinder se rio, su mirada se deslizó de nuevo hasta la reina. —No seas hipócrita. Lo manipulas todo el tiempo—.

—Él es mío. Mi esposo. Mi rey—.

—¿Tu prisionero? ¿Tu mascota? ¿Tu trofeo? — Cinder dio un paso adelante, y un guardia estaba allí, una mano en su hombro, reteniéndola, mientras otra media docena de guardias saltaron en atención. Cinder olfateó. Era bueno saber que podía poner a Levana nerviosa, incluso con las manos atadas. —Debe ser muy gratificante saber que cada relación que has tenido se basa en una mentira—.

Los labios de Levana se arrugaron, y por un momento, una distorsión, una imagen inconsistente apareció como una cascada en la pantalla de la retina de Cinder. Algo estaba mal en el lado izquierdo del rostro de Levana. Uno de los párpados estaba medio cerrado. Extrañas crestas a lo largo de su mejilla. Cinder parpadeó rápidamente, preguntándose si la ira de Levana estaba causando que perdiera el control de su glamour, o si se trataba de sus propios ojos optobionicos tratando de dar sentido a la anomalía en frente de ellos.

Ella se estremeció ante la sobrecarga de datos visuales, tratando de disimular la pérdida de su concentración.

Los guardias empezaron a relajarse cuando la reina lo hizo...

—Tú eres la mentirosa— dijo Levana, su voz baja. —Eres un fraude—.

La atención de Cinder fue capturada por la boca de la reina, por lo general tan perfecta en su rojo carmesí. Pero algo estaba mal ahora. Una extraña curvatura caída hacia un lado que no encajaba en la usual sonrisa apática de la reina.

Había daños por debajo del glamour. Cicatrices de algún tipo. Tal vez incluso parálisis.

Cinder miraba, su pulso atronador a través de su cabeza. Una idea, una esperanza, comenzó a construirse en el fondo de sus pensamientos.

—Créeme, me han llamado cosas peores— dijo, regresando su expresión de nuevo a la indiferencia, aunque ella podía decir que fue demasiado tarde. Levana había visto el cambio en ella, o tal vez lo sintió. La reina estuvo inmediatamente resguardada otra vez, sospechosa.

Levana podría protegerse a sí misma todo lo que quisiera. Ella podía usar su glamour en todos los de esa sala, en todo el mundo de su reino.

Pero no podía engañar a Cinder. O, mejor dicho, no podía engañar a la computadora interna de Cinder.

Ella dejó de luchar contra la avalancha de datos que se reconstruían a través de su interfaz cerebro-máquina.

El glamour era una construcción biológica. Usando la bioelectricidad natural de una persona con el fin de crear pequeños impulsos eléctricos en el cerebro, para cambiar lo que ven, piensan, sienten o lo que hacen. Pero la parte ciborg del cerebro de Cinder no podía ser influenciada por la bioelectricidad. Era todo maquinaria, toda datos y programación, matemáticas y lógica. Cuando se enfrentaba con un glamour Lunar o cuando un Lunar trataba de manipularla, las dos partes de su cerebro iban a la guerra, intentando descubrir cual lado debía ser el dominante.

Esta vez, ella dejó que el lado ciborg ganara.

El revoltijo caótico de información regresó con toda su fuerza. Piezas luchando para acomodarse en su lugar, al igual que ver a un rompecabezas formado por píxeles y códigos binarios trabajando en su cabeza. Como haciendo que una cámara enfocara, cada glamour en la sala fue reemplazado con la verdad. El chal ronroneante del leopardo de las nieves no era nada más que una cortina de piel sintética. Los zapatos pecera no eran nada más que un claro acrílico. Levana estaba usando sin duda un elaborado vestido rojo, pero había lugares en los que se aferraba apretando demasiado o se tendía muy flojo, y la piel reveladora en su brazo izquierdo era...

Cicatrices. No como la piel de Cinder alrededor de las prótesis.

A medida que el mundo se enderezaba y la realidad remendada detenía la codificación tirando y cosiendo juntos, Cinder ordenó su cerebro que comenzara a grabar.

—Soy culpable de los delitos que enlistó— dijo. —Secuestro, conspiración y todo el resto. Pero estos no son nada comparados con el delito que usted cometió hace trece años. Si hay alguien en esta sala que es culpable de traición real, es la mujer que se sienta en el trono—. Ella fijó sus ojos en Levana. —Mi trono—.

La multitud se agitó y Levana sonrió, fingiendo indiferencia, aunque sus manos estaban temblando, y los detalles de las mismas desplazándose entre dedos pálidos y un meñique que se marchitaba, los constantes cambios estaban haciendo que fuera difícil para Cinder enfocarse.

—No eres más que una criminal— dijo Levana, su voz retorciéndose —y serás ejecutada por tus crímenes—.

Cinder flexionó su lengua, probando, y levantando la voz. —Yo soy la princesa Selene—.

Levana se inclinó hacia delante. —¡Eres una impostora!—.

—Y estoy lista para reclamar lo que es mío. Pueblo de Artemisia, esta es su oportunidad. Renuncien a Levana como su reina y júrenme lealtad, o prometo que cuando lleve esa corona, cada persona en esta habitación será castigada por su traición—.

—Es suficiente. Mátenla—.

Al principio, los guardias no se movieron, y la breve vacilación era toda la información que Cinder necesitaba.

Levana, en su histeria, había perdido el agarre mental de sus protectores.

Antes de que los taumaturgos pudieran darse cuenta de lo que había sucedido, Cinder se deslizó en sus mentes. Doce guardias reales. Doce hombres que eran, como Jacin una vez le dijo, maniquíes sin cerebro. Títeres para la reina controlara como ella quisiera. Doce protectores armados, dispuestos a obedecer cada uno de sus caprichos.

La pantalla en la retina de Cinder se encendió con información –su ritmo cardíaco acelerado, el desplazamiento de la manipulación bioeléctrica, la adrenalina inundando sus venas. El tiempo se ralentizó. Sus sinapsis cerebrales dispararon más rápido de lo que podía reconocerlas, la información era leída, traducida y almacenada antes de que pudiera interpretarla. Siete taumaturgos: dos en negro estaban detrás de la reina, los cuatro que habían llevado a Cinder desde su celda hasta estar cerca de las puertas, y Aimery. El guardia más próximo estaba a 0,8 metros a la izquierda de ella. Seis soldados lobo: el más cercano a 3.1 metros de distancia; el más lejanos a 6,4 metros. Cuarenta y cinco Lunares en la audiencia. Kai, su consejero y cinco líderes Terrestres junto con diecisiete representantes adicionales de la Unión. Treinta y cuatro sirvientes de rodillas como estatuas, tratando de mirar a hurtadillas a la chica que decía ser su reina.

Doce guardias, con doce armas y doce cuchillos, todos ellos le pertenecían a ella.

Las amenazas se pesaron, se equilibraron y se midieron. Los peligros se convirtieron en datos, corriendo a través de su calculadora mental. El estilete de cuchillo surgió de la punta del dedo de Cinder.

Cada Terrestre se lanzó fuera de sus asientos para ponerse a cubierto, incluyendo Kai. Sólo después se dio cuenta que los había obligado a hacerlo.

Luego utilizó a once de los doce guardias para abrir el fuego.

Once pistolas dispararon. La munición apuntando a los seis mutantes lobo, mientras que el guardia más cercano liberaba su cuchillo y cortaba a través de los lazos alrededor de las muñecas de Cinder. En la prisa, ella sintió el estruendo hoja contra su palma de metal.

Sus manos explotaron en libertad. Su cuerpo y su mente estaban en armonía, tal como Lobo le había enseñado. Su cerebro tachaba la lista de amenazas.

Los soldados lobo se abalanzaron sobre los guardias mientras otra ronda de balas explotaba a su alrededor.

El sirviente más cercano se puso en pie y cargó en contra de Cinder, como si fuera a taclearla.

Cinder lo agarró y lo empujó hacia un taumaturgo. Ellos chocaron con una serie de gruñidos, colapsando en el suelo.

—¡Mátenla!— La voz de Levana rompiéndose.

Más disparos palpitaban contra los tímpanos de Cinder. Cuerpos revueltos y sillas chirriando. Cinder perdió la pista de donde estaban los guardias y si alguno de los soldados lobos había caído, dos aristócratas corrían hacia ella desde ambos lados y ella pidió a los guardias que se centraran en los taumaturgos, *los taumaturgos, ahora*. Hubo

otra descarga de balas y los aristócratas gritaron y se desplomaron tratando de escurrirse fuera de la lucha tan pronto como fueron puestos en libertad.

Un soldado lobo agarró a Cinder desde atrás. El dolor atravesó su hombro, los dientes caninos desgarrando su carne. Ella gritó. La sangre caliente goteaba por su brazo. Levantando su mano ciborg, apuñaló salvajemente y la hoja chocó con la carne. El soldado la liberó con un rugido y ella se giró, pateándolo lejos.

Temblando de pies a cabeza, trató de recuperar las mentes de los guardias, pero en ese segundo de distracción la habitación había sido vaciado de las ondas bioeléctricas de los guardias. Diez de ellos estaban muertos, rasgados en pedazos por los soldados, que se habían vuelto en contra de ellos con sorprendente ferocidad, a pesar de los agujeros de bala sus pechos y estómagos.

En el caos, Cinder encontró a Kai, quien la estaba mirando, con la mandíbula abierta.

Ella apartó la mirada y encontró a la reina, todavía gritando y tratando de emitir alrededor sus órdenes, pero los dos guardias restantes ya no le pertenecían a ella y a los lobos no les importaba a quién estaban atacando y los taumaturgos... muertos. Todos muertos. Cinder los había matado a todos. Excepto, tal vez a Aimery, al cual no podía encontrar en medio del caos. Ella lo quería, pero quería más a otra persona.

Lúcida, Cinder se agachó para recoger el arma de uno de los guardias caídos. Levantó su brazo, apretando los dientes por el dolor punzante en el hombro, y apuntó hacia el lugar entre los ojos de la reina.

Por una fracción de segundo, Levana pareció aterrorizada.

Entonces Kai se interpuso entre ellas, su rostro holgado por la manipulación.

El sudor goteaba en los ojos de Cinder, desdibujando el mundo a su alrededor.

Las pesadas puertas se abrieron de golpe, seguidas por el sonido de las botas golpeando en el pasillo.

Los refuerzos habían llegado.

Animada, Levana envió a cada persona que permanecía en la sala cargar en contra de Cinder. Los Terrestres y los aristócratas no tenían armas, pero eran un montón de manos y un montón de uñas y un montón de dientes.

Los nuevos guardias estarían acercándose por detrás.

¿Cuál había sido su sentencia? ¿Muerte por desmembramiento?

Cinder bajó el arma, giró y corrió. Pasando los títeres Lunares en sus ropas resplandecientes. Pasando los siervos sin mente y los taumaturgos muertos, y las salpicaduras de sangre, las sillas caídas, Pearl y Adri acurrucadas en un rincón. Ella corrió hacia el único escape -el muy abierto balcón colgando sobre el agua.

El dolor en su hombro palpitaba y ella utilizó ese recordatorio para correr más rápido, sus pies golpeando contra el duro mármol.

Escuchó disparos, pero ya había saltado. El cielo negro se abrió ante ella y ella cayó.

CAPÍTULO 52

Kai estaba clavado en el suelo, como una estatua rodeada de confusión. Levana estaba gritando, no, chillando, su voz normalmente melódica se volvió estridente e insoportable. Ella estaba gritando órdenes: —¡Encuéntrenla! ¡Tráiganla de vuelta! ¡Mátenla!—. Pero nadie estaba escuchando. No quedaba nadie para escuchar.

Casi todos los guardias estaban muertos. Los taumaturgos, muertos. Los soldados lobo, muertos. Un puñado de sirvientes y cuerpos de aristócratas sembraban el suelo también, arrojados entre sangre y muebles rotos, las víctimas de los hambrientos soldados híbridos sueltos entre la multitud desarmada y desprevenida.

Junto a él, Levana arrancó el collar de piedras preciosas de una mujer Lunar y lo arrojó a una criada que estaba acurrucada en el suelo, salpicada de sangre. —¡Tú! ¡Tráeme más guardias! Quiero que cada guardia y taumaturgo en el palacio estén en esta sala ahora. Y tú, ¡limpia este desastre! ¿Qué están esperando allí todos ustedes?—

Los sirvientes se dispersaron, medio arrastrándose, medio deslizándose hacia las salidas ocultas en las paredes.

La conciencia empezó a cavar a través del shock, y Kai miró a su alrededor, viendo a un grupo de líderes de la Tierra agrupados en una esquina. Torin estaba entre ellos. Parecía herido. Su traje estaba desaliñado.

—¿Estás herido?—, Preguntó Kai.

—No, señor—. Torin se dirigió a Kai, agarrando los respaldos de las sillas para no resbalar en el suelo ensangrentado. —¿Y usted?

Kai sacudió la cabeza. —¿Los Terrestres-?—

—Todos han sido revisados. Nadie parece estar lesionado—.

Kai intentó tragar saliva, pero su garganta estaba demasiado seca y la saliva se atascó hasta que lo intentó una segunda vez.

Vio a Aimery emerger de una de las alcobas de los sirvientes, el único superviviente taumaturgo del juicio, aunque más estaban llegando ya. Los miembros del tribunal que aún no había corrido de la sala del trono estaban pegados a las paredes traseras, sollozando histéricamente o parloteando entre sí, tratando de revivir el evento traumático, juntando sus historias. ¿Quién había visto qué y cuál guardia había disparado a quién y lo hizo esa chica, realmente creía que ella era la princesa perdida?

Cinder, medio muerta de hambre y rodeada de enemigos, había causado tanta destrucción en tan poco tiempo, justo en frente de la reina. No era natural. Imposible. Algo increíble.

Una risa burbujeaba en la garganta de Kai, temblando sin control en su diafragma. Sus emociones fueron trituradas por el miedo y pánico y admiración. La histeria lo golpeó como un puñetazo en el estómago. Se llevó una mano a la boca cuando la risa enloquecida se derramó, convirtiéndose rápidamente en respiraciones de pánico.

Torin posó una mano entre sus omóplatos. —¿Majestad?—

—Torin— Kai tartamudeó, luchando por respirar: —¿Crees que esté bien?—

Aunque Torin parecía dudoso, él respondió: —Ella ha demostrado a sí misma ser bastante resistente—.

Kai comenzó a caminar a través de la sala del trono, sus zapatos de boda dejaron huellas en la sangre pegajosa. Al llegar a la orilla, bajó la mirada hacia el agua. No había sido capaz de decir desde su asiento de qué tan profunda fue la caída. Cuatro pisos, por lo menos. Su estómago dio un vuelco. No podía ver a la orilla opuesta. De hecho, el lago se extendía lejos, parecía seguir derecho hasta la pared de la cúpula.

Aunque el aire estaba quieto, el agua estaba picada y negra como la tinta. Buscó y buscó algo que indicara un cuerpo, una chica, el brillo de una extremidad de metal, pero no había ni rastro de ella.

Se estremeció. ¿Cinder podía nadar? ¿Su cuerpo había sido incluso diseñado para nadar? Él sabía que ella había tomado duchas a bordo de la Rampion, pero totalmente sumergida...

—¿Podría haber sobrevivido?—

Kai se sobresaltó. Levana se situó a unos pies de distancia con los brazos cruzados y las fosas nasales encendidas. Kai se alejó de ella, impulsado por el miedo irracional de que estaba a punto de empujarlo de la cornisa. Sin embargo, tan pronto como él se alejó, recordó que todavía podía hacerlo saltar.

—No lo sé— dijo Kai. Para provocarla, añadió: —Eso fue un maravilloso entretenimiento, por cierto. Tenía grandes expectativas, y no me decepcionó—

Ella gruñó y él se alegró de haber retrocedido.

—Aimery— le espetó. —Peinen el lago por la mañana. Quiero que me sirvan el corazón de la ciborg en una bandeja de plata—.

Aimery se inclinó. —Será hecho, su Majestad—. Él asintió con la cabeza hacia el grupo de taumaturgos que habían llegado después de toda la acción, quienes trataban de parecer como si la destrucción de la sala del trono no fuera tan impactante como lo era. Cuatro de ellos se marcharon. —Me temo que debo informar a Su Majestad de que ha habido un disturbio—

—¡Es evidente que hay una disturbio!— Levana bramó. Su uña roja sobresalía hacia el lago. —¿Crees que no puedo ver eso?—

Aimery apretó los labios. —Por supuesto, mi reina, pero hay algo más—.

Su mirada ardía. —¿Qué otra cosa podría ser?—

—Como usted sabe, el juicio y la ejecución de esta noche estaban en vivo… difundiéndose a todos los sectores. Al parecer, como consecuencia de la fuga de la ciborg, la gente está... están amotinándose. En varios sectores, parece. SB- 1 es el más cercano que nuestras imágenes de seguridad indican, y también parece que hay una multitud considerable de civiles que comienzan a marchar hacia Artemisia desde lugares tan lejanos como AT- 6—.

—Ella no se escapó—. La voz de Levana sonaba aguda y tensa, a punto de astillarse. Kai dio otro paso lejos de ella. —Ella está muerta. Díganles que está muerta. Ella no podría haber sobrevivido a la caída. ¡Y encuéntrenla! ¡Encuéntrenla!—

—Sí mi reina. Vamos a montar una transmisión para informar a la gente la muerte de Linh Cinder inmediatamente. Pero no podemos garantizar que esto podrá someter los disturbios...—.

—Basta—. Levana empujó al taumaturgo de su camino y salió hacia su trono, plantándose ante él. —Pongan barricadas a los túneles de levitación magnética dentro y fuera de Artemisia. Bloqueen los puertos. Nadie debe entrar o salir de esta cúpula hasta que se haya comprobado que la ciborg y los civiles de Luna se han arrepentido de sus actos. Si alguien trata de pasar a través de las barricadas, ¡Disparen! —

—Espere— dijo el primer ministro de Europa Bromstad, acechante hacia Levana. La sala del trono se había vaciado en su mayoría de aristócratas lunares, dejando sólo a los siervos que estaban tratando de liberar la habitación de cadáveres y los Terrestres estaban tratando de no parecer tan aturdidos como estaban. —No puede bloquear los puertos. Usted nos invitó a una boda, no a una zona de guerra. Mi gabinete y yo nos vamos esta noche—.

Levana levantó una ceja, y ese elegante y sencillo gesto, hizo que cada cabello de la nuca de Kai se erizara. Ella se acercó al primer ministro, y aunque Bromstad se mantuvo firme, Kai podía verlo lamentando sus palabras. Detrás de él, los otros Líderes se acercaron.

—¿Quiere irse esta noche?— dijo Levana, el ronroneo regresó a sus inflexiones. —Bien, entonces permítame que le ayude con eso—.

Un sirviente cercano, que había estado tratando de ser invisible, dejo de fregar el suelo y en su lugar tomó un tenedor. De rodillas, con la cabeza inclinada, el criado le entrego el tenedor al primer ministro Bromstad.

En el segundo que su mano se cerró alrededor del mango del tenedor, el miedo se apoderó de su rostro. No solo miedo. El temor de saber que ahora estaba sosteniendo un arma y Levana podría obligarle a hacer algo, cualquier cosa que ella quisiera.

—¡Alto! —, Dijo Kai, agarrando el codo de Levana.

Ella se burló de él.

—Como he dicho antes, no voy a hacerte mi emperatriz si atacas a un líder de un país aliado. Déjalo ir. Que todos se vayan. Ha habido suficiente derramamiento de sangre por un día—.

Los ojos de Levana ardían como brasas, y hubo un momento en el que Kai pensó que podría matarlos a todos y simplemente tomar la Tierra con su ejército, con el camino despejado con todos los líderes mundiales acabados.

Sabía que ese pensamiento había pasado por su cabeza.

Pero había un montón de gente en la Tierra, mucho más que en la Luna. Ella no podía controlarlos a todos. Una rebelión en la Tierra sería mucho más difícil de controlar si trataba de tomarla por la fuerza.

El tenedor cayó al suelo y Bromstad soltó el aire.

—Ella no te salvará— Levana silbó. —Sé que piensas que está viva y que ésta pequeña rebelión tendrá éxito, pero no lo hará. Pronto, voy a ser emperatriz y ella estará muerta. Si no lo está ya—. Mostrando sus intenciones, ella peinó con sus manos la parte delantera de su vestido, como si pudiera suavizar el desastre de la última hora. —No sé

si te veré de nuevo, querido esposo, hasta que estemos juntos por nuestras coronaciones. Me temo que tu mirada me está haciendo mal—.

Gracias a una mirada de advertencia de Torin, Kai logró retener un comentario sobre su decepción inesperada.

Con un chasquido de dedos, Levana ordenó a uno de los criados tener un baño preparado en sus aposentos y entonces se fue, la sangre se aferraba al dobladillo de su vestido mientras barría la sala del trono.

Kai exhaló, mareado por todo. La repentina ausencia de la reina. El olor a hierro de la sangre mezclada con fuertes productos químicos de limpieza y el aroma persistente del estofado de ternera. La forma en que aún resonaban armas de fuego en sus oídos y cómo él nunca olvidaría la imagen de Cinder lanzándose por la cornisa.

—¿Su Majestad?—, Dijo una voz asustada y temblorosa.

Se volvió y vio Linh Adri y Pearl agazapadas en un rincón. Las lágrimas y la suciedad rayaban sus rostros.

—¿Podríamos...?— Adri tragó saliva, y podía ver el ascenso y descenso de su pecho mientras trataba de recobrarse a sí misma. —¿Podría ser posible que usted pueda... enviarnos a mi hija y a mí a casa?— Ella resopló y flamantes lágrimas se agruparon en sus ojos. Arrugando su cara, ella dejó que sus hombros se desploman, su cuerpo se apoyó en la esquina de la habitación. —Estoy lista... quiero ir a casa ahora. Por favor—

Kai apretó la mandíbula, compadeciéndose de la mujer casi tanto como la despreciaba. —Lo siento— dijo —pero parece que nadie se va hasta que esto termine—.

CAPÍTULO 53

El agua la golpeó como el concreto. La fuerza la golpeó a través de su cuerpo. Cada extremidad vibró, primero con la dura palmada del agua, luego con el frio glacial.

Se la tragó hacia abajo. Ella estaba aún conmocionada por el golpe mientras que el aire dejó sus pulmones en una ráfaga de espuma y burbujas. Su pecho ya estaba ardiendo. Su cuerpo se dio la vuelta como una boya, su pesada pierna izquierda arrastrándola hacia abajo.

Una luz roja de advertencia llenó la oscuridad.

INMERSIÓN EN LÍQUIDO DETECTADO.

APAGANDO FUENTE DE ALIMENTACIÓN EN 3...

Eso fue todo lo que pudo obtener de la cuenta regresiva. La oscuridad tiró de la parte trasera del cerebro de Cinder, como si un interruptor hubiera sido apagado. Mareos la golpearon. Se obligó a abrir los ojos y miró hacia la superficie, sólo capaz de orientarse porque podía sentir su pierna tirándola hacia abajo, abajo.

Chispas blancas estaban arrastrándose dentro de las esquinas de su visión. Sus pulmones apretados, rogando contraerse.

Malas hierbas resbaladizas la alcanzaron hasta agarrarse a ella, reduciendo su pantorrilla derecha donde sus pantalones se habían juntados alrededor de su rodilla. Obligándose a sí misma a permanecer consciente, Cinder dirigió la linterna de su dedo a la oscuridad a sus pies y trató de encenderlo, pero nada pasó.

Con solo la suficiente luz del palacio filtrándose a través del barro y el agua, Cinder creyó detectar una serie de huesos pálidos atrapados entre las hierbas. Su pie de metal se hundió en una caja torácica.

Se sacudió, sorpresa aclarando sus pensamientos mientras los huesos se aplastaban debajo de ella.

Apretando los dientes, Cinder utilizó cada onza de energía que le quedaba para impulsarse fuera del fondo del lago, luchando de nuevo hacia la superficie. Su pierna izquierda y mano no estaban respondiendo a sus controles. Se habían convertido en nada más que pesos muertos al final de sus extremidades, y su hombro gritaba donde el soldado mutante había clavado los dientes en su carne. Tomó cada onza de energía restante abrirse camino hacia arriba.

Su diafragma se torció. Sobre su cabeza, la luz en la superficie se hizo más brillante, luces parpadeando como un espejismo sobre la superficie. Sintió la fuerza drenándose de ella, su pierna inundada tratando de arrastrarla de nuevo hacia abajo...

Ella reventó la superficie con una pulverización catódica, tragando enormes bocanadas de aire en sus pulmones. Se las arregló para avanzar en el agua por un momento desesperado antes de que fuera arrastrada de nuevo hacia abajo. Sus músculos quemaban a medida que pateaba, balanceándose de nuevo hacia la superficie, tratando de mantener la cabeza por encima del agua.

A medida que los destellos en su visión comenzaron a retroceder, Cinder limpió el agua de sus ojos. El palacio se elevaba por encima de ella, siniestro y opresivo a pesar de su

belleza, extendiéndose a lo largo de cada lado del lago. Sin luz artificial, iluminando el domo, pudo ver la extensión de la Vía Láctea al otro lado del cristal, hipnotizante.

En el balcón muy por encima de ella, Cinder atrapó sombras moviéndose. Entonces una ola chocó contra ella y estaba bajo el agua otra vez, su cuerpo golpeado contra la corriente. Perdió su sentido de dirección, arriba o abajo. El pánico estalló de nuevo en su cabeza, sus brazos agitándose para controlar el zarandeo de las olas. Su hombro latía. Sólo cuando se sintió hundiéndose fue qué se reorientó a sí misma y pataleó de nuevo a la superficie.

Trató de nadar lejos del palacio, hacia el centro del lago, aunque no había ningún final a la vista. No había recorrido mucho antes de que sus músculos comenzaran a arder, y cada articulación del lado izquierdo de su cuerpo estaba gritándole a los pesos inútiles de sus prótesis. Sus pulmones se sentían arañados en bruto, pero tenía que sobrevivir. No podía dejar de luchar, no podía dejar de tratar. Kai aún estaba allí. Todos sus amigos estaban en algún lugar de Luna, la necesitaban, y el pueblo de los sectores exteriores estaba contando con ella, y tenía que seguir empujando, empujando...

Conteniendo la respiración, Cinder se metió debajo de la superficie y se quitó las botas, dejando que se hundieran. No era mucho, pero se sintió lo suficientemente aligerada como para luchar contra el peso desequilibrado de su cuerpo, impulsándose a sí misma a través de las olas.

El lago parecía infinito, pero cada vez que miraba hacia atrás y veía cuán lejos el palacio Lunar había retrocedido en la distancia, Cinder sentía una nueva oleada de fuerza. La orilla estaba iluminada ahora por mansiones y pequeños muelles para embarcaciones. El otro lado del lago había desaparecido en el horizonte.

Rodó sobre su espalda, jadeando. Su pierna estaba en llamas, los brazos hechos de goma, la herida en su hombro como un picahielos atascado en su carne. No podía ir más lejos.

Se le ocurrió a ella, mientras que una ola se rompía sobre su cuerpo y casi ni se molestaba en llegar a la superficie, que no sabía si había reservado la suficiente energía para llegar a la orilla. ¿Y si la estaban esperando allí? Ella no podía luchar. No podía manipular. Estaba acabada. Una chica medio muerta golpeada.

La cabeza de Cinder chocó contra algo sólido.

Se quedó sin aliento, su pérdida de propulsión enviándola por debajo de la superficie de nuevo.

Atacó con su pie, forzándose a sí misma a retroceder, y escupir el agua de su boca. Sus manos golpearon contra la dura y resbaladiza superficie dura con la que se había encontrado. El domo.

Había llegado al borde de Artemisia.

La enorme pared curva actuó como un dique, sosteniendo el lago hacia atrás, mientras que en el otro lado del cristal del cráter continuaba por millas en cada dirección, seco y marcado y preocupante, terriblemente profundo.

Balanceándose contra el cristal, Cinder miró al fondo del cráter cientos de pies debajo. Se sentía como un pez en una pecera. Atrapada.

Se volvió hacia la orilla, pero no podía obligarse a moverse. Estaba temblando. Su estómago estaba hueco. Su pierna inundada tiraba de ella hacia abajo de nuevo y tomó de la fuerza de un millar de soldados lobo para ella poder volver a subir a la superficie. El agua inundó su boca y escupió tan pronto como su cabeza rompió a través de las olas, pero fue inútil.

Ella no podía.

Los mareos la sacudieron. Sus brazos fracasaron contra el agua. Su pierna derecha cedió primero, demasiado cansada para otra patada más. Cinder abrió la boca y fue arrastrada hacia abajo, una mano deslizándose por la pared de vidrio viscoso.

Hubo una extraña liberación cuando la oscuridad la envolvió. Un orgullo al saber que cuando peinaran el lago encontrarían su cuerpo hasta aquí y sabrían lo duro que había luchado.

Su cuerpo quedó inerte. Una ola empujó su espalda y golpeó la pared, pero apenas lo sintió. Entonces algo la estaba agarrando, arrastrándola hacia arriba.

Demasiado débil para luchar, Cinder se dejó llevar. Su cabeza se irrumpió en el aire y sus pulmones se expandieron. Tosió. Brazos envueltos alrededor de ella. Un cuerpo la presionó contra la pared.

Cinder cayó hacia adelante, colocando su cabeza contra un hombro.

—Cinder —Una voz de hombre, tensa y vibrando a través de su pecho—. Deja de holgazanear, ¿quieres? —Él la ajustó en sus brazos, cambiando su peso para sostenerla en un codo—. ¡Cinder!

Volvió sus ojos llorosos hacia arriba. Capturando destellos de su barbilla y perfil y el cabello mojado pegado a su frente. Ella debe de haber estado delirando.

—¿Thorne? —La palabra atascada en su garganta.

—Capitán... para ti —Apretó los dientes, tratando de arrastrarlos hacia la orilla—. Diablos, sí que pesas. ¡Oh, ahí estás! Que amable de tu parte... ayudar...

—Tu boca consume mucha energía —alguien gruñó. ¿Jacin? —voltéala sobre su espalda para que su cuerpo no luche contra…

Sus palabras se convirtieron en un grito agudo mientras que el cuerpo de Cinder se soltaba del agarre de Thorne, hundiéndose en la calma reconfortante de las olas.

CAPÍTULO 54

Cress e Iko estaban en la orilla del lago agarrándose una a la otra, observando como Thorne y Jacin buceaban por debajo de la superficie. Cress estaba temblando -de miedo, más que de frío- y aunque el cuerpo de Iko no desprendía un calor natural como el de un ser humano, había un conforte que provenía de su solidaridad. Esperaron, pero no había ninguna señal de Thorne o Jacin o Cinder. Habían estado bajo el agua durante mucho tiempo. Un largo tiempo.

Cress no se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que sus pulmones gritaron. Ella exhaló, la sensación fue más dolorosa porque sabía que sus compañeros habrían estado conteniendo la respiración durante tanto tiempo también.

Iko le apretó la mano. —¿Por qué no han…?— Dio un paso hacia adelante, pero se detuvo.

El cuerpo de Iko no fue hecho para nadar y Cress nunca había estado en un cuerpo de agua más grande que una bañera.

Eran inútiles.

Cress presionó una mano temblorosa contra su boca, haciendo caso omiso de las lágrimas calientes en su cara. Había pasado demasiado tiempo.

—¡Ahí!— Gritó Iko, señalando. Dos, no, tres cabezas que aparecieron sobre la oscuridad, cortando las olas.

Iko dio otro paso. —Está viva, ¿verdad? Ella... ella no parece estar moviéndose. ¿La ves moverse?—.

—Estoy segura de que está viva. Estoy segura de que todos están bien—.

Miró a Iko, pero no se atrevió a hacer la pregunta que sabía que todos habían estado pensando.

La transmisión en vivo de la fiesta de bodas les había mostrado todo. El juicio. La masacre. Cinder saltando de la cornisa y cayendo justo en el lago de abajo.

¿Cinder podía nadar?

Todo el mundo lo había pensado, pero nadie lo había preguntado.

Juntos, los cuatro se habían colado por la ciudad, agradecidos de que los pocos Lunares que se encontraron estuvieran demasiado ocupados celebrando el matrimonio de la reina para prestar atención. Jacin había liderado el camino, familiarizado con la ciudad y los patrones del lago, sabiendo donde flotaban en la superficie los cuerpos que ocasionalmente caían desde la sala del trono. No había habido ninguna vacilación entre ellos -todos sabían que tenían que hallar a Cinder mientras Levana se tambaleaba por el ataque.

Cuando habían divisado la forma oscura de Cinder entre las olas, hubo un suspiro rotundo de alegría y alivio de parte de todo el grupo, pero todavía no tenían ni idea de cuál podría ser el estado de Cinder.

¿Estaba viva? ¿Estaba herida? ¿Podía nadar?

Cuando el trío en el agua estuvo lo suficientemente cerca, Crees soltó a Iko y se apresuró a unirse a ellos.

Juntos sacaron el cuerpo Cinder hasta tierra, recostándola en la arena blanca.

—¿Está viva?— Iko preguntó, medio histérica. —¿Está respirando?—.

—Vamos a llevarla a la casa en la costa— dijo Jacin. —No nos podemos quedar aquí—
.

Thorne, Jacin e Iko compartieron el trabajo de cargar el cuerpo inerte de Cinder mientras Cress corría para sostener las puertas. Tres botes de remos se apilaban en los soportes contra las dos paredes laterales, con un cuarto establecido en el medio y cubierto con una lona. Limpió el lío de remos y equipo de pesca de la carpa, creando así un espacio para que ellos pudieran colocar el cuerpo de Cinder, pero Jacin la depositó en el suelo duro en su lugar.

Iko cerró las puertas, envolviendo la habitación en la oscuridad. Cress rápidamente hizo que su portavisor emitiera su fantasmal luz azul.

Jacin no se molestó en comprobar una respiración o un pulso antes de inclinarse sobre Cinder y colocar sus manos juntas sobre el pecho de ella. Sus ojos se endurecieron cuando empezó a bombear hacia abajo el esternón con movimientos fuertes y rápidos. Cress hizo una mueca ante el sonido similar al estallar de un cartílago.

—¿Sabes lo que estás haciendo?—, dijo Thorne, agachado en el otro lado de Cinder. Él tosió y se limpió la boca con el brazo. —¿Necesitas ayuda? Aprendemos sobre esto en el campo de entrenamiento... Lo recuerdo... más o menos... —.

—Sé lo que estoy haciendo—, dijo Jacin.

Y él parecía saber, mientras inclinaba la cabeza de Cinder y formaba un cierre por encima de su boca con la suya. Thorne no parecía consolado, pero no discutió.

Arrodillada a los pies de Cinder, Cress observó en silencio mientras Jacin comenzaba las compresiones de nuevo. Se acordó de los net dramas donde la heroína era revivida por el héroe con la respiración boca a boca. Le había parecido tan romántico. Cress incluso había tenido fantasías acerca ahogarse, sueños en los que la presión de labios de un hombre podía devolverle la vida a su cuerpo sin vida.

Los dramas habían mentido. Había una violencia en esto que ellos no habían mostrado. Ella hizo una mueca mientras las manos de Jacob aplanaban contra el esternón de Cinder por tercera vez, imaginando que podía sentir los moretones en su propio pecho.

Se sintió suspendida en el tiempo. Thorne se puso de centinela junto a la puerta, mirando por una sucia y pequeña ventana para mantener la guardia. Iko envolvió sus brazos alrededor de su cuerpo y parecía lista para disolverse en un inevitable mar de lágrimas.

Cress estaba a punto de tomar la mano de Iko nuevamente cuando Cinder se sacudió. Comenzó a hacer arcadas.

Jacin le inclinó la cabeza hacia un lado y el agua burbujeo fuera de su boca, aunque no tanta como Cress esperaba. Jacin acomodó a Cinder en su lugar, manteniendo la vía aérea limpia, hasta que ella hubo terminado el hackeo.

Ella respiraba de nuevo. Débil e inestable, pero estaba respirando.

Cinder abrió los ojos y Jacin la acomodó en una posición sentada. Su brazo derecho se dejó caer. Su mano encontró el brazo de Jacin y lo apretó. Ella escupió unas cuantas veces más. —Justo a tiempo—, dijo con voz ronca.

El agua estaba brillando en sus labios y mentón hasta que Iko se adelantó y la limpió con su manga. Cinder la miró y sus ojos se iluminaron, aunque sus párpados todavía caían por el agotamiento.

—¿Iko? Pensé... — Con un gemido, cayó sobre su espalda.

Iko chilló y parecía querer colapsar junto con Cinder, pero reconsideró. En cambio, se escurrió alrededor de Jacin para poder levantar los hombros de Cinder y acunar su cabeza en el regazo. Sonriendo con cansancio, Cinder alargó la mano para acariciar las trenzas de Iko. Su mano ciborg había perdido uno de sus dedos.

—No podemos quedarnos aquí, — dijo Jacin, frotándose las gotas de agua de su corto cabello. —Van a empezar la búsqueda cerca del palacio, pero no pasará mucho tiempo antes de que todo el lago esté lleno de barricadas. Tenemos que encontrar un lugar para que se recupere—.

—¿Alguna idea?— Thorne preguntó. —No estamos exactamente en territorio amigo—
.

—Necesito suministros médicos—, dijo Cinder con los ojos cerrados. —Un soldado me mordió. Debo limpiar la herida antes de que se infecte—. Ella suspiró, demasiado agotada para seguir continuar

—No me importaría una comida caliente y una secadora de ropa ya que estamos haciendo demandas— dijo Thorne. Se inclinó hacia adelante, se quitó la camisa empapada.

Los ojos de Cress se abrieron, pegados a él mientras retorcía el lago fuera de la camisa, el agua salpicando en el hormigón.

Jacin dijo algo, pero ella no entendió qué.

Thorne se colocó de nuevo la camisa, un poco más seca y arrugada ahora, y Cress fue capaz de respirar de nuevo.

—Eso podría funcionar— dijo Thorne, señalando con la cabeza a Cinder. —¿Crees que puedes hacerlo?—.

—No— dijo Cinder. —No puedo caminar—.

—No es lejos— dijo Jacin. —Pensé que se suponía que eras dura—,

Cinder le frunció el ceño. —No puedo caminar. El agua le hizo algo a mi interfaz—. Ella pausó. Jadeando. —Mi pierna y mano no están funcionando. Perdí el acceso a la red también—.

Cuatro pares de ojos se volvieron hacia el pie de metal reluciente. Cress no tenía el hábito de pensar en Cinder como ciborg -como algo distinto. Como alguien que sólo podría... dejar de funcionar.

—Bien— dijo Jacin, volviéndose hacia Thorne. —¿Quieres cargarla primero, o lo hago yo?—.

Thorne alzó una ceja. —¿Sabes lo pesada que es?—.

Cinder le dio una patada.

Resopló. —Bien. Tú primero—.

* * *

—¿Estamos seguros sobre esto?— Susurró Cress. Ella estaba en cuclillas detrás de un enrejado cubierto de hiedra, junto con Cinder, Thorne, y Jacin, viendo como Iko levantaba por tercera vez la aldaba brillante de oro de la puerta.

—Te lo dije, no están en casa— dijo Jacin, molesto por la precaución de tener a Iko explorando las columnas de la mansión antes de que entraran. —Esta familia es muy popular en la corte. Van a estar alojados en el palacio durante toda la semana—.

Después de una cuarta ronda sin ningún resultado, Iko se volvió hacia ellos y se encogió de hombros.

Cress pasó un brazo alrededor de la cintura de Cinder -era una buena altura para actuar como una muleta para ella mientras atravesaban el jardín. El pie metálico de Cinder se arrastraba muerto en el camino de piezas de vidrio azul.

—¿Que si está cerrado?— preguntó Cress, mirando por la calle, a pesar de que no habían visto a una sola persona. Tal vez todo ese barrio se componía de los miembros más populares de la corte. Tal vez toda la ciudad estaba fuera teniendo una ruidosa celebración en el palacio.

—Entonces lo abriré— dijo Thorne.

La puerta no estaba cerrada con llave. Se encontraron en una grandiosa entrada con una escalera de caracol y un mar de oro y azulejos blancos.

Thorne dejó escapar un silbido. —Este lugar está pidiendo un saqueo—.

Iko respondió, —¿Puedo saquear el armario principal?—.

Jacin encontró un enorme jarrón lleno de flores y lo puso en el suelo dentro de la puerta, así cualquiera que la abriera sería noqueado y rompería el jarrón en cientos pedazos diminutos. Una advertencia justa de que ya era hora de marcharse.

No les tomó mucho tiempo encontrar una cocina que era más grande que el satélite de Cress. Cress e Iko maniobraron a Cinder hasta un taburete y la ayudaron a posicionar la pierna mientras Jacin revolvía la despensa, emergiendo con un surtido de frutos secos y frutas.

—¿Qué crees que es lo que te pasa?— Preguntó Iko.

Cinder golpeó la palma de su mano contra el costado de su cabeza, como si esperara acomodar algo nuevo en su lugar. —No es una cuestión de energía— dijo. —Mis ojos están trabajando, por lo menos. Es algo en la conexión entre la interfaz cerebro-máquina y mis prótesis. Afecta tanto mi mano como la pierna al mismo tiempo, por lo que debe ser una conexión primaria. Mi panel de control podría haber haberse saturado de agua o algo así. Podrían ser unos cables muertos—. Ella suspiró. —Creo que debería sentirme afortunada. Si mi célula de energía hubiese muerto, yo estaría muerta con ella—.

Ellos reflexionaron al respecto por un momento, recogiendo la comida.

Thorne volvió a mirar a la despensa. —¿Viste algo de arroz allí? Tal vez podríamos llenar la cabeza de Cinder con eso—.

Todo el mundo se le quedó mirando.

—Ya saben, para absorber la humedad... o algo así. ¿No es eso algo?—.

—No vamos a verter arroz en mi cabeza—.

—Pero estoy bastante seguro de que recuerdo una persona poner su portavisor en una bolsa de arroz, una vez después de que había caído en una lavadora de ropa y-—.

—Thorne—.

—Sólo trato de ser útil—.

—¿Qué necesitas para arreglarlo?— preguntó Cress, después encorvó sus hombros hacia abajo mientras todos los ojos se volvían hacia ella.

Cinder frunció el ceño, y Cress podía verla trabajando a través de las diferentes posibilidades. Luego se echó a reír, arrastrando su mano buena por el pelo enredado, todavía húmedo. —Un mecánico—, dijo. —Un muy bueno—.

Iko sonrío. —Eso, lo tenemos. Además, estamos en una mansión. Tienen un montón de tecnología aquí. Sólo tenemos que encontrar las piezas y herramientas, y puedes decirme que hacer para arreglarte ¿Cierto?—.

Cinder arrugó los labios. Había círculos oscuros bajo sus ojos y una palidez poco saludable para su piel. Cress nunca la había visto tan desgastada.

Iko ladeó la cabeza. Ella debió haberlo notado también, porque pasó un momento estudiando a Cinder, después a todo el mundo en su grupo. —Todos ustedes lucen horrible. Tal vez deberían descansar por un rato. Puedo vigilar—.

Ellos reflexionaron sobre la idea por un minuto, antes de que Thorne dijera: —Eso en realidad no es una mala idea—.

Iko se encogió de hombros. —Alguien tiene que permanecer lúcido en una situación de emergencia—. Con el ceño fruncido, agregó —Aunque nunca pensé que tendría que ser yo—.

Thorne se volvió hacia Cinder. —Vas a pensar más claramente después de una siesta—.

Ella lo ignoró, mirando el mostrador. Hubo una caída abatida sobre los hombros, un vacío en su mirada.

—No creo que una siesta vaya a solucionar esto— dijo ella, levantando su mano ciborg. Colgaba de su muñeca, un agujero donde el dedo había sido retirado. —No puedo creer que esto esté sucediendo. No puedo luchar así, o iniciar una revolución, o ser una reina. No puedo hacer nada como eso. Estoy rota. Estoy literalmente rota-—.

Iko colocó una mano en el hombro de Cinder. —Sí, pero roto no es lo mismo que irreparable—.

CAPÍTULO 55

—No fue una buena idea —dijo Scarlet.

Winter la miró sobre su hombro. Había disconformidad en la cara de Scarlet y una pequeña línea de preocupación entre sus cejas.

Suspirando profundamente, Winter jugueteó con uno de los rizos de Scarlet.

—Todavía no has regresado.

Scarlet se la sacudió de encima.

—Claro, pero solo porque ya no sé ni en dónde estamos —Scarlet miró sobre su hombro—. Hemos estado dando vueltas por estas cuevas durante horas.

Winter siguió su mirada, pero el pasaje era tan sombrío que solo podían ver unos cuantos metros antes de que las sombras engulleran lo que había más allá, iluminado solo por la ocasional aparición de un orbe brillante en el techo. Winter no sabía cuán lejos Scarlet y ella habían llegado a través de los túneles subterráneos de lava en busca de los soldados lobo, en busca de un ejército, y también ignoraba cuánto les faltaba para que los encontraran. Cada vez que pensaba en regresar, Winter imaginaba escuchar el eco de un aullido en la distancia, lo que la obligaba a continuar. Su sueño de Ryu y Levana seguía aferrado a sus pensamientos como el polen pegajoso, por lo que pensaba en ellos continuamente.

Levana creía que podía controlarlos a todos en Luna. A su gente, a sus soldados, e incluso a Winter.

Pero se equivocaba. Winter estaba cansada de ser manipulada, y sabía que ella no era la única que pensaba lo mismo. Encontraría a los soldados que pelearían en su nombre y juntos se librarían de su madrastra y de su crueldad.

Doblaron otra curva. Las paredes oscuras y arenosas seguían siendo iguales. El techo era irregular, pero el suelo estaba gastado por todos los pies que por años pasaron por allí. Pies cuyos dueños marcharon. ¿Los soldados marchaban? Winter no estaba segura. No le había prestado mucha atención al ejército de su madrastra. Deseo haberlo hecho, saber qué es lo que hacían los niño-soldados de Levana. Lo que había estado planeando durante todo este tiempo.

La cueva se veía como la primera vez que se construyó a partir de lava líquida, millones de años atrás. En ese entonces, Luna había sido un lugar de calor y transformación. Lo cual era difícil de imaginar en esos túneles ahora fríos y áridos, en los que reinaba una oscuridad tranquila.

Cuando los Terrestres construyeron su primera colonia, hicieron sus hogares temporales en el vasto sistema de túneles subterráneos interconectados en lo que se construían los domos, y después los convirtieron en bodegas de almacenamiento y vías de transporte.

Recientemente se comenzaron a utilizar con fines más violentos y grotescos.

—Barrancones secretos para una armada secreta —Winter susurró para sí misma.

—Ya fue suficiente —Scarlet paró y puso los brazos en jarras—. ¿Al menos sabes a dónde vamos?

Winter tiró de su propio cabello en esta ocasión, el cual se estiró como si fuera un resorte contra su mejilla. Todavía había un bulto bajo su cuero cabelludo en el lugar donde golpeó su cabeza, aunque el dolor se había desvanecido casi por completo.

—Muchos de estos túneles de lava que no se usaron para los transbordadores se convirtieron en centros de capacitación subterránea. Es ahí en donde deberían estar los soldados. Los que no han sido enviados a la Tierra, al menos.

—¿Y cuántos túneles de estos existen bajo la superficie de Luna? —Scarlet parpadeó lentamente.

Winter imitó su gesto.

—No lo sé. ¿Pero sabías que Luna nació como una gigantesca bola de lava líquida?

—¿Y cuántos regimientos de lobos se quedaron en Luna? —Scarlet hizo una mueca con los labios.

En esta ocasión, Winter no respondió.

Scarlet se frotó la frente con un suspiro.

—Lo sabía. Sabía que no era buena idea escucharte, Winter. Podríamos deambular por estos túneles por días y no encontrarnos con una sola persona. E incluso si encontramos esos regimientos, o manadas, o como sea que se llamen a sí mismos, lo más probable es que nos coman. ¡Es un suicidio! —señaló la dirección por la que habían venido—. Deberíamos buscar aliados y no enemigos.

—Entonces vuelve —Winter continuó caminando por el túnel.

Scarlet soltó un gemido ahogado y pateó el suelo.

—Treinta minutos —sentenció—. Vamos a continuar treinta minutos más, y si no encontramos nada que nos indique que estamos cerca siquiera, vamos a dar la media vuelta y regresaremos. No aceptaré un no por respuesta. Te golpearé la cabeza y te arrastraré conmigo si tengo que hacerlo.

Los párpados de Winter aletearon.

—Los encontraremos, querida Scarlet. Y se nos unirán. Tu Lobo es prueba de que son humanos y no monstruos.

—Desearía que dejaras de compararlos con Lobo. Lobo es diferente. En cuanto al resto de ellos… son monstruos. Conocí a la manada de Lobo en París, y eran brutales y terribles. ¡Y eso que era una división especial, y todavía eran casi humanos! No puedes razonar con esos monstruos más de lo que lo harías con… con…

—¿Con una manada de lobos?

—¡Exacto! —Scarlet la miró.

—Ryu era mi amigo.

Scarlet alzó sus manos al aire.

—¿Qué es lo que harás, jugar a lanzarles algo? Estás pensando de la manera equivocada. Están bajo el control de Levana, o el de cualquier otro taumaturgo. Harán lo que ellos les pidan, y eso será que nos coman.

—Son niños a los que se les forzó a una situación difícil. No decidieron esta vida, igual que Lobo no pidió ser lo que es, pero harán lo que sea necesario para sobrevivir. Y si se les da la oportunidad de romper sus cadenas y ser libres, creo que la tomarán. Confío plenamente que se aliarán con nosotros.

Winter escuchó en la distancia un aullido bajo y se estremeció. Scarlet, por el contrario, no pareció escucharlo, pues no dijo nada.

—No tienes idea de qué lado tomarán. Están acostumbrados a seguir a aquellos que les ofrezcan la pieza más jugosa —Scarlet vaciló—. ¿Qué tienes? ¿Estás sufriendo una de tus alucinaciones?

Winter forzó una sonrisa.

—No a menos que tú seas un producto de mi imaginación, pero, ¿cómo podría asegurarme de que no es así? Así que confiaré que eres real.

Scarlet no pareció impresionada por su lógica.

—Sabes en lo que convirtieron a estos hombres, ¿verdad? Sabes que no pueden volver a ser normales.

—Yo creía que tú, de todas las personas, serías la primera en creer en su habilidad para cambiar. Lobo cambió porque te ama. ¿Por qué los otros no pueden hacer lo mismo? —Winter continuó andando.

—Lobo es… no es lo mismo. Winter, sé que estás acostumbrada a mirar a la gente y esperar que caigan rendidos a tus pies, pero eso no va a pasar aquí. Primero se reirán de ti, después te insultarán y al final…

—Me comerán. Lo sé. Ya entendí.

—Pues no pareces comprender el significado de esas palabras. No es una metáfora. Estoy hablando de grandes dientes y enormes bocas.

—Grasa y huesos, carne y tuétano—cantó Winter—. Algo de comer es lo que queremos.

—Puedes ser muy rara —Scarlet gruñó.

—No temas, nos van a ayudar —el codo de Winter golpeó el de Scarlet.

Antes de que Scarlet pudiera decir otra cosa, un olor peculiar golpeó sus narices, agudo y picante. Un olor animal, como el de la casa de fieras, pero diferente. Distinguieron el gusto salado del sudor, y el olor corporal enviciaba el aire de la cueva, al igual que de algo rancio, como la carne vieja.

—Bueno —susurró Scarlet—. Creo que los encontramos.

Un escalofrío recorrió el cuello de Winter. Ninguna de las dos se movió.

—Si nosotras podemos olerlos —continuó Scarlet—, ellos pueden hacer lo mismo con nosotras.

Winter levantó la barbilla.

—Entiendo si quieres dar la media vuelta y regresar. Puedo continuar sin ti.

Scarlet pareció considerarlo, pero se encogió de hombros enseguida. Su expresión era indescifrable.

—Creo que, independientemente de lo que hagamos, seremos comida de lobo para cuando esto termine.

Volviéndose hacia ella, Winter tomó la cara de Scarlet entre sus manos.

—No es común escucharte hablar así.

Scarlet apretó la mandíbula.

—Se llevaron a Lobo y a Cinder, y aunque deseo con todo mi ser ver a Levana cortada en cachitos para alimentar a sus mutantes, francamente no creo que tengamos oportunidad sin ellos —Scarlet tragó saliva—. Y yo… yo no quiero ver este lugar. Él entrenó aquí, lo sabes. Tengo miedo de ver de dónde viene… miedo de saber quién fue antes de conocerme.

—Él es tu Lobo ahora, y tú eres su alfa.

Scarlet se rio.

—De acuerdo con Jacin, necesitas una manada para ser un alfa.

Jacin. El nombre trajo consigo el recuerdo de los rayos del sol, de la sangre, de los besos y de los gruñidos, y acarició la piel de Winter. Se dio un momento para disfrutar de esa sensación antes de inclinar la cabeza de Scarlet y besar su coronilla, entre sus cabellos que parecían ser una llama furiosa.

—Entonces voy a conseguirte una manada.

CAPÍTULO 56

No habían ido muy lejos cuando detectaron un ruido sordo a través de las cavernas. Bajo y atronador, como un tren lejano. Llegaron a otra división en el túnel, y mientras un camino conducía a más oscuridad y rocas y la nada, en el otro se encontraron con una serie de puertas de hierro. Bisagras en las paredes de regolito, las puertas parecían antiguas. Su único adorno era una etiqueta descolorida pintada en la esquina inferior de cada puerta: DEPÓSITO 16, SECTOR LW-12.

Una pequeña pantalla estaba incrustada en la pared junto a las puertas. Era vieja y anticuada y el texto se mantenía parpadeando. REGIMIENTO LUNAR 117, MANADA 1009-1020.

El suelo y las paredes vibraban con actividad más allá de las puertas-risas y gritos y pasos retumbantes. Por primera vez desde que se embarcó en esta búsqueda, Winter sintió un aleteo de nerviosismo en su estómago.

Scarlet la miró. —No es demasiado tarde para volver atrás—.

—No estoy de acuerdo—.

Suspirando, Scarlet estudió la pantalla. —Once manadas, por lo que son alrededor de un centenar de soldados, más o menos—.

Winter tarareó, un sonido sin compromiso. Un centenar de soldados.

Animales, asesinos, depredadores, o era lo que todos reclamaban. ¿Ella realmente se había vuelto loca para pensar que podía cambiarlos?

Sus ojos comenzaron a nublarse, sorprendiéndola. No se había dado cuenta de que el pensamiento de su propio desequilibrio podría entristecerla, pero la sensación de sus costillas machacando contra su corazón era inconfundible.

—¿Por qué me sigues?— Preguntó, mirando a las sólidas puertas. —Sabiendo lo que me pasa. Sabiendo que estoy rota—.

Scarlet se burló. —Esa es una excelente pregunta—.

Un fuerte golpe fue seguido por un grito. Las paredes resonaban a su alrededor. Ellos no se habían dado cuenta. Scarlet tenía razón. Podrían darse la vuelta y salir. Winter podría admitir que estaba delirante y nadie debería escucharla. Ella era experta solamente en tomar decisiones equivocadas.

—No podía dejarte ir por tu cuenta— dijo Scarlet, la mayor parte del veneno desapareciendo de su tono.

—¿Por qué?—

—No lo sé. Llámame loca—.

Winter cerró los ojos. —No lo haré. Tú no estás dañada como yo. No eres un centenar de piezas dispersas, soplando cada vez más lejos una de otra—.

—¿Cómo lo sabes?

Inclinando su cabeza, Winter se atrevió a mirar hacia arriba de nuevo. Scarlet se apoyó contra la pared de regolito. —Mi padre era un mentiroso y un borracho. Mi madre se fue cuando yo era una niña y nunca miró hacia atrás. Fui testigo de cómo un hombre mató

a mi abuela y luego rasgó su garganta con los dientes. Me mantuvieron en una jaula durante seis semanas. Me vi obligada a cortar mi propio dedo. Estoy bastante segura de que estoy enamorada de un tipo que ha sido modificado genéticamente y mentalmente programado para ser un depredador. Así que a fin de cuentas, yo diría que tengo una buena cantidad de piezas dispersas de mí misma—.

Winter sintió que su determinación se desmoronaba. —Tú viniste conmigo porque era el camino más rápido a la muerte, entonces—.

Un pliegue se formó entre las cejas de Scarlet. —No soy suicida— dijo, la nitidez regresaba a su lengua. —Vine contigo porque…— Ella cruzó los brazos sobre su pecho. —Porque desde que mi abuela me cuidaba he escuchado que la gente decía que estaba loca. Una excéntrica y delirante anciana, siempre buena para una broma en la ciudad. No tenían idea de lo brillante que era. Esa vieja loca arriesgó todo lo que tenía para proteger a Cinder cuando ella era un bebé, y al final, sacrificó su propia vida en lugar de abandonar el secreto de Cinder. Era valiente y fuerte, y todos los demás eran demasiado cerrados de mente para verlo—. Ella rodó sus ojos, molesta con su propia frustración. —Creo que sólo estoy esperando que a pesar de todas las cosas absurdas que dices, también puedas ser un poco más brillante. Que en esta ocasión, puede que tengas razón—. Ella levantó su dedo. —Dicho esto, si vas a decirme lo estúpido que esta idea es, para empezar y que debe funcionar como el demonio, entonces estoy justo detrás de ti—.

Más allá de las puertas, algo que se estrelló, y hubo una ronda de carcajadas. Entonces, un aullido. Un coro de una docena de otras voces se levantó a su encuentro, sonando victoriosos.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Winter, pero el labio le había dejado de temblar. No había llorado. Había estado demasiado centrada en las palabras de Scarlet recordar estar preocupada. —Creo que eran niños una vez y pueden ser niños de nuevo. Creo que puedo ayudarlos, y ellos van a ayudarme a cambio—.

Scarlet suspiró, sonando un poco decepcionada y un poco de resignada, pero no sorprendida. —Y yo creo que no estás tan loca como quieres que todos piensen que estás—.

La mirada de Winter revoloteó hacia Scarlet, sorprendida, pero Scarlet no se la devolvió. Dio un paso adelante y puso la palma de la mano en una de las puertas pesadas. —Por lo tanto, qué hacemos ¿Llamamos a la puerta?—

—No creo que nos vayan a escuchar—. Otra ronda de aullidos hizo eco a través de la caverna. Winter pasó los dedos por la pantalla, y el texto cambió.

IDENTIFICACIÓN DE HABILITACIÓN DE SEGURIDAD REQUERIDA

Apretó las yemas de sus dedos en la pantalla y se iluminó, dándole la bienvenida. Las puertas empezaron a abrirse, chirriando sobre bisagras antiguas. Cuando Winter se volvió, Scarlet estaba mirándola, horrorizada.

—Te das cuenta de que has alertado a la reina donde estás, ¿verdad?— Winter se encogió. —En el momento en que nos encuentre, o bien tendremos un ejército para protegernos, o nos habremos convertido ya en carne, médula y hueso—.

Flotó a través de las puertas y al instante se congeló.

Scarlet había tenido razón. Había cerca de un centenar de hombres en el regimiento número 117 del ejército de Levana, aunque hombres era un término general para lo que se habían convertido. Soldados se sentía demasiado inadecuado. Winter había estado escuchando historias del ejército de su madrastra desde hace años, pero era mucho más bestial de lo que jamás había imaginado, con cuerpos deformes, pelo a los lados de la cara, los labios curvados alrededor de enormes dientes.

Este almacén, que había comenzado su vida como vivienda para los primeros colonos, estaba equipado para contener muchos más de un centenar de personas. El techo alcanzaba tres pisos de altura y era dura con estalactitas, donde se habían formado burbujas de aire y la lava había goteado hace miles de años. A pesar de que la caverna era antigua e impenetrable, alguien hace mucho tiempo había tenido la previsión de reforzarla con columnas de piedra intercaladas. Alcobas y un sinnúmero más de corredores se extendían en todas direcciones, lo que lleva a los cuarteles adicionales o campos de entrenamiento.

Alrededor del exterior estaban sucios armarios y cajones abiertos, muchos de los cuales habían quedado muy abiertos y abandonados. Bancos y máquinas de ejercicio llenaban el espacio restante: Sacos de arena independientes, barras de levantamiento, pesas. Muchos de ellos habían sido empujados a un lado para dejar espacio para el entretenimiento principal en el centro de la habitación.

Los aullidos se disolvieron animados y gritando de nuevo. Colmillos destellaron. La mayoría de ellos estaban en un estado desnudo-camisas habían desaparecido, los pies descalzos, una cantidad impresionante de vello en lugares que Winter no estaba segura de sí eran naturales o no.

Un estremecimiento bailaba sobre su piel. Las palabras de Scarlet le sonaron de nuevo: Ellos harán lo que se les dice, y será comernos.

Scarlet tenía razón. Este había sido un error. Ella no era brillante. Ella estaba perdiendo la cabeza.

Las puertas se cerraron de golpe, haciéndola saltar. Un hombre se sacudió con fuerza para hacerles frente.

Su mirada se posó en Winter, saltó a Scarlet, y luego regresó. En primer lugar curioso, entonces, inevitablemente-voraz.

Una sonrisa maliciosa le curvó un lado de la boca.

—Bien, bien— reflexionó. —¿Ya es hora de comer?—.

CAPÍTULO 57

El hombre que había hablado tomó al soldado más cercano y lo tiró hacia el centro del círculo. Gritos de sorpresa y rabia rodaron a través de la multitud de hombres mientras unos cuantos se alzaban debajo del peso de sus camaradas. En segundos había un fulgor de puños volando y mandíbulas rompiéndose. Un hombre atacó al que les había notado, con uñas afiladas que dibujaban líneas de sangre en su pecho. Segundos más tarde, él fue además alzado y arrojado hacia el tumulto.

—Modales— Gritó alguien, lo suficientemente alto para que su voz se sacudiera entre las paredes, y Winter tuvo una rápida y mordaz visión de la doma de roca de lava derrumbándose sobre ellos. Comenzaría con el temblor de las paredes, luego un goteo de polvo y piedras hasta que una grieta se abriese camino de lado a lado de la caverna, abriéndola completamente y…

—Hay damas en nuestra presencia — Dijo el mutante que las había visto primero. Su nariz se arrugó ante la palabra damas.

La atención de un centenar de soldados híbridos cayó sobre Winter y Scarlet. Cejas se levantaron y miradas espinosas las examinaban, los hombres parecieron olvidar su pleito. Comenzaron a extenderse. Cuerpos ágiles y musculosos asomándose entre el desastre de equipo con agonizante paciencia. Narices crispadas, lenguas golpeando afilados dientes.

El vello en la nuca de Winter se erizó y se encontró a sí misma plantada al piso, conmocionada por el repentino, respirable silencio.

Una vez que la multitud se había dispersado, ella pudo ver que el centro de atención había sido una pelea entre dos de los solados, los cuales estaban sangrando, hinchados y sonriendo, tan intrigados como los demás. Era imposible decir quién de los dos había estado ganado la pelea antes de la interrupción.

Había una abundancia de cicatrices y moretones descoloridos en cada uno de los hombres, sugiriendo que dichas peleas era de ocurrencia común. Una manera de pasar el tiempo mientras esperaban ser enviados a la tierra y tomar parte en la guerra de Levana.

— Hola, lindas damas — Dijo uno de los soldados, frotando su bigotuda barbilla — ¿Están perdidas?

Winter se encogió aún más junto a Scarlet, pero Scarlet se apartó, avanzando hacia ellos. Scarlet era la valiente, la resiliente, probaba esto al echar su cabeza hacia atrás con burlona rebeldía.

—¿Quién de ustedes está a cargo? — Dijo Scarlet, colocando sus puños en sus caderas — Necesitamos hablar con su alfa.

Una risa vacía se extendió entre ellos.

—¿Cuál de todos? — Dijo el primer mutante — Once manadas, once alfas.

— El más fuerte — Dijo Scarlet, clavándole la mirada más penetrantemente feroz que Winter alguna vez había visto — Si no estás seguro de quién es, esperaremos mientras ustedes pelean por probar quién es.

—¿Estás segura de que no quieres tomar tú la elección, linda dama? — Preguntó uno de ellos rondando detrás de ellas, cortándolas de su salida —no que Winter tuviese alguna esperanza de huir. Ella podía notar que estaban tratando de intimidarlas, ella podía ser en sus huesos lo mucho que lo estaba logrando. — Estoy seguro de que cualquiera de nosotros será capaz de satisfacer cualquier necesidad que puedan tener.

Scarlet lo miró de reojo — Ya yo tengo un macho alfa para satisfacer mis necesidades, y él podría matar a cualquier de ustedes.

El hombre ladró y una carcajada rustica rugió a través del resto de ellos.

El primer soldado se acercó a Scarlet y su expresión se mostró intrigada de nuevo. — Ella dice la verdad — Dijo, silenciando la risa.— Ella tiene su esencia por todos lados. La esencia de uno de nosotros — Estrechó sus ojos — ¿O de un operativo especial?

— Alfa Ze'ev Kesley — Dijo Scarlet — ¿Has oído de él?

Un latido. Una sonrisa. — No.

Scarlet chasqueó su lengua. — Que mal. Yo ya puedo ver que él es el doble de hombre y doble de lobo que cualquiera de ustedes. Él les pondría enseñar una cosa o dos.

El hombre rio de nuevo, divertido. — No me había dado cuenta de que estaban dejando a nuestros compañeros de manada tomar parejas en la Tierra. Más razón para anticipar nuestra partida.

Winter presionó sus sudorosas palmas con sus costados, agradecida de que Scarlet mantenía la atención de los demás. Si ella fuese forzada a hablar, su boca pronunciaría murmullos incoherentes y ellos se habrían reído de ella un momento y al siguiente le habrían clavado sus dientes. Mandíbulas cerrándose alrededor de sus extremidades. Dientes rompiendo sus músculos de sus huesos.

—No estamos aquí para discutir mi vida amorosa, o la tuya — Dijo Scarlet. — Tú pareces ser el más conversador. ¿Te nominas a ti mismo como el líder aquí?

El ladeó su cabeza de una manera que le recordó a Winter de Ryu, como él a veces alzaba sus orejas cuando escuchaba a los guardabosques llegando con su comida. —Alfa Strom, a su servicio. — Él se inclinó haciendo una reverencia burlona. Aunque no era tan grande como los demás, él se movía con una gracia antinatural. Como Lobo. Como Ryu. — Y al servicio de la lindura, allá atrás. Te sugiero que hables rápido, linda dama. Puedo escuchar los el rugido del estómago de mi manada.

Uno de los soldados pasó su lengua sobre su labio superior.

Scarlet se volteó y le dio a Winter una mirada.

Temblando de cabeza a pies, Winter apoyó en Scarlet, usando su hombro para mantener el balance.

Los soldados rieron.

—Winter — Siseó Scarlet.

— Estoy aterrada, Scarlet.

La expresión de Scarlet se volvió piedra. — Quizás te gustaría ir afuera y calmarte y luego podemos volver más tarde. — Dijo, hablando a través de dientes apretados.

Winter se estremeció ante la rabia de Scarlet, aunque ella sabía que Scarlet tenía derecho a estar enojada. Venir hasta aquí había sido su idea. Si ambas morían allí, sería su culpa.

Pero ella no permitiría eso. Estos eran hombres, se recordó a sí misma. Hombres que se merecían la vida y la felicidad tanto como cualquiera.

Manteniéndose firme en ese pensamiento, se forzó a sí misma a apartarse de Scarlet y se sintió agradecida cuando el mareó retrocedió.

— Soy Winter Hayle-Blackburn, princesa de Luna. — Dijo ella, y pudo notar con sus propios oídos lo suave que su voz sonaba. Nada como la de Scarlet. — Necesito de su ayuda.

Ojos brillaron, encantados.

— A cambio, deseo a ayudarlos.

Diversión. Hambre. Menos curiosidad de la que ella esperaba.

Winter tragó sonoramente.

— La Reina Levana, mi madrastra, les ha tratado con crueldad e injusticia. Los ha alejado de sus familias, ha actuado como si ustedes no fuesen para ella más que un experimento científico. Los ha encerrado en estas cuevas, con ningún otro propósito que enviarlos a la tierra a pelear su guerra. ¿Y qué recibieran por su servicio? — Todos esperaron con sus ojos intensos y brillantes, mirando a Winter como si ella fuese su merienda de la tarde, aún cocinándose. No era del todo distinto a las miradas que ella recibía de incontables hombres en la corte de Levana.

— Nada — Dijo ella, lanzando el miedo al fondo de su estómago. — Si sobreviven sus batallas, volverán aquí y serán esclavizados en estas cavernas hasta que ella los necesite de nuevo. No se les permitirá regresar a sus familias. Nunca regresarán a nuestra sociedad y vivirán las vidas que quizás alguna vez soñaron vivir, antes de que fuesen… Fuesen…

— ¿Monstruos? — Sugirió uno de los hombres, sonriendo ante la palabra.

— Yo no creo que ustedes sean monstruos. Creo a ustedes se les dieron muy pocas elecciones y que están lidiando con las consecuencias tan bien como pueden.

Un bufido vino de Alfa Strom. — ¿Quién sabría que estaríamos recibiendo tal consejo de la mismísima princesa el día de hoy? Dígame… Hermosa alteza ¿esta sesión de terapia viene con aperitivos?

— ¿Tu amiga, quizás? — Dijo otro — Ella huele delicioso.

Scarlet cruzó sus brazos, con sus dedos hediéndose en sus codos.

Winter cuadró sus hombros. — Vinimos a darles otra elección. La gente de Luna está planeando una rebelión. En dos días estaremos marchando hacia el domo central de Artemisia. Planeamos abrumar a la reina y a su corte, destronarla y poner fin a su tiranía. Les pido que se unan a nosotros. Que peleen de nuestro lado y nos ayuden a terminar con el reinado que les alejó de sus vidas y los volvió soldados. Asegurarse de que ustedes nunca serán prisioneros, experimentos o animales creados para la diversión de Levana, nunca más.

El silenció cayó sobre ellos, como si estuviesen esperando para asegurarse de que ella hubiera terminado. Winter buscó alguna indicación de que ellos estuvieran siquiera escuchando. Ella se sentía como un cordero en su guarida.

— Ella tiene lindas palabras.

Winter se volteó hacia la voz. Pertenecía a unos de los hombres involucrados en la pelea. Sangre fresca se había secado en la esquina de su labio. Él agachó su cabeza cuando vio que tenía su atención, sus párpados bajando sugestivamente. —Pero no tan lindas como su cara...

—Excepto por estas cicatrices.

Ella saltó y se dio la vuelta. No había escuchado al soldado acercarse tanto y ahora estaba justo sobre ella. Él pasó una afilada uña por su mejilla. —¿De dónde salieron estas, linda dama?

Ella no podía responder.

Un brazo envolvió los hombros de Winter, trayéndola de vuelta. —Deja, — Dijo Scarlet, colocando a Winter detrás de ella, aunque fuese inútil. Estaban rodeadas.— ¿Estabas escuchándola? Ustedes se dicen llamar soldados o manada de lobos o lo que sea que quieran, pero la verdad es, es que ustedes no son más que esclavos. Winter les ofrece libertad. Ella les está dando una elección, que es más de lo que Levana les ha ofrecido. ¿Nos ayudarán o no?

— Serán asesinadas, —alguien susurró al oído de Winter. Ella jadeó y se volteó, chocando su espalda contra la de Scarlet. El soldado se acercó más. Depredadores jugando con su presa, deleitándose ante la anticipación de la comida.

—¿Y un montón de patéticos civiles se levantarán contra la reina? —Dijo otro. —No tienen oportunidad. — Y otro más. — ¿No saben a quién llamará la reina para detenerlos, si son muchos para manipularlos?

—Nosotros. — Dijo un tercero. — Su ejército.

—¿Es decir sus perros falderos? — Dijo Scarlet y aunque su tono de voz era burlón, su espalda se presionaba con la de Winter con igual de fuerza. — ¿Sus mascotas?

Las caras de los soldados se retorcieron.

— Si se unen a nuestro lado, — Dijo Winter —Podemos ganar. Ganaremos.

—¿Qué pasará con nosotros si nos unimos a ustedes y pierden? — Dijo Alfa Strom.

Uno de ellos pasó su dedo por la garganta de Winter. Su corazón se detuvo. —Con ustedes de nuestro lado, —Dijo ella, con voz temblorosa, — No perderemos.

Sus ojos comenzaron a aguarse del miedo. —Pueden parar ya. Nos han aterrado lo suficiente. Yo sé que ustedes no son las criaturas crueles que pretenden ser. Que han sido entrenados, atormentados y construidos para ser. Ustedes son hombres. Ciudadanos de Luna. Si me ayudan, si pelean por mí, puedo ayudarlos a tener sus vidas de vuelta. ¡No pueden decirme que no quieren eso!

Ella podía sentir su aliento en ella ahora. Podía ver los coloridos destellos en sus ojos. Oler el sudor y la sangre en sus pieles. Uno de los hombres chupaba uno de sus nudillos como si no pudiese esperar a probar su carne.

Estaban en una soga que se volvía más apretada.

Con el pulso saltando, Winter alzó su mano hacía su garganta dónde el soldado la había tocado. Sintió la picosa soga ahí. Apretándose, estrujándolas. Ella gritó y trató de tomarla entre sus manos, tratando de formar una barrera entre la soga y su garganta, pero ya estaba demasiado apretada.

─ Pequeña princesa malcriada, ─Siseó uno de los soldados, colocándose a su altura para que ella pudiese sentir su respiración en su mejilla. Winter tembló y supo que mirada estaba llorosa y suplicante. ─ Nosotros no peleamos por princesas. Jugamos con ellas.

Alfa Strom sonrió. ─¿Listos para jugar?

CAPÍTULO 58

Scarlet empujó a Winter, fuerte, enviándola al piso con un grito. A través de un velo de cabello, observó a Scarlet golpear con el codo a uno de los mutantes en la nariz. Ella alcanzó la pistola debajo de su sudadera, pero los soldados ya la estaban agarrando, fijando sus brazos a un lado. La pistola cayó inútilmente al suelo.

Una docena de manos enormes tiraron de Winter de regreso a sus pies. Se mantenía cojeando, sus piernas muy débiles para sostenerla. Temblaba de la cabeza a los pies, y los hombres parpadeaban en su visión. Primero soldados modificados y una manada de lobos salvajes después. Mostrando sus enormes colmillos.

Scarlet gritó algo. Un grito de guerra. Estaba luchando como una tigresa enjaulada, su cabello volando, sus dientes chasqueando, mientras Winter se mantenía débil y frágil y tratando de bloquear su visión antes de que ésta la abrumara. Su cabeza pesaba como la roca lunar y giraba tan rápido como un asteroide en órbita. Agobiada con el brutal conocimiento de que esto era real. Iban a morir. Iban a ser devoradas.

Las lágrimas vinieron y se desbordaron rápidamente, derramándose por sus mejillas. —¿Por qué estas siendo tan cruel? Ryu no actuaría así. Él estaría avergonzado de ti—

—Aguantaremos unidas, Winter— gruñó Scarlet.

El mundo vaciló. Disuelto en oscuridad antes de reformarse de nuevo. Winter sabía que colapsaría si ellos la soltaban, pero no pudo encontrar soporte en su propia fuerza.

—Espera, ¡tengo una idea!— Dijo ella brillantemente, levantando su cabeza. —Vamos a jugar un juego diferente. Como cuando Jacin y yo jugábamos a la casita. Este puede ser nuestra mascota— inclinándose hacia adelante, trató de poner su mano en la nariz del soldado más cercano, pero él se alejó bruscamente de ella, sorprendido.

Ella guiñó hacia él. Tratando de recordar quién era él. Lo que él era. —¿No?, ¿Preferirías jugar a la pelota?—

Su cara cambió de confusión a enojo en medio segundo. Él se burló, sus dientes ocupando la mitad de su cara.

—¿Qué pasa con ella?— escupió alguien.

—O yo seré la mascota, si lo prefieres—. Ella se balanceó contra los que la sostenían. —Palos y huesos, palos y rocas. Jugaremos por horas, pero nunca me cansaré y siempre regresaré, siempre regresaré…— su voz se quebró. —Porque Ryu siempre, siempre regresa. Palos y huesos, palos y huesos…—

—Enfermedad lunar— murmuró alguien. Winter buscó al dueño de la voz, encontrando a un soldado de piel cálida que podría haber sido hermoso antes de haberse hecho tan feo. Él la miró con la misma hambre que cualquiera de ellos, pero también, hubo algo de simpatía.

Winter no podía recordar que lo que había dicho fue una locura. ¿De que habían estado hablando? ¿Irse? ¿A dónde se iban? Ella quería irse. O quizá ellos habían estado haciendo los planes para la cena, organizando una fiesta de coctel.

—Es cierto— dijo Scarlet. Estaba jadeando. —Ella se niega a manipular a cualquiera o a usar su glamour, incluso cuando sería muy beneficioso. Es diferente a la gente que ustedes sirven, obviamente—.

—Eso no afectará el sabor— gritó alguien.

Winter comenzó a reír. Todos ellos se habían convertido en animales ahora. Incluso Scarlet se había convertido en lobo, con orejas puntiagudas y una cola esponjada de llameante pelaje rojo. Ella volvió su propia boca arriba, hacía el techo cavernoso y cantó, —Y la tierra está llena esta noche, y todos los lobos aúllan, aa-ooooooooh…—

Una de las ¿manos-garras? en su antebrazo, se aflojó.

Ella aulló de nuevo.

—Una princesa de Artemisia— murmuró el Alfa Strom, —¿que no usa su don? ¿Por elección?—.

—Ella piensa que está mal controlar a la gente— dijo Scarlet, —y no quiere terminar como la Reina. Pueden ver que el no hacerlo, la está tomando—.

La voz de Winter se quebró y dejó de aullar. Cuando se desplomó de nuevo, las manos la liberaron, dejándola caer en sus rodillas. Ella jadeó de dolor y observó a su alrededor. Scarlet era Scarlet una vez más. Y los hombres eran soldados otra vez. Parpadeó, y agradeció cuando la alucinación no regresó.

—Lo siento, dijo. —No quise interrumpir su comida—

Scarlet gimió. —Cuando ella dice que nunca te manipulará, nunca lo hará. Y planea regresarles su libertad. Dudo que consigan una oferta tan prometedora otra vez—.

El rechinido de antiguas bisagras sobresaltó a Winter. Los soldados la apartaron. Las grandes puertas de hierro crujieron al abrirse y los soldados se separaron, formándose en filas ordenadas, rápidos como una máquina aceitada. Scarlet tomó esa oportunidad para agarrar su arma de nuevo, sosteniéndola a su lado.

Tras la puerta estaban ocho taumaturgos, uno rojo de segundo nivel, el resto negro. El taumaturgo de la bata roja, un hombre con el cabello gris-plata, vio a Winter y Scarlet y les sonrió como una víbora.

—Hola, Alteza. Escuchamos que podría estar aquí abajo—.

Algunos de los soldados se desplazaron a un lado, haciendo un claro pasillo entre los taumaturgos y Winter.

—Hola, taumaturgo Holt— respondió Winter levantándose sobre sus temblorosas piernas, a pesar de que éstas dolían. Sentía como que debía estar asustada de esos hombres y mujeres. Normalmente la visión de sus batas y las runas bordadas la llenarían de ansiedad y pavor, y de miles de recuerdos de gente muriendo en el piso del salón del trono. Pero todo su miedo se había terminado.

—Cuando el sistema captó tu identificación, pensé que era un error. No creí que incluso tu fueras lo suficientemente loca para venir aquí—. Su mirada se dirigió a los soldados. —¿No están hambrientos? ¿O las chicas no son suficiente para su gusto?

—Oh, de hecho ellos estaban muy hambrientos— dijo Winter, luchando con sus pies. —¿No es cierto, Alfa-amigos, lobo-amigos?— su cabeza se balanceó a un lado. —Pero

había esperado que ellos pudieran protegerme y pelear por mí, si yo podía recordarles que ellos fueron hombres una vez, hombres que no desearon ser monstruos—.

—Resulta— dijo Scarlet, —que ellos son como los perros entrenados de Levana, después de todo—

Un puñado de soldados le lanzaron miradas frías. El taumaturgo Holt se mofó. —He oído acerca de tu afilada lengua—. Su mirada se inclinó hacia el dedo faltante en la mano de Scarlet. —Piensa y di lo que quieras, niña terrícola. Estos soldados conocen su deber. Fueron creados para llevar a cabo las órdenes de Su Majestad, y las harán sin queja.

—¿Es así?—

Winter no estaba segura cuál de ellos había hablado, pero las palabras estaban tan llenas de odio, que hicieron que se le erizara la piel.

Holt fulminó con la mirada a los hombres cercanos, engreído y odioso. —Creo que no es discordia lo que estoy detectando, Regimiento 117. Su Majestad estaría decepcionada si ella escuchara que alguno de sus preciados soldados está mostrando falta de respeto a sus maestros—.

—Preciados cachorros, quieres decir— murmuró Scarlet. —¿Conseguirá cada uno su propio collar de diamantes también?

—Amiga Scarlet— susurró Winter, —estas siendo desconsiderada—.

Scarlet rodó sus ojos. —Están a punto de matarnos, en caso de que no te hubieras dado cuenta—.

—Sí, lo haremos— dijo Holt. —Hombres, pueden matar a estas traidoras—.

Winter detuvo el aliento, pero el Alfa Strom levantó una mano, y ninguno de los soldados de movió. —Es interesante que hayas mencionado a nuestros maestros antes, ya que parece que faltan algunos—.

Los siete taumaturgos detrás de Holt permanecieron como estatuas, con la mirada fija en las filas. Winter contó. Había once manadas en este regimiento. Debería de haber once taumaturgos para controlarlos.

—Perdonaré su ignorancia en esta situación— dijo Holt apretando los dientes, —como no pudieron saber que nuestro país está en agitación. Algunos de nuestros taumaturgos de más alto rango y guardias e incuso soldados, como ustedes, fueron asesinados hoy, junto con un intento de asesinato a nuestra Reina. Entonces, no tenemos tiempo para discusiones. Les ordené matar a esas mujeres. Si se reúsan, lo haré yo mismo, y ustedes serán castigados por no obedecer una orden directa.

Winter sentía los cuerpos a su alrededor cambiando, como cuando al principio las rodearon a ella y a Scarlet. Moviéndose más cerca, casi imperceptiblemente. Apretando los nudillos.

—Es tan malo que le hayan hecho toda esa manipulación a nuestros cerebros— dijo el Alfa Strom. —De otra manera ustedes nos hubieran manipulado, ¿verdad? Forzándonos a seguir su mando. En vez de eso, nos han transformado en un grupo de animales salvajes—.

—Una manada de lobos hambrientos— gruñó alguien.

—Asesinos— susurró Winter para sí misma. —Todos depredadores—

Se movieron alrededor de Winter y Scarlet como agua alrededor de una roca. Winter tomó la muñeca de Scarlet y tiró de ella más cerca, sus hombros juntos.

—No me hicieron para ser bueno en matemáticas— continúo Strom, —pero según mis cuentas, no podrían castigarnos a todos, incluso si así lo quisieran.

Se habían formado en medo círculo alrededor de los taumaturgos, quienes se mostraban desconcertados ahora.

—Suficiente— Holt se quebró. —Les ordeno…—

La tensión explotó antes de que pudiera terminar. Los soldados se enfrentaron contra sus maestros, bocas gruñendo y enormes manos listas para desgarrar, arrancar y despedazar

Como un pulso sónico, docenas de soldados cayeron al suelo, retorciendo y agarrando su cabeza. Con los nudillos blancos de presionar la puntas de sus dedos contra su cabeza, gritando de dolor. Pocos quedaron de pie entre sus camaradas caídos, con la cara retorcida de rabia.

Winter vaciló, observando al Alfa Strom, que había caído frente a ella, enroscado en posición fetal y gritando. Pero terminó rápido, y fue reemplazado con náuseas y un gemido, apretó los ojos tratando de bloquear lo que fuera que estuvieran haciéndole. Ese gemido cayó en Winter como un recuerdo. Ryu detrás de ella. El sonido del cuchillo de Jacin. La sangre, caliente y pegajosa.

Winter cayó al suelo y se arrastró hasta Strom, frotando sus manos sobre su deforme cara, haciendo todo lo posible para calmarlo. Las puntas de sus dedos agrietados, devastadoramente fríos.

La pelea, si se podía llamar así, terminó en segundos. Winter no pudo recordar ni siquiera los gritos de los taumaturgos. Fue el crujido de huesos, el desgarro de tejido, y se acabó. Un rápido vistazo le confirmó ocho cuerpos sangrientos dentro de la entrada de la caverna, un par de docenas de soldados de pie sobre ellos, limpiando la sangre de sus barbillas, limpiando la carne de debajo de sus uñas.

La respiración de Winter empañó el are. El hielo estaba en su estómago también, congelando todo. Sus dedos estaban aún en el cabello de Strom cuando repentinamente él tomó su mano y la tiró hacía atrás. Scarlet estaba ahí en un segundo, sus codos se engancharon bajo los brazos de Winter, jalándola. Todos a su alrededor, aquellos que habían caído se estaban recuperando de cualquiera que fuera el tormento que sus maestros les hubieran infligido. Sus caras estaban acristaladas de dolor, pero había también una satisfacción cuando se dieron cuenta de los taumaturgos muertos.

Strom se puso en cuclillas y le dio una sacudida a su cabeza. Su mirada penetrante encontró a Winter. Ella se volvió a su feroz amiga, temblando.

Storm arrastró las palabras cuando habló. —¿Tienes la enfermedad lunar porque no controlas a la gente como ellos lo hacen?—

Winter echó un vistazo hacia los taumaturgos, o lo que quedaba de ellos, e inmediatamente se arrepintió. En lugar de eso, miró las puntas de sus dedos congeladas. —Oh, yo p-podría— tartamudeó a través de sus entumecidos labios. —Pero al igual que ustedes sé c-cómo es ser controlado—.

Strom se levantó, recobrando su fuerza más rápido que muchos de los otros. Examinó a Winter y Scarlet por un largo tiempo.

Finalmente, dijo, —Ella enviará más de sus sabuesos para castigarnos por esto. Nos torturaran hasta que estemos rogándoles como los perros que somos—. A pesar de que su voz fue tosca, una sonrisa se deslizó a través de su perversa boca. —Pero por conocer y probar el olor de la sangre de un taumaturgo, valió la pena—.

Un soldado aulló en acuerdo y fue rápidamente acompañado por un coro de aullidos, pasando a través de las orejas de Winter y haciendo que la caverna temblara. El Alfa Strom encaró al regimiento y hubo un momento de celebración, puños aplaudiendo y aullidos que seguían y seguían.

Winter se forzó a permanecer de pie, aunque estaba fría y temblando todavía. Scarlet permaneció a su lado, un pilar.

La voz de Winter sonó fuerte cuando preguntó: —¿Están satisfechos ahora?—

Strom se volvió, y las estridentes felicitaciones entre sus hombres empezaron a apagarse. Sus ojos aún mostraron hambre examinando a las dos mujeres.

—¿Se saciaron sus ansias?— preguntó Winter. —¿Se calmó su hambre?—

—*Winter*— siseó Scarlet. —¿Qué estás haciendo?—

Ella le susurró: —Te estoy descongelando—.

Scarlet frunció el ceño, pero Winter se alejó un paso. —¿Bien? ¿Están satisfechos?—

—Nuestra hambre nunca está satisfecha— gruñó uno de los soldados

—Eso pensé— dijo Winter. —Sé que aún nos quieren comer a mí y a mi amiga, que jugoso y delicioso bocadillo seríamos—. Sonrió, no tan asustada por esa posibilidad como lo había estado antes. —Pero si en vez de eso, eligen ayudarnos, quizás pronto estarán en un banquete con la Reina. Y ¿no será su carne más agradable que la nuestra? ¿Más satisfactoria incluso, que la muerte de sus maestros en la puerta?—

Un silencio osciló entre ellos. Winter observó los cálculos detrás de sus caras y escuchó a algunos de ellos succionando sus dientes.

—Peleen conmigo— dijo ella, cuando había pasado suficiente tiempo y ni ella ni Scarlet habían sido devoradas. —No los controlaré. No los torturaré. Ayúdenme a terminar el reinado de Levana y todos tendremos nuestra libertad—.

Alfa Strom conectó sus ojos con un puñado de soldados –los otros Alfas, supuso- antes de fijar una penetrante mirada sobre ella. —No puedo hablar por todo el regimiento— dijo finalmente, —pero aceptaré tu oferta, si tu juras nunca controlarnos como ellos lo han hecho, mi manada luchará por tu revolución—.

Algunos de los hombres asintieron. Otros gruñeron, pero Winter creyó que fue un gruñido de acuerdo.

En respuesta, levantó la nariz al techo de la caverna y aulló.

CAPÍTULO 59

Scarlet espero hasta que la última ronda de aullidos cesó, resonando las paredes de la cueva, antes de lanzarse ella misma en frente de Winter. —Tu entiendes— dijo ella, empujando con un dedo a Strom, —que al aceptar ayudarnos, tu puedes atacar solo a la Reina Levana y a las personas que le sirven a ella, ningún civil de ninguna manera, ni siquiera esos repugnantes aristócratas, a menos que representen una amenaza. Nuestra meta es destronar a Levana, no masacrar a la ciudad entera. Y tampoco estamos dándoles un pase de comida gratis. Nosotros esperamos que sigan órdenes y seas útil. Eso podría significar entrenar algunas personas de los sectores sobre como pelear o utilizar armas, o podría significar llevar personas heridas fuera de la línea de fuego... Yo que sé. Pero no significa que ustedes corran desenfrenados por todas las calles de Artemisa destruyendo todo a su alcance. ¿Están de acuerdo con eso?—

Strom sostuvo la mirada, su furia una vez más se volvió diversión. —Ya entiendo porque tu pareja te eligió—.

—No estoy buscando observaciones personales— escupió.

Strom asintió. —Aceptamos tus demandas. Y cuando Levana se vaya, seremos hombres libres, capaces de vivir la vida que nosotros elijamos—.

—Siempre que esa vida siga las leyes de nuestra sociedad- sí, está bien-—

Strom sondea a la manada. Si no fuera por toda la sangre, parecería como si las muertes de los taumaturgos nunca hubieran sucedido. —¿Alfa Perry? ¿Alfa Su?—, uno por uno, él contó a los alfas restantes, y uno por uno aceptaron los términos de Scarlet y Winter. Cuando estaba hecho, Winter volteó a Scarlet con una cansada pero aun así atractiva sonrisa. —Te dije que ellos se nos unirían—.

Scarlet inhaló bruscamente. —Necesitamos averiguar que está sucediendo en la superficie. ¿Hay alguna manera de comunicarse con los sectores? Para decirles que la revolución va a suceder, aun si Cinder...—.

Ella no pudo terminar la oración. Ella no tenía idea de que había sido de Cinder, o lobo. (Lobo su compañero alfa).

Pensar en él le hacía un agujero en el pecho, así que ella no lo haría. Ella mejor creería que él estaba vivo, porque él tenía que estar vivo.

—Nosotros tenemos que subir a la superficie de todas formas— dijo Strom. —Estos tubos de lava no conectan con las vías de levitación magnética, ¿o sí?, pero nos llevara muy lejos del camino. Mejor dirigirse al sector más cercano e infiltrar los túneles de esa forma—.

— ¿Qué sector es ese?— preguntó Scarlet.

—LW-12— dijo alguien. —Madera y producción maderera. Un trabajo peligroso, muchas heridas. Dudo que ellos sean simpatizantes de su majestad—.

—Podríamos tener suerte obteniendo armamento allá también— dijo otro.

— ¿Que tan lejos está?— Pregunto Scarlet.

—Solía ser el depósito para LW-12—. Strom señaló al techo. Esta justo sobre nuestras cabezas—.

Una vez que ellos estuvieron de vuelta en las cuevas, les llevo menos de diez minutos antes de que un hombre estuviera entretenido abriendo una puerta de metal que dirigía a una delgada escalera. Parecía como un montón de escaleras sin fin. El reducido espacio pronto se volvió sofocante y caluroso.

—Scarlet-Amiga?— La frágil voz de Winter puso a Scarlet al margen. Pausando, ella vio hacia abajo y vio a la princesa usando el antiguo riel en la pared para empujarse tanto como sus piernas podían. Su respiración era entrecortada, y no era por la subida.

—¿Que sucede?—

—Yo soy una chica hecha de hielo y nieve— susurro la princesa. Sus ojos desorientados.

Maldiciendo, Scarlet se apresuró entre un grupo de soldados para llegar a la princesa. Todos se detuvieron, y Scarlet se sintió conmovida por la preocupación que vio en los ojos de algunos soldados.

Déjenle a Winter el trabajo de que un montón de sádicos depredadores extremistas se derritan por ella. Aunque a Scarlet no le gustaba pensar que lo que ella y Lobo tenían fue construido en el instinto animal de Lobo, ella no podría evitar preguntarse si la misma clase de instintos estaban en juego aquí. Ahora que ellas habían conseguido que esos hombres se unieran a su causa, ¿cambiaron ellos de depredadores asesinos a depredadores protectores? Tal vez ellos habían vivido con violencia y oscuridad por tanto tiempo, que una simple grieta en su armadura era todo lo que se necesitaba para tenerlos ansiosos de algo más significativo.

O tal vez fue solo Winter, quien podía hacer que una roca se enamorara de ella si sonreía de la manera correcta.

—¿Estás alucinando?— Preguntó Scarlet, presionando la mano sobre la frente de Winter, Aunque ella no estaba segura de que es lo que estaba buscando allí. —No te estas resfriada. ¿Puedes caminar? ¿Aún respiras?—

La mirada de Winter se dirigió al piso. —Mis pies están atrapados en cubos de hielo—.

—Tus pies están bien. Intenta caminar—.

Con un gran esfuerzo, Winter se arrastró a la próxima grada. Se detuvo de nuevo, jadeando

Scarlet suspiro. —Bueno. Tú eres una chica de hielo y nieve. ¿Puede alguien ayudarla?—

El soldado más cercano tomo la muñeca de Winter y empujo su brazo sobre sus hombros, así ella podría usar su cuerpo como soporte para subir las escaleras. Pronto, él estaba cargándola.

Ellos llegaron a la cima, emergiendo en un tanque de contención de acero que habría sido usado para guardar en la atmosfera artificial mientras los domos estaban en construcción. Luego ellos estaban afuera. O, tan afuera como uno podía estar en la Luna, Lo cual Scarlet sentía que era una representación triste.

—¿Se supone que esto es un bosque?— Murmuró, adentrándose entre los bajos y delgados árboles y sus perfectas filas. A través de los troncos en la distancia ella podía ver una vasta área que había sido recientemente limpiado para madera y al otro lado, acres de arbolitos.

Más adelante, justo en el centro del domo, ella pudo distinguir la figura de una fuente de agua idéntica a la del sector de minería, situada en un claro entre los árboles. El césped a su alrededor lucia desatendido.

Alfa Strom tomo la delantera, alejándose de la fuente, hacia las residencias en el perímetro. Ellos podrían escuchar personas cerca. Muchas personas. Cuando llegaron a la calle residencial principal, Scarlet vio docenas de civiles sosteniendo variedad de armas (mayormente palos de madera), parados en filas y siendo guiados por una serie de maniobras de ataque. Un hombre fornido y barbudo estaba caminando entre las filas, gritando cosas como: —¡Parry! Jab! ¡Hay alguien atrás de ti!—

Hasta el ojo inexperto de Scarlet pudo ver que sus movimientos eran lentos y sin coordinación, se veían tan tristes, lucían tan hambrientos y demacrados como aquellos en el sector de minería. Aun así, era alentador saber que la gente estaba acudiendo al llamado de Cinder.

Scarlet tuvo el pensamiento desgarrador que ellos podrían estar enviando a estas personas a una muerte segura, pero ella sacudió ese pensamiento de su cabeza.

Un desconcertado grito interrumpió el entrenamiento. Ellos habían sido descubiertos. Scarlet y un ciento de mutantes emergieron de entre las sombras del bosque. El grito se volvió en docenas de gritos más y las filas se rompieron, y retrocedieron. Pero las personas no corrieron. En lugar de eso, mientras Scarlet y los soldados montañosos se acercaron, las personas levantaros sus armas, tratando de disfrazar su temor detrás de la valentía fingida. O talvez esta era la valentía más real que existía.

La gente probablemente esperaba algo como esto. No sería una sorpresa que Levana los castigaría por esta muestra evidente de rebelión. Pero cien soldados debían ser mucho más que sus expectativas.

Fieles a su palabra los soldados no atacaron, solo avanzaron hasta que estuvieron veinte pasos de la primera fila de ciudadanos.

Scarlet continuo, separándose de la multitud. —Sé que ellos lucen de miedo— dijo ella —pero no están aquí para lastimarlos. Nosotros somos amigos de la princesa Selene. Y podrían reconocer a su alteza, la princesa Winter—.

La cabeza de Winter se movió del hombro del hombre que la estaba sosteniendo. —Es un profundo placer conocerlos— murmuro, sonando media ebria. Scarlet está orgullosa de ella por hacer el esfuerzo. La gente apretó sus bastones alrededor de su grupo, o lanzas, o lo que sea que esos fueran. El hombre barbudo se abrió paso frente a la multitud, observando fuerte y ansioso a la vez. —La princesa Winter está muerta—.

—No, no lo está— dijo Scarlet. —La reina intento tenerla muerta, pero falló. Todo lo que ella ha dicho ha sido una mentira—.

El hombre sele quedo viendo a Winter por mucho tiempo, su cara contorneada de sospecha. —No es un glamour— dijo Scarlet. —Realmente es ella—. Ella dudo, moviendo sus ojos. —No tengo ninguna forma de probar eso, pero si quisiéramos matarlos, ¿porque molestarnos con esta farsa? Vean, estamos aquí para unirnos a ustedes en su levantamiento en Artemisia. Estos hombres han acordado pelear a nuestro favor—.

El hombre la analizo. —¿Quién eres tú?—

—Mi nombre es Scarlet Benoit. Yo soy — Ella se debatió pensando cómo llamarse a ella misma. ¿El piloto? ¿El alfa femenina?—

—Ella es una Terrestre— dijo alguien. Le molesto que ellos lo dijeran tan fácil, como si ella estuviera de alguna manera marcada.

—Soy amiga de la princesa Selene— dijo ella. —Y soy amiga de la princesa Winter. Y hace no mucho tiempo fui prisionera de la Reina Levana. Ella me quito el dedo— levantó su mano, —Y se llevó a mi abuela, y ahora yo intento ayudar a Selene a quitarle todo— señalando a los soldados dijo. —Estos hombres han elegido nuestro lado sobre el de Levana, justo como ustedes lo han hecho, y ellos son las mejores posesiones que tenemos. Talvez ellos puedan ayudaros con el entrenamiento—. Se volteó a Strom. —¿Cierto?—

La expresión de Strom, dura, no era agradable mientras se acercaba a ella. —Dijimos que ayudaríamos y lo haremos, pero no vamos a permanecer aquí afuera toda la noche escuchando las negociaciones con un montón de leñadores. Si ellos no nos quieren aquí, encontraremos otro sector que lo haga—.

Scarlet resopló. —Buena suerte—.

Él le gruño. Scarlet le gruño también.

Labios apretados en una fina línea, el hombre barbudo miro a los nerviosos civiles con sus afilados palos, luego a los soldados musculosos y cubiertos de pelo. —Hemos estado enviando Mensajeros a los sectores más cercanos cada vez que podemos, pero es difícil tratar de coordinar el ataque. Los lanzadores están todos abajo. Y nosotros no somos guerreros—.

—Sin duda— Refunfuño uno de los soldados. Alguien en la multitud susurro, —Díganles sobre los guardias—.

Scarlet levanto sus cejas mientras que el miedo de la multitud fue reemplazado con pechos hinchados y espaldas rectas. —¿Guardias?—

—Hemos tenido un regimiento de guardias armados estacionados aquí por años, y hemos hablado sobre tratar de aplastarlos, incluso hicimos planes para eso antes, pero siempre parecía inútil cuando Levana solo tenía que enviar más. Pero tan pronto como el mensaje de Selene apareció...—. Él sonrió a sus compañeros. —Nuestro plan funciono. Nosotros los tuvimos desarmados en tan solo diez minutos y ahora están encerrados en uno de los depósitos en el molino—. Él se cruzó de brazos. —Hubieron muertes, pero nosotros sabíamos que las habrían. Estamos dispuestos a hacer lo que sea, justo como la gente de RM-9. Creo que Selene nos ha dado lo que podría ser nuestra única oportunidad—.

Scarlet parpadeo. —¿Que hay con las personas en RM-9?—

—Ellos dicen que Selene estuve allá, y había una persona cuidándola, ella era solo una minera, nadie en especial, como nosotros, pero ella probó lo valiente que podemos ser—.

—Maha Kesley— Susurró Scarlet.

El hombre se sorprendió. —Es correcto—. El volteo a ver a la gente que se había juntado, apretó su mandíbula. —Ella fue asesinada por ofrecer su hogar a nuestra

verdadera reina, pero su muerte no será en vano, al igual que las muertes de todos aquellos que se levantaron contra Levana en el pasado—.

Scarlet asintió, aunque ella seguía aun conmocionada. Aimery ordeno la muerte de Maha con el propósito de que fuera un acto de advertencia para cualquiera que se aliara a Cinder, pero aquí, al menos tuvo el efecto opuesto. Maha Kesley se convirtió en mártir.

—Tienes razón— Dijo ella. —Selene no necesita que sean guerreros. Maha Kesley ciertamente no lo era, pero ella fue valiente y creyó en nuestra causa. Esa determinación es lo que esta revolución necesita—.

—Unos cuantos guerreros más no molestarían— Murmuro Strom, quitándole un palo al civil más cercano, quien solo se encogió. —¡Todos vuelvan a la formación! Veamos si podemos hacer que parezcan un poco menos patéticos.

CAPÍTULO 60

—Los residentes de GM-3 han reducido a los guardias enviados para sofocar el levantamiento que comenzó la tarde de ayer en las fábricas— dijo Aimery, recitando la información de un portavisor como si no estuviera pasando nada. Levana permitió la farsa, manteniendo su rostro en calma mientras escuchaba el informe. Sólo su pie golpeó contra los azulejos brillantes de su solar, temblando de furia contenida.

—Estamos enviando un nuevo regimiento de guardias, junto con un taumaturgo en este momento. El levantamiento en WM-2 ha sido sofocado, con sesenta y cuatro bajas civiles y una pérdida de cinco guardias. Estamos llevando a cabo un censo completo en el sector, pero se estima cerca de doscientos civiles escaparon antes de la insurrección, junto con una cantidad desconocida de armamento robado y municiones. Los guardias en todos los sectores vecinos se han puesto en alerta máxima—.

Levana bebió una respiración larga y delgada. Se paseó por las enormes ventanas con vistas a la ciudad. Su perfecta, prístina y tranquila ciudad. Parecía imposible que tanto caos estuviera ocurriendo en su planeta, no cuando todo aquí era tan tranquilo, tan normal. Y todo por culpa de esa ciborg y su desgraciado vídeo y sus estúpidos discursos.

—Dieciséis sectores de agricultura se han negado a cargar los trenes de suministro que se habían enviado— Aimery divagó… —y se nos dice que un tren sin vigilancia que llevaba los productos lácteos, muchos destinados a las celebraciones de esta semana, fue abordado por un grupo de civiles fuera del sector AR-5 y despojado de suministros. No hemos sido capaces de recuperar cualquiera de esos bienes o detener a los ladrones en este momento. —Se aclaró la garganta.

—En el sector GM-19, los ciudadanos han bloqueado dos de las tres plataformas de levitación magnética, y esta mañana han muerto veinticuatro guardias enviados a derribar los bloqueos. Estamos reclutando un regimiento de taumaturgos para enviar allí también—.

Levana se pasó una mano por el hombro.

—En el sector SB-2…—.

El ascensor sonó en el centro de la habitación, tirando de la atención de Levana lejos de la ciudad. El Taumaturgo Lindwurm se abalanzó he hizo una reverencia precipitada, con las mangas negras raspando el suelo.

—Su Majestad—. Dijo él.

—Si estás aquí para decirme que los sectores exteriores están en el caos y la gente está en la revuelta, me temo que es muy tarde—. Ella chasqueó los dedos al criado que estaba junto a la puerta del ascensor. —Trae el vino—. El sirviente se escabulló.

—No— dijo Lindwurm. —No, tengo noticias de los cuarteles, regimiento 117—.

—¿Qué? ¿Están en la revuelta también? —Levana se rio, aunque por debajo de su histeria se escondía un temor cada vez mayor. ¿Podría haber hecho la ciborg que todo su país se volviera en su contra con tanta facilidad?

—Tal vez, mi reina— dijo Lindwurm.

Levana giró hacia él. —¿Qué quiere decir, tal vez? Son mis soldados. No pueden rebelarse contra mí—.

Lindwurm bajó la mirada. —Nuestro equipo de seguridad recibió el aviso hace dos horas que la identidad de la princesa Winter había sido rastreada al exterior de esos cuarteles—.

La sonrisa de Levana desapareció. —¿Winter?— Miró a Aimery, que se enderezó, su propio interés despertó. —Así que ella está viva. ¿Pero que iba a estar haciendo allí? —

—El sistema recogido en sus huellas dactilares se utilizó para entrar en el cuartel. Después de enterarse de la violación de la seguridad, se enviaron los ocho restantes taumaturgos al Regimiento 117 para determinar si la princesa planteaba una amenaza—

—Supongo que es demasiado esperar que encontraran a la querida niña hecha trizas y sangre—.

Eso es lo que deberían haber encontrado. Los animales deberían haber matado a Winter sin dudar, era lo que estaban diseñados para hacer. Pero sospechaba que no era el caso.

—Por lo que hemos podido comprobar,— dijo Lindwurm, —cuando llegaron los taumaturgos, los soldados los atacaron y atacaron. Los ocho están muertos—.

La sangre le hervía, golpeándole las sienes. —¿Y Winter?—

—La princesa y los soldados abandonaron el cuartel, cámaras de seguridad mostraron que penetraron el sector de la superficie más cercano: LW-12. Es uno de los sectores de la agitación, pero no han sido tomados en cuenta como una amenaza de alta prioridad—.

—¿Me estás diciendo que mis soldados se han puesto del lado de la chica?— Lindwurm bajó la cabeza.

El sirviente regresó con una bandeja de plata con un vaso de cristal. Levana podía oír el temblor mientras el sirviente vertía el vino en la copa. Levana apenas sintió el peso de la copa en la mano mientras la tomaba.

—Deja— le ordenó, y el criado no podía escabullirse lo suficientemente rápido.

Se deslizó de nuevo a la ventana. Su ciudad. Su luna. El planeta que iba a gobernar algún día colgando fuera del horizonte, casi lleno.

Cuando ella había dado Jacin la oportunidad de ganar de nuevo su favor por matar a la princesa, había esperado que él hiciera algo estúpido, pero había esperado que se daría cuenta de lo inútil que era. Había esperado que elegiría para acelerar la muerte de Winter la manera menos dolorosa posible en lugar de arriesgarse a una sentencia mucho más brutal. Esa fue la misericordia, después de todo. Misericordia.

Pero había fallado. Ella sabía que Winter todavía estaba viva y que ella estaba tratando arrebatarle el ejército de Levana, al igual que ella había arrebatado adoración de la gente, al igual que Selene estaba arruinando todo.

Ella trató de imaginarse la escena. Dócil, Winter medio loca, batiendo sus pestañas a las bestias brutales, y que estas caían por ella. Oh, cómo iban a adularla. Cómo iban a caer de rodillas y pedir a cumplir sus órdenes. ¿Cómo iban a seguir su amada princesa en cualquier lugar?

—Mi reina— dijo Aimery, colocando un puño contra su pecho, —Me siento responsable de que no hemos podido encontrar a la princesa durante nuestra incursión en RM-9. Por favor, permítame esta oportunidad para reparar el error. Voy a ir a este sector y ver que la princesa sea capturada. No voy a volver a fallar—.

Ella se volvió hacia él. —¿Tiene la intención de matarla, Aimery?—

Hubo una pausa, una liguera pausa, entonces respondió —Por supuesto, mi reina—.

Levana rio y tomó un poco de vino. —No fue hace mucho tiempo cuando se le preguntó a la princesa si quería casarse con usted. ¿Cree que es bella? —

Se rio entre dientes. —Mi reina. Todo el mundo piensa que la princesa es hermosa, pero ella no es rival para Su Majestad. Usted es la perfección—.

—He empezado a preguntarme si la perfección podría ser su propia falla—. Ella sonrió. —Aunque quizás un defecto puede contribuir a la perfección—. Ella cubrió a Aimery por debajo de su mirada y se ajustó el glamour, dibujo, tres arañazos ensangrentados afilados por su mejilla derecha.

Él tragó saliva.

—Te conozco desde hace muchos años, Aimery. Sé cómo te gustan. Que habrías sido un buen partido, después de todo... pero eres tan patético como ella. —Levana arrojó la copa. Aimery se agachó, bloqueando el vaso con el antebrazo. Se cayó al suelo, el vino se derramaba como una mezcla de agua y sangre, salpicaduras en los zapatos de Levana. —Tendrás tu oportunidad de probarse a sí mismo, pero no en lo que a Winter se refiere. Parece que nadie tiene el estómago para hacer lo que debe hacerse, no es cierto, no Jacin Clay, ni siquiera mis queridas mascotas. Estoy hasta la coronilla de la decepción—.

Le dio la espalda. Sus pensamientos se tambalearon con la traición, el asco, y los celos, y aun a los celos. Todo por esa niña insignificante. La débil, algo frágil.

Si sólo ella la hubiera matado hace años, antes de que ella llegara a ser tan hermosa. Antes de que ella se hubiera convertido en una amenaza. Debería haberla matado la primera vez que la vio durmiendo en su cuna. Debería haberla matado cuando obligó a Winter a tomar ese cuchillo, cuando pensaba que una ligera desfiguración borraría todos los susurros en la corte, que se hablaba desde sus trece años de edad, que competía con su hijastra, la muchacha más hermosa en Luna.

Si ella no hubiera hecho esa estúpida promesa de Evret, hace tantos años. ¿Lo que se promete a los moribundos, de todos modos, se debe cumplir?

A medida que su respiración se igualó de nuevo, se borraron las cicatrices de su cutis perfecto.

El Taumaturgo Lindwurm tomó una respiración ruidosa para recordarle de su presencia. —Mi Reina, buscaré un grupo de trabajo para hacer frente a la princesa y los soldados desertores. Voy a dirigirlos a matar a la princesa si la tienen a la vista.

Miró por encima del hombro. —Soy una buena reina, ¿no?— Lindwurm se tensó. —De eso, no hay duda—.

—He unido por competo a este país. He hecho una guerra para ellos, por lo que mi gente pueda tener acceso a todo lo que la Tierra tiene que ofrecer. Lo he hecho por ellos. ¿Por qué están haciendo esto? ¿Por qué la quieren, cuando ella no ha hecho

nada para merecerlo? Si ella no fuera tan bonita, que gente la vería por lo que realmente ella es. Manipuladora, que ha hecho una burla de todo lo que representamos—.

Ni Aimery ni Lindwurm respondieron.

Después de un suspiro tembloroso, Levana espetó, —Encuentren a otro criado que me traiga más vino—.

Lindwurm inclinó y se retiró.

—La muerte no es suficientemente bueno para ella— Levana murmuró para sí misma, caminando pasando sobre Aimery. —La muerte era la elección misericordiosa, porque hice una promesa a mi marido, pero ella ha perdido su derecho a la piedad. Quiero que todos la vieran como ella es. Cuan débil y patética es.

Los labios de Aimery se apretaron. Miró con aire satisfecho, aun cuando se arrastraba. —Dígame cuál es la mejor, en que puedo servirle—.

—Esta rebelión ha ido demasiado lejos. No serán enviados comida o suministros a los sectores exteriores a menos que estén dispuestos a pedir perdón. Es hora de que los ciudadanos de Luna recuerden lo afortunados que son al tenerme a mí. —Su corazón se agitó con anticipación. —Y tráiganme al Dr. Evans. Tengo una tarea especial para él—.

—¿Y la princesa, mi reina?—

—No se preocupe por su querida princesa desfigurada—. Dijo con desprecio, Levana se inclinó hacia delante y arrastró su pulgar a través de la mandíbula de Aimery, reuniendo una gota salpicado de vino. —Voy a encargarme de ella yo misma, como debí haber hecho hace mucho tiempo—.

PARTE

CUATRO

'¿Tienes miedo de que esté envenenada?' preguntó la anciana mujer. 'Mira, cortaré la manzana en dos. Tú come la parte roja, y yo comeré la blanca'

CAPÍTULO 61

Cinder estaba frustrada por su propia impotencia. Se habían movido a la sala de estar de la mansión. Hasta entonces, Cinder no conocía las salas recreativas del palacio. Estaba haciendo todo lo posible para indicarles a los otros que necesitaba ser hecho con el fin de extraer el video que había tratado de tomar en la sala del trono, y arreglar su pierna y la máquina de interfaz de su cerebro. Pero mientras corrían alrededor de la reunión de suministros, estaba sentada en un sofá con el trozo-inútil de pierna de metal. Odiaba saber que podría tener todo funcionando de nuevo fácilmente si estuviera de nuevo en su tienda de trabajo en Nuevo Beijing. Si tuviera las herramientas correctas. Si no fuera ella la maquinaria que necesita ser reparada.

Trataba de ser agradecida. Había sobrevivido al intento de ejecución de la reina y no se había ahogado en el Lago de Artemisia. Estaba con sus amigos otra vez e Iko no había sido destruida después de todo… en realidad, había sido ayudada por uno de los guardias personales de Aimery, lo que confirmaba lo que Jacin le dijo una vez. No todos en el palacio eran tan leales a Levana como lo que ella quería creer.

En la cima de todo eso, podría tener el video de la Reina Levana que mostraría lo que yacía detrás de su glamour. Esta podría ser la mejor arma que tenían contra ella y su control de mentes.

Sí el video no había sido destruido en el agua, por supuesto.

—Thorne, haz palanca en el panel de atrás de ese receptor, se gentil. Jacin, ¿qué has encontrado en el panel de seguridad?—

—Un manojo de cables—. Jacin arrojó un puñado de cables y tablas de datos hacia el suelo.

Cinder empujó los cables con su pie bueno. —Un par de estos deberían funcionar. Ayúdame a girar esta tabla. Es similar a los juegos de hologramas que tenemos en la Tierra, así que creo...—. Agarró una de las tablas con su mano buena, pero su hombro herido se resistió cuando intentó girarlo. Jacin lo agarro y lo giró por su cuenta, y Cinder sintió una contracción en desarrollo en su ojo derecho. Intentó no agraviarlo. No era su culpa que ella siguiera sensible donde el soldado lobo la había mordido, y de última el ungüento para calmar el dolor que encontraron estaba obrando milagros.

—No habrá mucha sangre cuando la abramos, ¿verdad?— dijo Thorne, sosteniendo el receptor hacia Cinder así ella lo recogía a través de su funcionamiento interior. —Quiero decir, estamos hablando estrictamente de sistemas ciborg, ¿cierto?—

—Será mejor que sea así—. Escaneó el funcionamiento interior del receptor mientras Thorne y Jacin desmontaban la mesa de juego. La disposición era diferente a cualquier cosa que tenían en la Tierra: cables de colores diferentes, tamaños diferentes de enchufes y conectores, pero todo funcionaba con tecnología similar y los mismos principios básicos. —No es mucha cirugía sino... mantenimiento. Nuestra mayor preocupación es si el equipo es compatible o no. La tecnología es similar, pero se ha cambiado mucho desde que la Tierra y Luna dejaron de comerciar entre sí... así que veremos—.

Miró hacia la mesa de juegos mientras Thorne se entrometía al lado del panel, revelando el sistema interior.

—¡Oh, perfecto!— inclinándola hacia adelante, miró el convertidor de fibra. —Podemos usar este—.

Iko y Cress entraron a la habitación, Cress sosteniendo una caja de madera.

—Tienen una tienda de trabajo allí atrás— dijo Iko. Ella usaba una blusa rosa reluciente que había encontrado en la casa, casi cubría el agujero de bala en su torso y la cortadura en la parte de atrás de su hombro derecho. Cinder esperaba que una vez que la reparara, sería capaz de al menos, hacer que el brazo de Iko funcionara de nuevo.

—Encontré todo lo de tu lista excepto las partes del desmagnetizador de tres puntas. Pero si encontré un par de pinzas en el baño— Torció las pinzas entre sus dedos buenos.

Torciendo su boca, Cinder cogió las pinzas y apartó una pestaña de su punta. —Lo haremos funcionar—. Inspeccionó la pila de herramientas y las partes de repuestos que habían acumulado de la tecnología del palacio. Sin ser capaz de ver dentro de su cerebro y acceder a un diagnóstico, era difícil saber lo que necesitaban arreglar, pero si esto no era incluido en la pila, tenían un poco de esperanza de encontrarlo aquí. —Necesitamos una lámpara así puedes ver que estás haciendo. ¿Y qué tal un espejo? Podemos sostenerlo hacia arriba así ves lo que hay dentro—.

Jacin sacudió su cabeza —No en esta ciudad—.

Cinder frunció el ceño. —Correcto, bueno. Extraeremos la información del vídeo chip primero, luego nos enfocaremos en el monitor de retina. Mis ojos siguen comunicados con el nervio óptico, así que mi mejor suposición es que ha habido una ruptura de los datos transferidos desde mi panel de control al monitor. Podría ser tan simple como cables dañados. Una vez que tengamos todo funcionando, debería ser capaz de ofrecer mi diagnóstico interno y saber qué es lo que está mal en mi pie y mano—. Apuntó hacia la silla de visión de realidad virtual. —Trae eso hacia aquí—.

Jacin obedeció, y Cinder se puso a sí misma en la silla, enfrentando el respaldo así podría apoyar sus brazos en él. Apoyó su frente en ellos. —¿Cress?—

—Estoy lista cuando tú lo estés—.

—Bien. Veamos lo que podemos encontrar—.

Iko peinó el cabello de Cinder hacia un lado y apretó un dedo en el pestillo de la parte posterior del cráneo de Cinder. Ella sintió el panel deslizarse abierto.

—Oh, claro— dijo Thorne —Cuando yo abrí su panel, ella me gritó. Cuando Iko lo hace, ella es una heroína—.

Cinder miró hacia el sobre sus brazos doblados. —¿Te gustaría hacer esto?—

Hizo una mueca. —Ni un poco—.

—Entonces da un paso atrás y déjales espacio para trabajar—. Acostó su frente nuevamente. —Muy bien, Iko. Hay una inserción de cable a la izquierda del panel de control—.

Alguien encendió una lámpara y una luz brillante entró en su campo de visión.

—Lo veo— dijo Iko. —Cress, ¿tienes ese puerto?—

—Y el cable conector, justo aquí—.

Cinder las escuchó arrastrándose detrás de ella, llevando más de su cabello fuera del camino. Hubo un clic, apagado dentro de su propia cabeza. Un estremecimiento pasó a través de ella. Había pasado mucho tiempo desde que un mecanismo externo ha sido insertado en su procesador. La última vez había sido cuando ella drenó toda su fuente de alimentación trasladando la Rampion al espacio, justo después de haber escapado de la Prisión de Nueva Beijing. Thorne tuvo que cargarla con un enchufe de la nave.

Tiempo después estaba en un laboratorio de investigación, atada a una mesa mientras un androide medica descargaba las estadísticas de su construcción cibernética.

Ella en realidad, verdaderamente odiaba tener cosas insertadas en su cabeza.

Se forzó a tomar profundas respiraciones. Eran solo Iko y Cress. Sabía lo que ellas estaban insertando y la data que estaban extrayendo. No era una violación. No era una invasión.

Pero era imposible no sentirse de esa manera.

—La conexión funcionó— dijo Cress. —No parece que haya ningún agujero obvio en la información, así que esa parte de tu programación no fue afectada por cualquier corto circuito de tus extremidades. Solo necesito encontrar dónde se almacena la información visual... y aquí vamos. Registros... cronológicamente... este sería el más reciente... olvídalo, debe ser este. Video, cifrado, de un minuto cincuenta y seis segundos. Y... transfiriendo. —

Las tripas de Cinder se retorcieron. No era delicada en general, pero cuando su panel se abría era imposible no pensar sobre anónimos y desconocidos cirujanos que se inclinaban sobre su forma inconsciente. Conectando cables y sinapsis a su cerebro, regulando su pulso eléctrico, reemplazando partes de su cráneo con placas de metal extraíbles.

Retorció sus antebrazos antes de que comenzaran a doler, intentando distraerse del zumbido de sus mecanismos internos y el sonido de las puntas de los dedos de Cress tecleando contra el portavisor.

—Ochenta por ciento— dijo Cress.

Con manchas titilando en la oscuridad de los párpados de Cinder. Respiró profundo, tranquilizándose a si misma. Estaba bien. Esto sería una revisión de rutina si estuviera trabajando con un androide u otra ciborg. Estaba bien.

El zumbido se detuvo y Cress dijo: —Hecho—.

—Compruébalo antes de desconectar— dijo Cinder, tragando un bocado de saliva agria. —Asegúrate de que sea el correcto—.

—Está mostrando... mucha gente—.

—Allí está Kai— chilló Iko.

Cinder levantó su cabeza. Sintió la tracción del cordón que seguía conectado al porta visor. —Muéstrame— dijo, incluso cuando un brillo inundó su visión. Se encogió, cerrando sus ojos de nuevo.

—Espera, quédate quieta— pidió Cress. —Déjame desconectar———

Eso fue lo último que escuchó.

* * *

NUEVAS CONECCIONES ENCONTRADAS

REALIDAD DE MANUFACTURACIÓN MANO CIBORG T200–L–

USUARIO: CINCO UTILIDADES NO RECONOCIDAS: NÍVEL DE APLICACIONES APROBADAS

REALIDAD DE MANUFACTURACIÓN PIE CIBORG T60.0–L: NIVEL DE APLICACIONES APROBADAS

REINICIANDO EN 3... 2… 1…

Cinder despertó en el sofá con la cobija más suave que ella nunca sintió envuelta alrededor de sus hombros. Entrecerró sus ojos a las sombras poco familiares en el techo, intentando sacudirse el desconcierto de despertarse en un lugar extraño y no estar segura de cómo llegó allí. Sentándose, se restregó sus nublados ojos. La habitación estaba desordenada, herramientas y repuestos esparcidos en la alfombra y las mesas.

COMPROVACIÓN DE DIAGNÓSTICO COMPLETA. TODOS LOS SISTEMAS ESTABILIZADOS. DOS NUEVAS CONECCIONES ENCONTRADAS:

MANO CIBORG T200

PIE CIBORG T60.0

¿EXÁMINAR LAS APLICACIONES AHORA?

Levantó su mano derecha en frente de su rostro. El brillo que había tenido cuando el Dr. Erland se la había entregado se había ido después de dos meses de hacer reparaciones en la Rampion y vivir en un desierto y de sumergirse en el Lago de Artemisia.

Lo más desconcertante era que tenía los cinco dedos, a pesar que el índice– el dedo pistola que Levana había removido no se parecía a los otros. La terminación era diferente, muy fino, y el ángulo del primer nudillo estaba torcido.

Cinder comenzó a analizar las aplicaciones y miró como sus dedos de curvaban hacia abajo, uno por uno. Se flexionaron. Se tensaron en un puño. La muñeca se torció de un lado a otro.

Su pie pasó por movimientos similares. Se retiró la manta para poder ver.

EXÁMEN DE APLICACIONES BÁSICAS COMPLETO. NIVEL DE APLICACIONES APROVADAS PARA EL USO. CINCO UTILIDADES NO RECONOCIDAS.

Cinco utilidades.

Inspeccionando su mano, Cinder mandó un mensaje hacia las puntas de sus dedos para que se abrieran, lo que hicieron sin problema. Pero cuando intentó encender la linterna, expulsar el cuchillo o el cable conector universal, o el destornillador, no pasó nada. Ni se molestó en cargar un proyectil en su dedo reemplazado. Aun así, tenía uso de la extremidad de nuevo, no podía quejarse.

—¡Estás despierta!—

Iko irrumpió dentro de la habitación, llevando una bandeja con una mano, contenía una copa de agua y un plato de huevos fritos, con pan y mermelada.

El estómago de Cinder comenzó a rugir. —¿Tú cocinaste?—

—Solo algunas de mis habilidades sobre mis días de Serv9.2 — Iko dejó el plato en el regazo de Cinder. —Pero no quiero escuchar sobre cuando delicioso está—.

—Oh, estoy segura que está horrible— dijo Cinder, llevándose una cuchara llena a la boca. —Gracias, Iko—. Su mirada aterrizando en el brazo incapacitado de Iko. Un dedo se había perdido. Tragó. —También por el accesorio—.

Iko encogió su hombro bueno. —Tienes unos cables de mascota instalados ahora también. Las cosas de la mesa de juego no funcionaron—.

—Gracias. Eso fue en verdad muy generoso—.

Iko empujó el pie de Cinder y se sentó. —Tú sabes que nosotras las androides estamos programadas para ser serviciales y todo eso—.

—¿Sigues siendo una androide?— Dijo Cinder por sobre una tostada. —A veces lo olvido—.

—Yo también—. Iko agachó su cabeza. —Cuando vimos tu carga salirse de esa repisa, estaba asustada pensé que mi cableado iba a incendiarse. Y pensé haré lo que sea para asegurarme de que ella esté bien—. Pateó una pila de tornillos sueltos del suelo. —Supongo que algunos programas nunca se van, no importa cuán desarrollado de personalidad se torna un chip—.

Lamiendo algunos trozos de mermelada de sus dedos, Cinder sonrió. —Eso no es un programa, chiflada. Eso es amistad—.

Los ojos de Iko se iluminaron. —Tal vez tengas razón—.

—Era hora de que te despertaras, perezosa—. Cinder giró su cabeza por encima de su hombro para ver a Thorne en el marco de la puerta... Cress y Jacin detrás de él. —¿Cómo está la mano?—

—Casi completamente funcional—.

—Por supuesto que está casi completamente funcional— dijo Iko. —Cress y yo somos unas genios—. Le envió a Cress un pulgar arriba.

—Yo ayudé— dijo Thorne, señalando.

—Jacin comprobó tu pulso y respiración para asegurarse de que no estuvieras muerta— dijo Iko.

Thorne resopló. —Pude haber hecho eso—.

—¿Por qué me desmayé?— interrumpió Cinder.

Agachándose al lado del sofá, Jacin sintió el pulso en la muñeca de Cinder. Después de un corto silencio, la dejó de nuevo. —Estrés, probablemente, aparte de tener un porta visor conectado a tu—– hizo un gesto hacia el área general de su cabeza– —cosa de computadora—.

—Y tú me llamaste delicado— dijo Thorne

Cinder entrecerró sus ojos. —¿Me desmayé por estrés? ¿Eso es todo?—

—Creo que la princesa terminó desmayada— dijo Thorne.

Cinder le dio un golpe.

—Con todo por lo que has pasado— dijo Jacin. —es increíble que no te hayas derretido. La próxima vez que te sientas mareada o tengas problemas para respirar, dímelo antes de desmayarte—.

—La buena noticia— dijo Iko. —es que contigo inconsciente, Cress y yo fuimos capaces de hacer un diagnóstico completo. Dos conexiones arregladas, nuevo cable de data, software reinstalado, ¡y como nuevo! Bueno, excepto…—

—Las herramientas de la mano, lo sé—. Cinder sonrió. —Pero está bien. Pasé cinco años sin una linterna, sobreviviré—.

—Sí, eso, pero creo que habrá algunos problemas con tu interfaz también. Los diagnósticos mostraron un par de errores con la conectividad y la transferencia de data—.

La sonrisa de Cinder de borró. Dependía de su cerebro ciborg desde que podía recordar, confiando en su habilidad para descargar información, mandas comms, monitor con canal informativo. Sería un incómodo sentimiento estar sin ello, como si una parte de su cerebro fuera borrada.

—Tendré que conformarme— dijo. —Estoy viva, y tengo dos funcionales manos y dos funcionales pies. He estado en peor forma antes—. Miró hacia Iko y Cress. —Gracias—

Cress inclinó su cabeza mientras que Iko arrojó sus trenzas sobre sus hombros. —Oh, tú sabes, solía ser aprendiz de esta brillante mecánica en Nueva Beijing. Ella me enseñó una o dos cosas—.

Cinder rio.

—Hablando de mecánicas brillantes— dijo Iko. —¿Crees que tengas tiempo de mirar mi brazo ahora?—

CAPÍTULO 62

Winter se sentó en un áspero banco, observando las últimas astillas de hielo derretirse alrededor de sus pies. Rasgó sus zapatos contra un charco profundo que se formó, asombrada de como todo podía ser tan real– el crepitar, el frio– incluso cuando ella sabía que no lo era.

Suspirando, levantó su cabeza, cansada como estaba, para observar las sesiones de entrenamiento al azar por toda la calle empolvada. Maniobras y tácticas, cientos de soldados entrenados haciendo lo que podían para levantar un ejército. Escaneó a la gente por el cabello flameante de Scarlet, no estaba segura de dónde se había ido su amiga.

Al instante de verla, su mirada atrapó algo completamente distinto. Una cabeza de cabello pálido en la parte trasera del gentío.

Su corazón se tambaleó.

Inhalando temblorosamente, se levantó de la roca, pero él ya se había ido.

Su mirada se precipitó hacia las caras de la multitud, buscando. Esperando.

Asió sus pies a sus lados, quitándose el repentino subidón de euforia. Era su desesperación causando que vea fantasmas. Lo extrañaba tanto. Seguía sin siquiera saber si estaba vivo. Suponía que era de esperar verlo en cada persona de la multitud, alrededor de cada esquina.

Allí… lo vio de nuevo. Cabello brillando al sol arrojado detrás de sus orejas. Anchos hombros disfrazados en ropas de trabajadores del sector. Ojos azules que la clavaban en el suelo haciendo que su cuerpo hormiguee. Aire infló sus pulmones. Estaba vivo. Está vivo.

Pero Jacin levantó un dedo hacia sus labios, deteniéndola antes de que pueda correr hacia él. Agachando su cabeza en un esfuerzo para minimizar su altura, se escurrió alrededor de un grupo de trabajadores y siguió hacia el bosque. Miró hacia atrás una vez y, con un sutil movimiento de su cabeza, desapareció en sus sombras.

Con las palmas sudadas, Winter miró alrededor por Scarlet, pero no estaba a la vista. Nadie la miraba. Se deslizo lejos, recientemente energizada, y arrastró sus pies entre los árboles de troncos delgados.

Rodearía el bosque hasta encontrarse a mitad de camino con Jacin. Se tiraría en sus brazos y no le importaría su fuera apropiado o no.

Adelante, podía oír el burbujear de la fuente central.

—Princesa—.

Winter se sobresaltó. Con la prisa, Había caminado al lado de la anciana sin siquiera verla. Era una criatura anciana con la espalda encorvada, tenía vivacidad en su expresión. Sostenía una canasta llena de ramitas y corteza de la flora del bosque.

—Sí, hola—. Winter dijo con prisa, inclinándose en una rápida reverencia. Su mirada ya estaba viajando, buscando por cabello rubio y sonrisa burlona. No vio nada. Los árboles lo escondían.

—Buscas a un joven apuesto, creo—. Las arrugas de la mujer se tensaron en algo como una sonrisa.

Winter comenzó a asentir, pero se detuvo. —¿Pasó alguien por aquí justo hace un momento?—

—Solo su príncipe, mi querida. No es necesario ser tímida. Es muy apuesto, ¿no es cierto?— Ella misma se puso de pie, no tan alta que la clavícula de Winter, aunque eso era debido por la curva de su espalda. Winter se preguntó cuántos años de trabajo duro se posaban sobre esos hombros.

—Me pidió que le diera un mensaje—.

—¿Lo hizo? ¿Jacin?— Miró alrededor de nuevo. —¿Pero dónde ha ido?—

—Pidió que no lo siguiera. Es muy peligroso, y la encontrará cuando sea seguro de nuevo—. Movió su cabeza, contemplando de nuevo la ordenada fila de árboles, donde los Alfas estaban dando sus órdenes.

Winter intentó ocultar su decepción. ¿No habría podido esperar por una sonrisa, una especie de palabra, un rápido abrazo? —¿Por qué no está con los otros?—

La mujer encogió sus hombros, con algo de esfuerzo. —Alguien ha dicho que podíamos usar las ramas de los bosques. No puedo hace mucho, pero puedo asistir en ese sentido—.

—Por supuesto— dijo Winter. —Todos debemos hacer lo que podemos. Déjeme ayudarla—. Tomó la canasta.

La mujer elevó un dedo, su brazo no estaba cargado. —Casi lo olvido. Tu príncipe le dejó un regalo—. Excavando en la canasta, encontró una caja llana enterrada debajo de las ramas. —Dijo que eran sus favoritas—.

El corazón de Winter brincó cuando tomo la caja en su palma. Sabía lo que era sin abrirla y su corazón se expandió. No pudo imaginarse en los problemas en los que se había metido Jacin para conseguir esas para ella. ¿Todo para que supiera que había pensado en ella?

A menos que haya más que eso dentro.

A menos que sea un mensaje.

Mordiéndose un labio, levantó la tapa. Allí, dentro, se encontraba una original manzana agria, fresca de la ventana de la pastelería.

—Oh, mi, pero mira que sabrosas — dijo la anciana, Estirando su cuello para ver dentro. —No ha tenido una de estas manzanas desde que era una niña, ¿verdad?—

—Si—. Winter estiró la caja frente a ella. —Por favor, tome una. Como gratitud por entregármelas—.

La mujer meditó la oferta. —Si insistes... supongo que un pequeño mordisco no me matará. Tomaré esta, si está segura que no le importa. Vea, tiene una grieta en la cobertura. No apta para una princesa—. Sus ojos se tornaron osados mientras tomaba el dulce entre las puntas de sus dedos. —Pero sólo si tú comes la otra. Sería un gran honor compartir este regalo con Su Majestad… la hermosa Princesa Winter en persona—.

—Eres demasiado gentil—. Winter sacó el segundo dulce de la caja. Escaneó el revestimiento interior, esperando por alguna pista que Jacin haya dejado en el interior, pero no vio nada.

Además. Era un regalo. No solo los dulces, sino de haberlo visto desde lejos. De saber que él estaba bien.

Colocó el dulce entre sus dientes. La mujer la estaba mirando, imitando sus movimientos, y juntas mordieron. Winter sintió el crujido de la frágil cáscara antes de saborearla en su lengua.

La anciana sonrió, pedazos de color carmesí se pegaron en sus dientes. —Esto fue más placentero de lo que podría haber imaginado—.

Winter tragó. —Me alegro. Fue un placer co... co...—.

Parpadeó, atrapando un matiz de familiaridad en el modo en que la mujer la miraba. En la particular forma de su sonrisa– algo soberbia y llena de desprecio.

—¿Algo va mal, mi querida pequeña?—

—No. No. Por un momento me ha recordado a alguien. Pero mis ojos me juegan trucos algunas veces. No son de mucha confianza—.

—Oh, pequeña estúpida chiquilla—. La curva en la espalda de la mujer comenzó a enderezarse. —Somos Lunares. Nuestros ojos nunca con de confianza—.

Winter de echó hacia atrás. La canasta se resbaló de sus manos, chocando contra el suelo.

Detrás de ella, Levana descartó el disfraz de anciana, como una serpiente sacudiéndose su piel.

—Mis investigadores me aseguraron que la enfermedad actuaría rápido—. Dijo la reina, sus fríos ojos barriendo la piel de Winter. Curiosa. Encantada.

Los pensamientos de Winter comenzaron a girar, descifrando la verdad de las ilusiones. Había pasado toda su vida descifrando las verdades de las ilusiones.

¿Dónde estaba Jacin? ¿Por qué estaba Levana aquí? ¿Era esta otra pesadilla, alucinación, un truco?

Su estómago pateó. Se sintió enferma.

—Los microbios infectados están siendo absorbidos dentro de tu torrente sanguíneo en este preciso momento—.

Winter posiciono su mano sobre su estómago, sintiendo el dulce rodando dentro de ella. Se imaginó su corazón, sus arterias, su planta de fabricación de plaquetas. Pequeños soldados colorados marchando en sus cintas transportadoras. —¿Microbios?—

—Oh, no te preocupes. Joven y discapacitada cosita que eres, deben ser una hora o dos hasta que comiences a mostrar los síntomas. Una erupción de ampollas de sangre se mostrará en tu perfecta piel. Las puntas de tus delicados dedos se marchitaran y se tornaran azules...—. Levana sonrió. —Desearía poder estar aquí para ser testigo de eso.

Winter observó todo el bosque, hacia sus aliados. Levana la detendría si trataba de escapar. Se preguntó si podría gritar antes de que Levana le cosiera los labios cerrados.

—¿Pensando en avisarle a tus amigos? No te preocupes. Te dejaré ir, pequeña princesa. Dejaré que vuelvas hacia ellos y los infectes tú misma. Cometieron un error cuando te escogieron por sobre mí, y esa será su ruina—.

Se enfrentó a su madrastra de nuevo. —¿Por qué me odias?—

—¿Odiarte? Oh, querida. ¿Es eso lo que piensas?— Levana posó sus fríos dedos sobre la mejilla de Winter, encima de las cicatrices que le había dado años antes. —No te odio. Estoy simplemente molesta de tu existencia—. Su pulgar acarició la mejilla de Winter. —Desde el día en que naciste, tenías todo lo que alguna vez yo quise. Tu hermosura. El amor de tu padre. Y ahora, la adoración de la gente. Mi gente—. Tiró de su mano lejos. —Pero no por más tiempo. Tu padre está muerto. Tu belleza pronto se drenará. Y ahora que eres la portadora de la fiebre azul, cualquier habitante que se acerque a ti pronto lo lamentará—.

El estómago de Winter cayó. Pensó que podía sentir la enfermedad absorberse dentro de su estómago. Filtrándose en sus venas. Cada latido de su corazón impulsándolo en su sistema. Era separado de su conocimiento. De todas las torturas que había visto a su madrastra idear para otros, había algo misericordioso en esta muerte. Una lenta, aceptada calma.

—Podrías tener su adoración, también, ¿sabes?— dijo, observando la sonrisa de condescendencia de Levana incrementarse. —Si fueras amable con ellos, y justa. Si no los engañaras para convertirlos en tus esclavos. Si no los amenazaras a ellos y a los que aman por cada crimen menor. Si compartieras las riquezas y las comodidades que hay en Artemisia——

Su lengua se calmó.

—Soy la reina— susurró Levana. —Soy la reina de Luna y decidiré la mejor manera de gobernar a mi gente. Nadie, ni tú, ni esa espantosa ciborg, va a arrebatarme eso—. Levantó su barbilla, sus fosas nasales aleteaban. —Debo atender a mi reino. Adiós, Winter—.

Tropezando hacia atrás, Winter se giró hacia el pueblo. Si pudiera ver solo a una persona, advertirle...

Pero luego los árboles se acercaron alrededor de ella y colapsó, inconsciente, hacia el piso.

CAPÍTULO 63

—¿Has visto a Winter?—

Alfa Strom terminó de demostrar la puñalada ascendente con el bastón y se lo devolvió a una joven mujer, antes de volverse hacia Scarlet. —No—.

Scarlet escaneó a la agitada multitud por milésima vez. —Yo tampoco, no por mucho tiempo. Ella tiene una tendencia a alejarse…—.

Inclinando su cabeza atrás, Strom olfateó el aire unas pocas veces, entonces la sacudió. —Parece que no ha estado por aquí en un rato, quizás haya encontrado algún lugar para descansar—.

—O quizá se está picando su propio ojo con una vara. Te lo digo, no es bueno para ella ser dejada sola—.

Gruñendo, Strom gesticuló a uno de los miembros beta de su manda, entonces arrastró los pies hacia un banco. Se detuvo a olfatear de nuevo, enviando sus agudos ojos a la multitud antes de voltear y mirar hacia el bosque.

—Estas siendo horripilante— dijo Scarlet.

—Tú solicitaste mi ayuda—.

—No técnicamente—.

Cuando Strom se encaminó dentro de las sombras del bosque no real, Scarlet lo siguió, a pesar de que no pudo imaginar por qué Winter habría dejado a todos atrás yéndose por su cuenta-

No importaba. Podía imaginarlo después de todo.

—Vino por este camino— dijo Strom, pasando sus dedos sobre la corteza de un árbol. Se volvió a la derecha e incrementó su velocidad. —Voy a encontrarla ahora—.

Scarlet trotó a su lado.

—Aquí—.

La vio al mismo tiempo y rompió a correr antes de que Strom lo hiciera.

—¡Winter!— gritó, cayendo de rodillas. El cuerpo de Winter estaba tendido en la desigual hierba. Scarlet rodó a la princesa sobre su espalda y revisó su pulso, aliviada de encontrar un latido en el cuello de Winter.

Una mano jaló la capucha de Scarlet arrastrándola atrás. Aulló, manoteando para alejarse, pero Strom ignoró sus puños. —¡Déjame ir! ¿Qué estás haciendo?—

—Está enferma—.

—¿Qué? Liberando su capucha, Scarlet desenredó sus mangas y cayó de nuevo al lado de Winter. —¿De qué estás hablando?—

—Puedo olerlo en ella— gruñó Strom. No se acercó.

—Carne enferma. Vil—.

Scarlet le frunció el ceño antes de volver a enfocar a la princesa. —Winter, despierta— dijo, golpeando la mejilla de la princesa unas pocas veces, pero Winter ni siquiera se

movió. Scarlet presionó una mano en su frente. Estaba húmeda y caliente. Tocó la parte trasera de su cabeza, preguntándose si la princesa se había golpeado la cabeza de nuevo, pero no había sangre y el único golpe era de la pelea en la casa de Maha. —¡Winter!—

Strom pateó algo que se deslizó a través de una mata de césped y golpeó la rodilla de Scarlet.

Scarlet parpadeó y lo levantó. Una pequeña manzana agria, uno de los dulces que Winter por lo general le traía en la casa de las fieras, usualmente mezclada con analgésicos. Tenía una mordida. Levantando la mano de Winter, Scarlet encontró restos de la cubierta del caramelo derretido pegado en la punta de sus dedos.

—¿Veneno?—

—No lo sé— dijo Strom. —No está muerta… sólo agoniza—.

—¿Con algún tipo de enfermedad?—

El hizo una breve inclinación de la cabeza. —No deberías estar tan cerca de ella. Huele…— Parecía como que podía vomitar.

—Oh, contrólate. Todos esos músculos y dientes ¿y estás asustado de un pequeño resfriado?—

Su expresión se oscureció, pero no se acercó más. De hecho, después de un segundo, dio un paso atrás. —Algo está mal con ella—.

—¡Obviamente! Pero ¿qué? y ¿cómo?— Ella sacudió su cabeza. —Mira, vi una pequeña clínica médica en la calle principal. ¿Puedes llevarla ahí? Tendremos un médico revisándola. Puede necesitar un lavado de estómago o…—

La mirada de Scarlet aterrizó en el brazo de Winter y jadeó. Se deslizó lejos de la princesa de forma inconsciente, todos sus instintos le decían que contuviera su respiración. Que limpiara la piel que había estado en contacto con la princesa. Que corriera.

—Ahora ella escucha—.

Ignorándolo, Scarlet maldijo, en voz baja. —Cuando dijiste que tenía una enfermedad, ¡no creí que te refirieras a la peste!—

—No sé lo que es esto— dijo Strom. —Nunca lo había olido antes—

Scarlet vaciló por un momento, entonces dejó salir un doloroso y frustrante sonido, y se obligó a arrastrarse hacía Winter de nuevo.

Hizo una mueca mientras levantaba el brazo de Winter, inspeccionando las manchas negras esparcidas por su codo. Los anillos teñidos de rojo alrededor de los moretones, habían hinchado la piel, ampulosa y brillante como ampollas.

Desde que ella tenía uso de razón, la peste había trabajado en etapas predecibles, aunque el tiempo que le tomaba manifestarse variaba en cada víctima. Un vez que la erupción de los anillos de los moretones desfiguraban la piel de una persona, podía tener todavía tres días o tres semanas para vivir. Pero dado que Winter no se había ido por más de una hora, la enfermedad parecía estar trabajando especialmente rápido.

Escudriñó la punta de los dedos de Winter, aliviada de verlos rosas y saludables-no teñidos de azul. Pérdida de sangre en las extremidades era el síntoma final de la enfermedad antes de morir.

Frunció el ceño. ¿No le había dicho Cinder una vez que los lunares eran inmunes a la letumosis? Esta enfermedad no debería ni siquiera estar ahí.

—Se llama letumosis— dijo ella. —Es una pandemia en la Tierra. Actúa rápido y nadie sobrevive. Pero… Levana tiene un antídoto. Es la mitad de la razón por la que el Emperador Kai se casó con ella en primer lugar. Tenemos… Necesitamos mantener a Winter con vida lo suficiente para conseguirlo. Necesitamos mantenerla viva hasta que la revolución termine. ¿De acuerdo?—

Pasó una mano por su cabello, pero se quedó atrapada en una maraña de rizos y se dio por vencida antes de alcanzar el final.

—Podrían ser días, incluso semanas— dijo Strom. —No huele como si tuviera todo ese tiempo

—¡Deja de hablar acerca de cómo huele!— gritó. —Sí, la enfermedad es mala. Es-horrible. Pero no podemos solo dejarla aquí. Tenemos que hacer algo—.

Strom se balanceó sobre sus talones, mirando a la princesa con repugnancia. Lo cual era aún mejor que el brillo voraz que sus ojos había tenido antes. —Necesita un tanque de suspensión—.

—¿Un qué?

—Los usamos para sanar después de cirugías o lesiones graves—. Se encogió de hombros. —Puede disminuir el progreso de la enfermedad—.

—¿Dónde conseguimos uno?—

—Espero que tengan uno aquí. El trabajo es peligroso en este sector—.

—Grandioso. Vamos—. Empujándose a sí misma, Scarlet sacudió las manos. Strom la miró fijamente, después a Winter. No se acercó.

—Ugh. bien—. Agachándose de nuevo, Scarlet levantó el brazo de Winter y estaba a punto de cargarla sobre su hombro cuando Strom avanzó hacia adelante y levantó a la princesa en sus brazos.

—Bien, ¿no eres un perfecto caballero?— murmuró Scarlet, agarrando su capucha en su lugar.

—Sólo apresúrate— dijo el, su cara ya tensa en un esfuerzo de tomar respiraciones superficiales.

Prácticamente corrieron de regreso hacia las residencias. Scarlet salió corriendo de la línea de los árboles, ruborizada y jadeando. Aquellos que estaban reunidos se volvieron para observar como Strom emergía con Winter en sus brazos.

—La princesa ha sido envenenada— dijo Scarlet. —Tiene una enfermedad mortal llamada letumosis. La Reina tiene un antídoto, pero Winter probablemente morirá si no disminuimos la propagación de la enfermedad inmediatamente—. Vio al hombre con barba que había actuado como el líder antes. —¿Hay un tanque de suspensión en este sector?—

—Sí, en la clínica. No sé…— Le echó un vistazo a un hombre de cabello blanco que estaba emergiendo de la multitud.

El hombre de cabello blanco se acercó a Winter, buscando su pulso, y levantando sus párpados. Un doctor, supuso ella. —El tanque no está en uso— dijo él, siguiendo su rápida inspección. —Tomará quince o veinte minutos preparar el tanque y a la chica para la inmersión—.

Scarlet asintió. —Vamos, entonces—.

El doctor los guío a través de la multitud. Las personas se apartaron, observando a la princesa con expresiones angustiadas.

—¿Quién haría algo así?— alguien susurró mientras Scarlet pasaba.

—A la princesa— añadió otra voz.

—¿Esto significa que tenemos un traidor entre nuestra gente?— preguntó el doctor, en voz baja.

Scarlet sacudió la cabeza. —No lo creo. Quien quiera que haya hecho esto, tendría que tener acceso a la enfermedad de algún modo, y a un caramelo caro. Ellos se debieron de colar por Winter y después se fueron—.

—O están aún entre nosotros, usando su glamour—.

Olfateó. Estúpidos lunares y su estúpido glamour. Cualquiera podía ser un enemigo. Cualquiera de los que pasó podía ser un taumaturgo o uno de aquellos terribles aristócratas, o la Reina misma, y Scarlet no sería capaz de notar la diferencia.

Además, ¿por qué alguien vendría hasta aquí sólo para atacar a Winter, dejando al resto de ellos intactos, sabiendo que estaban planeando unirse a la revolución de Selene? ¿Era una advertencia? ¿Una amenaza? ¿Una distracción?

Se le ocurrió un débil pensamiento. Quizá no los estaban dejando intactos. La letumosis era altamente contagiosa, y actuaba rápido. En locaciones cerradas, con el aire recirculando…

—Aquí— dijo el doctor, llevándolos dentro de un edificio ligeramente más grande que las casas vecinas y en la misma decadencia. Un tanque en forma de ataúd se mantenía contra una pared, cubierto de polvo y apilado con mantas desgastadas, el doctor tiró las mantas al piso. —Hay camas en ese cuarto si quieren recostarla mientras arreglo todo.

Strom parecía feliz de hacer justo eso. Su cara estaba aún retorcida cuando se volvió. —Voy a traer a algunos de mis hombres para mover el tanque afuera—.

El doctor lo miró. —¿Afuera?—

—Las personas la admiran. Deberían poder verla-como recordatorio de por qué estamos luchando—.

El doctor parpadeó rápidamente, pero dio un pequeño asentimiento. —Bien. No afectará el tratamiento—.

Strom dejó la clínica, sus pasos golpeando el porche de madera.

—Me temo— dijo el doctor, sonando verdaderamente asustado —que sólo tenemos un tanque—.

Scarlet le sostuvo la mirada. —¿Y?—

Apretando los labios, el hizo un gesto hacía ella. Scarlet siguió la mirada a sus propias manos. Nada. Nada. Entonces vio el anillo rojo rodeando un moretón en la parte superior de su brazo, y maldijo.

CAPÍTULO 64

Soñó con Ran, su hermano pequeño, después de que se convirtiera en un monstruo. En su sueño, observó a Ran dando vueltas alrededor de su presa, sus músculos flexionados bajo la piel y la saliva salpicando desde su boca. Su mano se cerró en un puño para volver a abrirse, revelando sus filosas garras. Sus ojos brillaron, pues sabía que su presa no tenía posibilidades de escapar.

Con un gruñido, Ran enterró sus garras en los costados de su víctima y apretó. La apretó. El sueño se aclaró, la silueta de su presa se definió hasta convertirse en una chica a la que alguien arrojó contra la estatua que se erguía en el centro de una fuente seca. Sangraba copiosamente; tenía el cabello, de color rojo oscuro, apelmazado por la mugre y sus ojos inyectados en sangre lo veían todo con pánico creciente.

Lobo la veía, pero no podía hacer nada. Estaba atrapado, encapsulado en piedra, y solo sus pensamientos permanecían alerta, recordándole una y otra vez que le había fallado.

La escena cambió y él volvió a ser un niño que veía a su manada por primera vez. Todavía no se hacía a la idea de que le había sido arrebatado su don Lunar, convirtiéndolo en algo antinatural. Algo que lo haría un mejor soldado para su reina. El resto de los chicos lo veían con odio y disgusto, aunque Lobo no sabía por qué. Era igual que ellos. Un peón para usar, un mutante.

Igual que ellos.

El sonido de un disparo hizo eco en su cabeza y de repente se encontró en una plaza polvorienta y llena de gente. Su madre colapsó a su lado. La sangre se acumuló bajo sus pies. Solo que no eran sus pies. Eran garras enormes que se movían de un lado para otro, y la esencia de la sangre de su madre le llenaba las fosas nasales…

El sueño terminó de la misma manera en la que había comenzado. Con la chica golpeada y cubierta de sangre. Descansaba sobre sus manos y rodillas, luchando por escapar. Ella rodó sobre su espalda, y él pudo oler su sangre. Pudo sentir el horror que ella experimentaba, y pudo ver el odio en sus ojos.

En esta ocasión, él era el predador. Esta vez, ella lo estaba viendo a él.

Se despertó de golpe.

Detén a Ran. Mata al alfa. Escapa. Sálvala. Encuentra a la anciana. Asesina a Jael y arráncale el corazón todavía latiente del pecho. Encuentra a sus padres. Únete a su manada. Arráncale las extremidades. Escóndete. Sé valiente. Protégela. Encuéntrala. Sálvala. Asesínala…

—¡Un poco de ayuda por aquí!

Sus ojos estaban abiertos, pero no pudo ver más allá de las luces. Alguien sostenía sus manos. Muchas personas. Gruñendo, intentó morder a sus captores, pero sus mandíbulas solo encontraron aire.

—Por todas las estrellas —gruñó alguien—. Nunca había visto que uno de estos se despertara así. Denme un tranquilizador.

—¡No! No lo tranquilices —la segunda voz, femenina en esta ocasión, fue suave y calmada. Sin embargo, tenía un timbre autoritario—. Su Majestad requiere de su presencia.

Lobo se encontró con uno de sus brazos libres. Un tubo se rompió a su alrededor y algo araño la piel de su antebrazo, pero Lobo estaba demasiado cansado para prestarle atención. Logró morder una de las sombras que se cernían sobre él en el cuello, y escuchó un grito seguido del chasquido del metal.

—¿Pero qué…?

Lobo atrapó a la segunda persona y rodeó su cuello con ambas manos.

Solo una siestecita.

El dolor atravesó sus brazos. Soltó su presa y la desconocida se tambaleó hacia atrás, tosiendo en busca de aire.

Lobo colapsó sobre la mesa. Aunque el dolor pasó rápido, su mano izquierda continuó convulsionando.

Fue entonces cuando se dio cuenta que no se encontraba sobre una mesa como tal. Lo rodeaban docenas de tubos, muchos de los cuales atravesaban su carne. La sensación de tirantez que sintiera antes era resultado de las agujas que todavía tenía enterradas en su piel. Con una mueca, apartó la vista, sintiendo cómo se le revolvía el estómago.

No más agujas. No otro tanque. No más cirugías.

Unos pasos se aproximaron y Lobo miró hacia sus pies. Una silueta se perfiló contra las luces. Una taumaturga vestida de rojo, con el cabello negro recogido en un moño.

—Bienvenido a casa, Alfa Kesley.

Lobo tragó saliva, aunque le dolió la garganta. Algo andaba mal. Muchas cosas estaban mal. Algo cubría su cara. Una máscara, o quizá…

Trató de levantarse, pero las agujas lo detuvieron, y en esta ocasión no trató de quitárselas de encima.

—Terminen con el procedimiento de reconstitución —ordenó la taumaturgo—. Estamos fuera de peligro.

Otra mujer apareció frente a él, frotándose el cuello. Miró a Lobo con cautela mientras removía las agujas de sus brazos, después desconectó algunas sondas que tenía adheridas al cuero cabelludo. Lobo se estremeció con cada una de ellas.

—¿Te puedes sentar? —le preguntó la asistente de laboratorio.

Lobo apoyó sus músculos y se irguió. La tarea le resultó más fácil de lo que esperaba. Su cerebro le decía que estaba débil, confundido y delirante; pero su cuerpo se sentía listo para pelear. Sentía una energía desbordante a través de sus nervios.

La técnica le ofreció una taza que contenía un líquido naranja. Lobo lo olfateó primero, arrugando la nariz con disgusto, y enseñó los dientes.

Se detuvo. Bajó la taza.

Presionó su mano libre contra su boca, su nariz y quijada.

Su cuerpo se convulsionó con horror.

Había ocurrido. Después de pasar varios años tratando de no convertirse en uno de los monstruos de la reina, finalmente había ocurrido.

—¿Hay algún problema, Alfa Kesley?

La mirada de Lobo se encontró con la de la taumaturga. Ella lo observaba como uno lo haría con una bomba de tiempo. Lobo sabía que no existían las palabras con las que él podría expresar su confusión y su desconcierto, así como tampoco los impulsos salvajes que lo asaltaron. Tampoco es como si importara, la verdad. Estaba seguro de que era incapaz de hablar. Se bebió el líquido naranja.

Recordó fragmentos de su sueño. La joven pelirroja. Su hermano, hundido en su furia animal. Su madre muerta, tirada a unos pasos de él.

Y nuevamente la joven pelirroja y de lengua afilada. Su recuerdo era el que más le hería, porque recordó claramente que ella le odiaba.

Recuerdos y miedos se fusionaron, empujándose y luchando entre ellos, y Lobo no supo distinguir ya entre lo que era verdad y lo que era mentira. Le dolía la cabeza.

—¿Por qué dijiste que él era diferente a los otros? —preguntó la taumaturgo, caminado alrededor de Lobo.

La técnica analizó la pantalla que descansaba al lado del tanque.

—Sus patrones cerebrales fueron más activos de lo usual, y por lo general cuando los sujetos se despiertan simplemente están… hambrientos. No furiosos. Eso viene después, pero solamente cuando han recuperado sus fuerzas.

—Pues parece que él ya las recuperó.

—Sí, así es —la técnico sacudió la cabeza—. Podría ser a causa de que aceleramos el proceso. Normalmente los mantenemos aquí al menos por una semana. Su mente y su cuerpo han pasado por mucho en un corto periodo de tiempo, lo que podría ser la causa de la agresión.

—¿Está listo para servir a la reina?

La ténico miró a Lobo, quien arrugó la copa con una mano. Ella tragó saliva y retrocedió.

—Tan listo como cualquier otro soldado. Sugiero que lo alimenten antes de ponerlo en servicio activo. Y, por supuesto, generalmente pasan meses entrenando con un taumaturgo antes de que las cirugías terminen, para que así sus amos se familiaricen con sus patrones de bioelectricidad y cómo pueden controlarlos…

—No están hechos para ser controlados.

La técnica frunció el ceño.

—Lo he notado. Pero se les puede enseñar a obedecer. Es como un arma cargada. No recomiendo que lo metan a un cuarto lleno de gente sin que se aseguren primero que pueden controlarlo.

—¿Te parece que no puedo controlarlo?

La mirada de la técnica pasó de la taumaturgo a Lobo, quien todavía tenía la taza entre sus garras. Finalmente, alzó sus manos.

—Mi trabajo es asegurarme que su cuerpo no rechace los cambios.

Lobo pasó su lengua por el filo de uno de sus dientes. Le había tomado meses acostumbrarse a los implantes, y ahora volvía a sentirse incómodo con ellos. Demasiado grande y poderoso. Le dolía la mandíbula entera.

La taumaturga se paseó alrededor del tanque.

—Alfa Ze'ev Kesley, se te ha concedido la oportunidad de pertenecer una vez más al ejército de la reina. Desgraciadamente, tu manada de operaciones especiales se dispersó después de su primer ataque en París y no tenemos tiempo de que te acostumbres a ninguna otra. Por ahora, trabajarás como un lobo solitario.

La taumaturga sonrió, pero Lobo no le devolvió la sonrisa.

—Yo soy la Taumaturga Bement, pero te referirás a mí como Ama —continuó—. Se te ha concedido un gran honor. La reina desea que seas parte de su séquito personal durante su coronación, en donde se la nombrará Emperatriz de la Mancomunidad Oriental de la Tierra. Debido a tu pasado como rebelde, la reina espera que tu presencia, sirviéndole como un soldado leal, envié un mensaje a todos aquellos que se atrevan a desafiarla. ¿Puedes decirme a qué me refiero?

Lobo no le respondió.

El tono de la taumaturga Bements se volvió más duro.

—Una vez que la reina te reclama, le perteneces para siempre —dio unos golpecitos al tanque—. Veamos si puedes recordarlo esta vez.

Ella esperó por su respuesta, y cuando no la obtuvo entrecerró los ojos.

—¿Haz olvidado tu entrenamiento? Cuando un taumaturgo se dirige a ti, ¿cuál debería ser tu respuesta?

—Si, Señ… Ama —Lobo sintió que alguien más escupía las palabras a través de su boca, las mismas palabras que había dicho durante años bajo el control del Taumaturgo Jael.

Arráncale el corazón del pecho.

Lobo se encogió y comenzó a salivar. Estaba realmente hambriento.

—¿A quién sirves, Alfa Kesley?

¿A quién servía Lobo?

Le vino a la cabeza la imagen de la bella reina sentada en su trono. La reina que observaba a las manadas luchar para ganarse su favor. Lobo deseaba impresionarla. Había matado por ella. Se había sentido orgulloso de ello.

—Sirvo a mi reina —respondió, su voz más fuerte que antes.

—Así es —Bement se inclinó sobre el tanque, pero Lobo no apartó la vista. Podía oler el aroma de la sangre bajo la piel de la mujer, pero el recuerdo del dolor atravesó su columna en cuanto pensó en morderla.

—Se me ha dicho —continuó la taumaturgo—, que tomaste una compañera mientras estabas en la Tierra.

Lobo se tensó. Recordó a la chica de cabello rojo.

—¿Qué es lo que harás si la ves hoy?

Lobo la vio golpear contra la estatua. Arrastrándose sobre sus manos y rodillas. Mirándolo fijamente con odio y terror en los ojos.

Un gruñido retumbó en su garganta.

—Los Terrestres tienen la sangre más dulce que existe.

La taumaturga sonrió.

—Lo hará bien —alejándose del tanque, pasó al lado de la técnico y de su compañero caído—. Báñenlo, por cierto. Ya saben que a Su Majestad le gusta mantener las apariencias.

CAPÍTULO 65

Jacin, Cress y Torne se marcharon, dejando a Cinder reparando a Iko, sabiendo de antemano que no podría hacer que se viera como si no hubiera pasado nada. Iko había perdido los dedos y algunos de los cables necesarios para moverlos, y tampoco tenían el material de repuesto ni las fibras de piel para arreglar el desgarro en su hombro o la herida de su mejilla. Cinder se las había arreglado para hacerle una reparación temporal, reconfigurando las articulaciones para que al menos pudiera mover el codo y la muñeca. Cuando Iko suspiró de alivio, Cinder supo exactamente lo que esta había temido: perder una extremidad era algo a lo que uno difícilmente se acostumbra.

Mientras Cinder trabajaba, Iko le explicó cómo se las habían arreglado para colarse en Artemisia a bordo de un tren de suministros, cómo el sistema había colapsado y los trenes habían sido registrados, cómo Levana se había mostrado nerviosa, casi aterrorizada.

Cuando terminó, Cinder le habló a Iko acerca de cómo habían regresado a Artemisia y cómo los habían separado a ella y a Lobo. Cómo él no había estado presente en el juicio y que ella no tenía idea de a dónde se lo habían llevado. Le contó que había visto a Kai en el salón del trono, y que parecía estar sano y salvo.

Le preguntó si habían emitido también el juicio de Adri.

—¿Adri?— Las pestañas de Iko revolotearon varias veces—. No comprendo.

—Adri y Pearl están aquí, en Luna. El juicio de Adri tuvo lugar antes que el mío… algo acerca de mantener oculto la patente del diseño de un arma que podía utilizar el don Lunar. Creo que Levana descubrió el invento de Garan, ese que él instaló en mi columna.

Iko juntó las yemas de sus dedos como si estuviera pensando.

—Supongo que tiene sentido que Levana no tuviera idea que algo así pudiera existir.

—Lo sé. No se me había ocurrido antes, pero un aparato así podría cambiar el balance de poder entre Luna y la Tierra si existiera. Si vamos a tener una alianza con Luna, tal aparato podría ser la única manera en la que los Terrestres podrían asegurarse de no ser manipulados.

—Eso es genial —dijo Iko—. Siempre me agradó Garan. Siempre fue amable conmigo, incluso después de descubrir que mi chip de personalidad estaba dañado. Se encargaba de mantener mi software actualizado. Así era, antes de que Adri me desmantelara —Iko se detuvo unos segundos—, la primera vez, ¿te acuerdas?

Cinder sonrió para sí. La primera vez que vio a Iko esta no había sido más que un montón de partes de androide apiladas en una caja, esperando por ser armadas una vez más. Iko había sido su primer proyecto, un intento de demostrarse a sí misma que podía ser útil a su nueva familia. En ese entonces, Cinder no tenía idea de que Iko se convertiría en una de sus mejores amigas.

Su sonrisa se desvaneció.

—Iko, las actualizaciones del software Serv9.2s dejaron de hacerse hace una década.

Iko tiró de sus trenzas.

—Nunca pensé en ello. ¿Crees que entonces trataba de arreglar aquello que me hizo… que hizo ser yo? ¿Lo crees?

—No lo sé, pero no creo que fuera eso. Él también diseñó androides, después de todo. Estoy segura de que si Garan hubiera querido volver a hacerte un androide normal, lo hubiera hecho y ya —Cinder dudó. Si Linh Garan no había actualizado el software de Iko o tratado de arreglarla, ¿qué había estado haciendo con ella?—. Supongo que no importa. Garan inventó este prototipo, pero parece ser que Levana destruyó todas sus anotaciones. Si mi propio software no lo hubiera dañado el Dr. Erland, creo que mi zambullida en el lago lo habría afectado… —se interrumpió, mirando fijamente a Iko.

—¿Qué?

—Nada —Cinder sacudió su cabeza. Tenía demasiados problemas en los que pensar, demasiadas piezas que no encajaban. El prototipo misterioso de Garan tendría que esperar un poco más—. Solo que no puedo creer que Levana supiera algo acerca del prototipo en primer lugar.

—Yo se lo dije.

Cinder giró la cabeza bruscamente, en dirección a la puerta, en donde Jacin descansaba de pie tan inmóvil y silencioso como una estatua. Lucía un hematoma en la mandíbula, cortesía de Thorme.

—¿Tú le dijiste?

—Toda información es valiosa. Fue un pequeño intercambio por mi vida.

Siempre era difícil el leer las emociones de Jacin, pero si Cinder tenía que adivinarlas, creía que estaba lo suficiente molesto consigo mismo por haber consentido hacer algo así. Se recordó a sí misma contándole a Jacin acerca del prototipo, en lo que parecían ser milenos atrás, en el pequeño oasis del pueblo de Farafrah. Su cara había adquirido una curiosidad tan voraz como el hambre al descubrir que existía algo que podía hacer que los Lunares no usasen su don sin que este los hiciera enloquecer.

Cinder ahora lo entendía.

Winter.

Por supuesto.

Jacin señaló al pasillo con su barbilla.

—Odio tener que apresurarte, pero la Corona acaba de emitir un nuevo video que podría ser de tu interés. Evidentemente, en él se anuncia que estás muerta.

Él e Iko la guiaron al cine de la mansión, que tenía enormes sillones con dispensadores de bebidas incorporados. Thorne y Cress descansaban al lado de un holograma de Levana que era más grande que ella en la vida real. La reina usaba su velo, pero no emitía ningún sonido. La enormidad de ello hizo que Cinder retrocediera un paso.

—Jacin dice que encontraron mi cuerpo.

Thorne la miró de reojo.

—Así es, chica zombi. Te sacaron del lago anoche. Incluso se tomaron la molestia de tener un maniquí con una mano de metal y siguen mostrando una foto de no muy buena

calidad de la misma. Quédate un rato, y lo verás por ti misma. Se ha quedado trabado en el discurso de Levana. Parece que el entretenimiento no es el fuerte de esta roca.

—¿Qué es lo que dice?

La voz de Thorne se volvió más chillón y estridente, imitando a la reina.

—La impostora de mi amada sobrina ha sido derrotada. Hagamos a un lado este desorden y avancemos adelante, a la coronación. Soy una psicópata hambrienta de poder y mi aliento huele terriblemente mal bajo este velo.

Cinder se rio. Quiso saber la hora con su reloj interno, pero recordó que ya no funcionaba.

—¿Cuánto falta para la coronación?

—Nueve horas —respondió Iko,

Nueve horas. Habían permanecido en esa mansión todo un día y una noche, y Cinder había estado dormida la mayor parte del tiempo.

—También está el bloqueo —Cress señaló el holograma, en donde una lista de sectores aparecía en la parte inferior, formando un anillo alrededor de Levana.

—Esta es la parte interesante —dijo Thorne—. La reina ha emitido un edicto en el que cualquier sector que sea encontrado responsable de violar el toque de queda o de ayudar a la impostora será aislado del resto hasta después de la coronación. Que mientras tanto podrían mostrar su arrepentimiento y rogar a su reina por piedad.

—Parece que a mucha gente la motivó tu aparición en el festín de la boda —dijo Jacin—. El número de sectores aislados sigue creciendo.

—¿Cuántos son?

—Ochenta y siete la última vez que conté —respondió Cress.

—Incluyendo RM-9 —añadió Thorne—, y cada sector alrededor de él. En lugar de aplacar la rebelión, su discurso parece haber enfadado más a la gente.

Ochenta y siete la última vez.

—¿Y piensan que todos estos sectores… que todos ellos…? Cinder tragó. Todavía se sentía desorientada—. ¿Qué es lo que esto significa?

—Significa que la reina está teniendo un pésimo día —dijo Jacin.

Throne asintió.

—Algunos de esos sectores pudieron ser aislados por su propia paranoia, pero incluso cuando Iko y yo tratábamos de entrar en Artemisia escuchamos rumores de que algunos bloquearon sus propios túneles para no enviar suministros a la ciudad, o que saqueaban sus fábricas en busca de armas. Ese tipo de cosas. Y eso fue antes de tu juicio. De acuerdo, la verdad no sabemos si la gente realmente cree que estás muerta, pero eso no importa ahora. Si estás viva, harán una revolución en tu nombre. Si estás muerta, te harán una mártir.

—Bueno, pues a mí sí me importa —dijo Cinder, mirando el anillo alrededor de Levana.

Ochenta y siete sectores estaban listos para pelear por ella… Por todos ellos. Por lo que Cinder sabía, en cada sector vivían al menos mil civiles, y a veces muchos más. Eso debía ser más que suficiente para tomar la capital y deponer a Levana.

Excepto que todas esas personas estaban atrapadas.

—No te preocupes —le pidió Thorne.

—¿Qué? —Cinder lo miró.

—Pareces estresada.

—¿Podemos hacer algo con esas barricadas? La gente no podrá ayudarnos si está confinada en su propio sector.

—Oh, cariño —suspiró Thorne—. Ya nos adelantamos a eso. ¿Cress?

Cress proyectó el holograma de Luna que todos ellos habían estudiado por horas a bordo de la Rampion: todos los domos y los túneles escarbados bajo la superficie de la luna. Cress comenzó a señalar los sectores aislados tan pronto como Levana los fue nombrando. Eran todavía una fracción de todos los sectores de Luna, pero no importaba. Era probable que otros sectores se hubieran unido a su causa sin que Levana lo supiera.

Levana se había enfocado en los sectores cercanos a Artemisia, lo que tenía sentido. No era de extrañar que estuviera tan nerviosa, pues la revolución estaba casi ante ella.

Cress ajustó el holograma, aumentando el tamaño de Artemisia y después de su palacio.

—El control de los bloqueos es responsabilidad de la red principal que opera fuera del centro de seguridad del palacio —explicó—. Puedo atacarlos a distancia, pero no sin disparar las alarmas. Al menos, no con tan poco tiempo. Tengo qué hacerlo, así que…

—Pensamos que podemos entrar —dijo Throne. Se había adueñado de una de las sillas y puso sus pies sobre otra.

—Pues claro que así es —respondió Cinder.

—Si pudimos entrar al Palacio de Nueva Beijing, podemos hacer lo mismo con este. Desde aquí, Cress puede deshacer los bloqueos de los sectores exteriores y puede reprogramar la apertura de la cúpula central para el final de la coronación —llenó una copa de aspecto caro con una bebida de color azul, y tomó un gran sorbo—. Es la mejor forma en que podremos coordinarnos para dar el ataque sorpresa y asegurarnos de que todos puedan entrar en Artemisia al mismo tiempo, incluso si no podemos comunicarnos los unos con los otros.

Cress minimizó la vista del holograma, centrándose en ocho túneles de levitación que eran la única entrada a la ciudad… a excepción de los puertos espaciales.

Cinder se masajeó la muñeca.

—Es demasiado arriesgado enviarlos allí. Prefiero que Cress remueva los bloqueos a distancia, incluso si eso activa las alarmas.

—Eso nos convierte en dos —dijo Thorne—, pero no es solo por eso que necesitamos entrar en el palacio. Tenemos que llegar a la sala de emisión de la reina si queremos transmitir ese video tuyo. Levana desactivó cualquier acceso remoto al sistema después

de tu último truco, así que si queremos transmitirlo a todo el sistema, debemos estar dentro.

Cinder inhaló con brusquedad.

—Ese video… ¿funcionará?

—¡Oh! —Iko se llevó las manos a la cara—. ¡Es horrible!

—Es el premio mayor —Thorne sonrió.

—Lo cargaré en el proyector —dijo Cress, volviéndose hacia el holograma.

—No, por favor —dijo Iko—. No necesitamos verlo así de grande una vez más.

Cinder golpeó el piso con su pie.

—¿Cómo planean que entremos al palacio? Puedo hacernos pasar por asistentes de la coronación si tanto quieren colarse…

—Enfría esos motores, avioncito —dijo Throne—. Tú tienes tu propio trabajo. Mientras Cress y yo nos encargamos de limpiar la entrada a la ciudad, tú, Iko y Jacin esperarán nuestra señal en estos tres sectores —señaló en el holograma tres domos adyacentes a la Central de Artemisia—, o al menos en los túneles bajo ellos. Le darán la bienvenida a todos los rebeldes que lleguen a ustedes y se harán cargo de la organización de cualquier plan de último minuto que se les ocurra. En aproximadamente nueve horas, con un poco de suerte, esta ciudad estará bajo el sitio de una multitud de Lunares enojados. Necesitarán alguien que los lidere.

—Y esa serás tú —alcaró Iko.

—Creí que ese domo había sido sitiado. ¿Cómo se supone que saldremos a los sectores si estamos atrapados aquí?

—Hay unidades de almacenamiento no muy lejos de aquí —dijo Jacin—. En ellas algunas familias guardan sus vehículos de recreación, incluyendo vehículos todoterreno.

—¿Todoterreno?

—Vehículos hechos para los viajes fuera de los domos. Pueden ajustarse a la falta de gravedad y atmósfera de Luna, así como maniobrar en todo tipo de terrenos. Dunas, cráteres, lo que sea. Los ricos lo consideran un deporte. No son tan rápidos como los trenes, pero con ellos puedes tomar una ruta directa al sector más cercano, siempre y cuando este tenga acceso por el exterior. A Levana no le importará que un par de nobles salgan a un viaje recreativo.

—Nos separaremos —masculló Cinder.

—Será por poco tiempo —Iko apretó la muñeca de Cinder.

—Es nuestra mejor oportunidad para coordinar un ataque —dijo Thorne—, y reunir a tanta gente como sea posible enfrente del palacio, lo cual es lo más importan. ¿Cómo le decían ustedes? ¿Ser más numerosos?

El corazón de Cinder palpitó con fuerza, pero ella se las arregló para asentir. Estudió el holograma una vez más, y entonces algo llamó su atención.

—¿Qué pasa en ese sector? —preguntó, señalando uno de los puntos rojos en el mapa.

Cress manipuló el holograma y enfocó al sector en cuestión.

—LW-12, produce madera y sus derivados. ¿En cuarentena?

—¿Cómo la cuarentena por una enfermedad? —preguntó Cinder.

—Eso es exactamente lo que necesitábamos —murmuró Thorne.

Jacin sacudió la cabeza.

—Ha pasado mucho tiempo desde que tuvimos el último brote cualquier enfermedad aquí, en Luna. No hay muchos factores ambientales que no podamos controlar —cruzó sus brazos frente su pecho—. Estamos preparados por si llega a ocurrir, sin embargo. Con los domos siendo una forma de confinamiento, no tardaría mucho antes de que una enfermedad pudiera infectar a toda una comunidad.

—¿Podría ser letumosis? —preguntó Iko, con miedo en su voz.

—Esa es una enfermedad Terrestre —desmintió Jacin—. No hemos escuchado de ningún caso en Luna.

—Ya no es solo una enfermedad terrestre —dijo Cinder—. El Dr. Erland descubrió una cepa mutante en África, ¿recuerdas? Los Lunares ya no serían inmunes y… —tragó saliva—, y un montón de Terrestres acaban de llegar a Luna. Cualquiera podría ser el portador de la enfermedad. Quizá un diplomático, o alguno de nosotros, y ni siquiera nos habríamos dado cuenta.

Jacin hizo un gesto hacia el holograma.

—¿Alguno de ustedes ha estado en un sector maderero últimamente?

Cinder formó una línea con sus labios.

—Justo lo que pensé. Dudo que cualquiera de sus políticos amigos lo haya hecho. Quizá se trate de una coincidencia.

—En realidad —dijo Cress, mirando con los ojos bien abiertos a su pantalla—, uno de nosotros ha estado allí afuera.

Ingresó un nuevo comando, transfiriendo la fuente de su pantalla al holograma para que todos pudieran verlo.

Era una colección de los videos de vigilancia de la reina, todos ellos etiquetados como LW-12. Estaban oscuros y no tenían muy buena calidad, pero cuando Cinder hubo ajustado sus ojos pudo ver hileras de árboles en las tomas del exterior y muros de madera en los interiores. Se concentró en una de las tomas más concurridas, la cual parecía ocurrir en el interior de un edificio médico, aunque no se parecía en nada a los laboratorios de Nueva Beijing.

Había demasiada gente, algunos ocupando las pocas camas disponibles mientras que otros descansaban contra la pared o las esquinas.

Caminando más cerca de la imagen, Jacin la agrandó, acercando más la coloración azul y roja de la garganta de uno de los pacientes, después la almohada manchada de sangre detrás de la cabeza de otro.

—Eso parece ser letumosis —dijo Cinder. Su estómago se revolvió con un temor instintivo.

—¿Esos son lo que creo que son? —preguntó Iko, señalando el holograma.

—Son soldados Lunares —confirmó Cress, ampliando una imagen del exterior que mostraba a docenas de hombres mutantes que se entremezclaban con los ciudadanos. Muchos parecían atrapados en una intensa conversación. Cinder jamás los había visto fuera de su modo de ataque, y si no hubiera sido por sus rostros deformados, le habrían parecido simplemente… bueno, como hombres grandes y escalofriantes.

Entonces descubrió a alguien que la sorprendió más que los mutantes. Una chica pelirroja con una sudadera con capucha cuyas manos descansaban en sus caderas.

—¡Scarlet!

Scarlet estaba vivita y coleando, y además parecía no temer a los mutantes que la rodeaban. De hecho, conforme Cinder iba viendo, Scarlet parecía dar órdenes a su alrededor, apuntando a la entrada principal de la clínica. Media docena de los soldados asintieron en su dirección y se alejaron.

—No comprendo —dijo Iko.

Thorne rio, tan aliviado como Cinder.

—¿Qué hay que entender? Ellas dijeron que conseguirían un ejército.

—Sí, pero Scarlet no estaba con nosotros en el desierto. ¿Cómo podría ella ser la portadora de la nueva cepa de la enfermedad?

—Tienes razón —convino Cinder—. Pero ella podría… podría haberla cogido de alguno de nosotros.

—Ninguno está enfermo.

Cinder no tenía respuesta. Deseó que el Dr. Erland estuviera allí, pero él había muerto de la misma enfermedad que había tratado de erradicar con tanto ahínco.

—¿Qué es lo que están sacando de la clínica? —preguntó Thorne.

—Un tanque de animación suspendida —Jacin se cruzó de brazos.

Cuatro soldados cargaban el tanque entre ellos, mientras que otros se encargaban de abrir las puertas principales de la clínica para que pudieran pasar. Afuera, cientos de civiles, los que no habían enfermado, se habían reunido. Los soldados los obligaron a retroceder para hacer espacio para el tanque.

Jacin inhaló profundamente y se puso al lado del holograma, trayendo esa imagen al frente. La pausó y la hizo retrodecer un poco, acercándola aún más.

—Oh, no —susurró Cinder.

Otro rostro familiar apareció bajo la tapa de vidrio del tanque. La de la Princesa Winter.

CAPÍTULO 66

No había espejos en el laboratorio, ni siquiera en la sala de azulejos donde Lobo había tomado una ducha de esterilización con el fin de lavar el gel pegajoso de su cabello. Sin embargo, él no necesitaba un espejo para saber lo que le habían hecho. Podía ver la diferencia en su estructura ósea cuando se miró las manos y los pies. Podía sentir la diferencia en su prominente boca, sus dientes alargados, su malformada mandíbula.

Habían alterado su estructura ósea facial, haciendo espacio para la fila de dientes caninos implantados. Había una nueva curvatura en sus hombros y una flexión incomoda en sus pies, que lucían más como zarpas ahora, hechas para correr y saltar a grandes velocidades. Sus manos eran enormes, ahora arregladas uñas en forma de garra como refuerzos.

Incluso podía oler el interior de sí mismo. Nuevos químicos y hormonas bombeaban a través de sus venas. Testosterona. Adrenalina. Feromonas. Se preguntó cuándo el nuevo pelaje comenzaría a brotar sobre su piel, completando la transformación.

Él era miserable. Era todo lo que nunca había querido ser.

También estaba hambriento.

Un uniforme había sido dejado para él, similar al uniforme que había usado como un agente especial. Una formalidad por su papel en la coronación. La mayoría de los soldados, producto de la bioingeniería, habían recibido ropa mucho menos distinguida, siendo más animales que hombres.

Y ahora él era uno de ellos. Trató de moderar su disgusto. Después de todo, ¿quién era él para juzgar a sus hermanos?

No obstante, sus emociones continuaron fluctuando. Furioso y ardiendo un momento. Devastado y lleno de auto-desprecio al siguiente.

Este era su destino. Este siempre había sido su destino. No podía imaginar cómo alguna vez había pensado de manera diferente. Había creído honestamente que podía ser mejor? Que merecía más? Estaba destinado a matar y comer y destruir. Eso era todo a lo que tenía derecho.

De repente, su nariz se torció.

Comida.

La saliva rodó sobre su lengua y se acumuló contra sus afilados dientes. Algo en su estómago se revolvió, enojado con su propio vacío.

Se estremeció, recordando nuevamente esa hambre de cuando había comenzado el primer entrenamiento como operativo. Había tanto anhelado como odiado los trozos de carne apenas cocidos que le habían sido presentados, y la forma en que tenían que luchar por una pieza propia, confirmando la jerarquía de la manada en el proceso. Incluso entonces, el hambre no había sido tan mala.

Tragó, duro, y terminó de vestirse.

Su cuerpo había comenzado a temblar para cuando abrió la puerta y el aroma de los alimentos estalló en sus fosas nasales. Se acercó casi jadeando.

La taumaturgo Bement y la técnica de laboratorio estaban todavía allí, aunque el hombre inconsciente había sido retirado. La técnica retrocedió cuando vio la expresión de Lobo. Ella se situó detrás de otro tanque de suspensión, que contenía alguna otra víctima.

—Esa mirada debe significar que hay comida en el edificio— ella dijo.

—En efecto— La taumaturgo estaba apoyada contra una pared, hojeando su portavisor. —Están en el ascensor trayéndola ahora—.

—No me di cuenta de que iba a tenerlo a él comiendo aquí. ¿Alguna vez ha visto a uno de ellos cuando comen por primera vez? "

—Puedo manejarlo. Vaya a hacer su trabajo—.

Lanzando una dubitativa mirada más a Lobo, la mujer volvió a la comprobación de las imágenes de diagnóstico en el tanque.

Hubo un tintineo bajando el pasillo y el aroma de la comida flotó cien veces más fuerte todavía.

Lobo se agarró del marco de la puerta. Sus piernas estaban débiles con lujuria, sus rodillas listas para rendirse ante él.

Un sirviente arribó, empujando un carro de madera cubierto con un paño blanco. — Señora, — dijo, inclinándose a la taumaturga. Se le permitió marcharse.

Los sentidos de Lobo estaban comenzando a golpear. Sus orejas erguidas por el silbido del vapor. Su estómago se contrajo con deseo. Cordero.

—¿Tienes hambre?—.

Olfateó, gruñendo a la taumaturga. Podía lanzarse sobre ella ahora, desgarrar a la mujer en pedazos antes de que ella supiera lo que estaba ocurriendo. Pero algo lo detuvo. Algún sentimiento arraigado de miedo.

Recuerdos de otro taumaturgo rompiendo su voluntad.

—Te hice una pregunta. Sé que no es más que un animal ahora, pero sigo pensando que es lo suficientemente inteligente como para responder con un simple sí o no—.

—Sí— Lobo gruñó.

—¿Si qué?—.

La rabia casi lo cegó, pero se estaba inclinando hacia abajo. Lobo hizo una mueca contra levantamiento de odio. —Si, señora—.

—Bien. No tenemos tiempo para llegar a conocernos el uno al otro y construir la relación de entendimiento que un taumaturgo normalmente formaría con su manada. Pero, quería ilustrar para usted dos principios fundamentales, de manera que su pequeño cerebro animal pueda entender—. Ella sacó fuera la tela blanca, revelando un plato rebosante de carne chamuscada y huesos, cartílago y médula.

Lobo se estremeció por el hambre, pero también por el disgusto. Disgusto por la carne, y disgusto por sus propios deseos. Una memoria extraña eclipsó esta nueva urgencia. Algo brillante y rojo y lleno de jugo.

—tomates. Es lo mejor del plato y procede de mi huerto...

—La primera cosa que hay que saber como miembro de la armada de Su Majestad es que un buen perro siempre será recompensado—. La taumaturga agitó su brazo sobre la comida. —Adelante. Tome un bocado—.

Él sacudió su cabeza, enviando lejos a la voz desconocida. Era esa chica de nuevo. La chica de cabello rojo que estaba tan repugnada por él.

Las piernas de Lobo se movieron con voluntad propia, atrayéndolo hacia el carrito. Su estómago anhelaba. Su lengua se anticipaba.

Pero tan pronto como estiró una mano con garras hacia el plato, el dolor le atravesó el estómago. Se dobló con agonía. Sus piernas cedieron y cayó al suelo, sus hombros golpearon el borde del carrito enviándolo a chocar contra la pared más cercana. El dolor se arrastraba una y otra vez, arqueando a través de cada extremidad, como mil dagas enterrándose en su carne.

La taumaturgo sonrió.

El dolor se alivió. Lobo se quedó temblando en el suelo, con las mejillas húmedas de sudor o lágrimas o ambos.

La tortura no era algo nuevo para él. La recordaba de su entrenamiento anterior, con Jael. Pero él no la había sentido desde que se había convertido en el alfa. Un soldado preciado. Un buen y leal perrito.

—Y eso—, dijo la taumaturgo, —es lo que va a pasar si me decepciona. ¿Tenemos un entendimiento?—.

Él asintió con la cabeza temblorosa, sus músculos todavía temblando.

—¿Tenemos un acuerdo?—.

Tosió. —Sí. Señora—.

—Bien—. Tomando la bandeja de la carreta, la taumaturga la dejó caer al suelo junto a él. —Ahora coma su cena como un buen perro. Nuestra reina espera—.

CAPÍTULO 67

Kai empezaba a entender porque Levana había fijado la fecha para la coronación como lo había hecho. La ceremonia seria al final de la noche la noche larga de Artemisia… dos semanas de oscuridad, deshecha solo por la luz artificial. Este sería el primer el primer amanecer de verdad que Kai había visto desde que el llego a Luna. Un nuevo amanecer, un nuevo día, un nuevo imperio.

Todo era simbólico. El anhelaba que ese día terminara y al mismo tiempo que nunca llegara. Parado entre las olas de el Lago de Artemisia, contemplando el agua azulada que abarcaba tanto como podría ver, Kai esperaba que el nuevo amanecer de Levana fuera muy diferente de lo que ella esperaba, aunque su esperanza está en la línea delgada. Él no sabía que Cinder había sobrevivido la caída en el lago, o si las personas de Luna la habían escuchado, o si ellos tendrían existo aun si ellos lo intentaran. Al menos el sabia con seguridad que el video del cuerpo recuperado de Cinder era falso. Aun del distante y borroso video, Kai podría decir que no era ella, sino algún maniquí, un actor o alguna otra pobre victima sacada del fondo del lago y hecha parecer Cinder.

Si ellos habían fingido su muerte, significa que ella no había sido encontrada. Ella está viva. Ella tenía que estar viva. Al menos, con la coronación acercándose, la reina había empezado a relajar algunas restricciones sobre Kai y los otros invitados terrestres. El finalmente era libre para rondar por el palacio y hasta aventurarse en las orillas del lago, sin embargo cada paso era seguido por un par de guardias lunares.

Él había pasado su vida entera rodeada de guardias, así que, era más fácil ignorarlos. Levana hasta le había devuelto su porta visor así podía revisar las noticias terrestres y también confirmarles que todo está bien en Luna.

La arena se deslizaba de sus pies mientras la lanzaba de nuevo al lago. El mundo se desintegraba debajo de él. El sentía curiosidad sobre si la arena eran rocas lunares pulverizadas o si había sido importada de hace tiempo de alguna playa de arena blanca terrestre. Tantas veces desde que el llego a Luna había deseado haber pasado más tiempo investigando la historia entre la Tierra y Luna. Él quería saber cómo era la relación cuando Luna era una colonia pacifica, y más tarde una aliada de la república. Por años la Tierra había suplido a Luna con materiales para construcción y recursos naturales, y Luna había devuelto información valiosa del campo de exploración espacial y astronomía. Sabiendo que alguna vez tuvieron una relación benéfica sugería que talvez podría ser benéfica de nuevo.

Pero no con Levana. Escaneando la orilla en ambos lados del lago, Kai vio a los guardias reales esperando todavía, que la desaliñada ciborg se asomara a la orilla. Kai también los había visto patrullando las calles de la ciudad desde su ventana, y si ellos creían que era posible que Cinder hubiera sobrevivido e ido a esconderse, entonces Kai creería que era posible también.

Mientras tanto, el palacio estaba que rebosaba con los preparativos finales para la coronación. Los aristócratas o familiares, eran buenos pretendiendo una alegría no adulterada. Hasta los estragos de la ejecución fallida de Cinder habían sido barridos como un percance menor, como si sucediera de siempre. Todos parecían felices de dejar la cacería para los guardias mientras ellos empezaban con sus bebidas y comían. Si ellos estaban todos preocupados por el llamado de Cinder a la revolución, ellos no lo demostraban. Kai se preguntó si un simple miembro de la corte tomaría las armas contra las personas que vinieran con la revolución, o se esconderían en sus lujosas mansiones

y esperarían a que todo terminara, feliz de proclamar lealtad a quien sea que saltara al trono una vez que el caos terminara.

Pensando en eso, Kai cerró sus ojos y movió su lengua contra una sonrisa fingida, sabiendo que la fantasía era mezquina. Pero oh, como amaría ver sus caras cuando Cinder se convirtiera en reina e informara a los familiares que su indulgente forma de vivir había llegado a su fin.

Una garganta se aclaró detrás de Kai, llamando su atención. Torin parado vistiendo un esmoquin formal, ya vestido para la coronación aunque faltaran horas.

—Su majestad imperial, Emperador Rikan— dijo Torin. Iniciar una reunión o un encuentro mencionando a alguna persona que había estado presente cuando ellos se conocieron formalmente. Esto era un código que ellos habían diseñado con el resto de los invitados terrestres. Esta había sido una idea de Kai, así ellos podían estar seguros que ellos estaban hablando con la persona que ellos creían que estaban hablando, y no con un lunar usando un glamour. Kai sonrió al escuchar el nombre de su padre. El no recordaba cuando conoció a Torin, quien había estado presente en el palacio desde antes que Kai naciera.

—Mi madre— dijo el, a manera de respuesta.

La mirada de Torin bajo hasta los pies descalzos de Kai y subió, —¿Alguna noticia?—

—Nada. ¿Y tú?—

—Yo hable brevemente con el presidente Vargas temprano. El y otro representante americano se sienten amenazados ellos se sienten como rehenes—.

—Que inteligente—. Una ola chocó contra Kai, y él se balanceó, curvo sus dedos en la arena húmeda. —Levana cree que ella nos tiene justo donde ella nos quiere—.

—¿Está equivocada?— Kai frunció el ceño, y no respondió. Su silencio fue seguido por una señal. Volteando a ver, Kai vio a Torin desatando sus zapatos y quitándose los calcetines. Enrollo el ruedo de sus pantalones antes de ir a pararse al lado de Kai en la playa.

—Le dije al presidente Vargas que una vez que Levana tenga el título de emperatriz, ella se sentirá menos a la defensiva y nosotros podremos fijar límites racionales sobre una alianza terrícola-lunar—. El dudo, antes de agregar, —No dije nada sobre la princesa Selene. Yo sentí que él no vería en ella alguna esperanza, sino que nada más como un cuento de hadas—.

Kai mordió el interior de su mejilla, y deseó que ese no fuera el caso. Él había estado poniendo su fe en la princesa Selene aun antes de haberla encontrado. Aun antes de que el supiera que ella era la persona más capaz, determinada e ingeniosa que él había conocido. Antes de que él hubiera empezado a tener fantasías de un matrimonio real entre la luna y la tierra que no involucrara a Levana para nada.

—Su majestad— dijo Torin, con un todo que decía que él iba a abordar un tema que no le iba a gustar. Kai se preparó. —¿Ha pensado sobre cuál será su siguiente movimiento en casa de lo que esperamos no suceda?—

—¿Te refieres si Cinder está muerta y la gente no se rebela y mañana por la mañana me encuentro atrapado con una emperatriz que quiere matarme y tomar el control de

mis soldados y declararle la guerra a mis aliados hasta que todos sucumban ante su voluntad?—

Torin hizo un sonido de burla en el fondo de su garganta. —Supongo que ya has estado pensado en eso—.

—Ha cruzado por mi mente una o dos veces— Miro a Torin por el rabillo del ojo, sorprendido de que su consejero luciera como una versión más vieja y sabia del mismo. No es que lucieran parecidos. Torin tenía un limpio cabello moteado de gris, una nariz más larga y delgada, labios firmes. Pero estando descalzos en el agua, ambos con sus manos en los bolsillos y sus rostros viendo hacia el lago, Kai pensó que no sería tan mala idea crecer para ser tan capaz y seguro como Konn Torin. O tan inteligente y maduro como el padre de Kai lo había sido.

El comprobó que los guardias lunares estuvieran lejos antes de preguntar: —¿Cual es el estado de las bombas que podrían debilitar estos biodomos?—

—Me han dicho que tenemos docenas construidas y listas para el despliegue, pero se necesitan semanas para que el segundo lote este completo. Lo más que podemos esperar a este punto es solamente debilitarlos, pero no creo que sea suficiente para detener a Levana por completo—.

—A menos que nuestro objetivo sea el domo en el que ella se encuentre— dijo Kai.

Los labios de Torin se contrajeron. —Ese es también el domo donde estamos nosotros—.

—Lo sé—. Con un suspiro, Kai enredo sus pies en la arena. —Prepara la flota. Quiero un regimiento de naves armadas posicionadas en un lugar neutral, tan cerca de Luna como puedas sin levantar sospechas. Después de la coronación, Si Levana no permite que los otros líderes se vayan, podrías amenazarla para convencerla. Quiero a todo mundo fuera de Luna lo más pronto posible—.

—¿Todo mundo? ¿Y qué hay de usted?— Kai sacudió su cabeza.

—Yo tengo que asegurarme que Levana nos brinde el antídoto para la letumosis. No sé dónde lo tiene guardado, pero si está aquí en Artemisia, no podemos arriesgarnos a que sea destruido. Necesito asegurarme de recuperarlo y llevarlo a la Tierra tan rápido como sea posible. Tengo que tener éxito con eso más que cualquier otra cosa—.

—Y una vez que el antídoto este seguro— dijo Torin —Nuestra prioridad debe ser nuestra propia seguridad. Si ella aun no te ha asesinado así puede ella asumir el control de la Mancomunidad, necesitamos prepararnos si eso llegara a pasar. Debemos aumentar la seguridad alrededor tuyo todo el tiempo. Y la separación física de la reina debe ser un mandato. No quiero que ella te lave el cerebro y termines lastimándote—.

Kai sonrió, conmovido de alguna forma por la sobreprotección de la voz de Torin. —Todas son buenas sugerencias, Torin, pero no serán necesarias—.

Torin volteó a verlo, pero Kai vería al horizonte, donde el agua negra se encontraba con el cielo negro. La luz del sol se reflejaba en parte de los domos a lo lejos, pero el cambio de la noche al día había sido tan gradual que Kai a penas lo notó. Los amaneceres lunares eran una agonizante y lenta aventura.

—Casi la asesino en la boda. Estuve tan cerca. Pude haber terminado con todo, pero fallé—.

Torin dio suspiró frustrado. —Tú no eres un asesino. Creo que es un defecto de personalidad—. Kai abrió la boca, pero Torin continuó. —y si la hubieras lastimado, eso habría despertado la ira de cada taumaturgo y guardia en ese cuarto. Solo habrías logrado que te asesinaras a ti mismo. Y no dudo que cada invitado terrestre también. Yo entiendo de donde viene el impulso, pero me alegra de que hayas fallado—.

—Tienes razón. Aun así, no sucederá la próxima vez—. Kai escondió sus manos en sus bolsillos y encontró el medallón allí. El que Iko y Cress le habían dado abordo de la Rampion, reclamándolo como miembro de su equipo, sin importar lo que sucedió, el apretó su puño alrededor de el medallón. —No me iré de Luna con esto sin resolver. Ella no puede gobernar la Tierra. Si Cinder... Si la princesa Selene falla, Yo no lo haré—

—¿Que está diciendo?— Kai miro a Torin, Aunque era difícil sacar los pies de la arena.

—Yo puedo ser útil, lo suficientemente para obtener el antídoto. Ella no me mataría inmediatamente, no si puedo convencerla que tengo información que ella desea, conocimiento sobre nuestros procedimientos militares, recursos... entonces, cuando el antídoto este ubicado a salvo. Ordenaré a nuestros militares que bombardeen Artemisia—.

Torin retrocedió. —¿Contigo dentro?—

Él asintió. —Si es la única manera de asegurarme que Levana estará aquí cuando suceda el ataque. Ella no sospechara. Mientras yo esté aquí, ella pensara que tiene el control sobre nosotros. Con un simple ataque, podemos quitarla, a los taumaturgos, y a los miembros más poderosos de su corte. Ellos no podrán detenerlo. Sin manipulación, sin lavado de cerebro. No habrán casualidades, pero podemos tratar de evitar la destrucción del sector central, y una vez que Luna este en ruinas, La Tierra puede ofrecer asistencia para su reconstrucción—.

Torin ha empezado a sacudir su cabeza. Sus ojos estaban cerrados. Como si ya no pudiera escuchar el Plan de Kai. —No. No puedes sacrificarte—.

—Ya me estoy sacrificando. Y no le permitiré tener mi país. Ha habido paz en la Tierra por más de un siglo. No permitiré que mis decisiones le pongan fin—. El encogió sus hombros. —Lo cual es él porque es importante que la comunidad sea gobernada por alguien que sea inteligente y justo. Los artículos del Estado de Unificación dictan que si el emperador tiene razones que especulen su muerte sin antes haber concebido un heredero al trono, él debe nominar una persona para que se convierta en el nuevo emperador o emperatriz, y la gente nominara sus opciones y se pondrán a voto—. El encontró la mirada de Torin. —Yo te nombre a ti antes de que partiéramos, Nainsi tiene mi estatuto oficial. Así que…—. El tragó. —Buena suerte con la elección—.

—Yo no puedo... No lo haré—.

—Ya está hecho. Si tienes un mejor plan, me encantaría escucharlo. Pero no dejare que esa mujer gobierne la Comunidad. Me honraría morir al servicio de mi país—. Kai miro al palacio y al balcón del cuarto del trono sobresaliente sobre sus cabezas. —Mientras que pueda hacerla caer junto conmigo—.

CAPÍTULO 68

—¿Por qué Cress siempre consigue usar las mejores ropas?— Iko se quejó, cruzando sus brazos mientras Cress practicaba caminar atrás y adelante en los ridículos zapatos de plataforma alta. —Cress consigue ir a una boda real. Cress consigue ir a una coronación. Crees tiene toda la diversión—.

—No estoy yendo a la coronación— dijo Cress, intentando ver sus pies sin caerse. —Estamos solo suplantando a los huéspedes, de esa manera podemos hackear el sistema de difusión del palacio—.

—Cress consigue hackear el sistema de difusión de palacio—.

—Cress está arriesgando su vida para hacer esto— Cinder arrojó una pila de accesorios brillantes sobre la cama. —¿Alguno de estos hace juego?—.

Iko se sentó en la cama y comenzó a tocar los accesorios con los ojos llenos de deseo. —Creo que estos guantes combinan con las cosas con alas—, dijo, seguido de un lamentable suspiro. –Desearía que mi vestuario tuviera guantes naranjas sin dedos y hasta el codo.

—Estos zapatos son como zancos— dijo Cress, tambaleándose. —¿No hay algo más práctico?—

—No creo que práctico esté en el vocabulario lunar— dijo Cinder, sumergiéndose de nuevo en el armario, —pero miraré—.

Por los menos habían encontrado un nuevo par de botas para Cinder, que las había perdido en el lago. Las habían encontrado amontonadas en un armario de utilidad, junto con diverso equipamiento deportivo, o lo que Cress pensó que era equipamiento deportivo. Desafortunadamente, no había nada lo suficientemente pequeño que le quedara, e Iko había insistido en que no habría hecho juego con su vestuario aristocrático de todos modos.

—Dime que no me veo tan ridículo como me siento—. Thorne apareció en la puerta, jugando nervioso con sus puños.

Sorprendida, Cress tropezó y se estrelló con Iko, enviándolas a ambas al suelo.

Cinder sacó su cabeza del armario, estudiando la escena, y frunció los labios. Desapareció de nuevo, murmurando: —Será mejor que encuentre zapatos diferentes—

Thorne ayudó a Cress e Iko a levantarse. –Quizá ridículo es el tema del día— dijo, inclinando su cabeza para inspeccionar el vestuario de Cress, que era parte vestido de coctel, parte disfraz de mariposa. Un tutú naranja apenas alcanzaba la mitad de su muslo, y era suficientemente llamativo combinado con un corpiño cubierto de brillo ceñido al cuerpo. Dos franjas escarpadas habían sido cosidas en la espalda del corpiño, que de hecho conectaban con los guantes naranja sin dedos hasta el codo que Iko había abandonado antes, así cuando Cress levantaba sus brazos, daba el efecto de un par de alas de mariposa negras y amarillas abriéndose detrás de ella. Por si fuera poco, Iko había encontrado un pequeño sombrero azul en el cofre de accesorios que tenía un par de bolas de plumas en la parte superior, lo que Crees suponía que eran las antenas. —Me siento un poco mejor ahora que veo lo que estas usando—. Thorne acomodó su corbata de moño. Estaba usando un traje de tonos ciruela, que sorpresivamente le favorecía a pesar de haber sido sacado del armario de un extraño. La corbata tenía diminutas luces que pasaban a través de la tela, haciendo que el cuello de la camisa

blanca brillara en diferentes tonos de neón. Se dejó puestas sus propias botas militares negras.

Se veía ridículo y sexy, y Cress se había forzado a mirar lejos.

—Quedará bien, comparado con lo que vi en la fiesta—. Cinder salió con un par de zapatos más fáciles de usar. – Todos estaban usando cosas locas como estas en la fiesta. No dudo que mucha de la ropa haya sido hecha por el glamour, pero mientras menos elementos de su apariencia tengan glamour, más fácil será mantener la ilusión. —Hey, Capitán— dijo Iko, —deja de revisar sus piernas—.

Cress se volvió a tiempo para ver la sonrisa apreciativa de Thorne. Encogiéndose de hombros, ajustó los puños de su camisa. –Soy un experto, Iko. Mira como esos zapatos la hacen ver muy alta—. Vaciló –Bueno, más o menos alta.

Sonrojándose, Cress inspeccionó sus piernas desnudas.

Cinder rodó sus ojos. –Ten, Cress, pruébate estos—.

—¿Hm? Oh, bueno—. Quitó los tortuosos zapatos y se los lanzó a Iko, quien estaba demasiado emocionada para deslizarlos en sus pies.

En segundos, Iko estaba bailando alrededor de la habitación, como si hubiera diseñado exactamente esos zapatos en su mente. –Oh, sí— dijo. –Me quedo con estos—.

Cuando Cress hubo ajustado los zapatos de repuesto en sus pies, Thorne golpeó una de sus antenas y dejó un brazo sobre sus hombros. —¿Cómo nos vemos?—

Cinder rascó atrás de su cuello. Iko inclinó su cabeza de un lado a otro, como si su apariencia pudiera mejorar desde un ángulo diferente.

—Creo que se ven… ¿lunares?— aventuró Cinder.

—Lindo—. Thorne levantó una mano para chocar los cinco. Cress torpemente chocó su mano.

Cinder acomodó su cola de caballo. –Por supuesto, cualquier lunar que ponga atención será capaz de decir que eres un Terrícola y ella una caparazón. Así que sean cuidadosos—.

Thorne se burló. –Cuidadoso es mi segundo nombre. Justo después de atrevido—.

—¿Sabes lo que estás diciendo la mitad del tiempo?— preguntó Cinder.

Thorne tomó el chip donde habían transferido el video de Cinder y se lo dio a Cress. –Pon esto en un lugar seguro—.

Dudó, sin estar segura a que se refería con seguro. Ella no tenía bolsillos, ni bolsa, solo un muy pequeño vestuario donde se podía esconder nada. Finalmente lo escondió dentro de su corpiño.

Tomando el portavisor de Cress, Thorne lo deslizó en un bolsillo dentro de su saco, donde ella pudo ver también el contorno de su arma. Un pequeño cuchillo que había tomado de la cocina, tan rápido que ella no estaba segura donde lo había puesto.

—Creo que es todo— dijo Cinder, escaneando el vestuario de Thorne y Cress de nuevo. —¿Estamos listos?—

—Si cualquiera responde no a esa pregunta— dijo Jacin, apareciendo en el pasillo con el ceño fruncido y golpeando sus dedos, —Me voy sin ustedes—.

Cress echó su mirada sobre sus amigos, dándose cuenta que estaban a punto de separarse. Otra vez. El miedo se enroscó en la boca de su estómago.

Ella y Thorne irían fuera de palacio, mientras Cinder, Iko y Jacin intentarían salvar a Winter y Scarlet y organizar a la gente que rápido se infiltraría en Artemisia.

No los quería dejar. No quería decir adiós.

Pero el brazo de Thorne estaba sobre sus hombros, confortable y firme. Cuando el tiró de su solapa con su mano libre y le dijo a los otros, —Estamos listos— Cress no discutió.

* * *

—Esta es la entrada trasera— dijo Jacin, apuntando a una puerta cercana casi invisible en la parte posterior de la clínica médica y de investigación, medio escondida, detrás de unos grandes arbustos. Iko saltó a su lado en un intento de ver, pero el aplastó una mano en su cabeza obligándola a agacharse mientras dos hombres en batas de laboratorio pasaban, ambos con su atención puesta en sus portavisores.

Jacin examinó el patio una vez más antes de lanzarse fuera de su escondite y agachándose en la sombra del edificio. A través del domo pudo ver el desolado paisaje de Luna extendiéndose a la distancia.

Agitó su mano, y Cinder e Iko corrieron tras él, amontonándose juntos en las sombras.

La puerta se abrió fácilmente, no había razón para cerrar las puertas en un edificio que estaba abierto al público, pero Jacin se negó a sentirse aliviado. No habría alivio para él hasta que supiera que Winter estaba a salvo.

Corrieron por un pasillo oscuro, las paredes necesitaban una capa de pintura. Jacin escuchó, per todo lo que oyó fue una rueda chirriando y traqueteo en algún pasillo distante.

—Hay un cuarto de mantenimiento aquí abajo— dijo él, señalando, —y un armario de limpieza en cada piso. Esa puerta te lleva a la parte principal del edificio—.

—¿Cómo sabes todo eso?— susurró Cinder—.

—Me interné aquí unos pocos meses antes de que la Reina decidiera que yo sería un buen guardia.

Sintió la mirada de Cinder en él, pero no la correspondió.

–Está bien— murmuró ella. –Querías ser un doctor—.

—Lo que sea—. Pasó la pantalla al lado del cuarto de mantenimiento y se detuvo en un mapa diagrama de la clínica. Unos cuantos signos rojos de exclamación resplandecieron en diferentes áreas, con notas insertadas. PACIENTE RM 8: DERRAME NO TÓXICO SOBRE EL PISO. LAB 13: INTERRUPTOR DEFECTUOSO DE LA LUZ.
–Aquí— dijo Cinder, apuntando al cuarto piso del diagrama. INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO DE LA ENFERMEDAD.

Había una escalera trasera en el lado opuesto del edifico, los llevaría al piso correcto, por lo menos. Jacin esperaba que el equipo de investigación se hubiera tomado el día

para disfrutar de las festividades de la coronación. No quería ninguna complicación más, y le gustaría evitar matar a cualquiera si pudiera.

Sin embargo eso no lo detuvo de dejar su pistola.

No hubo sorpresas en el ascenso. Jacin abrió la puerta y escaneó el bien iluminado corredor. Podía oír el gorgoteo de los tanques del agua y el zumbido de las computadoras y el constante gruñido de la maquinaria, pero no a las personas.

Indicando a los otros que permanecieran cerca, se deslizó fuera de la escalera. Sus zapatos chillaron y golpearon sobre el duro piso. Al lado de cada puerta, una pantalla iluminaba por donde pasaban, mostrando el propósito de cada cuarto.

AGRICULTURA: DESARROLLO Y PRUEBA DE MODELO GENÉTICO

MANIPULACIÓN BIOELECTRICA: ESTUDIO#17 (GRUPOS Y CONTROL 1—3)

INGENIERIA GENÉTICA: CANIS LUPUS SUJETOS #16—20

INGENIERIA GENÉTICA: CANIS LUPUS SUJETOS #21–23

INGENIERIA GENÉTICA: ALTERACIÓN QUIRÚRGICA

—…manufactura incremen…—

Jacin se congeló. La voz femenina venía de algún lugar abajo en el pasillo, y fue seguida por el golpe de una puerta.

—…ser posible para experimentar… recurriendo…—

Otra puerta se abrió, seguida de pasos.

Jacin tomó la puerta más cercana, pero estaba cerrada. Detrás de él, Cinder probó otra manija, mofándose cuando tampoco se abrió.

—Aquí— susurró Iko, empujando una puerta abierta en el corredor. Jacin y Cinder entraron después de ella y cerraron la puerta, con cuidado de no hacer ruido.

El laboratorio estaba vacío, o al menos no había personas. Personas conscientes. Las paredes estaban llenas de tanques de animación suspendida, llenando el espacio del suelo al techo. Cada tanque zumbaba y gorgoteaba, sus interiores iluminados con tenues luces verdes, que hacían a los cuerpos parecer cadáveres congelados. La pared del fondo estaba llena incluso de más tanques, apilados como cajones cerrados, convirtiéndolos en un tablero de ajedrez de pantallas y estadísticas, luces brillantes y plantas de los pies.

Cinder e Iko se agacharon detrás de dos de los tanques. Jacin retrocedió contra la pared, de forma que estaría escondido si la puerta se abriera y sería capaz de tomar a cualquiera por sorpresa.

La primera voz se unió con otra, una masculina esta vez. —…mucho en existencia, pero sería agradable si ellos nos dieran alguna indicación de que esto iba a…—

Jacin inhaló mientras la voz se hacía más fuerte, hasta que los pasos estuvieron justamente afuera de la puerta. Pero los pasos y las voces rápidamente desaparecieron en la otra dirección.

Iko se asomó cerca de la base del tanque, pero el sostuvo un dedo en sus labios. La cara de Cinder apareció un segundo después, interrogándolo.

Jacin dio una mirada superficial al resto del laboratorio. Cada uno de los tanques de suspensión tenía un tubo pequeño que lo conectaba a una fila de contenedores suspendidos. Aunque la mayoría de los tubos estaban limpios, algunos de ellos estaban teñidos de marrón con sangre fluyendo lentamente.

—¿Qué es este lugar?— susurró Cinder. Su cara estaba curvada con horror. Estaba mirando el cuerpo inconsciente de un niño, quizá de unos pocos años de edad.

—Son caparazones—, dijo él. –Ella los mantiene aquí para un suministro de sangre inagotable, que es usado para producir el antídoto—.

Cuando un caparazón nace y es llevado lejos, le dicen a su familia que es asesinado como parte de las leyes de infanticidio. En realidad hace años habían sido mantenidos cautivos—residencies aisladas donde eran considerados como poco más que prisioneros inútiles. Pero un día esos caparazones encarcelados habían hecho un motín y, sin poder ser controlados, lograron matar a cinco taumaturgos y ocho guardias reales antes de que fueran dominados.

Desde que fueron considerados tanto útiles como peligrosos, se había tomado la decisión de mantenerlos en un estado de coma permanente. No fueron más una amenaza y su sangre fue recolectada más fácilmente para las plaquetas usadas para el antídoto de la letumosis.

Poca gente sabía que las leyes de infanticidio eran falsas y que sus niños perdidos estaban aún con vida, apenas con vida.

Jacin no había estado nunca antes en este cuarto, a pesar de que sabía que existía. La realidad era más aterradora de lo que él había imaginado. Se le ocurrió que si él hubiera tenido éxito convirtiéndose en doctor y hubiera escapado de su destino como guardia de palacio, hubiera terminado en este mismo laboratorio. Solo que en vez de curar personas, las estaría usando.

Iko había regresado a la puerta. –No oigo a nadie en el pasillo—.

—Bien, debemos seguir—. Cinder pasó las puntas de sus dedos sobre el tanque del joven niño, sus ojos encogidos de tristeza, pero también—si Jacin sabía algo de ella— un toque de determinación, el esperó que ella estuviera planeando ya, el momento cuando regresara y los viera, a todos, liberados.

CAPÍTULO 69

Las dos personas que habían oído en el pasillo no estaban por ningún lado. Pronto encontraron la puerta marcada con INVESTIGACION Y DESARROLLO DE ENFERMEDADES, justo donde el diagrama les había dicho que sería.

El laboratorio estaba lleno de estaciones, cada una con un taburete, una mesa metálica, una serie de viales organizados, tubos de ensayo y placas de Petri, un microscopio, y un montón de cajones. Impecablemente limpia. El aire era estéril y blanqueado. Había nodos holográficos en la pared, todos apagados.

Dos estaciones de laboratorio mostraban evidencia de trabajo reciente, luces parpadeantes sobre placas de Petri y herramientas abandonadas en los escritorios.

—Adelante— dijo Cinder.

Iko tomó los armarios en el lado opuesto de la habitación; Cinder comenzó pateando a través de estantería abierta; Jacin se inició en la estación de trabajo más cercano, el escaneo de los cajones etiquetados. En el primer cajón encontró un portavisor obsoleto, una impresora de etiquetas, un escáner, y un conjunto de viales vacíos. El resto eran llena de jeringas y cajas de petri y lentes de microscopio, aún en el envoltorio de protección.

Se trasladó a la segunda estación.

—¿Es esto? —

Jacin puso su atención en Iko, que estaba de pie en frente de un conjunto de grandes armarios con sus puertas abiertas, revelando una hilera tras otra de apilados y pequeños frascos, cada uno lleno de un líquido transparente.

Jacin se unió a ella en frente de los gabinetes y levantó un vial de su bandeja. La etiqueta decía: VACUNA POLIVALENTE BACTERIA PATOGENICA EU1 –LETUMOSIS CADENA B-. Era idéntica a la tapa del siguiente vial y del siguiente.

La mirada de Jacin se pasó por los cientos de bandejas. —Vamos a conseguir un carrito de mantenimiento y llenarlo con tantas bandejas como podamos. Es probable que no necesitamos todo esto para un sector, pero prefiero que estén en nuestras manos, y no en las de Levana—.

—Voy por el carro— dijo Iko, corriendo hacia la puerta.

Cinder pasó un dedo a través de una fila de viales, escuchándolos tintinear en sus bandejas. —Esto también es la razón por la cual Kai sigue con todo esto— susurró, luego apretó la mandíbula. —Esto podría haber salvado Peony—.

—Esto va a salvar a Winter—. Cuando oyó el carro en el pasillo, Jacin comenzó a tirar de las bandejas de los estantes, y juntos cargaron el carro tan alto como pudieron, apilando las bandejas de antídotos. Su pulso estaba acelerado. Cada vez que cerraba los ojos podía verla en ese tanque, aferrándose a la supervivencia. ¿Cuánto tiempo la salvaría el tanque? ¿Cuánto tiempo le quedaba?

Iko había traído una pesada lona del armario de mantenimiento también, y la puso sobre el carro, amarrándola en los bordes de las bandejas para estabilizarlos para su viaje.

Empezaron a empujar el carro hacia la puerta cuando escucharon la campana del ascensor. Se congelaron. Jacin puso sus manos sobre los frascos cubiertos para evitar que tintinearan.

—No pareces entender la situación en que estamos— dijo una voz femenina aguda. —Necesitamos que esos guardias regresen a servicio activo inmediatamente. No me importa si están totalmente curados o no—.

—Taumaturgo— susurró Cinder. Tenía los ojos cerrados, el rostro tenso por la concentración. —Y dos... Voy a adivinar, ¿sirvientes tal vez? ¿O técnicos de laboratorio? Y otra. Una energía muy débil. Posiblemente un guardia—.

—Voy a tomar eso por el buen lado— murmuró Jacin.

—Estas órdenes han venido de la propia reina, y no tenemos tiempo que perder— continuó el taumaturgo. —Deja de poner excusas y hagan su trabajo—.

Como no podía confiar en su propio cuerpo si había un taumaturgo cerca, Jacin sacó su pistola y lo empujó en la mano de Cinder.

Ella parecía confundido al principio, pero la comprensión llegó rápido. Su agarre se apretó.

Los pasos se acercaban y Jacin se preguntó si ya los había percibido, congelados y esperando dentro de este laboratorio. Tal vez pensó que sólo eran investigadores.

Esa treta se caería tan pronto como los viera. Si pasaba frente a este laboratorio. O si venía a este laboratorio.

Pero no, se abrió una puerta en el pasillo. No la oyó cerrar de nuevo, y no había otra salida. Para llegar a cualquiera de las escaleras o al ascensor, tendrían que volver por donde habían venido.

—Tal vez podemos esperar a que pase— Sugirió Iko. —Tienen que irse tarde o temprano—.

Jacin frunció el ceño. ‘Tarde o temprano’ no era suficientemente rápido.

—Voy a tomar el control de la guardia y los otros dos— dijo Cinder, con los nudillos blancos. —Voy a matar al taumaturgo, y esperar hasta que esté todo despejado antes de seguirlos—.

—Vas a activar una gran cantidad de alarmas— dijo Jacin.

Su mirada se volvió helada. —Yo ya he activado un montón de alarmas—.

—Yo iré— dijo Iko. Tenía la barbilla hacia arriba, con la cara resuelta. —Ellos no pueden controlarme. Voy distraerlos y luego encontraré un lugar para esconderse hasta que vuelvas. Tienen que conseguir este antídoto para su Alteza—.

—Iko, no, debemos permanecer juntos…—.

Iko tomó la cara de Cinder. Sus dedos aún no funcionaban, por lo que el contacto se sentía muy incómodo, como ser acariciado por una muñeca de gran tamaño. —Como he dicho, yo haría cualquier cosa para mantenerte a salvo. Además, si me pasa algo, sé que me podrás arreglar—.

Iko guiñó un ojo, luego marchó valientemente hacia el pasillo. Jacin cerró la puerta tras ella.

Oyeron los sigilosos pasos de Iko por el pasillo, luego una pausa.

—Oh, hola— vino la voz alegre, seguido por el sonido de una silla chirriante por el suelo. —Vaya, no fue mi intención asustarte—.

—¿Pero qué…?— La voz del taumaturgo cortada, luego se volvió vil. —¿Un caparazón?—

—Casi— dijo Iko. —En caso de que no me reconozcas, resulta que soy una buena amigo de la princesa Selene. Supongo que ya has escuchado de…—.

—Arréstenla—.

—Supongo que tienes que hacerlo—.

Hubo una ráfaga de pasos, unos muebles cayendo, dos disparos que hicieron a Cinder estremecerse. —¡Deténganla!— gritó la taumaturgo, más lejos ahora.

Una puerta se cerró de golpe.

—Eso sonó como la escalera— dijo Jacin.

La mandíbula de Cinder estaba apretada, con los músculos tensos, pero respiró temblando y enderezó los hombros. —Será mejor que salir de aquí antes de que regresen—.

CAPÍTULO 70

Cress se sintió aliviada al encontrar que ella y Thorne no eran los únicos invitados vestidos como locos dando vueltas por las puertas del palacio horas antes de la coronación real. Toda la ciudad había llegado a participar en las festividades, como si los ciudadanos de Artemisia no tuvieran nada que temer de una posible insurgencia o las reivindicaciones enloquecidas de una chica ciborg.

La entrada principal del palacio fue rodeado por una pared imponente rematado con remates puntiagudos. La puerta principal estaba abierta, revelando un patio lleno. La calzada estaba llena de una variedad de esculturas que representan bestias míticas y dioses y diosas de Luna a medio vestir.

Nadie dio a Cress o a Thorne una segunda mirada mientras caminaban por las puertas abiertas, uniéndose a la multitud de aristócratas reunidos que bebían de los matraces con piedras preciosas y que paseaban entre las estatuas. Entre la falda anaranjada con volantes de Cress y la encendida corbata de moño de Thorne, ellos encajaban perfectamente.

Tratando de evitar el contacto visual con los otros huéspedes, Cress dejó su mirada viajar hasta las puertas de arco doradas del palacio. Al igual que las puertas, que se abrieron completamente, invitando a los huéspedes de la reina para entrar, a pesar de los guardias de palacio que tenían a cada lado.

El corazón le martilleaba.

Se sentía como si ella y Jacin apenas habían escapado.

Ella había estado en el interior del palacio un puñado de veces en su juventud para llevar a cabo diferentes tareas de programación por Sybil. Había estado tan dispuesta a complacer en aquel entonces. ¿Se puede realizar un seguimiento de las llegadas y salidas entre los sectores TS-5 y GM-2? ¿Se puede crear un programa que nos alertará específicamente del recogido de los registradores en los nodos holográficos? ¿Se puede realizar un seguimiento de las naves que entran y salen de los puertos y asegurar si sus destinos coinciden con los itinerarios en nuestros archivos?

Con cada éxito, Cress había crecido con más confianza. Creo que sí. Intentaré. Sí, señora, puedo hacer eso.

Esa había sido Cress mucho antes, cuando todavía albergaba la esperanza de ser un día bienvenida aquí, antes de su encarcelamiento a bordo del satélite. Ella debería haber sabido cuando Sybil se negó a llevarla a través de esta impresionante entrada principal, en lugar entraban de contrabando través de los túneles subterráneos como si fuera algo vergonzoso y secreto.

Al menos esta vez ella estaba entrando en el palacio junto a un aliado y un amigo. Si había alguien en la galaxia que confiaba, era Thorne.

Como si hubiera oído sus pensamientos, Thorne presionó una mano contra la parte baja de la espalda.

—Finge que perteneces aquí— murmuró en su oído, —y todos los demás lo va a creer—

Fingir pertenecer aquí.

Ella dejó escapar una respiración lenta y trató de imitar la fanfarronería de Thorne. Fingiendo. Ella era buena fingiendo.

Este día, ella era la aristócrata Lunar. Ella era una invitada de Su Majestad. Ella estaba del brazo del hombre más guapo que había conocido jamás, un hombre que ni siquiera tenía que usar un glamour. Pero lo más importante...

—Soy un genio criminal— murmuró, —y estoy aquí para acabar con este régimen—.

Thorne le sonrió. —Esa es mi línea—.

—Lo sé— dijo. —La robé—.

Thorne se rió y estratégicamente se colocó detrás de un grupo de Lunares, tan cerca que parecerían parte del grupo, y se deslizó por las escaleras de piedra blanca. Las puertas se elevaban más y más grandes a medida que entraban en la sombra del palacio. La charla del patio fue sustituido por el eco de suelos de piedra y la risa resonante de las personas que no tienen nada que temer.

Ella y Thorne estaban en el interior del palacio. Por lo que ella podía decir, los guardias ni siquiera los habían mirado.

Cress respiró aliviada, pero se enganchó de nuevo mientras estaba en esta extravagancia.

Más aristócratas merodeaban en masa en la gran entrada, recogiendo las bandejas de comida que flotaban en las cuencas de piscinas de cristal azul. En todas partes eran columnas doradas y estatuas de mármol y arreglos florales que estaban dos veces más altos que ella. Lo más impresionante de todo fue una estatua en el centro de la sala que representa a la diosa de la Luna antigua, Artemisa. Se elevaba tres pisos de altura y mostró a una diosa que llevaba una corona de espinas sobre su cabeza y en posesión de un arco curvado con la flecha apuntando hacia el cielo.

—Buenos días— dijo un hombre, dando un paso adelante para recibirlos. Los dedos de Thorne se clavaron en la espalda de Cress.

El hombre llevaba el uniforme de un servidor de alto rango, aunque su pelo con rastas se tiñó de verde abigarrado a verde pálido de espuma en las raíces y de esmeralda profundo en las puntas. Aunque Cress estaba en guardia, esperando sospecha o disgusto, el rostro del hombre era pura jovialidad. Tal vez los funcionarios, como los guardias, fueron escogidos por tener poco talento con su don, y no eran capaces de sentir que Cress era nada más que una caparazón.

Lo que podía esperar.

—Estamos contentos de que hemos llegado a disfrutar de las fiestas en este día más célebre— dijo el hombre. —Por favor, disfruten de las comodidades que nuestra generosa reina ha establecidos para sus huéspedes—. Hizo un gesto a su izquierda. —En esta ala siéntase con la libertad de disfrutar de nuestra colección de animales salvajes, lleno de animales exóticos albinos, o escuchar una variedad de actuaciones musicales que tendrán lugar en nuestro gran teatro durante todo el día—. Él levantó su brazo derecho. —De igual manera hay una variedad de salas de juego que debe visitar para probar la providencia de la suerte, así como las habitaciones de compañerismo, en los caballeros es una necesidad el compañerismo. Por supuesto, una variedad de bebidas están disponibles en todo el palacio. La ceremonia de coronación comenzará al amanecer y se nos pide que todos los invitados comiencen a hacer su camino a la

gran sala a la mitad antes. Para la seguridad de todos nuestros huéspedes, no habrá acceso continuo a los corredores una vez que la coronación haya comenzado. Si necesita cualquier cosa para hacer su día más agradable, por favor hágamelo saber a mí o a otro cortesano—.

Con una inclinación de la cabeza, se marchó para recibir a otro huésped.

—¿Qué supones que quería decir con "habitaciones de compañerismo"?— preguntó Thorne.

Cuando Cress le lanzó una mirada, se puso recto y pasó un dedo entre la garganta y el cuello de la camisa. —No es que esté tentado a... o... de esta manera, ¿verdad?—

—Ustedes dos parecen perdidos— ronroneó alguien.

Thorne se dio la vuelta, metiendo a Cress detrás de él. Un hombre y una mujer estaban parados no muy lejos, mirando a Thorne como si estuviera en exhibición en un escaparate de caramelo. Ambos llevaban trajes de diamantes de imitación.

El hombre dejó caer un par de gafas de montura gruesa a la punta de la nariz, dejando que su mirada ruede sobre Thorne, de la cabeza a los pies y una copia de seguridad. —Tal vez podamos ayudarlos a encontrar el camino—

Thorne fue rápido para dibujar en su sonrisa firme. —Que halagador, señoras— ronroneó a la derecha de nuevo.

Cress frunció el ceño, pero luego, al darse cuenta de que el hombre estaba usando su glamour para hacerse ver a sí mismo como una mujer, saludó educadamente con cara de indiferencia. No podía permitirle saber a cualquier persona que no se vio afectada por el control mental.

—Estamos en una especie de misión encubierta en este momento— Thorne estaba diciendo, —pero vamos a mantener nuestro ojo hacia fuera para usted en la coronación—.

—Oh, una misión encubierta— se desvaneció la mujer, mientras masticaba la uña del meñique. —Voy a querer escuchar esa historia más tarde—.

Thorne hizo un guiño. —Voy a querer contarla—. Pasando un brazo por los hombros de Cress, la condujo fuera de la pareja. Cuando se habían ido lo suficientemente lejos que estaba seguro de que no serían escuchados, Thorne dejó escapar un silbido. —Por todas las estrellas. Las mujeres en este lugar —.

Cress se encrespó. —¿Quieres decir, los espejismos en este lugar? Uno de ellos era un hombre —.

Tropezando, Thorne la miró. —No me digas. ¿Cuál de los dos?—

—Um... 'él de gafas'—

Miró hacia atrás por encima del hombro, escaneando la multitud para la pareja. —Bien jugado, Lunares— murmuró, debidamente impresionado. Caminó de nuevo hacia delante. —Jacin dice que tomáramos el tercer pasillo, ¿verdad?— Él tiró de ella hacia un pasillo curvo, donde las ventanas de piso a techo ofrecen una vista impresionante de los jardines delanteros.

—Trata de tener en cuenta que pueden hacerse ver como quieran—, dijo Cress. —Nadie en este palacio es tan hermoso como piensas que son. Todo esto es sólo control mental —.

Thorne sonrió y la apretó más contra su costado. —Estoy bastante seguro de que hay al menos una excepción a la regla—.

Cress puso los ojos en blanco. —Sí, Taumaturgos —.

Se rio y dejó caer el brazo, aunque no estaba seguro de lo que era divertido.

Pasaron por un grupo de hombres jóvenes, y Cress observaba, desconcertada, como se dirigieron al pasillo. Uno de ellos empujó una puerta de cristal y se dirigió hacia la orilla del lago y amplios jardines. Casi se cayó de la escalera que conducía al césped en expansión.

Sacudiendo la cabeza, Cress miró de nuevo hacia delante y se dio cuenta de que estaba sola.

Cada músculo se tensó mientras se giró, aliviada de ver Thorne unos pasos de distancia. Pero no estaba aliviada al ver que había sido abordado por otra chica que era muy bonita, incluso a los ojos-anti control mental-de Cress. Ella estaba sonriendo a Thorne través de sus largas pestañas de una manera que era a la vez sensual y graciosa.

Por su parte, Thorne sólo se veía sorprendido.

—Creo que sentí un chico terrestre— dijo la chica. Ella trazó las luces brillantes en la corbata de lazo de Thorne, a continuación, le pasó los dedos por pecho. —Y muy bien vestido. Qué suerte de descubrimiento—.

Calmando su pulso, Cress inspeccionó el pasillo. El público ya estaba empezando a filtrarse hacia el gran salón, pero un montón de invitados todavía revoloteaban alrededor de la otra sala y no tenían prisa aparente. Nadie les prestaba atención. Esta mujer, también, parecía tener ojos sólo para Thorne. Cress se estrujó el cerebro de alguna manera de alejarlo de ella sin levantar sospechas o llamar la atención sobre sí misma.

Entonces la mujer le echó los brazos alrededor del cuello de Thorne y cada pensamiento voló por la cabeza de Cress. Atónita, Thorne no ofreció resistencia cuando ella tiró de él y lo besó.

CAPÍTULO 71

La columna de Cress se estremeció de indignación al mismo tiempo que un grupo de mujeres lunares se rio no muy lejos de ellos.

–Tienes buen ojo, Luisa –dijo una de ellas.

–¡Si sigues encontrando Terrestres tan lindos como este, deberías presentárnoslos! –dijo otra.

Ni Thorne ni Luisa parecieron escucharlas. De hecho, y bajo la mirada horrorizada de Cress, Thorne deslizó sus manos alrededor del cuerpo de Luisa y la apretó contra el suyo.

Cress apretó sus puños y todo su cuerpo se tensó. Estaba molesta. Quiso interrumpir pero su lado racional la detuvo, pues aunque esas mujeres estaban jugando con Thorne seguramente no se mostrarían nada amables si descubrían que ella era inmune a su manipulación.

Temblando de impotencia, Cress se acomodó detrás de una columna. Aguardó a que se fueran, con los brazos cruzados y una niebla roja nubló su visión cuando Thorne besó a la chica.

La besó.

La besó.

Las uñas de Cress dejaron la marca de la luna creciente en la piel donde se las enterró.

–Has esperado mucho por esto, ¿verdad? –Luisa suspiró, sin aliento.

Cress puso los ojos en blanco.

Y Thorne dijo… Thorne dijo…

–Creo que te amo.

El corazón de Cress se partió y ella se quedó sin aliento por el dolor que esto le produjo. La herida punzante de su pecho rápidamente se llenó de resentimiento.

Si debía soportar verlo coquetear con alguien más, Cress gritaría. ¿Cómo era posible que ella fuera la única chica en toda la galaxia con la que él no quisiera flirtear ni besarse?

Bueno, Thorne la había besado esa vez en el tejado, pero había sido más un favor que otra cosa, por lo que no contaba.

Se adentró más en la alcoba sin dejar de verlos, herida en lo más hondo de su ser. Thorne nunca la desearía como lo hacía con esas otras chicas. Cress debía aceptar el hecho de que su beso, el momento más apasionado y romántico de su vida, no había sido nada más que un gesto de lástima.

–¿Acaso no eres un bombón? –preguntó la mujer–. No besas nada mal, ¿sabes? Quizá podríamos disfrutar de nuestra mutua compañía después, ¿qué dices? –sin esperar una respuesta, le dio una palmadita a Thorne en el pecho y le guiñó un ojo antes de continuar con su camino.

Sus compañeras también se marcharon, dejando a Throne solo en medio del corredor, todavía aturdido. Sus mejillas estaban encendidas, sus ojos oscuros por lo que Cress creyó que sería deseo, y su cabello era una lástima en el lugar en donde Luisa se había aferrado a él.

Luisa. La chica a la él amaba.

Cress se abrazó a sí misma.

Después de un minuto que se le antojó eterno, Thorne se sacudió los remanentes del hechizo lunar y miró a su alrededor. Sus manos trataron de arreglar su cabello.

–¿Cress? –preguntó en voz baja, pero cuando ella no respondió lo hizo más alto, preocupado–. ¡Cress!

–Estoy aquí.

Thorne siguió su voz y su cuerpo se estremeció con alivio.

–Demonios, lo siento. No sé qué fue lo que pasó. Eso fue…

–No me interesa –Cress se obligó a separarse de la pared y continuar con su camino. Thorne fue tras ella.

–Hey, hey, espera. ¿Estás molesta?

–¿Por qué debería estarlo? –Cress sacudió sus manos con ferocidad–. Tienes todo el derecho de coquetear y besar y proclamar tu amor a quien tú quieras. Lo cual es bueno, porque es algo así como tu pasatiempo. Lo haces todo el tiempo.

Thorne la alcanzó con facilidad, lo que irritó a Cress, pues había caminado rápido para dejarlo atrás.

–Así que –continuó Thorne–, estás celosa.

Cress se encrespó.

–Te das cuenta de que lo único que ella quería era reírse a tu costa, ¿verdad?

Thorne se rio, sorprendentemente tranquilo a pesar de la furia de Cress.

–Bien, ya sé lo que pasa. Cress, espera –Thorne la agarró del codo y la obligó a detenerse –. Sé que no puedes experimentarlo porque eres inmune, pero el resto de nosotros no puede elegir el no ser controlados por ellos. Me hechizó, y eso no fue mi culpa.

–Y ahora me dirás que no lo disfrutaste, ¿verdad?

Thorne abrió la boca, pero vaciló.

–Eh, bueno, pues…

Cress liberó su brazo.

–Sé que no fue tu culpa, pero no es excusa para todas las veces que lo has hecho. ¡Cómo cuando viste a Iko!

–¿Qué con Iko?

–Mira que sé cómo escogerlas, ¿eh? –Cress imitó la voz de Thorne.

Thorne se rio, encantado con la imitación que Cress hizo de él.

–Pero si fue la verdad. Su nuevo cuerpo es asombroso.

Cress lo miró con intensidad.

–Bueno, es evidente que no fue lo mejor que pude haber dicho. Lo siento mucho, pero me tomó por sorpresa.

–Claro, y repentinamente solo tenías ojos para ella.

Thorne parpadeó, habiendo comprendido finalmente lo que Cress quería decir, pero ella se alejó antes de que pudiera decirle nada.

–No importa. Vamos a encargarnos…

–Disculpen.

Un guardia del palacio bloqueaba el corredor con el brazo extendido, deteniendo en seco a Cress. Ella carraspeó y retrocedió hasta alcanzar a Thorne, quien la agarró del codo. Su boca se secó. Había estado tan furiosa que ni siquiera notó a los dos guardias apostados.

–Rogamos a todos los invitados que se presenten en el gran salón para que la ceremonia de coronación pueda comenzar –el guardia señaló la dirección por la que habían llegado–. Por favor, sigan esa dirección.

El corazón de Cress latía con fuerza, pero Thorne, con la tranquilidad que le caracterizaba, les dedicó una sonrisa.

–Por supuesto, gracias. Estábamos perdidos.

Tan pronto como dieron la vuelta en una esquina, Cress se deshizo del agarre de Thorne. Él la dejó hacer sin decirle nada al respecto. Se encontraron en un pasillo más tranquilo de lo que había sido el corredor principal, aunque aun así había unos cuantos invitados deambulando por él.

–Alto ahí –dijo Thorne, a lo que Cress obedeció, permitiendo que él la apoyara contra una pared. Acercó su rostro al de ella, y cualquiera que los viera diría que estaban teniendo una conversación privada, lo que solo sirvió para que Cress se enfadase todavía más. Ella apretó los puños y miró a su hombro, enojada.

Thorne suspiró.

–Cress, sé que estás molesta, ¿pero podrías pretender no estarlo por un momento?

Ella cerró los ojos y respiró profundamente. No estaba enfadada. No estaba herida. No tenía el corazón roto.

Cuando abrió sus ojos, su expresión cambió a lo que ella esperaba que fuera algo más alegre.

–Eso fue extraño –Thorne alzó una ceja.

–También soy una chica, ¿sabes? –su voz sonó más aguda de lo que pretendía–. Quizá no sea tan bonita como Iko, o tan valiente como Cinder, o tan atractiva como Scarlet…

–Aguarda, Cress…

–Y ni siquiera tengo ganas de saber qué estupidez dijiste cuando conociste a la Princesa Winter.

Thorne cerró la boca con expresión culpable, lo que confirmó su sospecha de que, en efecto, había dicho algo estúpido.

–¡Pero quiero que sepas que no soy invisible! Y aun así coqueteas con cualquiera de ellas. De hecho, coquetearías con cualquier mujer que se atreviera a verte aunque sea de reojo.

–Ya dijiste lo que te molestaba –el brillo alegre de sus ojos se había desvanecido, del mismo modo que la sonrisa falsa de Cress se esfumó también. Aunque Thorne tenía una mano cerca de la cadera de Cress, ya no la estaba tocando.

–Esto es lo que trataste de decirme, ¿verdad? –su voz vaciló–. En el desierto. Cuando me insistías en cuan dulce era yo y lo mucho que querías evitar lastimarme y… Tratabas de advertirme, pero yo fui demasiado… demasiado tonta, y demasiado crédula para escucharte.

–Nunca quise lastimarte –sus ojos se ablandaron.

Ella se cruzó de brazos sobre el pecho. Las lágrimas empañaban su visión.

–Lo sé. Fue mi culpa. Así de estúpida he sido.

Thorne se encogió, mirando a su alrededor, lo que hizo que Cress le imitara. Parpadeó muchas veces para evitar que las lágrimas la cegaran. El pasillo estaba casi vacío, y los últimos huéspedes ni siquiera veían en su dirección.

Rodeando a Cress, Thorne abrió una puerta que ella ni siquiera había visto, y en lo que dura un parpadeo la jaló dentro. Ella tropezó con sus pies, y se agarró a una planta que se encontraba al otro lado de la puerta para recuperar el equilibrio. De repente se encontraron rodeados por flores y follaje de todos los colores imaginables, y su perfume le picó la garganta. El techo estaba a varios pisos de distancia, y estaba recubierto por los mismos cristales tintados que el corredor principal. Sofas y sillitas de lectura se agrupaban en diversas áreas de la habitación, y frente a ellos había varias mesas que veían en dirección al lago.

–Excelente –dijo Thorne–. Recuerdo haber visto algo acerca de un atrio. Esperaremos aquí hasta que no quede nadie en los corredores. Espero que podamos colarnos en alguno de los pasillos de servicio para evitar toparnos con los guardias por un rato.

Cress llenó sus pulmones con aire y exhaló lentamente, pero ni siquiera así logró calmarse. Atravesó la habitación, poniendo mucho espacio de por medio entre ella y Thorne.

Era una idiota. Él no le había dado ningún indicio de que le interesaba en lo absoluto. Él le había dado muchas oportunidades para que se hiciera a la idea. Pero a pesar de todos sus intentos para evitar que se enamorase de él, al final había quedado destrozada.

Lo que era peor: el beso de una Lunar era el responsable de su dolor, y Thorne no tenía la culpa de ello.

–Cress… por favor, escucha…

Los dedos de Thorne rodearon su muñeca, pero ella lo apartó.

–No importa. Lo siento. No fui justa contigo. No debí haber dicho nada.

Se limpió la nariz con el ala de su ridículo vestido.

Thorne suspiró, y por el rabillo del ojo Cress lo vio mesándose su propio cabello. Ella podía sentir su mirada en la parte trasera de su nuca, así que se volvió y pretendió inspeccionar una flor enorme y púrpura.

Él ahora lo sabía, por supuesto. Cress había desnudado todos sus sentimientos… quizá lo había hecho desde el principio, pero él había estado más ocupado en lastimarla para pretender que lo sabía.

Cress sabía que Thorne quería hablar. Podía sentir las palabras bullendo en el aire a su alrededor, sofocándola. Él se disculparía. Le diría lo mucho que le importaba como amiga, como miembro de su tripulación.

Y ella no quería escuchar eso. No ahora, no nunca, pero en especial no ahora, cuando tenían cosas más importantes en las que pensar.

–¿Por cuánto tiempo esperaremos aquí? –le preguntó, y aunque su voz seguía siendo aguda al menos era más firme.

Cress escuchó un crujido cuando Thorne abrió su portavisor.

–Unos cuantos minutos, lo justo para que incluso los invitados rezagados se hayan marchado.

Cress asintió. Un segundo después, escuchó otro crujido.

–¿Cress?

Ella sacudió la cabeza. Las bolitas de la antena bailaron en la comisura de sus ojos. Ella se había olvidado de que llevaba puesta esa cosa. Se atrevió a encararlo, rogando porque su rostro no reflejara la miseria que existía en su interior.

–Estoy bien. Es solo que no quiero hablar de ello.

Thorne se había situado contra la puerta cerrada, con las manos en los bosillos. Su expresión era tumultosa. Había culpa, quizá, mezclada con duda y nerviosismo, y algo más que era tan oscuro que hizo que Cress se estremeciera.

Él consideró su respuesta por un momento más.

–Está bien –dijo al fin–. Yo tampoco quiero hablar de esto.

Cress comenzó a asentir, pero se sorprendió cuando Thorne se separó de la puerta. Cress parpadeó y retrocedió, sorprendida por lo repentino de su movimiento. Tres, cuatro pasos. Sus piernas golpearon una de las mesas.

–¿Pero qué…?

Con un movimiento, Thorne la subió a la mesa y presionó su espalda contra un enorme helecho, y entonces… oh.

Cress había pensado muchas veces sobre aquél beso que se dieron sobre el tejado, pero este beso fue algo completamente diferente.

El beso anterior había sido amable y protector, pero este fue más bien apasionado. Decidido. El cuerpo de Cress se disolvió en las sensaciones que recibió. Las manos de

Thorne quemaban a través de la tela de su falda. Sus tobillos presionaron contra las caderas de él, y él la estrechó más contra su pecho, como si no estuviera lo suficientemente cerca. Un gemido escapó de sus labios. Escuchó otro gemido, pero pudo provenir de cualquiera de los dos.

El beso del tejado había sido demasiado corto, pues tuvieron que interrumpirlo por la pelea inminente. Sin embargo, el nuevo beso siguió, y siguió, y siguió…

Finalmente, cuando Cress comenzó a perder el aliento, Thorne dejó de besarla para poder respirar. Cress temblaba, y deseó que él no la hiciera erguirse de nuevo, argumentando que tenían trabajo qué hacer, porque dudaba poder mantenerse de pie.

Thorne no se apartó de ella. En lugar de eso, pasó sus brazos por su espalda, y allí estuvo en un abrazo protector que ella recordaba muy bien. Su aliento era tan errático como el suyo.

–Cress –pronunció su nombre como si fuera una oración.

Cress se estremeció. Lamiéndose los labios, obligó a sus manos para que se movieran al pecho de Thorne. Después se obligó a sí misma a apartarlo de sí.

No fue suficiente para romper su abrazo, pero sí para que ella pudiera respirar y pensar con lucidez.

–Esto fue… –la voz le falló–. Esto no era lo que yo quería.

Le tomó un momento a Thorne, pero entonces su mirada se endureció y se apartó de ella.

–Bueno, en realidad si que lo es –se corrigió ella–. En verdad, si es lo que quería.

Su alivio fue evidente, y eso la hizo sentirse mejor. Su rápida sonrisa burlona lo dijo todo. Por supuesto que esto es lo que ella quería. Por supuesto que lo era.

–Pero… no quiero ser una chica más –continuó Cress–. Nunca quise ser solo otra de tus chicas.

Su sonrisa se desvaneció.

–Cress –Thorne parecía desgarrado, pero también esperanzado. Tomó aliento–. Ella lucía como tú.

Cress no se había dado cuenta que veía sus labios hasta que volvió la vista a sus ojos.

–¿Qué?

–La chica en el pasillo, aquella que me besó. Se veía como tú.

El beso de la Lunar parecía haber sucedido en otra vida. Su recuerdo le dio celos, pero Cress fingió que no pasaba nada.

–Eso es ridículo. Su cabello era castaño, y ella era alta, y además…

–No para mi –Thorne acomodó un mechó de su cabello detrás de la oreja–. Debió habernos visto caminar juntos. Quizá se dio cuenta de cómo te miraba, o algo así. La verdad no sé lo que pasó, pero ella lo sabía… hizo que su hechizo se viera como lo haces tú.

Con los labios entreabiertos, Cress se recordó a sí misma oculta en esa alcoba una vez más, mirando la expresión de desconcierto de Thorne. Su deseo. La forma en que él le regresó el beso a la Lunar, y cómo se aferró a ella…

–Pensé que eras tú a quien besaba –admitió, uniendo sus labios con los suyos una vez más. Los dedos de Cress encontraron sus solapas y lo acercaron más hacia ella….

Esta vez no duró mucho, pues otro recuerdo la asaltó.

–Pero… –Cress se apartó de él–, pero tú le dijiste que la amabas.

Su expresión se congeló, y la alarma asomó en sus ojos. Ese momento se les antojó eterno a ambos.

–Esto… bien… –Thorne tragó saliva–. Creo que estaba… más bien, tú y yo estábamos…

Pero antes de que pudiera terminar de hablar, la puerta se abrió de par en par a sus espaldas.

CAPÍTULO 72

Los dos se congelaron.

Su mandíbula se tensó. Thorne susurró: —¿Continuará?—

Ella asintió, tenía dificultades en recordar dónde estaban.

Thorne giró hacia la puerta, su cuerpo protegiendo a Cress de quien quiera que entrara. Escudriñando alrededor de su codo, ella atrapó un vistazo de un guardia del palacio en la luz del corredor.

El guardia estaba ceñudo mientras levantaba un dispositivo a su boca. —Son solo un par de invitados— dijo, con su voz brusca. Inclinó su barbilla hacia Thorne y Cress. —Necesito pedirles que se muevan. Todos los corredores y espacios públicos necesitan ser limpiados para comenzar la ceremonia—.

Aclarando su garganta, Thorne tiró abajo su chaqueta y ajustó el nudo de su corbata. —Lo siento tanto. Creo que solo... nos dejamos llevar—.

Cress arrancó una hoja de la manga de Thorne. Calor quemando sus mejillas, pero era sólo una parte de la mortificación, y sobre todo la sensación persistente de sus brazos, sus besos, la brumosa realidad de los minutos anteriores.

—Nos iremos entonces—. Thorne agarró el sombrero de antena que había terminado en el suelo y se lo tendió a Cress, luego la ayudó a levantarse del suelo.

Sus temblorosas manos buscan a tientas la cuerda de la antena para empujarla dentro de su mano.

—Gracias por dejarnos prestado el lugar— Thorne dijo al guardia, parpadeando, mientras caminaban apresuradamente hacia el pasillo. Una vez que el guardia estuvo detrás de ellos el dejó mostrar la menor grieta en su comportamiento, dejando escapar un pequeño respiro. —Intenta actuar natural—.

Las palabras resonaron en la cabeza de Cress antes de que pudiera entenderlas. ¿Actuar natural? ¿Actuar Natural? ¿Cuando sus piernas estaban hechas de fideos y su corazón estaba a punto de salirse de su pecho y él dijo que la amaba, al menos, en un sentido? ¿Qué significaba siquiera que actuara natural en primer lugar? ¿Cuando había sabido en su vida lo que era actuar normal?

Así que ella comenzó a reír. Un resoplido ahogado, primero. Luego una oleada de risas se arrastraron por su garganta, hasta que estaba casi cayendo sobre si misma en un esfuerzo de caminar derecha. La risa casi ahogándola.

Thorne mantuvo un brazo alrededor de su cintura. —No es exactamente lo que tenía en mente— murmuró. —pero algo encantador igualmente—.

—Lo siento—. Jadeó las palabras, tosiendo un poco, y trató de formar una cara normal, pero otra risilla retumbaba en su estómago, esparciéndose en su pecho. Ella se dobló de nuevo.

—Um. Cress. Eres adorable, pero necesito que te concentre por un segundo. Tenemos suerte de que ese guardia no reconoció a ninguno de nosotros, pero si el…—

—¡Hey! Deténganse!—

Thorne maldijo.

La risa de Cress se apagó con pánico.

—¡Corre!—

Lo hizo, agarrando la mano de Thorne. Alrededor de una esquina, luego otra. Los guio dentro de una alcoba poco llamativa con una pequeña puerta y la empujó hacia… dentro de el pasillo de los sirvientes.

—¡Izquierda!— Ordenó, tirando de la puerta cerrada y agarrando una bandeja de servicio que habían dejado en el corredor. La encajó en su sitio mientras Cress corría, pasando paletas de suministros y equipos de manutención, cabinas de almacenamiento y esculturas quebradas. Thorne la alcanzó fácilmente. Había retirado la pistola de dentro de la chaqueta. —¿Sigues teniendo ese chip?—

Ella presionó una mano sobre su corpiño, detectando el pequeño chip con el video de Cinder presionado contra su piel. Asintió, corriendo demasiado rápido para hablar.

—Bien—.

Sin previo aviso, Thorne se empujó contra Cress, apretándola detrás de una enorme rueda de grabación eléctrica. Ella golpeó la pared duro, jadeando.

—Dos corredores atrás había un elevador— dijo él. —Encuentra un lugar para esconderte, luego metete en el centro de seguridad. Los despistaré y luego volveré para encontrarte—.

Cress comenzó a sacudir su cabeza. —No. No puedes dejarme, no de nuevo. No puedo hacer esto sin ti—.

—Por supuesto que puedes. No será tan divertido, pero te las arreglaras—.

Pasos resonaron a la distancia. Ella chilló.

—Te encontraré— susurró Thorne. Presionó un apresurado beso contra su boca, envolviendo su mano sobre algo pesado y caliente. —Se heroica—.

El se levantó corriendo nuevamente, justo cuando ella escuchó los pasos acercarse más.

—¡Allí!— Gritó alguien.

Thorne desapareció en una esquina.

Cress miró hacia la pistola que le había dado. Este pequeño artilugio, tan sólido en su mano, la aterrorizaba más que los guardias. Le dolía dejarla en el suelo y caminar lejos.

En su lugar, se apretó contra la rueda de grabación eléctrica y presionó su dedo sobre el gatillo, donde había ido a parar instintivamente. Justo como una computadora, se dijo a sí misma. Las computadoras solo hacen lo que les dices que hagan. La pistola sólo se disparará si tú aprietas el gatillo.

Eso no era particularmente reconfortante.

Dos guardias corrieron pasándola, ni siquiera mirando en su dirección.

Consideró quedarse donde estaba, fuera en lo descubierto como debería ser. Temblaba de pies a cabeza y cada fibra de su cuerpo le decía que moverse haría que la atrapen.

Pero la lógica le decía que su cuerpo mentía. Ellos volverían. Enviarían refuerzos. La verían.

En la distancia disparos la hicieron saltar, estimulándola a entrar en acción. Los disparos fueron seguidos por gruñidos y el sonido de una lucha.

Cress se impulsó hacia la esquina y se volvió hacia la esquina por la que Thorne y ella habían llegado. Dos corredores atrás, habían dicho. Un elevador.

Se fue silenciosamente esta vez, presionando su mano libre en la puntada de su costado. Pasó un corredor y escuchó más pasos, pero no pudo decir en qué dirección venían. Se congeló, escaneando su alrededor, y abrió de un tirón una de las cabinas de almacenamiento.

Rollos de tela decorativa se tambalearon, muchos de ellos más altos que ella, y muchos de ellos lujosos y brillantes en colores metálicos y enjoyados tonos.

Cress se metió dentro, apretando su cuerpo en un espacio creado a partir de los rollos de tela que había derribado a un lado. Cerrando la puerta, colocó la pistola en el suelo de la cabina. Cuidadosamente alejándola de ella.

Los pasos se escucharon más fuerte y estuvo muy segura de que había sido vista, pero nadie gritó.

Hasta que…

—¡Deténgase!—

Otro disparo, este seguido por un instantáneo sonido de cuerpo chocando contra el suelo. Sonó cerca. Cress cerró sus ojos, presionando su mejilla dentro de sus rodillas. No Thorne. Por favor, no Thorne.

Un pesado suspiro seguido por una tranquila voz de hombre. —¿Todo esto por un maldito Terrestre? Tus guardias son patéticos—.

Cress presionó sus manos sobre su boca para evitar que se escapara algún sonido. Miró hacia la oscuridad, intentando inhalar profundamente, pensando que podría desmayarse si no conseguía suficiente aire pronto.

Alguien se aclaró la garganta. No muy lejos de donde ella se escondía.

—Él es definitivamente uno de los aliados de la Ciborg. La pregunta es, ¿qué estás haciendo en el palacio?—

Pasó un latido, luego la voz de Thorne. —Solo besaba a mi chica— dijo, jadeando un poco. Cress arrugó su rostro y luego lo enterró entre sus rodillas, ahogando un sollozo. —No me había dado cuenta de que era un... un gran ofensa por aquí—.

El hombre sonó desconfiado. —¿Dónde está esa chica con la que estabas?—

—Creo que la asustaron—.

Otro suspiro. —No tenemos tiempo para esto. Pónganlo en una celda, lidiaremos con él luego de la coronación. Estoy seguro de que hará una encantadora mascota terrestre para alguna de las familias. Y sigan buscando a esa chica… Avísenme en el momento en que la encuentren. Incrementen la seguridad alrededor del gran salón. Están tramando algo y Su Majestad nos matará si se interrumpe la ceremonia—.

Hubo un ruido sordo y otro gruñido. Cress retrocedió, su cabeza llena de todas las cosas que le pudieron haber hecho a Thorne para que cause ese gruñido, todas las cosas que le pueden estar haciendo ahora.

Mordió su labio hasta que probó la sangre, el dolor la abstuvo de llorar mientras escuchaba como se lo llevaban lejos.

CAPÍTULO 73

—Jacin— el tono de Cinder estaba lleno de advertencia. —Iko no se sacrificó para que pudieras estrellarnos contra un cráter y matarnos a los dos—.

—Cálmate. Sé lo que estoy haciendo— él respondió, fingiendo estar tranquilo mientras su corazón era un martillo golpeando contra su pecho.

—Pensé que habías dicho que nunca has conducido uno de estos antes—.

—No lo he hecho—. Él se ladeó con fuerza y el todo-terreno embistió hacia la izquierda, rápido y sin problemas.

Cinder se quedó sin aliento y buscó la barra sobre su cabeza. Un siseo de dolor le siguió, seguido -probablemente de la apertura de la herida en su hombro- pero ella no dijo nada y Jacin no redujo la velocidad.

El vehículo era por mucho el más hábil que Jacin había pilotado alguna vez. Poco más que un arriesgado juguete para algunos ricos Artemisianos; flotaba cerca de la superficie rocosa y desigual de la Luna, planeando tan rápido que el suelo blanco por debajo de ellos se miraba borroso. Se podía observar a través del techo, por lo que se sentía como si estuvieran afuera en el terreno sin aire, en lugar de en un vehículo protector.

Aunque protector era una palabra subjetiva. Jacin tenía la sensación de que si le pegaba a cualquier roca, esta cosa podría arrugarse alrededor de ellos como una lata de aluminio.

Demonios, tal vez era de aluminio.

Se colocaron sobre un acantilado y en el todo-terreno se activó el modo de antigravedad, manteniéndolos en una trayectoria suave mientras navegaban sobre el cráter más abajo, antes de descender hacia el otro lado y continuar como si nada hubiera sucedido. El estómago de Jacin daba vueltas -producto tanto de la alta velocidad y no haberse ajustado del todo a la ingravidez fuera de las cúpulas donde la gravedad es controlada.

—Sólo una observación— dijo Cinder entre dientes, —pero tenemos un montón de frágiles e importantes viales en la parte posterior de esta cosa. Tal vez no deberíamos estrellarnos—.

—Estamos bien—. Su atención se dirigió al mapa holográfico encima de los controles. Cualquier otro día, esto hubiera sido un juego atrevido, pero ahora estaban en una misión. Cada rincón disponible del vehículo estaba lleno de frascos con el antídoto y cada momento que pasaba significaba que las personas estaban muriendo.

Y una de ellas era Winter.

Un domo apareció en el horizonte. Incluso desde ahí él podía ver las líneas de árboles en un lado y los claros troncos cortados en el otro.

Jacin maniobró el vehículo en torno a una serie de escarpadas formaciones rocosas. Cinder ajustó el holograma, reposicionando el mapa de modo que Jacin pudiera ver la mejor ruta hacia su destino. La mayor parte de los domos estaban aglomerados juntos en grupos –porque así habían sido más fáciles de construir en ese entonces cuando Luna fue colonizada, pero también para que pudieran compartir los puertos que los

conectaban con el terreno exterior de Luna y permitir que los envíos de suministros fueran independientes del sistema de transporte subterráneo.

La aridez del paisaje hacia que las distancias fueran engañosas. Se sentía como si horas hubieran pasado desde que el sector maderero había aparecido a la vista, y cada segundo ahogaba a Jacin en la ansiedad. Seguía viendo a esos soldados cargar el tanque de animación suspendida entre ellos como si llevaran un féretro. Trató de decirse a sí mismo que no era demasiado tarde. Seguramente habían puesto a Winter en el tanque porque creían que había una posibilidad de salvarla. Sin duda, el tanque retrasaría la enfermedad lo suficiente para mantenerla a salvo hasta que él llegara allí. Tenía que.

—Whoa, espera, espera…. ¡el muro!— Gritó Cinder, preparándose para el impacto.

Jacin se desvió en el último momento, inclinando el vehículo a su lado mientras él salía a lo largo de la curva exterior del domo. El holograma magnificó su destino –el muelle de entrada parpadeaba en la esquina de visión de Jacin. Él consideró su tiempo. Enderezar la nave, reducir la propulsión, alternar los cursores. Se movió hacia delante en contra del arnés mientras el vehículo reducía la velocidad.

Despacio.

Despacio.

Y descendió. Una roca cayó en picada desde un acantilado.

Cinder gritó.

El domo y el rocoso paisaje desaparecieron cuando las oscuras paredes de la cueva los rodearon. Jacin reanudó la energía automática y su descenso se apartó de un desafío mortal a uno gradual, llevándolos a un vuelo estacionario estable y controlado. Una iluminada pista de aterrizaje y una cámara de contención se abrieron ante ellos y Jacin llevó el vehículo a su interior.

—Nunca más me vuelvo a meter en un vehículo contigo— dijo Cinder, jadeando.

Jacin la ignoró, sus nervios todavía electrificaban, y no por la caída. Detrás de ellos, la puerta de retención se cerró de golpe, y se abrió otra puerta, una enorme bestia de hierro. Jacin condujo el vehículo hacia el frente, aliviado cuando no hubo ninguna señal de oposición que los detuviera.

El mapa holográfico cambió del diseño exterior de Luna a un mapa de ese puerto y los sectores circundantes. Jacin agarró los controles de vuelo, mentalmente trazando su ruta hasta la clínica donde Winter estaba esperando.

Este era el lugar donde se suponía que debían salir e ir el resto del camino a pie, arrastrando tantas bandejas de antídoto como les fuera posible hasta llevarlas a los sectores.

Rompiendo su atención de las coordenadas, observó las escaleras de evacuación de emergencia que llevaban a la superficie. Un letrero indicaba los domos más cercanos. LW-12 era el tercero en la lista, con una muy útil flecha que señalaba cual escalera los llevaría hasta ahí.

Jacin calculó. Su pulgar acarició el interruptor de encendido.

—Jacin— Cinder dijo, siguiendo su mirada. —No creo que podam…—

Su advertencia se disolvió en un grito.

Ella estaba equivocada. El todo-terreno se ajustaba a la escalera, y sólo rozó las paredes un par de veces mientras se elevaban hacia arriba y emergían por debajo del biodomo del LW-12. Para el momento en que se estabilizó, Cinder se había desplomado en el asiento del copiloto con una mano sobre sus ojos y la otra apretando fuertemente alrededor de la barra.

—Estamos aquí— dijo él, ajustando el holograma de nuevo. Los guió por debajo de las copas de los árboles hasta el borde exterior del domo, donde una sola calle de residencias y tiendas de artículos rodeaba el bosque.

Notó los débiles árboles primero, a continuación, las formas tambaleantes de personas.

Muchas personas.

Toda una multitud estaba reunida a la orilla del bosque. Fueron sorprendidos por las luces de neón de color amarillo del todo-terreno cuando surgieron de los tranquilos bosques. La multitud se retiró, haciendo espacio, o tal vez temiendo ser golpeados. Jacin colocó el vehículo en el suelo y cortó la energía.

Su dedo buscó el botón de salida.

—Espera—. Cinder buscó en medio de sus pies y atrajo dos viales de una rejilla que estaba asegurada allí.

—Ya no somos inmunes, tampoco— dijo ella, entregando una a él.

Cada uno de ellos se bebió el antídoto sin dudarlo. Jacin estaba abriendo el vehículo antes de que pudiera tragar. Hubo un silbido de aire cuando el techo como burbuja del todo-terreno se dividió por la mitad y se abría como una cáscara de nuez agrietada.

Desabrochando su arnés, Jacin se arrastró sobre la parte superior del vehículo, aterrizando en un parche blando de musgo. Cinder se arrojó no tan agraciadamente por el otro lado.

Jacin no había pensado mucho en ese momento. Sin duda había gente en este sector que necesita el antídoto, pero decirles que tenían paletas enteras de este podría conducir a una pelea.

Cogiendo un solo vial de una bandeja que estaba acomodada contra el piso de atrás, Jacin lo guardó en su palma y se dirigió hacia la multitud.

Había andado cuatro pasos cuando, de repente, no se estaba enfrentando una variedad de leñadores desaliñados, sino a un muro de lanzas, resorteras y un montón de palos.

Se congeló.

Había estado demasiado distraído como para darse cuenta de que estaban todos armados, o que habían estado practicando para un momento como este. Un hombre salió de entre la multitud, agarrando un palo de madera. —¿Quiénes so…?—.

No obstante el reconocimiento ya se estaba formando en sus ojos, cuando Cinder se tambaleó hasta el lado de Jacin. Ella levantó las dos manos, mostrando el enchapado metálico.

—No tengo forma de probarles que no estoy usando un glamour— ella comenzó, —pero soy la princesa Selene, y no estamos aquí para lastimarlos. Jacin aquí es un amigo

de la princesa Winter. Él es quien la ayudó a escapar del palacio cuando Levana trató de matarla—. Hizo una pausa. —La primera vez—.

—Ningún amigo nuestro tiene juguetes Artemisianos como ese— dijo el hombre, señalando con su palo al vehículo.

Jacin gruñó. —Ella no dijo que yo fuera amigo de ustedes. ¿Dónde está la princesa?—

—Jacin, no trates de ayudar—. Cinder le lanzó una mirada molesta. —Sabemos que la princesa Winter está enferma, junto con muchos de sus amigos y familiares—.

—¿Qué está pasando aquí?—.

Una cara familiar surgió de la multitud, con las mejillas empolvadas y sus rizos rojos colgando con suciedad.

Había círculos oscuros bajo sus ojos y una palidez poco saludable en su piel.

Scarlet se congeló. —¡Cinder!— Pero tan pronto como empezó a sonreír, la sospecha se deslizó en ella y levantó un dedo. —¿Dónde nos vimos, tú y yo, por primera vez?—.

Cinder vaciló, pero sólo por un momento. —En París, fuera de la casa de ópera. Lancé un tranquilizante a Lobo porque pensé que te estaba atacando—.

La sonrisa de Scarlet estuvo de vuelta antes de que Cinder terminara de hablar. Ella la jaló en un abrazo, luego maldijo y retrocedió. Media docena de soldados lobo la habían seguido a su paso y se acumularon a su alrededor como unos guardias de seguridad demasiado entusiastas. Se veían dóciles, por el momento, pero también como que podrían desgarrar en diez segundos a todas las personas en este grupo, si así lo decidían.

—Lo siento, no deberías estar aquí. Levana…—Scarlet comenzó a toser contra su brazo, casi doblándose por la fuerza de la inesperada tos. Cuando recuperó el aliento, había manchas oscuras de sangre en su manga. —No es seguro aquí— terminó ella, como si no fuera obvio.

—¿Winter está viva?— Dijo Jacin.

Scarlet se cruzó de brazos, pero no de una manera desafiante. Más quería ocultar la evidencia de la enfermedad. —Ella está viva— dijo Scarlet, —pero enferma. Muchos de nosotros estamos enfermos. Levana la envenenó con letumosis y se extendió rápidamente. Tenemos a Winter en un tanque de…—.

—Lo sabemos— Cinder dijo. —Trajimos el antídoto—.

Jacin levantó el vial que había agarrado del vehículo.

Los ojos de Scarlet se abrieron, y aquellos agrupados en torno a ellos se agitaron. Muchas de las armas habían bajado una vez que Scarlet y Cinder se abrazaron, pero no todas.

Jacin señaló con el pulgar por encima de su hombro. —Consigan algo de músculo para ayudar a vaciar el vehículo—.

—Y tomen una para ustedes mismos— añadió Cinder. —Debería ser suficiente para cada persona que se esté mostrando síntomas, y nos aseguraremos de racionar extras para cualquiera que todavía pueda ponerse enfermo—.

Exprimiendo el vial, Jacin se acercó a Scarlet y bajó la voz. —¿Dónde está ella?—.

Scarlet se volvió hacia los soldados que la rodeaban. —Déjenlo ver a la princesa. No le hará daño. Strom, vamos a organizar un equipo para distribuir el antídoto—.

Jacin había dejado de escuchar. A medida que la multitud se apartaba él pudo ver la luz del día reflejándose en el cristal del tanque de animación suspendida, y estaba listo para forzar su camino hacia ella.

Aquí, en el camino de tierra que separaba la indescriptible clínica médica del sombrío bosque, habían creado un santuario alrededor de ella. Pequeñas ramas entrecruzadas y ramas más grandes formaban un enrejado alrededor del metal en la base del tanque, ocultando la cámara que contenía todos los fluidos y productos químicos que le daban vida y que estaban siendo reciclados dentro y fuera de su sistema. Margaritas y flores de oro fueron esparcidas sobre la tapa de cristal, aunque muchas se habían deslizado y ahora cubrían el suelo que la rodeaba.

Jacin hizo pausa para disfrutar de la vista, pensando que tal vez Levana no estaba paranoica después de todo. Tal vez la gente realmente amaba lo suficiente a Winter como para que ella fuera una amenaza para la corona de su madrastra, a pesar de no tener sangre real.

El vial calentó en su palma. Todas las voces fueron amortiguadas en sus oídos, reemplazadas por el anillo metálico de la maquinaria del tanque, el zumbido constante del soporte vital, un pitido desde la pantalla que mostraba sus signos vitales.

Jacin deslizó el brazo por la tapa, dispersando las flores. Debajo del cristal, Winter parecía estar durmiendo, excepto por el líquido de preservación que le daba a su piel un tinte azulado, haciéndola parecer enferma y llamando la atención sobre las cicatrices en su rostro.

Después estaba el sarpullido. Crecientes anillos de carne oscura se encontraban dispersos a través de sus manos, brazos y cuello. Unos pocos habían aparecido en su barbilla y alrededor de las orejas. Jacin se enfocó otra vez en sus manos, y aunque era difícil notarlo por su piel morena y el líquido teñido, él pudo ver una sombra alrededor de sus uñas. La última marca fatal de la fiebre azul.

A pesar de todo, ella todavía lucía como la perfección, al menos para él. Su cabello rizado flotaba en gel del tanque y sus labios carnosos estaban entreabiertos. Era como si fuera a abrir los ojos y sonreír a él en cualquier momento. Esa bromista, tentadora e irresistible sonrisa.

—El tanque ha ralentizado sus sistemas biológicos, incluyendo la progresión de la enfermedad—.

Jacin levantó la mirada. Un anciano estaba de pie al otro lado del tanque con una máscara sobre la boca y la nariz. Al principio Jacin asumió que la máscara era para evitar contagiarse de la enfermedad, pero entonces vio los moretones que se arrastraban por debajo de las mangas del hombre y se dio cuenta que era para evitar que el mismo contribuyese a la diseminación.

—Pero no ha detenido la enfermedad por completo— agregó el hombre.

—¿Es usted un doctor?—.

Él asintió. —Si abrimos el tanque, y su antídoto no funciona, ella morirá, probablemente menos de una hora—.

—¿Cuánto tiempo vivirá si la dejamos ahí?—.

Los ojos del médico cayeron en el rostro de la princesa, después miró a la pantalla incrustada al pie del tanque. —Siento optimista, una semana—.

—¿Y siendo pesimista?—.

—Uno o dos días—.

Apretando los dientes, Jacin levantó el vial. —Este es el antídoto de los propios laboratorios de Su Majestad. Funcionará—.

Los ojos del hombre se estrecharon y miró más allá de Jacin. Volteándose, Jacin vio que Cinder y Scarlet le habían seguido, sin embargo estaban de pie atrás a una distancia respetuosa.

—Winter le confiaría a él su vida, — dijo Scarlet. —Yo digo que lo abramos—.

El doctor vaciló por un momento antes de moverse a los pies del tanque y teclear algunos comandos en la pantalla.

Jacin se tensó.

Tomó un momento notar alguna diferencia, pero entonces vio una burbuja de aire formarse contra el tanque de cristal cuando el líquido fue drenado en el fondo, con un sonido tranquilo al ser aspirado a través de alguna tubería invisible. El perfil de Winter emergió por encima del líquido teñido de azul. La diferencia era sorprendente, podía ver el rojo persistente en sus labios y el ocasional aleteo debajo sus párpados.

Ella no era un cadáver.

No estaba muerta.

Él iba a salvarla.

Una vez que el líquido se había drenado, el médico presionó la pantalla de nuevo y la tapa se abrió, deslizándose fuera de la base de carriles delgados, dejando el lecho poco profundo donde yacía Winter.

Su cabello, húmedo por el gel, se había asentado en grupos flácidos alrededor de su rostro, y su piel brillaba donde la luz le tocaba. Jacin tomó sus manos, enlazando sus dedos para así deslizar su propia palma debajo de la de ella. Su piel estaba resbaladiza y el tinte azul alrededor de sus uñas era obvio ahora.

El doctor comenzó a retirar las agujas y tubos de su cuerpo, las fuerzas de vida que habían mantenido su sangre oxigenada sin necesidad de respirar, que habían mantenido su cerebro y corazón funcionamiento mientras ella dormía en pacífico estasis. La mirada de Jacin siguió las hábiles y arrugadas manos del doctor, listo para empujar lejos al anciano si pensaba que estaba haciendo algo mal. Pero sus manos eran firmes y prácticas.

Lentamente, el cuerpo de Winter empezó a reconocer que ya no estaba siendo asistido. Su pecho comenzó a subir y bajar. Sus fríos dedos se movieron. Jacin puso el vial a un lado de su cuerpo y se dejó caer de rodillas en medio de las ramas y flores esparcidas. Colocó dos dedos sobre su muñeca. El pulso estaba allí, fortaleciéndose.

Su mirada regresó a su rostro, esperando el momento en que sus párpados se abrirían. Cuando ella estaría despierta y viva y, una vez más, completamente inalcanzable.

Él se estremeció. Todo era demasiado surreal, y él casi lo había olvidado. Winter, coronada con flores y descansando sobre un lecho de ramas. Ella todavía era una princesa, y él todavía era nada.

El recuerdo lo perseguía mientras esperaba. Memorizando su cara durmiente, la sensación de su mano en la suya, la fantasía de lo que sería seguir presenciándola dormir cada día.

Un paso resonó detrás de él, recordándole que tenían audiencia. La multitud empujaba, no tan cerca como para ser sofocante, dado que se le había olvidado que estaban allí en absoluto, pero más cerca de lo que le hubiera gustado.

Y aquí había estado él pensando en dormitorios y amaneceres.

Poniéndose en pie, Jacin agitó la mano a la multitud. —¿No tienen un levantamiento que planificar o ¿algo?—.

—Sólo queremos saber que ella está bien— dijo Scarlet. Sostenía un vial vacío en una mano.

—Ella está despertando— dijo el médico.

Jacin giró de nuevo a tiempo para ver sus pestañas contrayéndose.

El doctor tenía una mano en el hombro de Winter, la otra sostenía una pantalla sobre su cuerpo monitoreando sus sistemas. —Los órganos están reaccionando normalmente para el proceso de reanimación. Su garganta y pulmones estarán adoloridos por un tiempo, pero sugiero que sigamos adelante y le demos el antídoto ahora—.

Los ojos de Winter se abrieron, sus pupilas estaban dilatadas. Jacin se agarró del borde del tanque. —¿Princesa?—.

Ella parpadeó rápidamente un par de veces, como si tratara de sacudir los restos de aceite de sus pestañas. Se enfocó en Jacin.

Aunque trató de contenerlo, Jacin sonrió, abrumado por el alivio. Había habido tantos momentos en los que había estado seguro de que nunca volvería a verla.

—Hola, revoltosa— susurró.

Los labios de ella se estiraron en una sonrisa cansada. Su mano se topó con las paredes del tanque como si quisiera alcanzarlo, y Jacin la tomó y se la apretó. Con la otra mano, levantó el vial del antídoto.

Su pulgar desenroscó la tapa.

—Necesito que bebas esto—.

CAPÍTULO 74

Winter recordaba vagamente a Jacin ayudándola a sentarse e inclinando un frasco contra su boca y el derramamiento de un líquido sin sabor. Era difícil de tragar, pero ella apretó la mano de Jacin y obligó a los músculos de su garganta a cooperar. El mundo olía a químicos y su piel se sentía aceitosa y estaba sentada en una cama de algún tipo de gel viscoso.

¿Dónde estaba? Recordó las cuevas de regolito y a los soldados lobo, los taumaturgos y a Scarlet. Recordó a las personas y a los árboles. Recordó a una anciana mujer encorvada y una caja de caramelos.

— ¿Princesa? ¿Cómo te sientes?

Se dejó caer contra el brazo de Jacin. —Hambrienta.

—Bien. Te traeremos algo de comida —Era extraño verlo mostrando tanta preocupación. Por lo general, sus emociones estaban escritas en un código que no podía descifrar. Pero ahora él veía más allá de ella y preguntó: — ¿Qué dice?

Siguiendo la mirada, Winter vio a un anciano que llevaba una máscara y sostenía un portavisor. —Sus signos vitales están volviendo a la normalidad, pero es demasiado pronto para decir si esto es una consecuencia de haber sido despertada de estasis o por el antídoto.

Se le ocurrió a ella, como un rompecabezas desordenado que encajaba, que estaban afuera y rodeados de gente. Winter levantó la cabeza y un rizo de cabello húmedo se deslizó por encima de su hombro. Ahí estaba la vivaz Scarlet y allí estaban los soldados lobo que habían fallado al tratar de comerlos y habían muchos, muchos extraños, todos curiosos y preocupados y esperanzados.

Y allí estaba su prima, su mano de metal brillando.

—Hola, amigos —susurró ella, a nadie en particular.

Fue Scarlet la que sonrió por primera vez. —Bienvenida de nuevo, loca.

— ¿Cuánto tiempo antes de que sepamos a ciencia cierta si ha funcionado? —Preguntó Jacin.

El médico deslizó el portavisor de ida y vuelta por encima del brazo de Winter. Ella siguió el dispositivo, notando como parecía estar escaneando la erupción de granos y ampollas en su piel. —No debería tardar mucho.

Deslizando la lengua alrededor de su boca reseca, Winter levantó la mano hacia la falsa luz del día. Falsa ahora, pero no por mucho tiempo. Los rayos del sol se podían ver iluminando el horizonte. La salida del sol estaba sobre ellos.

La erupción era espesa sobre su piel, anillos de carne levantada apilados uno encima de otro, algunos a punto de estallar. Era horrible y grotesco.

Si sus pulmones estuviesen funcionando, podría haber reído.

Por primera vez en su vida, nadie podría decir que era hermosa.

Su atención quedó atrapada en un punto particularmente grande, tan grande como su pulgar, situado entre su muñeca y la base de su palma. Se estaba meneando. Mientras miraba, le crecieron pequeñas piernas y se arrastró por su brazo, esquivando a sus

hermanos como una carrera de obstáculos, deslizándose sobre la suave piel de la parte interna de su codo. Una araña gorda corriendo por encima de su carne.

—Winter.

Se sobresaltó. Scarlet se había acercado y estaba parada a los pies del tanque, brazos en jarras. Ella también tenía manchas oscuras, y aunque no habían tantas como las que Winter tenía, destacaban más en su pálida piel.

—El doctor te hizo una pregunta.

—No la regañes —dijo Jacin.

—No la mimes —espetó Scarlet.

Winter bajó la mirada para comprobar que el punto había regresado a su muñeca antes de mirar al doctor enmascarado.

—Me disculpo, Su Alteza. ¿Me permite tomar una muestra de su sangre?

Asintió y observó con interés mientras insertaba una aguja en su brazo y sacaba una muestra. Su planta de fabricación había estado ocupada mientras ella dormía.

Puso la muestra en un enchufe especializado en la orilla de su portavisor —Ah, y bebe esto —dijo, como si lo hubiese pensado después, señalando a un vaso de papel con un líquido de color naranja en el—. Debería ayudar con su garganta.

Jacin trató de sostener el vaso para ella, pero se lo quitó. —Me siento más fuerte —susurró.

Él no parecía aliviado.

—Sí. Excelente —dijo el médico—. Los patógenos parecen haber sido neutralizados. Su sistema inmune se está recuperando a un ritmo impresionante —Sonrió—. Creo que es seguro decir que el antídoto funcionó. Debería estar sintiéndose mucho mejor dentro de... oh, una o dos horas, creo, harán una diferencia notable, aunque puede tardar un par de días para que se sienta completamente como si misma de nuevo.

—Oh, no se preocupe —dijo Winter, su voz débil, incluso en su propia cabeza—. Nunca me siento del todo yo — Levantó su brazo—. ¿Voy a ser siempre un leopardo?

—Las manchas se desvanecen con el tiempo.

— ¿Van a dejar cicatrices?

Vaciló. —No lo sé.

—Está bien, Winter —dijo Scarlet—. Lo importante es que estás viva.

—No estoy triste por ello —Pasó un dedo sobre la carne levantada. Cuan extraño se sentía. Cuan imperfecta. Ella podía acostumbrarse a la imperfección.

—Eso lo prueba, entonces —dijo la Cinder, apareciendo al lado de Jacin—. El antídoto funciona. Necesito dos voluntarios para ayudar con el resto de la distribución. Cualquier persona que esté mostrando síntomas puede formar una línea por allá, si alguien tiene los dedos azules, se trasladan a la parte delantera de la línea. No se permite correr, y ayuden a las personas que sean demasiado débiles para ayudarse a sí mismos. Vamos a movernos —Aplaudió y la gente se apresuró a obedecer.

Jacin sacó algo de la suciedad del pelo de Winter, con la mirada ausente, como si no fuese consciente de lo que estaba haciendo. En respuesta, Winter alcanzó y tiró de un grupo de su propio cabello rubio.

— ¿Eres real? —Preguntó.

Sonrió, pero sólo un poco. — ¿Parezco real?

Ella sacudió su cabeza. —Nunca —Su atención se lanzó a la multitud—. ¿Selene tuvo su revolución?

—Aún no. La coronación es esta noche. Pero estamos... —Se detuvo—. Cosas están sucediendo.

Ella se mordió el labio, luchando contra la decepción. Esto no había terminado. Todavía no habían ganado.

— ¿Hay algún lugar al que podamos ir para quitarle esa cosa de encima? —Preguntó Jacin.

—Hay dos baños dentro de la clínica, uno al final de cada pasillo —dijo el doctor.

Recogiendo a Winter en sus brazos, Jacin la cargó dentro de la clínica. Ella metió la cabeza debajo de su barbilla, a pesar de que estaba dejando un pegote viscoso por todo su cuerpo. Se sentía bien estar juntos, por un momento, al menos.

Encontró el baño, que contenía un inodoro y un lavabo grande utilitario y una bañera profunda. Jacin se detuvo en la puerta, examinando sus opciones con una mirada infeliz.

—Tu cara está lastimada —Ella frotó un nudillo contra la herida—. ¿Estuviste en una pelea?

—Thorne me golpeó —Sus labios se torcieron—. Pero supongo que me lo merecía.

—Te hace parecer muy rudo. Nadie sospecharía nunca que no eres más que un ganso amable en el interior.

Resopló y le sostuvo la mirada. De repente ella sentía los latidos de su corazón, pero que no sabía si estaba latiendo más fuerte, o si ella acababa de entrar en sintonía con él en ese momento. Comenzó a sentir vergüenza.

La última vez que había visto Jacin, lo había besado. Había confesado su amor por él.

Se sonrojó. Perdiendo su valor, apartó la mirada primero. —Puedes ponerme en la bañera. Estoy lo suficientemente fuerte como para lavarme.

De mala gana, la sentó en el borde de la bañera de metal y comenzó a jugar con los controles del agua. El agua tenía un olor sulfúrico. Cuando la temperatura fue la correcta, buscó en un armario y encontró una botella de jabón líquido. La colocó donde pudiera alcanzarla.

Winter tiró de su pelo, reuniendo a un puñado de mugre con aroma a productos químicos en su palma. —Tu no ves la enfermedad cuando me miras.

Sumergiendo los dedos en la bañera, Jacin ajustó la tromba de agua de nuevo. Ayudó Winter con una mano mientras giraba en el borde de la bañera y sumergía sus pies en el agua.

— ¿Alguna vez he visto la enfermedad cuando te miraba?

Ella sabía que estaba hablando del mal Lunar, no una plaga de ingeniería. La enfermedad en su cabeza venía con sus propias cicatrices.

Cicatrices, cicatrices. Ella estaba llegando a tener tantas. Se preguntó si estaba mal estar orgullosa de ellas.

— ¿Cómo se siente? —Preguntó Jacin, y le llevó un momento darse cuenta de que estaba preguntando por el agua.

Inspeccionó la base picada de viruelas, oscurecida de la bañera y el agua turbia. — ¿Voy a bañarme completamente vestida?

—Sí, lo harás. No te voy a dejar sola.

— ¿Debido a que no puedes soportar separarte de mí? —Agitó sus pestañas hacia él, pero la sugerencia de las burlas fue rápidamente reemplazada con una realización—. ¿O porque crees que tendré una visión y me ahogaré?

— ¿No pueden ser ambas? Vamos, deslízate dentro.

Sostuvo su cuello mientras él la bajaba al agua, solo a pocos grados por encima de tibia y escociendo su piel en carne viva. Una película aceitosa subió a la superficie del agua.

—Voy a buscar un lavado…

Jacin se pausó, pegado en su lugar cuando los brazos no se desenrollaron de su cuello. Estaba arrodillado en el otro lado de la bañera, con los codos sumergidos en el agua.

—Jacin. Lamento ya no ser bonita.

Una ceja levantada y parecía que podría reír.

—Lo digo en serio —Su estómago se apretó con tristeza—. Y siento que tengas que preocuparte por mí todo el tiempo.

Su casi-sonrisa se desvaneció. —Me gusta tener que preocuparme por ti. Me da algo en lo que pensar durante esos largos y aburridos turnos en el palacio —Inclinando su barbilla hacia abajo, Jacin presionó un beso sobre la parte superior de la cabeza de Winter. Sus brazos se apartaron de él.

Se puso de pie, dándole una ilusión de privacidad mientras buscaba más toallas.

— ¿Seguirás siendo un guardia real después de que Selene se convierta en la reina?

—No lo sé —dijo, lanzándole una toallita—. Pero estoy bastante seguro de que mientras seas una princesa en necesidad de protección, estarás atascada conmigo.

CAPÍTULO 75

Había aumentado el calor en la cabina y la pierna izquierda de Cress se estremecía de la poca sangre que le circulaba cuando finalmente se forzó a sí misma a moverse. No quería. Incómoda como era la cabina, se sentía a salvo, y estaba convencida de que al momento que se moviera alguien le iba a disparar.

Pero no podía quedarse ahí por siempre, y el tiempo no se iba a mover más despacio para acomodarse a su falta de coraje. Limpiando su nariz con la falsa ala de la mariposa se obligó a sí misma a empujar la puerta.

La luz del pasillo la cegó y Cress se encogió, escondiéndose tras su brazo. Se encontraba agotada por las emociones mientras caminaba fuera de la cabina, escudriñando cada rescoldo del salón de los sirvientes.

Su ojo captó una mancha de sangre no lejos de la alacena. Thorne. Vaciló e intentó borrar la imagen de su memoria antes de que la paralizara. Cress golpeó su pierna para volverla a la vida y se levantó despacio. Escuchó detenidamente, pero no oyó nada más que máquinas distantes y el zumbido de la calefacción y los sistemas de agua trabajando en las paredes.

Endureciéndose, revisó que el chip estuviera aun escondido en su vestido antes de tomar el arma. La antena había se había caído de nuevo y los dejó en el borde del gabinete.

Su estómago estaba liado y su corazón hecho girones, pero se las arregló para volver al corredor que Thorne había mencionado. Se detuvo en la esquina, echó una mirada alrededor y retrocedió, su corazón saltaba sobre su caja torácica.

Un guardia estaba ahí.

Debía haberlo esperado. ¿Estarían ahora todos los elevadores bajo vigilancia? ¿También las escaleras?

La desesperanza penetró en sus delirantes pensamientos. La estaban buscando, y ella era vulnerable sin Thorne. No podía hacerlo sola. Sería capturada, aprisionada y asesinada e iban a matar a Thorne y Cinder fallaría y todos ellos…

Cerró los puños sobre sus ojos, presionándolos hasta que sintió disminuir el pánico.

Se valiente, había dicho Thorne.

Tenía que ser valiente.

Apenas atreviéndose a respirar por el miedo de llamar la atención, trató de buscar una manera diferente de llegar al cuarto piso.

Unas pisadas se aproximaban. Tembló tras una estatua con un brazo perdido y se cerró en una bola.

Sé valiente.

Tenía que enfocarse. Tenía que pensar.

La coronación empezaría pronto. Debía llegar al centro de control antes de que terminara, y estaba relativamente segura de que no iba a hiperventilar. Cress levantó la cabeza e inspeccionó alrededor de la estatua. La sala no era muy grande, pero estaba

repleto de pertrechos, de gabinetes y pinturas enmarcadas, alfombras enrolladas y cubetas limpias.

Formándose una idea, usó la pared como soporte mientras se levantaba y dio algunos pasos lejos de la estatua. Se endureció, corrió a la estatua y empujó su hombro hacia ella tan fuerte como pudo.

Su pie se deslizó por el esfuerzo y aterrizó fuerte contra una rodilla, apretando los dientes en un gruñido. Cress cubrió su cabeza al tiempo que la estatua caía sobre ella, golpeándola en la cadera antes de estrellarse contra el suelo. Ahogó un grito de miedo con los nudillos, pero se forzó a sí misma a cojear de regreso hacia la cabina del elevador, arrastrándose tras una pila de alfombras.

No pasó mucho tiempo antes de que el guardia fuera corriendo, pasó como dardo por el espacio en el que Cress se escondía. Ella corrió tan rápido como pudo hacia el elevador abandonado. Un grito de sorpresa hizo eco detrás de ella. Colisionó contra la pared y punzó su dedo contra el botón de llamada. La puerta se abrió.

Tropezó adentro.

—Puerta, ciérrate.

La puerta empezó a deslizarse.

Una pistola abrió fuego. Cress gritó al tiempo que una bala se enterraba en la pared detrás de ella. Otro silbido en las puertas antes de que estas quedaran completamente cerradas.

Calló contra la pared y gimió, presionando su mano contra su cadera adolorida. Ahora podía decir que iba a quedarle un enorme moretón.

El elevador comenzó a elevarse y advirtió tras un momento que todavía no seleccionaba un piso. Sin duda, el guardia abajo estaría monitoreando para saber en qué piso se detenía de todas maneras.

Tenía que pensar estratégicamente. Tenía que pensar como una mente criminal.

Cress trató de prepararse a sí misma para enfrentar cualquier cosa que se le pusiera enfrente cuando las puertas se abrieran de nuevo. Más guardias, más armas. Más corredores sin fin y escondites desesperados.

Exprimiéndose los ojos cerrados, luchó por recordar la imagen del mapa de palacio que había estudiado en la mansión. Pudo guardar el techo del trono fácilmente, situado al centro del palacio, su balcón y el lago debajo. El resto llegó a ella al concentrarse. Los cuartos privados de los taumaturgos y la corte, el salón de banquetes, salones de paso y oficinas. Un salón de música, una biblioteca.

Y el sistema de control de la reina, incluido el salón de transmisión, donde la corona grababa su propaganda en confort y comodidad.

El elevador paró en el tercer piso. Temblando, Cress escondió el arma entre los pliegues volantes de su falda. Las puertas se abrieron.

Una multitud de extraños se detuvo frente a ella. Cress chilló. Sus pies clamaban por echarse a correr y su cerebro le gritó que se escondiera, pero no había espacio para desaparecer allá adentro. Los ojos de los hombres y las mujeres la contemplaron con desprecio y suspicacia. Los que estaban más cerca del elevador vacilaron, como si

consideraran esperar el siguiente. Pero entonces una persona refunfuñó algo, enfiló hacia dentro y los demás la siguieron.

Cress presionó su espalda contra la pared más lejana, pero los cuerpos no llegaron a estrujarse. A pesar de lo lleno que estaba el elevador, cada uno se preocupaba por no colocarse muy cerca de ella.

Su ansiedad comenzó a disminuir. Estas personas no eran lunares. Eran los invitados de la Tierra y, juzgando por su atuendo formal, se dirigían a la coronación.

La última cosa que quería era quedar atrapada en una multitud de gente que iba a la coronación.

Al tiempo que las puertas se cerraban, Cress se aclaró la garganta.

—Discúlpenme, pero quisiera bajarme aquí.

Se deslizó entre la gente, su falda arrugada quedaba capturada entre los finos trajes y los vestidos. Y a pesar de los seños fruncidos que le dirigían, agradablemente se separaron de ella.

Porque pensaban que era Lunar. Una lunar real, con la habilidad de manipularlos, no sólo un caparazón.

—Gracias —murmuró para la persona que había detenido las puertas para evitar que se cerraran. Se deslizó hacia el banco del elevador, el pulso incontrolable.

Otro hermoso salón. Más vistas sorprendentes. Una docena de pedestales mostrando estatuas y jarrones. Cress se encontró a sí misma anhelando el tosco interior de la Rampion.

Se ocultó tras una pared y se esperó hasta que estuvo segura de que el elevador se había ido antes de llamar uno nuevo. Necesitaba subir un piso más. Debía encontrar unas escaleras, o volver al salón de los sirvientes. Se sentía muy expuesta en el exterior.

Un repiqueteo anunció la llegada del nuevo elevador, y Cress se asustó, colocándose fuera de visión. Cuando las puertas se abrieron, se llenó de risitas y Cress contuvo el aliento hasta que las puertas volvieron a cerrarse.

Ante el sonido de voces que venían de su izquierda, Cress dio vuelta a la derecha. Pasó una serie de puertas negras, su oscuridad contrastaba bruscamente con las blancas paredes. Cada una estaba marcada con un nombre y filiación escrito en letras doradas. REPRESENTANTE MOLINA, ARGENTINA, REPÚBLICA AMERICANA. PRESIDENTE VARGAS, REPÚBLICA AMERICANA. PRIMER MINISTRO BROMSTAD, FEDERACIÓN EUROPEA. REPRESENTANTE OZBËK, PROVINCIA DE RUSIA DEL SUR, FEDERACIÓN EUROPEA.

Una puerta se abrió y dio paso a una mujer con el cabello rubio grisáceo y un vestido marinero que bajaba hasta el suelo, Robyn Gliebe. Oradora de la casa australiana. Cuando Cress trabajaba para Levana, había pasado horas escuchando los discursos de Gliebe respecto a acuerdos comerciales y disputas laborales. No habían sido horas muy emocionantes.

Gliebe se detuvo, sorprendida de ver ahí parada a Cress, quien escondió el arma tras su espalda.

—¿Puedo ayudarte? —dijo. Afirmándose a sí misma con ojos escrutadores.

Por supuesto, Cress tenía que correr hacia el {único diplomático de la Tierra que no se sentía intimidado por una astuta chica lunar que rondaba por su ala.

—No —dijo Cress, moviendo su cabeza en señal de disculpa. —Usted me sorprendió, eso es todo —pasó junto a la mujer bajando los ojos.

—¿Deberías estar aquí?

Vacilando, Cress echó un vistazo hacia atrás.

—¿Perdón?

—Su majestad garantizó que no seriamos importunados durante nuestra estancia. Creo que deberías irte.

—Oh, yo… Tengo que enviar un mensaje. Sólo será un minuto. Siento haberla importunado.

Cress huyó hacia atrás, pero la mujer se mostró persistente, entornando las cejas y frunciendo el seño, dio un paso adelante y le tendió la mano.

— ¿Para quién es el mensaje? Veré que él o ella lo reciban.

Cress se quedó mirando la palma abierta, blanda y arrugada.

—Es… confidencial.

La mujer frunció los labios.

—Bueno, me temo que si no te vas inmediatamente, tendré que llamar a uno de los guardias para confirmar tu historia. Se nos prometió privacidad y yo no…

—¿Crees?

Su corazón hipó.

Kai.

Él permanecía parado ahí, parpadeando, como si pensara que podía ser un truco.

Un océano de alivio chocó en Cress, casi noqueándola. Se abrazó a sí misma con una mano en la pared.

—Kai —sacudiéndose corrigió. —Quiero decir, emperador, su majestad.

Realizó una reverencia nerviosa.

Kai miró a la oradora.

—Gliebe – daren ¿No has bajado aún?

—Estaba de camino —dijo la mujer, y aunque Cress no advirtió su mirada, sí pudo sentir su descontento. —Pero vi a esta chica y… como usted sabe, se nos garantizó nuestra privacidad en este piso y yo pienso que no debería…

—Está bien —dijo Kai. —Conozco a la chica, me encargaré de esto.

Cress estudiaba el piso, escuchando el sonido de la falda de tafetán.

—Con todo respeto, su majestad, ¿Cómo puedo estar segura de que no lo está manipulando a usted para que se quede con ella?

—Con todo respeto —dijo Kai, exhausto. —Si ella quisiera manipular a alguien, ¿No la hubiera manipulado a usted para que la dejara sola en el lugar?

Cress se mordió el interior de la mejilla, mientras un momento incómodo se extendía entre ellos.

Finalmente la mujer cedió.

—Por supuesto, usted debe saberlo mejor. Felicidades por su próxima coronación.

Los pasos de la mujer se dirigieron hacia el banco del elevador. Cuando se fue, Cress esperó tres segundos antes de lanzarse a los brazos de Kai con un sentimiento que ni siquiera sin notar había estado guardándose.

Kai vaciló por la sorpresa, pero regresó el abrazo, permitiéndole llorar sobre su muy fina camisa de seda.

El consejero hizo un ruido estrangulado y Cress sintió cómo la pistola se deslizaba de su mano. Se sintió feliz de abandonarla.

—Cálmate —dijo Kai, acariciándole el cabello. —Estás bien ahora.

Ella sacudió la cabeza.

—Tienen a Thorne. Le dispararon y se lo llevaron, y no sé si está vivo y no sé… no sé lo que le van a hacer.

Cress se dio por vencida de hablar hasta que el flujo de sollozos comenzó a disminuir. Agachando su cabeza, Cress hizo las manos hacia atrás y golpeó con fuerza sus mejillas calientes.

—Lo siento —se sorbió. —Lo siento, es sólo que… me alegra tanto, tanto verte.

—Está bien. —Kai separó a Cress gentilmente para poder verle su rostro. —Empieza desde el principio ¿Por qué estás aquí?

Cress intentó domar la estampida de emociones cuando vio la macha de humedad que había dejado en su camisa.

—Oh, por las estrellas. Lo siento. —dijo golpeándolo con las uñas.

Él la sacudió un poco.

—Está bien, Cress. Mírame.

Ella lo miró, frotándose los ojos con las muñecas de nuevo. A pesar de la mancha que le había dejado, Kai lucía terriblemente apuesto en su túnica color crema. Iba todo cubierto con ranas doradas y una faja a rayas con los colores de la bandera de la comunidad del este: verde espuma de mar, verdeazul y naranja puesta de sol.

Si la faja hubiera sido roja, habría sido una réplica exacta del ajuar que usaba cuando Cinder y los demás lo habían secuestrado.

Pero no. El ya estaba casado. Ahora era esposo de Levana, el hombre que estaba en camino de ser coronado rey consorte de Levana.

Su atención pasó al lado. El consejero real Konn Torin usaba un simple smoking negro y Cress pudo sentir su preocupación a pesar de la compostura que mostraba. Sostenía

el arma entre dos dedos y se miraba tan cómo con ella como la propia Cress lo había estado.

—¿Cress? —dijo Kai, robando su atención de nuevo.

Cress se lamió los labios.

—Se suponía que Thorne y yo debíamos llegar al centro de control de sistemas, pero fue capturado. Ellos dijeron algo sobre llevarlo a una celda de captura, pero huí y yo ahora…

—¿Por qué intentas llegar al centro de control?

—Para transmitir otro video que Cinder grabó. Muestra a la reina… ¡Oh, tú probablemente no sabes que Cinder está viva!

La expresión de Kai se congeló por un momento, antes de inclinar la cabeza y quedarse así un rato. Sus ojos tenían un nuevo brillo cuando miró a Konn Torin, pero el consejero miraba a Cress, reacio aun a creerle.

—Cinder está viva —se repitió a sí mismo Kai. —¿Dónde está?

—Está con Iko y Jacin y… es una larga historia —arrugando su rostro hacia arriba, Cress sintió el peso del tiempo presionándola. Empezó a hablar más rápido. —Jacin iba a ver si podía encontrar el antídoto de la letumosis para distribuirlo en otros sectores, porque un montón de gente está enferma, incluida la princesa Winter y Scarlet también. Oh, y Levana tiene a Lobo, y no sabemos dónde está, y ahora tienen a Thorne.

Cress escondió la cara detrás de sus manos, en un esfuerzo por evitar arruinar la camisa de Kai más de lo que ya lo había hecho.

Kai le frotó los brazos, pero incluso en este gesto de simpatía Cress podía darse cuenta de que estaba distraído.

Konn Torin se aclaró la garganta. Cress bajó las manos y encontró que le ofrecía un pañuelo. Lo extendía a la longitud de su brazo, como si Torin temiera que su histeria saltaría hacia él si se colocaba más cerca.

Cress tomó el pañuelo y lo acercó a su nariz.

—Gracias.

—¿Qué necesitas?

Ella volvió su atención a Kai.

—Rescatar a Thorne —dijo, sin pensarlo mucho. Pero entonces recordó las últimas palabras que le había dedicado. Sé valiente. Tragó. —No, yo… necesito llegar al centro de control. Necesito reproducir este video sobre el sistema de radiofusión de Levana. Cinder cuenta con eso.

Kai se pasó la mano por el cabello. Cress vaciló, como si él hubiera pasado de ser un limpio y ordenado a un adolescente con ese único movimiento. Pudo ver su indecisión. Cuántos deseos tenía de ayudar, en contraste con el daño que podía causarle su participación a su país.

Cress sintió el tiempo que se iba.

—Su majestad.

Kai asintió a su consejero.

—Lo sé. Probablemente enviarán un comité de búsqueda si no me dejo ver pronto, pero sólo necesito un momento… para pensar.

—¿Qué es lo que hay que pensar? —dijo Torin. —Usted le preguntó a esta jovencita lo que necesitaba, y ella le dio una respuesta concienzuda. Todos sabemos que va ayudarla, entonces todo parece indicar que es una pérdida de tiempo argumentar los pros y contras de tal decisión.

Cress jugueteó con sus guantes, sintiendo que las alas de las mariposas rozaban sus brazos. El consejero los miró por igual dura y bondadosamente, al tiempo que le alcanzaba de nuevo el arma.

Cress se estremeció.

—Puede conservarla si quiere.

—No —dijo Torin. —Incluso cuando intento ponerme a mí mismo en una situación en la que podría necesitarla.

Con una expresión de resignación Cress la tomó de nuevo. Pasó un momento preguntándose dónde podía guardarla, pero su ajuar no le ofrecía grandes soluciones.

—Aquí. —Torin se quitó la chaqueta del smoking y se la pasó.

Vacilando, Cress escuchó la voz de Iko en su cabeza, ¡eso no combina para nada!, antes de hacerla de lado y permitiéndole ayudarla con las mangas. Nadaba en la chaqueta, pero aun así se sintió más serena, menos vulnerable.

—Gracias —dijo. Encontró un bolsillo interno y deslizó el arma dentro con enorme sentimiento de alivio.

—Se espera que su Majestad esté en el salón principal en dos minutos —entonces volvió su atención a un desconcertado Kai. —Tengo confianza en que podré demorarlos al menos quince más.

CAPÍTULO 76

Kai no estaba seguro de si él o Cress llevaba la ventaja mientras corrían por los pasillos desiertos, sus pasos se escuchaban fuertes y enérgicos. Cuando Cress comenzó a quedarse atrás, luchando por mantenerse a la par, se obligó a frenar su ritmo.

—Vamos a tratar de lograr esto sin armas—, dijo, como si hubieran estado hablando de ello, a pesar de que casi no habían hablado desde su separación con Torin.

—Vamos a hacer esto diplomáticamente. O... al menos, escondernos. Si podemos.

—No tengo ningún problema con eso—, dijo Cress. —Sin embargo, no creo que por el hecho de que eres el emperador y de que estés a punto de convertirte en su rey, vayan a dejar de poner el vals en su sala de radiodifusión y empezar a tocar violín.

Cada puerta que pasaron tenía un diseño diferente tallado en la madera. Una bella mujer sosteniendo un conejo de orejas largas. Un hombre con cabeza de halcón con una media luna en equilibrio sobre la cabeza. Una niña vestida con el manto de un zorro y que llevaba una lanza de caza. Kai sabía que eran símbolos de la luna y su importancia en los cultivos de la tierra, muchos de ellos perdidos y olvidados. Incluso Kai reconocía su importancia.

Giraron hacia otro pasillo y pasaron sobre un puente colgante de cristal. Una corriente de plata pasó bajo sus pies.

—Tienes razón, —dijo Kai, —pero creo que puedo al menos conseguir entrar. Dudó, antes de añadir, —Cress, no voy a ser capaz de quedarme. Si estoy ausente por mucho tiempo, Levana sospechara, y esa es la última cosa que necesitamos en este momento. Entiendes, ¿verdad?

—Entiendo.

Ella bajó la voz, aunque los pasillos estaban vacíos, todos los huéspedes, todos los guardias, todos los del servidor estaban en la espera que la coronación empezara.

—Sospecho que las cerraduras de las puertas estarán codificadas. El plan era hackearlas, pero Thorne se llevó el dispositivo con él...

Kai desenganchó el dispositivo de su cinturón.

— ¿Puedes usar el mío?

Se quedó mirando el dispositivo.

— ¿No lo...necesitas?

—No es como si lo fuera a usar. No podría llevarlo a la ceremonia, de todos modos. Están prohibidos todos los dispositivos de grabación.

Él puso los ojos en blanco y le entregó el puerto a ella. A pesar de que una vez había sentido que era como renunciar a uno de sus miembros, se había acostumbrado a estar sin él después de que Levana se lo confiscara. Además, una parte de él se sentía emocionada con el conocimiento de que estaba ayudando a socavar a la reina.

— ¿Cómo sabes hacia dónde vamos? —, Preguntó Cress, metiendo el puerto en uno de los bolsillos de la chaqueta de Torin.

Kai frunció el ceño.

—Tuve la gran experiencia de participar en uno de sus videos de propaganda hace un tiempo.

Cuando se acercaban al ala del palacio del lado opuesto del lago de la gran sala, donde se estableció que la coronación se realizaría y que había empezado, oh, hace seis minutos, Kai levantó una mano, haciendo que pararan.

—Espera aquí—, susurró, sosteniendo un dedo en los labios.

Cress se apretó contra una pared. Ella se veía pequeña, aterrorizada y tonta en esa falda naranja esponjada, un instinto caballeresco le dijo a Kai que no debería abandonarla aquí, de todos los lugares. Pero él empujó hacia abajo aquel sentimiento, recordándose que ella también era el genio que iba a apagar todo el sistema de seguridad de Nuevo Beijing Palace.

Enderezando su faja, Kai dio la vuelta a la esquina. Esta ala estaba sellada, por lo que sabía Kai, sólo había una puerta de entrada y salida. Como era de esperar, un guardia estaba parado frente a la puerta en silenciosa atención. El mismo guardia, pensó Kai, que había estado de guardia cuando Levana lo había arrastrado aquí antes. Los ojos del guardia se estrecharon al ver a Kai en su túnica de seda blanca.

—Esta área no está abierta al público—, dijo en un tono aburrido.

—Apenas si soy "público". —Kai se metió las manos en los bolsillos, tratando de parecer casual y desafiante. —Creo que las insignias de coronación se encuentran en esta ala, ¿verdad?

El guardia miró con recelo.

—Me han enviado por el Broche de... Eterna luz de las Estrellas. Estoy seguro de que comprenderá que estoy bastante corto de tiempo.

—Estoy seguro de que está acostumbrado a salirse con la suya en la Tierra, emperador, pero no se le permitirá pasar más allá de estas puertas, para ver las joyas de la corona, no a menos, sin la documentación oficial de la reina.

—Lo entiendo, y tendría con mucho gusto la documentación si Su Majestad no estuviera en este mismo momento en el ala opuesta del palacio, vestida con el atuendo completo de coronación, el cual ya ha sido ungido con una mezcla de aceites sagrados de la Comunidad del Este con el fin de purificarla para la ceremonia en la que se convertirá en emperatriz de mi país. Así que estoy sólo un poco preocupado por el momento, y necesito encontrar ese broche antes de que la ceremonia se retrase aún más de lo que ya está.

— ¿Crees que soy un idiota?

—Estoy empezando a pensarlo, en realidad. Sólo un idiota atrasaría la coronación de Su Majestad. ¿Le gustaría que fuera con ella ahora y le explicara cómo no podemos continuar debido a su obstinación?

—Nunca he oído hablar de este…Broche de la eterna luz de las estrellas.

—Por supuesto que no. Fue diseñado específicamente para representar una alianza entre la Luna y la Tierra, fue forjado por uno de los grandes antepasados de la reina hace más de un siglo. Por desgracia, como es de su conocimiento, no ha habido una alianza entre nosotros por el momento, por lo que el broche no ha sido necesario. Hasta esta noche, y el tarado que estaba a cargo de la preparación de la joya se olvidó de él.

— ¿Y le enviaron a recogerlo? ¿No debería estar también siendo ungido con aceites ahora mismo?

Kai dejó escapar una respiración lenta y se atrevió a ponerse al alcance del brazo de guardia.

—Desafortunadamente, parece ser que soy la única persona en esta pequeña Luna que tiene alguna idea de cómo se ve el broche. Ahora, al final de esta noche, voy a ser su rey, y si quiere tener todavía trabajo mañana por la mañana, le sugiero que me deje pasar.

La mandíbula del guardia apretó. Aún no se movía.

Kai alzó los brazos.

—Por las Estrellas, no le estoy pidiendo que abra la puerta, cierre los ojos y cuente hasta diez. Obviamente, vendrá conmigo y se asegurara que no robe nada. Pero el tiempo se está acabando. Ya estoy diez minutos tarde. ¿Tal vez le gustaría venir con su Majestad y explicarle él porque del retraso?

Con un resoplido, el guardia dio un paso atrás y abrió la puerta.

—Está bien. Pero si toca alguna otra cosa que no sea este supuesto broche suyo, voy a cortarle la mano.

—De acuerdo.

Kai puso los ojos en blanco de una manera que esperaba que indicara una falta total de preocupación, siguió al guardia. No es que el guardia tuviera que ir muy lejos de su puesto, a la bóveda que albergaba las joyas de la corona, cuando no estaban siendo utilizados para una coronación, se dirigió inmediatamente hacia la izquierda, detrás de una gran puerta se encontraba la bóveda.

Kai apartó la vista mientras el guardia digitaba un código en una pantalla y escaneaba sus huellas dactilares, luego, giro el mecanismo de desbloqueo. La puerta, se abrió, era tan gruesa como el cráneo del guardia. La bóveda estaba forrada en terciopelo y focos que brillaban sobre pedestales vacíos. La mayoría de las coronas, cetros y orbes, que por lo general permanecían allí ya estaban abajo en el gran salón. Pero tampoco se puede decir que estuviera vacía.

Kai tomó una respiración profunda y empezó a dar vueltas por la bóveda. Inspeccionando cada anillo, vaina, corona, y brazaletes, todas las piezas que la corona lunar había recogido en los últimos años para ser utilizados en una variedad de ceremonias, estaban allí. La mayoría de ellas, Kai sabía, habían sido regalos de la Tierra hace mucho, mucho tiempo. Una muestra de buena voluntad, antes de que la relación entre la Tierra y la Luna fuera cortada.

Oyó unos pasos acolchados fuera de la puerta de la bóveda, pero no se atrevió a mirar hacia arriba.

— ¡Aquí! —, Gritó, dándole la espalda al guardia, su corazón se alojó en su garganta, mientras se imaginaba a Cress corriendo por la puerta. Se puso el medallón en su bolsillo, Iko se lo había dado a bordo del Rampion, en lo que parecía hace mucho tiempo. Frotó el pulgar sobre la insignia deslustrada y las palabras casi desvanecidas. El 86º Regimiento de la República Americana espacial.

—Lo encontré—, dijo, sosteniendo el medallón de modo que el guardia pudiera ver que estaba sosteniendo algo sin conseguir una muy buena mirada en ello. Cress había desaparecido, y Kai no estaba fingiendo su alivio cuando dijo:

— ¡Menos mal! Grandioso. No podríamos haber continuado la coronación sin esto. Su Majestad estará encantada. Voy a ver si puedo conseguirle un ascenso, ¿de acuerdo?

Golpeó al guardia en el brazo.

—Creo que eso es todo, entonces. Gracias por su ayuda. Será mejor que vuelva rápidamente.

El guardia gruñó, y Kai sabía que estaba cualquier cosa menos convencido de ello, pero no importaba.

Cuando él y el guardia volvieron a la entrada en el pasillo, Cress ya no estaba.

* * *

Cress corrió alrededor de la primera curva y apoyó la espalda contra la pared, con el corazón en la garganta. Esperó hasta que escucho al guardia cerrar la puerta de la bóveda, entonces empezó a correr, esperando que el ruido del mecanismo de bloqueo de la bóveda cubriera el sonido de sus pasos.

Recordó esta sala cuando Sybil la había traído antes, era fácil de encontrar la puerta del centro de control una vez vislumbrara los soportes. Se deslizó y vacilante probó la manija. Se sintió aliviada al encontrarla cerrada, una buena indicación que no había nadie en su interior. Había estado segura que el personal de seguridad habría dejado una unidad en una de las salas de control satelital más cercana a la gran sala, este habría sido el procedimiento durante los eventos importantes cuando había trabajado para Sybil, pero ahora no estaba muy segura de ello. El arma, que pesaba en el bolsillo de la chaqueta de Torin, no ofrecía ninguna comodidad en absoluto hacia que tuviera que hacer mucho más esfuerzo.

Cress se agacho en cuclillas ante el panel de seguridad y saco el dispositivo de Kai. Desenrollo el cable conector universal. Tardó veinte y ocho segundos en entrar en la habitación, lo que era una eternidad, pero se distrajo, escuchando atentamente cada ruido lejano. El sudor serpenteaba por su espalda en el momento en que escuchó la puerta abrirse. Su respiración era temblorosa, pero aliviada. No había nadie en el interior. La puerta se cerró detrás de ella.

La adrenalina en Cress bombeaba como combustible para aviones a través de sus venas mientras examinaba la habitación. Estaba rodeada de pantallas, hologramas y computadoras, la familiaridad de todo esto hizo que el nudo en su estómago se aflojara. Por instinto y hábito. Formó una lista de verificación en su mente.

La habitación era grande, pero llena de mesas y sillas, paneles y equipos que cambiaban de imágenes de vídeo de los sectores exteriores al mapa de transporte subterráneo que alimenta la vigilancia de las diferentes secciones del palacio. Accedió a una habitación de grabación separada por una puerta insonorizada. Las luces y los equipos de grabación rodeaban una réplica del trono de la reina. Un gran velo cubría una cabeza de maniquí y ante la visión Cress sintió un escalofrío recorrer su espalda. Sentía como si la estuviera observando.

Se apartó del maniquí y se acomodó en una de las sillas del controlador. Saco la pistola del bolsillo de la chaqueta junto con el dispositivo y los puso sobre la mesa, para así

tener fácil acceso a ellos. Sintió la presión del tiempo tan agudamente como Kai lo hacía. Ya había desperdiciado demasiado de él. Besar a Thorne en el atrio. Esconderse en ese gabinete. Ir dentro y fuera de los pasillos como un conejo perdido.

Pero ella estaba aquí. Lo había hecho. Había sido valiente, casi. Sus objetivos pasaban por su mente.

Colocó las puntas de sus dedos a través de la pantalla más cercana, comenzó a contarlos, uno por uno.

En primer lugar, reconfiguro los códigos de seguridad del transmisor de radiodifusión de la reina. Puso el arsenal del palacio bajo llave. Programó una apertura de las barricadas en los túneles que rodean Artemisia.

Se abrió paso a través de los códigos, navegó por los protocolos se sentía como una coreografía de baile, y aunque sus músculos estaban cansados, aún recordaba los pasos. Por último, saco el chip de su corpiño. Prendió el transmisor en la parte superior del palacio, transmitiendo los comandos a los receptores de los oficiales de la corona receptores en toda la cúpula. Una transmisión cerrada, protegida por un laberinto complejo de contrafuegos internos y códigos de seguridad.

Cinco minutos podrían haber pasado. Ocho. Nueve, a lo sumo.

Comprobando. Comprobando. Comprobando…

Oyó pasos en el pasillo mientras insertaba el chip con el vídeo de Cinder en el puerto. Escucho el chasquido con satisfacción. De la descarga y transferencia de datos, desencriptando la información.

Sus dedos bailaron sobre las pantallas, atreviéndose con la codificación para continuar.

Se escuchaba pasos de botas en el exterior, cada vez más cerca ahora. Su cabello se aferró a la parte posterior de su cuello.

Comprobando. Comprobando.

Hecho.

Cress limpio las pantallas, disimulando lo que hizo con unas pocas órdenes apresuradas. La puerta se abrió de golpe. Guardias entraron a la habitación. En un confuso silencio.

Metida en el hueco entre las pantallas y la unidad central del transmisor, Cress contuvo la respiración.

— ¡Vayan con tecnología para que averigüen lo que hizo aquí!

—Dejó un dispositivo—, dijo otra persona, y oyó un chasquido sutil sobre la mesa, como si ellos lo hubieran tomado. Temblando, miro el arma que sostenía en sus manos. Se hizo un nudo en su estómago de nuevo. No podía evitar sentir que había agarrado la cosa incorrecta. Ellos reconocerían bastante fácil el dispositivo de Kai. Sabrían que la había ayudado.

—Tal vez estaba pensando en volver.

—Usted, quédese aquí y espere a que tecnología llegue. Quiero un guardia apostado en todas las puertas de esta ala hasta que la hayan encontrado. ¡Vayan ya!

La puerta se cerró de golpe y Cress dejo salir un suspiro tembloroso, la oleada de adrenalina mermo.

Estaba atrapada. Thorne había sido capturado.

Pero habían sido heroica.

CAPÍTULO 77

Jacin había salido el tiempo que Winter terminó de limpiar la sustancia gelatinosa resbaladiza de su cabello. Se puso la ropa seca que alguien había traído para ella.

No podía dejar de sonreír. Jacin estaba de vuelta y estaba vivo.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, su corazón le dolía. La gente iba a morir hoy.

Comprobó sus brazos. La erupción ya estaba retrocediendo. Por lo menos, algunos de los moretones no se veían tan oscuros, y el azul había desaparecido de debajo de sus uñas.

Cuando salió de la seguridad del baño, se encontró con la clínica repleta de personas. Un médico y una docena de civiles estaban chequeando a los pacientes que habían estado demasiado enfermos para formar la línea por el antídoto en el exterior. Siete muertes, le habían dicho. En el corto tiempo desde Levana había infectado a Winter, siete personas en este sector habían muerto a causa de letumosis.

Hubiera sido muchos más si no hubieran llegado Jacin y Cinder, pero eso no consolaba a Winter. Siete muertes. Siete personas que podrían haber estado en el tanque de suspensión si no se hubieran dado a ella.

Winter pasó por los pacientes lentamente, se tomó el tiempo para sonreír y ofrecer un apretón reconfortante y un hombro mientras se abría camino a la salida. Ella emergió en el pequeño paso de madera.

Una alegría ferina se hinchó en la cúpula, cientos de voces la zarandearon.

Winter se congeló, luego retrocedió hacia el edificio nuevo. La multitud estaba festejando, agitando sus armas improvisadas sobre sus cabezas. Los soldados de lobos comenzaron a aullar. Winter se preguntó si ella también debía festejar. O aullar. O si esperaban a que hablara, aunque su garganta todavía se sentía agrietada y su cerebro todavía estaba confuso.

Scarlet apareció junto a ella, agitando los brazos en un intento de calmar a la multitud. Parecía complacida y molesta mientras enfrentaba a Winter. La evidencia de la plaga aún permanecía en la piel pálida-pecas de Scarlet mezcladas con contusiones y carne irritada. Aunque todavía había algunas ampollas oscuras, la enfermedad no había aumentado tan rápidamente en Scarlet como lo había hecho en Winter y los siete residentes pobres. Todos sabían que había tenido suerte.

—¿Qué está pasando?— Preguntó Winter.

—Cinder y los alfas están discutiendo la estrategia— dijo Scarlet. —La coronación está programada para comenzar en cualquier momento. La gente se está inquieta. Además, todo el mundo te ama, y que han estado esperando para ver que estés bien—.

Winter esbozó algo parecido a una sonrisa, y la gente aplaudió de nuevo. Alguien silbó y otro soldado aulló.

Winter vio a una figura en el rabillo del ojo. Jacin estaba apoyado contra la pared de la clínica, observándola con una sonrisa de complicidad. —Ellos no han comenzado a componer baladas en tu honor, sin embargo— dijo, —pero estoy seguro de que es sólo una cuestión de tiempo—.

—¡Cress lo hizo!— Gritó Cinder. Ella se acercaba a través de la multitud, un grupo de soldados en el remolque. La gente se abrió para ella. —Las barreras en los túneles de levitación magnética se han reducido. No hay nada para impedir que nuestro camino hacia Artemisia. ¡No hay nada que nos detenga de exigir que Levana sea llevada ante la justicia! —

Otra alegría, dos veces más fuerte que antes, se elevaba y vibró a través del suelo y se hizo eco en la cúpula.

Winter echó su mirada sobre la multitud, con su corazón expandiéndose como un globo. Las personas miraron con asombro a Cinder y Winter vio con claridad un brillo tenue de esperanza. Ella nunca había visto antes eso en los ojos de los ciudadanos de Luna. Sus caras siempre fueron oscurecidas por el miedo y la incertidumbre. O, peor aún, mirando a su madrastra con adoración y aturdidos. El amor por su gobernante viéndose obligadas a ello, un recordatorio de que no tenían la libertad, ni siquiera en sus propias mentes o corazones.

Esto era diferente. Las personas no estaban cegadas por el glamour de Cinder o siendo manipulados para verla como su reina que le corresponde. La estaban viendo como ella realmente era.

—Alfa Strom, el mapa— dijo Cinder, con un gesto excitado.

Strom le entregó a ella un nodo holográfico y Cinder detuvo una imagen para que todos pudieran ver, delineando el camino que tendrían en la capital.

—Vamos a dividirnos en dos grupos para permitir el paso rápido a través de los túneles— dijo, indicando las rutas en el mapa. —Cuando se llega a AR-4 y AR-6, dividiremos nuestros números más para dispersar entre las ocho entradas a Artemisia. En todos los sectores que estemos, necesitaremos voluntarios para reunir la mayor cantidad de gente posible que se una a nuestra causa. Reunir las armas y materiales de construcción, a continuación, mantenerse en movimiento. Recuerde, nuestra seguridad está en los números. Ella mantiene los sectores divididos por una razón. ¡Ella sabe que es impotente si todos estamos juntos, y eso es exactamente lo que vamos a hacer! —

Otro rugido de la multitud, pero Cinder, que tenía una mirada salvaje y llena de júbilo, ya se había vuelto hacia los escalones.

Winter se enderezó, por primera vez, por el orgullo de estar de pie delante de una verdadera reina.

—Hemos visto evidencia de que por lo menos ochenta y siete otros sectores se han unido a nuestra causa, y tengo todas las razones para creer que el número ha seguido aumentando. Con los transbordadores hacia abajo, ese terreno-reductor de velocidad es el mejor método que tenemos para difundir nuestras noticias de forma rápida y asegurar que todos los civiles se unen en una sola fuerza sólida para ir a Artemisia. Jacin, he hecho una lista de sectores que quiero que vayas, mostraron evidencia de rebelión ya y deben tener acceso a las armas. También los más cercanos a la artemisia que ofrecen una esperanza sólida para aumentar nuestros números rápido. Como muchos como ustedes ya saben pueden descansar por las próximas dos horas, y luego reunirse con nosotros en los túneles debajo de AR-4 AT- —

—No—.

Cinder parpadeó. Sus labios se quedaron envueltos medio-alrededor de una palabra no dicha. Volvió a parpadear. —¿Disculpe?—

—No voy a dejar a Winter—.

Un escalofrío recorrió sobre la piel de Winter, pero Jacin no miraba a ella.

Con la boca todavía abierta, Cinder veía a Winter, a continuación, Scarlet, luego de nuevo a Jacin. Ella cerró la boca con el ceño fruncido y se volvió a Scarlet de nuevo. —¿Se puede volar?—

—Nunca he visto siquiera una de esas cosas antes. ¿Cómo vuela como una nave espacial? —

La mirada fulminante de Cinder volvió a Jacin. —Te necesito para hacerlo. Confío en que, y… —

—Dije que no—.

Ella sacudió la cabeza, incrédula. Luego enojada.

—¿Qué piensas que le va a pasar a Winter, o a cualquiera de nosotros, si perdemos?—

Jacin se cruzó de brazos, dispuesto a discutir de nuevo, cuando Winter puso una mano en su hombro.

—Voy a ir con él— dijo a la ligera, como si sus palabras pudieran calmar un poco la tensión.

No funcionó. Jacin se volvió hacia ella. —No, te quedarás aquí a recuperarte de casi morir. Además, le has dado a Levana suficientes oportunidades para matarte. No vas a ninguna parte cerca de Artemisia—.

Ella fijó sus ojos en él, sintiendo la agitación de la determinación que había tenido cuando se decidió a encontrar el ejército de su madrastra y llevarlos a su lado. —Puede que no sea capaz de luchar, pero puedo ser útil. Voy a ir contigo y hablar con la gente. Ellos me escuchan—.

—Princesa, no disponemos de un…—.

—Ya he tomado una decisión. Tengo tanto que perder como cualquiera de ellos—.

—Ella tiene buenos puntos— dijo Cinder.

—Sorprendentemente— añadió Scarlet.

Jacin empujó a Winter fuera de su pequeño círculo, en una semblanza de privacidad. —Mira— susurró, agarrando sus codos. Podía sentir los callos en sus manos, más punzante de lo que nunca les había sentido antes. Su pulso al galope en la inesperada intimidad. —Si quieres que haga esta cosa de Cinder, entonces lo haré. Por ti. Pero no voy a... No puedo perderte de nuevo —.

Winter sonrió y se llevó las palmas de sus manos contra las mejillas de Jacin. —No hay lugar más seguro para mí que a tu lado—.

Su mandíbula se tensó. Podía ver la guerra en sus pensamientos, pero ella ya había tomado la decisión.

—He vivido con temor toda la vida— continuó. —Si esta es la única oportunidad que me dan para oponerme a ella, entonces tengo que tomarla. No me quiero ocultar. Yo no quiero tener miedo. Y yo no quiero ser separada de ti, nunca más—.

Sus hombros comenzaron a decaer, la primera indicación de que había ganado. Se llevó un dedo entre ellos. —Está bien. Iremos juntos. Pero no tocaras cualquier tipo de armas, ¿entendido? —

—¿Qué haría yo con un arma?—

—Exactamente—.

—Jacin, Winter—. Cinder estaba dando golpecitos con el pie, con los ojos salvajes con creciente impaciencia. —Estamos en una especie de aprieto—

Como si el cielo estuviera escuchando en sí, la cúpula de arriba se oscureció, y tres enormes pantallas se iluminaron contra el telón de fondo negro.

—Gente de Luna— dijo una voz femenina, —por favor, toda su atención ahora a esta emisión obligatoria, en vivo desde el Palacio de Artemisia. La ceremonia de coronación real está por comenzar—.

Una sonrisa maliciosa tiró de los labios de Winter. Ella se apartó de Jacin, se dirigió a la gente, y levantó los brazos a los lados. —La gente de Luna— dijo, haciendo eco de la emisión y tirando de la atención de la gente lejos de la cúpula, —por favor, dar toda su atención ahora a la verdadera heredera de la corona lunar, la princesa Selene, en directo desde su propio sector—. Sus ojos brillaron mientras extendió un brazo hacia Cinder. —Nuestra revolución está a punto de comenzar—.

PARTE

CINCO

El espejo le respondió: 'Tú, mi reina, eres increíblemente hermosa, es cierto. Pero la joven reina es mil veces más hermosa que tú'

CAPÍTULO 78

Kai pasó por el pasillo, contento de que no había nadie alrededor para ver su carrera de velocidad hacia su gala de coronación, aunque sus pensamientos eran demasiados para preocuparse por las apariencias. Cinder estaba viva. Thorne fue capturado. Cinder iba a invadir Artemisia.

Hoy. Ahora.

Todavía se sentía culpable por dejar sola a Cress. Debería haber hecho más. No debería haber llegado tarde a esta coronación, una ceremonia de la que no tenía ningún deseo de ser parte, para empezar. Él debería haber mostrado más placer del que Levana esperaba. Él debería haber fingido otro secuestro.

Se maldijo por dentro, deseando haber pensado en eso antes.

Pero, su desaparición sería activar las alarmas y la última cosa que Cress y los demás desearían eran más alarmas innecesarias. Lo mejor que podía hacer para calmar las sospechas de Levana era ir hacia adelante como si nada hubiera cambiado.

Lo mejor que podía hacer era coronar a la emperatriz de su país.

Le ponía enfermo pensar, pero él se quedaría con el plan. Él jugaría su parte.

Se dio la vuelta en una esquina, casi derribando una estatua de un dios musculoso de la luna hecho con cincel. Kai tomó la estatua, la enderezó mientras su corazón le salía por la garganta. Cuando tanto él como la estatua se habían calmado, se abrió paso a través de las puertas dobles que conducían a una serie de cámaras de espera privadas.

Dos guardias flanqueaban la puerta de entrada al gran salón. Torin estaba sentado en un banco acolchado junto a una mujer con pelo dorado en un moño, que se quedó sin aliento con tal fervor que Kai pensó que iba a desmayarse.

—¡Oh, gracias, Artemis!— Dijo, presionando un paño en su frente. —¿Dónde has estado?—

—Te dije que estaba en su camino— dijo Torin.

La mujer no le hizo caso, hablaba a través de un dispositivo conectado a su muñeca. —El emperador ha llegado. Ceremonia comenzará en treinta segundos. —Ella empujó el puerto en su cinturón y se centró en Kai, él la escaneaba con una mezcla de ansiedad y disgusto. —Terrestre— murmuró ella, enderezando su faja y cepillándose el pelo de la cara. —Nunca se esfuerzan en su apariencia—.

Él miraba con cierto recelo el pelo de oro y aceptó un vaso de agua de un sirviente.

Torin se levantó de la banca y se metió las manos en los bolsillos. Miró alarmantemente en su chaqueta, y Kai se preguntó si él también, ya había sido criticado por esta mujer, quienquiera que fuese. —¿Está todo bien, Su Majestad?—

Las palabras fueron dichas con indiferente calma, pero Kai podía ver la curiosidad tensa debajo de expresión de Torin.

A pesar de que no sabía si era cierto, él asintió. —Todo está bien—.

Más allá de las puertas dobles se podía escuchar la charla de cientos de voces y se preguntó si ya estaban circulando rumores en cuanto a la demora de la ceremonia. —Estoy listo—.

—Así es Su Majestad— dijo la mujer. Ella empujó a Torin hacia otra entrada. —Usted deberá ir a tomar su asiento. Su Majestad, sígame—.

Kai la siguió entre los guardias, a través de las puertas dobles, en un corto pasillo forrado de pilares ornamentales.

Levana estaba esperando, equipada con un vestido a juego con los colores de la guillotina-de Kai-de la Comunidad del Este. Parecía una bandera gigante al caminar, con una fila de estrellas a lo largo de la base del dobladillo de su vestido y una flor de loto blanca floreciendo del otro lado. Ella también llevaba una faja, esta era naranja como el color del sol naciente quemado en la Tierra.

La visión de ella mostrando tanto el patriotismo falso para la Comunidad le daba ganas de arrancar la hoja y estrangularla con ella.

Ella levantó las manos hacia él mientras se acercaba. A pesar de que se encrespó, que no tenía más remedio que tomarlos. Sus dedos estaban helados.

—Mi querido esposo— arrulló. —Siento que nos separamos durante demasiado tiempo—.

Él frunció el ceño. —¿Cuánto tiempo tiene pensando mantener esta farsa, exactamente?—

—¿Farsa?— rio entre dientes Levana. —Sin duda, ¿una mujer que es separada de su marido por un tiempo no puede expresarse sin que sus emociones sean consideradas sospechosas?—

—A menos que me quieres físicamente enfermo durante estos procedimientos, sugiero cambiamos el tema—.

Su expresión se endureció. —Nuestra unión matrimonial es definitiva y vinculante. Es su elección como reacciona a la situación—.

—¿Me estás dando una opción de algo?— Kai mostró su sonrisa más diplomática. —Que generoso de su parte—.

Levana le correspondía con la mirada. —Ahí. No ha sido tan difícil, ¿verdad? —Se dio la vuelta para que entraran a la gran sala, tomados del brazo. Kai alcanzó a ver el arañazo en su antebrazo donde la había cortado con las tijeras durante su boda.

La vista lo fortaleció cuando los cuernos sonaron.

Las puertas se abrieron, dejando al descubierto masas de espectadores. Kai sintió una tensión en los ojos por mirar los colores vibrantes, brillantes luces y materiales de volantes que se derramaban fuera de la audiencia y en el pasillo.

—Todos de pie para recibir a Su Majestad, la reina Levana Blackburn de Luna, descendiente directo del primer rey de Luna, Chipre Blackburn, y Su Majestad Imperial, el emperador Kaito de la Comunidad del Este de la Tierra—.

El himno Lunar comenzó a tocar. Kai y Levana paseaban por el pasillo. Si no fuera por la ropa llamativa en las bancas, el estado de ánimo se habría sentido sombrío.

—Me dieron una pieza interesante de la información antes de su llegada— dijo Levana, manteniendo su expresión agradable para el público — que implica un traidor que fue recientemente detenido en nuestras celdas subterráneas—.

El estómago de Kai se tensó. —Continua—.

—Parece que encontraron uno de los cómplices de Linh Cinder rondando alrededor de nuestro palacio. Es un presidiario de tierra, Carswell Thorne, yo creo que es su nombre—.

—Eso es interesante—.

—No creo que usted sepa lo que él estaba tratando de lograr aquí, ¿o sí?—

—Tal vez se sintió menospreciado por no haber recibido una invitación—.

Levana hizo un gesto a la multitud. —No importa. Lo atrapamos antes de que pudiera causar una molestia —.

—Me alegra oír eso—.

—Pensé, mientras, que pronto será rey consorte de Luna y él era su prisionero antes de que fuera el mío, que podría permitirme a decidir la mejor manera de ejecutarlo—.

Él apretó la mandíbula. —Cómo mi mujer, me honra—.

Aunque en realidad, mientras Levana estaba tratando de incitar a los estribos, quería que pensara que le había dado un regalo. Fue un alivio escuchar que Thorne no estaba muerto.

Cuando se acercaban al final del pasillo, vio a sus compañeros de la Tierra cerca del frente. Torin estaba ya allí, él debió de haberse colado a través de alguna otra entrada, junto con decenas de representantes de la Comunidad y demás docenas de otras naciones. Incluso vio, con cierta sorpresa, a Linh Adri y Linh Perl de pie junto a un representante de América. Ambas llevaban sonrisas congeladas, y aunque Kai tenía un tipo particular de odio por esas dos mujeres, también sintió una picadura de simpatía. Levana había estado jugando con ellas como un gato juega con un ratón antes de devorarlo. Ofreciendo favores, luego castigos, a continuación, ofreciendo favores de nuevo. No era de extrañar que ambas parecieran afectadas por el miedo, miedo de hacer algún movimiento brusco.

Una docena de personas de pie en el estrado, una mezcla de taumaturgos y guardias reales y un soldado de bioingeniería vestido con un uniforme tan bonito que estaba en desacuerdo con la cara y el cuerpo mal formado.

Kai hizo una mueca, preguntándose qué estaba pensando Levana para traer una de esas criaturas a la coronación. Su presencia no había funcionado en las bodas.

Entonces, Kai vio la luz atrapada en los ojos de la criatura, ardiente verde, y frunció el ceño.

Se sacudió, sus pies tropezando en el primer paso. Se sorprendió, había dado con éxito el resto de los pasos sin caer de cara. Su corazón seguía latiendo con fuerza dentro de su pecho y se acordó de Cress diciéndole que habían tomado a Wolf, pero ella no sabía qué había sido de él.

Ahora lo sabía.

Esta criatura era Wolf, pero no. Sus ojos eran turbulentos y oscuros, clavados en Kai, haciendo alusión a la ferocidad que hierve a fuego lento bajo la superficie.

Con un gruñido, apartó la mirada del Wolf en primer lugar.

—¿Usted reconoce a mi preciado soldado?— Dijo Levana cuando llegaron al altar lleno de insignias. —Ya lo creo, ha cambiado mucho desde la última vez que lo viste—

La furia de Kai se retorcía dentro de él. Sólo quería una reacción. Sólo quería que él supiera que ella estaba en el control de su destino, de la suerte de su país, de la suerte de sus amigos.

Kai se preparó y él y Levana se volvieron hacia el público. Este fue el momento en el que se le entregaba Levana la mitad de su poder. Esto era lo que le diría a su país, si moría, esta mujer se convertiría en su único gobernante.

Su cuerpo palpitaba con la negativa, pero sabía que no había más opciones que le queden.

Por favor, que venga Cinder, una voz repetía en la parte posterior de su cabeza. Por favor, déjala venir.

—La gente de Luna y de la Tierra— dijo Levana, sosteniendo sus manos hacia la multitud. —Estáis aquí para presenciar un acontecimiento trascendental en nuestra historia. Hoy día, vamos a coronar a un terrestre como nuestro rey-mi marido, el emperador Kaito de la Mancomunidad del Este. Y hoy, seré coronada como emperatriz, la primera de nuestra línea de sangre real, para formar una alianza de unión con nuestros hermanos de la Tierra—.

Las personas vitorearon.

Pues bien, los Lunares vitorearon. Los Terrestres aplaudieron en una especie de cortesía.

—Les pido que estén sentados— dijo Levana.

A medida que las personas tomaron sus asientos, Kai y Levana caminaron hacia el altar al ritmo de las dos cajas enjoyadas establecidas en el altar. Kai lanzó una respiración lenta y deshizo el pestillo de la caja.

En el interior, se instaló en una cama de seda, era la corona emperatriz, moldeada en forma de fénix y tachonado de joyas de fuego.

Su corazón estaba atrapado, abrumándolo de una emoción para la que no había sido preparado. La última vez que había visto a esta corona, había sido llevada por su madre. Ella la había usado durante el baile anual que celebra la paz del mundo cada año. Siempre había sido tan hermosa.

Se estremeció ante el recuerdo y en la blasfemia que estaba a punto de cometer.

En el otro lado del altar, Levana surgió con su propia corona. En comparación con las joyas de Tierra, la corona de rey de Luna era simple. Siete puntas delgadas talladas de piedra de la luna, la piedra blanca brillando en la luz de las velas. Era antigua. La monarquía de la Luna se había formado mucho antes de que la Cuarta Guerra Mundial haya dado lugar a la formación de la Comunidad del Este y su propia familia real.

Armándose de valor, Kai levantó la corona de su madre de su caja protectora, y juntos, él y Levana enfrentaron a la multitud de nuevo, sosteniendo en su cabeza coronas simbólicas. Kai encontró a Torin y vio la tristeza reflejada en su expresión. Tal vez él también estaba pensando en la madre de Kai.

Antes de Levana empezara con su discurso sobre la importancia simbólica de esta corona y la forma en que simbolizaba el poder del soberano y así sucesivamente y así sucesivamente, las puertas en la parte trasera de la sala se abrieron de golpe.

La mujer de pelo dorado marchó por el pasillo, y aunque su expresión lo horrorizó, sus movimientos eran robóticos, manteniendo su dirección a la reina.

Kai bajó la corona, las palmas de sus manos cada vez más calientes. La esperanza se expandió en su pecho. Mientras la multitud se volvió para observar el enfoque de la mujer, una risita se propaga a través de ellos. Algo estaba sucediendo. Kai no sentir el miedo de la multitud tanto como la emoción, esto no era más que un drama de ficción para ellos.

La mujer llegó a la escalera y cayó sobre una rodilla. —Perdóname, mi reina— balbuceó. —Hemos recibido una notificación de que hay una perturbación en varios sectores cercanos, como en las cúpulas de la periferia de la ciudad de Artemisia—.

Kai se arriesgó a mirar a Wolf, pero Wolf todavía se retorcía y estaba gruñendo. Parecía listo para tomar sus enormes mandíbulas alrededor de la primera garganta que pase demasiado cerca.

—¿Qué tipo de perturbación?— Gruñó Levana.

—No sabemos cómo, pero se han levantado las barricadas alrededor de los sectores que se apartan, y la gente es... están viniendo aquí. El pulular de los túneles de levitación magnética. No hay duda de que... que la princesa Winter está entre ellos —.

La cara de Levana enrojeció. —Eso no es posible—.

—Yo... no lo sé, mi reina. Eso es sólo lo que me dijeron. Y... y también, supuestamente, la ciborg esta con ellos también —.

Kai sonrió. No podía evitarlo, y él no hizo nada para ocultarlo cuando Levana se volvió un ceño hacia él. Con un encogimiento de hombros, le dijo, —Ella quiso advertirle—.

La mandíbula de Levana se apretó. Se volvió hacia la mujer. —La ciborg está muerta y no voy a tolerar los rumores en sentido contrario—.

La boca de la mujer se colgó.

—¿Son las barricadas las que se suponen cerca de Artemisia?—

—S-sí, mi reina. Que yo sepa, no han podido... —

—Entonces no estamos bajo ninguna amenaza inmediata, ¿verdad?—

—Yo... supongo que no, mi reina—.

—Entonces, ¿por qué estás interrumpiendo esta ceremonia?— Levana movió su muñeca. —Guardias, acompañen a esta mujer a una celda de prisión. No quiero sufrir más interrupciones—.

Sus ojos eran llameantes, sin piedad, la mujer se levantó y se tambaleó hacia atrás. Dos de los guardias la cogieron.

La multitud estaba tratando de reprimir su entusiasmo, pero estaban fallando. Kai vio que se produjeron una serie de miradas burlonas emitidas hacia la mujer que se

llevaban, a pesar de que seguramente no había sido idea de ella traer noticias de la insurrección de Levana.

Los pensamientos de Kai estaban en otro lado. Se mordió con fuerza el interior de la mejilla, mientras que la cara de Levana iba cambiando, transformándose de nuevo en agradable serenidad.

—Ahora bien— dijo ella, levantando la corona lunar sobre su cabeza. —Vamos a proceder—.

CAPÍTULO 79

Cinder se quedó en la parte delantera de su pequeño ejército, junto con el Alfa Strom. Los túneles de levitación magnética eran lo suficientemente amplios como para caminar en filas de cinco y Strom se había asegurado que todo el mundo supiera que esta iba a ser su formación -desviarse en espacios tan reducidos podría llevar al pánico y la confusión. Trataron de ser silenciosos, pero era imposible. Avanzaban como un trueno. Miles de pies golpeando contra el terreno rocoso en el interior de los tubos de lava.

Los soldados mutantes se quedaron cerca del frente, la primera línea de defensa, mientras que las personas de los sectores exteriores les seguían por detrás.

Se había convertido en un juego de números, y sus números estaban creciendo. En cada sector que atravesaban, nuevos civiles se unían a la causa, muchos se habían estado preparando desde el momento en que el primer mensaje de Cinder se había transmitido.

Cinder seguía haciendo cálculos una y otra vez en su cabeza, pero todavía había demasiadas variables que considerar. Necesitaban suficientes civiles para derrocar a la reina y a sus taumaturgos, y suficientes peleadores no-manipulables que se hicieran cargo de los guardias y los soldados lobo que Levana llevaría para su defensa. Ella confiaba en Jacin y Winter para difundir la palabra, rápido. Si fracasaban, se convertiría en una masacre, y no a su favor.

Los túneles eran de un tono negro, pero iluminados por las linternas encontradas por el pueblo en los sectores exteriores y un puñado de focos. Cinder deseó tener un mapa en su cabeza diciéndole cuánto habían andado y cuánto más lejos que tenían que ir. Se había acostumbrado a tener datos infinitos a su alcance, y era desconcertante estar sin ellos ahora. Después de cinco años deseando ser como todos los demás, ahora extrañaba todas aquellas comodidades que habían venido junto con ser cyborg.

Cuatro veces se encontraron con trenes y transbordadores estancados que llenaban el espacio confinado del túnel. En un principio estos parecían obstáculos insuperables, pero los soldados se adelantaron con fervor, haciendo palanca fuera de los paneles, rompiendo los asientos interiores, pisoteando su camino a través para llegar al otro lado. Hicieron como una eficaz y destructiva máquina, y su improvisado ejército se abrió paso a través de estos obstáculos. Aunque el sistema de levitación magnética había sido cerrado, todavía se estaba enviando energía a las rejillas y las plataformas por las que pasaban, las cuales estaban bien iluminadas con un holograma que mostraba una secuencia de vídeo de visión obligatoria sobre la coronación. Incapaz de grabar la ceremonia en sí, ya que la reina no vestiría su velo, la transmisión era un desglose momento a momento del evento.

A medida que se introducían en el AR-4, uno de los sectores adyacentes a Artemisia central, Cinder escuchó la voz de Kai y pausó. Él estaba recitando los votos para convertirse en el rey consorte de Luna.

Su ejército estaba dividido en cuatro regimientos. Cada uno entraría en la capital a través de un túnel diferente. Mientras los alfas llevaban a sus manadas y a los civiles en direcciones opuestas, Cinder vio a Strom observándola.

—Debemos seguir moviéndonos— dijo. —Mis hombres están hambrientos e inquietos, y nos ha puesto en un espacio reducido con una gran cantidad de carne con un dulce olor—.

Cinder levantó una ceja. —Si necesitan un aperitivo, dígales que se mastiquen el uno al otro por un rato. Sólo quiero asegurarme que Jacin tiene tiempo suficiente para llegar al mayor número posible de sectores—.

Strom sonrió, como si estuviese impresionado por la incapacidad de Cinder para ser acosada. —Es hora de moverse— repitió. —Nuestra gente está casi en posición. La reina y su séquito están todos en un solo lugar. Podemos estar sentados aquí durante semanas a la espera de más civiles, que puede nunca aparezcan—.

Cinder creía que vendrían. Tenían que llegar. Pero también sabía que él tenía razón.

La coronación casi había terminado.

Empezaron a arrastrarse a través de los túneles de nuevo. Las manos apretadas sobre sus armas. Pasos lentos con creciente ansiedad. No habían ido mucho más lejos cuando la linterna de Cinder atrapó las barras de hierro en la distancia. Strom levantó una mano, indicando a todo el mundo que se detuvieran.

—La barricada—. Cinder envió su haz de luz a la pared alrededor de la reja de hierro. Tomaría semanas cavar a su alrededor.

—No hay manera de atravesar— dijo Strom. Él estaba gruñendo mientras miraba a Cinder, como si esto fuera culpa de ella. —Si esto es una trampa, es una buena. Podrían matarnos en un instante mientras estamos metidos como salchichas en estos túneles—.

—Se suponía que Cress las abriría— ella dijo. —Deberían haberlo estado para este momento. A menos que…—.

A menos que Cress y Thorne hubieran fallado. A menos que hubieran sido capturados. —¿Qué hora es?—.

Miró a Strom, pero él no tenía ni idea. No tenía un reloj en su cabeza, tampoco.

Se suponía que Cress configuraría que todas las barricadas que rodeaban la ciudad se abrieran a la vez, para evitar que los revolucionarios entusiastas se colaran en la ciudad demasiado pronto y terminaran muertos o revelaran su sorpresa. ¿Cress había fallado, o estaban ellos antes de tiempo? Kai aún estaba recitando sus votos. Cinder empujó hacia abajo su creciente pánico.

Strom comenzó a gruñir. —Huelo algo—.

Los soldados circundantes levantaron sus narices, olfateando el aire.

—Algo sintético— dijo Strom. —Algo Terrestre. Una máquina—.

Cinder presionó una mano contra los barrotes, pero los soldados la alejaron, formando un muro de protección entre ella y la barricada. Como si fuera digna de proteger.

Cinder trató de no molestarse.

Los pasos resonaron en el túnel más allá de la compuerta, cada vez más fuertes. Guijarros pateados siendo dispersados por el suelo. Una linterna apareció a la vista, aunque el portador todavía seguía a la sombra.

El haz de luz se precipitó sobre los soldados reunidos y la figura se congeló.

Los soldados gruñían.

—Bueno,— dijo. —Que grupo tan amenazante son ustedes—.

El corazón de Cinder chisporreteó. —Iko!— Gritó, tratando de empujar su camino a través, pero los cuerpos de bloqueo eran impenetrables.

Iko se acercó y Cinder fue capaz de atraparla en el haz de su propia luz. Se quedó sin aliento y dejó de luchar. El brazo derecho de Iko estaba colgando inerte de nuevo, había agujeros de bala, tejido sintético desgarrado y cables muertos por todo su cuerpo. Su oreja izquierda había desaparecido.

—Oh, Iko... ¿qué sucedió?—.

—Más estúpidos guardias Lunares, eso fue lo que sucedió. Él me arrinconó en el sótano de la clínica e hizo esto. Tuve que hacerme la muerta hasta que me dejó en paz. Lo bueno es que aquí no tienen idea de cómo matar a un androide—.

—Iko. Lo siento tanto—.

Iko le hizo un gesto sacudiendo su brazo bueno. —No tengo ganas de hablar de ello. ¿Están siendo retenidos como prisioneros en este momento, o estos matones están de nuestro lado?—.

—Están de nuestro lado—.

La atención de Iko se precipitó nuevamente sobre los lobos. —¿Estás segura?—.

—No del todo— dijo Cinder. —Pero son el ejército que Scarlet y Winter reclutaron y son lo mejor que tenemos. No se han comido nadie todavía—.

Strom le sonrió alrededor de sus sobresalientes colmillos.

—Iko, ¿qué hora es? No deberían estar abiertas las puertas para este momento?—.

—Estamos justo a tiempo. T menos diecisiete segundos, según mi..—.

El sonido de la maquinaria gimió y crujió dentro de las paredes de piedra. La reja comenzó a descender en el suelo rocoso.

Los labios de Iko se fruncieron. —El tiempo de Cress está mal, no el mío—.

Cinder exhaló con alivio.

Mientras la rejilla desaparecía, los lobos regresaron a la formación, con las manos entrelazadas detrás de la espalda y barbillas levantadas. Fue la más profesional que Cinder les había visto, haciéndoles lucir más como hombres que como monstruos. Y mucho, mucho más como soldados.

Tan pronto como la rejilla estuvo lo suficientemente baja, Iko se arrojó y cayó en los brazos de Cinder, su mano buena deslizándose contra la espalda de Cinder. —Me arreglaras de nuevo, ¿verdad?—.

Cinder le apretó la espalda. —Por supuesto que lo haré. Roto no es lo mismo que irreparable—.

Apartándose, Iko sonrió, y la sonrisa fue interrumpida por una chispa volando fuera de la cavidad de su oído faltante. —Te amo, Cinder—.

Cinder sonrió. —También te amo—.

—¿Por qué no nos estamos moviendo?— Dijo Strom, su voz retumbaba a través del túnel. —Estamos impacientes por triturar a Levana y su corte en trozos del tamaño de un bocado. Vamos a chupar la médula de sus huesos y a beber su sangre como si fuera un buen vino—.

Iko le dio una mirada incómoda a Cinder. —Que bueno es que están de nuestro lado—.

CAPÍTULO 80

Lobo había estado tenso durante toda la ceremonia de coronación. Su cabeza dolía por el esfuerzo, la lucha constante para controlar su hambre, pero se sentía como si estuviera comiéndolo desde adentro hacia afuera. A pesar de que había devorado la carne que le habían dado, su hambre todavía estaba desatada. Mil olores llenaban sus fosas nasales. Cada de terrestre. Cada Lunar. Cada guardia y cada taumaturgo, cada uno con un olor suficientemente delicioso que no podía evitar imaginar sus dientes hundiéndose en su carne, rasgando sus músculos de sus huesos, atiborrándose de sus grasas…

El único instinto más fuerte que su hambre voraz era el temor de lo que el taumaturgo le haría si se portaba mal. No podía soportar a ser sometido a esa agonía de nuevo. El dolor de un cuchillo afilado que se disparaba a través de todos los músculos y arrancaba cada tendón.

Su boca se hizo agua, pero se tragó la saliva de nuevo. No se movió.

Su atención se fijaba en la reina. Ya el emperador Kaito se había arrodillado ante ella y aceptado la corona Lunar y el título de rey consorte, entre aplausos, aunque por la expresión del emperador podría haber estado aceptando un frasco de veneno.

Ahora era el turno de la reina.

El emperador levantó la corona de la Mancomunidad del Este y repitió el discurso de la reina, rumiando sobre el poder político que significaba esta posición, las obligaciones y deberes, los honores y las expectativas, el simbolismo y la historia contenida dentro de ese trozo de metal y un centenar de brillantes joyas.

Levana se arrodilló. Ella brillaba con anticipación. Le temblaban los labios con una sonrisa contenida. Sus ojos estaban comiéndose la corona mientras Kai se volvió hacia ella.

Lobo tragó otro bocado de saliva. La carne de la reina era la más tentadora de cualquiera de ellos, endulzada por el conocimiento de que ella era su amante y su enemiga. Había ordenado que Lobo fuese despojado de su familia. Ella había ordenado que se convirtiera en este monstruo. Fue bajo su palabra que los taumaturgos lo torturaron.

Él devoraría su corazón si alguna vez tenía la oportunidad.

—¿Juras —dijo Kai—, gobernar los pueblos de la Mancomunidad del Este de acuerdo con las leyes y costumbres establecidas por generaciones de gobernantes del pasado, usar todo el poder otorgado a ti para promover la justicia, ser misericordiosa, respetar los derechos inherentes de todos los pueblos, respetar la paz entre todas las naciones, gobernar con amabilidad y paciencia, y buscar la sabiduría y el consejo de nuestros compañeros y hermanos? ¿Prometes hacer todo esto hoy y todos los días de tu reinado como emperatriz de la Mancomunidad del Este, antes todos los testigos de la tierra y los cielos?

Ella estaba observando la corona, no al emperador—. Lo juro —suspiró.

La expresión de Kai era oscura. Vaciló, sosteniendo la corona en el aire. Sus brazos estaban temblando.

Lobo vio como Kai se obligó a fijar la corona sobre la cabeza de Levana. Ella cerró los ojos, su expresión equivalente a la euforia.

—Por el poder que me han dado los ciudadanos de la Mancomunidad del Este y nuestros aliados en la Unión Terrestre, como el emperador de la Mancomunidad del Este, yo te proclamo… —se detuvo. Esperó. Lobo pudo escuchar la esperanza quemándose dentro de él y pensó que comprendía la tentación de esperar un segundo más, un segundo más.

El segundo pasó, y Kai puso su rostro de piedra.

—…Emperatriz Levana de la Mancomunidad del Este. A partir de este día hasta el día en que uno o ambos muramos, eres mi esposa y compartiré contigo mi trono.

Su voz se quebró en la última palabra. Kai arrancó sus manos lejos de la corona como si le hubiera quemado.

La multitud estalló, serpentinas y pétalos de flores saliendo de bolsillos ocultos, volviendo sombrío y sagrado el acontecimiento, una cacofonía de ruido. Levana se paró. Con los brazos extendidos caminó hasta el borde de la tarima, aceptando el elogio torrencial de los aristócratas Lunares.

Antes de que pudiera hablar, los vítores de triunfo fueron interrumpidos por un grito estridente, el sonido punzante en las orejas del Lobo como agujas de madriguera en su cerebro. Se puso en cuclillas, gruñendo. El público se encogió. El ruido entró en erupción por todas partes a la vez.

Lobo levantó la cabeza. Esta era su oportunidad. Aunque el sonido había vuelto su visión en blanco, sus muy sensibles oídos haciéndole querer caer al suelo en convulsiones, su odio a la reina era más fuerte que el dolor.

Se lanzó hacia delante, su visión completa de ella y de sus puntos más frágiles. Su garganta. Su estómago.

Oyó un grito de guerra. Un guardia se lanzó delante de él, bloqueando su camino. Lobo lo atacó con sus uñas recién afiladas y agarró el cuchillo de la guardia de la vaina a su lado. Levantó el cuchillo por encima del hombro.

El grito del guardia había llamado la atención, incluso por encima de los chillidos. La reina giró mientras la mano de Lobo se lanzó hacia adelante.

La agonía bloqueó todo en él a la vez, como abrasadoras prensas metálicas sujetándose alrededor de sus dedos, muñeca, brazo. Él soltó el cuchillo demasiado pronto, sabiendo que estaba mal en el segundo que sus dedos congelados estaban vacíos. La hoja rozó el cuello de la reina cuando debería haberse alojado su corazón, y se enterró en las pesadas cortinas detrás del altar.

Lobo cayó al suelo, cegado por el torrente de dolor que atravesó su carne, rasgando su mente en pedazos.

El ruido se detuvo y, con el, el tormento.

La ausencia repentina era como un vacío que aspiraba cualquier otro sonido de la gran sala. Se quedaron en silencio cristalizado, cientos de cuerpos paralizados por el asombro.

Lobo yacía boqueando en el suelo, deseando estar muerto.

Él sabía que la oportunidad no vendría de nuevo. Sabía que su castigo sólo había comenzado.

Levana también estaba jadeando, con los ojos en llamas. Sus labios parecían más rojos que de costumbre, haciendo juego con la sangre que rebordear en el lado de su cuello—. ¡Contrólalo!

— Sí, mi reina —dijo la Taumaturgo Bement—. No va a suceder de nuevo, Mi Reina.

A continuación, cortó a través del silencio embriagador, una voz. El palacio se detuvo a escuchar. Lobo se centró en el techo, preguntándose si el dolor le había hecho delirante.

Era la voz de Cinder.

—Hola, querida tía Levana —dijo ella, su tono ligero y burlón—. Siento interrumpir, pero quería asegurarme de que tenía toda tu atención. En primer lugar, permíteme felicitarte. Parece que finalmente tienes todo lo que siempre has querido. Ahora es mi turno.

Hubo una larga pausa. Los altavoces crujían.

La voz de Cinder ya no era jovial cuando dijo—: tienes diez minutos para llegar a las puertas delanteras de tu palacio y entregarte.

Eso fue todo.

El pueblo estaba esperando por más. Más burlas. Más amenazas. Más explicación. Pero el mensaje había terminado.

Levana parecía visiblemente alterada, mientras que el emperador parecía a punto de echarse a reír.

Entonces la mirada de Kai aterrizó en Lobo y la sonrisa cayó. Su frente se movió con inquietud.

Lobo frunció el ceño y se movió para sostenerse sobre sus piernas débiles, contento cuando la taumaturgo lo dejó.

¡Es un truco! — gritó Levana, su voz fragmentada—. ¡Ella no puede hacerme nada!

Un golpeteo de pasos apresurados irrumpió a través de la indignación de la reina. Venían a través de una de las entradas laterales, el taumaturgo principal Aiméry Park acompañado por dos guardias.

Un gruñido trató de salir de la garganta de Lobo y apenas la cerró de nuevo. Este hombre había matado a su madre.

—¿Qué? —espetó la reina.

—Hemos sido informados de que desde que se produjo la violación de seguridad, nuestro sistema ha no ha podido transmitir información desde lo túneles…

—Rápido, Aimery.

Su boca se volvió hacia abajo—. Están dentro de la ciudad, mi reina. Las ocho barricadas nuestras están abajo.

—¿Quiénes está dentro de la ciudad?

—La ciborg. Civiles de los sectores exteriores. Incluso algunos de nuestros propios soldados se han unido a ellos.

Levana se estaba hiperventilando, ardiendo de rabia—. La siguiente persona que use la palabra ciborg en mi presencia perderá una extremidad. —Tomó aire bruscamente— ¿Por qué no se les ha detenido?

—Nuestros recursos son pocos, Su Majestad. Así que muchos de nuestros hombres fueron enviados a los sectores exteriores para amansar los levantamientos. No podemos enviar refuerzos para enfrentar estos rebeldes sin debilitar nuestra posición aquí en el palacio.

Juntando la falda en sus manos, Levana atrajo sus hombros tan cerca de su cuello que una mancha de sangre se quedó en el pliegue.

—Bien —dijo entre dientes—. Esta pequeña rebelión va a terminar aquí.

—Además, mi reina, encontramos esto en el centro de control del sistema después que descubrimos que nuestra seguridad había sido manipulada. —Aiméry levantó una pantalla—. Parecería que pertenece a nadie más que a nuestro honrado rey consorte.

La mirada de Levana hablaba de asesinato mientras se giraba hacia el emperador Kaito.

—Me preguntaba dónde estaba —dijo, con la boca retorciéndose con un desafío—. Y pasé toda la mañana buscándola.

Las fosas nasales de Levana se dilataron, su expresión cruel y calculadora. Agarró la pantalla de Aimery y la arrojó en el altar. La carcasa de plástico se rompió.

—Esta celebración ha terminado —dijo, su voz amplificada por los altavoces alrededor del gran salón mientras se enfrenta a la audiencia—. Parece que algunos de mis subordinados han elegido esta noche para incitar a lo que ellos ven como una rebelión. Pero no se alarmen… estoy segura de que no es más que una pequeña demostración tonta. —Poco a poco fue aseverando el control sobre sus emociones de nuevo—. Por su seguridad, debo pedir que todos ustedes, como mis distinguidos invitados, se mantengan sentados, mientras veo la perturbación.

Un susurro pasó a través de la multitud.

—Espere —dijo la voz de un hombre, hablando desde las filas de los Terrestres—. No puede esperar que nos quedemos en esta habitación, mientras que el palacio está bajo ataque. Esta es su guerra, no la nuestra. Exijo que se me permita regresar a mi nave.

El hombre tenía un acento europeo, y una visión de la chica de pelo rojo pasaron por los pensamientos de Lobo. Él frunció el ceño, buscando al hombre en la multitud mientras un sonido de acuerdo se levantaba de los otros Terrestres.

Los labios de Levana se retrajeron. —Se van a quedar aquí —dijo, cada palabra dura y fría como un cubo de hielo—. hasta que les dé permiso para salir.

Todos a la vez, disintieron silenciosamente entre los Terrestres. Levana dirigió su atención a los guardias.

—Restrinjan todas las puertas. Nadie debe salir de esta habitación hasta que yo lo permita. —Miró a Lobo y chasqueó los dedos—. Este se queda a mi lado. Él hará el escudo perfecto si necesito uno.

—Mi reina —dijo uno de los guardias—, debemos insistir en que nos permita que la acompañemos a resguardarse. Los tubos de lava debajo de la ciudad…

—Absolutamente no —bulló Levana—. Esta es mi gente. Este es mi reino. No voy a abandonar ahora.

Ella comenzó a marchar hacia la salida principal, pero Kai la siguió a su lado —. Estos Terrestres no son tuyos para que los encierre. No somos tus rehenes.

—¿Estás seguro de eso, esposo? —Levana chasqueó sus dedos a dos de los guardias más cercanos—. Llévalo de vuelta con los otros.

Se apresuraron a obedecer, arrastrando a Kai lejos de la reina y hacia el grupo de los Terrestres lavados de lavos de cerebro.

—¡Libérenme! —gritó Kai—. Tengo tanto derecho a dar órdenes como lo haces tú ahora, a cualquier guardia lunar o soldado.

Levana rio, y ella habría sonado entretenida si no pareciera que estaba al borde de lo histérico.

—Espero que no creas eso.

Lobo estaba de pie justo al lado de Kai mientras se le apartaba de la reina, pero el conocimiento de que el taumaturgo estaba viendo sus movimientos lo mantuvo de dar un paso adelante en defensa del emperador. Un estremecimiento retumbó a través de él a la sola idea de ganar su desaprobación de nuevo.

Cuando la reina le hizo señas para que la siguiera, lo hizo.

CAPÍTULO 81

Enviaron exploradores antes para confirmar que no había una emboscada que estuviera esperando en la plataforma de levitación magnética. Fue idea de Strom, y mientras Cinder estaba un poco molesta de ver a otra persona haciéndose cargo, por otro lado se sentía bien tener otro líder que considerara la estrategia y se asegurara de que Cinder no estaba a punto de cometer un estúpido error táctico. Era el tipo de cosas que Lobo habría hecho, si estuviera allí.

No, ella no quería pensar en Lobo. Había tenido que decirle a Scarlet acerca de cómo fueron separados tan pronto como volvieron a Artemisia y cómo ella no tenía ninguna idea de lo que había sido de él. El recuerdo abrió una herida que todavía era demasiada fresca, una que no tenía tiempo para dejar que se curara.

Ella sentía todavía un zumbido pulsante, centrándose en los aliados que aún tenía. Iko estaba con ella de nuevo. Scarlet estaba en uno de los otros túneles junto a otro grupo de soldados y civiles. Thorne y Cress estaban en el palacio y si la apertura de las barricadas fue una señal, ellos estaban seguros. Winter y Jacin estaban haciendo su camino a través de los sectores cercanos, reclutando el mayor número de refuerzos que pudieran.

Se sentía como si estuviera jugando uno de los juegos de estrategia de Cress. Todos sus peones estaban en su lugar y su ataque final estaba a punto de comenzar.

Una mano se deslizó en la suya. Iko, ofreciéndole un último momento de comodidad.

Un leve aullido resonó por el sofocante túnel.

La señal.

Cinder le dio un apretón a la mano de Iko, y luego agitó su brazo. Tiempo de moverse.

Se deslizaron hacia delante sobre la plataforma vacía, donde las pantallas anunciaban que la coronación había terminado. Levana era emperatriz.

Entraron en el hueco de la escalera, empujando hacia la luz del día. Donde la noche fabricada sobre las cúpulas seria forzada a irse, verdadera luz de día podía ser vista fuera del horizonte, una débil franja del ardiente sol.

Amanecer.

Era hermoso.

Sus pasos golpeaban contra las calles de piedra de Artemisia. Había esperado que las calles estuvieran vacías como lo habían estado antes, pero a medida que el sonido de su marcha se hizo eco en las paredes de la mansión y a través de los jardines, sintieron que siluetas eran atraídas a las ventanas.

Ella se tensó, preparándose para un ataque sorpresa. Pero uno de los lobos murmuró, "Sirvientes".

Mirando más de cerca, vio que tenía razón. Vestidos con ropa sencilla, con los ojos llenos de miedo, estas fueron las clases bajas que vivían en las sombras de la ciudad de blanco y sirvieron las necesidades y caprichos de sus amos.

Cinder esperaba que algunos de ellos pudiera ser lo suficientemente valiente como para luchar. Después de todo, ahora era el momento para mostrarse. Pero para su

decepción, la mayor parte de los sirvientes desapareció de nuevo en reclusión. Ella trató de no ofenderse. No había duda de que habían sufrido años de castigos y de lavado de cerebro.

Se le ocurrió que esta podría ser la primera vez que habían oído de la insurgencia en absoluto.

El palacio quedó a la vista, brillante y majestuoso.

—¡Alfas!— Gritó Strom, llevando su voz sobre el resonar de pasos. —Vamos a rodear el palacio desde el exterior. Vamos a llegar a ella desde todas las calles abiertas—.

Ellos eran una máquina bien engrasada, y con la certeza de que con sus grupos divididos, cada uno llevaría su regimiento de civiles por varias calles laterales, a Cinder le dio un escalofrío. Aunque la gente tenía una mirada asustada, también tenían la confianza de los hombres bestiales que los conducían. Era el tipo de confianza que no estaba segura de que pudiera haber inspirado por su cuenta.

Al llegar a las puertas del palacio, el sonido de sus pasos se detuvo.

No había nadie a la vista. Incluso la torre de guardias estaba vacía. Las pesadas puertas de hierro estaban abiertas, haciendo señas de seguir adelante. Era como si Levana no tuviera idea que estaba en estado de sitio, o como si estuviera demasiado confiada para prestar atención a las amenazas de Cinder

O tal vez era una trampa.

Las puertas doradas del palacio estaban fuertemente cerradas.

Cinder salió de la línea de frente de su ejército, dando un paso hacia las puertas abiertas. Había una energía corriendo a través de ella, una impaciencia tarareando través de su piel. Strom e Iko permanecieron a su lado, listos para protegerla en caso de que la atacaran desde una de las ventanas del palacio.

Cinder recorrió con la mirada las brillantes ventanas, pero no vio ninguna señal de vida. La anticipación se envolvió alrededor de su cuerpo como una cuerda, cada vez más tensa por el momento. Se sentía como si estuviera tambaleándose al borde de un acantilado, a la espera de ser empujada al vacío.

Al mirar hacia la línea del frente, vio como los grupos que se habían separado surgieron, llenando las intersecciones de cada calle de la ciudad. Los soldados esperaban en formación militar perfecta. Formación y fuerza de voluntad los convirtieron en estatuas feroces, pero se dio cuenta de la contracción de un músculo, la flexión de un puño, el ansioso chisporrotear por debajo de su piel.

Detrás de ellos, miles de civiles esperaban. Menos intimidantes, menos preparados, pero no menos decididos. Vio el pelo rojo de Scarlet en la multitud.

No todos los que se les había unido habían venido de LW—12. Algunos habían llegado por la confianza, a causa de un par de videos y la promesa de que había regresado su verdadera reina. Algunos habían sido alentados por los mensajeros que Cinder había enviado. Algunos, esperaba, todavía estaban llegando.

Inhalando profundamente, Cinder relajo sus pensamientos, alcanzando a todas las vibraciones eléctricas dentro de su alcance, y deslizó su voluntad en sus aliados. Era lo que debería haber hecho en RM—9, antes de que Aimery tomara el control. Se dijo que

era una protección contra Levana y sus taumaturgos. Así los civiles estarían bajo su control, por lo que la reina no podría dominarlos.

Pero también sabía que iba a usarlos, si tenía que hacerlo.

Ella los sacrificaría, incluso. Si tuviera que hacerlo.

Ella le había pedido al más fuerte de sus aliados hacer lo mismo para tomar el control de sus compañeros ahora, antes de que Levana y su corte tuvieran la oportunidad. No podían controlarlos a todos, ella creía que Levana tampoco podría. Cinder necesitaba gente suficiente para abrumar sus defensas. Esperaba que fueran suficientes. Tenían que ser suficientes.

—Si Levana no se rinde— Cinder gritó en el silencio misterioso, — vamos a tomar el palacio por la fuerza. Existen múltiples entradas en este piso principal. Tomen todas. Rompan las ventanas. Pero no olviden que la reina y su séquito están en el interior—. Ella examinó las ventanas de nuevo, nerviosa de que aún no hubiera señal de oposición. Un sentimiento de temor se agita en el fondo de su estómago.

Ella confiaba en su plan, pero no era tan seguro. Habían llegado a las puertas de la reina sin un indicio de la resistencia más allá de los túneles de barricadas. Algo debió de haber ocurrido.

—Habrá Taumaturgos que intentaran manipularlos— continuó. —Mátenlos si tienen la oportunidad, ellos no dudarán en matarlos, o utilizar a sus propios amigos y vecinos para matarlos. Los guardias de la reina son soldados entrenados, pero sus mentes son débiles. Utilicen eso a su favor. Por encima de todo, recuerden por qué están aquí hoy. Por esta noche, seré su reina, ¡y ustedes ya no serán esclavos!—

Una alegría se extendió a través del patio, junto con un aullido escalofriante que corría a través del cuerpo de Cinder. Ella levantó un brazo, diciéndoles a sus aliados que se contuvieran. Se preparaba para dejar caer la señal para entrar. Observó a Iko desde el rabillo del ojo, esperando a que dijera que los diez minutos habían pasado.

Su ojo captó el movimiento.

Las puertas del palacio se estaban abriendo.

Los soldados se colocaron en sus posiciones de combate. Un gruñido bajo retumbó a través del suelo, sacudiendo las suelas de las botas robadas de Cinder. Cuando las puertas se abrieron, revelaron una silueta brillante. No era la larga túnica de un taumaturgo o incluso la esbelta figura de la reina.

Un mutante. Uno de los soldados de la reina.

Una mano agarró el codo de Cinder y la arrastró detrás de la línea del frente.

El soldado se paró en las escaleras del palacio. Sus movimientos eran elegantes y precisos. Había una familiaridad en él que Cinder se esforzó por reconocer, algo diferente de los soldados que la rodeaban ahora. La misma cara de forma incorrecta. Los mismos dientes que sobresalen. Ojos enojados destellaban hacia la multitud. Estaba vestido no en los uniformes grises, usados por el regimiento, tenía un uniforme más apropiado para un guardia real… todo orgulloso.

Se quedó sin aliento.

Era Lobo. Lobo, repugnante y bestial, quien se detuvo al borde de los escalones.

Sus pensamientos volaron hacia Scarlet, pero no se atrevían a su vez a ver la reacción de Scarlet.

Otra forma surgió del castillo. La Reina Levana misma. El Taumaturgo Aimery la siguió y, siguiéndolos hacia fuera, taumaturgos en rojo y negro, formando una línea de expresiones altivas y divertidas de burla, las manos metidas en las mangas acampanadas. Las runas bordadas destellaron a la primera luz natural que habían visto en semanas.

Por primera vez, Cinder no tenía el detector de mentiras para decir que el glamour de la reina era una ilusión. Ella no tenía ninguna evidencia de que ese fuera realmente Lobo tampoco, y no alguien con glamour para parecerse a él.

Pero también no tenía ninguna razón para dudar.

Sintió de nuevo los hilos del poder de su conexión con los hombres y mujeres de los que había tomado el control. Nunca había controlado tantos a la vez, y su agarre se sentía frágil y débil.

—'Por esta noche, seré su reina'— Levana cito, riendo con su malvada sonrisa, —'y ustedes ya no serán esclavos'. Qué enérgicas palabras de la chica que causa la muerte y el caos dondequiera que va—. Levana tendió las manos, como una ofrenda de paz que no significaba nada. —Aquí estoy, chica que dice ser la princesa Selene. No iras en busca de mí. Adelante. Trata de tomar mi corona—.

El ojo de Cinder se crispo. Su pulso estaba acelerado por debajo de la superficie, intentaba calmar el interior de su mente. Tal vez porque, por primera vez, su cerebro cyborg no estaba rompiendo las estadísticas del mundo a su alrededor. Podía adivinar que sus niveles de adrenalina eran altos y su presión arterial era preocupante, pero sin la corriente roja del texto de advertencia, no le importaba.

Brazo todavía levantado, extendió sus dedos, lo que indicaba que su gente debía esperar para el ataque.

Levana confiaba en la lealtad de Cinder hacia Lobo. Ella tenia que creer que Cinder no atacaría el tiempo suficiente para quedar atrapada en el fuego cruzado. Que no se atrevería a poner a su amigo en peligro.

Pero ni siquiera podía estar segura de que era su amiga más. Todavía era Lobo, o ¿quién era ahora? ¿Un monstruo?, ¿un depredador?

Ella apretó la mandíbula, al reconocer la hipocresía en sus pensamientos. Ahora era igual a los soldados que estaban de pie junto a ella, dispuestos a luchar y morir por ser libres. Lo que sea que fuera Lobo, tenía que creer que seguía siendo su aliado.

La verdadera pregunta era si Lobo, su amigo, su aliado, su profesor , era un sacrificio que valía la pena para ganar esta guerra.

—Princesa— Strom gruñó, —Ella ha traído refuerzos—

Cinder no se atrevió a devolverle la mirada a Levana, aunque la curiosidad se agitó dentro de ella.

—Huelo que se acercan. Una docena de manadas, tal vez más, junto con sus amos. Pronto estaremos rodeados—.

Cinder mantuvo su expresión neutral. —Esta es tu última oportunidad— dijo, sosteniendo la mirada de su tía a través del patio—.Anuncia a todos estos testigos que soy Selene Blackburn, la heredera legítima al trono Lunar. Dame tu corona, y dejaré que tú y tus seguidores vivan. No tienen que perderse más vidas.

Los labios de color rojo sangre de Levana se curvaron en su pálida piel. —Selene está muerta. Soy la reina de la Luna, y tú no eres más que una impostora—

Cinder esperó una respiración completa antes de devolverle la sonrisa. —Pensé que dirías eso—.

Luego dejo caer el brazo.

CAPÍTULO 82

El ejército de Cinder se lanzó hacia delante, los civiles atravesaron juntos las puertas abiertas, mientras que los soldados corrieron hacia la valla, escalando hasta la cima y lanzándose en los jardines en el otro lado.

La reina no se inmutó. Sus taumaturgos no se movieron.

Habían llegado a la base de la escalera de mármol cuando Levana levantó la mano. Sus taumaturgos cerraron los ojos.

Fue un momento tenso.

Los soldados mutantes, su primera línea de ataque, cayeron como uno solo. Sus cuerpos enormes cayeron al suelo como si fueran juguetes olvidados, y un centenar de hombres aullaban de dolor, es lo que Cinder imaginaba. Había oído unos ruidos tan inhumanos sólo una vez, cuando ella misma había torturado al taumaturgo Sybil Mira, llevándola a la locura.

Los civiles cuyas mentes estaban protegidos por Cinder y los que tenían más fuerte su don empujaron hacia adelante, sobre los soldados lobo, tanto como pudieron. Pero los otros empezaron a tropezar y a detenerse cuando la reina los reclamó. Muchos colapsaron, sus armas cayeron en un ruido sordo al suelo. Aquellos bajo el control de Cinder se agitaron a su alrededor y por encima de ellos, tropezando con cuerpos caídos, avanzaron hacia adelante con armas levantadas

Los taumaturgos, pensó Cinder, intento llevar su control mental hacia las túnicas rojas y negras distintivas. Cada taumaturgo muerto sería igual a una docena de soldados o civiles que regresarían a su lado.

Pero el entusiasmo de los ciudadanos se encontró con la resistencia de los guardias de palacio reales que formaron una pared, dividiendo a la reina y su séquito de los atacantes que marchaban hacia ellos.

Ellos chocaron contra otros como un río en una presa. Sonó el acero. Lanzas de madera golpearon y se astillaron. Gritos de guerra y dolor resonaban por las calles.

Cinder se estremeció y dio un paso hacia adelante, para unirse los cuerpos que luchaban y hacer su propio camino hacia la reina, pero su cuerpo no se movía. Sus extremidades parecían atascadas en barro.

Su pulso dio un brinco.

No.

No lo había esperado— no tenía control—

Apretando los dientes, trató de sacudirse la manipulación que estaba siendo empujada en sus pensamientos. Se imaginó las chispas de electricidad de iluminación en el interior de su cerebro, el serpentear de energía cuando Levana tomo su propia mente en su contra. Siempre la había repelido antes. Siempre había logrado escapar, para ser más fuerte. Su cerebro cyborg podría anular los efectos de…

Un escalofrío corrió por su cerebro.

Su cerebro cyborg estaba roto.

No. No. ¿Cómo podía defender las mentes de los demás cuando no podía proteger sus propios pensamientos de la reina?

Ella apretó los dientes. Si era capaz de liberar una extremidad, le demostraría a su cuerpo que podía...

Ella gimió y cayó sobre una rodilla. Su cuerpo latía con energía de reserva, y sintió el chasquido repentino. Su tenue control sobre los ciudadanos se rompió. Los aullidos de dolor de los que la rodeaban penetraron en los oídos de Cinder.

Era cuestión de segundos, tomaría a sus aliados también.

La batalla realmente había terminado antes de que hubiera comenzado.

Cinder se sentó jadeando por el esfuerzo de tratar de liberarse del control mental de Levana, todavía cada una de sus extremidades se sentían pesadas y sin coordinación. Los gritos de sus soldados quedaron reducidos en quejidos y gemidos de moribundos. Incluso con breve encuentro, el olor del hierro de la sangre contaminada del aire.

Levana se echó a reír. Encantada y estridente, el sonido era tan doloroso como escuchar los gritos de un centenar de guerreros.

—¿Qué es esto?— dijo la reina, aplaudiendo. —¿Por qué, yo había estado esperando una batalla de habilidad, joven princesa. Pero parece que no puedes tolerar la lucha que había estado esperando—.Ella rio de nuevo. Levantando una mano, mientras acariciaba con sus uñas el pelo de Lobo, un gesto que era a la vez afectuoso y posesivo.

—Es fácil para ti, mi mascota. Ya cayeron en la trampa—.

Él gruñó, mostrando sus enormes dientes mientras merodeaba por las escaleras. Los guardias se abrieron para él y él pasó por encima de los ciudadanos colapsados sin siquiera verlos.

Cinder se estremeció. Había perdido la cuenta de cuántas veces se había enfrentado a esos vibrantes ojos verdes, tanto como un enemigo y como amigo. Pero nunca antes estado tan indefensa.

Ella trató de negar con la cabeza. Para pedirle a Lobo, o cualquier parte de Lobo que estaba dentro de la criatura.

—¡Hey, su majestad! ¡Aquí!—

Los ojos de Cinder se abrieron. Iko.

Una bala silbo a través de la multitud. Levana tropezó. Cinder vio la salpicadura de sangre en las grandes puertas de oro y hubo un momento, un pequeño momento en el cual ella se llenó de alegría. Le habían disparado… ¡la reina recibió un disparo!

Pero fue Lobo, quien rugió. Levana se había agachado detrás de él. La bala había golpeado cerca de su cadera y su uniforme ya se estaba oscureciendo con la sangre.

Iko gritó horrorizada.

Levana gruñó y su ira se oprimió alrededor de Cinder y la multitud como una soga. Su control mental la ahogaba. Era sofocante.

Lobo avanzo, no hacia Cinder, pero si hacia Iko. Podía verlo en sus ojos, el instinto animal. Quería atacar a su atacante.

El estómago de Cinder se estremeció. Ella no podía moverse. No podía hacer nada. Casi no podía respirar. Le ardían los pulmones, estaba atrapada.

Lobo llegó a Iko, mientras ella aun sujetaba la pistola, sin saber qué hacer. Sus garras la alcanzaron, rasgando fibras de piel de su abdomen ya rallado. Ella gritó y retrocedió, dispuesta a dispararle de nuevo. Él la tiró al suelo. Sus mandíbulas se hundieron en su brazo sintético y la pistola cayo a su lado. Un alambre chispeo en su boca y la soltó.

Cinder suplico para que su control volviera, para luchar, para ser más fuerte que ella, para gan…

—Soy la princesa Selene.

La voz incorpórea cayó sobre la multitud. Determinada. Familiar, todavia no.

La cúpula por encima de ellos se oscureció. Como una tormenta que se movía sobre el cristal tintado cerca de la negrura. En la superficie, una serie de cuadrados se iluminó. La luz azul en un primer momento, antes de que comenzara a mostrarse el vídeo.

La voz de Levana chilló a su alrededor. —¡Eres una impostora!—

Levana levanto la vista. Sus guardias y taumaturgos se tensaron.

—Y estoy lista para reclamar lo que es mío. Gente de Artemisia, esta es su oportunidad. Renuncien a Levana como su reina y juren lealtad a mí, o juro que cuando me ponga la corona, cada persona en esta sala será castigada por su traición. "

La sala del trono quedó a la vista, mirada desde la perspectiva de Cinder. Los sirvientes y los taumaturgos no habían cambiado de posición. Tampoco lo había hecho Kai, en la primera fila, aterrorizado y desesperado.

—Es suficiente. Mátenla—.

Luego apareció Levana, pero no era Levana. Ella era reconocible sólo por el vestido de novia de color rojo.

Bajo el glamour, su cara estaba desfigurada de crestas y cicatrices, su ojo izquierdo derretido y cerrado. La piel destruida continuaba por la mandíbula y el cuello, desapareciendo bajo el cuello de su vestido. Su cabello era más fino y de un tono más claro, de color marrón, y grandes trozos faltaban en las cicatrices que habían llegado a la parte trasera de su cabeza. Más cicatrices se podían ver en su brazo izquierdo la manga de seda no los ocultaba.

Quemaduras.

Eran cicatrices causadas por quemaduras.

Cinder lo sabía con certeza absoluta.

Un horrible grito bajó como un balde de agua fría sobre el cuerpo de Cinder

—¡Apágalo! ¡Apágalo!— chilló Levana. Ella se apartó del vídeo en el cielo, tomando los brazos y observando las caras de los taumaturgos más cercanos a ella y obligándolos a alejarse. —¡No miren! ¡Dejen de mirar! ¡Voy a arrancarles los ojos, a cada uno de ustedes!—

Cinder se dio cuenta de que ya no la paralizaba el control mental de Levana, era su propio shock que la mantenía clavada en el suelo.

Ella estaba afectada. La reina estaba perdiendo el control. Levana se veía obligada a ver la verdad debajo de su propio encanto, y no podía hacer nada para detenerlo.

El vídeo se disolvió en un caos de gritos y balas, sangre y órganos.

Levana se quedó mirando a la gente que ya no estaba bajo su control. Su encanto se había ido. Ella estaba horrible y desfigurada, y en ese momento, con miedo.

Una pistola disparó, pero falló. La bala se incrustó en las puertas del palacio. Alguien detrás de Cinder maldijo. Con los ojos muy abiertos, ella giró la cabeza. Era Scarlet, su pelo rojo era el centro de atención en la multitud. Ella volvió a cargar su arma y apuntó de nuevo.

Levana retrocedió dos, tres pasos, luego se volvió y corrió de vuelta a su palacio, dejando a su séquito de taumaturgos conmocionados atrás. Dejando a Lobo también, todavía agachado sobre el cuerpo de Iko, a pesar de que ya no estaba en movimiento. Su atención se centró en Scarlet, con el rostro deformado torcido por el reconocimiento y el horror.

Por un momento, Cinder se quedó inmovilizada por sus propios pensamientos dispersos. Ella no sabía qué hacer. Iko no se movía. No sabía si podía confiar en lobo. La reina había escapado, su camino hacia el palacio todavía estaba bloqueado, y aún había suficientes taumaturgos que controlaban a la mayor parte de los soldados y los civiles, pero todo el mundo estaba conmocionado, inmóvil, aturdido por el video—

Un aullido detuvo sus pensamientos rápidamente.

Cinder se quedó sin aliento, incapaz de decir de dónde había venido. No sabía si era uno de los soldados que se habían unido a su lado, o si se trataba de una de las manadas que Strom había mencionado que pronto los rodearían.

El aullido se unió a otro, y otro. Entonces se desato el caos.

CAPÍTULO 83

De pie en el estrado en el que había sido coronado rey de la Luna, Kai se cruzó de brazos y frunció el ceño hacia el público. Los líderes y diplomáticos de la Unión de tierra estaban con cara de piedra en un intento de ocultar la rabia que acechaba bajo la superficie. Levana los había encerrado en el gran salón con guardias apostados afuera de cada lado, junto con cientos de aristócratas Lunares, que sonreían y se reían entre dientes de los terrestres como si fueran animales adorables—exóticos y fascinantes e inofensivos.

Podía oír los sonidos distantes de la lucha y la estampida pies, pero fueron amortiguados por las gruesas paredes de piedra.

La amenaza de la revuelta y la matanza de miles de sus compatriotas no eran suficiente para sofocar la diversión de los Lunares. Ellos actuaban como si estuvieran en un circo. Animando cuando el sonido de la batalla se hizo más fuerte en el exterior. Hacían apuestas sobre diferentes taumaturgos y quien conseguiría el mayor número de muertos al final. Hacían chistes groseros sobre quién de ellos se quedaría sin abrigos de cachemira y vino de arándanos la próxima temporada si los trabajadores de los sectores exteriores no dejaban de jugar a sus juegos de guerra y volvían a trabajar, eran unos bufones perezosos.

Escucharlos hacia que Kai viera todo de rojo. No se dio cuenta de que sus manos estaban temblando en apretados puños hasta que Torin colocó una mano en su hombro. Kai dio un respingo, a continuación, obligó a sus puños a abrirse y respiró tranquilo. —No tienen idea – dijo —Ellos no tienen idea de lo que pasa en los sectores exteriores, no reconocen a los trabajadores que les permiten tener los lujos que tienen. Ellos creen que tienen derecho a todo lo que se les ha dado—.

—Estoy de acuerdo, es repugnante y tal vez incluso imperdonable— dijo Torin, —Pero hay que tener en cuenta que se han mantenido en la ignorancia acerca de lo que los sectores exteriores soportan—

Kai gruñó. Él no estaba de humor para sentir simpatía hacia estas personas. —Al parecer, la luna de miel ha terminado.

—Debo decir, la reina tiene un gusto por lo dramático—. Torin dirigió una sonrisa conocedora hacia Kai. –Al parecer también su sobrina.

Kai reprimió una punzada de orgullo. Cinder tenía una habilidad especial para hacer una entrada.

—¿Qué es lo que sabemos?—

—Todas las salidas han sido bloqueadas desde el exterior, y si le creemos a los Lunares, hay dos guardias apostados en cada salida.

—Los guardias son fáciles de manipular, ¿no es así?— Kai hizo un gesto hacia el público. —Estos Lunares ¿crees que podrían controlar a los guardias a través de las puertas? Cinder siempre dijo que podía detectar a las personas a través de las puertas, pero no sé si ella también podría manipularlos. Pero si pudiéramos conseguir que alguno de estos Lunares manipulen a los guardias para desbloquear las puertas, podríamos abrir un camino hacia los muelles... tal vez podríamos salir todos y estar seguros.

—Los muelles ofrecerían refugio y posibilidades de escape si Linh—dàren falla— dijo Torin—Pero no puedo imaginar que los Lunares quieran ayudarnos en cualquier momento.

Kai parpadeó. Fue la primera vez que había oído a alguien referirse a Cinder como Linh—dàren, era un título de alto honor.

—Tienes razón— dijo. —No nos van a ayudar, y son egoístas—. Pero entonces se detuvo a pensar ¿por qué Levana les encerró aquí también? Ellos piensan que son invencibles porque están bajo su protección, pero Levana no se preocupaba por ellos. Ella los usaría tan pronto como crea que van a ser útiles para su causa.

Un estruendo distante sacudió el palacio, seguido de gritos, roncos y furiosos, podrían haber sido miles de voces. Luego hubo una lluvia de disparos.

Kai se estremeció. Aun sabiendo que Levana había ido a encontrarse con Cinder y cualesquiera de los aliados que fueron persuadidos para unirse a ella, no le había parecido real. Una revolución, una batalla... era incomprensible. Pero ahora habían armas y la gente se moría y estaban atrapados.

—¡Esa fue una bomba!— Gritó un representante de Europa del Este. —¡Están bombardeando el palacio! ¡Van a matarnos a todos!—

Un grupo de Lunares cercanos empezó a burlarse, chillando de miedo, —Una bomba, oh por las estrellas, ¡No una bomba!—

Kai entrecerró los ojos. No sabía si el sonido había sido causado por un explosivo o no, pero el miedo de sus compañeros le habían dado una idea.

El portavisor que Levana había lanzado todavía estaba en el suelo junto al altar. Se dirigió hacia él y recogió los pedazos. Un par de paneles de plástico se había partido fuera y había un hueco permanente en la esquina, pero tarareo a la vida cuando se encendió.

Cuando se iluminó la pantalla, sin embargo, era confuso y pixelado, lleno de puntos negros y los iconos rotos. Maldijo, pasando los dedos sobre la pantalla, golpeando los mandos. Nada cambio.

—¿Su Majestad? — Torin se agacho junto a él.

Kai levantó el portavisor roto. —¿Qué es lo que Cinder haría? ¿Cómo lo arreglaría?—

Una arruga se formó en la frente de Torin. —¿Quieres enviar una Comm de ayuda?—

—Algo así— Paso una mano por su cabello, pensando, pensando. Se imaginó a Cinder en su tienda en el mercado. Ella había estado rodeada de herramientas y piezas de repuesto. Ella habría sabido qué hacer. Ella tendría…

Se paró de un salto, se le acelero el pulso, capto un parpadeo en la esquina del portavisor, lo golpeo con la parte superior del altar. Torin se echó hacia atrás.

Kai miró de nuevo y dejó escapar un grito excitado. La mitad de la pantalla se había aclarado.

Se abrió un comunicador.

—¿Cómo hiciste eso?— Dijo Torin.

—No sé— dijo, escribiendo un mensaje rápidamente. —Pero te sorprendería la frecuencia con la que funciona—

Un ataque de risa llamo su atención de nuevo a la audiencia. Un grupo de Lunares había formado un círculo alrededor de uno de los sirvientes que habían sido encerrados en el interior con ellos. La criada estaba bailando, pero con movimientos espasmódicos incómodos. Había lágrimas en su rostro, a pesar de que sus ojos estaban enfocados su expresión se torció en un intento de imaginarse a sí misma en otro lugar. La mirada oprimió el pecho de Kai.

De alguna manera sabía que esto no era un hecho inusual para la chica. Se preguntó si alguna vez había estado un día entero sometida a la voluntad de otra persona, sin el control de su cuerpo.

—¡Eso no es un vals en absoluto!— Exclamó un lunar, golpeando a su compañero en un hombro. —Dame una oportunidad con ella. Puedo hacerla mucho más elegante que eso.

—Ella necesita una pareja, ¿verdad?—Dijo otra persona. —Vamos a conseguir que uno de esos terrestres venga hasta aquí y tendremos nuestro propio teatro de marionetas mientras esperamos.

—Hey, ¿cómo la chica de la Mancomunidad Oriental, la que está relacionado con la ciborg? ¿La del juicio? ¿Dónde está ella?—

Kai escuchó un gemido. La madrastra y hermanastra de Cinder estaban arrodillados en el suelo entre dos filas de sillas, agarrándose entre sí en un intento de pasar desapercibidas.

Alejo la mirada de ellas y ajusto nuevamente su cinturón. —Es suficiente— dijo, acercándose al grupo. – ¡Suelten a esa sirvienta ahora mismo!

—Ah, parece que el emperador quiere bailar también.

Los aplausos con los que fue recibido Kai fueron de burla, pero para su alivio, nadie tomó el control de su cuerpo, entonces él puso un brazo alrededor de la criada y la abrazó contra su costado. Ella dejó de bailar a la vez y se dejó caer contra su cuerpo, agotada.

—Ustedes están frente a su rey— dijo, pronunciando cada palabra. Se alegró de que todavía llevaba la delgada corona Lunar, a pesar de que ser el rey consorte no era un título que poseía mucho poder. Esperaba que no todo el mundo lo supiera, sin embargo. —Ustedes no parecen comprender la situación. Todos somos prisioneros en esta sala, todos y cada uno de nosotros. Eso también nos convierte en aliados, nos guste o no—. Él señaló con el dedo hacia la pared del fondo. —Una vez que Levana sea derrotada— y lo será— ella se escapara. Y ¿dónde creen que ira?—

Fijó su mirada en las personas más cercanas a él. Estaban sonriendo. No parecía que hubieran tomado en cuenta sus palabras, aun así continuo—.Ella no nos mantiene aquí por nuestra seguridad, o porque ella quería que tuvieran una gran fiesta. Ella nos mantiene aquí como sus reservas. Una vez que sus guardias caigan, ustedes van a ser su siguiente línea de defensa. Ella va a utilizar sus cuerpos como escudos. Ella los convertirá en armas. Sacrificara cada persona en esta habitación y ella no va a sentir ni una pizca de remordimiento, siempre y cuando ella sobreviva. ¿No lo entienden? Ella

no se preocupa por ustedes. Lo único que le importa es tener más cuerpos a su disposición cuando los necesite.

Ojos brillaban a su alrededor. Era imposible saber si sus palabras estaban teniendo un impacto, pero él continuó: —Nosotros no tenemos que sentarnos aquí y esperar a que vuelva. Con su ayuda, podemos salir de esta habitación. Todos podemos llegar hasta el puerto real, donde estaremos a salvo y donde Levana no será capaz de utilizarlos para su guerra—

Un hombre de pie no muy lejos chasqueó la lengua. —Oh, pobre Rey de una Tierra patética, hablando con nosotros, como si fuéramos niños pequeños que se inclinarán ante él sólo porque lleva una corona. No somos aliados, Su Majestad, nunca nos ofenda, considerándonos iguales con su clase. Nuestra reina pudo haber visto la ventaja de hacerlo su marido y coronado como nuestro rey, pero la verdad, es que usted y sus compañeros son apenas dignos de lavar los espacios entre los dedos de nuestros pies—

La sala estalló en risas. El hombre que había hablado sonrió a Kai mientras que sus palabras fueron recompensados con gritos de sugerencias de todo tipo de cosas viles sobre porque los terrestres no eran dignos.

—Bien— Kai gruñó, su voz fría. —Permítanme convencerle.

Desconecto su portavisor, mostro un mapa holográfico de la Luna, ampliándolo de forma que colgaba sobre sus cabezas. La imagen lleno el espacio dentro de la gran sala, la superficie llena de cráteres de la Luna y los techos en forma de domos. Kai ajusto el mapa de manera que todo el mundo tenía una buena vista del centro de Artemisia y los ocho sectores de la ciudad que lo rodeaban. Entonces apareció la flota espacial que había ordenado que tomaran posición en el espacio ese mismo día, sesenta buques iguales reaccionado con rapidez a su comunicador. Sesenta naves que se dirigían hacia la capital de Luna.

—Cada una de estas naves espaciales de la Tierra está llevando armas capaces de destruir sus biodomos. Tenemos suficiente munición para reducir todo el país a escombros—.

Era una mentira. No todos los buques estaban armados, pero era suficiente, esperaba, que todavía pudieran causar un daño significativo. Los asustaría. La energía en la habitación cambio. Las sonrisas se volvieron vacilantes. Las risas falsas.

—Mientras ustedes estaban ocupados atacando a esa sirvienta, envié una comunicación al comandante con el fin de abrir fuego tan pronto como estén dentro del alcance. Pero voy a revocar esa orden una vez que mi pueblo sea puesto a salvo en los puertos—.

Una mujer rio, pero su risa era aguda y ansiosa. —No te atreverías a ponernos en riesgo con un ataque, ¡mientras que tú mismo estás en el palacio! Tú y todos tus amigos de la Tierra morirían también.

Kai sonrió. —Tienes razón. No atacaran el centro de Artemisia. Pero si no me equivoco, la mayor parte de sus hogares no están en la cúpula central, ¿verdad? La mayoría de ellos se encuentran en uno de estos sectores periféricos de la ciudad, ¿No es así?—

Las brillantes naves marcadas en el holograma estaban cerca. Muy cerca.

Los aristócratas se miraron, mostrando los primeros signos de nerviosismo. Era como si se pusieran de acuerdo mutuamente para guardar silencio como una señal para que alguien más hablara, pero nadie quería ser el que lo hiciera.

—Si no me equivoco— dijo Kai, —Tenemos menos de veinte minutos antes de que lleguen las naves. Si quieren ver sus casas una vez más, sugiero que comencemos a movernos rápidamente.

***

—Esto no es bueno— escucho Cress que dijo una voz nasal, o eso es lo que pensaba, faltaba algo de originalidad, a Sinus, el técnico idiota en computación de la reina.

Honestamente. Si Sybil le habría dejado permanecer en la Luna, Cress podría haber tomado el trabajo de este tipo cuando tenía diez años.

—Esto es muy, muy malo— continuó, su voz temblando de miedo.

—Sólo haz que se detenga— gritó una voz grave masculina. Cress estaba bastante segura de que era el mismo guardia que había estado fuera de la sala antes.

—¡No puedo! El vídeo ya se reprodujo. ¿Cómo quieres que lo detenga? — Gimió Sinus. —Ella... ella va a matarme. La reina me ejecutara por esto.

Contuvo un suspiro, Cress hizo todo lo posible para mover su pie. Un calambre estaba empezando a desarrollarse en su pantorrilla izquierda y ella tenía la sensación de que iba a caerse si no tenía la oportunidad de estirar el músculo pronto. Se las arregló para mover el pie un poco, pero el pequeño movimiento sólo le recordó a sus músculos que estaban encerrados en esa pequeña habitación.

El técnico sabía que era demasiado tarde. Él sabía que no podía detener la reproducción del vídeo. ¿Por qué no dejarlo?

—¿Y bien?— Dijo el guardia. —¿Ella creó más sorpresas para nosotros?—

—¿Qué más necesitas? Ese video… la reina será..—.No terminó, pero Cress sintio el temblor en su voz.

Después de haber visto el video ella misma en la mansión, Cress sabía que el vistazo no la dejaría pronto. La cara de Levana, sus cicatrices, su cuenca vacía, el nudo de una oreja. No era el rostro que había esperado, no importaba lo que había querido. No olvidaría ese rostro.

Y ahora todos ellos la habían visto. Cress esperaba que la misma Levana lo hubiera visto. Sospechaba que no recuperaría fácilmente su glamour después de un shock como ese.

Tal vez no, sin embargo. Levana había estado practicando su engaño durante mucho, mucho tiempo.

—¿La atraparon?— Preguntó Sinus.

—¿A la chica que hizo esto? Ella es... ella realmente sabía lo que estaba haciendo.

El comentario podría haber halagado a Cress si no hubiera estado tan incómoda. Así estaban las cosas, ella sólo quería que se fueran a hablar de ella a otro lugar. Ella todavía sujetaba el mango de la pistola que Thorne le había dado, y sus palmas estaban marcadas con los unos surcos rojos dolorosos.

—Ese no es el problema— gruñó el guardia. –Todo debe volver a la normalidad. Debes deshacerte del video antes de que…

No terminó. No había un antes. Ellos estaban hablando del pasado—

—Estoy tratando— dijo Sinus, —Pero todos los programas se han reestructurado y podría tardar días en…

Cress dejó de escuchar, su atención estaba en el calambre en su pie derecho. Ella abrió la boca, envolviendo sus manos alrededor del músculo en un intento de eliminar su calambre.

—¿Qué fue eso?— Preguntó Sinus.

Cress se encogió y se arrastró fuera de la habitación. En un segundo estaba de pie, apuntó el arma hacia el técnico, entonces al guardia, luego de nuevo al técnico. Por lo débil que había sonado su voz, había imaginando un chico no mucho mayor que ella, pero parecía que podría ser un hombre de unos cincuenta años.

El técnico se echó hacia atrás en su silla. El guardia sacó su arma.

—¡No te mue…!— Cress hizo una mueca cuando el músculo de su pierna se apretó y ella cayó en el escritorio. La esquina excavado en la cadera que todavía estaba dolorida en donde la estatua había caído sobre ella en las salas de los sirvientes. Gimiendo, ella se agachó para masajear los músculos.

Recordando la pistola, empezó a levantarla de nuevo, en el mismo momento en que el guardia la arrebató de su mano. Cress gritó y se agarró a él, pero el arma ya estaba fuera de su alcance. Gimiendo, ella volvió a frotar el músculo y levantó la mano que había quedado vacía en señal de rendición.

El guardia mantenía su propia arma apuntándole.

—Estoy desarmada— dijo dócilmente.

No parecía importarle.

—¿Estás...?— Sinus veía de las pantallas hacia ella—¿Tú hiciste esto?

—Sí, señor— Ella dio un suspiro de alivio cuando el dolor comenzó a retroceder. —Y, ¿puedo hacer una sugerencia? Debido a que he estado escuchándolos hablar y me preguntaba, si están seguros de que Levana va a ejecutarlos por no detener el video... ¿Han considerado unirse al otro lado?

Ambos se miraron fijamente.

Con sus manos en puños, Cress golpeo los lados de su pierna. Iba a tener que empezar a trabajar en sus regímenes de ejercicio de nuevo después de esto. O al menos dejar de esconderse en pequeñas habitaciones.

—Me refiero a que— Ella dijo. —Me he enterado acerca de la princesa Selene y ella es muy agradable. Ella no los ejecutaría, sobre todo por algo que no fue su culpa.

—Te voy a llevar en custodia— dijo el guardia, agarrándola del codo.

—¡Espera!— Gritó, incapaz de liberarse de su agarre. —¿Ustedes ni siquiera van a pensarlo? ¿Van a escoger ser ejecutados por las manos de Levana o… no ser ejecutados? "

El guardia sonrió mientras la apartaba del borde de las pantallas invisibles. —Esta rebelión no va a tener éxito.

—Sí lo tendrá. Levana será destruida y Selene creará nuevas leyes y…

Ella fue interrumpida por una alarma a todo volumen de una pantalla en el otro lado del centro de control. El guardia se volvió hacia el sonido, sujetando a Cress contra su pecho, como si fuera una amenaza con su pierna acalambrada y una pomposa falda de color naranja.

—¿Ahora, que está pasando?— Gritó el guardia.

Sinus ya estaba en la pantalla de advertencia. Se quedó con la boca abierta por un momento, antes de que él dijera entre dientes, —Creo... Creo que estamos bajo ataque.

— ¡Obviamente estamos bajo ataque!

Sinus sacudió la cabeza y amplió un holograma. Por encima de las cúpulas brillantes de Artemisia, un regimiento de naves espaciales había violado el espacio neutral y se movían rápidamente hacia la ciudad. —No los civiles— dijo. Una gota de sudor cayó por su sien. —Estas son las naves de guerra de la tierra.

Todos miraron las naves, viendo como las luces parpadeantes se acercaban constantemente. Fue Cress quien logró ordenar sus pensamientos primero. Ella se puso recta, pero el guardia tenía un control firme sobre ella.

—Así es— ella dijo, aliviada cuando su voz no tembló. –La Princesa Selene se ha aliado con la Tierra. Si Levana no se rinde, estamos preparados para destruirlos a todos— Se pasó la lengua por los labios resecos y estiró el cuello para mirar al guardia. Ella esperaba que sonara convincente cuando dijo:

—Pero aun no es demasiado tarde para que se unan al lado ganador.

CAPÍTULO 84

Iko estaba empezando a comprender por qué los seres humanos se ponían en posición fetal cuando tenían miedo. En el suelo, a su lado, con la nariz metida en sus rodillas y su brazo bueno, se dejó caer sobre su cabeza, no quería volver a moverse de nuevo. Lobo la había mordido en el brazo ya dañado y se podía decir que había hecho una buena cantidad de daño a su abdomen y los muslos también, no que ellos estaban en buen estado, para empezar.

¿Qué había en ella que atrajo garras y dientes afilados? Las balas también, para el caso. Esta era una injusticia androide que necesitaría ser tratada tan pronto como a toda esta cosa revolución haya quedado atrás.

Una bota pisoteó a pulgadas de su cabeza y ella se encogió con más fuerza. Ella no quería levantarse. Ella no quería moverse. Ella quería que su célula de la energía de viento fuera formateada para que ella pudiera despertar completamente arreglada, una vez más, después de Cinder le hubiera-

Cinder.

Cinder no tenía la opción de estar en estado de coma en el medio de su revolución. Cinder estaba ahí fuera, ahora, en peligro.

Gimiendo, Iko se atrevió a bajar el brazo y explorar su entorno. A su alrededor, gritos de guerra bombardeando su sensor de audio, y el ruido de las pisadas de carga tronaron en sus extremidades. Ella miró a través del torrente de las piernas y armas-por primera vez los soldados lobo, a continuación, los hombres y las mujeres de los sectores exteriores, agarrando sus lanzas y cuchillos. Todos yendo hacia el castillo cuando los taumaturgos trataron de tomar el control de nuevo.

Pero eran demasiados, y los lobos eran demasiado difíciles de controlar. Eso es lo que Lobo había estado diciendo desde el principio, ¿no? Los soldados estaban destinados a ser desatados en la Tierra, un flagelo de la muerte y el terror. Ellos no estaban destinados a ser soldados formales, correctos y bien organizados.

Y había muchos de ellos. Más de los que Cinder habían llevado a través de los túneles. Iko hizo una mueca cuando un nuevo regimiento de soldados apareció en combate, oyó el crujir de sus dientes. Mordiendo a cualquier persona que se moviera. A su alrededor, los mutantes luchaban entre sí. Cuchillas cortaron a través de sus gargantas. Lanzas atravesando su carne.

—Muy bien, Cinder— susurró ella, obligándose a sentarse. —Ya voy—.

Sus sistemas internos estaban desgastados, su procesador era una mezcla de mensajes codificados, y ella podía sentir al menos dos alambres desconectados y chispas en el estómago. Ella tomó su arma fuera de la tierra.

Se tardaba muchísimo para encontrar a Cinder con todo el caos de afuera y con su brazo herido colgando a un lado. Sostuvo el arma lista, disparando cuando pensaba que podría salvar a alguien, haciendo caso omiso de los innumerables rasguños que aparecían como magia en su ropa y piel sintética. ¿Qué serias algunos más arañazos en este punto, de todos modos? Por una vez se alegró de no tener terminaciones nerviosas. Sólo esperaba que su cuerpo no se caiga sobre ella con todas las lesiones sufridas.

En el momento en que vio a Cinder, ella estaba fuera de las balas. Gracias a las estrellas, Cinder estaba alojada fuera de la lucha por una vez. Algunas de las estatuas de piedra que bordeaban el patio habían sido derribadas y Cinder se había agachado detrás de una, viendo la batalla como si estuviera esperando la oportunidad adecuada para moverse en ella.

Iko se deslizó a su lado, presionando su espalda contra la estatua. —Un buen discurso el de antes—.

En ese momento Cinder giró la cabeza, casi sacando la nariz de donde estaba refugiada, pero Iko la detuvo instintivamente. Ella se congeló justo a tiempo. Alivio nubló sus ojos. —¿Estás bien— se quedó sin aliento. —¿Lobo?—

—Puede tener problemas para controlar la ira. ¿Scarlet?—

Cinder sacudió la cabeza. —La perdí—.

Un soldado enemigo salió de la nada. Cinder empujó a Iko a un lado y empujó la cabeza del soldado en la estatua con su puño de metal. Con la estatua agrietada, tomó un trozo de piedra, y el soldado se desplomó inconsciente en el suelo.

—Cinder, estás sangrando— dijo Iko.

Cinder bajó la mirada hacia su hombro, donde la herida que había vendado en la mansión había sangrado antes. Procuro no tocarlo mientras agarraba el codo de Iko y tiró de ella en lo que la cubierta protectora de la estatua podría ofrecer. —Levana regresó en el palacio. Necesito llegar allí—.

—¿Crees que Kai esté allí también?—

—Probablemente—.

Iko asintió. —Entonces me voy contigo—.

Un grito tembloroso llamó la atención de Iko de nuevo a tiempo para ver a una mujer del sector de la madera clavándose su propio cuchillo en el pecho. Los ojos de Iko se abrieron. No podía apartar la mirada mientras la mujer se puso de rodillas, mirando la boca abierta en sus propias manos traidoras.

A su lado, Cinder dejó escapar un grito de guerra y se precipitó hacia un taumaturgo. Ella tomó un cuchillo de la mano de un guardia justo antes de que se acercara a ellas e hizo el mismo movimiento.

Iko retrocedió. Ella había sido testigo de la muerte ya lo suficiente, incluso si éste era un enemigo.

—Iko, ¡vamos!—

Levantando la cabeza, vio a Cinder saltando por encima de los caídos taumaturgos y siguió corriendo, directamente a las puertas del palacio. Ella todavía estaba agarrando el cuchillo del guardia, pero Iko no estaba segura de cuanta sangre había en ella era nuevo.

—Derecha. Sólo tendremos que matar a todos los malos. —Iko miró su mano inerte, la sacudió un poco, y observó sus dedos tambalearse inútilmente. —Buen plan—.

Preparándose, se precipitó de cuerpo a cuerpo, tejiendo su camino entre los caídos y la lucha. Ella se encontró con Cinder mientras corría a través de las puertas del palacio.

Iko la siguió, y luego frenó en seco. Su mirada viajó hacia arriba y arriba y arriba, en la parte superior de la escultura de la diosa de la luna antigua centrada en la sala principal. —Whoooa—.

—Iko—.

Encontró a Cinder jadeante al otro lado de la estatua, su atención lanzando un lado y luego el otro. El cuchillo ensangrentado aún estaba sujeto en sus nudillos blanqueados.

—¿De qué forma crees que fue?— Preguntó Cinder.

—¿Abajo en los puertos de la nave espacial para que pudiera huir, para no ser vista de nuevo?—

Cinder la cortó con una mirada desconcertada.

—¿O tal vez para pedir refuerzos?—

—Tal vez. Necesitamos encontrar a Kai. Levana lo usará contra mí si puede—.

Iko tiró de una trenza, contenta de que, no importaba cuan malo estuviera su cuerpo, el pelo todavía se veía bien. —La coronación se supone que tendrá lugar en el gran salón. Podríamos empezar por ahí. —

Cinder asintió. —No tengo acceso a los planos de palacio. ¿Me puedes llevar? —

Las sinapsis internas de Iko se dispararon durante unos momentos antes de que se las arreglara para calcular las palabras de Cinder. Ella recordó la totalidad de su planificación y trazado, todos los diagramas y mapas y estrategias que habían sido dibujados. Ella levantó la mano y señaló en señal de aprobación. —La gran sala está en esa dirección—.

* * *

Scarlet pudo escuchar la voz de su abuela, amable pero firme, como la batalla que se prolongó alrededor de ella. Había visto abdómenes desgarrados y gargantas con dientes arrancando más de lo que sus pesadillas podrían haberle mostrado. Aun así, los soldados siguieron llegando. Ella sabía que tenían un regimiento de su lado, pero ella no podía comenzar a adivinar cuantos de los soldados estaban luchando con ella y cuántos en contra de ella, y no importa cuántos cayó, más siempre estaban allí, listos para reemplazarlos.

Scarlet tenía miedo de que pudiera disparar un aliado, cada civil empapado de sangre parecía un enemigo, ella se centró en los objetivos obvios. Los taumaturgos en sus chaquetas marrón y negro eran fáciles de detectar. Scarlet sintió que una conciencia se acercaba a ella, era una vida, una vida humana que estaba a punto de tomarla, que vería a uno de los civiles poner una pistola en la cabeza o apuñalar a cada uno de sus miembros de la familia hasta la muerte. Ella vio un taumaturgo que tenía la cara apretada de concentración y todos sus reparos desaparecieron.

Sostener el arma con las dos manos, su abuela le decía. Sé que lo hacen de manera diferente en los dramas, pero son idiotas. Alinear su destino mediante las vistas frontal y posterior. No tirar del gatillo sino exprimirlo. Se encenderá cuando esté listo.

El taumaturgo, en su línea de visión, se tambaleó hacia atrás, una mancha oscura apareció en su abrigo rojo.

Hacer clic. Hacer clic.

Scarlet alcanzó su bolsillo trasero.

Vacío.

Maldijo. Empujando la pistola en su cintura, ella se dio la vuelta, buscando el terreno para otra arma. Después de haber estado tan centrada en la orientación de sus enemigos, se sorprendió al encontrarse a sí misma en un mar de cuerpos y sangre.

Una gota de sudor se deslizó por la sien.

¿Cuántas habían perdido? Parecía que la lucha había comenzado. ¿Cómo había tantos muertos ya? La consternación le llenó los pulmones.

Este era un campo de batalla. Una masacre. Y se quedó atrapada en el medio de ella.

Ella lanzó un suspiro tembloroso, deseando poder liberar su terror junto con él. La voz de su abuela había desaparecido tan pronto como había guardado el arma. Ahora sólo quedaba el sonido de matar. Gritos y gritos de guerra. El hedor de la sangre.

Detectando un hacha, se inclinó para recogerla, y no se dio cuenta hasta que la encontró que la resistente hoja estaba enterrada en un cuerpo. Haciendo una mueca, cerró los ojos, apretó los dientes y tiró de él. Ella no quería comprobar a quien le pertenecía el cuerpo.

Estaba agotada en todos los sentidos, agotada a mitad de camino hasta el delirio. Su atención cayó sobre una mujer de mediana edad que a primera vista le recordaba a Maha, pero mayor. La mujer estaba temblando de golpe y su brazo fue cortado y desgarrado por los dientes, Scarlet supuso, y ella estaba usando su mano buena para arrastrar a un hombre herido a la seguridad.

Scarlet se tambaleó hacia delante, agarrando el mango del hacha. Ella debia ayudarla.

Ella dejó caer el hacha, pero luego se retorció los dedos, era su primera advertencia. Abriendo los ojos, bajó la mirada hacia su mano. Sus nudillos blanqueados en el mango del hacha, agarrándolo con más fuerza. Un estremecimiento atravesó su cuerpo.

Otra persona tenía el control de sus manos.

Pero ellos no habían pensado en tomar su lengua, por lo menos.

—¡Aléjate de mí!— Gritó, sin dirigirse a nadie en particular. A cualquiera lo suficientemente cerca como para escuchar. —¡Corre!—

La mujer hizo una pausa y miró hacia arriba. No había suficiente tiempo. Las piernas inconexas de Scarlet tropezaron hacia ella y ella tomó el hacha con ambas manos y se la llevó hacia arriba, flexionando sus músculos bajo su peso. —¡Corre!— Gritó una vez más, el pánico arañando su garganta, su mente superada con la horrible realidad de estar bajo el control de un taumaturgo.

Comprensión llenó la cara de la mujer y ella trepó hacia atrás. Se volvió para correr, pero tropezó.

Scarlet gritó de angustia. La mujer levantó las manos para protegerse. Scarlet cerró los ojos con fuerza, empujando lágrimas que no había sabido que estaban ahí, y sus brazos balancearon el hacha hacia el estómago de la mujer.

El hacha se detuvo discordante, deteniendo a mediados de oscilación.

Jadeando alrededor de su propio latido del corazón, Scarlet se atrevió a mirar hacia arriba.

Una forma, misteriosa y oscuro y cubierto de sangre, se alzaba sobre ella. Scarlet gimió. En relieve, en agradecimiento, en mil sentimientos que sabía cómo describir con palabras. —Lobo—.

Sus ojos eran tan verdes vibrantes como siempre, a pesar de estar más hundidos que antes, a raíz de la nariz y la mandíbula protuberante.

El brazo de Scarlet trató de sacar el hacha, pero él la arrancó de su agarre.

Sus dedos sin sentido cambiaron de táctica, escarbando por una debilidad, aunque no había muchos. Sus pulgares se sumergieron por sus cuencas de los ojos.

Lobo la atrapó con facilidad, sin soltar el hacha mientras sus brazos vinieron alrededor de Scarlet, sofocándola, sujetando los brazos a los lados. Ella gritó con frustración, y no estaba segura de sí era su propia frustración o la de un taumaturgo gritando a través de ella. Sus piernas empujaron patadas, su cuerpo retorciéndose contra la mano de hierro de Lobo. Estaba inmóvil y sin piedad, inclinándose de cara a su alrededor como un capullo.

El taumaturgo se rindió, de pasar a controlar a una víctima fácil. Scarlet sintió la liberación como una banda de goma pegando en el interior de sus extremidades. Se estremeció, fundiéndose en el abrazo del lobo con un sollozo.

—¡Oh, por las estrellas!— gritó ella, enterrando la cara en su pecho. —Casi me gustaría tener—.

—No lo hiciste—.

Su voz era un poco más dura, pero aun así era la suya.

La palma de sus manos sobre el pecho, Scarlet se apartó y lo miró. Sus respiraciones seguían sacudiendo el interior de sus pulmones, los sonidos de la batalla todavía resonaban en sus oídos, pero no había sentido tanto miedo en días. Ella se acercó, vacilante al principio, y rozó sus dedos sobre los nuevos pómulos prominentes, a lo largo de la cresta desconocida de su frente. Lobo hizo una mueca. Era la misma cara que había hecho la primera vez que había descubierto sus colmillos.

Encontró la cicatriz en su ceja izquierda, y la cicatriz en su boca, y tenía razón en que los recordaba de la noche en que lo había besado a bordo del tren en dirección a París.

—Todavía eres tú, ¿verdad? No has cambiado... que? —

Ella vio su mandíbula hacia abajo. —Sí— se ahogó. Entonces, —no lo sé. Creo que sí. —Su rostro arrugado, como si fuera a empezar a llorar, pero no lo hizo. —Scarlet. Estoy tan harto del sabor de la sangre—.

Arrastró la yema del pulgar por el labio inferior, hasta que chocó con uno de los dientes caninos afilados. —Eso es bueno— dijo. —No se sirve una gran cantidad de sangre en

la granja, así que vamos a tener que trabajar en tu dieta, de todos modos—. Tomando nota, una mancha de sangre seca en la mejilla, ella trató de fregar, pero rápidamente se detuvo. —¿Has visto a Cinder? Debemos encontrar…—

—Scarlet—. Su voz temblaba de desesperación y miedo. —Ellos me hicieron cambiar. Soy peligroso ahora. Estoy…—

—Oh, por favor. No tenemos tiempo para esto. —Pasando sus manos en su pelo, el mismo suave, salvaje, pelo despeinado, tiró de él hacia ella. No estaba muy segura de lo que un beso sería, diferente y torpe; y, en ese momento, robado y precipitado, pero estaba segura de que podría perfeccionar más tarde. —Tú siempre has sido peligroso. Pero eres mi alfa y soy el tuyo y eso no va a cambiar, aunque te dieran una nueva mandíbula. Ahora ven. Deberíamos…—

Detrás de Lobo, un soldado dejó escapar un grito de dolor y cayó al suelo, sangrando por una docena de heridas. Lobo sacó a Scarlet por la espalda, protegiéndola. Había sangre que cubría su lado, y recordó que Iko le había disparado, pero él no parecía darse cuenta de la herida.

Miró de nuevo, recorriendo las armas, las extremidades, los cuerpos.

Menos caos que antes. La batalla empezaba a disminuir.

No había muchas personas, dejaron de luchar, y todavía se podían ver los taumaturgos reunidos en la distancia. Algunos habían caído, sin duda, pero su número se sostenía. Era demasiado fácil para ellos tomar el control de los civiles, y con los soldados lobo manteniéndose ocupados...

¿Era posible que estemos perdiendo?

Un civil controlado vino corriendo hacia ella, una lanza se mantuvo por encima de su cabeza. Lobo se la robó y rompió la lanza a la mitad antes del Scarlet pudiera reaccionar. Se volvió y gruñó, y tiró a Scarlet antes de que un cuchillo cortara a través del aire. Con un solo tiro del puño de Lobo, el hombre desprevenido cayó inconsciente. A pesar de que aún sostenía el hacha, Lobo no lo mató. Después de todo, estos eran sus aliados, incluso si se habían convertido en armas para el enemigo.

Cuanto más se redujera, más fácil sería que los taumaturgos para tomar el control...

—Quédate abajo!— Gritó lobo, empujando a Scarlet al suelo y agachándose sobre su cuerpo. Un escudo para ella. Su instinto todavía estaba allí, por lo menos. El deseo de protegerla por encima de todo.

Esa fue toda la confirmación que necesitaba.

Sintiéndose más segura de lo que debía, Scarlet se mantuvo baja y examinó el caos para cualquier signo de Cinder o Iko o Alpha Strom o…

Vio a un soldado lobo, uno que no conocía, a punto de lanzarse contra ellos. —¡Lobo!—

Lobo gruñó, mostrando los dientes.

El soldado vaciló. Olió una vez en el aire, mirando a Lobo, luego a Scarlet, y después a Lobo otra vez. Luego se volvió y se fue corriendo a buscar otra víctima.

Mojando sus labios agrietados, Scarlet puso una mano en el codo del Lobo. —¿Estamos perdiendo?— Dijo ella, tratando de contar, pero era imposible saber cuántos de los

soldados lobo eran de ellos y cuántos de Levana. Ella sabía que los civiles estaban cayendo más y más rápido que la balanza se inclinó a favor de los taumaturgos.

—No por mucho tiempo— dijo Lobo.

Ella estiró el cuello hacia arriba. Sus ojos todavía brillaban peligrosamente, el escaneado de amenazas inmediatas. —¿Qué quieres decir?—

Su nariz se torció. —La princesa Winter está cerca, y... ella trajo refuerzos—.

CAPÍTULO 85

—Ya casi estamos allí— dijo Iko, mientras ella y Cinder se arrastraban por el pasillo principal del palacio. Todavía podía oír los sonidos de la batalla que se libraba en la distancia, pero el palacio estaba tranquilo en comparación. No había habido ningún signo de Levana, ya que habían entrado e Iko casi esperaba que la Reyna Loca saltara desde detrás de una esquina y tratara de apuñalarlas con sus zapatos puntiagudos de tacón.

Al ver a Levana en la escalinata del palacio, era la primera vez que Iko había visto a la reina lunar, y su cara llena de cicatrices hizo que Iko deseara no ser inmune a los espejismos. Después de años de escuchar acerca de la famosa belleza de la reina, la verdad había sido algo decepcionante.

Pero la verdad estaba por salir a la luz. Gracias al vídeo de Cinder, ahora todo el mundo sabía lo que se escondía debajo de la ilusión. Era de esperar que fueran capaces de encontrar a la reina mientras aún podían.

El agarre de Cinder se tensó sobre su cuchillo con sangre. —Dos guardias más adelante—.

Dieron la vuelta a una esquina, y ella tenía razón, dos guardias se pararon frente a una serie de puertas ornamentadas, enormes cañones ya formados en ellos.

Iko se congeló y dirigió su mano buena en una demostración de la inocencia. Ella trató de sonreír con dulzura, pero con su oreja cortada y una contracción muscular en la mejilla, ella no estaba actuando a la altura de sus capacidades.

A continuación, el reconocimiento facial se generó a través de su procesador.

—Usted!— Gritó. —Él es... ese es el tipo que salvó a Winter—.

Aunque el guardia estaba inmóvil, probablemente gracias a Cinder, su cara estaba libre para girar con disgusto mientras sus ojos recorrieron la longitud del cuerpo maltratado de Iko, cables muertos, partes sueltas, y todo.

—Y usted sí que es un molesto robot—.

Iko se encrespó. —El término correcto es escolta-droide, aunque lo ignoréis, ¡desconsiderado!—

—Iko—.

Ella cerró la boca, aunque sus sinapsis todavía estaban disparando.

Cinder ladeó la cabeza hacia un lado. —Así que tú eres el que mató al capitán de la guardia de Levana?—

—Lo hice— dijo.

El segundo guardia gruñó, proyectando su mirada entre su compañero y Cinder.

—Traidor—.

Una risa baja y sin humor resonó a través de la garganta del primer guardia-Kinney, según Iko recordaba-.

—Estás desperdiciando energía en controlarme a mí. No tengo ninguna intención de dispararte—.

—Bien— dijo Cinder arrastrando las palabras, aunque Iko podía decir que no confiaba plenamente en él.

—Siempre y cuando no se trate de hacernos daño, no tengo ninguna razón para manipularlo—. No fue una verdadera concesión. Si trataba de hacer algo, Iko sabía que Cinder podía detenerlo.

Los músculos de los brazos de Kinney se relajaron. —Así que usted es la cyborg que ha estado causando tantos problemas—.

—Wow— Iko reflexionó. —Él es bastante inteligente—.

Su nariz se arrugó, preguntándose si ella estaba empezando a excederse en el sarcasmo, pero su ego hizo escozor. Se había acostumbrado a que las personas la trataran como si fuera humana. No sólo humana, sino también hermosa. Pero ahora ella solo se quedó con un brazo colgando y tejido de la piel rallada y una oreja cortada, y toda lo que el guardia veía era una máquina rota.

No es que su opinión importaba. Era claramente un tirón. A excepción de todo el asunto de que salvó la vida de Winter, que probablemente fue un golpe de suerte.

—¿Esta Levana ahí?— Preguntó Cinder, señalando a las puertas enrejadas.

—No, sólo los invitados a la coronación. Nuestros pedidos fueron para contenerlos hasta que la reina o un taumaturgo se recuperaran. Sospecho que se está preparando para sacrificar todos los terrícolas si no se rinden—.

—Suena como ella— dijo Cinder, —pero dudo que ella tenga la fuerza para mantener su glamour sobre tantas personas a la vez en este momento. De lo contrario, creo que ella habría venido directamente aquí—.

Kinney frunció el ceño, especulativo. Él no había visto el video. No sabía que la verdad bajo el glamour de Levana había sido revelada.

—¿Dónde más podría ir?— Preguntó Cinder. —Si ella estaba tratando de atraerlos a algún lugar, en algún lugar que se sienta segura y de gran alcance—.

Se encogió de hombros. —La sala del trono, supongo—.

La mandíbula de Cinder se tensó. —Ahí es donde fue la fiesta la otra noche? Con el balcón sobre el lago? —

Kinney había empezado a pensar cuando el segundo guardia dio vueltas la cabeza hacia atrás y escupió. Literalmente, escupió sobre el precioso azulejo del piso.

—Oh!— Exclamó Iko.

—Cuando ella te atrapé— gruñó el guardia, —Mi reina va a comer su corazón con sal y pimienta—.

—Bueno— dijo Cinder, despreocupada, —mi corazón es la mitad sintético, por lo que probablemente le daría indigestión—.

Kinney parecía casi divertido. —Los guardias tienden a ser tratados bien aquí. Usted encontrará que muchos de nosotros permanecerán fieles a Su Majestad Levana. — Nombre de pila de la reina: torpe—

Iko se preguntó si alguna vez lo había dicho antes.

—¿Por qué no?— Preguntó Cinder.

—Algo me dice que me va a gustar más su oferta—. Su mirada se deslizó hacia Iko. — Incluso si me hace mantener extraña compañía—.

Ella resopló.

Dando un paso adelante, Cinder desarmó al segundo guardia, tomando su arma de fuego por sí misma. —Tal vez cuando todo esto termine puedo convencerlos de que tengo la intención de tratarlo muy bien también—.

Cinder se volvió e Iko pudo distinguir el conflicto a través de sus músculos faciales. — Quédate con Kai. En caso de que ella envié un taumaturgo después de ellos, quiero alguien allí que no pueda ser controlada. Y trata de mantenerlo a él y a cualquier otro terrestre lejos de aquí. —Ella inhaló profundamente. —Voy por Levana—.

—No, espera— dijo Iko. —Debería ir contigo—.

Haciendo caso omiso a Iko, Cinder señaló con un dedo hacia Kinney. —Si usted es leal a mí, entonces usted será fiel al emperador de La Tierra, protéjalo con su vida—.

El guardia vaciló, pero luego llevó un puño a su corazón.
Con su nueva arma en una mano y el cuchillo en la otra, se volvieron y empezaron a correr de nuevo en la dirección que habían llegado.

—Cinder, espera!— Gritó Iko.

—Quédate con Kai!—

—¡Pero ten cuidado!—

Cuando Cinder dobló la esquina, Iko giró de nuevo hacia a los dos guardias, al igual que el segundo guardia se dio cuenta que tenía el control de su cuerpo de nuevo. Contemplando oscurecimiento en su rostro, levantó la pistola, apuntando a Iko.
Kinney le golpeó en la cabeza con la culata de su propio rifle. Iko dio un salto hacia atrás mientras el guardia estaba tendido de bruces en el suelo.

—Siento que debería ir con ella— dijo Kinney.

Gruñendo, Iko pasó por encima del guardia caído y señaló con el dedo en el pecho. — La conozco mucho más tiempo que tú, señor, y si hay uno de nosotros que debería ir con ella, soy yo. Ahora abrir estas puertas—.

Una ceja, oscura y gruesa, salió disparada hacia arriba. Podía verlo luchando por decir algo, o no decir nada. Se dio por vencido y se alejó, empujando la tabla de madera a través de las asas. Él tiró de la puerta abierta.

Iko dio dos pasos a la gran sala y se congeló.

La habitación no estaba llena de cientos de aristócratas lunares y líderes de tierra y su apuesto emperador. De hecho, sólo unas pocas docenas de vibrantes vestidos Lunares se situaban en el otro extremo de la habitación. El resto del suelo estaba lleno de sillas, muchos de ellos en sus lados por lo que prácticamente no había espacio para caminar, por lo que era difícil de atravesar.

—Él lo hizo!— Gritó una mujer lunar, llamando la atención de Iko.

—Nosotros no queríamos ayudar a los terrestres pero amenazó con bombardear la ciudad. Oh, por favor, no le diga a la reina—.
Iko miró hacia atrás, pero a juzgar por la forma en la boca de Kinney se había abierto, estaba tan sorprendido como ella. Ella comenzó a forjar un camino a través de las sillas caídas, y se le ocurrió a Iko que todo aquello que habían dispersado en el suelo lo habían hecho probablemente intencionalmente, para frenar cualquier persona que intentara perseguirlos.

A medida que se acercaban, Iko vio una puerta abierta detrás de un altar, una enorme cortina tirada a través de ella, que normalmente habría mantenido oculto.

—Esa puerta conduce a las salas de la servidumbre— dijo Kinney, —pero deberían haber sido vigilados también—.

—Oh, te ves terrible!— La primera mujer gritó, cubriéndose la boca cuando vio las heridas de Iko. —¿Por qué alguien usaría su glamour para parecerse a eso?—

Antes de que Iko pudiera procesar una reacción de protesta, Kinney preguntó, — El emperador Kaito está llevando a los terrestres a los puertos?—

Los Lunares asintieron, algunos apuntando a la puerta abierta. —Por allí— dijo la mujer a la ofensiva. —Lo puede capturar si se da prisa. Y no se olvide de decirle a Su Majestad que nos quedamos atrás! —

Haciendo caso omiso, se dirigieron hacia la puerta.
Iko comenzó a buscar el camino más directo a los puertos, pero se hizo evidente que Kinney sabía qué camino tomar, por lo que le permitió conducir. No habían estado funcionando durante mucho tiempo antes de que su sensor de audio recogiera varias voces resonando por el pasillo.

Doblaron una esquina e Iko vio la fuente del ruido más adelante, aquí estaban los cientos de aristócratas lunares, escalonados en una línea desordenado, a la espera de pasar a través de una puerta en un hueco de la escalera que conduciría hacia abajo, hacia los subniveles debajo de la palacio.

Entre la charla, su entrada de audio reconoció una voz.

Kai.

Ella lo reconoció a gran velocidad. Los Lunares, que no se dieron cuenta hasta que ella estaba justo detrás de ellos, se sorprendieron, muchos de ellos arrojándose contra las paredes para dejarla pasar.

—Kai!—

La multitud se movió. Kai y su asesor, Konn Torin, se pusieron junto al puerta de la escalera, instando a la gente a moverse más rápido, para mantener el ritmo.

Sus ojos chocaron con ella. Alivio. Felicidad. —¿Iko?—

Se arrojó a los brazos de Kai, por una vez no preocupándose por el revestimiento de madera chamuscada en el lado de la cara o de los agujeros en su torso. Le apretó la espalda. —Iko. Gracias a las estrellas. —

Tan rápido como la había abrazado, la empujó de nuevo a la distancia de un brazo y miró por encima de su hombro, pero su alegría se cayó cuando vio solamente Kinney a su lado.

—¿Dónde está Cinder?—

Iko, también, miró hacia atrás. Kinney se mofaba desdeñosamente de la mano de Kai en el brazo roto de Iko. Ella apretó los labios en su propia mueca.

—Ella está en busca de Levana. Creemos que se fue a la sala del trono—.

—¿Sola?—

Ella asintió. —Ella quería que me asegurara de que estabas bien—.
Exhalando un suspiro de frustración, Kai empujó Iko y Kinney contra la pared, abriendo un camino para aquellos Lunares que todavía estaban esperando para descender.

—Estamos llevando a todo el mundo a los puertos de la nave espacial. Será el lugar más seguro mientras la lucha continúa y sin mantener ningún tipo de marionetas más de las manos de Levana. —Él apretó la mano de Iko, y su cableado zumbó con deleite. —¿Crees que serías capaz de abrir los puertos para permitir que los barcos entren si te tengo ahí abajo?—
Kinney respondió antes de que pudiera.

—Sé el código de acceso—.

Iko se volvió hacia él.

—He tenido formación de piloto— dijo, con un encogimiento de hombros indiferente.

Kai le dio un gesto de aprecio, y si él se sorprendió de que un guardia real les estuviera ayudando, no se notaba. —Entonces vamos a terminar esto, e iré a buscar a Cinder—.

CAPÍTULO 86

Jacin sostenía la mano de Winter, sus dedos fuertes y tensos, como si tuviera miedo que desaparecería si él aflojara la presión. Surgieron con la avalancha de gente fuera de los túneles de levitación magnética en Artemisia central. La casa de la infancia de Winter. La de Jacin también. Se sentía como un fantasma. Se sentía como un conquistador.

Se habían tomado horas para atravesar terrenos de Luna, visitando docenas de los sectores más cercanos, la difusión de la palabra de la supervivencia de Selene y el llamado a las armas y pidiendo a la gente a estar con ellos. Se habían tomado menos tiempo para ejercer la coacción de lo que había esperado. Ya estimulados por el primer vídeo que Cinder había transmitido e indignado por el intento de Levana de asesinar a la princesa -otra vez- la gente estaba en un frenesí en el momento que Jacin y Winter llegaron a contarles sus noticias. Muchos ya estaban en camino a la capital.

Tan pronto como ella y Jacin interrumpieron sobre la superficie, la gente salió corriendo hacia el palacio, gritando y agarrando sus armas. Winter trató de seguir el ritmo de ellos, pero el agarre de Jacin apretó su mano y tiró de ella hacia un lado, manteniendo su abrigo de la multitud rebosante.

El patio delante del palacio ya era un cementerio, aunque todavía había personas que se esforzaban por seguir luchando. Un batallón de taumaturgos e incontables soldados lobo no perdieron el tiempo de lanzarse a los recién llegados, y los gritos de guerra valientes de las primeras líneas se convirtieron rápidamente en gritos. Había más próximos aún, saliendo de los túneles y en las calles, y Winter reconoció a muchos de sus propios soldados tratando de rasgar a los mutantes lejos de sus aliados. La confusión reinaba. Civiles controlados por el taumaturgo se convirtieron en enemigos, y en algunos casos era imposible decir cuál de los soldados lobo estaban de su lado.

Garras desgarrando el pecho de una persona.

Una bala rasgando a través del lado de la cara de una mujer.

Una lanza empalando el abdomen de un hombre.

Aullidos de dolor y victoria, indistinguibles. El olor fuerte y picante de la sangre. Aun así las personas vinieron y siguieron y vinieron. Las personas con las que habían llegado hasta allí.

La cabeza de Winter se llenó de todo. Sus pies estaban clavados en el suelo. Estaba contenta de que Jacin la había detenido.

—El palacio será empapado de sangre— susurró. —Las aguas del lago Artemisia se pintaran de rojo, e incluso los terrestres lo verán—.

Los ojos de Jacin destellaron con alarma. —¿Winter?—

Apenas oyó a Jacin por encima del ruido en el interior de su cráneo. Manteniéndose a sí misma lejos de él, se tambaleó hacia delante y se desplomó sobre el cuerpo de uno de los soldados lobo. Había una familiaridad con el conjunto de la mandíbula, los ojos muertos mirando hacia arriba.

Winter reconoció el cepillado de un mechón de pelo manchado de sangre lejos de la frente del hombre, y comenzó a llorar.

Era Alfa Strom.

Y fue su culpa, culpa de ella que él estuviera aquí. Ella le había pedido que luchara por ella y ahora estaba muerto y…

Jacin tomó del codo. —Winter, ¿qué haces?—

Se dejó caer, llorando sobre el cuerpo de Strom. —Me muero— gimió ella, clavando sus dedos en la tela con costra de suciedad de la camisa de Strom.

Jacin maldijo. —Yo sabía que esto era una mala idea—. Él tiró de ella, pero se soltó de su brazo de distancia y examinó la batalla que se les rodeaba.

—Estoy destruida— dijo. Las lágrimas estaban en sus mejillas, mezclándose con toda la sangre. —No sé si incluso una persona cuerda podría recuperarse de esto. Entonces, ¿cómo puedo hacerlo yo? —

—Precisamente por eso debemos dejarlo. Vámonos. —Esta vez no le dio una opción a elegir, apenas enganchado sus manos debajo de los brazos, la puso de pie. Winter se deslizó contra él, lo que le permitió a ella encajar en el cuerpo de Jacin. Una alegría sorprendente llamó su atención hacia el palacio y vio a los taumaturgos que huían hacia el interior. Muchos habían caído y estaban medio muertos o moribundos en las escaleras del palacio. Era abrumador. Había demasiada gente ahora para que los subordinados de la reina mantuvieran su posición, como Cinder lo había esperado.

Los ejércitos estaban cayendo, en ambos lados.

Tantas muertes.

Alentados por su victoria, las personas corrieron al palacio, entrando a través de las enormes puertas, persiguieron a los taumaturgos.

Winter vio un destello de pelo rojo vivo y el corazón le dio un vuelco.

—Scarlet!— Gritó ella, luchando contra Jacin, aunque él la sostuvo firmemente. —No, Scarlet! ¡No entres ahí! ¡Las paredes están sangrando! —Sus palabras se convirtieron en vibraciones, pero funcionó. Scarlet se había congelado y se volvió. Ella buscó entre la multitud por el origen de su nombre.

Jacin arrastró a Winter bajo el saliente de una tienda de ropa y la presionó para entrar a la alcoba.

—¡No es seguro!— Gritó Winter, llegando más allá de él por su amiga, pero ella ya no podía ver a Scarlet en el enjambre. Se encontró con los ojos de pánico de Jacin. —No es seguro allí. Las paredes... la sangre. Ella va a ser lastimada y ella va a morir y todos van a morir —.

—Está bien, Winter. Cálmate —dijo, alisándole el cabello. —Scarlet es fuerte. Ella va a estar bien—.

Ella gimió. —No se trata sólo de Scarlet. Todo el mundo va a morir, y nadie lo sabe, nadie lo ve, pero yo- —Su voz se quebró y ella comenzó a sollozar. Histérica. Ella comenzó a derrumbarse, pero Jacin la cogió y la sostuvo contra él, dejando que su grito fuera contra su pecho. —Voy a perderlos a todos. Se van a ahogar en su propia sangre —.

Los sonidos de los combates eran distantes y amortiguados ahora dentro de los muros del palacio, sustituido en las calles y el patio con los gemidos de la muerte y la tos ensangrentada. La visión Winter era borrosa mientras miraba por encima del hombro de Jacin. En su mayoría los órganos y la sangre, pero también algunos rezagados. Una docena de personas que escogieron su camino a través de la destrucción. Tratando de atender a los que todavía estaban vivos. Tirando de los cuerpos de otras personas. Una niña en un delantal-sorprendentemente limpio- tirando a un taumaturgo por los botones de su capa negra.

—Debería haberte dejado con los leñadores— murmuró Jacin.

La chica en el delantal se dio cuenta de ellos y; sorprendida, se echó a correr hacia el otro lado del patio a través de algunas otras víctimas. Una sirvienta de la ciudad, Winter supuso, aunque ella no la reconoció.

—Yo podría haber sido ella— susurró Winter después de que ella se fue. Los dedos de Jacin se clavaron en su espalda. —La hija humilde de un guardia y una costurera. Debería haber sido ella, hurgando en busca de sobras. No realeza. No esta—.

Winter se tapó la cara con las manos pero Jacin forzó su mirada hacia él. —Hey— dijo, de alguna manera severa y suave al mismo tiempo. —Eres mi princesa, ¿verdad? Siempre serás mi princesa, no importa de quien hayas nacido, no importa con quien tu padre se haya casado—.

Sus ojos se empañaron. Alcanzándolo, cruzó los dedos sobre los antebrazos de Jacin. —Y tú siempre serás mi guardia—.

—Eso es correcto—. El toque más leve. Su pulgar calloso contra su sien. Todo el cuerpo de Winter se estremeció. —Venga. Te voy a sacar de aquí—.

Empezó a alejarse, pero ella le clavó las puntas de los dedos en sus brazos. —Eres necesario para ayudar a Selene y Scarlet y los otros—.

—No. O bien ella está ganando o está perdiendo. Mi presencia no va a influir en este punto. Pero puedo cuidar de ti. Por una vez—.

—Siempre has cuidado de mí—.

Sus labios apretados y su atención sumergieron hacia sus cicatrices, antes de que él apartara la vista por completo. Estaba a punto de hablar de nuevo cuando el ojo del Winter capturó un movimiento.

La sirvienta en su delantal se había colado entre ellos y ahora tenía una mirada vacía en su rostro. Ella levantó un cuchillo ensangrentado sobre su cabeza.

Winter se quedó sin aliento y Jacin la tiró a un lado. La punta del cuchillo cortó a través de la parte posterior de su brazo, que rasgó a través de la camisa. Gruñendo, se giró para enfrentarse a la atacante y la agarró de la muñeca antes de que pudiera deslizar el cuchillo en él de nuevo.

—¡No le hagas daño!— gritó Winter. —¡Ella está siendo manipulada!—

—Me di cuenta— gruñó Jacin, haciendo palanca entre los dedos de la mujer hacia atrás hasta que ella dejó caer el cuchillo. Aterrizó con estrépito en el suelo de piedra. Jacin la apartó de un empujón y cayó, colapsando a un lado.

Con el mismo movimiento, Jacin tiró de las correas de los hombros que mantenían su pistola y un cuchillo sobre la cabeza y los arrojó tan duro como pudo hacia la carrera de obstáculos de los cuerpos caídos. Antes de que pudieran ser utilizados en su contra. Antes de que sus propias manos pudieran convertirse en armas contra él.

—Espero que no creas que eso hará alguna diferencia—.

Gimiendo, Winter se apretó de nuevo en la puerta.

Aimery. Estaba de pie en la calle, sin sonreír. Por una vez, ni siquiera fingiendo sonreír. No siendo presumido o cruel o burlándose. Los miró desquiciadamente.

La criada, una vez liberada de su control, intentó que acabe con su vida con sus propias manos, pero escapó tan rápido como pudo en un callejón. Winter oyó que se arrastraba a su vez en el ritmo apresurado de su ejecución. Aimery la dejó ir. Ni siquiera la miró.

Jacin se colocó entre Winter y Aimery, aunque no sabía por qué. Aimery podría haber forzado Jacin hacerse a un lado con un diminuto pensamiento. Aimery podía jugar con ellos tan fácilmente como peones en tablero de ajedrez de la reina.

—Como es inútil su propio don— dijo Aimery arrastrando las palabras, los ojos oscuros ardiendo — tal vez usted no entiende que no requerimos pistolas y cuchillos para hacer daño. Cuando se le ha dado el poder que tengo, todo el mundo es un tesoro, y todo lo que contiene un arma—.

Aimery metió las manos en las mangas, a pesar de que le faltaba la compostura normal. Su expresión era agotada y enfadada.

—Usted podría ser estrangulado con su propio cinturón— continuó, aún hablando despacio. —Se podría atravesar a sí mismo con un tenedor de servir. Se podría hundir sus propios pulgares en sus cuencas de los ojos—.

—¿Crees que no sé el tipo de cosas que puede hacer?— El cuerpo de Jacin estaba tenso, pero Winter no creía que Aimery hubiera tomado control de él.

Aún no.

Pero lo haría.

Aimery soltó una sonrisa, pero se cruzó con un gruñido. —Usted es tan inferior a mí como una rata—. Su atención cambió a Winter. Su labio se curvó con disgusto. —Sin embargo, ella todavía no ha hecho su elección, ¿verdad?—

El corazón de Winter golpeó contra su caja torácica, las palabras de Aimery repitiendo dentro de su cráneo agotado. Estrangular. Empalar. Inmersión.

Sabía que lo haría. Aún no. Pero lo haría.

Un escalofrío se arrastró sobre su piel desde el puro odio que veía en la cara de Aimery.

—Deberías haberme aceptado cuando tuviste la oportunidad— dijo.

Ella trató de tragar, pero su saliva se sentía como pasta. —Podría haberlo hecho— dijo ella, —pero habría sido más real que las visiones que me aquejan—.

—Así que usted eligió a un guardia patético—.

Sus labios temblaban. —Usted no entiende. Él es el único que es real—.

La expresión de Aimery oscureció. —Y pronto estará muerto pequeña princesa—. Escupió el título como un insulto. —Real o no, lo que sea. Si no eres mi esposa o una amante dispuesta, entonces se mostrará una tumba muy enjoyada. Sus ojos adquirieron un toque de locura. —He esperado muchos años para dejarte ir ahora—.

Winter estaba a la espalda de Jacin, con los hombros anudados. Una línea de sangre se curvó hacia abajo del codo y goteaba a lo largo de su muñeca. Salpicó por el suelo. Era incapaz de hacer nada más que estar allí y decir cosas frías e insensibles y esperó que nadie detecte cuánto miedo y frustración sentía en realidad.

Pero Winter lo sabía. Había vivido toda su vida con ese miedo también.

Aimery parecía satisfecho mientras se concentraba más en Jacin. —He estado esperando esto desde que fueron llevados ante el tribunal. Debería haberte visto sangrar en el piso de la sala del trono ese día—.

Winter convulsionó.

—Debe haber sido una decepción para ti— dijo Jacin.

—Lo fue— dijo de acuerdo Aimery, —pero yo sí que voy a disfrutar de este momento aún más—. Retorció su mejilla. —¿Cómo se haré? ¿Con mis manos? ¿Por su propia cuenta? —Sus ojos brillaban. —¿Por ella? Ah!- cuan inconsolable estaría ella entonces, de ser el instrumento de la propia muerte de su amado. Quizá tenga un golpe en el cráneo con una piedra. Tal vez haré que lo ahorque con sus bonitos dedos—.

Winter sintió nauseas.

Jacin-

Jacin.

—Me gusta mucho esa idea— reflexionó Aimery.

Las manos de Winter se agitaron. Ella no sabía si sería ahogamiento o asfixia o golpeado o empalado. Ella sabía que el poder lo tenía ahora Aimery y Jacin estaba en peligro y esto fue el final. No había una zona gris. No hubo ganadores. Ella era una tonta, una tonta, una tonta.

Winter mantuvo los ojos abiertos contra las lágrimas calientes.

Jacin se volvió hacia ella mientras ponía sus manos alrededor de su cuello. Sus pulgares presionando contra la carne de su garganta. Hubo un jadeo, y si quería apartarlo, Aimery no se lo permitió.

Winter no podía mirar. No podía ver. Ella estaba llorando incontrolablemente y la sensación tremenda de la garganta de Jacin bajo sus pulgares era demasiado horrible, demasiado frágil, también.

Un destello rojo provocó la puesta en común a través de las lágrimas.

Scarlet, arrastrándose detrás Aimery. Avanzaba poco a poco sobre los cuerpos caídos. Un cuchillo en la mano.

Al ver que la había visto Winter, Scarlet se llevó un dedo a los labios.

Aimery volvió la cabeza.

No hacia Scarlet, sino hacia una enorme figura, crepitante.

Aimery rió, agitando una mano en el aire. Lobo estaba a unos pasos cuando se desplomó, aullando de dolor. —¡Soy el taumaturgo principal de la reina!— Gritó Aimery, los ojos brillantes como él, gruñó hacia el cuerpo espasmódico de Lobo. —¿Crees que no puedo sentir que sigilosamente vienes hacia mí? ¿Crees que no puedo manejar un mutante patético y un guardia de mente débil y a una terrícola? —

Se giró para hacer frente a Scarlet. Ella todavía estaba a media docena de pasos de él y se congeló, sus nudillos se apretaron alrededor del mango del cuchillo.

La sonrisa de Aimery se desvaneció. Su frente se contrajo cuando se dio cuenta de que no podía controlar la bioelectricidad alrededor del cuerpo de Scarlet.

Sus ojos se estrecharon y se volvieron para hacer una búsqueda rápida en el pobre cementerio, pero no había nadie allí para controlar a Scarlet. Nadie que podría haber socavado sus propias fuerzas. Excepto...

Scarlet avanzó pesadamente más cerca de él. Sus pasos fueron atrofiados y torpes. Su brazo temblando mientras levantaba el cuchillo.

Aimery dio un paso atrás y volvió su atención hacia Winter. En el momento en que había estado distraído por Lobo, torturando a Lobo, él había liberado las manos y la mente de Winter. Jacin todavía se frotaba la garganta y luchaba por respirar y Winter...

Winter estaba mirando a Scarlet. Horrorizada. Temblorosa. Pero feroz.

Su atención se centró en Scarlet, solamente en Scarlet, en Scarlet y su cuchillo.

Winter estaba llorando y odiándose a sí misma. Ella era horrible y cruel pero ella no cedía mientras se obligaba mantener el control sobre Scarlet. Aimery retrocedió de nuevo y se llevó las manos a su propia cara en defensa. Scarlet se lanzó hacia él. Aimery tropezó con la pierna de un hombre civil muerto y cayó tirado hacia atrás. Scarlet cayó de rodillas junto a él y se apresuró hacia adelante. Sus ojos estaban confundidos, su boca abierta con incredulidad, pero su cuerpo era viciosa y decidida y segura como en el momento que hundió el cuchillo en la carne de Aimery.

CAPÍTULO 87

Realidad desintegrada, el mundo se quebraba en un millón de molestos pixeles, dejando espacios negros a su paso, luego armándose de nuevo en chispas deslumbrantes.

Winter se volvió tan pequeña como pudo, se acurruco en la puerta de una tienda apartada de la vía pública de Artemisa, sus brazos temblando le sirvieron como un escudo para su cuerpo y sus pies se tensaron, ella había perdido un zapato, no supo cuándo ni dónde.

Aimery estaba muerto.

Su amiga Scarlet lo había apuñalado nueve veces. }

Winter lo había apuñalado nueve veces.

La querida Scalet, tenaz, vacilante, atroz Scarlet, una vez que había empezado, Winter no pudo detenerla. Nueve veces. Habían pasado años desde ella había manipulado a alguien y menos con crueles intenciones. Aimery, en su determinación por subyugarlos a todos con su don, no había intentado huir hasta después de la segunda puñalada, para entonces winter ya estaba perdida, no podía evitarlo. Ella pensaba solo en deshacerse por siempre de esa terrible y encantadora sonrisita, pensaba en destruir su mente, así no la forzaría a apretar sus manos sobre el cuello de Jacin otra vez para terminar lo que ella había empezado.

Ahora Aimery estaba muerto.

Las calles estaban cubiertas con su sangre, apestaban con su hedor,

—¿Qué le pasa?—. Una voz a lo lejos pregunto. —¿Porque está actuando así?—.

—Denle algo de espacio— esa orden fue seguida por gruñido.

¿Jacin? ¿Podía ser su guardián, ten cerca, siempre tan cerca?

Jacin fue el que derribo a Scarlet y le arranco el cuchillo, cortando así el agarre que Winter tenía sobre ella. De otra forma sabía que ella hubiera seguido apuñalando, apuñalando y apuñalando hasta que Aimery fuera nada más que pedacitos de carne picada y sonrisas.

La mente de Winter estaba llena de distracciones, como para comprender. El letrero de la tienda colgaba de sus bisagras. Había una cortina rota detrás, vidrios rotos. Agujeros de bala en las paredes, techos por derrumbarse, y vidrios regados entre sus pies.

— Tenemos que encontrar a Cinder— la voz era insistente pero aterrada, —debemos asegurarnos que está bien, pero no puedo... No quiero dejar a Winter—

Winter arqueo la espalda y puso sus dedos entre su pelo, jadeando por un asalto de sensaciones. Cada pulgada de su piel era como una colmena de abejas punzantes.

Unos brazos rodearon su cuerpo, o talvez ya estaban allí hace mucho. Ella apenas podía sentirlos afuera de ese capullo en el que se había convertido, aun así estaba cubierta de pequeñas grietas, —Está bien, dejare a Winter. Vamos—

Un capullo.

Una cárcel de hielo.

Un arnés espacial estrangulándola, el cinturón cortándole la piel,

—Ve—

Winter araño las correas luchando por liberarse. Aquellos mismos fuertes brazos trataban de sostenerla todavía. Trataba de asegurar el golpe, ella chasqueo sus dientes, y el cuerpo se fue fuera de su alcance, ella se Alejo de la puerta, sus cuerpos se reposicionaron, así los brazos podían contenerla sin dañar a ambos, ella luchaba más fuerte. Pateo, se retiró y grito.

Apuñalando y apuñalando y apuñalando y apuñalando y apuñalando y...

Su garganta estaba ronca.

Tal vez el sonido estaba prisionero adentro del capullo, atrapado como ella lo estaba.

Talvez nadie podría escucharla nunca. Talvez ella gritaría hasta que su garganta sangrara y nadie lo sabría.

Su corazón se partió en dos. Ella era un animal. Un asesino y un depredador.

Los gritos se volvieron alaridos.

Tristes y quebrantados alaridos.

Inquietantes y furiosos alaridos.

—¿Winter? ¡Winter!—

Los brazos alrededor de ella eran inquebrantables. Ella pensó que podría haber una voz, familiar y amable, en algún lado en la distancia. Ella pensó que habría buenas intenciones en aquella voz. Ella pensó que si podría seguir el sonido. La guiaría a algún lugar seguro y calmado, en donde ella no era más una asesina.

Pero ya era sofocada por el peso de sus crímenes.

Animal. Asesina. Depredadora. Y los lobos todos rugieron, aaaaaauuuuuuuuuuh...

CAPÍTULO 88

Cinder comprobó la munición de la pistola, contando las balas mientras corría. Ella respiraba con dificultad, pero no sentía cansancio o incluso dolor. La adrenalina bombeaba caliente a través de sus venas y por una vez era consciente de que sólo lo podía sentir porque temblaba con el aumento de la misma, no porque su interfaz cerebro se lo decía así.

Los sonidos de la batalla resonaban en el palacio, bajo y muy lejos. Muchos pisos más abajo. Estaban dentro, ella podría decir. No habría muchas bajas, lo sabía. Se sentía como que podrían estar ganando.

Podía ganar.

Pero podría venirse abajo si no terminaba lo que había venido a hacer. Si no encontraba una manera de acabar con la tiranía de Levana para bien, las personas estarían de vuelta bajo su control en la mañana. Ella subió las escaleras de dos en dos. Su pelo se erizó en la parte posterior de su cuello a su llegada al pasillo de la cuarta planta.

Se asomó por el pasillo vacío con sus obras de arte y tapices y azulejos blancos brillantes, atenta a cualquier sonido que indicara una emboscada. No es que llegaran emboscadas con sonidos de alerta. Todo era misterioso y frecuentado después del caos del patio. No era ningún consuelo para Cinder que había llegado a la sala del trono sin incidentes. No era que Levana le iba a hacer las cosas fáciles, lo que significaba que, o bien Levana estaba tan perturbada desde el video que ya no estaba pensando con claridad, o más probable, para Cinder, era que estaba caminando en una trampa.

Ella sostenía el arma con una mano, el cuchillo en la otra, y trató de calmar su corazón desbocado. Hizo todo lo posible para llegar a algún tipo de plan para cuando llegó a la sala del trono, suponiendo Levana estaba allí, probablemente con todo un ejército de guardias y taumaturgos. Si los guardias no estaban ya bajo control de una persona, ella los controlaría y formaría una barrera protectora alrededor de sí misma.

Si en el momento se presentara la oportunidad, le dispararía Levana. No había duda. Debido a Levana no dudaría en matarla. Se encontró de pie fuera de las puertas de la sala del trono, la insignia Lunar tallada en toda su superficie. Ella tragó saliva, deseando poder sentir cómo muchas personas estaban en el interior, pero la habitación estaba demasiado bien sellada.

Cualquiera que sea que estuviera más allá de estas puertas era un misterio. Una emboscada, el sentido común le susurró. Una trampa. Lamiendo la sal de sus labios, ella se preparó y se paró frente a una de las puertas abiertas, acuñando el interior antes de que pudiera golpear la espalda. Su cuerpo estaba tenso, se preparó para un impacto, un golpe, una bala, que no sea la quietud que la recibió.

Nada. Sólo dos personas se encontraban en la sala, por lo que se pudo sentir infinitamente más tranquila de lo que había hecho durante la fiesta de la boda. Las sillas del público estaban todavía allí, pero muchos de ellas habían sido empujadas contra las paredes o se habían roto en la destrucción que había causado.

El trono, sin embargo, no se había movido, y Levana estaba sentada en él como antes. En lugar de lucir presumida y cruel como siempre, se dejó caer en el enorme trono con un aire de derrota a su alrededor. Llevaba los colores de la bandera de la Mancomunidad del Este en su vestido, una burla de todo lo que Kai y su país representaban.

Su glamour había regresado. Ella no se había percatado de Cinder, oculta detrás de un muro de pelo brillante, y Cinder sólo podía ver la punta de la nariz y un toque de pintalabios color rubí. La segunda persona en la habitación era Thorne. Su corazón se hundió, pero fue levantado por una débil esperanza.

Tal vez era sólo un espejismo lunar para parecerse a Thorne. Ella entrecerró los ojos en sospecha, no se atrevía a ir más lejos en la habitación. —Bueno, ya es hora— dijo Thorne, su voz reconfortante sardónica. —No tienes idea de lo incómodo que han sido estos últimos minutos—.

El corazón de Cinder se apretó, desvaneciéndose toda esperanza.

Definitivamente era Thorne y él estaba de pie peligrosamente cerca del borde de la sala del trono, del que Cinder había saltado la última vez. Tenía las manos detrás de la espalda, muy probablemente amarradas.

La corbata de lazo brillante se había ido y su traje púrpura se había reducido a sólo la camisa de vestir, con el cuello desabotonado. Había un agujero en el muslo de su pantalón y se secó la sangre por encima de la rodilla.

Un bulto debajo de la tela sugirió que estaba vendado. Cinder trato de alcanzarlo con sus pensamientos, pero Levana ya había control de él, y tenía sus pies tan apretados como grilletes de hierro. La mirada de Thorne se abalanzó sobre ropa manchada de sangre de Cinder y el arma en cada una de sus manos. Una ceja inclinada hacia arriba.—¿Día duro? —

Cinder no respondió. Ella todavía estaba esperando al ataque sorpresa. Un disparo en el corazón.

Un guardia se apareció de entre las sombras y trato de luchar. No pasó nada. No había sonido, pero escuchaba su propia respiración pesada.

—¿Tu pierna?— preguntó. Thorne se encogió de hombros. —Duele como el infierno, pero no me va a matar. A menos que las cárceles estuvieran llenas de bacterias mugrientas y la herida se me infecte, que, seamos sinceros, es totalmente plausible.

Echando un vistazo detrás de ella para asegurarse de que nadie se estaba infiltrando desde el pasillo, Cinder dio un paso vacilante hacia adelante. Thorne dio un paso atrás. Un paso más hacia el borde. Cinder se detuvo. —No te acerques más— dijo Levana.

Su voz era mansa y cansada, muy lejos de la alegría altiva con la que había ordenado la ejecución de Cinder. Seguía sin levantar la cabeza. —Te sugiero que no levantes tus armas, tampoco. A menos que pienses que puedes correr con más suerte que él.

—Estoy bastante segura de que es más que suerte. —Thorne asintió con la cabeza, pero no dijo nada, y Cinder no se movió.

Mirándolo, articuló una sola palabra: —¿Cress?—

Su indiferencia se disolvió y dio el más pequeño movimiento de cabeza. Ella no sabía si esto significaba que él no sabía dónde estaba, o si algo malo le había ocurrido y no quería hablar de ello en este momento.

Cinder se distrajo de su curiosidad por sus espasmos. Ella estaba levantando el arma hacia su propia cabeza. Fue a mitad de camino cuando ella apretó los dientes y forzó a

su extremidad a detenerse. Para su alivio, lo hizo. Gruñendo, bajó el arma de nuevo a su lado. Levana rio, pero el sonido quedó como más frágil que encantador. —Pensé que podría ser el caso— dijo, frotándose la frente. —Estoy... no soy yo misma en este momento. A pesar de lo que parece, tú tampoco.

Cinder frunció el ceño, preguntándose si podía controlar a Levana, en el patio, pero no ahora. Fue porque su propia fuerza mental que había sido demasiado frágil entonces, al tratar de mantener el control de tanta gente, o ¿era la reina que estaba débil? Tal vez el video que mostraba su verdadero rostro había fragmentado sus habilidades. No parecía estar afectada su capacidad para manipular Thorne, pero, para ser justos, Cinder estaba bastante segura de que hasta un niño pequeño lunar podría haber manipulado Thorne.

Levana suspiro.

—¿Por qué, Selene? ¿Por qué quieres tomar todo de mí?—

Cinder entrecerró los ojos. —Tú eres la única que trató de matarme, ¿recuerdas? Tú eres la que está sentada en mi trono. ¡Tú eres la única que se casó con mi novio! —Las palabras salieron de su boca antes de que ella se diera cuenta, y Cinder pensó que era la primera vez que lo había dicho en voz alta. Ni siquiera estaba segura de si era cierto. Pero se sentía una especie de derecho, a excepción de la cosa de su novio haberse casado con su tía.

Pero Levana no parecía estar escuchando. —No entiendes lo duro que trabajé para todo esto. Todos esos años de planificación, de sentar las bases. La enfermedad, los caparazones, el antídoto, los soldados, los operarios, los ataques cuidadosamente orquestados—. Presionó una mano pálida contra su sien. Se veía miserable. —Estaba hecho. Fue perfecto. Se habría anunciado nuestro compromiso en el baile, pero, ¿por qué tenías que estar allí? Regresar de donde los muertos para atormentarme. Y vienes aquí, y te unes a mi gente para que me odien, y le mostraras ese video... horrible, y llenar sus cabezas con tus mentiras.

—¡¿Mis mentiras!? Tú eres la que les lava el cerebro. Yo sólo les muestro la verdad.

Levana retrocedió, volviendo la cabeza aún más lejos, ella no podía soportar que se le recuerde lo que se ocultaba debajo de la ilusión de su belleza. Exhalando bruscamente, dio un paso adelante de Cinder. Thorne dio un paso atrás.

Ella hizo una mueca. Esto en cuanto a la esperanza de Levana fue arrebatado lo suficiente en sus propios engaños para dejar de prestar atención. —Lo que no puedo entender— dijo Cinder, facilitando su tono, —es cómo pudiste haberme hecho esto a mí. Yo era sólo una niña, y tú... —Su corazón se retorció. —Sé que esas son cicatrices de quemaduras que tuviste. Tengo el mismo tejido de la cicatriz donde perdí mi pierna. Sabiendo lo que es, vivir con eso, ¿cómo pudiste hacérselo a otra persona?—

—No se suponía que sobrevivieras — dijo Levana bruscamente, como si eso lo hiciera mejor.

—Por lo menos habrías tenido la voluntad de matarme, pero yo no morí—.

—Sí, me he dado cuenta. No es mi culpa que alguien creyera que tal vez valía la pena salvarte la vida. No es mi culpa que te convirtieran en... en eso—.

Ella hizo un gesto poco entusiasta hacia Cinder.

Cinder apretó los dientes, con ganas de discutir, pero se mordió la lengua. Levana había estado viviendo con sus excusas por mucho tiempo. Ella echó una mirada a Thorne. Él estaba chupando en sus dientes y mirando hacia el techo. Él parecía aburrido.

Cinder intentó dar un paso hacia atrás, como una muestra de la paz, pero Thorne se quedó dónde estaba. —¿Quién lo hizo y para que, de todos modos? Preguntó ella, con el objetivo de sonar suave. —¿Quién te hizo daño de esa manera?— Levana olió y, por último, se atrevió a mirar a Cinder.

Sacó toda su 'belleza' a relucir en la superficie, pero ahora que Cinder se había visto debajo de su glamour, sabía que no podía olvidarse la verdad.

No sabía si se trataba de su programación ciborg o una debilidad de Levana, pero podía ver cómo era ahora. Cicatrices y deformaciones. Hubo una punzada de simpatía en su estómago, pero sólo una punzada.

—¿Tú no lo sabes, verdad?— preguntó Levana.

—¿Saber qué? — dijo Cinder

—Eres una niña estúpida. Un mechón de pelo le caía sobre la cara de Levana. Esto me lo hizo tu madre—.

CAPÍTULO 89

La palabra madre sonaba extraña en la oreja de Cinder.

Madre.

Una mujer que había dado a luz a ella, pero que eso fue todo.

No tenía recuerdos de ella, sólo rumores y cuentos horripilantes de la que había sido la reina Channary, más cruel aún que Levana, aunque su reinado había sido mucho más corto.

—Mi propia dulce hermana— ronroneó Levana. —¿Te gustaría saber cómo sucedió?—

¡No!, pensó Cinder, pero no era capaz de articular palabra alguna.

—Ella tenía trece años y yo seis años. Estaba aprendiendo cómo utilizar su don, tomando grandes cantidades de placer en la manipulación de los que la rodeaban, aunque siempre era yo su objetivo favorito. Ella era muy buena. Como lo soy yo. Como lo eres tú. Está en nuestra sangre después de todo—.

Cinder se estremeció. Está en nuestra sangre. Odiaba pensar que compartía sangre con alguien de esta familia.

—A esa edad, era su truco favorito para convencerme de que ella me quería mucho. Después de nunca haber sentido el amor de nuestros padres, que no era una cosa difícil de conseguir que yo creo. Y luego, cuando ella estaba segura de yo haría cualquier cosa por ella, me torturaba.En este día particular, ella me dijo que pusiera la mano en una chimenea. Cuando me negué, ella hizo que lo hiciera de todos modos. —Levana sonrió mientras contaba la historia, una mirada trastornada. —Como hemos visto, en el momento en que ella me dejó ir, no fue sólo la mano la que sufrió—.

Bilis llenaba la boca de Cinder. Una niña tan joven, tan impresionable.

Hubiera sido tan fácil.

Sin embargo, una crueldad demasiado imposible de comprender.

¿Su madre?

—Después de eso, me empezaron a llamar 'la princesa fea de Artemisia', 'la pequeña criatura deforme y triste'—.

Mientras Channary fue la bella. Siempre la bella. Sin embargo, yo practicaba mi glamour, y yo me dije que algún día iban a olvidarse del fuego y las cicatrices. Algún día me aseguraría de ser la reina y me aseguraría que las personas me amen. Me aseguraría de ser la más bella reina que Luna alguna vez haya conocido—.

Cinder apretó sus armas. —¿Es por eso que la mataste? ¿Por qué harías lo que fuera para ser reina? O ¿Era porque ella... te hizo?—

Una de las cejas perfectas de Levana se levantó. —¿Quién dice que yo la maté?—

—Todo el mundo lo dice. Incluso en la Tierra hemos escuchado los rumores. Que mataste a tu hermana, a tu propio marido e incluso a mí, todo por tus propias ambiciones—.

Una frialdad pasó por encima de la cara de Levana y se inclinó lentamente hacia atrás contra su trono. —Lo que he hecho, lo he hecho por Luna. Mis luchas, mis sacrificios. Todo ha sido por Luna. Toda mi vida. He sido la única a la que le importaba, la única que podía ver el potencial de nuestra gente. Estamos destinados a ser algo mucho más grande que esta roca, pero todo lo que a Channary le importaba eran sus vestidos y sus conquistas. Ella era una reina horrible. Ella era un monstruo—. Hizo una pausa, las fosas nasales dilatadas. —Pero no. Yo no la maté, aunque he deseado mil veces haberlo hecho. Debería haberla matado antes de que ella arruinara todo. Antes de que te tuviera a ti, una niña sana que crecería hasta ser igual a ella—.

Cinder gruñó. —No sé en qué me habría convertido si hubiera crecido aquí— dijo ella, —pero yo soy no como ella—.

—Oh, sí— reflexionó Levana, saltando de palabra en palabra como una corriente sobre las rocas. —En ese sentido, creo que es correcto. Cuando vi por primera vez tu glamour en el baile de la Mancomunidad del Este, me sorprendió lo mucho que te parecías a ella, una vez que el polvo y la suciedad y las extremidades de metal terribles fueron retirados. Pero parece ser que hay es donde terminan las similitudes.

Los labios de Levana se extendían, rojo sangre, curva alrededor perfecta los dientes de perlas.

—No, sobrinita. Esto es mucho más que yo. Te falta mucho para ser admirada. Para ser querida. Para ser reina—.

El cuerpo de Cinder se puso rígido. —Yo no soy como tú, tampoco. Estoy haciendo esto porque no me diste elección. Tuviste tu oportunidad. No has sido justa. Un buen gobernante trata a las personas con respeto. Y la Tierra! Querías una alianza, la Tierra quería la paz... ¿Por qué no sólo... te conformabas con esto? ¿Por qué la enfermedad? ¿Por qué los ataques? ¿Crees sinceramente que era la manera de conseguir que te amen?—

Levana la miró, furiosa y lleno de odio. Pero entonces sus labios se torcieron en algo parecido a una mueca. Una mueca de odio furioso. —El amor— susurró. —El amor es una conquista. El amor es una guerra. Eso es todo lo es.

—No. Te equivocas—.

—Está bien—. Levana arrastró sus dedos a lo largo del brazo de su trono. —Vamos a ver lo mucho que su amor vale la pena.

Renunciaras a todos los derechos a mi trono, y no voy a matar a tu amigo—.

Los labios de Cinder se apretaron. —¿Qué si mejor lo ponemos a votación? Dejar que las personas decidan quién debe gobernar—.

Thorne dio un paso atrás. Su talón izquierdo estaba en el borde ahora, y había una expresión de consternación mientras miraba hacia abajo en el lago.

Cinder se estremeció. —Espera. Podría prometer que renunciaré a mi trono, pero todavía hay decenas de miles de personas afuera exigiéndote abdicar. El secreto ya salió a la luz. Ellos lo saben que soy Selene, no les puedo negar eso—.

—Diles que mentiste—.

Ella exhaló con fuerza. —Además, en el segundo que lo mates, te voy a matar a ti—.

Levana ladeó la cabeza hacia un lado, y aunque ella tenía su encanto, Cinder estaba viendo a la mujer del video. Ese era su buen ojo, se dio cuenta.

—Entonces voy a cambiar los términos de mi oferta— dijo Levana.

—Sacrifícate, y no lo mataré a él—.

Cinder miró a Thorne, que parecía indiferente al hecho de que estaban negociando con su vida.

Él chasqueó la lengua. —Incluso yo puedo ver que es un mal negocio—.

—Thorne…—.

—¿Hazme un favor?—

Ella frunció el ceño.

—Dile a Cress que todo lo dije en serio—.

Su intestino se tensó.

—Thorne…—

Se encontró con la mirada de Levana. —Muy bien, Su majestad. Yo saltaré si ella no lo hace—.

—No estoy negociando con ustedes— espetó Levana.

—Si me matas, habrás perdido tu última moneda de cambio y Cinder habrá ganado. Así que vamos a hablar de sus opciones. Puede aceptar que su tiempo como reina ha terminado y nos deja y nos vamos, y tal vez Cinder tendrá misericordia y no la ejecutará como traidora. O puedes sacarme de esta plataforma y… —

—Bien—.

Los ojos de Thorne se abrieron. Se bajó de la plataforma. Con un grito, él levantó los brazos y parecía un muñeco siendo obligado, la otra mano agarrando el cuchillo de cocina que había robado de la mansión. Jadeante, su hizo una voltereta con los brazos, perdiendo el equilibro.

Cinder dejó caer sus armas y se precipitó hacia él.

Thorne cayó hacia delante en el último minuto. Una mano agarró el borde la de plataforma. Él gruñó. Cinder ahogó un grito.

Levana se inclinó hacia delante.

Los dedos de Thorne se dejaron ir, justo a tiempo para que llegara Cinder sobre el borde y lo agarrara con su brazo. Gritó por su hombro lesionado, pero se mantuvo firme.

Thorne alzó la vista hacia ella, y era una mirada con mucho más miedo que nunca había conocido.

—Gracias— jadeó. Entonces su mano libre se columpió hacia arriba, golpeando a Cinder en la mandíbula. Ella se encogió, agachándose a la distancia sin soltarse.

—¡Lo siento! Ese no soy yo—.

—Lo sé— gruñó. Plantó su otra mano en el suelo y se empujó hacia atrás.

Thorne se arrastró con ella hasta que su torso estaba otra vez en la plataforma, con los pies haciendo de palanca. Se atrevió a dejarse ir, incluso mientras empujaba su cuerpo en el suelo.

Cinder sabía que el segundo que se soltara de él, Levana le enviaría a toda velocidad a su muerte de nuevo.

Demasiado tarde, se le ocurrió que había logrado salir de sus pensamientos. No debió haberse gastado todo el tiempo discutiendo con Levana y hubiera tratado de liberarse. La caída podría no haberlo matado, y controlando los brazos de Thorne, habría sido capaz de nadar. Pero ahora él era...

Thorne le clavó el cuchillo en el muslo.

Cinder gritó.

—Todavía no soy yo— dijo, sin aliento, con el puño arrancó el cuchillo de vuelta. Él levantó su brazo sobre la cabeza, preparándose para apuñalarla de nuevo.

Cinder lo derribó, golpeando el cuchillo con su agarre.
Thorne lanzó su codo hacia garganta. Con el aire hacia su izquierda, manchas blancas salpicaron su visión.

Thorne luchaba contra la manipulación, pero no pisó de nuevo la plataforma. Envolviendo una mano alrededor de su garganta, Cinder se masajeó los músculos, instándoles a tomar aire de nuevo. Aún mareada, obligó a sus piernas bamboleantes, lista para lanzarse sobre Thorne nuevo.

Cinder oyó el clic de la seguridad de un arma al ser liberada. Ella se congeló. Thorne había ido mucho más lejos de lo que esperaba y ahora estaba de pie cerca de la entrada de la habitación, con el cuchillo y la pistola se le había caído cuando ella trató de salvarlo. La mira de la pistola apuntaba a su cabeza.
Cinder se balanceó. Tropezado una vez. Recuperado su equilibrio.

Un disparo resonó en las paredes de piedra de la sala. Cinder retrocedió, esperando una sacudida de dolor, pero en su lugar oyó bramar una maldición. La pistola que Thorne había agarrado se deslizó por el suelo. Cinder se sacudió del mareo y boquiabierta miró a Thorne, que a su vez estaba mirando, horrorizado, a su mano.

Su brazo se elevó, pero su mano estaba vacía y cubierta de sangre.

—¡Lo siento!— Exclamó Cress. Ella estaba en el suelo contra la puerta, tratando de volver a ponerse de pie porqué el disparo la había derribado y había perdido el equilibrio.

—¡Lo siento, capitán!—

Thorne volvió a maldecir. Gotas de sudor bajaban por su frente. Pero cuando miró a Cress, la mandíbula le quedó colgando, se tragó el dolor y gritó: —¡Buen disparo!—

—Cress— dijo la voz ronca de Cinder. —La reina, Cress. ¡Disparara a la reina! —

Aunque Cress gimió, cambió de objetivo, la nivelación de la pistola hacia Levana.

Cinder corrió por el arma que había soltado Thorne cuando el disparo le había caído en la mano. Thorne corrió también, llamando la atención de Cress de nuevo a él. En un solo movimiento, golpeó el brazo de Cress con el codo y, mismo tiempo, con su mano no lesionada, conduciendo el cuchillo en el estómago de Cress, enterrándolo hasta la empuñadura.

Cinder retiró la pistola del suelo. Cress dejó caer la suya. La sangre fluía a través del vestido. Ella miró hacia Thorne y era imposible decir cuál de ellos estaba más lleno de terror. La mano de Thorne todavía se envolvía alrededor de la empuñadura de la navaja.

Volviendo hacia el trono, Cinder disparó, pero Levana se tiró al suelo y la bala rebotó en el tallado de atrás del trono. Cinder cargó otra bala, Levana se revolvió en el suelo, deslizándose sobre su falda ondulante mientras se ponía detrás del trono. Cinder disparó de nuevo, apenas vió la pierna de la reina mientras desaparecía.

—No— Cress se quedó sin aliento.

Un dolor punzante en rodajas a través del lado Cinder. Se dejó caer sobre sus manos y rodillas. Fracaso sobre su espalda, ella se apartó, con una mano presionada contra la herida. Thorne se acercó a ella, agarrando el cuchillo. Cress estaba colgando de su brazo en un intento de alejarlo, pero era demasiado fuerte y que estaba tratando de mantener una mano en la herida en el estómago. Todo su frente ya estaba cubierto en sangre.

—Lo siento— sollozó Thorne. Habían desaparecido todos los signos de su confianza habitual.

—Lo siento, lo siento- —

Cress lo mordió, clavando sus dientes en la carne de su mano en un intento de conseguir que se libere del cuchillo. Ahogó un grito detrás de los dientes, pero no la soltó.

Arrebatándole el arma de nuevo, Cinder se lanzó al suelo, tratando de quitarle el cuchillo del agarre de Thorne. Con un gruñido, le plantó un pie en el pecho y pateó, rasgando el cuchillo.

Se cayó de nuevo, rompiéndole de una de las sillas de la audiencia entre los hombros. Su rostro apenas registró el dolor.

Sus acciones fueron cada vez menos agraciadas, más rebuscadas.

Tal vez a causa de sus lesiones, pero lo más probable era debido a que Levana estaba demasiado cansada para seguir controlándolo.

Cress se desplomó de rodillas, agarrándose el estómago. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—Cinder…—

Cinder se situó por encima de ellos, la pistola en su mano izquierda y el cuchillo lleno de sangre en la derecha, cada una con temblor muscular.

—Por las estrellas…—

Ella giró la cabeza hacia la puerta. Scarlet y Wolf habían llegado.

—No. ¡Corre! ¡Sal de aquí!—

Scarlet miró a los ojos y empezó a sacudir la cabeza. —¿Qué?—

Más armas. Más enemigos potenciales. Más gente que amaba que Levana podría tomar de ella.

Apretando los dientes, Cinder alargó la mano, tratando de bloquear a su bioelectricidad.

Demasiado tarde.

Ya no podía controlar a Lobo, y Scarlet ya estaba siendo controlada.

CAPÍTULO 90

Cinder dio un vistazo hacia Levana, que estaba mirando a los recién llegados sobre uno de los brazos tallados del trono. Entonces Levana miró a la segunda arma, tendida olvidada cerca de la puerta.

Scarlet se quedó sin aliento mientras su cuerpo se sacudió hacia adelante por su propia voluntad. Cinder se escabulló, deslizándose por el suelo resbaladizo. Había demasiadas armas, demasiadas amenazas, y ella no tenían suficientes manos.

En vez de agarrar el arma, la empujó y vio cómo se iba a toda velocidad pasando por Scarlet, hacia el estrado del auditorio. Un segundo más tarde, el peso del cuerpo de Scarlet cayó encima de ella. Scarlet la agarró por el pelo y tiró de su cabeza hacia atrás, casi rompiendo su cuello.

Cinder gritó de dolor y se dio la vuelta, empujando a Scarlet de encima. Manteniendo el control sobre su arma, Cinder puso su brazo alrededor y golpeó, con la parte de atrás de su mano de metal, a Scarlet en la sien. Ella hizo una mueca ante el impacto, pero funcionó. Dejándola ir, Scarlet se deslizó a medio camino a través de la habitación y quedó tendida en el suelo.

Cinder no tuvo tiempo para hundirse en la culpa, cuando oyó un rugido, el miedo le llamó la atención de nuevo hacia Lobo. Gruñendo, furioso. Ya se estaba acercando a ella. El arma. El cuchillo. Era Lobo pero no era Lobo y ella no tenía la fuerza para luchar contra él, ahora no, no otra vez...

Cinder arrugó la cara cuando una gota de sudor se deslizó en sus ojos y levantó la pistola.

Pero el enfoque de Lobo estaba en el cuerpo caído de Scarlet, y cuando él saltó, la mente de Cinder se aclaró por completo. Ella se dio la vuelta, aturdida, mientras Lobo recogió a Scarlet en sus brazos y la acunó contra él.

Lobo, que era un monstruo, que era una de las bestias incontrolables de la reina...

Era todavía Lobo después de todo.

Respirando, asfixiándose, respirando de nuevo, Cinder se levantó. Ella perdió el equilibrio y cayó sobre su rodilla. —Lobo— balbuceó. —Por favor... ayuda a Cress, y Thorne... Por favor...—.

Él levantó la cabeza, ojos verdes ardiendo al principio, pero luego miró hacia donde estaba Cress agarrándose el estómago, palidez mortal. Y a Thorne, donde se desplomó contra una silla caída, mirando como si quisiera ir donde Cress, pero estaba aterrorizado de que no pudiera controlar su cuerpo por lo que no se acercó lo suficiente.

Lobo hizo un gesto de comprensión.

Aliviada de que, si no era otra cosa, podía confiar en Lobo para sacar a sus amigos de aquí y empezar atendiendo sus heridas, Cinder intentó ponerse de nuevo en pie. Esta vez ella tuvo éxito.

Ella tropezó hacia el trono, agarró la pistola en una mano y el cuchillo en la otra. Cuando rodeó el estrado, vio a Levana de rodillas, con una mano clavada en los pliegues de su vestido mientras se aferraba a la parte posterior del trono con la otra.

Su ondulante vestido de coronación a su alrededor, elegante y distinguido, un marcado contraste con su cara grotesca. Ella había renunciado a tratar de usar su glamour.

Cinder odiaba a su propia mente por haber etiquetado a la reina como grotesca. Una vez había sido víctima, como Cinder una vez había sido víctima también. ¿Y cuántos habían etiquetado las extremidades de metal de la propia Cinder como grotescas, antinaturales, repugnantes?

No. Levana era un monstruo, pero no era debido a la cara que había mantenido oculta todos estos años. Sus monstruosidades fueron enterradas mucho más profundas que eso.

Otra gota de sudor cayó en las pestañas de Cinder y ella la limpio con el dorso de la muñeca.

Luego levantó la pistola, apuntando al corazón de Levana.
Al mismo tiempo, Levana levantó la mano que se había metido en el tejido de lujo. Sacó el arma que Cinder había empujado hacia el estrado.

Su brazo temblaba como si el arma fuera imposiblemente pesada y era evidente por la forma en que ella lo sostuvo que nunca había tenido un arma antes.

Ella era una reina, después de todo. Tenía subordinados para hacer la matanza para ella.

La reina cerró sus dientes en la concentración, y Cinder sintió un tirón en los músculos de su brazo derecho apretado contra sus huesos. Los tendones iniciados a sufrir calambres, los ligamentos apretados.

Ella hizo una mueca y miró la pistola en su mano. Su dedo en el gatillo. Ella trató de apretar el gatillo. Instando a su dedo para tirar. Cinder Rogó poder hacerlo.

Apretar el gatillo.

Tirar de él.

Su mano comenzó a temblar, la pistola se bamboleó en el extremo de su brazo. Su respiración produjo jadeos ahogados cuando el gatillo se clavó en la yema del dedo.

Pero no podía tirar de él. Ella no podía.

El terror de Levana comenzó a desaparecer. Sus labios se torcieron en lo que podría haber sido un alivio si su frente no hubiera estado surcada de tanta concentración.

Ella mantuvo firme su control sobre el brazo de Cinder, el dedo, el arma.

La lengua de Levana se deslizó fuera de su boca, mojando sus labios resecos.

—Ah— susurró ella, la mirada intermitente con orgullo. —Usted está demasiado cansada, ya veo—.

Cinder gruñó. Un terremoto retumbó dentro de su cuerpo. Instaló su enfoque en la mano temblorosa de la reina y atacó con sus pensamientos.

Los ojos de Levana se abrieron. Su cabello se agarró al tejido de la cicatriz en su cara. Miró hacia abajo a su propia mano, su propia mano traidora que Cinder estaba controlando.

Cinder forzó el brazo de Levana a doblar. Ella guió el arma hacia arriba, cada centímetro era una batalla. Cada momento, una lucha.

Levana se puso roja. Ella apretó los dientes con la concentración renovada, y Cinder sintió que su propio brazo siguiendo su ejemplo. Su mano traidora levantó la pistola y apretó el cañón contra su propia sien. Ella era la viva imagen de su tía, cada una de ellas preparadas para disparar.

—Esta es la forma en que debería haber terminado la noche del baile— susurró Levana. —Esto es lo que debería ser. —Ella sonrió, una sonrisa de una mujer loca y se quedó en el lugar donde la pistola presionaba contra la piel húmeda.

Cinder recordó aquella noche claramente, como una pesadilla que nunca olvidaría. Levana había controlado su brazo, obligándola a tomar el arma de Jacin y mantenerla contra su sien.

Cinder estaba segura de que va a morir, pero su programación ciborg la había salvado.

Pero eso no la salvaría en este momento.

—Adiós, sobrinita—.

Cinder no pudo recuperar el control de su propio brazo, pero su cuerpo quemaba con firmeza. Ella mantendría el dedo en el gatillo. No dejaría que Levana tire de ella. Ella no lo haría.

El dedo se movió. Palpitaba, dividida entre dos controles. Una pequeña extremidad. Un pequeño, minúsculo dedo.

El resto de su fuerza de voluntad se apretó alrededor de la propia mano de Levana. Podía sentir la bioelectricidad chisporroteando en el aire entre ellas. Escuchó el crujido de la energía. Había un flujo y reflujo de sus puntos fuertes y sus puntos débiles.

Cinder pensaba que estaba haciendo progresos, encrespando el dedo de Levana hacia adentro, sólo para sentir su propio dedo contradiciéndose en contra de su control. Una gota de sudor le hizo cosquillas en el interior del codo. Un pelo suelto se pegaba a sus labios. El olor a hierro asaltó sus fosas nasales.

Cada sentido era una distracción. Cada momento que podía sentir a sí misma cada vez más débil. Pero la frente de Levana hacia lo mismo también. Levana sudaba demasiado, con el rostro contraído por el esfuerzo.

Las dos estaban luchando por respirar, y entonces...

Una ola rompió en voz alta dentro de la cabeza de Cinder

Se quedó sin aliento, y su mano cayó a su lado. Le dolían los músculos, pero eran sus músculos de nuevo. Ella se tragó un soplo, mareada por el esfuerzo.

Levana sollozó de frustración. Su cuerpo se hundió. —Alto. Alto. Me rindo. —Ella habló en voz tan baja, que Cinder no estaba segura de haber oído bien. A pesar de que todavía

estaba controlando la mano de Levana y todavía tenía el arma preparada contra la sien de Levana, la reina parecía haber olvidado que estaba allí.

Su rostro arrugado, su cuerpo marchitado en el enorme vestido. —Renuncio a mi corona por ti, a mi país, a mi trono. Tómalo todo. Sólo... sólo quiero ser. Déjame tener mi belleza de nuevo. Por favor—.

Cinder estudió a su tía. Sus cicatrices y el pelo enmarañado y su párpado cerrado, herméticamente cerrado, su temblor en los labios y los hombros vencidos. Estaba demasiado agotada, incluso para su glamour. Demasiado débil para luchar más.

Un choque de piedad rodó a través de ella.

Esta desgraciada, horrible mujer todavía no tenía idea de lo que significaba ser verdaderamente bella, o amada de verdad.

Cinder dudaba que lo hiciera algún día.

Ella tragó saliva, aunque era difícil alrededor de su lengua reseca

—Acepto— dijo Cinder, aturdida. Ella mantuvo el asimiento del dedo en el gatillo hacia Levana, pero le permitió a Levana bajar el arma. Cinder alargó la mano y Levana la contempló durante un momento antes de ir hacia delante y tomar la pistola de la palma de Cinder.

En el mismo movimiento, agarró el cuchillo olvidado y se tambaleó hacia delante, hundiendo la hoja en el corazón de Cinder.

El aliento la dejó a la vez que sus pulmones hacían implosión sobre sí mismos. Como un rayo golpeándola desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Un choque explotó a través de su pecho y cayó hacia atrás.

Levana cayó con ella, con la cara apretada de ira. Tenía las dos manos en el mango del cuchillo y cuando las retorció, todos los nervios de la cabeza de Cinder explotaron con agonía. El mundo se volvió niebla, vaga, borrosa en su visión.

Solo el instinto la impulsó a levantar el arma y disparar.

La explosión golpeó a Levana en la distancia. Cinder no vio donde la bala había caído, pero vio una línea de arco de sangre a través de la parte posterior del trono.

Su visión vidriosa, todas las estrellas blancas y el baile. Su cuerpo era el dolor y oscuridad como caliente y pegajosa su sangre. Estrellas. No era sólo en su cabeza, se dio cuenta. Alguien había pintado estrellas en el techo de la sala del trono. Una galaxia se extendía ante ella.

En el silencio del espacio, oyó un millón de ruidos a la vez. Lejana e inconsistente. Un grito. Un rugido, como un animal enfurecido. Golpeando pasos. Una puerta estrellándose contra una pared.

Su nombre.

Patas arriba. Haciendo eco. Sus pulmones se torcieron, o tal vez fue todo su cuerpo, convulsiones.

Probó sangre en la parte posterior de la lengua.

Una sombra pasó por delante de ella. Ojos marrones, llenos de terror. Pelo negro desordenado. Labios que cada chica de la Mancomunidad habían admirado mil veces.

Kai miró la herida, el mango del cuchillo, la hoja todavía enterrada.

Vio que su boca formaba su nombre. Se volvió y gritó algo por encima del hombro, pero su voz se perdió en ella, lejos, pero muy, muy, muy lejos.

CAPÍTULO 91

—Te lo dije, estoy bien— insistió Scarlet, aunque su tono era cansado. —Es sólo que han pasado tantas cosas en muy pocos meses—.

—¿Bien?— Chilló Émilie. Por la forma en que sus ojos borrosos y sus rizos rubios tomaron la pantalla, Scarlet podría decir que la camarera, su única amiga que tenía de nuevo en Rieux, sostenía su portavisor demasiado cerca de su cara.

—¡Has estado perdida durante semanas! Te fuiste durante los ataques, y luego estalló la guerra, y me encontré con los convictos en tu casa y entonces... ¡nada! Estaba segura de que estabas… ¡muerta! ¿Y ahora crees que me puede enviar una comm como pidiéndome que vaya a arrojar algo de abono en el jardín como si todo estuviera... estuviera bien? —

—Todo está bien. Mira, no estoy muerta—.

—Puedo ver que no estás muerta! Pero, Scar, tú estás en todas las noticas aquí abajo! De lo único que se habla es acerca de esta... esta revolución lunar, y nuestra pequeña Scarling en el centro de todo. Te están llamando un héroe en la ciudad, ya sabes. Gilles está hablando de la colocación de una placa en la taberna, acerca de cómo Rieux tiene propio héroe, Scarlet Benoit, se sentó en este mismo bar y gritó a todos nosotros, ¡y estamos muy orgullosos de ella! —

Émilie estiró el cuello, como si eso le permitía ver más en el fondo de Scarlet. —¿Dónde estás, de todos modos?—

—Estoy...—. Scarlet echó un vistazo alrededor de la lujosa suite en el palacio de Artemisia. La habitación era un mil veces más extravagante que su pequeña granja, y lo odiaba con una gran pasión. —Todavía estoy en Luna, en realidad—.

—¡Luna! ¿Puedo ver? ¿Es seguro estar ahí arriba? —

—Em, por favor deja de gritar—. Scarlet se frotó la sien.

—No me digas que pare de gritar, señorita Demasiado-ocupada-para-enviar-una-comm-y-hacerme-saber-que-no-ha-muerto—.
—¡Yo era una prisionera!— Gritó Scarlet.

Émilie se quedó sin aliento. —¡Una prisionera! ¿Te duele algo? Eso es un ojo negro o es sólo mi portavisor, porque mi pantalla ha estado actuando así últimamente…— Émilie frotó la manga sobre la pantalla.

—Escucha, te prometo que te voy a contar toda la historia cuando llegue a casa. Simplemente, por favor dime que todavía estás cuidando la granja. Por favor, dime que tengo una casa donde volver—

Émilie frunció el ceño. A pesar de su histeria, había sido una vista agradable. Bastante burbujeante y hasta el momento alejado de todo lo que Scarlet había pasado. Al oír su voz, Scarlet recordó a casa.

—Por supuesto que todavía estoy cuidando la granja— dijo Émilie, en un tono que sugería que Scarlet la había herido al poner eso en duda. —Me lo pediste, después de todo, y yo no queria pensar que estabas muerta, a pesar de que... aunque todo el mundo

lo creía, hasta yo misma también lo hice por un tiempo. Estoy tan contenta de que no estás muerta, Scar—.

—Yo también—.

—Los animales están muy bien y los androide que alquilaste siguen llegando... debes haber pagado por ellos con mucha antelación—.

Scarlet sonrió con fuerza, recordando algo acerca de cómo Cress había establecido unos pagos en su ausencia.

—¿Scar?— Ella arqueó las cejas.

—¿Encontraste a tu grand-mère?—

Su corazón había construido un muro fuerte, lo suficiente para que la cuestión no golpee su respiración fuera de ella, pero Scarlet todavía sentía una punzada al recordar. Era imposible mantener alejados a los recuerdos de las prisiones debajo de la casa de la ópera. Su abuela con el cuerpo roto. Su asesinato, como Scarlet lo había visto y pudo hacer nada.

Esto y sólo por esto era lo único por lo que temía por volver a casa. La casa no sería lo mismo sin el pan de su abuela creciente en la cocina o sus botas llenas de barro que se quedaban en la entrada.

—Está muerta— dijo Scarlet. —Ella murió en los primeros ataques sobre París—.

La cara de Émilie era de preocupación. —Lo siento mucho—.
Un silencio se deslizó entre ellas, ese momento en que no había nada apropiado que decir.

Scarlet enderezó la espalda, necesitaba cambiar el tema. —¿Recuerdas al luchador callejero que solía entrar a la taberna por un tiempo?—

La expresión de Émilie se iluminó. —Con sus ojos, cómo podría una chica olvidarlo? Preguntó—.

Scarlet se rio. —Sí, bueno. Resulta que él es un lunar—.

Émilie se quedó sin aliento. —No—.

—Además, estoy saliendo con él—.

La vista en la pantalla se sacudió cuando Émilie estrechó su mano a la boca. —Scarlet Benoit!— Ella tartamudeó por un momento, pero dijo ¿Te tomará semanas explicarme todo eso a mí, verdad?

—Probablemente—. Scarlet se cepilló el pelo sobre un hombro. —Pero lo haré. Lo prometo. Mira, me tengo que ir. Yo sólo quería que sepas que estoy bien, y comprobar la Tecnología agrícola—

—Voy a decirle a todos que estás a salvo. Pero cuando vienes a casa? —

—No lo sé. Pronto espero. Y, ¿ehm…? Por favor, no deje que Gilles coloque una placa de mí —.

La camarera se encogió de hombros. —No puedo prometerte eso, Scarling. Tú eres nuestra pequeña heroína—.

Scarlet apagó el portavisor y lo arrojó sobre la cama. Con un suspiro, miró por la ventana.

Se podía ver la destrucción del patio y cientos de personas que trataban de poner de nuevo todo en orden. Artemisia era hermosa, a su manera, pero Scarlet estaba lista para el aire fresco y la comida casera.

Estaba lista para volver a casa.

Llamaron a la puerta y se abrió, sólo un poco al principio, Lobo vacilante en el otro lado. Scarlet sonrió y él se atrevió a entrar, cerrando la puerta detrás. Tenía en la mano un ramo de margaritas azules y una mirada inmensamente culpable.

—Estaba espiándote— confesó, encorvando los hombros al lado de sus oídos.

Ella sonrió, en broma. —¿Cuál es el punto de tener oídos sobrehumanos si no puedes espiar de vez en cuando? Entra. No te esperaba volver a ver tan pronto—.

Lobo dio otro paso y se detuvo. Tenía una ligera cojera de la bala que había golpeado a su lado, pero fue una curación rápida. Eso era algo que las alteraciones-lobo sin duda lo habían hecho más fuerte.

En el exterior, por lo menos.

Él frunció el ceño ante las flores, sus feroces dientes clavándose en su labio inferior. Había dejado de volver a la casa de su infancia esa mañana. Aunque el cuerpo de su madre ya había sido enterrado en uno de los grandes cementerios en el desierto de Luna, había sido importante para él que ver esa casa por última vez. Para ver si había algo de valor que rescatar de allí, o algo para recordar a sus padres, o incluso a su hermano.

Scarlet se había ofrecido a ir con él quería hacerlo solo.

Ella entendió. Algunas cosas había que hacerlas solo.

—¿Encontraste algo?—

—No— dijo. —No había nada de lo que yo quería. Todo lo de mi infancia se había ido, y ella... no tenía mucho, sabes. Excepto esto..—..

Se acercó a ella, incapaz de mantener contacto con los ojos, y le entregó el ramo de flores.

Más de la mitad de su delicado tallo había sido aplastado o roto en los puños poco delicados de Lobo.

—Cuando yo era una niña, solía recoger flores silvestres para mi grand-mère. Las tenía en un frasco hasta que empezaran a marchitarse, luego las presionaba entre el papel de pergamino para que duraran para siempre. Apuesto a que tiene toda una caja llena de flores secas en alguna parte. —Ella pasó un dedo alrededor de algunos de los pétalos suaves—

—Eso es lo que vamos a hacer con estos. En honor a Maha. Ella puso las flores en un frasco de vidrio medio lleno de agua que había sido traído con el desayuno—.

Cuando se dio la vuelta, Lobo había empujado a un lado el portavisor y se sentó en el borde de la cama enorme. Scarlet estaba bastante segura de que la ropa de cama había sido hecha por mano de obra esclava, y el pensamiento la había hecho sentir incómoda cada vez que se metía en ellos.

Tan pronto como él estaba sentado, la pierna de Lobo empezó a saltar con energía nerviosa. Scarlet entrecerró los ojos en él.

No estaba de luto.

Estaba nervioso.

—¿Qué tienes?— Dijo ella, hundiéndose junto a él. Ella puso su mano en la rodilla y Lobo se congeló.

Sus brillantes ojos se encontraron. —Le dijiste a tu amiga que estamos saliendo—.

Scarlet parpadeó, y una risa repentina le hizo cosquillas en la garganta, pero el rostro angustiado de Lobo hizo que se detuviera.

—Parecía más fácil que tratar de explicar la totalidad del sistema macho alfa—.

Miró hacia abajo a sus manos inquietas. —Y... le dijiste que vas a ir de nuevo a la granja—.
—Por supuesto que voy a volver a la granja—. Ella ladeó la cabeza, empezando a sentir angustia a sí misma. —Yo quiero decir, no mañana, pero una vez que las cosas se han calmado. —

La rodilla opuesta de Lobo comenzó a rebotar en su lugar.

—¿Lobo?—

—¿Tu todavía quieres-— Se rascó detrás de la oreja- Todavía quieres que vuelva contigo? Ahora que soy... que yo... —Él dio una respiración rápida. —¿Aún me quieres?—

Lobo parecía como si estuviera sintiendo dolor, un dolor real. Su corazón se suavizó.

—Lob…— Ella hizo una pausa y tragó. —Ze'ev—.

Sus ojos la miraron, sorprendido. El portavisor se iluminó, pero Scarlet ignoró la comm.

Ella lo desplazó en la cama para que pudiera entrar metido un pie debajo de su muslo. Ella dijo con firmeza: —Todavía te quiero—.

Su pierna trotante lentamente se calmó. —Es sólo que... Sé que no soy lo que tenías en mente—.

—¿Ah si? Porque yo estaba imaginando un gran tipo robusto que pudiera cortar leña y hacer agujeros con la excavadora, y sin duda encajas en esa descripción. Es decir, mi

abuela y yo nos las arreglábamos muy bien, pero la verdad... estoy deseando tener ayuda—.

—Scarlet—

—Ze'ev—.

Ella inclinó su rostro hacia él. Lobo no se inmutó cuando ella lo miró. No miraba sus enormes dientes o las manos monstruosas. No miraba la pendiente inhumana hasta los hombros o la forma en la que su mandíbula sobresalía de sus pómulos.

Todo era superficial. No lo habían cambiado.

—Eres el único, Ze'ev Kesley. Siempre serás el único—.

Sus cejas se levantaron en el reconocimiento de las palabras que había dicho una vez a ella.

—No voy a decir que no va a tomar algún tiempo para acostumbrarme. Y podría ser un tiempo antes de que podamos convencer a los niños del vecindario a no estar aterrorizados ante ti. —Ella se alisó un mechón de su cabello. Metió su mano derecha hacia arriba. —Pero lo averiguaremos—.

Su cuerpo se hundió.

—Te amo— susurró.

Scarlet deslizó sus manos por su pelo loco. —¿De verdad? No podría decir…—.

El portavisor volvió a sonar. Con el ceño fruncido, ella se acercó y lo silenció, y luego se inclinó hacia Lobo, empujando su nariz con la de ella. Lobo vaciló sólo un momento antes de besarla. Scarlet se hundió contra él. Era como un beso con cualquier criatura mitad hombre mitad lobo mutante que se había dado nunca.

Cuando se apartó, sin embargo, él tenía el ceño fruncido. —¿De verdad crees que los niños del vecindario sentirían miedo de mí?—

—Definitivamente— dijo. —Pero tengo la sensación de que ganaremos al final—.

Sus ojos se arrugaron. —Voy a hacer mi mejor esfuerzo—. Entonces su sonrisa se volvió malvada. Su mano se reunió con el material en la parte baja de la espalda de Scarlet y se dejó caer en la cama, tirando de ella a su lado.

—¡Scarlet!, Scar... oh —.

Ambos se congelaron. Gimiendo, Scarlet empujó a Lobo hacia arriba sobre sus codos.

Iko tenía medio cuerpo adentro de su habitación, agarrando la manija de la puerta. Su cuerpo androide estaba cubierto de vendajes, que eran puramente estéticos, pero no había una gran cantidad de tiendas de artículos de androides en Luna y le había dicho a Scarlet estaba harta de todo el mundo mirándola.

—¡Lo siento! Debería haber tocado la puerta. Pero no respondiste mis comm… y- —Iko estaba rebosante de alegría, con más felicidad que una persona corriendo con cables y células de energía.

—¡Cinder ha despertado!—

CAPÍTULO 92

COMPROBACION DE DIAGNOSTICO COMPLETO. TODOS LOS SISTEMAS ESTAN ESTABILIZADOS. REINICIANDO EN 3… 2… 1…

Los ojos de Cinder se abrieron, se encontró con un techo blanco y luces cegadoras. Ella intento levantarse y siseo al sentir un golpe de dolor en el pecho.

La mujer que había estado agachada sobre la mano de Cinder gritó y cayó de su taburete con ruedas, aterrizando duramente contra el suelo. Unas máquinas metálicas resonaron junto a ella.

Kai se levantó de una silla en la esquina de la habitación y corrió al lado de Cinder, empujando su desordenado pelo de los ojos. —Está bien— dijo, se apoyó en Cinder mientras apretaba sus manos contra su pecho. Podía sentir un bulto del vendaje allí, la cima del dolor.

Ella observo sorprendida a la mujer –desconocida— y se volvió hacia Kai.

Parpadeo. Observó primero lo guapo que se veía, y segundo lo agotado.

Un chorro de datos comenzó a desplazarse contra su visión en un estéril texto verde.

EMPERADOR KAITO DE LA MANCOMUNIDAD ORIENTAL

ID. # 0082719057

NACIDO 7 ABR 108 T.E.

FF 107.448 APARICIONES EN MEDIOS, CRONO INVERSA

PUBLICADO 13 NOV T.E.: EN UN COMUNICADO DADO A CONOCER ESTA MAÑANA, EL EMPERADOR KAITO INFORMO A LA PRENSA QUE HA RETRASADO SU REGRESO A LA TIERRA POR UN TIEMPO INDETERMINADO, DECLARANDO QUE SU PRESENCIA ES NECESARIA EN ESTE MOMENTO PARA SUPERVISAR LA RECONSTRUCCIÓN DE LA CAPITAL LUNAR—

Cinder cerró los ojos he hizo descender el texto de su visión. Espero a que su frecuencia cardiaca se calmara antes de abrir los ojos de nuevo.

Su regazo estaba cubierto con una manta de lino blanco tan fino que podía ver un surco en el tejido donde la carne de su muslo izquierdo se reunía con la parte superior de la pierna protésica. Su mano izquierda estaba extendida, con la palma hacia arriba, en la parte superior de la manta. La cámara de la palma estaba abierta, revelando una multitud de cables desconectados en el interior.

—¿Qué le hace a mi mano?— Dijo con voz ronca.

La mujer se puso de pie y se alisó la bata blanca de laboratorio. – Arreglarlo —

—Aquí, bebe esto—. Kai le tendió un vaso de agua. Cinder se quedó mirando por más tiempo del que debería, su cerebro trabajaba a través de lodo, antes de tomarlo. —Esta es la Dra. Nandez— dijo Kai, viendo como bebía. —Ella es una de los mejores cirujanos cibernéticos de la Tierra. Voló ayer para... examinarte— Sus labios se apretaron, como si no estuviera seguro de haber sobrepasado algún límite entre ellos.

Entregándole el vaso de nuevo a Kai, Cinder estudió a la doctora, que estaba con los brazos cruzados, toco los cables salidos de su antebrazo. Cinder alcanzó la parte posterior de la cabeza, donde su panel estaba fuertemente cerrado.

—¿No estoy muerta?—

—Estuviste cerca— dijo Kai —El cuchillo penetró en una de las cámaras cardíacas protésicas, que llevó tu cuerpo a un modo de supervivencia. Esa cámara se detuvo mientras el resto de tu corazón fue capaz de seguir funcionando... más o menos— Kai miró a la doctora. —¿Estoy en lo correcto?—

—Lo suficientemente cerca— dijo el Dra. Nandez con una débil sonrisa.

El corazón de Cinder latía con cada respiración. —Mi pantalla de retina está funcionando de nuevo—

La doctora asintió. – Usted necesito de un nuevo procesador de datos… el que le fue instalado no fue diseñado para ser sumergido bajo el agua. Tuviste suerte de que entrara en modo de conservación, de lo contrario habrías perdido las funciones de la mano o la pierna—

—No las tuve, por un tiempo— Cinder intentó mover sus dedos cibernéticos, pero permanecieron inmóviles en la colcha. —Lo siento, la he asustado—

—Su reacción estaba justificada— La Dra. Nandez hizo un gesto hacia la mano de Cinder. —¿Puedo?—

Una angustia comenzó a arrastrarse hacia Cinder… su palma abierta y vulnerable, justo en frente de Kai.

Pero entonces se sintió tonta y superficial, por lo que asintió.

La Dra. Nandez se puso así misma nuevamente al lado de Cinder y coloco un portavisor en la cama. Un holograma parpadeo en el aire por encima de la pantalla, una réplica exacta del cableado interno de la mano de Cinder. La doctora ajusto la imagen y se inclinó sobre la mano de Cinder de nuevo.

—Deberías acostarte— dijo Kai. —Fuiste apuñalada, sabes—

—Lo recuerdo— Haciendo una mueca, apretó la mano con más fuerza contra su herida. La presión cesó algunos de los latidos.

—Cuarenta y dos puntos, y algo me dice que pudieron haber sido más. Aquí, acuéstate—

Le permitió a Kai guiar su espalda sobre las almohadas. Se hundió en la blanda cama, con un sonoro suspiro, aunque la luz quirúrgica de la doctora la cegó otra vez y Kai había adquirido un resplandor sobrenatural.

—¿Levana está muerta?— Murmuró.

— Levana está muerta—.

Con esa confirmación, y el crudo recuerdo de un arma de fuego y una salpicadura de sangre quemaba en su mente, ella examino en su memoria para todas las otras preguntas. Estas cayeron como una cascada de pensamientos. Cress, Thorne, Scarlet, Lobo, Winter, Jacin, Iko…

—Todo el mundo está vivo— dijo Kai como si sus pensamientos hubieran estado escritos con el texto verde en sus iris. —Pero Cress esta... sus signos vitales son estables, y tenemos la esperanza de que se recupere, pero ella aún no ha salido de la suspensión. Scarlet tenía una conmoción cerebral leve, pero está bien. Thorne perdió

dos dedos, pero es un candidato ideal para prótesis si él quiere. Lobo esta... bueno, no pueden deshacer la bioingeniería sin correr el riesgo de daños graves, pero está vivo y parece, ya sabes, como Lobo. Jacin sufrió algún lesiones, pero nada que haga peligrar su vida, y la princesa Winter…— Bajó la mirada.

Cinder sintió una sacudida en la muñeca y el pulgar se movió sin control por un momento antes de aparecer otra chispa y luego se detuvo.

—Ella ha estado inconsolable desde la revuelta. Han tenido que mantenerla contenida. Y un montón de gente murió, en ambos lados, pero... funcionó. Los sectores exteriores respondieron en masa, demasiados para que Los Taumaturgos los controlaran a la vez. La gente seguía llegando de los sectores exteriores durante horas después de que la lucha termino—.

Otro destello de electricidad, entonces el chasquido del pestillo metálico. –Inténtelo— dijo la Dra. Nandez, girando el holograma.

Cinder levantó la mano. Que había sido pulida a un acabado brillante y pudo ver ecos del pelo oscuro en la superficie. Ella cerró los dedos uno a la vez, y luego rodó su muñeca hacia atrás y adelante.

Extendió sus dedos, puso a prueba la funcionalidad de las herramientas dentro de ellos, todos menos la pistola, la cual ella esperaba no volver a disparar.

Tocando las yemas de los dedos, miró a la doctora. —Gracias—.

—Fue un placer— dijo la Dra. Nandez, se puso de pie. –Volveré a revisarla en unas pocas horas—.

Tan pronto como se fue, Cinder sintió el cambio de aire. Una repentina tensión, un repentino silencio.

Se humedeció los labios resecos. —¿Eres el rey de Luna ahora?—

Kai pareció sorprendido por la pregunta. — No. Como Levana nunca fue la verdadera reina, ella no tenía el poder legal para designar a cualquier persona como su rey consorte. Soy viudo desde un punto de vista técnico, pero creo que puedo conseguir que ese pequeño percance sea anulado—

—"¿Pequeño percance?"— Para algo en lo que ella había arriesgado su vida al prevenirlo muchas veces, Cinder no estaba segura de pensar en el matrimonio de Kai como un "pequeño percance".

—Un error temporal— Dijo, empujando lejos la luz del cirujano, por lo que ya no cegaba a Cinder —Con todo lo que estaba ocurriendo, ni siquiera tuvimos tiempo para consumarlo—

Cinder tosió. —Información innecesaria—.

—¿De Verdad? ¿No tenías curiosidad? —

—He estado tratando de no pensar en ello—.

—Bueno… no lo pienses más. Todavía estoy dando las gracias a todas las estrellas, una por una—.

Cinder se habría reído, excepto que le dolía demasiado.

A darse vuelta en la cama, Kai reclamo el taburete de la doctora. Las ruedas resonaron en el suelo mientras se apretujaba a sí mismo al cerrar sus rodillas apretadas contra el marco de la cama. —¿Qué más necesitas saber antes de que te deje descansar un poco?—

Se pasó la lengua contra el paladar, deseando haber bebido más agua. –Yo soy... ¿Ellos piensan que soy...? —

—¿La reina?—

Ella asintió.

—Sí, Cinder. Eres la reina de la Luna— Las palabras fueron implacables. Sin dudas. —Ellos analizaron tu ADN mientras estabas inconsciente y tú eres definitivamente Selene. De acuerdo con la ley Lunar, significa que eras la princesa regente hasta tu decimotercer cumpleaños, momento en el que te convertirías en la reina de Luna. Levana era una impostora. Están llamándote “La reina perdida”. Ellos han estado celebrando su declaración desde la noche de la batalla. Por supuesto, ellos van a querer tener una ceremonia eventualmente… más por tradición que cualquier otra cosa—.

Cinder se mordió el labio, pensando en los años que había pasado bajo el cuidado de Adri. Una mecánica, una sirviente, una pedazo de propiedad. Todo ese tiempo ella había sido de la realeza, y no tenía ni idea.

—Incluso los taumaturgos, los que siguen vivos, dicen que su lealtad es para el trono y al Lunar que este sentado en él. Al menos, eso es lo que están diciendo ahora. Veremos cómo se sienten una vez que las cosas empiecen a cambiar por aquí—. Kai se rascó detrás de la oreja. —El ejército está siendo problemático. Estamos recuperando a todos los que habían sido enviados a la Tierra, pero algunos de los soldados son... bueno, no están convencidos de que la guerra haya terminado. Algunos se han convertido deshonestos en la Tierra y los ejércitos de tierra están haciendo todo lo posible para localizarlos, pero estamos esperando a…—

Ella buscó sus manos, para hacerlo callar.

Ella todavía estaba trabajando a través del hecho de que ella era la reina.

Ella era la reina de Luna.

Se recordó que esto era lo que quería. Esta responsabilidad, este deber, este derecho fue por lo que había estado luchando durante todo el tiempo. La oportunidad de librar al mundo de Levana y cambiar el país que había nacido. Para cambiarlo a uno mejor.

Los dedos de Kai cubrieron los suyos. Sólo entonces se dio cuenta de que le había agarrado con la mano ciborg.

—Lo siento— Dijo Kai. —No necesitas preocuparte por todo lo que está pasando en este momento. Torin y yo nos estamos encargando de todo. Asegurándonos de que los heridos son atendidos, conseguir una ciudad más limpia... ah, y el antídoto. Estamos preparando algunos grandes cargamentos para la Tierra, y los técnicos han estado trabajando para producir más lotes. Ya hemos enviado más de mil dosis a casa con los diplomáticos y vamos a tener el triple de esa cantidad lista para salir mañana por la noche, aunque... — Vaciló, una sombra cruzo su rostro. —El antídoto es producido a partir de sangre de caparazón, y hay un conjunto complicado de leyes en torno a los caparazones, y el antídoto, y no me siento cómodo haciendo nada de esto sin ti. Eso es algo que vamos a tenerle que hacer frente, cuando estés lista—. Él se apagó, aunque

Cinder podía ver la lucha en sus ojos. El alivio de tener el antídoto a su disposición, junto con las cosas horribles que Levana había estado haciendo para obtenerlo.

Ella trató de sonreír, pero ella sabía que su sonrisa no se veía real. —Gracias, Kai—.

El movió la cabeza, mechones de pelo cayeron sobre su frente. —Lo siento. Debería dejarte dormir. Es sólo que... es realmente bueno verte despierta. Para hablar contigo acerca de todo esto—.

—¿Cuánto tiempo estuve fuera?—

—Casi tres días—.

Volvió sus ojos hacia el techo. —Tres días. Qué lujo—.

—Uno muy merecido— Kai levantó su mano y apretó sus labios contra sus nudillos. —Tomate tu tiempo para recuperarte. La parte más difícil ya pasó—.

—¿Así fue?—

Vaciló. —Bien. La parte peligrosa ha terminado—.

—¿Puedes hacer algo por mí?—

Kai frunció el ceño, como si no quisiera animar a todas las ideas locas, pero el momento fue breve.

—Cualquier cosa—.

—¿Todos los líderes de Tierra volvieron?—

—No. Fuimos capaces de evacuar a todos los terrestres fuera de Artemisia durante los combates, una vez que llegamos a los puertos que estaban abiertos, pero la mayoría de ellos regresaron después de que entendieron que tuviste éxito. Creo que todos están a la espera de una reunión—.

—¿Se puede llamar a una reunión? Tú, yo, los líderes de Tierra... y... lunares... ¿Tengo un gabinete, o un primer ministro o algo? —

Su labio se movió como si quisiera burlarse de ella, pero retuvo el impulso. —Normalmente el líder de los taumaturgos actuaría como segundo al mando, pero el Taumaturgo Aimery está muerto. Tu corte es un triste desorden en este momento, me temo—.

—Bueno, cualquiera que deba ser un invitado, para una reunión oficial. Uno importante—.

—Cinder…—

—Y mi madrastra. ¿Está todavía aquí?—

Él frunció el ceño. —Actualmente, sí. A ella y a su hija se les ha dado un lugar a bordo en una de nuestras naves representantes, pero no se irán hasta mañana—.

—Tráelas a ellas también. Y tal vez a esa doctora que estuvo aquí—.

—Cinder, necesitas descansar—.

—Estoy bien. Tengo que hacer esto… tan pronto como sea posible, antes de que alguien más intente matarme—.

Él sonrió, pero tenía una mirada tierna. – ¿Hay que hacer que, exactamente?—

—Firmar el Tratado de Bremen— Decir las palabras trajeron una verdadera sonrisa a sus labios. —Yo quiero hacer nuestra alianza oficial—.

CAPÍTULO 93

Jacin se sentó en la silla de visitas, observando al doctor revisar los signos vitales de Winter sin envidia alguna. El deseo ser el único que supliera sus necesidades, saber que tan mal estaba Winter y como podía ayudarla, es lo que necesitaba, en lugar de eso él tenía que sentarse allí y pretender ser paciente y esperar que el doctor le informara, una vez mas no había nada que hacer, más que esperar y ver si se recuperaba,

Recuperarse

Jacin odiaba esa palabra, cada vez que esa palabra era mencionada el podía escuchar la voz de Winter atormentada y asustada. No conozco a una sola persona ni aunque este sana que pueda recuperarse de esto. Así que ¿Cómo podría?

—Sus latidos aún están acelerados— dijo el doctor quitando el porta visor, —Al menos ella está durmiendo. La revisaremos cuando este despierta—.

Jacin sacudió la cabeza, conteniendo cualquiera de las múltiples respuestas que tenía. Cuando ella despierte pataleando y gritando. Cuando despierte llorando. Cuando ella despierte aullando otra vez como un triste y solitario lobo. Cuando despierte y nada haya cambiado.

—No lo entiendo— Se quejó Jacin, fijando su mirada en la frente de Winter, al menos estaba tranquila mientras dormía, —Usar su don debería haberla ayudado a mejorar no empeorarla, no debería estar así, después de tantos años de luchar contra eso—

—Todos esos años son precisamente la causa— El doctor suspiro con tristeza, Jacin se tensó, —Ayudaría pensar de nuestro cerebro y nuestro don como un musculo, si no lo usas por muchos años, y un día decides llevarlo al límite de su potencial, es más seguro que se sobrecargue antes que fortalecerlo, ella hizo mucho, tan rápido, y eso.... Daño su mente—

Estoy destruida, fue lo que dijo, no dañada. Destruida

Aun antes de que Aimery se apareciera.

Tan pronto como el doctor salió, Jacin arrastro su silla más cerca de la cama de Winter, revisó los restrictores acolchados de sus extremidades, eran seguros y no muy apretados. Ella había despertado algunas veces, arañando y destrozando todo, un asistente medico casi perdió un ojo antes de que decidieran que era mejor asegurarla. Jacin odiaba observarlos hacerlo, pero hasta el coincidía con que eso era lo mejor.

Ella se había convertido en un peligro para los demás y para ella, sus dientes habían dejado un impresionante corte en un hombre, aun así él no podía entender que ella estaba atada. Dulce gentil Winter, quebrada, destruida Winter.

Jacin coloco sus dedos en su muñeca más de lo necesario, pero no había nadie que lo castigara ahora, más que el mismo.

Las erupciones por la enfermedad se volvían más pálidas cada día, el dudaba si dejarían alguna cicatriz y si la dejaban no sería notable en su piel oscura. No como la cicatriz en su mejilla que había palidecido con el tiempo.

Ambos odiaban y admiraban esas cicatrices. Por un lado le recordaba el tiempo que ha estado sufriendo, y el tiempo que él no fue capaz de protegerla.

Por otro lado le recuerdan la valentía y el coraje que tan pocas personas suelen ver en ella, en su sutil y desafiante forma, ella se atrevió a ir en contra de los deseos de Levana y las expectativas de la gente una y otra vez. Ella ha sido forzada a elegir sus batallas, y las ha elegido, y ambas las derrotas y las victorias le han costado bastante.

Los doctores estaban perdidos sobre qué hacer con ella, ellos no tenían experiencia con enfermedades lunares. Pocos eligen dejar que su salud se deteriore como ella había hecho, y ellos solo podían adivinar cuales serían los efectos secundarios.

Y todo porque Winter rehusó ser como Levana y Aimery y todos los lunares que abusaban, manipulaban y usaban a otros para suplir sus propios y egoístas deseos

Aun en su último desesperado acto, cuando ella uso las manos de Scarlet para matar a Aimery, Jacin sabía que ella lo había hecho para salvarlo a él, no a ella, nunca a ella.

Así como el haría cualquier cosa por salvarla a ella.

Se pasó una mano por la cara, superado por el agotamiento. Se había pasado todas las noches desde la lucha a su lado y fue sobreviviendo con poco alimento y con aun menos horas de sueño.

Sus padres, él se había conmocionado a saber que no estaban muertos. Había estado seguro de que al haber desafiado las ordenes de Levana ayudando a Winter a escapar, al final terminarían ejecutados públicamente, como Levana había amenazado, pero un toque de ironía había salvado sus vidas. Su padre había sido trasladado al sector industrial hace años. Cuando Cinder hizo su llamada a la revolución, los civiles se amotinaron, encarcelando a todos sus guardias y a las familias de los guardias. En ese momento Levana ordeno asesinarlos a todos como había amenazado, los padres de Jacin hace tiempo que ya no estaban bajo su dominio. El sector maderero, noto después, era el mismo donde Winter había sido envenenada.

No los había visto todavía, ya que todos los guardias estaban esperando un juicio bajo el nuevo régimen.

A la mayoría se le ofrecería una oportunidad de jurar lealtad a la Reina Selene y unirse a la nueva guardia real que estaba formándose. Sabía que su padre, un buen hombre que había sufrido durante mucho tiempo bajo el dominio de Levana, estaba feliz por el cambio.

El mismo Jacin estaba nervioso por reunirse con su familia. Después de años de alejar a todos los que amaba a distancia, era difícil imaginar una vida en la que estaba libre para atender a las personas sin temor a que se conviertan en peones a ser utilizados en su contra.

Él sabía que a ellos les encantaría ver a Winter nuevamente, que había sido como una parte de su familia al crecer. Pero... no de esta manera. Verla así les rompería el corazón.

Al verla así...

Winter gimió, un sonido patético como el de un animal moribundo. Jacin se puso de pie y puso una mano sobre su hombro, esperaba fuera un gesto reconfortante. Ella giró la cabeza hacia atrás y hacia los lados unas cuantas veces, con los ojos moviéndose debajo de sus párpados cerrados, pero no se despertó. Cuando ella se calmó de nuevo, Jacin dejó escapar un profundo suspiro.

Él quería que ella se mejorara. Él quería que esto terminara. Él quería que ella abriera los ojos y no sacudiendo las piernas o mordiendo o aullando. Él quería que ella lo mirara, reconociéndolo y feliz y con esa insinuación de travesura que había atrapado su corazón mucho antes de que ella se convirtiera en la chica más hermosa en la Luna.

El tomo uno de los rizos de su cabello y lo alejo de sus labios, rozando de nuevo su cara.

—Te amo, princesa— Susurró, se apoyó sobre ella durante mucho tiempo, trazando los planos de su cara y la curva de sus labios y recordando cómo ella lo había besado en la Casa de las Fieras. Le había dicho entonces que ella lo amaba, y él no había tenido el valor de decírselo de vuelta.

Pero ahora…

Él puso una mano al otro lado de su cuerpo, apoyándose en él para mantener el equilibrio. Su corazón estaba acelerado, y se sentía como un idiota. Si alguien lo vio, pensarían que él era uno de los admiradores espeluznantes de Winter.

Tal vez no cambiaría nada…. todos los pedazos de lógica se fueron. Un estúpido, un idealista beso no podía traer su mente de nuevo para estar juntos.

Pero no tenía nada que perder.

Winter seguía durmiendo, su pecho subiendo. Y bajando.

Subiendo y bajando y subiendo.

Jacin se dio cuenta de que estaba haciendo tiempo. Construyendo una esperanza, pero también levantando un muro alrededor de sí mismo cuando no pasara nada. Porque no pasaría nada.

Se inclinó sobre ella, dejando un poco de espacio entre ellos, y clavó los dedos en las delgadas mantas del hospital. —Te amo, Winter. Siempre lo hare—.

El la beso. Como fue unilateral, tenía poco de la pasión que había habido en la Casa de Fieras, pero también mucha más esperanza. Y una porción entera de necesidad.

Apartándose, tragó saliva y se atrevió a abrir los ojos.

Winter lo estaba mirando fijamente.

Jacin retrocedió bruscamente. —Maldita sea, Winter. Tu... ¿cuánto tiempo...?— Se frotó la parte posterior del cuello.

—¿Te estabas haciendo la dormida?—

Winter dirigió la mirada hacia él, con una soñadora media sonrisa en los labios.

El pulso de Jacin se disparó al ver su aspecto, sumergiendo su atención de nuevo a sus labios. ¿Era posible…?

—Gana… ¿Princesa?—

—Hola— Dijo ella, su voz ronca, pero no menos dulce que de costumbre. —¿Ves la nieve?—

Su frente se contrajo. —¿Nieve?—

Winter miró hacia el techo. A pesar de que sus muñecas estaban fuertemente atadas, ella abrió la palma de la mano, como intentando agarrar algo. —Es más bonito de lo que había imaginado— Susurró. —Soy la chica de hielo y nieve, y creo que estoy muy contenta de conocerte—.

La decepción trató de penetrar en el pecho de Jacin, pero las paredes que había construido hicieron su trabajo, y fue repelida tan pronto como llegó.

Al menos ella no estaba tratando de morderlo.

—Hola, muchacha de la nieve— dijo, cruzando sus dedos alrededor de un copo de nieve imaginario. —Estoy encantado de conocerte igualmente—.

CAPÍTULO 94

Sus piernas aún estaban débiles, Cinder se sujetó del brazo de Kai mientras la guiaba a través del Palacio de Artemisia por primera vez desde la insurrección. A su alrededor, enormes ventanas y paredes de azulejos brillaban a la luz de sol. Fue tan hermoso. Ella tenía problemas para creer que todo esto le pertenecía.

Su palacio, su reino, su casa.

Se preguntó cuánto tiempo tomaría antes de que se sintiera real.

Iko había elegido su vestido, un vestido sencillo tomado del armario de Winter, y peino su pelo en un estilo recogido y elegante. Cinder tenía miedo de mover la cabeza por temor a que todo se vendria abajo. Ella sabía que se suponía que debía sentirse real y poderosa, pero en su lugar se sentía como una niña débil jugando con vestidos grandes.

Sacó fuerzas de la presencia de Kai a un lado y en el otro Iko, a pesar de que Iko no dejaba de zarandearla y sacudir su pelo. Cinder la golpeó de nuevo.

Al menos el brazo de Iko estaba trabajando de nuevo. La Dra. Nandez había conseguido devolverle la mayor parte de funcionalidad de su cuerpo, pero aún había mucho daño que reparar.

Al doblar una esquina, vio a su nueva guardia personal, Liam Kinney, junto con el asesor de Kai, Konn Torin. Junto a ellos se encontraban Adri y Pearl.

Cinder vaciló, su pulso se aceleró.

—Cinder—.

Ella encontró la mirada de Kai, su sonrisa alentadora, y sintió que su corazón caía por otra razón por completamente diferente.

—Sé que esto es raro— Dijo el, —Pero estoy aquí si me necesitas. No me vas necesitarme, sin embargo. Eres grandiosa—.

—Gracias— murmuró ella, luchando contra el impulso de abrazarlo, a deslizarse en sus brazos y esconderse del resto de la galaxia. Tal vez para siempre.

—También— Su voz baja… —Te ves hermosa—.

Fue Iko quien respondió, —Gracias por notarlo—.

Kai se rió, mientras que los pensamientos de Cinder revoloteaban, todas en direcciones diferentes, agachó la cabeza.

Cinder cojeo, marcando como un punto el no mirar a su segunda familia. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Konn Torin se inclinó ante ella. Respeto diplomático, pensó Cinder, recordando todas las miradas que había recibido de este hombre desde la primera vez lo había visto en el baile anual. Pero cuando levantó la cabeza, estaba sonriendo. De hecho, parecía francamente agradable.

—Su Majestad— Dijo. —En nombre del pueblo de la Mancomunidad del Este, quiero darle las gracias por todo lo que has hecho, y todo lo que vas a hacer—.

—Oh, um. Sí. En cualquier momento— Con un trago difícil, se atrevió a mirar a Adri.

La cara de su madrastra tenía una delgadez poco habitual. Su número de cabellos grises se había triplicado en estas últimas semanas.

Hubo un momento en el que Cinder pensó en mil cosas para decirle a esta mujer, pero ninguna de ellas parecía importante, nunca más.

La mirada de Adri cayó al suelo. Ella y Pearl bajaron en reverencias incómodas.

—Su Majestad— Dijo Adri, sonando como si estuviera masticando un limón amargo. A su lado, Pearl también dijo entre dientes, casi ininteligible, —Su Majestad—.

Iko resopló, un sonido burlón que Cinder ni siquiera había pensado que su acompañante era capaz de hacer.

Mirando la parte superior de la cabeza de Pearl y de Adri, intentó llegar a una respuesta amable, algo que Kai habría dicho. Alguna cosa buena que la reina habría hecho para aliviar la tensión. Ofrecer perdón.

En su lugar, se dio la vuelta.

Kinney planto su mano en un puño contra su pecho y Cinder le dio lo que esperaba fuera un gesto regio, antes de que Kai la condujera a través de un par de puertas dobles. Ella le había pedido que encontrara un lugar neutral para llevar a cabo esta reunión, no la sala del trono, que había visto tanta sangre, o el solar de la reina, o donde Levana hubiera realizado tales cosas. Ella entró en una sala de conferencias con una enorme mesa de mármol y dos nódulos hológraficos, apagados.

La habitación ya estaba llena. Ella tragó, el silencio extraño casi empujándola de nuevo al pasillo. Ella reconoció a la mayoría de ellos, pero la interfaz en su cerebro no perdió el tiempo para levantar sus perfiles de la base de datos de la red de todos modos.

El Presidente Vargas de la República Americana.

El Primer Ministro Kamin de la Unión Africana.

La Reina Camilla del Reino Unido.

El Gobernador General Williams de Australia.

El Primer Ministro Bromstad de la Federación Europea.

La Dra. Nandez, una cirujana cibernética aclamada, y Nainsi, la androide que había reparado Cinder para Kai hace mucho tiempo. Ella había sido llevada a Luna a grabar esta ocasión para que quedara en los registros oficiales de la Tierra.

Adri y Pearl fueron conducidas alrededor de la mesa.

Lo que dejaba solamente a Iko, Kai, Konn Torin, y la misma Cinder, o a Su Majestad, la Reina Selene Channary Jannali Blackburn de la Luna. Se preguntó si todo era correcto para ella para hacer que todo el mundo acabara llamándola Cinder.

Antes de que pudiera hablar, los líderes del mundo se pusieron de pie y comenzaron a aplaudir. Cinder retrocedido.

Uno por uno, se movían alrededor de la habitación, inclinándose y haciendo reverencias a su vez.

De repente la atrapo el pánico, Cinder miró a Kai. Él le dio un encogimiento de hombros de un solo hombro, lo que sugería que, sí, es raro, pero uno se acostumbra a ello.

Cuando el círculo se acercó a él, él también puso una mano sobre su pecho e inclinó la cabeza, formando un buen arco con el que podía dar al mismo tiempo su apoyo con un brazo.

—Gra – gracias— Tartamudeó ella, preguntándose si debería hacer una reverencia, pero no podía realizar una grácil reverencia ni en el mejor de los días, y sería desastroso con todas sus heridas. En cambio, se dirigió con su mano cyborg hacia ellos. —Um, por favor, ¿Tomen asiento?—

Los aplausos se había desvanecido, pero nadie se sentó.

Kai llevó Cinder a la cabecera de la mesa y la acomodó en un asiento. Sólo entonces los otros la acompañaron, Kai tomo asiento a la derecha de Cinder. Adri y Pearl se intercalaron entre Konn Torin y el Presidente Vargas. Se veían sumamente incómodos.

—Um. Gracias a todos por venir en tan poco tiempo— Comenzó Cimder. Intentó cruzar las manos en la parte superior de la mesa, pero eso se sentía extraño, por lo que en lugar de ello las enrosco en mi regazo. —Estoy segura de que están con ganas de volver a casa—.

—Lo siento mucho interrumpir— Dijo la Reina Camilla, disculpándose sin mirar a todos—Pero podría tomar este momento para decir “Felicitaciones” en la recuperación de su trono—.

Otra ola de aplausos comenzó con las palabras de la reina, y Cinder tuvo la impresión de que no la estaban felicitando tanto por convertirse en una reina, sino que la felicitaban por no tener que lidiar con Levana.

—Gracias. Gracias. Espero que entiendan que yo... um. Yo espero que sean pacientes conmigo. Esto es todo nuevo para mí y no estoy... —

No soy realmente una reina.

Miró alrededor de la mesa, a los rostros ansiosos, esperanzados mirando a ella como si fuera una especie de héroe. Al igual que hubiera hecho algo grande. Su mirada recorrió alrededor de la mesa, sintiéndose más nerviosa e inadecuada con cada persona con la que cruzo la mirada –mas adultos, más sabios, más experimentados, hasta Kai.

Tan pronto como él tuvo su atención, le hizo un guiño.

Su estómago se volcó.

Se dio la vuelta y enderezó los hombros.

—Los he hecho venir hoy aquí porque la relación entre la Tierra y la Luna ha sido tensa por mucho tiempo, y mi primer acto como... — Vaciló y movió las manos a la parte superior de la mesa otra vez, entrelazando sus dedos juntos. Unas miradas cayeron a su prótesis de cyborg, pero todos trataron de aparentar que no se habían dado cuenta. –Y como mi primer acto como reina de la Luna, quiero forjar una alianza pacífica con la Unión de la Tierra. Incluso si es sólo simbólica en un primer momento, espero que sea el comienzo de una fructífera y mutuamente beneficiosa… política... um..—. Miró a Kai.

—¿Relación?— Sugirió.

—Relación— Ella enderezó la espalda, esperando que no sonara tan estúpido como se sentía. Alrededor de ella, sin embargo, los diplomáticos asentían, todo respeto y acuerdo. —Soy consciente de que una alianza pacifica comenzará con todas las

unidades militares Lunares retiradas de suelo de Tierra, y voy a tratar de asegurar que la transición se complete lo más rápido posible—.

Un suspiro de alivio se apoderó de los reunidos.

—De hecho— Cinder continuó, —Mi opinión es que, bajo Kai— ¿el emperador Kai… Kaito?— Ella levantó las cejas hacia él, dándose cuenta de que era la primera vez que lo había llamado de forma formal en su presencia.

En respuesta, Kai parecía que quería reírse. Ella lo miró.

—Bajo la instrucción del emperador Kaito— Continuó, —Algunas de esas unidades militares ya han sido enviadas para volver a la Luna—.

Una ronda murmullos. Habían oído esto ya.

Ella tragó con fuerza. Sus heridas estaban empezando a picar en la parte superior del dolor constante, embotado por fármacos. Ella esperaba que su primer acto como reina no estuviera pasando descartado.

—Luna también continuará produciendo y distribuyendo el antídoto para la letumosis ya que es necesario y nuestros recursos lo permiten. Como saben, el antídoto se obtenía a partir Lunares sin dones que habían sido forzados a un estado de coma permanente con el fin de extraer su sangre, lo que es una violación de sus derechos. Me han dicho que podría ser posible fabricar plaquetas sanguíneas cultivadas en laboratorio para imitar la de los caparazones… um, gente sin dones lunares, y espero volver a dirigir los esfuerzos de investigación de la Luna en esa dirección, y encontrar una solución que sea justa para todos. Por supuesto, todas las muestras del antídoto que ya tenemos serán enviadas inmediatamente a la Tierra—.

Asentimientos de cabeza. Sonrisas. Alivio y gratitud.

Cinder se preparó. —Dicho esto, tengo un par de peticiones... para hacerles de ustedes—.

A medida que el aire de la victoria alrededor de la mesa dio paso a la enmascarada paciencia y una pizca de tensión, Cinder colocó un mechón de pelo caído detrás de la oreja.

—Quiero dejar claro que estas peticiones son sólo eso solicitudes. Su respuesta no va a cambiar planes acerca de ninguna de las promesas que he hecho. Esto no es una negociación— Se puso a sí misma más cerca de la mesa.

—En primer lugar— Ella trató de mantener el contacto visual con los que la rodean, pero le resultó imposible, su mirada se hundió hasta sus manos mientras hablaba. —Durante años, los cyborgs se han tratado como ciudadanos secundarios…— Se aclaró la garganta, sintiendo la presencia de Kai, cálida, a su lado. —Lo experimenté de primera mano creciendo en la Mancomunidad. Cyborgs menores de edad se ven más como propiedad de la gente, sin apenas más derechos que los androides. Hay un prejuicio que nos rodea, que debido se nos ha dado habilidades poco naturales –habilidades hechas por el hombre— creen que somos un peligro para la sociedad. Pero no es cierto. Sólo queremos la aceptación, como cualquier otra persona. Y así, mi petición es que todas las leyes relativas a los cyborgs sean nuevamente evaluadas, y que se nos dé la misma igualdad y los derechos básicos que todos los demás—.

Se atrevió a mirar hacia arriba, vio más de una cara roja, y nadie se atrevio a hacer contacto visual con ella. La nueva reina cyborg de la Luna.

Excepto Kai, que parecía avergonzado de ser incluido con los otros. Pero a pesar de su decisión de detener el proyecto cyborg para pruebas de letumosis, la Mancomunidad seguia teniendo muchas de las mismas injusticias como el resto del planeta.

Kai fue el primero en asentir. —El Mancomunidad está de acuerdo con su solicitud. Estas leyes no son justas y son anticuadas—.

Después de otro largo silencio, la reina Camilla se aclaró la garganta. —El Reino Unido está de acuerdo también. Comenzaremos el nuevo examen de las leyes seriamente a mi regreso—.

El primer ministro Bromstad tímidamente admitió que tendría que realizar una votación parlamentaria antes de realizar los cambios con la ley, como lo hizo el resto de repúblicas, pero no hubo un acuerdo general alrededor de la mesa. Era de ninguna manera un completo acuerdo, Cinder podía decirlo, y trató de disfrazar lo qué tanto le molestaba. Ella sabía que sólo porque un cyborg había salvado al mundo no significaría que estaban dispuestos a renunciar a generaciones de prejuicios, pero Cinder esperaba que fuera un comienzo.

—Segundo. Pido que se eliminen todas las restricciones a la emigración Lunar. Los lunares deben ser libres para ir y venir entre la Luna y la Tierra a su antojo, no quiero que Luna se sienta como una prisión para sus ciudadanos más. Del mismo modo, una vez que estemos preparados para ello, voy a abrir los puertos de Luna para viajes a la tierra y emigración. Al igual a como solía ser, cuando Luna se convirtió primero en un país y el comercio y los viajes eran alentados. Siento como si fuera la única manera de que nuestras dos sociedades comenzarán a empezar a confiar entre sí—.

Mientras hablaba, se dio cuenta de muchas miradas se pasan entre los otros líderes.

Fue el gobernador general de Australia que se atrevió a hablar. —Si bien entiendo sus motivos, ¿cómo podemos confiar en que los Lunares que entran en nuestros países no..—. Dudó.

—¿Los manipulen?— Dijo Cinder. –¿Les laven el cerebro a su gente? ¿Cometan crímenes innombrables contra la humanidad, sabiendo lo fácil que será para ellos para salirse con la suya?—

Él esbozó una sonrisa irónica. —Exactamente—.

—Creo que Terrestres y Lunares pueden coexistir pacíficamente— Dijo Cinder. —Lo hemos visto en Farafrah y otros pueblos del norte de África en la última década, donde cerca del quince por ciento de la población está compuesta de inmigrantes lunares. Trabajan juntos. Ellos confían entre sí—.

—¿El quince por ciento?— Dijo el primer ministro de Africa Kamin. —Nunca he oído esa estadística—.

—Ellos no lo hacen público, pero no parecía ser un secreto, incluso a los locales de tierra. Estuvieron formado una relación de beneficio mutuo—.

—Que adorable, es aquel pensamiento es— Dijo Kamin, —Con todo respeto, usted es muy joven, su Majestad. Puede no ser consciente de que hubo un tiempo en que los viajes se alentaron entre la Tierra y Luna, y en ese tiempo, hemos experimentado

episodios de lavado de cerebro de masas, manipulando a nuestro pueblo, forzando suicidios, violaciones... No sólo es difícil probar cuando un lunar ha manipulado a un terrestre, la mitad del tiempo, no se puede incluso decir que se cometió un delito—. Se detuvo cuando su voz comenzó a elevarse. "Yo estoy en contra naturalmente, sin faltarle el respeto a usted, Su Majestad—.

—No lo tome como una falta de respeto— Dijo Cinder. —Estoy, de hecho, bastante familiarizada con la Masacre de New Haven, 41 TE, Las Marcas de Mindless 18 TE, El sonado caso de Roget v. Caprice en la segunda era, y, oh, alrededor de un millar otros ejemplos notables de Lunares utilizando sus dones en el pueblo de Tierra—.

Kamin pareció sorprendido. De hecho, toda la mesa parecía más que un poco sorprendida.

Se inclinó hacia adelante, Cinder habló muy claro. —Tengo un ordenador en mi cerebro— Dijo ella. —Así, No voy a decir que yo soy la más inteligente o, por cualquier medio, la persona con más experiencia en este habitación, yo sugeriría que nadie utilice mi juventud para creer que yo también soy un ignorante—.

—Por supuesto— Dijo Kamin, que se puso tenso. —Perdóneme. No pretendía ofenderla—

—Sus preocupaciones son legítimas— Dijo Cinder. —Si pudiera ofrecer una solución, una promesa de que ningún terrestre será jamás manipulado de nuevo, o al menos darle una oportunidad de protegerse contra la manipulación, ¿estaría de acuerdo con mi solicitud?—

—Valdría la pena considerarlo— Dijo el Presidente Vargas. —Y yo, al menos, muero por saber cuál sería esa posible solución—.

—Bueno—. Cinder movió su mano hacia su madrastra. —Esta es Linh Adri, una ciudadana de la Mancomunidad del Este—.

Adri comenzó, dirigiendo su mirada a las personas importantes que estaba alrededor de la mesa.

—El esposo de Adri, un hombre llamado Linh Garan, fue un inventor que se especializó en sistemas Androides y en la cibernética. Ha fallecido ahora, pero cuando estaba vivo, inventó un dispositivo... que se une al sistema nervioso de las personas y pueden protegerlos de ser manipulados por el don Lunar. Levana supo de este dispositivo y recientemente hizo lo posible para obtener todas las patentes y modelos relativos al dispositivo destruido, incluso yendo tan lejos como para tener Adri, la propietaria legítima de dicha tecnología, presa aquí en la Luna—.

Adri se había puesto pálida. —Lo siento, pero no sé nada al respecto. Este dispositivo, si alguna vez existió, hace tiempo que se ha ido…—

—Bueno, se fue hace tiempo— Interrumpió Cinder. —Por lo que yo sé, sólo había dos, prototipos. Uno estaba en una mujer de tierra llamada Michelle Benoit, que murió durante los ataques en París. El otro está dentro de mí. —Se volvió hacia la doctora Nandez, cuyo interés parecía haber despertado por primera vez en el tiempo transcurrido desde que la reunión había comenzado.

Inclinadose hacia adelante, la doctora la tomó de la barbilla en una mano. —¿Esta en su columna vertebral?— Dijo. –Yo lo vi en su holograma, pero no sabía lo que era—.

Cinder asintió. —Espero que me diga que el dispositivo se puede retirar de forma segura, y el hardware pueda reproducirse. Si podemos copiarlo, podría llegar un momento en que todos los que quieren evitar la manipulación bioeléctrica tendrían el poder para hacerlo—.

Un murmullo de incredulidad.

—¿Es eso posible?— Dijo el presidente Vargas.

—Absolutamente— Dijo Cinder. —Se trabajó en mí, y funcionó en Michelle Benoit—.

—No me gusta ser pesimista— Dijo la Dra. Nandez, —Pero el dispositivo instalado parecía tener graves daños. Aunque es posible que podamos utilizarlo para crear un modelo para el hardware, tengo que asumir que la programación se ha dañado sin posibilidad de reparación. Si la reina Levana realmente tenía los datos destruidos, no sé lo fácil que puede ser reproducirla—.

—Tienes razón. La mía fue destruida—. Cinder arriesgó una mirada a Adri y Pearl, que fruncieron el ceño mientras trataban de seguir la conversación. —Por suerte, Linh Garan creo una copia de seguridad para el dispositivo del software interno. Era lo suficientemente inteligente como para esconderlo en un lugar oscuro donde nadie se le ocurriría buscarlo. ¿Lo sabe usted, Linh—Jie?—

Sorprendida por el saludo formal, Adri sacudió la cabeza.

—Lo escondió dentro del chip de la personalidad de un sirviente Serv9.2—.

Iko chirriaba.

El enrojecimiento se arrastró en las mejillas de Adri. Naciente comprensión, y el horror. —Ah, pero yo... pero el androide... Yo no sabía que ella era…—

—¿Valioso?— Cinder sonrió irónicamente. —Lo sé. Adri tenía el androide en cuestión desmantelado y vendido fuera como piezas de repuesto—.

Hubo más de un suspiro alrededor de la mesa, y un montón de miradas furiosas pasaba de Adri a Pearl.

—Todo— agregó Cinder —Excepto el chip de personalidad defectuoso que nadie más quería. Nadie excepto Linh Garan... y yo— Ella señalo a Iko. —El chip está dentro de mi amiga escolta—droide aquí, y no tengo ninguna duda de que seremos capaces de extraer la información almacenada allí—.

—Eh— dijo Iko, presionando su dedo en la sien. —Recuerdo cuando subieron esos archivos. Yo pensaba que eran para la protección contra el malware—.

—Por supuesto— dijo Cinder, —Linh Adri es la dueña de la patente y la tecnología, por lo que es justo que ella ser compensada. Espero que pueda llegar a algún tipo de regalía por la fabricación del dispositivo—.

Una ronda de acuerdo retumbó a través de la mesa, pero Adri. —¿Regalias?" Su mirada se precipitó hacia Pearl, luego de vuelta a Cinder. —Cómo... ¿cuánto de regalias?—

Iko bajó la mano, quejándose, —Demasiado—.

Cinder reprimió una sonrisa. —Eso es entre usted y las entidades gubernamentales a la que estás vendiendo—

Inclinándose sobre la mesa, fijo una mirada sobre su madrastra. —Le sugiero que no se vuelvan codiciosas—.

Regañada, Adri se hundió en su silla. Pero había un brillo en sus ojos, como alguien a través de la mesa mencionaba el mercado potencial para un dispositivo de este tipo. Millones, posiblemente miles de millones podrían ser reproducidos en la próxima década...

Adri tomó la mano de su hija. Pearl miró a su madre, y ella, también, parecía finalmente entender.

Con el dispositivo de Linh Garan tenían el potencial para que ser muy, muy ricas.

Cinder se dio cuenta, con cierta sorpresa, que no se sentía tan amargada como había pensado que lo haría. Dejar que Adri tuviera sus riquezas y regalías, su hija y su vida. Después de este día, Cinder intentaría nunca pensar en ellas otra vez.

Su único pesar fue que Peony no estaba aquí para verlo. Ella no volvería a jugar a disfrazarse con Iko a los armarios reales. Sus ojos no brillarían cuando Cinder se pusiera su corona por primera vez. Ella nunca se reunió con Kai, que se había convertido en mucho más para Cinder que su príncipe o su emperador o un imposible sueño.

—Esto me lleva a mi última petición— Cinder dijo, decidida a conseguirlo antes de que las emociones la abrumaran, buenas o malas, la abrumaban. —Ésta se refiere a sólo dos de ustedes. Presidente Vargas y el Gobernador General Williams—. Cinder se acomodó en su silla. —Se trata de un hombre llamado Carswell Thorne—.

CAPÍTULO 95

La enfermera se mantuvo disculpándose mientras acompañaba a Cress de la clínica al palacio. Lejos estar curada por completo, Cress tuvo que ser transportada en una silla de levitación magnética, que era el más extraño artilugio flotante que había visto nunca. No era exactamente una camilla, pero tampoco era una silla de ruedas, sin embargo. Para aquel momento Cress había dejado que su imaginación la llevara muy lejos, era una princesa exótica de la primera que era llevada alrededor de un trono lujoso sobre los hombros de los hombres más fuertes.

A continuación, la enfermera se había puesto a disculparse nuevamente, destruyendo el sueño. La clínica estaba completamente llena, explicó, los médicos estaban muy ocupados, y ahora que Cress había salido de su estado crítico...

A Cress no le importaba el cambio. Estaba contenta de estar fuera de la estéril clínica.

Aunque Cress sólo había salido de la animación suspendida hace cuatro horas, ya había visto a Iko, Scarlet, Lobo, e incluso al cansado Jacin, quien le dijo de su victoria y cómo Cinder había firmado el Tratado de Bremen, cómo habían despertado a los caparazones y cómo los investigadores estaban averiguando una mejor manera de conseguir ajustarse a la vida en la Luna al mismo tiempo que cumplían con el antídoto necesario para la Tierra. Lo que dejó la cabeza de Cress dando vueltas.

La mayor parte de sus pensamientos, sin embargo, —siempre, siempre— era para Thorne.

No había estado allí.

Aunque nadie había mencionado su nombre, y Cress sentía como si estuvieran todos conteniendo la respiración. Queriendo decir algo, pero esperando, inseguros.

Ella le había disparado a dos de sus dedos. Era una lesión menor en comparación con lo que ella y Cinder habían sufrido, pero aun así… ella lo había hecho. Fue su propia decisión y voluntad.

La enfermera la guio a un ala para visitas de familiares. Este era el lugar donde se había encontrado con Kai.

—Aquí estamos— dijo la enfermera, abriendo una puerta. —Si necesitas algo, cualquier…—

—Estoy bien— Cress utilizo los controles en el brazo de la silla para guiarse por la habitación. Una cama con dosel estaba cubierta de brillante seda, los suelos de piedra fueron pulidos hasta un acabado brillante. La ventana daba a algunos de los jardines de flores del palacio, lleno de glorietas y estatuas. —Gracias—.

—Nos hemos asegurado con cuidado de que este cerca de sus amigos— Dijo la mujer. —El Señor Kesley y La señorita Benoit están dos puertas más abajo a la izquierda, y el Emperador Kaito está a la vuelta de la esquina. El señor Thorne está al otro lado del pasillo—.

Cress giró su silla. Su puerta estaba todavía abierta y podía ver la puerta cerrada de Thorne desde donde estaba sentada. —¿Esta él?—

—¿Le gustaría ver si él está ahí?—

Cress enrojeció. —Oh. No, estoy bien. Gracias—

—Entonces debería volver de nuevo a la clínica. ¿Le gustaría que le ayude a subirse a la cama antes de irme?—

—No, creo que voy a sentarme y disfrutar de la vista por un tiempo. Gracias—.

La enfermera se fue, cerrando la puerta detrás de ella.

Cress tomó una respiración profunda. El fino lugar en el que se hospedaba olía a limpio limón y un ramo de lilas blancas descansaba en un escritorio. Ya se marchitan, sin embargo, y Cress se preguntó cuánto tiempo habían estado allí. Tal vez este cuarto se había preparado para otra persona, tal vez uno de los diplomáticos de la Tierra que ya se había ido a casa.

El señor Thorne está al otro lado del pasillo.

Se quedó en la puerta, deseando que apareciera.

Su estómago le dolía donde Thorne la había apuñalado, cuando había estado bajo el control de Levana. Ella apretó los dedos contra los vendajes sobre sus puntos de sutura, tratando de aliviar el dolor. Se preguntó si debería haberle pedido a la enfermera que le dejara algún medicamento para el dolor.

Tomó una respiración profunda, sintiendo un pinchazo en sus costillas mientras sus pulmones presionaban contra ella. Sería valiente. Ella sería heroica. Ella crearía su propio destino.

Guio a la silla flotante hacia la puerta y la abrió de golpe.

Thorne estaba de pie en el pasillo.

El dio un salto, juntando las manos detrás de la espalda, una postura rígida formal. Estaba afeitado, con su cabello bien peinado, y llevaba la ropa nueva: una camisa de cuello azul, enrollada en los codos y pantalones de color caqui metidos en botas de color marrón.

Cress se presionó contra el respaldo de la silla, sintiéndose inadecuada. A pesar de que se había duchado quitándose la sustancia pegajosa del tanque de suspensión, todavía llevaba una bata de la clínica delgada como el papel y ni siquiera había tenido la oportunidad de peinar su cabello.

—Capitán— ella respiro.

—Lo siento— Dijo el, chocando sus talones. —¿Cómo te va?—

—No. Yo... yo pensaba ir a verte—

Thorne se veía sorprendido, pero luego levanto un lado de la boca aliviado. Él se inclinó y puso sus manos sobre el reposabrazos. Su mano derecha estaba envuelta en un molde. —Se supone que deberías descansar— Dijo, empujándola hacia atrás y cerrando la puerta con el pie. Él le dio la espalda a la ventana, y luego miró a su alrededor. —¿Quieres que te consiga algo? ¿Un portavisor? ¿Un masajista? ¿Un whisky en las rocas?—

Ella no podía apartar los ojos de él. Incluso sabiendo que estaba vivo, ella no estaba completamente segura hasta ese momento. —Te ves...—. Ella no pudo terminar. Sus ojos comenzaron a aguarse.

La sonrisa a la espera de un cumplido rápidamente se convirtió en pánico. –Oh, oye, ¿Qué estás haciendo, que es?— Se puso en cuclillas frente a ella. —No creo que el llanto se sienta muy bien en tu condición—.

Se mordió el labio con fuerza. Él estaba en lo correcto. Ya sus fuertes respiraciones hacían que sintiera un latido en el abdomen. Se obligó a disminuir las lágrimas.

Thorne tomó sus manos, sintió unas cosquillas bajo los dedos. Su piel se veía bronceado y fuerte contra la de ella.

—Lo siento— dijo. —Quería estar ahí cuando te sacaron del tanque de suspensión, pero estaba en una reunión cuando Scarlet vino a decirme, y yo no podía salir, y pensé... No sabía...—. Él exhalo, un mohín en la boca.

—¿Una reunión?— dijo Cress, no estaba segura de si esta explicación la hizo sentir mejor o peor.

Su expresión se iluminó. —No vas a creer esto. El mismo Presidente Vargas quiso conocerme. El actual presidente de la República Americana. Adivina lo que dijo…—

Ella lo pensó. —¿Él te dará una medalla de honor por tu valor?—

—Cerca— Los ojos azules de Thorne brillaron. —Me está dando la Rampion—

Sus ojos se abrieron.

El dio un salto, Thorne comenzó a caminar. —Bueno, es decir, me está alquilando la Rampion, pero puedo comenzar a hacer pagos para comprársela a los militares. Cinder le pidió que me perdonara si prometo no robar más, bla, bla, y ella me recomendó y a mi equipo para dirigir los esfuerzos de la distribución del antídoto para la letumosis. Pero necesito una nave para hacerlo, por lo que el presidente Vargas hizo el trato. Debiste de ver lo infeliz que se veía con ello. No creo que él sea mi gran fan, pero… aun no lo creo—

Cress aplaudió. —Estoy tan feliz por ti—.

—¿Lo imaginas, yo, en un trabajo legítimo?—

—Y un trabajo en el que estas ayudando a la gente— Ella sonrió. —Me lo puedo imaginar muy fácilmente—.

—Estoy seguro de que eres la única— Dejó de caminar el tiempo suficiente para sonreírle.

El calor inundó su rostro, y miró hacia abajo, dándose cuenta de su aspecto de nuevo. Él tendría que volver a entrenar para volar con sus lesiones. –Yo… yo lo siento por tu mano— Ella tartamudeó.

—No— Dijo rápidamente, como si hubiera estado esperando esta disculpa. –Scarlet y yo vamos a iniciar un club de dedos desaparecidos. Podríamos dejar que Cinder sea un miembro honorario— se sento, hundiendo el borde de la cama, observándola, inclinándose por la luz. —Además, estoy pensando en conseguir algunos reemplazos cyborg. Ya sabes cómo la mano de Cinder, ¿Con todo tipo de trucos? Pensé que sería bueno tener siempre una palillo de dientes a mano. O tal vez un peine— Él sonaba distraído, como si sus palabras y pensamientos no estuvieran ordenados entre sí. Cuando se atrevió a mirar hacia arriba de nuevo, había ansiedad detrás de sus ojos. –Yo también lo siento, Cress. Yo... yo casi te mato y…—

—Levana casi me mata—.

Su mandíbula se flexiono. —Yo era el que sostenía el cuchillo. Lo sentí. Sentí que eso ocurría, y no había nada que podía hacer…—

—No había nada que hacer— ella estuvo de acuerdo.

El apoyo los codos en las rodillas, se inclinó, con la cabeza colgando entre sus hombros. —No. Yo sabía— Se pasó su mano buena por el pelo. —Sabia, lógicamente, que era ella, no yo. Pero… Cress— Suspiró. —Voy a tener pesadillas sobre aquel momento por el resto de mi vida—.

—No fue tu culpa—.

—Cress, eso no es…—. Él se froto la parte posterior de su cuello, miró hacia ella, pero la mirada era tan intensa que tenía problemas para mantenerla. Su rubor se profundizó. —Yo...—. Él plantó las manos en las rodillas, preparándose. —¿Vas a permanecer en mi tripulación?—

Sus pensamientos se dispersaron. —Tu... ¿tripulación?—

—Lo sé— Se aclaró la garganta. —Has pasado toda tu vida en el espacio, alejada de la civilización. Entiendo si dices que no. Si deseas permanecer aquí en la Luna, o incluso... incluso si quieres ir a la Tierra. Estoy seguro de que podrías quedarte con Kai por un tiempo, quien, ya sabes, vive en un palacio—.

La expresión de Thorne se oscureció. —Qué es, probablemente, más tentador en comparación con el buque de carga que te estoy ofrecimiento—.

Empezó a caminar de nuevo. —Pero Lobo y Scarlet se quedaran… temporalmente, hasta que la enfermedad este bajo control. Y tuve una idea. Esta tarea nos llevará por toda la República. No es que vamos a estar haciendo mucho turismo, pero habrá... uhm. Bosques. Y montañas. Y todo tipo de cosas. Y cuando hayamos terminado, si hay cualquier lugar al que desees volver, podríamos hacer eso. Y quedarnos por un tiempo. O podríamos ir a... a cualquier lugar. A cualquier lugar que quieras conocer—

Su emoción la hacía sentir mareada. —Me estás ofreciendo un... trabajo—.

—S…No— Dudó. —Es decir, más o menos. Sabes, esto fue mucho más fácil cuando practique la otra noche—

Ella cerró un ojo, parpadeo —Capitán, todavía estoy tomando una gran cantidad de medicamentos, y no estoy segura de estar siguiéndote—

Él se fijó en la bata de hospital y en la silla como si se hubiera olvidado de ellas. "En serio, soy malo en esto, ¿verdad? ¿Quieres que acostarte? Deberías acostarte—.

Sin esperar una respuesta, él extendió un brazo por debajo de las rodillas y la levantó de la silla, suavemente, como si estuviera cogiendo una muñeca demasiado valiosa. Ella escondió un siseo de dolor en su garganta mientras la llevaba a la cama.

—¿Mejor?— Dijo el, poniéndola en la parte superior de las sabanas.

—Mejor— Admitió.

Pero no la soltó, y él estaba muy cerca cuando se encontró con sus ojos. —Cress, mira. Obviamente no soy bueno en esto. Al menos no cuando... cuando se trata de ti— Él

parecía frustrado. Sus dedos se cerraron, sujetando el frágil material de la bata de hospital. —Pero soy bueno en esto—.

Se inclinó y sus labios encontraron los de ella, presionándola contra las suaves almohadas. Ella jadeo y clavó sus dedos en su camisa, asustada de que se retiraría antes de que pudiera memorizar este momento. Pero él no se apartó, y Cress se atrevió gradualmente a devolverle el beso. El colchón se movió, Thorne levanto una rodilla arriba para no aplastarla. El molde le rozó la cadera, torpe al principio, pero en menor medida cuando la llevó a un lado de su cara para acariciar su pulgar descubierto contra su mandíbula. Y sus labios siguieron. A su barbilla. Su cuello. La caída de su clavícula.

Su cuerpo se convirtió en líquido, y ella pensó que, podrían ponerla en una botella, que él sería mejor medicamento para el dolor.

Thorne dejó de besarla, pero ella todavía podía sentir el roce de su cabello contra su mandíbula, el calor de su aliento en su hombro.

—Veintitrés— El dijo.

—¿Mm?— Ella abrió los ojos aturdida. Thorne se hecho hacia atrás, mirándola culpable y preocupado, lo que hizo algo de sus euforia se desvaneciera.

—Una vez me preguntaste cuántas veces le había dicho a una chica que la quería. He estado tratando de recordar a todos ellas, y estoy bastante seguro de que la respuesta es veintitrés—

Ella parpadeó, lentamente, se estremeció. Sus labios se fruncieron en una pregunta, a la que tomó un tiempo para formarse.

—¿Incluiste a la chica lunar a la que le diste un beso?—

El frunció el ceño —¿Estamos contándola a ella?"

—Se lo dijiste, ¿verdad?—

El miro hacia un lado. —Veinticuatro—.

Cress bostezo. Veinticuatro chicas. Ella ni siquiera conocía veinticuatro personas.

—¿Por qué me estás diciendo esto?—

—Porque necesito que sepas que nunca fue en serio. Lo dije porque pensé que eso era lo que se suponía tenía que decir, pero no significaba nada. Y es diferente contigo. Esta es la primera vez que estoy asustado. Asustado de que cambies de opinión. Asustado de meter la pata. Cress, estoy aterrorizado de ti—

Su estómago se agito. Él no la miraba aterrado.

—Aquí está la cosa— Thorne se arrastró sobre sus piernas y se acostó a su lado, botas y todo. –Tú mereces algo mejor que un ladrón que va a terminar en la cárcel de nuevo. Todos lo saben. Incluso yo lo sé. Pero pareces decidida a creer que soy en realidad un tipo decente que está a medio camino digno de ti. Y eso me asusta más— Se retorcía un mechón de pelo entre los dedos— Es que algún día incluso tú te darás cuenta de que eres mejor que yo—

—Thorne...—.

—No te preocupes— Le besó un mechón de pelo. —Soy un genio criminal, y tengo un plan— Se aclaró la garganta, se puso señalarse cosas en el aire. —En primer lugar, conseguir un trabajo legítimo, listo. Comprar legalmente mi nave, en progreso. Demostrar que un héroe ayudando a Cinder a salvar el mundo… oh espera, eso ya lo hice— Le guiñó un ojo. —Ah, y tengo que dejar de robar cosas, pero eso probablemente se dará solo. Por lo que imagínate, ahora te das cuenta de lo mucho que no te merezco... podría ser el tipo de persona que te mereces –Se volvió, con su sonrisa satisfecha —Y eso es cómo se supone que el discurso tuvo que ir—.

—Ese fue un buen discurso— Dijo.

—Lo sé— se acercó más, él besó su hombro. Piel de gallina estalló por su brazo.

—¿Capitán?—

—Cress—

No sabía que decir, se dio cuenta de que tenía razón. Estaba un poco asustada. Mucho más asustada de lo que había estado la primera vez que se lo dijo, en el desierto. Ahora era diferente. Era real. —Estoy enamorada de ti—

Él se rio entre dientes. —Eso espero, después de todo lo que paso— Se inclinó hacia delante y presiono un beso contra su sien. —Y te amo también—

CAPÍTULO 96

Winter cogió un palo del suelo y lo arrojó hacia la cerca de protección alrededor del recinto, pero el fantasma de Ryu simplemente inclinó la cabeza hacia un lado.

Con un suspiro, dejó caer sus manos en su regazo.

Sus ataques todavía iban y venían, pero había sido considerada lo suficientemente lúcida para que los médicos le permitieran tomar una decisión: ¿Preferir permanecer en la clínica médica, donde podría ser protegida cuando llegaran sus arrebatos, o más bien tendría que ser equipada con brazaletes de choque que puedan incapacitarla cuando sea necesario? Había elegido esta libertad imaginaria, pensando en Ryu y cómo su propio cuello nunca le permitió salir del recinto que debió haber parecido muy evitable en un primer momento.

Jacin odiaba la idea. Había argumentado que su mente era lo suficientemente frágil y sin temor a choques aleatorios. Pero Winter necesitaba salir de la clínica. Ella había tenido que escapar de las pesadillas que la perseguían. Ella llegaba a la colección de animales salvajes a menudo desde su liberación, encontrando uno de los pocos lugares serenos en una ciudad que revoloteaba con la charla de la reconstrucción y el cambio político. Todo esto era muy importante, por supuesto.

Siempre había querido que su país sea un lugar donde las personas podían expresar sus opiniones y ser tratados de manera justa, donde las personas se les dieran opciones durante la vida que querían vivir. Pero la charla le hacía doler la cabeza. Cuando el mundo comenzó a girar fuera de control se encontró que la mejor manera de escapar de sí misma era un lugar tranquilo y solitario, donde no podía hacer daño a nadie, solo a sí misma.

Los delirios ya no eran constantes, como lo habían sido en los días siguientes a la batalla, aunque su mente todavía la engañaba para ver la sombra de su madrastra en el palacio, esperando con un cuchillo afilado y crueles palabras amables. O el destello de los ojos de Aimery siguiéndola por los pasillos. Con demasiada frecuencia olía la sangre gotear por las paredes.

La primera vez que había llegado a la casa de fieras, el fantasma de Ryu había estado esperando por ella.

En la incertidumbre de la revolución, los guardas habían huido, y aún no se había encontrado. Los animales habían estado hambrientos e inquietos, y Winter había pasado todo el día recorriendo las salas de almacenamiento donde se guardaba la comida, limpiando el interior de las jaulas, y ordenando la colección de animales de nuevo en el santuario que siempre había sido su hogar. Cuando Jacin había venido a buscarla, reclutó a varios criados para ayudar también.

Mantenerse ocupada ayudó. No fue una cura, pero ayudó. A nadie le importo si él era un guardia ahora, sin embargo todo el mundo todavía la llamó a su princesa y fingió que no olía a estiércol.

Ryu puso su cabeza en el regazo de Winter y ella le acarició entre las orejas, el triste fantasma de Ryu que no volvería a jugar a la pelota nunca más.

—Princesa—.

Ryu se evaporó. Jacin estaba apoyado contra la pared del recinto, no lejos de donde él había fingido su muerte. Donde ella le dio un beso y él había besado a su espalda. En ese recuerdo, Winter se sumergió. En el agua y el hielo, en caliente y en frío. Se estremeció.

La frente de Jacin se contrajo con preocupación, pero ella guardó el recuerdo rápidamente. No era una alucinación. Sólo una fantasía normal, como una chica normal podría tener cuando ella tenía un enamoramiento normal sobre su mejor amigo.

—No tienes que llamarme así, sabes— dijo ella, cepillando el pelo de sus hombros. —Hubo un tiempo cuando me llamabas Winter—.

Se apoyó los codos en la pared del recinto. —También hubo un momento en que yo podía ir a visitarte sin sentir que tenía que tirar migas de pan para ganar su favor—.

—¿Migas de pan? ¿Me veo como un ganso? —

Él inclinó la cabeza hacia un lado. —No te ves como un lobo ártico, tampoco, pero eso es lo que dice la placa que estoy viendo—.
Winter se echó hacia atrás en sus manos. —No voy a jugar a la pelota— dijo, —pero podría aullar si me lo pides—.

Él sonrió. —He oído que su aullido no es muy parecido al lobo, ya sabes—.

—He estado practicando—.

—No me vas a morder si entro ahí, ¿verdad?—

—No te lo aseguro—

Jacin saltó encima de la barandilla y vino a sentarse a su lado. Ella levantó una ceja. —No te ves como un lobo ártico, tampoco—.

—Claro, y tampoco aúllo—. Dijo. —A pesar de que podría jugar a la pelota, dependiendo del premio—.

—El premio es otro juego de buscar—.

—Negocias duramente—.

Sus labios se curvaron hacia arriba, pero cuando parecía que Jacin iba a devolver la sonrisa, apartó la mirada. —Tú y yo hemos tenido una petición de Cin-Selene. Ahora que el tratado está firmado, quiere comenzar a discutir los acuerdos comerciales entre Luna y Tierra. Junto con la comunicación abierta, los viajes, el acceso a los medios de comunicación de Tierra, cosas por el estilo—.

Ryu se golpeó la cabeza entre los omóplatos de Winter, tirando de su brazo, ella trató de arañar debajo de la oreja, pero tan pronto como ella lo tocó, él se desvaneció.

Jacin estaba observando. —¿El lobo de nuevo?—

—No te preocupes. Él te ha perdonado—.

Él frunció el ceño.

—¿Qué podemos hacer para ayudar a Selene con su política?—

—Bueno, ya que eres tan lamentablemente encantadora e hiciste un gran trabajo conseguir que los soldados lobo se unieran a nosotros, y a todo el mundo le agradas tanto...—.

—Así que muchos cumplidos en una sola frase. Siento que estoy caminando hacia una trampa—.

—Exactamente. Cinder cree que podrías ser un buen embajador. Su primer embajador—.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado. —¿Qué tendría que hacer?—

—No estoy seguro. Ir a Tierra. Cenar con la gente fantástica. Mostrarles que nosotros los Lunares no somos los monstruos que ellos creen—.

Ella sonrió, sintiéndose lobuna.

—Le dije que te lo pediría— añadió Jacin, —pero no estás obligada a decir que sí. Es necesario que cuides de ti mismo primero—.

—¿Quieres ir conmigo?—

—Por supuesto—. Se cruzó un tobillo sobre el otro. —Pero podrías decir que no, y yo estaré contigo también. Ya he terminado de servir a todos los demás—. Se echó hacia atrás sobre sus codos. —Quién sabe. Tal vez algún día voy a tomar la decisión de estudiar para ser un médico, otra vez. Pero hasta entonces, soy tu protector, para hacer lo que tú quieras—.

—Por lo que será como jugar a la princesa y al guardia— ella dijo, un juego que habían jugado cuando eran niños. Ella representaba una versión más mandona de sí misma, mientras que Jacin lucia todo serio y luchando para cumplir sus órdenes. Cuando Winter se quedaba sin órdenes que darle, ellos pretendían que había asesinos y secuestradores que venían por la princesa y él la protegería de ellos.

Jacin sonrió. —Esperemos que con un menor número de secuestros—.

Ella apretó la mejilla contra su hombro. —Si Cinder desea, sería un honor encantar a la gente de Tierra—.

—Tenía la sensación de que dirías eso. De camino de regreso, se pasó una mano por la frente.

Ryu aulló, llorando su alma hasta el techo de cristal cubierta de enredaderas de la casa de fieras. No era por lo general tan inquieto. Tal vez fue la presencia de Jacin. Tal vez Ryu estaba tratando de hablar con ella.

Tal vez esta era su propia locura, que no significa nada. Winter comenzó a hablar, pero dudó. Ella bajó la vista a Jacin, pero tenía la mano cubriéndole los ojos. Se preguntó si él había estado durmiendo mucho últimamente.

—La Dra Nandez dice que puede tener un prototipo del dispositivo de Cinder listo en la próxima semana. —La mano de Jacin levantó. —¿Ya?—

—Ella no sabe todavía si funcionará. Ella necesita un sujeto de prueba en primer lugar—.

—Princesa-—

—Yo ya me he ofrecido. Puedes tratar de convencerme de lo contrario, pero estoy totalmente preparada para ignorarte—.

Tensando la mandíbula, Jacin se incorporó de nuevo. ¿Sujeto de prueba? No sabemos cuáles serán los efectos secundarios. No sabemos si se va a funcionar incluso. Deja que otra persona intente eso en primer lugar—.

—Quiero hacerlo. Soy uno de los casos más graves de la enfermedad lunar hasta la fecha. —Ella perdió sus dedos en el pelaje del lobo. —Pero se me ocurrió que, si funciona, no voy a ver a Ryu de nuevo—. Ella sonrió con tristeza—. Y si... ¿y si no le agrado a la gente?—

Jacin negó con la cabeza. —No les gustas porque estás loca. A ellos les gustas porque... —

Ella esperó.

—Debido a que eras buena con ellos cuando nadie lo había sido. Debido a que te preocupabas por ellos. Este dispositivo no va a cambiar lo que eres—.

—Tú quieres que me reparen, ¿verdad?—

Jacin se echó hacia atrás, como si se hubiera arrojado algo de él. —Tú no estás rota—.

Su visión comenzó a desdibujarse. —Sí, Jacin. Lo estoy—.

—No, eres-— Gruñó, un gutural sonido de frustración que la hacía sentir mareada. —Mira, me gustaría no tener que preocuparme nunca más, que vas a hacer daño o que alguien va a aprovecharse de ti. Pero no estás-eres-—

—Soy delirante, y loca, y dañada. Lo he sabido desde hace mucho tiempo, los dos lo sabemos. Scarlet me lo dice todo el tiempo—.

—Eres perfecta— dijo, terminando su pensamiento como si no se hubiera interrumpido. —No me importa si ves lobos muertos o que una escultura de hielo cobre vida cuando estás teniendo un mal día. No me importa si tengo una impresión de dientes en el hombro. No me importa si estás... dañada. —Escupió la palabra como si le ocasionara un mal sabor de boca. —Quiero que estés a salvo y feliz. Eso es todo—.

Winter agitaba sus pestañas hacia él, y él se dio la vuelta. —No me mires así—.

—Quiero ser el sujeto de prueba—. Ella tomó su mano. —Voy a estar segura y feliz cuando ya no tenga miedo de mi propia mente—.

Presionando sus labios en una fina línea, Jacin asintió. Despacio. —Simplemente no me gusta la idea de que irás primero— se quejó.

—Jacin?—

Sus miradas se encontraron de nuevo.

Winter se acercó más y enlazó su brazo con el suyo. —¿Crees que soy perfecta?—

Él no apartó la mirada. No se veía tímido o incluso nervioso. Se limitó a mirarla, como si le hubiera preguntado si Luna orbitaba alrededor de Tierra.

Luego se inclinó y rozó un beso en la frente.

—Solo un poco— dijo. —Ya sabes, en un buen día—.

CAPÍTULO 97

—¿Todos ellos?—

Cinder sonrió a la exuberancia de Iko. Iko se había puesto aún más feliz y radiante de lo que estaba al ver las filas y filas y filas de vestidos que ellas nunca habrían podido conseguir alguna vez.

—Todos y cada uno— dijo Cinder. —No quiero volver a ver de nuevo—.

Ya había pasado más tiempo rodeado de Levana de lo que pretendía. Su perfume, sus vestidos, sus joyas. Ella no tenía ningún interés en el armario de su tía… Pero Iko sí, así que Iko podría quedarse con todo.

Nunca había visto a Iko tan contenta. Ni siquiera cuando Thorne le había llevado ese cuerpo de escolta-droide que había encontrado en el desierto. Ni siquiera cuando llegó por fin el envío de la Tierra con las piezas de repuesto para arreglar su destartalado cuerpo. Cinder le había dicho que con tanto daño sería más rentable instalar su chip de personalidad en un cuerpo nuevo. Podría haber tenido a su disposición cualquier modelo que quisiera. Pero Iko se había negado. Había crecido unido a éste, dijo, y además, ninguno de los cuerpos de sus amigos eran desechables, ¿por qué debería serlo el suyo?

Cinder tenía ningún argumento para eso.

La única actualización que Iko había solicitado era un par de nuevos ojos que cambiaran de color en base a sus estados de ánimo. Hoy tenía los ojos del resplandor solar amarillo. Feliz, feliz, feliz.

—¿No te importa si me los ves puestos, ¿verdad?— Preguntó Iko, tirando de una pieza de color naranja furtivo de la percha y sosteniéndola contra su pecho.

—No, si te hacen feliz—.

—¿Dónde voy a usarlos?— Antes de que Cinder pudiera responder, ella agitó la mano. —No importa. ¿Dónde no los usaría? —Colgando el vestido de vuelta, Iko escaneó el armario de nuevo. Sus ojos se oscurecieron, más ámbares, con un tinte de lima alrededor de los bordes. —Creo que me siento culpable—
.
—¿Culpable?—

Resoplando, Iko puso las manos en las caderas. Su preocupación se prolongó durante unos momentos antes de que sonriera de nuevo. —Ya sé. Voy a elegir mis diez favoritos y venderé el resto en páginas de vestidos para escolta-androide. Podemos utilizar las ganancias para construir escuelas en los sectores exteriores, o algo caridad por el estilo—. Pasando un dedo por una manga de encaje fino, echó un vistazo a Cinder. —¿Qué piensas?—

Si los ojos de Cinder reflejaran sus estados de ánimo, habrían sido de un orgulloso color zafiro. —Creo que es una gran idea—.

Iko sonrió y comenzó a trabajar en seleccionar las pilas, escogiendo sus favoritos, mientras que Cinder se volvió hacia su reflejo en el espejo que le fue prestado de una de las naves espaciales Terrestres. Todavía se estaba acostumbrando a verse en una fachada tan... regia.

Su propio vestido era completamente nuevo. A pesar de que tenía la intención de llevar uno de los vestidos de Winter de nuevo, unas costureras de Artemisia le habían suplicado que les permitiera diseñar su vestido de coronación, proclamando el honor que sería. Cinder ni siquiera sabía que tenía expectativas hasta que el vestido las superó.

Hecho en colores oficiales de Luna, blanco, rojo y negro, el vestido estaba hecho de más material que el que jamás había visto en su vida. La pesada falda blanca envuelta alrededor de ella como una campana, con una masiva cola que la seguiría por el largo, largo pasillo. Gemas rojas y negras fueron moldeadas a lo largo del dobladillo de la falda y tejidas a través de la blusa. Un escote modesto con mangas a la sisa encajaba perfectamente.

Había esperado que las costureras también hicieran guantes para cubrir la mano ciborg, pero no lo hicieron. —Sin guantes— dijo una de las costureras cuando le preguntó. —Y sin velo—.

Un golpe en la puerta llamó su atención y el guardia, Kinney, entró.

—Su Majestad— saludó. Su expresión respetuosa se volvió agria mientras se dirigía a Iko: —Dama Consejera—.

Los ojos de Iko se volvieron cobrizo de orgullo por su nuevo título, a pesar de que se encontró con el guardia con una mirada amarga de su propia.

—¿Sí, Kinney?— dijo Cinder

—El capitán y su tripulación están solicitando una audiencia—.

—Ja— la voz de Thorne sonó desde el pasillo. —Te dije que podía conseguir que me llamara Capitán—.

Cinder puso los ojos en blanco. —Déjalos entrar—.

Se vertieron antes de Kinney podría admitir ellos, todos sonriendo y formalmente vestidos para la ocasión. Incluso Lobo llevaba un traje, aunque Cinder no podía imaginar que había sido fácil encontrar uno que cupiera en su cuerpo alterado en tan poco tiempo. Su camisa roja combinaba impresionantemente con el vestido rojo de Scarlet, la tela iba espectacularmente con su pelo.

Thorne llevaba un smoking con moño. Venía empujando a Crees en su artilugio flotante, Cinder había oído que sus heridas estaban sanando bien y que se esperaba que estuviera caminando pequeños pasos para el final de la semana. Llevaba uno de los amarillos vestidos translucidos de Winter, con una bastilla para ajustarse a su talla. Jacin estaba en su uniforme de guardia, pero había sustituido a la armadura del hombro normal con unas puestas hombreras, haciéndole parecer casi como un príncipe, junto a Winter, que lucía aún más impresionante de lo habitual usando un vestido blanco que habría parecido normal en cualquier otra persona. Kai siguió al grupo en una camisa de vestir negro con un cuello mandarín.

Llevaba una bandeja de plata cubierta con un mantel, que llevaba un sencillo pastel cubierto de terrones de pálido glaseado amarillo. Cinder supo de inmediato que no era de los pasteleros reales, cuyas creaciones eran casi demasiado inmaculadas para tocarse. Este pastel, con su desaliñado glaseado y su falta de decoración, era notablemente sin pretensiones.

Con una reverencia, el guardia salió por la puerta. Iko le sacó la lengua a su espalda en retirada.

—¿Qué está pasando?— Dijo Cinder. —La coronación se inicia en veinte minutos. Se supone que deben estar sentados—.

—Fue mi idea— dijo Iko, rebotando en sus dedos de los pies. —Sabía que estarías nerviosa, por lo que planeamos tener una celebración primero—.

—¿E hicieron un pastel?—

—Scarlet lo hizo— dijo Thorne.

Scarlet se cepilló el pelo de su hombro. —Es un pastel de limón. La receta especial de mi abuela. Pero— su mirada se posó en el vestido de Cinder —quizás quieras esperar hasta después de la coronación para que no te ensucies con el glaseado—.

Winter resopló y le quitó la bandeja a Kai. —No seamos crueles. Uno nunca debe guardar pastel para más tarde, cuando se puede comer ahora. —Ella puso el pastel sobre un invaluable diván de seda.

—Nunca había probado pastel antes— dijo Cress, atrayendo un montón de miradas de sorpresa. Ella sostenía la mano de Thorne, pero esta vez no encogió más cerca de él, aun siendo el centro de atención.

Iko se cruzó de brazos. —¿Podemos no empezar a enumerar toda la maravillosa, comida nunca hemos probado?—

—Eso es suficiente, entonces— dijo Thorne. —¿Quién trajo los cubiertos?—

Nadie tenía, por lo Jacin ofreció su daga en su lugar. Se turnaron parar cortar pequeños trozos de pastel glaseado y comiéndolos con sus dedos hasta que el pastel se parecía poco más a la irregular superficie de la Luna.

Naturalmente, Cinder derramó un poco en su vestido, una mancha de glaseado amarillo en la enorme falda. Estaba mortificada hasta Iko ajustó la falda de modo que los pliegues la ocultaran.

—Era inevitable— dijo Iko con un guiño. —Es parte de su encanto—.

Cinder se echó a reír, pero calló repentinamente por una sensación en el pecho.

Miró a su alrededor, a las sonrisas y los brazos extendidos sobre los hombros, a Winter lamiendo delicadamente la crema de mantequilla de sus dedos. Al pastel casero. Una reunión de amigos. Una celebración, para ella. Eran cosas nimias que pasaban desapercibidas, pero no podía evitarlo. Nunca había tenido estas cosas antes.

La gratitud se hinchó detrás de su esternón, y aunque todavía estaba nerviosa, mejor dicho asustada, se dio cuenta de que se sentía más ligera de lo que se había sentido en días.

—¿Su Majestad?—

Levantó la mirada. Kinney había regresado.

—Es hora—.

Cinder tragó saliva y se puso de pie, con el corazón desbocado. El ambiente festivo se puso serio. Lobo, que había estado sosteniendo el cuchillo pasado, engulló un par de bocados adicionales antes de pasar el cuchillo de nuevo a Jacin.

Jacin echó un vistazo a la hoja llena de glaseado y migas y la metió de nuevo en el pastel por seguridad.

—Estoy lista— dijo Cinder. La respiración se hizo más difícil, ya que el vestido le apretaba el estómago. —Estoy lista, ¿verdad?—

—Espera—. Iko volvió Cinder para mirarla. —Sonríe—.

Cinder le dio una sonrisa nerviosa, e Iko asintió con orgullo. —Nada en tus dientes. Yo diría que estás lista—.

Sus amigos se reunieron alrededor de ella, acurrucándose abrazo tras abrazo.

Hasta que llegó a Kai, que envolvió con sus brazos alrededor de su cintura y la besó. Sabía a glaseado de limón.

Thorne lanzó un silbido. Iko se desvaneció. El beso terminó demasiado rápido.

—¿Qué fue eso?— Cinder susurró a su oído.

Kai pasó su brazo alrededor de los hombros y la condujo fuera de los aposentos de la reina. —Estaba pensando en el buen futuro— dijo. —Un futuro que te incluye—.

* * *

La coronación oficial de la Reina Selene Channary Jannali Blackburn fue en cierto modo un asunto íntimo, y al mismo tiempo, una sensación intergaláctica. Cinder hizo un sorteo de entradas para que todos los sectores de la Luna estuvieran representados, y todos los invitados juntos formaban una multitud de unos pocos cientos, que apenas llenaban la mitad de los asientos que habían sido establecidos para la ceremonia de Levana y de Kai hace unas semanas.

El evento fue transmitido, no sólo a todos los sectores en la Luna, sino también a todos los noticieros terrestres que optaran por hacerlo. Se convirtió en la transmisión más vista de la tercera época.

Mientras que Cinder caminaba por el interminable pasillo alfombrado negro, trató de no pensar en todas las personas en el universo que la observaban. Intentó no preguntarse si la estaban juzgando o admirando, si le tenían miedo o admiración. Trató de no adivinar cuantos la veía como una princesa perdida, una ciborg patética, una vigilante, una criminal, una revolucionaria o una sencilla mecánica que había tenido suerte.
Trató de no pensar en el glaseado amarillo en su invaluable vestido.

Kai y Winter se situó en el altar recubierto con la luz de esferas brillantes, Winter llevaba la corona de la reina y Kai un cetro ceremonial. En conjunto, representaban que tanto la Tierra como la Luna aceptarían su derecho a gobernar. El resto de sus amigos estaban en sus asientos reservados en la primera fila. Thorne, en el pasillo, le tendió la mano a medida que pasaba Cinder. Ella resopló y chocó las palmas antes de subir las escaleras.

Winter le guiñó un ojo. —Bien hecho, Cinder, mi amiga. No tropezaste. La parte más difícil ya pasó—.

Kai dio una sonrisa dirigida solamente a Cinder, a pesar de que el universo entero observaba. —Ella tiene razón, esa es realmente la parte difícil—.

—Gracias a las estrellas— Cinder susurro. —Terminemos con esto, ahora—.

Tomando en un suspiro largo y tembloroso, se volvió para mirar su reino.

* * *

La sangre había sido fregado del suelo de la sala del trono, pero la habitación era todavía un desastre. Sillas derribadas y barandillas quebradas, baldosas y azulejos rotos donde las balas acertaron. Incluso el mismo trono tenía una fractura en la piedra de cuando Cinder intentó disparar a Levana. Olía a productos químicos y a blanqueador por la limpieza.

Los horrores de la rebelión estaban empezando a desvanecerse. Quizá no para aquellos que habían perdido amigos y familiares, y Cinder sabía que todavía había mucho que hacer con el fin de que la Luna se recobrara del reinado de Levana. Pero estaban ansiosos por empezar a recobrarse de forma inmediata.

Había empezado por conciliar consejos formados tanto por miembros de la corte Artemisia y como por ciudadanos nominados de los sectores exteriores para empezar cerrar la brecha entre las clases y averiguar la mejor manera de reasignar los fondos y mano de obra. Las —familias— y los taumaturgos ya habían estado empezando a quejarse de sus ideas, pero estaba bien. Llevaría tiempo, pero se adaptarían.

Había estado sentada en su trono en silencio, respirando el aire lleno de productos químicos en lo que podrían haber sido horas, observando la brillante ciudad de Artemisia delante de ella y la Tierra girando sobre el horizonte.

Las puertas se abrieron. Kai asomó la cabeza y Cinder se tensó, sintiéndose culpable de ser atrapada en el trono, incluso si era su trono, y sola en la oscuridad.

—Ahí estás— dijo.

—Lo siento— dijo ella. —Soy de las que se ocultan. ¿Tienes idea de lo difícil que es conseguir un momento de privacidad, aun cuando eres de la realeza?—

Sonriendo, Kai cerró la puerta detrás de él. Mantuvo una mano detrás de su espalda mientras se acercaba a ella. —¿Puedo sugerir que te consigas una sudadera con capucha? Es un disfraz sorprendentemente adecuado—. Se detuvo cuando vio a la Tierra por el balcón, toda hermosa y enorme en el cielo oscuro. —Esa es una buena vista—.

Cinder asintió. —No es para justificar lo que hizo Levana, pero casi puedo entender por qué lo quería tanto—.
Cuando Kai no dijo nada, deslizó la mirada hacia él y Cinder sabía lo que había ido allí para decir. El corazón le dio un vuelco. —Te vas, ¿verdad?—

Se apartó de la vista. —En dos días. Dos días Terrestres—. Él frunció el ceño en tono de disculpa. —He estado fuera demasiado tiempo—.

Ella trató de sofocar la desesperación que chocó en su interior. Kai se iría. Thorne, Cress, Lobo, y Scarlet ya se habían ido, y Winter y Jacin se irían en su primer viaje de embajadores en los próximos días, y entonces se quedaría sola.

Bueno, ella y Iko estaría sola.

Había estado esperando esto. Sabía que no podía quedarse para siempre. Tenía su propio país para gobernar.

—Bien— dijo, fingiendo confianza. —Entiendo. Has sido una gran ayuda, y Konn-Daren. ¿Se… se irá también? —

Kai hizo una mueca. —Así es. Lo siento—.

—No. Tú... tú tienes que ir a casa. Por supuesto que sí—.

—Deberías venir a visitarnos— dijo, hablando rápido. —Pronto. Sería simbólico, creo, por la nueva alianza...— Se detuvo y se rascó detrás de su cuello, con una mano todavía oculta. —O podría hacer un dilema político que necesitemos trabajar si eso ayuda—.

Cinder forzó una sonrisa. —Me gustaría ir de visita. Yo... Iko y yo vamos a extrañarte—

—Creo que encontrarás que ser una reina no deja una gran cantidad de tiempo para estar solo—.

—Ya veremos eso—. De repente, se sentía incómoda al estar sentado en su trono, mientras que Kai permanecía de pie por debajo de ella. Se puso de pie y cruzó los brazos sobre el pecho, a la deriva hacia el borde del balcón. La ansiedad ya estaba creciendo dentro de ella. Dos días. Dos días más y se irá.

Había tanto que quería decirle, y dos días no era tiempo suficiente para desahogarse por completo, sobre todo cuando todas las palabras permanecían atoradas en su garganta.

—Es extraño— dijo Kai, uniéndose a ella en el balcón de vidrio, con la mirada fija en la Tierra otra vez. —Me pasé todo ese tiempo tratando de evitar una alianza matrimonial con Luna. Y ahora que el tratado es firmado y la guerra ha terminado... de alguna manera, una alianza matrimonial no suena tan mal—.

Su corazón dio un vuelvo. La mirada de Kai se dirigía de nuevo a ella y entonces sonrió de una manera tímida y confiada a la vez. La misma sonrisa que le había dado el día en que se conocieron en el mercado. Después de un largo, incómodo momento, rio.

—Realmente no te puedes sonrojar, ¿verdad?—

Una mezcla de alivio y decepción rodó a través de ella y se metió las manos debajo de sus brazos para ocultar su temblor. —Eso no fue agradable—.

—Sólo si piensas que no lo digo en serio—.

Su frente se contrajo.

—Ten, tengo algo para ti—.

—Espero que no sea un anillo de compromiso—.

Se detuvo, frunciendo los labios como si el pensamiento no se le hubiera ocurrido y pensara en arrepentirse.

—O guantes— añadió Cinder. —Eso no funcionó muy bien la última vez—.

Sonriendo, Kai dio un paso más cerca de ella y se dejó caer sobre una rodilla.

Sus ojos se abrieron.

—Cinder…—

Su corazón latía. —Espera—.

—He estado esperando mucho tiempo para darte esto—.

—Kai…—

Con una expresión tanto seria como política, retiró su mano detrás de su espalda. En ella había un pequeño pie de metal, con cables pelados que sobresalían de la cavidad y las articulaciones llenas de grasa.

Cinder lanzó su aliento y luego se echó a reír. —Tu…ugh—.

—¿Estás muy decepcionada? Porque estoy seguro de que Luna tiene algunas grandes tiendas de joyería si tú quieres… —

—Cállate— dijo, tomando el pie. Le dio la vuelta en sus palmas, moviendo la cabeza. —Sigo tratando de deshacerme de esta cosa, pero de alguna manera siempre encuentra su camino de regreso a mí. ¿Hiciste que lo guardaran? —

—Se me ocurrió que si podía encontrar a la ciborg que le ajustara este pie, debía ser una señal de que estábamos destinados a estar juntos—. Él torció los labios hacia un lado. —Pero entonces me di cuenta de que sería más probable que se adaptara a una niña de ocho años—.

—Once, en realidad—.

—Tan cerca—. Dudó. —Honestamente, creo que era el único que tenía la esperanza de contactarme contigo aun cuando pensé que nunca volvería a verte—.

Ella deslizó su mirada sobre el pie. —¿Por qué aún estas de rodillas?—

Kai tomó la mano protésica y rozó sus labios contra sus nudillos recién pulidas.

—Vas a tener que acostumbrarte a gente arrodillada ante ti. Es el tipo de cosas que vienen con un país—.

—Voy a hacer una ley que la forma correcta de abordar a su soberano sea chocando los cinco—.
La sonrisa de Kai se iluminó. —Eso es genial. Yo también lo haré—

Cinder retiró la mano de él y se sentó, dejando que sus piernas cuelgan sobre el borde. Sus pensamientos se pusieron serios de nuevo mientras miraba a los pies de metal. —En realidad, hay algo en lo que quiero tu opinión—.

Kai se instaló a su lado. Su expresión se volvió curiosa, y ella apartó la mirada, preparándose. —Yo creo-— Se detuvo. Tragando. Comenzó de nuevo. —He decidido disolver la monarquía lunar—.

Apretando los labios, esperó. El silencio se convirtió en sólido en el espacio entre ellos. Pero Kai no le preguntó '¿Por qué?' O '¿Cómo?' O '¿Estás loca?' En cambio, dijo: —¿Cuándo?—

—No lo sé. Cuando las cosas se hayan calmado. Cuando se pueden manejar. —Ella tomó una respiración profunda. —Pasará de nuevo. Algún rey o reina les lavará el cerebro a las personas, usará su poder para esclavizarlos... Tiene que haber alguna división del poder, algunos controles y equilibrios... algo así.

—He decidido cambiar Luna para que sea una república, con funcionarios elegidos y todo. —Ella se mordió el labio. Todavía se sentía al hablar de política como una tonta, no tenía una pista, y no fue hasta Kai asintió, pensativo, se dio cuenta de la importancia de su aprobación había sido para Cinder. Se tragó el nudo en la garganta. —¿Crees que es una buena idea?—

—Creo que va a ser difícil. La gente no les gusta el cambio, e incluso los ciudadanos que fueron oprimidos por Levana inmediatamente me aceptaron como su nueva reina. Además, tienen todo lo que la superstición acerca de la línea de sangre real. Pero... creo que tienes razón. Creo que es lo que hay que hacer en Luna —.

Se sentía como si una Luna entera se había levantado de sus hombros.
—¿Qué harás entonces? ¿Después de abdicar?—

—No lo sé. Oí que Thorne está en busca de un mecánico a tiempo completo. —Ella se encogió de hombros, pero Kai siguió mirando pensativo. —¿Qué?—

—Creo que deberías volver a la Mancomunidad. Podías permanecer en el palacio, como embajadora de Luna. Sería una muestra de buena fe. La prueba de que la Tierra y Luna pueden trabajar juntos, crecer en conjunto—.

Cinder se mordió el interior de la mejilla. —Creo que la gente de la Mancomunidad me odia— dijo. —Por el secuestro. Y todas esas otras cosas que sucedieron —.

—Por favor. Eres la princesa perdida que los salvó del reinado de la emperatriz Levana. He oído que hay una empresa de juguetes que quiere hacer figuras de acción de ti. Y quieren poner una estatua en tu stand que solía estar en el mercado—.

Ella hizo una mueca.

Riéndose, Kai tomó la mano. —Cada vez que vuelvas, serás recibida con los brazos abiertos. Y después de todo lo que ha pasado, probablemente vas a tener cerca de doscientos mil chicos que quieran que lo lleves al baile anual de la Paz el año que viene. Espero que las ofertas comiencen a rodar en cualquier momento—.

—Dudo mucho que…—

—Solo espera, ya lo verás—. Él inclinó la cabeza, mechones de pelo rodaron por sus ojos. —Si empezamos ahora, y planificamos visitas frecuentes entre la Tierra y la Luna, podría incluso tener tiempo para enseñarte a bailar—.

Cinder se mordió los labios para disimular una sonrisa.

—Por favor, di que sí— dijo Kai.

Jugando con los cables muertos de su antiguo pie, le preguntó:

—¿Tengo que llevar un vestido?—

—No me importa si usas botas militares y pantalones de carga—.

—A mi tal vez sí—.

—Bueno—.

—Iko me mataría—. Ella fingió estar considerándolo y echó una mirada hacia el cielo. —¿Puedo llevar a mis amigos?—

—Invitaré personalemente a toda la tripulación de la Rampion—. Haremos una reunión fuera de ella —.

—¿Incluso Iko?—

—Voy a encontrar una fecha—.

—Porque hay una regla en contra de androides próximos a la Tierra, ¿sabes?—.

—Creo que conozco a alguien que pueda cambiar esa regla—.

Sonriendo, ella se deslizó un poco más cerca. La idea de volver a la Tierra y estar frente a todas aquellas personas que la habían mirado con tal horror y desprecio la llenó con cantidades copiosas de todo, desde la ansiedad a temer a la alegría indescriptible.

—Sería un honor— dijo.

Sus ojos se calentaron. —¿Y esas lecciones de baile?—

—No presiones a tu suerte—.

Kai levantó la barbilla hacia él y la besó. Ella no sabía qué número de beso era; había finalmente descubierto cómo desactivar la función de auto-recuento de su cerebro y que no le importaba cuántas veces él la haya besado. Ella se preocupaba de que cada beso ya no se sintiera como el último. Excepto, cuando Kai se apartó, una pizca de tristeza se había deslizado en su expresión.
—Cinder, creo que serías una gran gobernante. Creo que esta decisión es una prueba de ello. —Dudó. —Pero también sé que nunca quisiste ser reina. Realmente no—.

Cinder nunca le había dicho ello, y se preguntó si había sido evidente durante todo este tiempo.

—Pero tengo que preguntar si…— Kai vaciló —si crees que, algún día, podrías considerar la posibilidad de ser una emperatriz—.

Cinder se obligó a sostener su mirada, y tragar la bola de alegría que se elevó a la punta de la lengua. Él no le estaba tomando el pelo sobre los anillos de compromiso y clases

de baile. Esta era una pregunta real, de un emperador, que tenía el verdadero futuro de su país a tener en cuenta.

Si quería ser parte de su futuro, tendría que ser una parte de todo esto.

—Yo lo consideraría— dijo, y luego tomó en la primera respiración completa que había tomado en días. —Algún día—.

Su sonrisa volvió, con toda su fuerza y lo llenó de alivio.

Puso un brazo alrededor de ella y Cinder no podía sofocar su propia sonrisa mientras se apoyaba en él, mirando al lago de Artemisia y la ciudad y el planeta Tierra en blanco rodeado de estrellas. Tocó el pie metálico, odio en sus dedos. Desde que tenía uso de razón, había sido una carga. Un recordatorio constante de que era inútil, que no era importante, no era más que un ciborg.

Puso el pie sobre el agua y lo dejó ir...

EPÍLOGO

ALGO VIEJO, ALGO NUEVO

Cinder presiono la maleta cerrada con un suspiro final. Iko había estado molestando toda la semana acerca de lo que tenía y no tenía que empacar, insistiendo en una variedad de vestidos y zapatos incómodos y poniendo los ojos en blanco con los constantes recordatorios de que Cinder iba a pasar la mayor parte de este viaje en una granja. Con vacas y pollos y barro.

—El hecho de que ya no seas una reina— Iko había dicho, con las manos en puños en las caderas, —No significa que camines como si acabaras de salir del compartimiento de un motor—.

Juntas, finalmente, habían acordado llevar unos cuantos pares de pantalones cómodos y blusas ligeras, además de un sencillo vestido de cóctel de color verde esmeralda —Por si acaso— Había insistido Iko.

Cinder retrocedió y miró la maleta con cierto temor, tratando de determinar lo que había olvidado, pero sabía que los nervios que se retorcían en su estómago no tenían nada que ver con lo que se pondría o la posibilidad de dejar algo atrás, después de todo, tenían tiendas en la Tierra.

No, ella estaba nerviosa por irse.

Por primera vez desde su abdicación oficial, se iba de Luna.

Ella había regresado a la Tierra una sola vez desde que había recuperado su lugar en el trono Lunar. Había mantenido su promesa y estuvo con Kai en el baile de la Mancomunidad el año pasado, y había sido... aterrador. Pero también extraordinario. Los habitantes de la Tierra aún no estaban seguros de qué hacer con el hecho de que uno de sus queridos líderes fuera no tan secretamente a salir con una Lunar, y una ciborg Lunar además. Hubo protestas. Hubo innumerables segmentos de comedia que tomaron el romance, como la mayor parte del mundo, considerándolo poco convencional, incluso ofensivo. No era para ponerse celosa, las miradas de odio de los otros huéspedes, y fuentes de noticias en vivo que criticaron todo, desde el vestido de Cinder, su postura, a su sarcástico (es decir, sin sabor) sentido del humor.

Ella debería haberse sentido humillada, o posiblemente furiosa, si no hubiera sido también por las cosas increíbles que habían venido de ese viaje.

Iko había sido una de las estrellas del baile, el primer androide en recibir una invitación oficial.

Decenas de niños habían pedido a Cinder autografiar sus portavisores, llamándola una modelo a seguir y una heroína.

Había sentido alegría al ver a sus amigos de nuevo.

Ocurrió que no todos los Terrestres estaban en su contra. De hecho, sus críticos eran una minoría, al menos según las frecuentes actualizaciones y recordatorios de Iko. Había un montón de gente que la defendía de la protesta, recordándole al mundo que ella era la chica que los había salvado de Levana y solo eso demostraba su lealtad a la Tierra y ese hecho era algo que todos debían valorar.

Y, por supuesto, estaba Kai. La forma en que la había mirado la primera vez que bajó de la nave espacial en la plataforma del Palacio de Nueva Beijing había sido guardada en su memoria. Había sentido durante mucho tiempo una nostalgia hacia la Tierra. A

pesar de lo mucho que había luchado para rescatar el país acerca del cual no sabía mucho, Luna nunca se había sentido como una casa, ni siquiera después de dos años de estar aquí. Había pensado que era nostalgia de Nueva Pekín, a pesar de que su vida con Adri no se había sentido mucho como un hogar, después de todo.

No fue hasta ese momento, al ver la sonrisa de Kai y estar envuelta en sus brazos, ambos ignorando el hecho de que el mundo estaba viendo, que se dio cuenta de que él era la casa que había extrañado.

En los meses transcurridos desde entonces, la relación con la Tierra se había hecho más fuerte, y parecía que los ciudadanos de la Mancomunidad Oriental estaban gradualmente de acuerdo con la inusual elección romántica de su emperador. La abdicación de Cinder no había hecho daño. Desde el momento en que había anunciado su plan para disolver la monarquía y que los Lunares apoyaran un sistema de gobierno democrático, la gente de la Tierra había festejado. Para ellos, era la declaración política final. La promesa de que nunca volvería a existir una reina Levana.

Los Lunares no habían estado tan emocionados con su elección, pero una vez que se produjeron las candidaturas y las campañas electorales estuvieron en marcha, la mentalidad del país fue desplazada. Había potencial en este sistema que no había estado allí bajo el dominio real: Cada uno estaría representado, y cualquiera de sus hijos podría llegar a ser un líder. Era una nueva forma de pensar, sobre todo para los que estaban en los sectores exteriores, y Cinder estuvo inmensamente aliviada cuando su plan ganó fuerza. Cuando las papeletas fueron puestas, casi todos los ciudadanos fueron a emitir su voto.

Nunca había estado tan orgullosa de un logro, ni siquiera de la revolución que había terminado con el reinado de Levana.

Un golpe resonó en su puerta y entró Iko, saltando como un canguro. —¡Ellos están aquí! Acabo de recibir la comunicación del puerto de seguridad… ¡La Rampion ha llegado!—

—Bien— Dijo Cinder, con un gesto firme tomo su maleta. —Estoy lista para irme—.

Iko se detuvo y levantó la maleta con el ceño fruncido de incredulidad. —¿Es todo lo que estás llevando?—

—Así es. ¿Por qué? ¿Cuántas maletas traes?—

—Tres, y eso fue después de dejar otras atrás—. Ella puso una mano sobre el brazo de Cinder —No te preocupes. Si te quedas sin ropa, te presto algo de la mía. ¿Kinney?— Iko miró hacia atrás. —¿Sería usted tan amable de llevar el equipaje de la Embajadora Linh-Blackburn a los muelles?—

Cinder siguió su mirada. Liam Kinney se movía en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Kinney había sido uno de los guardias reales que se habían puesto del lado de Cinder durante la revolución, y había llegado a considerarlo un amigo desde entonces. Ya no era un guardia real – ya que no había nadie de la realeza a quien proteger— pero había tenido mucho interés en tomar la posición de proteger al nuevo Gran Ministro y su parlamento de representantes elegidos, y Cinder había estado feliz de recomendarlo.

—Con mucho gusto— Dijo Kinney, inexpresivo —De hecho, esperaba que al venir a despedirlas, me pedirían hacer algún trabajo manual—.

Iko se encogió de hombros. —Si no quieres hacer ningún trabajo pesado, deberías dejar de tener esos músculos impresionantes—.

Cinder sofocó una risa cuando Kinney dio un paso adelante para trasladar la maleta de su cama. A pesar de que estaba fingiendo fruncir el ceño, ella podía detectar el enrojecimiento alrededor de sus orejas. —Al menos el suyo es aproximadamente la mitad del peso que el de Iko— Dijo, lanzando una mirada de agradecimiento a Cinder.

—Sólo tenía tu comodidad en mente— Dijo Cinder. —Gracias, Kinney—.

Él le dio una reverencia, un hábito que había sido imposible de evitar con él. —Mi turno empieza en una hora, por lo que no estaré en el muelle para decir adiós, pero quería desearles a ambas un viaje seguro—.

—Trata de mantener al nuevo Gran Ministro fuera de problemas mientras no estoy—.

—Voy a hacer mi mejor esfuerzo— Él se dirigió de nuevo hacia la puerta, y una sonrisa tan rápida y secreta paso entre él e Iko que Cinder casi se lo perdió. Iko no apartó la mirada de él hasta que se fue.

—Podría haber venido con nosotras, ¿sabes?— dijo Cinder, mirando alrededor de la habitación por última vez.

Iko sacudió la cabeza. –Lamentablemente él tiene una fuerte ética de trabajo. Es una de sus características más molestas—

Cinder se rio entre dientes. —Bueno, nadie es perfecto—.

—Habla por ti— Iko se dio la vuelta hacia ella y tomo sus manos con entusiasmo. —¿Estás lista? ¿Podemos irnos?—

Cinder aspiró otra bocanada de aire. —Sí, creo que sí— Ella frunció el ceño. —¿No crees que es un error irnos?, ¿Verdad?—

—¿Error?—

—Es sólo que... el nuevo parlamento sólo tomó el cargo hace seis semanas. ¿Y si algo sale mal? ¿Qué pasa si me necesitan?—

—Entonces pueden enviarte una comm— Iko puso sus manos en los hombros de Cinder. —Eres una embajadora de la Tierra ahora, Cinder. Así que es hora de irnos a la Tierra y empezar a hacer algunas embajadoreadas—.

Cinder ladeó la cabeza hacia un lado. —Eso no es una palabra—

—Debería serlo. Además, el Gran Ministro ha tenido más apoyo y transición en su gobierno del que tenía cuando tomó el trono. Se pondrá bien—. Ella sujeto el codo de Cinder y la arrastró hacia la puerta. —Ahora ven. ¡París espera!—

—No nos vamos a París—.

—Está lo suficientemente cerca para mí—.

Cinder hizo a un lado su resistencia, entonces ella e Iko hicieron su camino a través del palacio convertido en sede de gobierno. El mármol blanco. Las imponentes ventanas de cristal. El mar de estrellas más allá del cielo negro.

Ella no podía decidir si estaba triste o emocionada de estar dejando Luna. Iko mantuvo la charla lo suficientemente entusiasta, que sus preocupaciones comenzaron a

calmarse, y tenía razón. A pesar de que Cinder había estado muy involucrada en la transición de los nuevos sistemas, asesorando a los líderes gubernamentales elegidos tanto como ella podía, una vez que había tomado posesión del cargo: su papel, se estaba convirtiendo en irrelevante. Se había decidido desde el principio que iba a continuar participando en la política lunar, pero como consejera y embajadora, como Winter. Ella estaba en una posición única para continuar suavizando las relaciones entre la Tierra y la Luna, después de todo, y...

Kai.

Estaba desesperada por ver a Kai de nuevo. Para darle un beso. Para estar en sus brazos. Para reírse de sus chistes irónicos y ver la arruga de sus ojos cuando se reía de ella.

Era fácil para Cinder para justificar la desesperación porque, pudo no haber sido romántica pero, sabía que juntos, ella y Kai tenían el poder de hacer más por los prejuicios de las personas, que cualquier cantidad de discusiones políticas podrían lograr.

Cuando ella e Iko entraron a los muelles de las naves espaciales que se encontraban bajo el palacio, la Rampion fue lo primero que vio. Era enorme en comparación con la mayoría de las pequeñas capsulas reales alineadas en filas ordenadas. Su recubrimiento metálico se batió en marcha y, con el cuerpo de carga sucio casi embarazoso si se compara con los diseños elegantes que la rodeaban. Pero era hermosa, y su rampa de carga bajada era más acogedora que cualquier alfombra roja.

Thorne y Cress los esperaban en la parte inferior de la rampa, y cuando Cress e Iko se vieron entre sí compartieron un chillido. Thorne y Cinder compartieron un encogimiento de hombros, y luego todos se sonrieron y se abrazaron como si ellos no se hubieran visto en años, a pesar de que se habían reunido con cierta regularidad. Thorne y Cress tuvieron el rol de distribuir el antídoto de letumosis a la Tierra que los llevó a Artemisia cada vez que había una nueva recaída, y fueron esos momentos intermitentes de amistad fácil que habían contribuido a mantener a Cinder cuerda mientras se esforzaba por comprender las complejidades de los sistemas de transporte Lunar, las políticas comerciales, educativas y los mandatos.

Con sus brazos extendidos sobre los hombros de Cinder e Iko, Thorne las guio por la rampa. —¿Cómo se siente ser una civil de nuevo, señorita Linh?—

—Maravilloso— Dijo. —No quiero volver a oír las palabras de “Su Majestad” nunca más—.

—¿Nunca? ¿Nunca jamás?— Thorne enarcó una ceja. —¿Y si hubiera un “Imperial” en medio? ¿Cambiarias de opinión?—

Cinder apretó la mandíbula, contenta de que su broma no podía sacarla de quicio, o un rubor de ella. Con un ligero codazo a su lado, ella se desprendió de debajo de su brazo. —¿Cómo está la nave, cómo va?—

—Bonita forma de cambiar de tema— dijo Thorne, dejando caer su otro brazo de Iko y enganchando el pulgar por encima del cinturón. —Pero ya que tu pregunta es pertinente, lo permitiré. De hecho, ha habido un traqueteo en el sistema de compresión por el último mes o así—.

Cinder levanto la vista hacia el techo de la bodega de carga, a pesar de que no podía escuchar nada con los sistemas de apagado.

—Le dije que la llevara a un mecánico cuando estábamos en Dublín la semana pasada— Dijo Cress.

—Y yo le dije que ya tengo un mecánico— Dijo Thorne, señalando a Cinder.

Cress se encogió de hombros como disculpándose.

—Está bien— Dijo Cinder. —Echo de menos el trabajo, en realidad. Voy a comprobarlo cuando estamos en el aire—.

Thorne aplaudió. —Muy bien, entonces vamos comenzar con este envió diplomático. Nave, ¡sube la rampa! Todos ustedes simplemente siéntense y relájense, estaremos en la Tierra en poco tiempo—. Se dio la vuelta para dirigirse a la cabina del piloto, añadiendo por encima del hombro, —He estado practicando despegues, por cierto. Creo que será una grata sorpresa—.

Tan pronto como él estaba fuera del alcance del oído, Cress se volvió hacia Iko y Cinder con una mueca. —Él realmente no ha conseguido mejorar mucho— Susurró. —Volvamos a los cuartos del equipo. Hay más de lo que agarrarse si vamos allí—.

Cress se puso por delante, caminando por el estrecho pasillo de la Rampion, con el aire de una anfitriona acogiendo huéspedes importantes en su casa. Cinder le sonrió de nuevo, pensando en el cambio desde la primera vez que Cress había estado a bordo de la Rampion, no decía más de dos palabras mansas y torpes, apenas capaz de decir algo sin ocultarse detrás de Thorne.

Las llevó a uno de los pequeños cuartos de la tripulación, un largo cuarto que estaba vacío. De hecho, cuando Cress estaba abriendo la puerta, a Cinder se le ocurrió que esta había sido su habitación durante el breve tiempo que había buscado refugio en la nave. Entró con un sentimiento de admiración, nostalgia... y rápidamente se puso a reír.

La habitación estaba llena de papel crepe blanco y tul, velas sin quemar y lámparas de cristal, serpentinas y pequeñas bolsas de seda llenos de confites.

Iko abrió la boca y pasó un dedo por un enorme arco de tul. —¿Todo esto es para la boda?—

Cress asintió, pero su expresión era preocupada mientras miraba alrededor, a las desparramadas decoraciones. —Lobo nos dijo que lleváramos lo que pensamos que podría ser necesario, así que nos detuvimos en una tienda de bodas en la República y casi limpiamos la tienda— Mordiéndose el labio inferior, ella volvió a mirar a Iko. —Una vez que tuvimos todo, lo apilamos aquí, sin embargo, me pregunto si tal vez todo ¿Es un poco llamativo?—.

Iko se encogió de hombros. —Podemos trabajar con lo llamativo—.

La Rampion comenzó a hacer ruido. Cress e Iko, cada una tomó un lugar en la litera inferior que ocupaba una de las paredes de la cabina, pero Cinder se abrió paso entre la maraña de cestas de pétalos de rosa, de peluche y jarrones de vidrio vacíos y la apilada ropa de cama color marfil hasta que llegó a la ventana redonda en la parte trasera de la sala.

Cress tenía razón. Los despegues de Thorne eran todavía horribles. Pero Cinder no se movió lejos de esa ventana hasta que la ciudad blanca de Artemisia no fue nada más que un destello de luz sobre la superficie de los cráteres de la luna.

El aterrizaje estuvo mejor, tal vez porque Cinder estaba entretenida con el burbujeante monólogo de Iko sobre las tradiciones de boda europeos que apenas se fijó en las rocas y los balanceos de la nave. Mientras que en el espacio, había estado revisando el tornillo suelto que había causado el ruido y pasó el resto del tiempo de vuelo poniéndose al día con Thorne y Cress, conociendo todo el turismo que habían hecho y las aventuras que habían tenido en medio de carreras para el antídoto. Thorne, al parecer, había convertido en un objetivo personal el asegurar que Cress viera y experimentara todo lo que siempre había soñado con ver y experimentar, y era un objetivo personal que estaba tomándose muy en serio. Cress no parecía estar quejándose, aunque era evidente por la forma en que se apoyaban en él, que era su compañía, más que los museos y los monumentos, lo que realmente le importaba a ella.

—¿Cuántas veces han visitado a Lobo y Scarlet?— Preguntó Iko, pateando con sus pies un cajón de almacenamiento en la bodega de carga como Thorne apaga los motores de la nave.

—Un par de veces al año— Dijo Cress. —Scarlet termino construyendo una pista de aterrizaje junto al hangar de manera que Thorne dejaría de aplanar sus cultivos—. Miró hacia la cabina del piloto. —Espero que él no falle—.

Podían oír el gruñido de Thorne desde la cabina. – ¡No voy a fallar!—

La rampa rugió y crujía cuando empezó a bajar, y Cinder se puso de pie, sorprendida de que su corazón comenzara a retumbar.

Primero fue el cielo, una franja de color azul imposible, a lo largo del borde de la rampa. Entonces su primera respiración se llenó de aire. El aire que provenía de árboles y plantas, no de un tanque de reciclaje, y se acoplaba con el aroma de la tierra recién removida, de dulce pasto y de animales no tan dulces. Había tantos ruidos, también, lejanamente familiares. El canto de los pájaros. Los pollos cacareando. Una brisa soplando a través de la abertura que la rampa había creado. Y también... voces. Una cacofonía de voces. Demasiadas voces.

No fue hasta que la rampa había bajado hasta la mitad, cuando Cinder los vio. No a Lobo y Scarlet, ni a sus amigos, pero... si a los periodistas.

—¡Es ella! ¡Selene! ¡Su Majestad!—

Cinder dio un paso atrás y sintió que su serenidad se mudaba a la distancia, dejando tras de sí la misma tensión que había vivido durante dos largos años. Esa sensación de estar en el centro de atención, de tener responsabilidades, de la necesidad de cumplir con las expectativas...

—¿Por qué abdicar el trono?— Gritó alguien. Y otro: —¿Cómo se siente estar de vuelta en la Tierra?— Y —¿Quiere ir al baile de la Mancomunidad de nuevo este año?— Y —¿Es la próxima boda una declaración política Luna-Tierra? ¿No quiere decir algo acerca de esta unión?—

Un fuerte disparo resonó a través del camino de grava. Los periodistas gritaron y se dispersaron, algunos encogidos detrás del tren de aterrizaje de la Rampion, otros corriendo de vuelta a la seguridad de sus propias naves emergentes.

—Les voy a dar una declaración—. Dijo Scarlet, volviendo a cargar la escopeta en sus brazos mientras caminaba hacia ellos. Ella envió una mirada penetrante hacia los periodistas que se atrevieron a mirar hacia ella. —Y la declaración es: dejen de molestar a mis invitados, lastimeros buitres hambrientos de noticias—.

Con un resoplido de frustración, alzó la vista hacia Cinder, que se había sumado a los otros en la parte superior de la rampa. Scarlet se veía exactamente como Cinder la recordaba, sólo que más furiosa. Sus ojos tenían una mirada molesta, desconcertándolos mientras señalaba tristemente la granja detrás de ella.

—Bienvenidos a Francia. Voy a llevarlos al interior antes de que envíen a androides periodistas, ellos no son tan fáciles de asustar—.

Scarlet lanzó un gemido mientras cerraba la puerta detrás de sus huéspedes. —Ellos comenzaron a aparecer hace dos semanas—. Dijo. —Trataron de acampar en los campos de remolacha de azúcar, ¡como si fueran los dueños del lugar! He tenido que llamar a la policía cuatro veces por invasión de propiedad, pero, sinceramente, creo que la policía está casi tan estupefacta por toda esta atención de los medios como yo—. Ella suspiró y se dejó caer contra la puerta. —Yo quería una boda íntima, tranquila, no este circo—.

Thorne se apoyó en la barandilla de la escalera. —Es la primera boda conocida entre un Lunar y un Terrestre en varias generaciones, el novio es un híbrido lobo de bioingeniería humana, y además invitaste al emperador de la Mancomunidad Oriental y a una ex reina Lunar. ¿Qué esperabas?—

Scarlet lo fulminó con la mirada. —Me caso con el hombre que amo, y he invitado a mis amigos para celebrarlo con nosotros. Me esperaba un poco de privacidad—.

—Lo siento— Dijo Cinder. —Deberíamos haber tratado de ser más discretos con nuestros planes—.

Scarlet negó con la cabeza. —No es tu culpa. El itinerario de viaje de Kai es más o menos de conocimiento público, así que no habríamos podido evitarlo de todos modos, me temo—. Ella resopló. —Alégrate de no haber visto al montón de chicas gritando cuando llegó—.

Cinder se irguió. —¿Él ya está aquí?—

Scarlet asintió. —Llegó anoche. Y Winter y Jacin volaron desde Canadá esta mañana. Todo el mundo está aquí, así que ahora sólo tienes que sobrevivir a los próximos tres días de caos hasta la boda, y entonces todo habrá terminado—. Ella se masajeó la frente. —Al menos, esto es suponiendo que los paganos chupadores de sangre por ahí no traten de entrar a la ceremonia. Ya sabes, la peor parte de esto es que ellos siguen tratando de hacer de la ceremonia una gran declaración política. “¡Tierra y Luna, unidas por fin!” “¡Chica terrestre torturada por Levana acepta casarse con soldado Lunar!”, Es repugnante—. Ella suspiró antes de añadir: —No está aquí, Cinder—

Cinder rompió su atención de Scarlet, dándose cuenta de que había estado ignorando la mayor parte de su diatriba mientras ella miraba a través de las puertas hacia la cocina y sala de estar y trataba de escuchar los pasos que se acercaban desde el piso de arriba. —¿Qué?—

Iko rio entre dientes, Scarlet enterró su molestia con una sonrisa de comprensión. —Lobo lo llevo a dar un paseo por la granja. Van a estar de vuelta pronto—.

—Cierto. Lo siento. Yo no…—

Scarlet le hizo un gesto a distancia. —Está bien. Además, si alguien entiende lo que es que su relación sea tratada como un truco político, esa eres tú—.

Cinder bajó los ojos, no estaba segura de si aquello estaba destinado a hacer que se sintiera mejor.

—Hey, Cinder— Dijo Thorne, alejándose de la apertura que separaba la entrada de la humilde sala de estar. —¿Recuerdas cuando estábamos aquí antes? ¿Cuando éramos sólo dos locos fugitivos, que huían de la ley?—

—¿Quieres decir cuando descubrimos la guarida secreta bajo el hangar donde había sido mantenida en estado de coma durante ocho años de mi vida, para luego ser convertida en una ciborg por algún cirujano misterioso antes de ser entregada a una familia que realmente no me quería con ellos? Sí, Thorne, esos eran los buenos viejos tiempos—.

Thorne le hizo un guiño. —En realidad estaba refiriéndome a esa linda rubia que nos encontró y a la que casi le da un ataque al corazón. Hey, ¿Ella va a estar en la boda?—

—Su nombre es Émilie— Dijo Scarlet, —Y sí, estará. Por favor trata de no coquetear con ella delante de tu novia. Tengo suficiente drama para hacer frente esta semana—.

Cress se encogió de hombros. —En realidad no me perturba mucho. Además, es probable que ya le haya dicho que la quería, así que ¿qué más se puede decir?—

Thorne lanzo su mirada hacia el techo pensativo. —Es verdad. Puede que lo haya hecho Sinceramente, no lo recuerdo—.

Cress puso los ojos en blanco, pero si ella albergaba alguna duda, Cinder no pudo detectarla. Ella optó por no decirle que Thorne, de hecho, había afirmado su amor a primera vista cuando Émilie se había desmayado en la puerta de la casa de campo.

Bisagras chirriaron en la parte posterior de la casa, seguido por el golpeo de pasos y la dulce voz de Winter que fluía a través de los estrechos pasillos de la casa.

—Pero ¿voy a tener la oportunidad de ordeñarla antes de que nos vayamos? Nunca he ordeñado una vaca antes. Creo que sería buena en eso—.

—Por supuesto que sí— Dijo Jacin con una sonrisa. —Ella sólo te mirara fijamente todo el tiempo sin poder hablar al igual que todos los demás animales que caen bajo tu hechizo—.

—¿Qué hechizo?— Dijo Winter, golpeando su hombro con el dedo a Jacin al doblar la base de la escalera. —No soy una hechicera—.

—¿Estás segura?—

Se congelaron cuando vieron todos en el vestíbulo.

—¡Llegaste!— Exclamó Winter. Se arrojó a los brazos de Cinder, dándole un breve apretón antes de abrazar a Thorne, Cress, e Iko a su vez.

Lobo había llegado con ellos, también, mostrando una fila completa de dientes afilados mientras sonreía a los recién llegados. Y junto a él...

—Les dije que era el dulce rugido de los motores de una Rampion— Dijo Kai, —Pero todos insistieron en que sólo era otra nave flotando— Sus manos estaban metidas en los bolsillos y estaba vestido más informal, Cinder no lo había visto así, una camisa de botones de algodón con las mangas enrolladas hasta sus antebrazos y pantalones oscuros. Nunca se había imaginado que la vida de granja le quedaría tan bien, pero parecía tan cómodo aquí como en cualquier lugar.

Cinder cruzó los brazos sobre su pecho. —Eres un experto en escuchar el nivel de ruido de naves espaciales ahora, ¿verdad?—

—No— dijo Kai. —Sólo he estado esperando oír ese sonido durante todo el día—.

Ella le sonrió, sintiendo el aleteo de un colibrí en su propio pulso. Él le devolvió la sonrisa.

—Por las estrellas— dijo Thorne con un gemido. —Ellos ni siquiera se han besado y ya están haciendo que me den náuseas—.

Su comentario fue seguido por un gemido de dolor, pero Cinder no sabía cuál de sus amigos lo había golpeado. Kai puso los ojos en blanco, a continuación, tomó la mano de Cinder y tiró de ella hacia la entrada trasera. Fueron sólo unos pocos pasos. Ni siquiera una pared o una puerta los separaba de los demás, pero en cuestión de un momento se sentía como si estuvieran solos.

De forma encubierta, felizmente solos.

—¿Qué tal el vuelo?— Kai susurró, de pie tan cerca que ella imaginó que podía sentir las vibraciones de los latidos de su corazón en el aire entre ellos.

—Oh, ya sabes— Murmuró Cinder. —Thorne era el piloto, por lo que hubo una corriente constante de experiencias cercanas a la muerte. ¿Cómo es la vida de emperador?—

—Oh, ya sabes. Conferencias de prensa. Las reuniones de gabinete. Admiradoras donde quiera que vaya—.

—¿Así que también tuviste un flujo constante de experiencias cercanas a la muerte?—

—Más o menos—. Se acercó más a ella mientras hablaban. Cinder casi fue presionada contra la pared, de pie entre una pared que sostenía un pesado mono de trabajo y una pila de botas llenas de barro en el suelo. —¿Es esa una cantidad aceptable de una pequeña charla?—

—Es aceptable para mí— dijo Cinder, clavando sus manos en su cabello y tirando de él hacia ella.

El desayuno se sirve en 20 minutos.

Cinder se quejó en voz baja por el mensaje que se desplazó a través de la oscuridad de sus párpados. Ella abrió lentamente los ojos y observo la tenue luz del sol que se filtraba a través de la pequeña ventana de la habitación. La familiaridad de la Rampion la rodeaba, muy lejos del lujo del Palacio de Artemisia, era aún más cómodo que ahí, incluso ahora. El gorgoteo de un tanque de agua a través de las paredes de metal. Los aromas de acero y de recirculación de aire. El colchón demasiado duro en la parte inferior de la litera.

Sin embargo, la sensación de un brazo sobre su cintura era algo nuevo.

Ella sonrió y cerró los ojos de nuevo, comenzando a marcar una respuesta a Scarlet. Ella y Kai se habían quedado hasta muy tarde, los rayos de sol aparecían en el horizonte cuando finalmente se había quedado dormidos. Vagaron por los cultivos sin fin, con sus manos entrelazadas, contentos porque todos los periodistas finalmente se habían ido a la cama. Se sentaron en el porche de la casa, mirando hacia la luna en un cielo casi sin nubes. Habían terminado en los alojamientos de la tripulación donde Kai había dormido durante su secuestro a bordo de la nave, abrazados en la litera inferior hablando, y hablando, y hablando, hasta que las palabras se habían vuelto borrosas en sus bocas y sus párpados habían sido demasiado pesados como para mantenerlos abiertos.

Era casi como si nunca hubieran sido separados en absoluto, y Cinder no pudo evitar sentirse aliviada al saber que la presencia de él era tan tranquilizadora ahora como siempre lo había sido. Se sentía como si le podía decir todo y a juzgar por los miedos y manías y frustraciones que había compartido con ella, parecía que él sentía lo mismo.

Con un profundo suspiro, giro sobre su espalda. Kai gimió en protesta y cambió su peso para presionar su cara en la almohada junto a su cabeza.

—Scarlet preparo el desayuno— le dijo ella. Su voz estaba ronca por las horas de hablar y reír.

— ¿Qué hora es?— Kai murmuró en la almohada.

Cinder comprobó el reloj en su cabeza. –Casi las nueve—.

Kai volvió a gruñir. No habían dormido ni cuatro horas. Ella supuso que Lobo y Scarlet se habían levantado desde el amanecer, para atender a la granja. Probablemente para compartir un tiempo juntos.

—Vamos— Dijo ella, tratando de alcanzar el brazo de Kai. —Es un gran día—.

Kai se sacudió en protesta cuando su mano de metal le tocó, y Cinder retrocedió.

—Por las estrellas, la mano se te enfrió— Murmuró Kai. Rodando sobre su espalda, tomó la mano protésica entre ambas palmas de las manos, calentándola como se calentaría dedos helados en un día de invierno. Cinder se incorporó y bajó la mirada hacia él. Sus ojos aún estaban cerrados. Podía haberse quedado dormido de nuevo, pero sus palmas seguían frotando sobre su mano de metal. Su camisa estaba arrugada, el pelo revuelto contra las almohadas.

—¿Kai?—

Él gruñó en respuesta.

—Te amo—.

Una sonrisa somnolienta se formó en su boca. —Yo también te amo—.

—Que bien— Inclinándose, ella le dio un beso rápido. —Porque estoy tomando la ducha en primer lugar—.

La casa era demasiado pequeña para todos ellos, así que mientras Winter y Jacin habían tomado la habitación de invitados, los otros se quedaron a bordo de la Rampion y se abrieron paso a través de la prensa juntos una vez estuvieron duchados y vestidos. Los periodistas estaban en la puerta de nuevo, gritando preguntas y tomando fotos, pero Lobo y Jacin habían colocado una simple barrera de cuerda la noche anterior y al menos

por ahora, los periodistas se conformaban con permanecer detrás de ella, en lugar de provocar la ira de Scarlet.

Cinder intentó no hacer caso de ellos, pero su presencia la hacía cien veces más consciente de la cálida mano de Kai presionando contra su espalda.

La casa olía fuertemente a tocino y café cuando entraron. Jacin estaba sentado en la mesa redonda de la cocina, comiendo aparte un croissant, mientras que Scarlet, Lobo y Winter trabajaban a su alrededor con diferentes delantales estampados de cocina, incluso Lobo tenía uno azul a cuadros atado a su cintura.

—Coge un plato— Scarlet ordenó, señalando una pila de platos en el mostrador con una cuchara de madera. —Vamos a comer en la sala de estar. Está muy lleno aquí—.

Cinder hizo lo que le dijo, sirviéndose un pastel de canela, un poco de tocino, una cazuela de patatas, cebollas y pimientos, y un racimo de uvas púrpuras. Luego se retiró a la sala de estar, donde Iko estaba esperando con una pierna echada sobre el brazo de una silla mecedora. Suspiró cuando Cinder se sentó en el suelo junto a ella.

—No quiero oír ni una palabra sobre lo delicioso que es— dijo Iko.

—Es terrible— dijo Cinder, mordiendo un trozo de tocino por la mitad. Trago y luego agregó, —Especialmente el tocino. No te gustaría nada el tocino—.

Los otros llegaron, sentándose en el sofá y en casi cada lugar disponible de la gastada alfombra. Lobo y Scarlet entraron al final.

—Uno de ustedes debe hacer el almuerzo— dijo Scarlet, desatándose su delantal y tomando el último lugar en el sofá. Lobo le entregó un plato de comida, luego se sentó entre sus pies, cubriendo un brazo sobre su rodilla mientras comía su propia comida.

Thorne levantó su tenedor. – ¿Puedo traer comida para llevar?—

—De acuerdo— dijo Scarlet, chocando su tenedor contra el de él.

Iko dejó de mecerse en la silla y se inclinó hacia delante. —Así que nos dirán lo que están reservando para su gran día. ¿Se divirtieron planeándolo? ¿Qué es lo que más les entusiasma?—

Scarlet apoyó la cabeza en el sofá. —Estoy más entusiasmada para que todo acabe, y para que todos esos estúpidos periodistas se vayan y poder recuperar nuestras vidas—

Lobo acarició su rodilla y siguió comiendo.

Cress frunció el ceño. —¿No estás feliz de casarte?—

—Sí, claro— dijo Scarlet. —Esa parte será agradable. Pero nunca he querido tener una gran boda, y desde luego no esperaba que se convierta en la gran reunión—. Se enderezó de nuevo. —No es que este lamentando haberlos invitado chicos— añadió ella, mirando fijamente a Kai y Cinder, con una mirada extra a Winter. —Obviamente, quiero que estén aquí. Es sólo que—... Ella dejó escapar un gran suspiro.

—Lo entendemos— dijo Kai, recogiendo las cascaras de una naranja. —Después de haber vivido con los paparazzi toda mi vida, no se lo deseo a nadie—.

—En realidad, no crees que van a interrumpir la ceremonia, ¿verdad?— Preguntó Iko.

Scarlet se encogió de hombros. —Espero que tengan más decencia que eso. Aunque es tradición que la novia y el novio caminen después de la ceremonia a través de las calles de la ciudad y corten las cintas que se supone que los niños han preparado para nosotros. Pero ni siquiera puedo imaginarme caminando por mi propio camino de entrada con esos matones por ahí, así que no sé si eso va a suceder—.

Cinder se aclaró la garganta. —¿Es que la tradición... es muy importante para ti?—

Scarlet bufó. —La única tradición que me importa es la de decir: Acepto—

Hubo un suspiro de alivio casi visible alrededor de la habitación, Cinder se encogió, seguro que sería obvio para Scarlet, pero ella solo unto con mantequilla una rebanada de pan y no parecía darse cuenta de nada inusual. Kai atrapó los ojos de Cinder y fingió secarse el sudor de la frente. Disimuló una risa.

—Dinos más— dijo Winter. —Sé muy poco acerca de las costumbres de Tierra, y podría resultar muy útil para mi papel como embajadora cultural algún día—. Ella presiono su mejilla con la mano, casi oscureciendo sus cicatrices. —Pero sobre todo, quiero saber qué tradiciones Scarlet Benoit—Kesley considera importantes—.

—Oh, no lo sé— dijo Scarlet. –Digamos que el intercambio de anillos y algunos votos, pero eso lo hacen en Luna también, ¿verdad?—

Winter asintió. —¿Vas a llevar un ramo de flores?—

—Probablemente. Pensaba llevar algo que se viera bien con el jardín ese día—.

—¿Tienes un esquema de color?— Preguntó Iko.

Scarlet vaciló. —Um... ¿Blanco?—

—¿Habrá pastel?— Preguntó Cress.

Scarlet sonrió. —Uno especial. Émilie está trayendo croquembouche, es una gran pila de bolas de pasteles esponjosos rociados con caramelo. Será delicioso—.

—He oído de una tradición— dijo Thorne —Donde se supone que los invitados hacen un montón de ruido afuera de la recamara de los novios en la noche de bodas, hasta que nos dan caramelos y nos envían lejos—.

Scarlet lo fulminó con la mirada. —Sí, por favor no hagan eso—.

—¿Cuántas personas estarán?— Preguntó Kai.

Scarlet gimió otra vez. –La noticia se corrió por toda la ciudad. No estoy segura de cómo ha ocurrido, ciertamente no invite a todo el mundo. Pequeño e íntimo, yo decía. Sólo los amigos cercanos, les dije. Pero es una ciudad pequeña, supongo que todo el mundo sólo asume que cabe bajo el paraguas. Si fuera por mí, solo estaría la gente en esta sala—. Ella hizo una pausa. —Bueno, y Emilie. Porque, de nuevo, ella va a traer el pastel—.

Lobo se levantó y empezó a recoger los platos vacíos de todo el mundo para llevarlos a la cocina. Después de que él se hubo ido, Iko se inclinó hacia delante y apoyo las manos en las rodillas. —¡Lo sé! ¿Por qué no nos muestras tu vestido? Me muero por verlo—.

Scarlet ladeó la cabeza. – ¿Puedes esperar dos días más?—

—Por supuesto que no. ¿Por favor?—

Con un encogimiento de hombros, Scarlet se puso de pie. —Vamos, está arriba—. Ella salió de la habitación, con Iko pisándole los talones. Cinder se dispuso a seguirlas, pero vaciló, mirando a los chicos a su alrededor.

—¿Pueden manejarlo?— Preguntó.

Thorne la saludó. —No hay problema. Sólo distráela durante tanto tiempo como sea posible—.

Lobo reapareció de su viaje a la cocina y coloco su enorme mano sobre el hombro de Cinder, tan de repente que la hizo saltar de sorpresa.

—No la dejes venir aquí sin el “Algo viejo"— susurró.

—¿Algo viejo?—

El asintió. —Ella te lo explicara. No lo mencionó antes, pero sé que es una de las tradiciones que es importante para ella—.

—Mejor nos damos prisa— dijo Jacin, empujando a Winter, Cinder, y Cress hacia las escaleras. –Ustedes están en el camino, y evidentemente, hay que hacer la decoración—.

Sin tratar de ocultar su disgusto por la idea, y Cinder resopló ante la imagen mental de Jacin decorando cualquier cosa.

Se dio la vuelta y corrió hasta el segundo piso, pero se detuvo a mitad de la escalera. Cress chocó contra ella, casi tirando a Cinder de rodillas, pero ella se agarró a la barandilla y se estabilizó.

—¿Qué pasa?— Preguntó Cress.

—Nada— dijo Cinder, tratando de sacudirse la ola de recuerdos que se fue acercando. Ella había subido estas escaleras una vez antes, cuando ella y Thorne habían llegado a la granja en busca de Michelle Benoit. Cuando habían venido en busca de respuestas por el pasado de Cinder. —Es raro estar aquí de nuevo— dijo ella, tanto para sí como para Cress y Winter. —Estar aquí, y no sentirme perseguida o asustada—. Ella miró hacia atrás y se encogió de hombros. —Es una gran diferencia con respecto a la última vez que estuve aquí—.

Con una sonrisa que esperaba luciera confiada, ella saltó el resto de los escalones.

La segunda planta las llevó a un pequeño pasillo con tres puertas, dos de los cuales estaban cerradas. La puerta abierta reveló un dormitorio con mantas en desorden, cortinas blanqueadas por el sol, y un gran smoking que colgaba de un gancho en la pared. Iko estaba sentada en la cama revuelta, con las rodillas recogidas contra el pecho, mirando como Scarlet luchaba con una bolsa de ropa. Tan pronto como Cinder y las demás llegaron, Scarlet se giró hacia ellas con un pronunciado —¡Voilà!— Y levantó el vestido para que lo vean.

Un mutuo jadeo surgió de Iko, Cress, y Winter, seguido de una ronda de exageradas exclamaciones. Cinder no pudo evitar reírse ante el drama de todo.

El vestido era hermoso, sin embargo, y único como Scarlet. Un sencillo vestido de algodón blanco, con un escote en forma de corazón, acentuado con tela transparente que seguía hasta su cuello y terminaba con una cinta blanca. Una falda que terminaba justo por debajo de las rodillas de Scarlet. Y un brillante cinto rojo atado en un sencillo

arco alrededor de la cintura, coincidiendo con el chaleco rojo y una pajarita del smoking de Lobo.

—¡Es perfecto!— Dijo Iko, trepando por la cama para tocar el vestido. Ella pasó sus dedos con adoración sobre la tela y por la caída completa de la falda. —Simple y precioso, igual que tú, Scarlet—. Ella suspiró soñadoramente. —Tienes que probártelo para nosotras—.

Scarlet desechó la sugerencia. —Lo verás en mí en un par de días—.

—Oh, por favor— Rogo Cress, poniendo las manos entrelazadas bajo la barbilla. A ella se unió el aclaramiento de ojos de la gama de Iko, pero Scarlet se limitó a sacudir la cabeza e puso el vestido de nuevo en la bolsa de ropa.

—No quiero correr el riesgo de derramar algo en él— Dijo.

—¡Es de buena suerte!— Winter dijo de repente, con los ojos brillantes de malicia.

Scarlet se detuvo. —¿Que es de buena suerte?—

—En Luna— dijo Winter, cruzando las manos como si estuviera recitando de una guía de etiqueta de la boda —Se considera de buena suerte para la novia ponerse su vestido durante al menos una hora por cada uno de los tres días previos a la boda. Simboliza su compromiso con el matrimonio. Y como tu novio es lunar, creo que debemos seguir algunas de sus tradiciones, ¿Verdad?—

—¿Una hora?— Dijo Scarlet. —Estas realmente presionándome, ¿no te parece?—

Winter se encogió de hombros.

Con un largo suspiro, Scarlet dijo, —Está bien, voy a ir a ponérmelo. Pero no voy a permanecer en él durante una hora. Todavía tengo cosas que hacer—. Se deslizó fuera de la habitación llevándose el vestido, y un momento después se oyó el clic de la puerta del baño en el pasillo.

—Nunca he oído hablar de esa tradición antes— Dijo Cress.

—Eso es porque yo la he inventado— Dijo Winter.

Iko le sonrió. —Bien hecho. Ahora, rápido—. Ella corrió hacia el smoking y lo saco, se lo pasa a Cress, quien lo pasó a Cinder. —Llévenselo a que Lobo antes de que vuelva—

Cinder se precipitó a la escalera bajando los escalones. En cuestión de segundos, Kai apareció en el vestíbulo de abajo con una guirnalda cubierta de cintas y rosas a través de sus hombros. Cinder sonrió. —¿Están divirtiéndose ahí abajo?—

—Sorprendentemente, en cierto modo sí. Resulta que Thorne tiene una habilidad extraña para esta cosa de la boda. Él dice que es porque Cress ha estado estudiando sobre la boda durante los últimos meses, pero... creo que está disfrutándolo en secreto—.

La voz de Thorne se escuchó desde el salón: —¡No te burles de un hombre por tener buen gusto!—

—Ten, denle esto a Lobo— dijo Cinder, pasándole el esmoquin a Kai. Él le dirigió un pulgar hacia arriba antes de retirarse.

Al oír el clic de una puerta, Cinder se giró alrededor para ver como Scarlet salía del baño, con el vestido blanco. —Necesito a alguien para subir el cierre— dijo ella, tirando de sus rizos sobre un hombro y dándole la espalda a Cinder.

—Er, deberíamos pedírselo a Winter— Dijo Cinder, persuadiéndola a entrar de nuevo en el dormitorio. –Sabes de mi tendencia a dejar manchas de grasa en cada cosa bonita toco—.

Las otras chicas estaban esperando ansiosamente el regreso de Scarlet, y su aspecto las llevo a otro coro de desmayos. Winter le subió la cremallera y Scarlet dio media vuelta, dejando que la falda se arremolinara alrededor de sus piernas. Fue la cosa más de chicas que Cinder la había visto hacer, e incluso Scarlet estaba radiante cuando se vio a sí misma en el espejo de cuerpo entero de la esquina.

—Oh, Scarlet— suspiró Cress. —Te vas a casar. Todo es como un sueño—.

—Creo que es así— Scarlet estuvo de acuerdo, con las mejillas rosadas por el rubor alrededor de sus pecas.

Iko acarició al borde de la cama. —Siéntate y déjame peinar tu cabello—.

—¿Mi cabello? ¿Qué vas a hacer con mi cabello?—

—No estoy segura todavía, por lo que tengo que practicar para el gran día—.

Con la espalda de Scarlet, ella se volvió, Iko hizo un guiño a Cinder, era la única que sabía que Iko había estado investigando estilos populares de boda y practicando con las criadas de palacio durante semanas.

Scarlet se quejó. —¿Cuánto tiempo llevará esto?—

—¿Por qué?, ¿Tienes otro lugar al que ir? Deja de quejarte y siéntate. Cinder, ¿Tienes esos artículos para el cabello que te dije que trajeras?—

—Oh. Claro—. Cinder se había olvidado por completo del pincel, clips, pasadores, y rizador de pelo que Iko le había ordenado guardar en el compartimiento del hueco de la pierna ciborg antes de que salieran de Luna. Se sentó y los sacó.

La mandíbula de Scarlet cayó. —Estas terriblemente preparada— dijo, empujando la punta del dedo a través de la pila de pinzas para el pelo que Cinder coloco en la cama. —¿Y si te dijera que sólo quiero llevar el cabello suelto, como es normal?—

—Entonces me gustaría utilizar mi poder de persuasión para hacerte cambiar de opinión—. Iko agarró los lados de la cabeza de Scarlet y la obligó a mirar hacia adelante. —Ahora quédate quieta—.

Las demás se sentaron a ver el trabajo Iko. Ella acababa de terminar las burlas del cabello en la coronilla de la cabeza de Scarlet, cuando les preguntó, —¿Por qué no se encuentro el smoking de Lobo?—

Cinder intercambio miradas con las otras. —Es... uhm... estábamos...—.

—Thorne vino y se lo llevo— interrumpió Cress. –Cuando te estabas cambiando—.

Scarlet frunció el ceño. —¿Para qué?—

—Porque... quería...—. Cress trago. —Um... compararlo con su propio smoking. Para asegurarse de que estaban, eh... ¿a juego?— Su mirada se lanzó a un lado cuando se dio cuenta de la forma en que sonaba plausible, incluso para Thorne.

—Ella quiere decir— Interrumpió Cinder —Que Thorne estaba preocupado de que él y Lobo podrían haber comprado el mismo smoking, lo que supongo que se considera un gran paso en falso. Ya sabes cómo Thorne trata ese tipo de cosas. ¡No puede ser visto en el mismo esmoquin que el novio! Qué vergüenza, ¿verdad?—

Scarlet abrió la boca para hablar de nuevo, con el ceño fruncido, cuando Iko preguntó: —¿Cuáles son los zapatos que vas a llevar?—

Scarlet comenzó a girar la cabeza, pero Iko la agarró y la puso de nuevo hacia delante. Ella resopló. —No lo sé. Winter dijo que tenía un par que podría tomar prestadas—.

Winter se irguió y saltó sobre sus pies. —Cierto. Todavía están guardados en la maleta. Voy por ellos—. Ella corrió por el pasillo hasta la habitación de invitados, desapareció por un momento, y luego regresó con un par de tacones rojos, casi del color exacto del cinto del vestido.

La aparición de los zapatos perfectos se encontraron con otra ronda de 'ahhs', y esta vez Cinder no pudo contener una sonrisa y sacudió la cabeza. Winter se sentó con las piernas cruzadas frente a Scarlet y le puso los zapatos. —¿Cómo se sienten?—

—No está mal—. Scarlet se torció el tobillo hacia atrás y adelante. —Si puedo no tropezar y romperme un tobillo en ellos, esta boda será un gran éxito—.

Iko resopló. —Es apenas un tacón de dos pulgadas—.

—Lo que son dos pulgadas más altas de lo que estoy acostumbrada—.

Un accidente en la planta baja las hizo saltar a todas.

—¿Que fue eso…?— Scarlet comenzó a levantarse de la cama, pero Iko mantuvo firme en un mechón de pelo y tiró de ella hacia abajo.

—¿Qué parte de "quédate quieta'" no entiendes?— La regañó.

Un accidente en la planta baja las hizo saltar a todas.

—Que fue eso…— Scarlet comenzó a levantarse de la cama, pero Iko mantuvo firme en un mechón de pelo y tiró de ella hacia abajo.

—¿Qué parte de "quédate quieta'" no entiendes?— La regañó.

—Voy a ver lo que pasa— dijo Cinder, saliendo al pasillo y lanzándose por las escaleras. Jacin estaba sentado en la parte inferior, inclinado sobre algo y trabajando intensamente.

—Eso fue Thorne— dijo, sin levantar la mirada.

—¿Qué hizo? ¿Derribar una pared?— Cinder pasó junto Jacin, pero dudó cuando vio el jarrón de flores blancas en el suelo a sus pies. Él meticulosamente tiro de las flores fuera del agua, una por una, y entrelazo sus tallos juntos. Su frente estaba arrugada por la concentración.

—¿Estás haciendo un ramo?— Le preguntó con incredulidad.

—Cállate—. Él las agrupo en una mano y giro en un par de direcciones diferentes, antes de sacar unas hortensias blancas y añadirlas a la mezcla.

Sacudiendo la cabeza, Cinder se dio la vuelta y le echó un vistazo a la sala. Ya transformada con las flores y guirnaldas, arcos de tul cubrían sobre cada superficie. Era precioso, y si, también un poco caótico.

Lobo no estaba a la vista, probablemente se estaba cambiando, pensó, pero Thorne y Kai estaban de pie sobre las sillas y colgando una cinta en la pared por encima de la repisa de la chimenea como parte de su improvisado altar.

—¿Qué está pasando?— Preguntó Cinder —¿Que fue ese ruido?—

—Essta todou bajo contruol— dijo Thorne con la boca llena de tachuelas.

Miró a Kai, que se encogió de hombros con timidez. —Hemos tenido un problema con un estante, pero Thorne está en lo cierto. Está controlado—.

Cinder abrió la boca para pedir más información, pero vaciló y miró alrededor de la habitación de nuevo. Nada parecía irreparable.

—¿Cuánto tiempo más crees que tenemos?— Preguntó Kai.

—Iko está haciendo su pelo en este momento. Tal vez... ¿media hora?—

Él le dio una inclinación de cabeza, y Cinder se volvió y se precipitó de nuevo hasta el dormitorio.

—No hay nada de qué preocuparse— dijo cuándo entro a la habitación. Iko casi había terminado con una trenza de aspecto complicado que se envolvía alrededor de la cabeza de Scarlet como un halo, dejando la mitad inferior de su pelo suelto y rizado alrededor de sus hombros.

—Pero ¿qué era?— Preguntó Scarlet.

Cinder la miró boquiabierta, desplazándose rápidamente a través de una lista de posibles respuestas lógicas. —Uh... ellos tiraron una silla. Cuando estaban luchando...—. Ella se encogió en el interior, sorprendida de que su detector de mentiras interno no sonara para sí misma. Podía ver la profunda sospecha en la cara de Scarlet, pero ella sonrió y dijo, —Eso se ve muy grande, Iko—.

—Todavía tengo que retocar tus rizos naturales— dijo Iko, encendiendo el rizador. —Y meter algunas de estas perlas en la trenza—.

Scarlet se rio. —Esto es sólo una práctica, Iko. No pierdas tu tiempo—.

Iko hizo un sonido al hacer clic con la garganta, similar a una sutil ‘tsk’. —¿De qué otra forma vamos a obtener el efecto completo? Vestido, zapatos, el pelo, todo. Todo tiene que trabajar junto—.

Scarlet suspiro. –Todas están actuando raro. ¿Hay algo que yo debería saber?—

Un coro de numerosos y altamente comprometedores ‘no´s’ fluyeron a su alrededor. Scarlet bufó.

—¿Por qué no nos cuentas sobre... algo viejo?— Dijo Cinder, sentándose al lado de Winter.

Scarlet frunció el ceño. —¿Algo viejo?—

—Sí. Um... Lobo había dicho algo de una tradición..—.

—¡Oh!— Scarlet ahuecó su falda, alisando las arrugas tanto como pudo. —Hay una vieja, vieja tradición de boda, en la que la novia debe llevar algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul. Así que, para mí, mi vestido es nuevo—. Ella hizo un gesto hacia el vestido. —Los zapatos son prestados. Y mi algo viejo es algo que está justo allí—. Ella señaló.

Cress se volvió y recogió algo pequeño y brillante de la parte superior de la cómoda. Lo sostuvo hacia Scarlet, que asintió antes de mostrárselo a las demás.

Era un broche. Una piedra preciosa de color amarillo estaba en su centro, situado en una estrella de cinco puntas, con dos alas de oro que se extendían hacia ambos lados. La pantalla de retina de Cinder la reconoció casi de inmediato, informándole que se trataba de un pasador de piloto de las fuerzas armadas de la Federación Europea, alrededor de 81 T. E.

—Era de mi abuela— dijo Scarlet, extendiendo la palma de la mano. Cress puso el pasador ante ella. —Se la dieron ella cuando se convirtió en piloto. Ella me lo dio hace años, y... pensé que sería como tener una parte de ella conmigo. Pensaba ponerla en el ramo o algo—

—No seas tonta— Winter se levantó sobre sus rodillas y se acercó más a Scarlet. Tomando el broche de sus manos, se inclinó hacia adelante y lo prendió a través de la tela de la blusa blanca, a la derecha sobre el corazón de Scarlet. —Ahí es claramente donde pertenece—.

Scarlet estaba sonriendo mientras miraba hacia abajo, al broche. —¿No crees que choca con el traje?—

—Oh, definitivamente choca— dijo Iko detrás de ella.

—¿Porque, importa?— Agregó Winter.

Scarlet negó con la cabeza. —Realmente no—.

—Me lo imaginé—

—¡Está hecho!— Iko se echó hacia atrás. —Levántate y muéstraselo a todas—.

—¿Cuándo te volviste tan mandona?— Dijo Scarlet, riendo, mientras se levantaba y se arreglaba el vestido. Ella dio un giro, luego se detuvo para que todo el mundo admirara la obra de Iko. El pelo le caía en grandes rizos, aún en espiral rizado y salvaje, pero más ordenado de lo que solía llevarlo, y coronada con la elegante trenza, con perlas incluidas. Ella fue a mirarse en el espejo.

Después de un largo y silencioso momento, tragó y coloco un dedo contra el broche de su abuela. Ella inhalo, luego inclinó la cabeza hacia atrás y respiró profundamente en un intento de impedir que las lágrimas cayeran. Después de un segundo, se rio de nuevo y bajó la cabeza.

—Me gustaría que estuviera aquí— murmuró, y nadie tuvo que preguntar a quién se refería. —Ella lo habría amado tanto—. Hubo otra aspiración, y se dio la vuelta, limpiándose los ojos. —Le habrían encantado, todos ustedes, también. Creo... Creo que estaba un poco preocupada porque nunca he hecho muchos amigos—. Ella extendió sus brazos hacia ninguna dirección en particular. —Y ahora mira. Tengo tantos amigos, que necesito un buque de carga para guardarlos a todos—.

Winter se levantó y envolvió sus brazos alrededor de la cintura de Scarlet. —Ella está en las estrellas— susurró. —Jacin y yo la vimos cuando estábamos en el cielo, y ella estaba sonriendo hacia abajo, a ti, y por lo tanto estaba muy, muy orgullosa—.

Scarlet negó con la cabeza, incluso cuando se hundió en el abrazo. —Pensé que ya no estabas loca—.

Winter sonrió —Nunca te prometí nada— dijo ella, levantando la barbilla. —Y yo creo que además. Ella te está mirando, Scar y ella se siente orgullosa—.

Con un movimiento de cabeza, Scarlet se frotó los ojos una vez más. —Esto es bueno— Dijo. —Es mejor sacar todo esto fuera del camino, así no soy un desastre durante la boda real, ¿verdad?—

Cinder bajó la mirada, pero ella todavía podía sentir las miradas incómodas compartidas entre Cress e Iko antes de que Cress se aclarara la garganta y preguntara: —¿Qué pasa con el algo azul? No nos dijiste lo que iba a ser—.

—Oh, eso—. Scarlet se desprendió de los brazos de Winter. —No podía pensar en nada, así que pensé que no haría esa parte. Es sólo una tradición tonta, de todos modos—.

Winter sacudió la cabeza, con los ojos brillantes. —No es tonto del todo, y sé lo que podría ser ese algo. ¿Tienes algún hilo azul?—

Scarlet la miró con incertidumbre. —Hay un kit de costura en el cajón superior de allí—.

Winter corrió a la cómoda, encontró el kit, y en unos instantes envolvió una aguja con hilo azul cobalto. —Siéntate otra vez—.

—Ahora, ¿qué estás haciendo?— Preguntó Scarlet con cierto temor porque Winter plegó el dobladillo de su vestido, dejando al descubierto el forro de seda de debajo.

—No te preocupes. Aprendí a bordar hace años—. Ella bajó la cabeza para concentrarse, sus gruesos rizos en espiral cubriendo su cara.

Scarlet suspiró, pero no discutió. —¿Cuanto va a durar esto? Tal vez alguien debería ir a decirle a Lobo que vaya a regar las macetas de flores ¿antes de que se haga más tarde?—

—Voy a ir— Dijo Cress. Ella estaba fuera de la habitación en un abrir y cerrar de ojos, cerrando la puerta suavemente detrás de ella.

Aparentemente cansada de evitar las arrugas en el vestido, Scarlet suspiró y se tumbó en la cama, dejando a Winter hacer lo que estaba haciendo en el revestimiento. Cinder intentó mirar por encima del hombro de Winter, pero su pelo bloqueó la costura, por lo que se dio por vencida y se unió a Iko en la cama, apoyada en la cabecera de la cama.

Aparentemente cansada de evitar las arrugas en el vestido, Scarlet suspiró y se tumbó en la cama, dejando a Winter hacer lo que estaba haciendo en el revestimiento. Cinder intentó mirar por encima del hombro de Winter, pero su pelo bloqueó la costura, por lo que se dio por vencida y se unió a Iko en la cama, apoyada en la cabecera de la cama.

Subió el intercomunicador en su pantalla de retina y anotó un mensaje rápido.

<¿Cualquier cosa que estemos olvidando?>

Iko la miró. Rara vez se comunican mediante sus interfaces informáticas internas, utilizan sobre todo sus portavisores para sentirse no tan ciborg y el androide más humano, pero serlo todavía tenía sus conveniencias.

<Se supone que CRESS es la encargada de la música>, fue la respuesta de Iko. Sólo le envió un COMM para recordárselo.

Cinder asintió y cruzó los brazos sobre las rodillas. —¿Estás nerviosa?— Preguntó.

Scarlet volvió la cabeza. Probablemente estaba destruyendo la trenza, pero nadie dijo nada. —No— dijo. —Al menos, no en casarme. Estoy un poco nerviosa ante la idea de que esto se ha convertido en un espectáculo internacional y hay personas que no me conocen o a Lobo no que van a tomarnos en cuenta para juzgar nuestra boda, pero... no. No estoy nerviosa acerca de casarme, o estar casada. Es Lobo. Se siente... bien—. Sus ojos se volvieron nebulosos mientras miraba algún punto insignificante en la pared sobre la cabeza de Cinder. —Nunca hubo un momento en que no se sintiera bien—.

Cinder tragó y no podía dejar de pensar en Kai. ¿Hubo alguna vez un momento en que no se sintió bien?

Hubo momentos difíciles, sin duda.

La primera vez que había empezado a enamorarse de él, pero había tenido demasiado miedo para decirle que era una ciborg.

Cuando se había enterado de que era Lunar, y pensó que le había lavado el cerebro para que tuviera sentimientos por ella.

Cuando ella lo había secuestrado, socavando sus intentos de poner fin a una guerra y obtener el antídoto para la letumosis.

Y, oh, esa vez en que se había casado con su tiránica tía.

No podía decir que su relación había sido siempre fácil, pero entonces, ninguno de ellos paso por lo que Lobo y Scarlet.

¿Pero había sido siempre correcto?

El pulso le zumbaba por la pregunta.

Debía de serlo, pensó, incluso recordando cuando todo estaba tan mal. No podía haber luchado tanto para él de otra manera.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado perdida en sus pensamientos cuando un golpe sutil sonó en la puerta y volvió a entrar Cress. —Las flores están atendidas— dijo ella, mirando a Iko. Por suerte, Scarlet había cerrado los ojos y no se dio cuenta de la palabra en código, si eso es lo que se suponía que era.

—Casi he terminado— dijo Winter.

—No puedo esperar a ver lo que le has hecho a mi hermoso vestido— dijo Scarlet, aunque ella no parecía demasiado preocupada.

—Te va a encantar—. Winter hizo un nudo con el hilo y se inclinó, utilizando sus dientes cortó el hilo sobrante. —Ya está—.

Scarlet se incorporó y las demás la rodearon.

Esta vez, cuando Cinder vio lo que había hecho Winter, incluso ella no pudo evitar que un grito de alegría se le escapara.

Con el hermoso hilo azul, en el forro de seda del vestido de novia de Scarlet, Winter había bordado una sola palabra en escritura simple y elegante: Alfa.

—Tienes razón— dijo Scarlet, frotando su pulgar sobre la palabra. —Es perfecto—.

—Es algo azul, al menos— dijo Winter.

Cress se aclaró la garganta. Cinder vio que tenía su portavisor con ella, y que estaba ingresando algún tipo comando. Ella tenía una sonrisa emocionada, iluminaba su rostro.

—¿Y ahora qué?— dijo Scarlet, regresando a su tono de sospecha.

La única respuesta, sin embargo, fue el sonido de la música de cuerda haciendo eco desde el piso de abajo, lo suficientemente fuerte como para llenar toda la casa.

Scarlet se sacó a sí misma fuera de la cama y dejó que su mirada viajará de una amiga a otra. —¿Que está pasando?—

Cress abrió la puerta, dejando que la música se extienda por la habitación.

Scarlet dio un paso vacilante hacia la puerta, pero Iko la detuvo e hizo algunos ajustes rápidos a su cabello antes de empujarla hacia delante. Todos ellas salieron detrás de la novia cuando ella emergió en el rellano y miró hacia abajo por la estrecha escalera. Desde Cinder lo había visto antes, la barandilla había sido envuelta con papel crepé blanco y terminaba con un enorme arco de tul. De la puerta de abajo, que separa el vestíbulo de la sala de estar, colgaban finas serpentinas blancas. Toda la casa olía a rosas.

Scarlet se volvió. —¿Qué han hecho?—

Todos la miraron con los labios cerrados, con sus sonrisas secretas.

Sacudiendo la cabeza, Scarlet se abrió paso por las escaleras en sus zapatos de tacón rojos. Cuando se dio la vuelta a la sala, fue recibida por Jacin, sosteniendo un ramo elaborado por expertos. Ella lo tomó de él, con la boca abierta, y dio un paso a través de las serpentinas que se agitaban.

Luego se echó a reír.

Cinder se apresuró a unirse a ella, con ganas de ver lo que los muchachos habían hecho. Pero cuando entró en la sala de estar, no era la decoración lo que le llamó la atención en primer lugar, fue Lobo, de pie delante de la chimenea altar en su smoking negro y rojo. A pesar de que se había hecho especialmente para él, la chaqueta seguía apretada a través de su ancho pecho y los hombros, y la pajarita roja era casi humorística contra sus feroces características y estructura ósea de lupino.

Casi.

A pesar de todo lo que Levana había intentado hacer con él, Cinder tuvo que admitir que todavía era guapo, con su piel morena y sus brillantes ojos verdes y el pelo despeinado. Por encima de todo, sin embargo, era la mirada que le estaba dando a Scarlet, lo que habría quitado el aliento de cualquier chica.

Kai y Thorne estaban allí, también, cada uno de ellos de pie con las manos en los bolsillos, balanceándose sobre sus talones con un aspecto sumamente satisfecho en

sus rostros, como si estuvieran desafiando a cualquiera a que sugiera que no era la más hermosa boda improvisada jamás creada.

Y que habían hecho un maravilloso trabajo mucho mejor del que hubiera esperado Cinder. La sala de alguna manera había sido modificada, creando una escena de imagen perfecta, con guirnaldas de flores sobre las mesas y la tela de marfil drapeado las ventanas y las velas del pilar que oscilaban alrededor de la habitación.

También estaba Émilie, la amiga de Scarlet y la chica que una vez había tenido un miedo mortal de Cinder, cuando ella era una fugitiva. Ahora, Émilie estaba radiante y de pie junto a una pequeña mesa que sostenía una imponente pirámide de pasteles dorados.

—¿Qué...—. Scarlet respiro, agarrando el ramo, —¿…es esto?—

Lobo sonrió mostrando sus dientes caninos. —Eres lo más hermoso que he visto—

Scarlet ladeó la cabeza. —Y parece que estuvieras a punto de casarte—. Hubo una descarada diversión en su tono.

Los ojos del lobo bajaron a la alfombra, pero siguió sonriendo. Se paseó por la habitación y tomó las manos de Scarlet en la suyas, de modo que sus palmas envolvieron el ramo de flores.

—Scarlet— dijo, —Sé lo frustrada que has estado con la atención que nuestra boda ha traído, y lo mucho que odiabas en lo que se estaba convirtiendo. Y el día de nuestra boda, todo lo que quiero es que estés feliz y contenta. No quiero pensar sobre periodistas o cámaras o fuentes de noticias. Tú no querías nada de eso, y no es justo para ti. Así que... pensé... Me preguntaba si podrías casarte conmigo ahora, aquí, en este lugar—.

Scarlet apartó la mirada de él y la dejo vagar por todos los demás en la habitación. —Todos ustedes estaban en esto—.

—Lobo tuvo la idea hace un par de semanas— dijo Kai, —Cuando se dio cuenta de que estaba recibiendo... la molesta atención de los medios de comunicación. Es por eso que quería que llegáramos antes—.

Scarlet parpadeó lágrimas de los ojos. —Yo... esto es... es perfecto, pero creo que se les olvido un elemento importante—. Se volvió hacia Lobo. —No hay un juez aquí. ¿Quién va a casarnos?—

La sonrisa de Lobo se amplió, y miró a Kai.

Scarlet siguió su mirada. —¿Es en serio?—

Kai se encogió de hombros. —Nunca lo he hecho antes, pero dentro de mis facultades como el emperador de la Comunidad del Este está el de casar gente. Será perfectamente legítimo y vinculante—.

Lobo dio un paso más cerca, así parecía que era mucho más alto que Scarlet, creando lo que podría haber sido un momento de intimidad si la habitación no hubiera estado tan llena de gente. —¿Así que…? ¿Te casarías conmigo?—

Scarlet empezó a sonreír.

—Espera. Antes de contestar— dijo Thorne, señalando alrededor de la habitación —Debes saber que la tienda donde conseguimos todo esto no acepta devoluciones—.

Scarlet lanzo una mirada al cielo, y dijo —Bueno, en ese caso. Sí. Acepto, por supuesto que lo haré—. Sus ojos brillaban mientras cubría los hombros de lobo con sus brazos. Las manos de él, se extendieron rodeándola por la cintura y se inclinó hacia ella

Pero justo antes de que sus labios se tocaran, Thorne metió la mano entre ellos, recibiendo dos besos en sus dedos. Lobo y Scarlet se echaron hacia atrás.

—Calma con esos cohetes— dijo Thorne. —No soy un experto, pero estoy bastante seguro de que no estamos a la parte besar todavía—. Él alejo a Scarlet de Lobo, que gruñó bajo en su garganta, y luego ordenó, —¡Todo el mundo a sus lugares!—

Cinder tomo asiento con mucho gusto en una de las sillas de madera que habían sido traídas de la cocina, y Emilie se sentó al lado de ella, susurrando, —¿No son la pareja más bella? Yo los presenté, ¿Lo sabias?—

Cinder la miro. —¿Lo hiciste?—

Émilie se encogió de hombros y mostró una sonrisa traviesa. –Algo así—.

Kai y Lobo se situaron en el improvisado altar, mientras que Winter y Jacin tomaron asiento en las sillas del comedor restantes. Thorne condujo a Scarlet de vuelta al vestíbulo, y Cinder le oyó susurrar rápidas órdenes antes de venir a sentarse al lado de Cress e Iko en el sofá cubierto de telas

Después de que Cress enviara un nuevo comando a su portavisor, la música cambio a una marcha nupcial clásica. El cambio se sintió, barriendo la frivolidad de las decoraciones y el humor de Thorne y llenando la casa con una clara intención.

Scarlet esperó un momento, permitiendo que la música fluyera en la ceremonia, antes de deslizarse a través de la cascada de serpentinas. Sus ojos estaban fijos en Lobo mientras daba un significativo y tranquilo paso tras otro.

Émilie sorbió por la nariz y luego se llevó un pañuelo a la nariz. —Me encantan las bodas—.

Sonriendo, Cinder le echo un vistazo a Kai y lo encontró sonriendo a su vez. Si estaba nervioso por estar jugando un papel tan importante en una ocasión tan trascendental, no lo demostraba.

Scarlet se detuvo junto a Lobo, y Cress bajó el volumen de la música, dejando que se desvaneciera en un cómodo silencio. Hubo otra exhalación en la sala, Winter, Cinder sospecho.

—Queridos amigos— Kai comenzó, —Nos hemos reunido hoy para ser testigos y para celebrar la unión entre Lo—er, Zeev Kesley y Scarlet Benoit. Aunque seamos un pequeña grupo, está más que claro que el amor que sentimos por la novia y el novio es tan grande que se extendería hacia la Luna y regresaría— Los ojos de cobre—marrón pasaron con cariño de Scarlet a Lobo. —Por supuesto, sabemos que el mundo ve esta boda como un evento histórico. El Primer registro de la unión matrimonial entre un Lunar y una Terrestre desde la segunda época. Y tal vez eso es lo importante. Tal vez el amor y la compasión que estas dos personas se tienen el uno por el otro es un símbolo de esperanza para el futuro. Tal vez esta boda significa la posibilidad de que algún día nuestros dos planetas no sólo aprendan a tolerarse mutuamente, sino a amarse y apreciarse el uno al otro también. O, tal vez..—. Los ojos de Kai brillaron. —...Esta relación no tiene absolutamente nada que ver con la política, y tenga mucho que ver con nuestra necesidad humana compartida por encontrar a alguien que cuide de nosotros

tanto como nos preocupemos por ellos. Para encontrar un compañero que nos complemente y nos enseñe. Quién nos haga más fuertes. Quién nos haga querer ser nuestro mejor yo posible—.

Cinder escucho otro suspiro, esta vez de Iko, y que sonaba como si se estuviera ahogando. Iko, como ella, no podía llorar, pero eso nunca le había impedido fingir antes.

Kai continuó: —Creo que cuando cada persona en esta sala ve a Zeev y Scarlet, no ven a un lunar y una Terrestre. Nosotros no vemos una agenda, o dos personas tratando de hacer una declaración oficial. Creo que vemos a dos personas que tuvieron la suerte de encontrarse el uno al otro en este vasto universo, y que no van a permitir que cualquier diferencia de distancia o de raza o incluso de manipulación fisiológica les impida tener una feliz vida juntos—.

Cinder inclino la cabeza, pensativa. Distancia. Razas. Manipulación fisiológica. Era casi como si Kai no estuviera hablando solo de Lobo y Scarlet. Él podría fácilmente estar hablando de su propia relación. Ella miró a Kai, comenzando a sospechar, pero sus ojos no se dirigieron hacia ella, y empezó a sentirse egoísta por pensar en eso. Este era el momento de Lobo y Scarlet, y Kai respetaba eso.

Pero cuando escribió este discurso, las similitudes tienen que habérsele ocurrido a él. ¿Cierto?

Contuvo el aliento, escuchando un poco más atentamente las palabras de Kai, preguntándose si pretendía insinuarle algo que iba más allá de ésta ceremonia.

Kai metió la mano en el bolsillo y sacó dos anillos de oro. Él le dio uno a Lobo, luego tomó el ramo de Scarlet y le dio el otro.

—Para preparar esta ceremonia— dijo Kai, poniendo el ramo en la repisa detrás de él, —He hecho un poco de investigación y aprendí que la palabra Alfa tuvo muchos significados a través de la historia—.

Una risa recorrió a través de la habitación. Todos sabían de la relación "pareja alfa" que Lobo y Scarlet tenían, y con los años se había convertido en una broma entre ellos. Pero Cinder también sabía que era una broma basada en una profunda verdad. Lobo y Scarlet se tomaron en serio la designación, de manera que incluso Cinder dolorosamente podía admitir que era romántico.

—Alfa puede referirse a lo primero de algo— dijo Kai, —O el principio de todo. Se puede atribuir a una persona particularmente poderosa o carismática, o puede significar ser el líder dominante en una manada de animales, sobre todo, por supuesto en los lobos—. Su expresión seria se convirtió brevemente en una sonrisa burlona. —Tiene significados en química, física, e incluso en la astronomía, donde se la describe como la estrella más brillante de una constelación. Pero parece claro que Zeev y Scarlet han creado su propia definición de la palabra, y su relación ha dado a esta palabra un nuevo significado para todos nosotros. Ser un Alfa significa que le harás frente a todas las adversidades para estar con tu pareja. Significa aceptarse entre sí, tanto con las virtudes como con los defectos. Esto significa forjar su propio camino a la felicidad y al amor—. Asintió hacia Lobo. —Ahora vas a tener que colocar el anillo en el dedo de tu novia y repite después de mí—.

Lobo tomó las manos de Scarlet entre las suyas, con tanta ternura como si estuviera recogiendo a una mariposa herida, y le deslizó el anillo en su dedo. Su voz era áspera y vacilante como si estuviera recitando —Yo, Zeev Kesley, por la presente reclamo a Scarlet Benoit como mi esposa y mi Alfa. Para siempre, ella será mi compañera, mi estrella, mi principio de todo—. Él sonrió, con los ojos llenos de emoción. Scarlet le devolvió la mirada, y aunque la expresión de Lobo oscilaba entre orgullosa y tímida, la cara de Scarlet no tenía nada más que alegría. —Eres la indicada. Siempre lo has sido, y siempre lo serás, la única—.

Scarlet tomó el anillo, una segunda versión mucho más grande que la de ella, sin adornos de cinta y la llevó al dedo de Lobo. —Yo, Scarlet Benoit, por la presente reclamo a Zeev Kesley como mi marido y mi Alfa. Para siempre, el será mi compañero, mi estrella, mi principio de todo. Eres el indicado. Siempre lo has sido, y siempre lo serás, el único—.

Lobo entrelazo las manos alrededor de la de ella. Desde donde estaba sentada, Cinder podía ver que estaba temblando.

Kai sonrió. —Por el poder que me dio la gente de la Tierra, y según las leyes de la Unión Terrestre y como lo demuestran los reunidos hoy aquí, ahora los declaro marido y mujer. —Él extendió las manos a modo de invitación. —Puede besar a la…—.

Lobo envolvió con sus brazos la cintura de Scarlet, levantándola del suelo, y la besó antes de que Kai pudiera terminar. O tal vez ella lo beso. Parecía mutuo, mientras las manos de ella se enterraban en su despeinado cabello.

La sala estalló en aplausos, todo el mundo se puso de pie para felicitar a la pareja que aún estaba besándose. Scarlet había perdido uno de sus zapatos rojos.

—Voy por el champán— dijo Thorne, dirigiéndose a la cocina. —Los dos van a tener sed cuando finalmente vuelvan a respirar—.

***

Cinder se dejó caer en la escalera y se apoyó en la barandilla, donde los envoltorios de papel crepé se habían despegado y fue relajándose lentamente. Estaba agotada. Su pie derecho le dolía y su pierna izquierda parecía estar llena de plomo. Ella nunca había bailado tanto en su vida, ni siquiera en el baile del año pasado, cuando había estado demasiado consciente de todo el mundo mirándola, no estuvo más de un puñado de canciones en la pista de baile. Pero esto era diferente. Cress de alguna manera había reunido la lista perfecta de las canciones, y cada vez que parecía que la fiesta estaba decayendo, en ese momento la canción correcta sonaba y todo el mundo estaba de nuevo, riendo y bailando. Kai y Winter incluso les habían enseñado a los demás algunos pasos básicos de vals, e Iko había robado varios bailes con cada persona en la habitación. Ella, por supuesto, era incansable. Incluso Émilie se había unido al festejo.

Habían tenido también un banquete, aunque en su mayoría fue el croquembouche, que había contribuido tanto para ser el almuerzo y la cena del día, y probablemente iba a convertirse en un aperitivo para la noche.

Y hubo risas. Y bromas. Y los recuerdos nostálgicos de sus muchas aventuras, y los momentos en los que la mayoría de ellos habían sido miembros de la tripulación a bordo de la Rampion.

Kai se presentó ante Cinder, se pasó una cansada mano por el pelo y se dejó caer en la escalera junto a ella. –Bueno… ¿Cómo crees que lo hicimos?—

Acomodó la cabeza en el hombro de él y vio a Iko y Jacin bailando el vals a través del vestíbulo, no estaba muy segura de que quien dirigía. —Yo lo llamaría un brillante éxito. Todos los periodistas estarán tan decepcionados cuando se enteren de que lo pasaron por alto—.

—Ellos tienen un montón sobre lo que informar. No tienen por qué entrometerse en la privacidad de Lobo y Scarlet.

—¿Se va a celebrar una conferencia de prensa en lugar de la boda en un par de días? ¿Le dirás al mundo acerca de tu primera incursión en el campo matrimonial? ¿Algo poético sobre la importancia histórica de tal unión?—

Volvió la cabeza y sonrió hacia ella. —Nop. Pero podría decirles que fue un honor para mí el poder casar a dos de mis amigos más cercanos, que por casualidad se aman mucho—.

La sonrisa de Kai se amplió.

—Eso no los dejara satisfechos—.

—Lo sé. Eso es solo la mitad del discurso—.

Cinder tomó la mano de Kai y la apretó. —Hay algo que quiero mostrarte. ¿Crees que alguien se dará cuenta si nos escapamos por un rato?—

Él levantó una ceja. —Dado que somos una cuarta parte de la lista de invitados, me sentiría un poco insultado si no se dan cuenta—.

—Fue una pregunta retórica—.

—En ese caso, continua, muéstrame el camino—.

Se puso de pie y se dirigió a la puerta de atrás.

La oscuridad había caído y los campos eran iluminados sólo por la luz de la luna y las estrellas, convirtiendo al mundo en un baño de plata—azul. Cinder se detuvo en el pequeño porche, escuchando los sonidos de voces o pisadas de androide, pero parecía que los paparazzi se habían aburrido de esperar a que su presa saliera de la casa de campo y se retiraron para pasar la noche.

Sin soltar la mano de Kai, lo condujo a través del enorme hangar que albergaba la nave de carga de Scarlet. Sin querer encender la luz del hangar y alertar a otras personas de su presencia, cerró la puerta y encendió la linterna en su dedo ciborg, dejando que el delgado haz de luz los guiará por la nave de carga y un grupo de cajas de herramientas apiladas en el suelo. Encontró el armario en la parte trasera del hangar, justo donde estaba la última vez que había estado allí. Al soltar la mano de Kai, se agachó y palpo alrededor de la parte inferior del armario hasta que sus dedos rozaron el pestillo sabía que estaba allí. Tiró del pestillo hacia arriba, revelando una oscuridad inquietante y una serie de escalones de plástico incrustados en la pared de hormigón, que desaparecían en las sombras.

Kai gruñó de sorpresa. —Tienes mi atención—.

Cinder iluminó con la linterna hacia abajo a los escalones para ver a dónde se dirigía antes de pisar el primer peldaño y luego continuar bajando. Kai la siguió rápidamente.

Tan pronto como oyó que sus pies tocaron el suelo, Cinder dijo, —Luces.

Un generador empezó a zumbar, y las luces del techo parpadearon a la vida, iluminando el espacio que era tan grande como el hangar del exterior, pero destinado a un propósito muy diferente. Cinder tragó mientras miraba alrededor. Nada había cambiado desde que ella y Thorne habían descubierto este lugar dos años antes. Se preguntó si Scarlet nunca había venido hasta aquí para ver la habitación que su abuela había mantenido en secreto durante tanto tiempo, si tenía curiosidad, o estaba dispuesta a dejar que el lugar abandonado y olvidado por la eternidad.

Allí estaba el tanque de animación suspendida en el que había descansado durante la mayor parte de su infancia.

Y la mesa de operaciones en la que había sido transformada en un ciborg.

Allí estaban las máquinas que la habían mantenido con vida, estimulado su cerebro y que monitorizaba sus signos vitales, a la vez que ella continuaba durmiendo su sueño sin sueños.

El silencio que la envolvió y a Kai era tan denso, el aire tenía un olor metálico que envolvía la habitación secreta hasta que Kai pasó junto a ella y fue a pararse al lado del tanque vacío. Un gel azul en su base todavía mostraba la leve huella del cuerpo de una niña.

—Aquí es donde ella te oculto — murmuró.

Cinder se lamió los labios y miró a su alrededor. Una parte de ella pensaba en la habitación como un santuario, el único lugar en el mundo que la mantuvo a salvo durante tanto tiempo. Pero otra parte de ella no podía evitar imaginarse el lugar como una prisión. —Estaba aquí hace ocho años—.

—¿Recuerdas algo de aquello?—

—No, yo estaba inconsciente hasta el final. Tengo un leve recuerdo de subir la escalera y salir del hangar. Es bastante nebuloso, sin embargo. Si Thorne y yo nunca hubiéramos venido aquí, aun pensaría que fue un sueño—.

Alejándose del tanque, Kai se paseó por la habitación, observando las herramientas hechas para la fijación de prótesis ciborg y la complicada integración de cableado para el sistema nervioso humano. Las brillantes luces, ahora apagadas, flotaban como tentáculos de pulpo sobre la mesa de operaciones. Exploró los portavisores en la pared, pero no trató de encenderlos. Después de hacer un círculo completo alrededor de la habitación, se detuvo y dijo: —Imagínate lo orgullosa que estaba—.

—¿Michelle Benoit?—

El asintió. —Ella estaría muy orgullosa de Scarlet, y de ustedes. Sólo puedo imaginar los sacrificios que hizo para mantenerte a salvo, y todo para que algún pudieras enfrentarte a Levana y ponerle fin a su tiranía. No sólo tuviste éxito, también firmaste el Tratado de Bremen y disolviste la monarquía Lunar. Has cambiado el curso de la historia de una manera que estoy seguro que ella nunca podría haber predicho, y ahora...—. Su boca se curvó hacia un lado mientras miraba hacia arriba en la dirección de la casa de campo. —... Ahora su nieta está casada con un lunar. Abiertamente. Feliz. Cuando hace

tan sólo unos años, eso no hubiera sido posible—. Su sonrisa se volvió melancólica. —Lo siento, nunca llegué a conocerla—.

—Yo también— dijo Cinder.

El entrelazo sus dedos juntos, Kai levantó el dorso de la mano a su boca. —¿Hay alguna razón en particular por la que querías mostrarme esto?—

—No estoy segura. Supuse que sabes todo acerca de mi familia biológica y el mundo en el que nací, y has tenido el gran placer de conocer a mi familia adoptiva en numerosas ocasiones, por lo que esta era la última pieza del rompecabezas—. Ella le hizo un gesto con el brazo libre alrededor de la habitación. —El eslabón perdido a mi pasado—.

Kai miró a su alrededor una vez más. —Es bastante raro, en realidad—.

—Lo sé—.

Después de otro momento de silencio, Kai dijo, —Me sorprende que Thorne no haya preguntado si puede empezar a traer visitas guiadas aquí abajo. Apuesto a que podría cobrar una cuota de admisión considerable.

Cinder resopló. —Por favor, no le plantes esa idea en la cabeza—.

—Scarlet nunca lo permitiría de todos modos. Vamos—. Él comenzó a dirigirse de nuevo hacia la escalera. —Es mi turno para mostrarte algo.

Todavía podía oír la música extendiéndose fuera de la granja, pero Kai pasó por ella y se dirigió a los campos que lo rodeaban. Pasaron por el barro que salpico sus pies ya que los aspersores recientemente se habían activado. Caminaron por un largo tiempo, pasando por encima de las filas de remolacha dulce, dejando que los guiara la luz de la luna. Después de un rato, el sonido de la música desapareció en la distancia, y otro sonido tomó su lugar, el melódico murmullo de un pequeño riachuelo.

Al final del campo, la tierra se hundía en un barranco estrecho que el arroyo había tallado con el tiempo. Había unos pocos árboles dispersos a lo largo de sus orillas, a veces las raíces salían de la pequeña cara de la quebrada, antes de caer hacia abajo en el sedimento blando. Kai encontró un lugar con césped donde podían ver el sutil destello de luz de la luna fuera del agua formando espuma, y se sentaron uno junto al otro. El brazo de él rodeando la cintura de Cinder.

—Muy bien, me rindo— dijo Cinder. —¿Cómo sabías que estaba aquí?—

—Lobo lo mencionó ayer por la noche cuando nos estaba mostrando los alrededores de la granja. El arroyo marca el final de su propiedad. Ese lado pertenece al vecino—.

—Es muy bonito— dijo un tanto vacilante —Pero... ¿por qué me muestras un arroyo?—

—No estamos buscando el arroyo—. Él señaló hacia arriba. —Estamos mirando las estrellas—.

Ella se rio y echó la cabeza hacia atrás. La luna había comenzado a bajar hacia el horizonte, a tres cuartos de su capacidad y rodeada por remolinos de estrellas que no se veían desde una metrópolis como Nueva Pekín.

—También es muy bonito— dijo. —Pero lo creas o no, de hecho, he visto estas estrellas antes—.

—Bueno, ¿Eres difícil de impresionar verdad?— dijo irónicamente.

—Lo siento. Lo que quería decir, es que esto es impresionante—.

—Gracias. Pensé que sería bueno mirar el cielo nocturno contigo a mi lado, en lugar de sólo desear que estés conmigo—.

Cinder sintió una punzada de culpa por ser tan impertinente antes, cuando la verdad era...

—Yo también— dijo. —Mirare a las estrellas y fingiré que estás conmigo, o me preguntare si estas mirando las mismas constelaciones que yo, tal vez en este mismo momento—. Ella se acurrucó contra su cuerpo y sonrió cuando Kai le dio un beso en la parte superior de su cabeza. Se sentía tan natural. Como si hubieran hecho esto cada noche durante años, en lugar de haber estado separados la mayor parte del tiempo.

—Tengo una confesión— Kai murmuró en su pelo.

Ella levanto la cabeza para mirarlo. —Cuidado. Los paparazzi podrían estar escondidos detrás de esos árboles. Cualquier confesión podría terminar en las noticias de mañana— .

Fingió tener en cuenta esto para abrir y cerrar un momento los ojos, antes de decir: —Podría vivir con eso—.

Ella se enderezó para poder verlo mejor. –Entonces, dilo.

—Cuando yo estaba averiguando qué decir en la boda, me quedé pensando en nosotros—.

Cinder se sacudió. —¡Lo sabía!—

Las cejas de Kai se dispararon hacia arriba.

—Quiero decir, parecía que había una gran cantidad de coincidencias— agregó Cinder. —Especialmente la parte sobre la raza y desafiar la distancia y la manipulación fisiológica—.

Él ladeó la cabeza, sonriendo mientras la observaba. —En realidad, me refería más bien a la parte de la búsqueda de alguien que te complementa y te hace más fuerte. Y estar con alguien no porque tienes alguna agenda política, sino porque... los amas—.

Ella lo miró, y él le devolvió la mirada durante un largo momento, hasta que, finalmente Kai se encogió de hombros y admitió, —Y, bien, lo que has dicho también—.

—Gracias—.

—Cinder— Kai giro una pierna sobre el banco, volteando su cuerpo para que estuvieran frente a frente. Él tomó sus manos entre las suyas y su corazón comenzó a latir de forma inesperada. No a causa de su contacto, y ni siquiera a causa de su tono grave y serio, sino debido a lo que sea que le quería decir a Cinder ponía a Kai nervioso.

Kai nunca estaba nervioso.

—Te lo dije una vez— dijo, pasando sus pulgares sobre sus nudillos, —Si pensabas que podrías estar dispuesta a llevar una corona de nuevo. No como la reina de Luna, pero... si como mi emperatriz. Y dijiste que lo pensarías, algún día—.

Ella tomo una bocanada de aire fresco de la noche. —Y... ¿Este es ese día?—

Sus labios se movieron, pero no acababa de convertirse en una sonrisa. —Te amo. Quiero estar contigo por el resto de mi vida. Me quiero casar contigo, y sí, quiero que seas mi emperatriz—.

Cinder se le quedó mirando durante un largo rato antes de susurrarle: —Eso es querer un montón—.

—No tienes idea—.

Ella bajó las pestañas. —Podría tener alguna idea—.

Kai libero una de sus manos y ella lo vio metiendo la mano en su bolsillo, el mismo que había contenido los anillos de boda de Scarlet y Lobo antes. Su puño se cerró cuando lo sacó y Kai lo sostuvo ante ella, el soltó una respiración lenta, y abrió los dedos para revelar un anillo impresionante con un gran rubí rodeado de diamantes.

No pasó mucho tiempo para que su escáner de retina reconociera el anillo, y en cuestión de segundos una abundante información, mucha más de la que ella necesitaba apareció, tontas palabras como quilates y pureza se desplazaron más allá de su visión. Pero fue la historia del anillo lo que llamo su atención. Había sido el anillo de compromiso de su madre una vez, y de su abuela de antes de eso.

Kai la tomó de la mano y deslizó el anillo en su dedo. Metal chocó contra el metal, y la gema de valor incalculable parecía ridícula contra su mano ciborg plateada, como el sencillo anillo de oro se veía en la enorme y ligeramente peluda mano de Lobo.

Cinder apretó los labios y tragó sonoramente, antes de atreverse a mirar de nuevo a los ojos a Kai.

—Cinder— dijo. —¿Quieres casarte conmigo?—

Absurdo, pensó.

El emperador de la Mancomunidad del Este estaba proponiéndole matrimonio a ella. Era extraño. Estaba nerviosa.

Pero era Kai, y de alguna manera, lo que hizo era también correcto.

—Sí— susurró, —Me casaré contigo—.

Esas simples palabras colgaron entre ellos por un momento, y entonces ella sonrió y lo besó, sorprendida de que su declaración no hizo que aumentara su ansiedad como pensaba que pasaría hace años. Él la tomó en sus brazos, riendo entre besos, y de repente se echó a reír también. Se sentía extrañamente delirante.

Ellos habían luchado contra todas las adversidades para estar juntos, y ahora iban a forjar su propio camino hacia el amor. Ella sería la esposa de Kai. Ella sería emperatriz de la Mancomunidad. Y tenía toda la intención de ser completamente feliz por siempre, y para siempre....